



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Facultad de Ciencias Sociales

Escuela Profesional de Historia

Comerciantes, cofrades y burócratas

**Los mayordomos de Nuestra Señora de Aránzazu y
Nuestra Señora del Rosario. Lima, 1700-1750**

TESIS

Para optar el Título Profesional de Licenciado en Historia

AUTOR

José Luis RODRÍGUEZ TOLEDO

ASESOR

Dra. María Emma MANNARELLI CAVAGNARI

Lima, Perú

2020



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Rodríguez, J. (2020). *Comerciantes, cofrades y burócratas. Los mayordomos de Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario. Lima, 1700-1750*. [Tesis de pregrado, de segunda especialidad, de maestría, de doctorado, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela Profesional de Historia]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.

Hoja de metadatos complementarios

Código ORCID del autor	https://orcid.org/0000-0001-5192-8253
DNI o pasaporte del autor	7043327
Código ORCID del asesor	https://orcid.org/0000-0003-1657-2516
DNI o pasaporte del asesor	08224795
Grupo de investigación	" _____ "
Agencia financiadora	" _____ "
Ubicación geográfica donde se desarrolló la investigación	Lugar (Lima). Coordenadas geográficas (Latitud: -12.0453, Longitud: -77.0311 12° 2' 43'' Sur, 77° 1' 52'' Oeste; Altitud: 154 m).
Año o rango de años en que se realizó la investigación	2013-2020
Disciplinas OCDE	Historia https://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.01.01



**UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA PROFESIONAL DE HISTORIA**

**ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS EN MODALIDAD VIRTUAL
PARA OPTAR EL TÍTULO DE LICENCIADO EN HISTORIA**

1. FECHA DE LA SUSTENTACIÓN: Lima, 22 de diciembre de 2020

HORA INICIO: 10:00

HORA TÉRMINO: 11:54

2. JURADO

PRESIDENTE: Doctor Cristóbal Aljovín de Losada

MIEMBRO: Doctor Carlos Hurtado Ames

MIEMBRO: Doctora Marina Zuloaga Rada

ASESOR: Doctora María Emma Mannarelli Cavagnari

3. DATOS DEL TESISTA

APELLIDOS Y NOMBRES: Rodríguez Toledo, José Luis

CODIGO: 08150021

R.R. DE GRADO DE BACHILLER NÚMERO: Resolución Rectoral N° 04049-R-13 ,
de fecha 3 de setiembre de 2013.

1. TÍTULO DE LA TESIS: "COMERCIANTES, COFRADES Y BURÓCRATAS LOS MAYORDOMOS DE NUESTRA SEÑORA DE ARANZAZU Y NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO. LIMA, 1700-1750".


4. RECOMENDACIONES



--


5. NOTA OBTENIDA: 20

6. NÚMERO DE PÚBLICO REGISTRADO Y ASISTENTE:

7. FIRMAS DE LOS MIEMBROS DEL JURADO


Dr. Cristóbal Aljovín de Losada
PRESIDENTE

	
Dr. Carlos Hurtado Ames	Dra Marina Zuloaga Rada
MIEMBRO	MIEMBRO


Dra. María Emma Mannarelli Cavagnari
ASESORA

Datos de la plataforma virtual institucional del acto de sustentación:

<https://us02web.zoom.us/j/81509824569?pwd=ODhObHZ4LzZwZFUza0Q2UkQvK3I3dz09>

ID de reunión: 815 0982 4569

Grabación archivada en:

“Mi noción de estilo no coincide con la noción de estilo tal y como se define en un diccionario. No, en absoluto. Mi noción de estilo es muy diferente. Mi noción es muy exigente precisamente porque ya en esa época sentía que si tienes alguna cosa que decir y no la dices con el exacto y preciso lenguaje con que tiene que ser dicha, pues de alguna manera no la dices o la dices mal”.

Entrevista a Julio Cortázar por Joaquín Soler (1977)

“Empezaremos por los de “arriba”: ingreso aparente a una estructura social; ellos dominan, quieren imponer sus normas de comportamiento y sus valoraciones, aparecen con frecuencia en la documentación”.

Alberto Flores-Galindo, *Aristocracia y plebe* (1984)

ÍNDICE

Agradecimientos	8
Introducción	10
CAPÍTULO I: LOS COMERCIANTES. TRAYECTORIA PERSONAL, RIQUEZA Y ESTILO DE VIDA	30
1.1. El reinado de Felipe V.....	31
1.2. El Perú de los borbones	33
1.3. Los comerciantes	36
1.3.1. La migración	36
1.3.2. Los orígenes peninsulares y el viaje a las Indias.....	39
1.3.3. Contactándose con la élite local: los matrimonios	44
1.3.4. El empoderamiento: la descendencia	50
1.4. El oficio y la riqueza	54
1.4.1. La práctica del comercio	54
1.4.2. La dote y los albaceazgos.....	59
1.4.3. El crédito	63
1.4.4. Los navíos	69
1.4.5. Los inmuebles, casas y estancias.....	71
1.4.6. Las capellanías	77
1.4.7. El comercio y las compañías comerciales.....	79
1.4.8. Los esclavos	83
1.5. El estilo de vida.....	88
CAPÍTULO II: LAS COFRADÍAS DE ARÁNZAZU Y EL ROSARIO. ESTRUCTURA, ECONOMÍA Y ESPIRITUALIDAD	97
2.1. Las cofradías en América	98
2.2. El rosario y el espino en Lima	100
2.3. Composición y estructura	109
2.4. La economía de la cofradía	115
2.5. El mundo espiritual, celebraciones y prerrogativas	120
CAPÍTULO III: LOS COFRADES. SOCIABILIDAD, ELECCIONES Y REDES POLÍTICAS.....	130
3.1. Cofradías y sociabilidad	132
3.2. Cofradías y redes	134
3.3. Redes y elecciones de mayordomos	137
3.4. Las redes políticas en las cofradías a inicios del siglo XVIII.....	145

3.5. La red política Palacios-Querejazu	150
3.5.1. Los vínculos	156
3.5.1.1. Vínculos de paisanaje.....	158
3.5.1.2. Vínculos de devoción y oficio.....	160
3.5.1.3. Vínculos comerciales y de intereses.....	167
3.5.1.4. Vínculos de amistad y parentesco	175
3.5.2. La estructura.....	190
3.6. La red política Calderón-Tagle Bracho-Gutiérrez de Cosio.....	196
3.6.1. Los vínculos	207
3.6.1.1. Vínculos de paisanaje.....	207
3.6.1.2. Vínculos de devoción y oficio.....	211
3.6.1.3. Vínculos comerciales y de intereses.....	215
3.6.1.4. Vínculos de amistad y parentesco	223
3.6.2. La estructura.....	236
3.7. La red política Fuente-Echevarría.....	241
3.7.1. Vínculos múltiples.....	247
3.7.2. La estructura.....	252
CAPÍTULO IV: LOS BUROCRÁTAS. ACCIONES COLECTIVAS DE LAS REDES, ASCENSO SOCIAL Y BENEFICIOS	256
4.1. La corte virreinal.....	256
4.2. Juan Bautista de Palacios, de capitán de milicia a asentista real	262
4.2.1. Los inicios, militar y caballero	262
4.2.2. El cónsul y la red vasca en el Consulado	263
4.2.3. Acercamientos y conflictos con el virrey	269
4.2.4. Periodos de paz y búsqueda de ascensos.....	274
4.2.5. El empoderamiento en el Cabildo	276
4.2.6. El premio: el asiento de pólvora.....	280
4.3. Antonio de Querejazu, de comerciante a prior del Tribunal del Consulado	285
4.3.1. Los inicios en el comercio y el control vasco del Consulado.....	285
4.3.2. La orden militar y la gobernación	289
4.3.3 El priorato del Consulado, reformas y negociaciones con el virrey.....	294
4.3.4. La descendencia empoderada en la Real Audiencia	304
4.4. Ángel Calderón Santibáñez y Ángel Ventura Calderón, del comercio al marquesado de Casa-Calderón	314
4.4.1. El Comercio, la red montañesa y los hábitos militares	314
4.4.2. En los entornos de las cortes virreinales y la regencia del Tribunal de Cuentas	318
4.4.3. El marquesado de Casa-Calderón	327

4.5. Isidro Gutiérrez de Cosio, corregidor y conde de San Isidro	330
4.5.1. El corregidor de Chilques y Mascas	330
4.5.2. Prior del Tribunal del Consulado y el condado de San Isidro	333
4.6. Miguel de Echevarría, de contador a corregidor	341
4.6.1. Redes políticas y conflictos en el comercio	341
4.6.2. Contador receptor del Tribunal del Consulado	342
4.6.3. El desastre de 1746 y el sobrestante	344
4.6.4. El corregimiento de Cajamarquilla	347
4.7. Las ceremonias y rituales políticos	350
CONCLUSIONES	358
ANEXOS	
Relación de mayordomos de Nuestra Señora del Rosario, 1695-1750	361
Relación de mayordomos de Nuestra Señora de Aránzazu, 1694-1736	363
Genealogía 1: Enlace Palacios-Querejazu	364
Genealogía 2: Enlace Querejazu-Mollinedo	365
Genealogía 3: Enlace Querejazu-Santiago Concha	366
Genealogía 4: Enlace Querejazu-De La Puente	367
Genealogía 5: Enlace Gutiérrez de Cosio-De La Puente y Querejazu	368
Genealogía 6: Familia Calderón	369
Genealogía 7: Familia Tagle Bracho	370
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	371
 Índice de ilustraciones	
Retrato de Felipe V	32
Mapa de España en el siglo XVIII	37
Retrato de Juana Agustina de Mollinedo	46
Redes comerciales entre Lima y otras ciudades importantes	80
Mulata	86
Palacio del marqués de Torre Tagle	90
Casa Querejazu.....	90
Portada del Discurso del mejor arbitrio de Felipe III	101
Pintura de la Virgen del Rosario con Santo Domingo y Santa Rosa.....	104
Imagen de la Virgen del Rosario donada por Carlos V	104
Virgen de Aránzazu en Guipúzcoa.....	106
Detalle del lienzo de la procesión del Viernes Santo	121
Óleo “Después de la procesión”	133
Retrato de Antonio de Querejazu	154

Retrato de Joseph Tagle Bracho.....	204
Árbol genealógico de la familia Agustín Quijano Velarde y Tagle	232
Libros de inventarios e instrumentos hechos por Miguel de Echevarría.....	245
Entrada del virrey Morcillo y Rubio en Potosí.....	279
Genealogía de la familia Santiago-Concha	290
Retrato del virrey marqués de Castelfuerte	299
Retrato de Antonio Hermenegildo de Querejazu Mollinedo.....	307
Descendencia de Antonio Hermenegildo de Querejazu Mollinedo	311
Retrato del virrey conde de Superunda	345

Índice de cuadros

Orígenes peninsulares de los personajes principales.....	38
Composición de la dote de Juana Agustina de Mollinedo	60
Principales deudas por cobrar de Antonio de Querejazu	63
Principales deudas por cobrar de Ángel Calderón Santibáñez.....	65
Principales deudas por cobrar de Juan Bautista de Palacios	65
Relación de inmuebles en el testamento de Antonio Hermenegildo de Querejazu.....	74
Aniversarios y capellanías declaras por Antonio Hermenegildo de Querejazu	78
Productos que vinieron en real armada declarados en 1727	82
Posesión de esclavos domésticos	83
Cuenta de la recolección de limosnas realizada por los hermanos 24 del Rosario	116
Composición social de Nuestra Señora de Aránzazu.....	157
Piores y cónsules del Tribunal del Consulado de Lima, 1676-1727.....	163
Relaciones de amistad aunadas por Juan Bautista de Palacios	187
Relaciones de amistad aunadas por Antonio de Querejazu.....	189
Composición social de Nuestra Señora de Rosario.....	206
Piores y cónsules del Tribunal del Consulado de Lima, 1728-1751.....	214
Escribanos de Nuestra Señora del Rosario, 1695-1750	222
Relaciones de amistad aunadas por Ángel y Ángel Ventura Calderón	233
Relaciones de amistad aunadas por Joseph y Juan Antonio Tagle Bracho	234
Relaciones de amistad aunadas por Isidro y Pedro Gutiérrez de Cosio	235

Índice de gráficos

Red política Palacios-Querejazu	195
Red política Calderón-Tagle Bracho-Gutiérrez de Cosio	240
Red política Fuente-Echevarría.....	254

Consumo de cargos y ascenso social de Juan Bautista de Palacios	284
Consumo de cargos y ascenso social de Antonio de Querejazu.....	312
Consumo de cargos y ascenso social de la familia Calderón	329
Consumo de cargos y ascenso social de Isidro y Pedro Gutiérrez de Cosio	340
Consumo de cargos y ascenso social de Miguel de Echevarría	349

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación no hubiese sido posible sin la asistencia y consejo de muchas personas e instituciones. En primer lugar, quiero agradecer a mis padres y hermanas, quienes durante los primeros años de mi formación en la Escuela de Historia me sostuvieron económica y familiarmente, sin su comprensión este trabajo no sería posible. En segundo lugar, debo agradecer a diversas personas cuyo trabajo y amabilidad ayudaron para investigar con profundidad y comodidad; me refiero a Celia Soto y Jonathan Puch del Archivo General de la Nación; Kelly Montoya y al señor Víctor Gálvez (+) del Archivo de la Sociedad de la Beneficencia Pública de Lima; Melecio Tineo Morón del Archivo Arzobispal de Lima y del Archivo del Obispado de Huacho; Alberto Loza del Fondo Reservado de la Biblioteca Central de la Universidad de San Marcos; y al personal en general del Archivo de la Municipalidad Metropolitana de Lima, Instituto Riva Agüero, Instituto Francés de Estudios Andinos, Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica del Perú y de la Biblioteca Nacional del Perú. Además, debo mencionar la importancia del archivo digital del Museo de Arte de Lima (ARCHI) de donde fue posible extraer algunas imágenes que acompañan esta investigación. También, contraí muchas deudas intelectuales con personas que me asistieron con una referencia bibliográfica, escucharon sin ningún tipo de obligación las primeras ideas de esta tesis e incluso me brindaron espacios para investigar; me refiero en ese orden a Jaime Valenzuela, Nuria Sala I Vila y Fausto Alvarado Dodero (+).

También agradezco la lectura final y las valiosas apreciaciones de Liliana Pérez Miguel, cuyo elaborado y bien documentado trabajo me ha inspirado y convencido del camino que opté; aún recuerdo cuando comentó “en pocas páginas no se puede argumentar nada”. Gonzalo Carrillo y David Mogrovejo han sido unos interlocutores geniales, pues al conocer las redes políticas y comerciales tan bien, me hicieron notar errores y omisiones que creo haber subsanado. Kelly Montoya fue una de las primeras personas que conocí que trabajaba el tema de cofradías, y a lo largo de los años ha tenido la gentileza de invitarme a exponer los primeros resultados de esta investigación; sus comentarios han mejorado detalles fundamentales de esta tesis. Erika Quintanilla, a pesar de no conocer el periodo, leyó el manuscrito y me hizo sugerencias que me permitieron mejorar el texto original; sin embargo, a ella le debo, sobre todo, las insistencias para terminar esta investigación. No puedo dejar de mencionar las conversaciones sobre variados temas de historia colonial que mantuve con Marcos Alarcón y Luis Leyva, quienes me permitieron profundizar algunas perspectivas de análisis.

Las sugerencias y necesarias correcciones que me hicieron notar Mariana Zuloaga Rada y Carlos Hurtado Ames también han sido fundamentales para optimizar sustancialmente el trabajo. Por supuesto, los errores u omisiones aun presentes son responsabilidad exclusivamente mía. También es necesario mencionar la importancia de algunos profesores en mi formación de

pregado como Francisco Quiroz, Teresa Vergara, Carlos Carcelén, Raúl Adanaqué y Virgilio Freddy Cabanillas. Con ellos aprendí a elaborar una monografía, plantear un problema de investigación histórica, frecuentar los archivos, conocer las fuentes coloniales, analizar e interrogar un documento, incluso, discutí las primeras ideas de esta investigación. Durante esta etapa, la mayor deuda intelectual que contraje fue con María Emma Mannarelli, mi asesora, cuyas clases de género motivaron mi interés en el estudio de la historia colonial peruana, las sugerencias que realizó a mi trabajo en los seminarios de tesis y la confianza que depositó en mí para asesorarme, presentarme a concursos de financiamiento y unirme a grupos de investigación y discusión sobre variados temas permitieron que no me alejara del camino de la investigación. A lo largo de los años, permitió que investigara tranquilamente sin presiones y siempre dispuesta a escucharme cuando lo requerí; apoyarme con esta “enorme” tesis es solo un pequeño detalle de todo lo que ha hecho por mí.

No puedo olvidar a los amigos con quienes hace una década formamos un grupo de estudio porque estábamos convencidos que pensar, practicar y hacer otro tipo de historia era posible. La realización de esta investigación también debe mucho a esta experiencia. Ahora creo que éramos un poco *cortazarianos*. Al igual que el Club de la Serpiente, jugábamos mucho a hacernos los inteligentes, organizar fiestas, citar con el propósito que nos miraran con desesperación, reírnos de nosotros mismos. Exhibicionismo.

INTRODUCCIÓN

El interés por este tema de investigación nació en los claustros universitarios, aunque no precisamente en las aulas, sino en el espacio de la política. En efecto, mientras fui estudiante me convertí en testigo de muchos procesos políticos que incluyeron grupos políticos, redes clientelares, favoritismos y se denunciaba frecuentemente la entrega de prebendas. Al mismo tiempo, mis primeras incursiones al archivo coincidieron con el descubrimiento de un documento en el cual una cofradía –el Santísimo Sacramento– celebraba las elecciones de sus mayordomos¹. Inmediatamente, aparecieron preguntas como ¿quiénes eran los que votaban?, ¿por quiénes votaban? o ¿por qué lo hacían? No fue difícil imaginar a las cofradías como grupos de poder que promovían la elección de un personaje en particular. Así, la asociación entre las cofradías coloniales y los modernos colectivos políticos fue evidente, puesto que ambos espacios se manejaban por redes políticas y mostraban una lealtad efectiva.

Reflexioné sobre esas ideas durante un tiempo, sin embargo, recién decidí iniciar un serio proyecto de investigación a raíz de las conversaciones que mantuve con cierta persona que investigaba un tema parecido. Evidentemente, las preguntas, los objetivos y las metodologías han cambiado constantemente. He escrito y reescrito de principio a fin esta investigación. El incipiente proyecto de mi etapa universitaria fue totalmente aniquilado por mi experiencia actual, de hecho, creo que no pude haber terminado esta investigación sin los conocimientos que he adquirido en mi reciente formación académica. En ese sentido, esta tesis es el fruto de siete años de investigación, durante los cuales consulté varios archivos y bibliotecas, leí en todo ese tiempo abundante bibliografía sobre los diversos temas de la tesis, y pude acceder a documentación e impresos gracias a repositorios digitales.

El tema principal de esta investigación es el poder, aquella sustancia o relación que es buscada y perseguida por diversos personajes con variados fines. Las relaciones de poder, las redes de poder y las elecciones se relacionan de tal forma que el poder en el periodo colonial solo puede ser explicado a partir del entendimiento de cómo funcionan las demás categorías. Torres Arancivia menciona, no sin razón, que la historia del poder en el Perú aún está por hacerse (2007a: 27). En nuestra investigación, para tratar de aproximarnos a este fenómeno lo mejor posible, hemos preferido estudiarlo en un particular campo de aplicación, por ello elegimos a la cofradía –institución tan aburridamente trabajada en la historiografía– como el espacio que pueda explicar el poder a partir de las relaciones políticas que mantenían sus integrantes. Sánchez-Concha dice con justa razón que los historiadores usualmente olvidamos que durante la colonia todos los grupos sociales pertenecían a cofradías, y los españoles no eran

¹ Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima (en adelante AHML), Cabildo Colonial, Juzgado de cofradías, 1780-1796.

la excepción; por ello en 1758 el alcalde de Lima, Joaquín de Lamo y Zúñiga, decía que las cofradías de españoles eran las que tenían una preeminencia indudable (2013: 202).

Efectivamente, si en el primer documento encontramos a una cofradía ordinaria que tenía mecanismos de elección y posibles grupos de poder, con mayor razón la presencia de intereses políticos y redes se manifestarían en aquellas cofradías compuestas por la élite local, por aquellos miembros encumbrados de la sociedad que copaban cargos y que constantemente peleaban por escalar hasta el núcleo del poder virreinal, la corte. Ilustramos la premisa anterior. El 3 de mayo de 1704 los hermanos de Nuestra Señora de Aránzazu eligieron como mayordomos a Juan Bautista de Palacios y Pedro de Ulaortua, estos dos eran peninsulares que habían llegado a finales del siglo XVII a Lima y estaban ascendiendo socialmente a partir de una exitosa carrera económica y política; si se revisa la documentación interna de la cofradía y se la contrasta con la documentación notarial se advertirá que estos dos electos mayordomos guardaban un sinfín de relaciones económicas, políticas y sociales con varios integrantes de la hermandad; muchos de estos vínculos fueron originados y fortalecidos en la cofradía en tanto era un espacio de sociabilidad y encuentro de la élite.

Así, para algunos miembros de la sociedad colonial era importante dirigir una cofradía de prestigio, pues se tenía acceso a toda una red de actores políticos que los respaldarían y ayudarían en las particulares carreras de ascenso social y en la obtención de cargos. La revisión de la documentación confirma esta presunción; muchos de los hombres vinculados al gobierno y la administración fueron hermanos 24 de alguna congregación; lo fueron alcaldes y regidores del Cabildo, priores y cónsules del Tribunal del Consulado, oidores y fiscales de la Real Audiencia, contadores y regentes del Tribunal de Cuentas, corregidores, jefes militares, miembros de la Universidad, nobles titulados o con hábitos militares, el arzobispo, y el mismo virrey con su séquito pertenecían a una cofradía.

La importancia de dirigir en calidad de mayordomo una cofradía residía en su efecto simbólico y religioso, pero también en las circunstancias políticas en las que se lograba tal oficio; puesto que obtener tal cargo demandaba una serie de requisitos sociales y económicos, y generalmente el triunfo dependía de unas muy eficaces redes políticas que se originaban y localizaban al interior de la cofradía. Estas redes empoderaban a los miembros más destacados, quienes conseguían la mayordomía e iniciaban una eficiente carrera de ascenso social. Así, la cofradía en la sociedad colonial fue un espacio que permitía la interacción social, la sociabilidad, la formación de redes de poder y el empoderamiento personal. En efecto, los libros administrativos de las cofradías, más allá de las formalidades que mal acostumbran a los historiadores, también presentan hechos evidentes, pero no tomados en cuenta; por ejemplo, que las cofradías estaban compuestas por hombres y mujeres de la época, cada uno con sus propios deseos, ambiciones y redes de contactos. El carácter humano de la cofradía, aunque parezca una obviedad no ha sido suficientemente estudiado, pues se olvida que las cofradías no fueron

instituciones impersonales, pues nada podía ser impersonal en sociedades del Antiguo Régimen. Como dice Torres Arancivia, debe entenderse que cuando nos referimos a las instituciones del Estado colonial lo hacemos en un sentido amplio “como un conjunto de relaciones entre personas más que como entidades que poseen vida propia” (2006: 31).

Problema de investigación

La presente tesis tiene como problema de investigación ¿en qué medida las cofradías fueron espacios de sociabilidad que permitieron y promovieron la aparición de redes políticas cuyo fin primordial fue empoderar a diversos comerciantes que se encontraban en plena carrera de ascenso social? En efecto, en esta investigación se propone que las cofradías no solo eran espacios de devoción y culto, sino también vehículos de prestigio y poder, debido a que favorecían la sociabilidad y convivencia permitiendo que sus integrantes estrecharan y reforzaran los vínculos sociales que los unían, condicionando así la aparición y articulación de redes políticas. Por ello, esta investigación no es un trabajo tradicional sobre las cofradías en las que prima la generalidad y el anonimato; por el contrario, para demostrar nuestros puntos de vista hemos intentado desentrañar las redes políticas de estas corporaciones.

En la primera mitad del siglo XVIII fue importante para un conjunto de migrantes peninsulares -que se dedicaban al comercio- espacios que les permitieran establecer contactos, asegurar negocios, encontrar pareja y organizarse políticamente. La cofradía fue aquel espacio en tanto estuvo presta a congregar a los grupos regionales nortños que comenzaron a crecer con mayor contundencia en la época borbónica. La posibilidad de dirigir un espacio de sociabilidad como la cofradía en calidad de mayordomo permitía que esos migrantes peninsulares articularan una red de poder que hiciera posible su elección, y a su vez, elevaban su capital simbólico debido a que un mayordomo, si lo era de una hermandad de prestigio, fue visto como un personaje con calidades y honores en una sociedad colonial imbuida en un calendario litúrgico que favorecía la exaltación pública de la piedad. La eficacia de las redes políticas originadas en las cofradías permitió que nuestros personajes no solo controlaran los cargos corporativos importantes, sino también impulsaran su carrera política en espacios fuera de la hermandad; gracias a esa situación, los susodichos pudieron ascender socialmente a través de un consumo constante de cargos, dirigir corporaciones políticas y participar en los espacios de negociación y mediación con el virrey y con ello obtener algunos premios y privilegios individuales o corporativos.

Así, nuestros personajes, que eran comerciantes de oficio, se convirtieron en cofrades y cohermanos para formar y cohesionar una red política, y gracias a ello pudieron acceder a empleos y convertirse en burócratas al dirigir corporaciones políticas del momento. En efecto, los personajes de esta investigación, aquellos que fueron elegidos mayordomos de cofradías,

fueron comerciantes, cofrades y burócratas, de ahí el título de esta investigación. Estos hombres fueron Juan Bautista de Palacios, Antonio de Querejazu, Ángel Calderón Santibáñez, Ángel Ventura Calderón, Joseph Tagle Bracho, Isidro Gutiérrez de Cosio y Miguel de Echevarría; los dos primeros eran mayordomos de Nuestra Señora de Aránzazu, los demás lo fueron de Nuestra Señora del Rosario. Este proceso de empoderamiento iba de la mano con la paulatina recomposición de la élite a inicios del siglo XVIII, pues como menciona Turiso (2002: 13), en aquel periodo los comerciantes, favorecidos por distintas coyunturas, van a reemplazar a los grupos tradicionales limeños y copar los rangos más elevados de la sociedad colonial. No es una presunción lo anterior, los personajes mencionados se convirtieron en actores políticos y económicos importantes durante la primera mitad del siglo XVIII. Todos fueron comerciantes activos, dinámicos y ricos; se convirtieron en mayordomos de las cofradías más prestigiosas de Lima y gracias a sus redes políticas desempeñaron puestos en el Tribunal del Consulado, el Cabildo, la Real Audiencia, el Tribunal de Cuentas o en aprovechables corregimientos; ello les permitió vincularse con diferentes virreyes y obtener distintas mercedes.

Debido a lo planteado, nuestra investigación no explica el fenómeno del empoderamiento y ascenso social de forma extrahumana, es decir, el hombre sujeto del acontecer histórico, sino -como plantea Turiso- tratamos de rescatar al hombre como agente activo y dinámico de los cambios sociales (2002: 13). Por ello, este estudio reconstruye la trayectoria de algunos comerciantes que en un momento determinado de sus vidas fueron elegidos mayordomos; rastrearemos sus relaciones familiares, amistades, oficio, actividades crediticias y el desarrollo de su ascenso social y político. Así, proponemos entender y pensar las cofradías no solo desde sus “Constituciones” o la formalidad, sino también desde las personas que le dieron vida (Andaur 2009: 31). Asimismo, actualmente entender a las cofradías implica necesariamente estudiarlas a partir de casos particulares, pues no todas las cofradías son iguales, toda vez que existe una relación jerárquica entre ellas, y algunas tienen más prestigio que otras. Nosotros hemos elegido a dos cofradías con indudable prestigio económico, social y político: Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario, ubicadas en las iglesias franciscana y dominica respectivamente, compuestas por los comerciantes más acaudalados de la época, quienes a su vez eran los agentes dinámicos de la política del momento.

Por otro lado, las redes políticas en las que estaban envueltos estos personajes se activaban durante las elecciones de mayordomos, eran los momentos clave que demuestran la existencia de estos grupos de poder, pues el procedimiento para “elegir un cargo” demandaba una votación y un juramento final donde se entregaba “poder” al electo; esto más que una figura retórica era una declaración real, pues el mayordomo recibía potestades políticas, económicas y sociales debido a sus variadas actividades, de tal forma no cualquiera podía detentar tal puesto. En cualquier caso, tenemos claro que las elecciones de un cargo en la sociedad virreinal fueron

mecanismos condicionados por la existencia de redes políticas; pues, aquellos que deseaban acceder a un oficio debían tener la seguridad de contar con un apoyo favorable.

Para responder y articular los temas convocados por el problema de la investigación, hemos propuesto como preguntas secundarias las siguientes: ¿Quiénes fueron los mayordomos?, ¿Cuáles fueron sus trayectorias sociales, económicas y políticas?, ¿En qué espacios se congregaron y articularon?, ¿Cuál fue la importancia económica, política y espiritual de las cofradías en la que participaron?, ¿Cómo las cofradías se convirtieron en espacios de sociabilidad que favorecieron la aparición de redes políticas?, ¿Qué vínculos unían a los integrantes de las redes políticas? ¿Cómo se estructuraban esos grupos?, ¿Cómo consiguieron ejercer el poder dentro de la cofradía?, ¿Cómo la red política apoyaba y empoderaba a sus líderes fuera de la cofradía? ¿Qué beneficios obtuvieron de su cercanía a los entornos de poder político de los virreyes? Estas preguntas serán respondidas a lo largo de cuatro capítulos, cuyos objetivos concretos son los siguientes: a) reconstruir la trayectoria personal, familiar y económica de los personajes principales de esta investigación; b) conocer el espacio en el cual nuestros personajes participaron, las cofradías de Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de Aránzazu; c) identificar las redes políticas originadas en las cofradías, así como su proceso de empoderamiento a través de elecciones, los integrantes que la componían, los vínculos que las unían y su estructura; y d) demostrar cómo las redes políticas realizaban acciones colectivas para sostener y empoderar a sus líderes, quienes ascendían socialmente a través del consumo de cargos y se acercaban a la corte virreinal, espacio en el que podían acceder a premios.

La Lima colonial es el espacio en el cual se desarrolla esta investigación; pues en la época era la capital del virreinato peruano y el principal centro de distribución de mercaderías que llegaban de Europa a América del Sur, lo que posibilitó la aparición de un poderoso grupo de comerciantes agremiados en el Tribunal del Consulado, el motor de la vida económica de la ciudad (Turiso 2002: 92). Asimismo, en Lima residían los altos funcionarios y el mismo virrey, la encarnación del monarca. A su vez, estaban las cofradías más prestigiosas y poderosas de la ciudad. En Lima vivía la alta aristocracia, los descendientes de los beneméritos, y tenían sede las más altas magistraturas de la época. Finalmente, Lima era una auténtica corte virreinal con un prestigio urbano y áulico que la convertía en una de las ciudades más importantes de la región, y donde todo aquel que deseaba ascender socialmente se encontraba.

Por otro lado, esta investigación se ubica temporalmente en la primera mitad del siglo XVIII, esto es entre 1700 y 1750; por supuesto, estos cortes son nominales y no estrictos, en tanto nos referiremos a hechos sucedidos antes y después de las fechas mencionadas. Si bien este periodo ha sido trabajado por algunos autores (Pearce, Rizo-Patrón, Sala i Vila, Moreno Cebrián, Turiso), la cantidad de estudios dedicados al Perú de inicios del siglo XVIII es relativamente poca si lo comparamos con los que se han referido a la época de las políticas carlistas (Fisher, Peralta, O'Phelan, Mazzeo, Quiroz, Guibovich, Arrelucea, Brown, Premo,

Povea, Casalino). Esta desproporción tiene una justificación; sucede que los historiadores se han interesado, sobre todo, por las reformas emprendidas por el gobierno de Carlos III, quien trató de adecuar y mejorar la administración real en las colonias motivando varias respuestas de los grupos sociales americanos, algunas bastante hostiles; esto contrastaba con las iniciales reformas emprendidas durante el gobierno de Felipe V, muchas de ellas erráticas, incompletas, incluso, impugnadas por las élites locales; pese a todo ello, como afirma Bertrand, estas medidas sí demostraban la voluntad política de realizar cambios en la administración virreinal (2011: 20).

Así, el cambio dinástico alteró las formas con las que las élites locales se relacionaban con las autoridades virreinales, quienes tenían órdenes de aplicar reformas con el objetivo de mejorar la recaudación de los caudales que la monarquía necesitaba para sostener su gobierno en un contexto de conflictos internacionales. De esta manera, en la primera parte del siglo XVIII vemos como los personajes de esta investigación tuvieron que convivir con el inicio del gobierno borbónico y las necesarias demostraciones de fidelidad que la situación evocaba. Asimismo, producto de la alianza entre las coronas española y francesa se intensificó la presencia de súbditos franceses en las costas americanas, ingresando mercaderías en varios puertos (Buenos Aires, Paita, Santiago) y generando un contrabando o comercio ilegal que saturó de mercaderías el consumo local, afectando por ello la necesidad de continuar con las ferias de Portobelo, que además sufrían retrasos debido a que los galeonistas peninsulares estaban a merced de los ataques extranjeros. En este periodo, el sistema comercial oficial entró en crisis y fue recurrente que los comerciantes y las mismas autoridades participaran del comercio ilícito. La firma del tratado de Utrecht (1713) otorgó grandes beneficios a los ingleses a través de los navíos de permiso, intensificándose el contrabando y la crisis comercial española; a ello se sumó la disgregación del territorio peruano con la creación del virreinato de Nueva Granada, el fracaso de las armadas, la revisión de los contratos de asiento y la necesidad de crear nuevos impuestos (Brading 2004: 137; Turiso 2002: 101-103; Fisher 2000: 48).

Esta investigación analiza este periodo en el cual, ante los cambios políticos y económicos y frente a la aparición de virreyes dispuestos a imponer su autoridad, muchos comerciantes tuvieron que sortear aquellas condiciones con el objetivo de ascender socialmente a través de la demostración de fidelidad, eludiendo reformas y negociando otras. Según Fisher, esta no fue una época de reformas cohesionadas, sino más bien un lapso en el que prevalecieron las contradicciones e inconsistencias. Esto contrastó con lo ocurrido en la segunda mitad del siglo XVIII, donde nuestra investigación termina; debido a que las reformas carlistas produjeron un reacomodamiento de las élites gracias a la desarticulación de los monopolios de los grandes centros comerciales (Lima y México), situación favorecida por medidas radicales como el reglamento de libre comercio, la apertura mercantil, la visita general, la creación del virreinato del Río de la Plata, la pérdida del Alto Perú, las guerras intercontinentales con Inglaterra (1748,

1762, 1779, 1796), la reforma del sistema fiscal y administrativo que devino en la aparición de intendencias y por último la crisis política que desencadenaron primero rebeliones indígenas y luego el proceso de independencia (Mazzeo 1999: XI-XV; Fisher 2000: 28-44, 65, 119-120).

Marco conceptual

Se hace necesario adelantar algunos términos que con mayor contundencia se definirán a lo largo del texto. El primero concepto a definir es el de “aristocracia”, “clase alta”, “nobleza” o “grupo dominante”, si bien usaremos indistintamente cada uno de estos términos, la idea que más se ajusta a nuestra investigación es la de “élite”. La élite era un segmento reducido de la sociedad que a través de títulos, honores y privilegios tuvieron una posición social elevada y controlaron la política, economía y sociedad de su época (Rizo Patrón 2000: XV-XVI). Para identificarla debemos tener en cuenta la ubicación de sus miembros en la estructura social, la visión particular que tenían sobre diferentes asuntos, su entorno, los mecanismos que usaron para imponerse a sus contemporáneos, la riqueza, ocupación, privilegios legales, educación, costumbres, lazos de parentesco, sus virtudes, linaje, familia, rango, poder e influencia social (Rizo-Patrón 2000: 17; Brading 2004: 40; Carrasco Martínez 2017: 9-10; Burke 1996: 32).

En nuestra época de estudio, quienes tenían la posición de élite económica, social y política fueron los comerciantes, que superaron en prestigio a las élites tradicionales de hacendados y beneméritos renovando la “clase alta” de la época. Si bien muchas personas se dedicaban al mencionado oficio, en nuestro estudio trabajaremos a aquellos que podían considerarse “profesionales del comercio” (Turiso 2002: 15); practicaban el comercio internacional, poseían barcos, almacenes, dirigían el gremio mercantil, llevaban inmensos capitales a las ferias de Portobelo, formaban compañías comerciales y tenían intereses en todo el territorio americano; gracias a ello, obtuvieron una riqueza que les proporcionó posición y aceptación social (Brading 2004: 41). Así, era indudable que eran las figuras dominantes de la sociedad colonial. Como bien dice Rizo-Patrón, entre los siglos XVI y XVII, la élite estaba conformada por administradores, burócratas y encomenderos, pero poco a poco fueron compartiendo el estatus con los peninsulares que iban llegando recientemente, la mayoría dedicados al comercio, quienes finalmente alcanzaron el pináculo de la sociedad (2000: 21).

Por otro lado, la “cofradía” es otro término a precisar. Por supuesto, esta institución ha sido definida muchas veces desde muy diversos puntos de vista; sin embargo, nosotros la consideramos -al igual que Ovalle- como un espacio de sociabilidad, constructor de identidades sociales y colectivas, cuya naturaleza de lugar de encuentro favorecía la convivencia y la formación de redes políticas, que posibilitaban la obtención del ascenso y prestigio social (2018: 30). A propósito, “prestigio social”, lo consideramos como un modo de vida que determinaba quien pertenece a un círculo social, y cuya base se encontraba en los privilegios y distinciones

honoríficas que uno iba adquiriendo (Ovalle 2018: 130). Asimismo, “Sociabilidad” es una categoría histórica que podemos definir -según los planteamientos de Agulhon (1992)- como un fenómeno que estaba presente en la vida cotidiana de las personas, quienes fomentaban la aparición y creación de organizaciones asociativas que serían la base de apoyo de las actividades políticas. En esta investigación consideramos que la cofradía fue la institución de sociabilidad por excelencia que favorecía la convivencia, las interacciones y los lazos de solidaridad entre sus miembros, quienes compartían con sus cohermanos una serie de elementos comunes como su oficio, origen regional, devoción o los intereses económicos y políticos.

Asimismo, “redes políticas” podemos entenderlas como grupos cuyos integrantes y participantes mantenían varios vínculos sociales; en general, eran estructuras paralelas e informales que influían en la política interna de la institución en la que operaban (Bertrand 2011; Kettering 1986). Tenían una serie de características como los compromisos comunes; una estructura que implicaba la presencia de líderes, clientes, agentes externos e intermediarios; los vínculos que unían a sus diferentes agentes estaban condicionados por la amistad, familiaridad y los intereses económicos. Estas redes también han sido consideradas como “facciones”, que son definidas como grupos de intereses formados por un número variable de miembros y cuya fuerza colectiva dependía del grado de implicación de sus integrantes (Vásquez Gestal 2013). En estos espacios se formaban “relaciones clientelares” que, según Bertrand, pueden calificarse como aquellas que se organizaban en torno a grupos que fungían como centros de poder y autoridad activos (2011: 27)

Si bien “corte” es un concepto bastante discutido, nosotros lo consideramos como un foro de contactos que permitía el nexo político entre la autoridad y las élites locales (Gil Puyol 1997). Entendemos la corte no solo como un espacio tradicional de parientes, amigos y favoritos, sino también como un núcleo político en el cual podían participar asesores, ministros, funcionarios, burócratas y los representantes de los cuerpos políticos. Como afirma Büschges (2011), estudiar a la corte hoy implica entenderla como un lugar político en el cual el virrey se relacionaba y negociaba con los notables locales. Finalmente, proponemos que el “burócrata” de la época no era precisamente el oficial que seguía una carrera pública al estilo decimonónico; por el contrario, estaba caracterizado por la importancia de las redes sociales y políticas en su poder y nombramiento (Garavaglia 2012). A su vez, no consideramos solo como “burócratas” a los titulares de los cargos propios de la administración virreinal (Real Hacienda, Cajas Reales, Real Audiencia o Tribunal de Cuentas), consideramos que los representantes de otros cuerpos como el Cabildo o Consulado también pueden ser calificados de burócratas, si bien estos tenían un mayor margen de autonomía política, y en general, sus oficiales eran elegidos por mecanismos internos al margen de la provisión real, sin embargo, no es menos cierto que su poder y consideración social pueden ser consideradas similares o superiores al de los burócratas tradicionales; de hecho, el cuerpo de la ciudad o el comercio tampoco eran organismos

independientes, estaban condicionados por las acciones de los virreyes, y muchas veces estos recurrieron a sus dirigentes para sostener su gobierno.

Metodología

La tesis ha seguido un programa de investigación que inicialmente demandaba conocer el universo social de los personajes estudiados. Es decir, primero definimos el grupo social: los cofrades y hermanos de Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario. Para ello fue vital la documentación interna de la cofradía ya que, a través de sus libros de hermanos, asistencia a los cabildos y solicitudes de ingreso se pudo construir la composición social de ambas corporaciones. Una vez realizado aquello, se identificó a los mayordomos. El resultado fue reconocer a los hombres clave de esta investigación: Palacios, Querejazu, Calderón, Tagle Bracho, Gutiérrez de Cosío y Echevarría. Una vez conocidos nuestros personajes principales, realizamos la trayectoria social, política, familiar y económica de cada uno; para ello, recurrimos a la prosopografía. Tal metodología de trabajo propuesta por Lawrence Stone y desarrollada de forma crítica por Michelle Bertrand, supone elaborar una biografía colectiva mediante la descripción de los caracteres exteriores del grupo seleccionado, sobre todo, la carrera profesional, el patrimonio, la familia y las actividades económicas y políticas (2011: 12).

Así, inicialmente reconocimos elementos clave en la trayectoria de nuestros personajes como su origen, su vinculación con los grupos locales, sus matrimonios y descendencia; pero luego hemos tratado de conciliar la prosopografía con el estudio de las élites propuesto por Burke (1996); para ello, antes que seguir descriptores tradicionales de la primera metodología, nos ha interesado, sobre todo, saber ¿cómo los personajes de esta investigación formaron su riqueza? y ¿en qué la invertían o gastaban?; esto con el fin de seguir los postulados de reconocer la base económica y el estilo de vida de los miembros de la alta sociedad colonial; con ese objetivo, la revisión de testamentos, inventario de bienes y descripciones de la época nos han dado una idea sobre cómo nuestros personajes se enriquecieron a través de una serie de actividades económicas, incluyendo el comercio, y luego el estilo de vida que practicaron.

Era importante estudiar a las cofradías con un método que permita conocer su dimensión social y política, por ello, tomamos la propuesta de Ovalle y nos preguntamos ¿cuál era la función social de la cofradía?, ¿qué tipos de personas la componían? y ¿qué significaba para una persona el cargo de mayordomo? Tomando la documentación interna de las cofradías del Rosario y Aránzazu hemos desentrañado sus actividades económicas y espirituales lo cual nos ha permitido conocer su importante relevancia en el espectro social; pues eran corporaciones que poseían un prestigio espiritual y social indudable y asimismo controlaban y administraban varias propiedades y rentas las cuales les daba una posición socio económica envidiable. De esta forma, hemos conocido los elementos de atracción que tenían estas

corporaciones, pues los hermanos congregados deseaban controlar el espacio no solo para fomentar su piedad, sino para tener acceso a un prestigio simbólico y unos recursos económicos bastante aprovechables.

Por supuesto, al ser nuestro interés principal las redes políticas al interior de estas cofradías, no bastaba con estudiar solo a los mayordomos como personajes aislados en medio de un espectro corporativo. En efecto, los mayordomos eran elegidos con votos, y fuera de la cofradía, esos mismos personajes demandaban apoyo para ascender socialmente. Así, este estudio no se ha detenido solo en la vida de siete hombres que en un momento determinado fueron mayordomos; por el contrario, hemos ampliado el análisis prosopográfico a los demás miembros de las hermandades, aquellos que se convirtieron en efectivos agentes de las redes políticas de nuestros personajes. En total hemos estudiado a un universo de más de cien personajes, la mayoría comerciantes, que pertenecieron a las distintas facciones aquí trabajadas. Según Bertrand, cuando se trata de conciliar la prosopografía con el estudio de las redes, no basta con detenerse en el núcleo principal, sino debe extenderse el análisis a las dinámicas del grupo, sus relaciones sociales y actividades (2011: 16). Para ello, ha sido necesario conocer su formación (y espacios de formación), su complejidad (los vínculos) y sus finalidades (el ascenso social).

La cofradía como espacio de sociabilidad permitió la interacción entre diversos hermanos, sin embargo, el formalismo de proponer que diversos individuos se vincularon solo por compartir un espacio es insuficiente para un estudio de las redes; por ello, en este trabajo hemos desentrañado las efectivas relaciones que unían a los miembros de las redes políticas. Para ello, hemos tomado las consideraciones expuestas por Kettering, Balmaseda y Bertrand, y proponemos cuatro tipos de vínculos que fortalecían y cohesionaban la red, estos fueron: vínculos de paisanaje, de oficio y devoción, de intereses económicos, y los familiares y amicales. En efecto, los miembros de las redes políticas al interior de las cofradías tenían en común el origen geográfico, la mayoría eran vascos o montañeses; todos se dedicaban al comercio y tenían devoción por la virgen de Aránzazu o el Rosario; como compartían el oficio, muchos se aliaron económicamente y montaron negocios juntos; y finalmente, la mayoría de los que eran amigos no tardaron en formar alianzas familiares endogámicas a través de matrimonios. Las fuentes que nos han permitido reconstruir y reconocer estos vínculos han sido de diversos orígenes como los testamentos, expedientes matrimoniales, escrituras notariales, correspondencia, juicios, informes burocráticos, etc. En la mayoría de esta documentación se evidencian las relaciones que mantenían los individuos de las redes, pues comúnmente se prestaban dinero, se nombraban como apoderados en transacciones comerciales o figuraban como testigos en juicios. Por supuesto, las redes no son explícitas, por ello ha sido fundamental tomar atención a los detalles en los cuales se sugiere una relación clientelar.

Asimismo, no se ha estudiado solo los vínculos que unían a los integrantes de la red, se ha trabajado la formación de la red en un sentido temporal, conociendo su origen y su paulatino proceso de empoderamiento que iba ligado al control corporativo de la cofradía; a su vez, ha sido esencial proponer una estructura de las redes políticas. Evidentemente no todas tenían la misma composición social o seguían los mismos patrones; hubo redes más horizontales y cohesionadas, y otras más jerárquicas y verticales. En todo caso, no renunciamos a la idea de otorgar a cada integrante de la red una ubicación social en la articulación política; para ello, hemos tomado los planteamientos de Kettering (1986), que nos permitió identificar a los líderes de la red, una base de clientes, intermediarios (*brokers*) que poseían recursos propios, y una serie de agentes externos que sostenían a la facción en momentos determinados. Por supuesto, tal ejercicio no fue elaborado solo a través de un análisis cualitativo, de hecho, para aprovechar con mayor precisión la acumulación de datos puntuales y las fuentes fragmentarias, hemos recurrido a las herramientas informáticas. En efecto, gracias al software Ucinet, hemos transformado los vínculos que mantenían diversos integrantes de la red en valores numéricos, y ello ha permitido conocer la fortaleza o debilidad de las relaciones entre cohermanos. Los resultados, como veremos en el capítulo destinado a este asunto, han confirmado que los integrantes con más vínculos con otros agentes de la red, por lo tanto, con mayor centralidad, fueron los respectivos mayordomos y líderes de cada facción.

También fue necesario conocer cómo estas redes políticas no solo tenían intereses limitados por la cofradía, sino se extendían sobre otras instituciones o corporaciones políticas. Como sugiere Bertrand, el estudio de las redes también debe tomar en cuenta el conjunto de relaciones que los individuos de una articulación política mantenían en el seno del grupo como en el exterior; y en función de ello descubrir las estrategias que usaron para empoderarse socialmente. A esto le llamamos “acciones colectivas” en tanto eran movimientos organizados por la red política para proteger, apoyar, sostener y elegir a los líderes políticos. Tal situación se evidencia con mejor precisión en el Consulado en el cual actuaron las dos redes principales estudiadas en esta tesis. Como veremos, las facciones del Rosario y Aránzazu actuaron de forma coordinada para empoderar a sus señores y con ello lograr el ascenso social de los susodichos, que en correspondencia podría y debía beneficiar a los clientes y agentes que hicieron posible su empoderamiento.

Hipótesis

En este trabajo planteamos que las cofradías tenían una naturaleza social que las volvían proclives a convertirse en espacios de sociabilidad, encuentro e interacción social. En efecto, esta institución establecía que todos sus integrantes debían realizar varias actividades como oír misas, recolectar limosnas, realizar ejercicios espirituales, asistir a los entierros de otros

hermanos, presentarse en las fiestas corporativas, y participar en las juntas donde se decidían diversos asuntos internos. Este común espacio de convivencia podía acentuar con mayor contundencia la sociabilidad en los casos en que se demandase algunos requisitos sociales para ingresar como el origen geográfico, el oficio o el prestigio. En esas situaciones, los cohermanos tenían mayor facilidad para vincularse con otros, pues existían diversos planos relacionales que los unían. En los casos concretos de la cofradía de Aránzazu y el Rosario, sus integrantes llegaron a vincularse a través de relaciones de paisanaje, oficio, intereses, amistad y parentesco; ello permitió la formación de grupos cohesionados, que al adquirir objetivos políticos (ascenso social, consumo de cargos, control de corporaciones) se convirtieron en redes políticas.

Los diversos vínculos que unían a los integrantes de la red permitieron el control y monopolio de los cargos de la cofradía, la seguridad en los negocios, el mantenimiento de las identidades culturales y regionales, la asimilación con la élite local, la formación de alianzas familiares, y la búsqueda del ascenso social a través de la consecución de cargos o empleos en la administración virreinal o en las corporaciones políticas. Fue la cofradía la que permitió este asociacionismo político en tanto fue uno de los pocos lugares permitidos por la monarquía en el cual se podía practicar, ejercer y planear la política al margen de los canales oficiales como la corte o las instituciones del gobierno. Gracias a estas consideraciones, las redes políticas lograron empoderarse tanto dentro como fuera de la cofradía; situación que se evidencia con mayor contundencia en los cargos que obtenían sus principales líderes y la forma en que eran respaldados y sostenidos por la amplia base de la facción.

En una época de cambio dinástico en el cual fue necesario demostrar fidelidades sin descuidar los intereses particulares, la cofradía ofrecía un espacio para articular políticamente a un conjunto de recién migrados, que se dedicaron al comercio y estaban en plena carrera de ascenso social; para ellos, adquirir la mayordomía de una congregación prestigiosa les permitía elevarse socialmente ante las altas autoridades y dirigir un grupo político que sería clave al momento de escalar en la estructura social a través de la ocupación de puestos estratégicos en las instituciones del gobierno, ya que aquella situación permitía acercarse a los entornos de la corte virreinal, donde el vicesoberano, siguiendo las concepciones políticas de la época, podía y debía premiar a los mejor súbditos; razón por la cual nuestros personajes se desvivían por pertenecer a este mercado del favor, donde podrían acceder a succulentas prebendas.

Balance historiográfico sobre cofradías

Las cofradías como tema de investigación han sido trabajadas, sobre todo, por historiadores y antropólogos, sin embargo, fue el sociólogo francés George Le Bras, quien introdujo el tema en un artículo publicado en 1940. El autor usaba las constituciones de las cofradías y reconocía que su principio fundamental era la reciprocidad espiritual, ya que estas

corporaciones se habían originado en un clima de desastres medievales que motivó a los cristianos a asociarse. Le Bras utilizó el concepto de “familias artificiales y corporativas” para denominar a la cofradía, pues lo esencial era el bien de todos y no el de un individuo, aun así, lo más interesante de su texto es que empezó a reconocer la existencia de rivalidades entre cofradías y la formación de clientelas internas por parte de sus miembros de élite (1940/1941: 311). Posteriormente, hubo historiadores que trataron a las cofradías como una institución religiosa con fines profanos, por ejemplo, Lucien Febvre citaba el trabajo del historiador francés Henri Hauser llamado *Les compagnonnages d'Arts et Métiers à Dijon, XVII-XVIII siècles* (1940) como un texto interesado en las cofradías de artes y oficios; lamentablemente, no hemos tenido acceso al contenido de la obra, y no sabemos sus premisas básicas, pero al ser -quizás- el primer trabajo de historia que se dedicó a las cofradías, nos parece importante mencionarlo. Más adelante, el mismo Febvre (1942) y Natalie Zemon Davis (1965) remarcaron la importancia de las cofradías en las actividades gremiales de los artesanos, pues se usaba esta institución para defender intereses y derechos corporativos². Estaba claro que en esta primera etapa los historiadores se interesaron por el aspecto social de las cofradías gremiales, fue con los historiadores de las mentalidades y la religión que la institución volvió a ser entendida como un organismo fundamental para el culto y la piedad, por ejemplo, Francis Rapp (1976) y Michelle Vovelle (1973 y 1977) estudiaron la devoción popular en un contexto en el cual el cristianismo coexistió con el paganismo occidental y fue necesaria la presencia religiosa en la vida cotidiana³.

Una línea de estudio distinta hasta el momento fue la propuesta por Jacques Le Goff, quien entendía a las cofradías como espacios donde era posible el desarrollo individual gracias al linaje y el estatus (2013: 135). Sin embargo, todos los trabajos hasta aquí citados trataron a la cofradía de forma tangencial, nunca de manera protagónica; fue Serge Gruzinski quien le dio una importancia sustancial a partir de su estudio sobre las cofradías de indios en Nueva España. El principal aporte de su texto fue proponer el uso de los testamentos y juicios de los hermanos cofrades, ya que las fuentes usuales en los trabajos de las cofradías como las constituciones o libros de cuentas solo revelaban la fachada de la institución y no lo que realmente ocurría al interior (1990: 214). Las investigaciones anteriores no son nuestras únicas referencias fuera del ámbito nacional, una revisión exhaustiva dejará al lector la sorpresa que las cofradías han sido tratadas e investigadas con curioso afán. Así, Susan Verdi realizó un balance historiográfico sobre lo producido hasta entonces sobre el tema y llegó a una lista de al menos sesenta y cinco investigaciones. Además, la autora presentó las últimas líneas de investigación, donde se insistía en el papel de la cofradía en la evangelización, pero también se le entendía como vehículo de

² Febvre (1968: 240); Davis (1993:19-20).

³ Rapp (1976). Usamos el texto traducido por Cristina Flórez, p. 8 (El material fue proporcionado como parte de sus clases de Historia Universal I en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en el 2009); Vovelle (1975: 383-383) y (1985: 149-152).

resistencia e identidad étnica (1998: 15). El trabajo contextualiza el interés de las cofradías en la academia americana y es sintomático que el texto haya sido publicado en la quizás única revista especializada en el tema: *Confraternitas*, publicación auspiciada por la Universidad de Toronto desde 1990.

Antes de presentar el balance sobre lo producido en el Perú debemos considerar que los estudios de cofradías en América son muy distintos a lo producido en Europa por una sencilla razón: la conquista. En el viejo mundo, las cofradías estaban dirigidas a la población cristiana en general, sin distinción de etnia, por lo que fue fundamental las cofradías gremiales para distinguir en función del oficio o el estatus a las personas; en cambio, en América la conquista y la evangelización de los indios devino en la aparición de cofradías de naturales y también de españoles, la introducción de una población esclava promovió las cofradías de esclavos y cuando estos adquirieron la libertad hubo congregaciones de libertos. Esta variopinta situación se expresó en la historiografía, pues la mayoría de especialistas solo eligió como objeto de estudio a una de estas cofradías, dejando la sensación de deuda al no existir un estudio que incluya a todas las existentes.

La historiografía sobre cofradías en el Perú no es muy generosa. Las primeras referencias las encontramos en las grandes obras dedicadas a la historia de la iglesia en el Perú, por ejemplo, Jesús Jordán Rodríguez (1950) y Rubén Vargas Ugarte (1953) mencionaban a las cofradías en un sentido institucional, ya que eran concebidas como engranajes de la iglesia católica y auxiliares en el proceso de evangelización. La importancia de estos primeros acercamientos al tema consistía en que se pudo conocer al detalle cuáles eran las cofradías, a qué órdenes pertenecían, dónde estaban ubicadas y la advocación de sus santos, sin embargo, aunque útiles, eran datos faltos de toda interpretación y contextualización. La poca atención se debía al contexto historiográfico –dominado por una historia narrativa– que veía en las cofradías una institución sin mayor importancia de lo ya expresado. Así, el tema no fue desarrollado por los historiadores, más bien fueron los antropólogos los interesados. George Foster (1959) siguió los lineamientos de Le Bras y consideró a las cofradías como grupos de cooperación necesarios en toda sociedad; su estudio buscaba entender a la cofradía como una institución que evidenciaba la permanencia de las estructuras andinas en la colonia.

El trabajo de Foster sentó las bases analíticas para estudiar a las cofradías, y fueron los antropólogos quienes le dieron mayor importancia, pues las relacionaron inmediatamente con la comunidad andina, de ahí que las cofradías de indios fuera lo más investigado. El contexto explica la situación; en los sesenta y setenta apareció una producción académica dedicada a estudiar las estructuras agrarias, las comunidades campesinas y el “problema del indio”, pues coyunturas como la reforma agraria o las movilizaciones campesinas hacían urgente entender a este nuevo actor social, por ello la comunidad académica trató de acercarse al mundo andino, en ese momento protagonista de la historia. Así, en aquel periodo nadie quería estudiar a las

cofradías urbanas, las de élite o empoderadas; paradójicamente, los grupos sociales altos fueron postergados y se privilegió el estudio de los grupos sociales oprimidos como los indígenas, es por ello que un conjunto de antropólogos, siguiendo los planteamientos de Foster, trataban de entender a la cofradía como un medio de resistencia y adaptación, incluso, como una estructura que permitió la supervivencia del ayllu prehispánico y la articulación de la comunidad campesina del siglo XX, una premisa que, por lo menos, podría cuestionarse.

Un texto clave en este periodo fue el trabajo de Olinda Celestino y Albert Meyers (1981), quienes criticaron la insistencia de algunos académicos en estudiar a la cofradía solo a partir de sus aspectos religiosos, por el contrario, incidieron en su rol como agente de la vida social y económica. Ambos autores partieron de los mismos presupuestos teóricos señalados como las familias artificiales, los mecanismos de adaptación y las creatividades sociales, es decir, usaron un conjunto de tradiciones teóricas para dotar a la cofradía de un marco explicativo, por ello reconocieron que en todas las sociedades era necesaria la existencia de grupos cooperativos que faciliten la adaptación en épocas de cambio social o crisis (como la conquista). De esta manera, las cofradías se convirtieron en las instituciones que ayudaron a reestructurar el mundo andino, y los indígenas vieron en este espacio una forma de mantener sus cultos religiosos⁴.

Celestino y Meyers siguieron publicando en los ochenta varios artículos donde reformularon sus hipótesis. Así, entendieron que la cofradía en un momento sirvió como mecanismo de adaptación a la nueva formación social, pero con el tiempo se transformó en una estructura colonial que ofrecía a sus integrantes la posibilidad de obtener prestigio social a partir del consumo de cargos (1981a y 1981b). Además, estas investigaciones no se limitaron a la documentación oficial de la cofradía como actas de fundación, ordenanzas, cuentas o listas de bienes, también se estudiaron los testamentos y las escrituras notariales. Más adelante, Rafael Varón, Zoila Mendoza y Alejandro Diez Hurtado siguieron aportando a partir de la escala regional: así, se integraron los casos de Piura y Huaraz. El planteamiento era conocer la relación entre las cofradías de indios, los poderes locales y las fiestas patronales; pero también se estudió la supervivencia de los grupos dominantes andinos a partir de la manipulación de instituciones occidentales (como la cofradía); se pensó esta corporación como una unidad económica alternativa a la hacienda y la comunidad; y se descubrió que la cofradía reproducía la estructura social del pueblo, pues sus cargos eran ocupados por los principales políticos locales⁵.

Fue Pablo Macera quien introdujo el estudio de las cofradías en la historiografía; él había presentado el libro de Celestino y Meyers, donde cuestionó algunas de sus premisas como la relación ayllu-cofradía; también propuso nuevas líneas de investigación como las actividades

⁴ La reciente investigación de Claudia Brosseder demuestra que los indígenas podían pertenecer a cofradías y reconocer símbolos cristianos, pero al mismo tiempo seguir manteniendo sus cultos antiguos y el uso de artefactos considerados idolátricos como las *conopas* o *yllas* (2018: 166-180)

⁵ Varón (1982: 20); Celestino (1982: 148); Mendoza (1982: 291-293); Diez Hurtado (1994 y 1997).

crediticias de la cofradía y el sistema de cargos que podía entenderse a partir del *ladder system*, un concepto de la antropología americana (1981: 7-18). Es así que en los ochenta aparecieron trabajos como los de Guillermo Reverter Pezet (1985), Ricardo Temoche (1987) y Teresa Egoavil (1986); los primeros prefirieron la descripción, la publicación de fuentes y la conexión con los gremios y mutuales, pero fue el texto de Egoavil el que sentó una nueva línea de investigación: la económica, pues se alejó de las interpretaciones hasta entonces dominantes y se preocupó en cómo las cofradías urbanas se capitalizaban, principalmente a partir de los censos. Posteriormente, en los noventa los historiadores le dedicaron mayor atención a las cofradías desde muy variados enfoques, se empezó a estudiar con mayor interés hermandades particulares, urbanas y de españoles, pues se intentaba no caer en la peligrosa generalidad, por ejemplo, apareció el trabajo Guillermo Lohmann Villena (1990) sobre la cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu, quien entendía su fundación como la manifestación de la solidaridad e integración regional de los migrantes vascos asentados en Lima.

Más adelante aparecieron los aportes de Beatriz Garland, Joaquín Rodríguez y Jesús Paniagua (con textos publicados en 1995). Garland realizó una pionera aproximación a un sistemático y ordenado estudio de las cofradías de Lima, consideró la estructura, la jerarquía interna, sus relaciones con el entorno social, propuso tipos de cofradías, definió sus cargos como el del mayordomo, incluso, en base a su exhaustivo trabajo en archivo nos mostró una relación de las cofradías existentes en la ciudad. Rodríguez vinculó la cofradía a una coyuntura histórica como el Concilio de Trento y la Contrarreforma, proponiendo que la institución fue sometida a unos controles estrictos en su funcionamiento. Y Paniagua estudió las cofradías de plateros de San Eloy y la Misericordia, pero no solo las describió, sino las relacionó a la coyuntura política en la cual los desenvolvimientos gremiales y los rituales eran importantes para el Estado colonial, el mismo tema fue trabajado más adelante por Cristina Esteras y Ramón Gutiérrez (2005), quienes además subrayaron la importancia de las fiestas de los plateros organizadas por la cofradía y cómo sus mayordomos se desvivían por mostrar mayor ostentidad⁶. Los estudios de coyunturas se incrementaron; nuevamente Beatriz Garland (1995b) y José Chaupis (2000) entendieron cómo las reformas borbónicas afectaron a las cofradías urbanas y rurales debido a que se cuestionaba sus roles, influencia, y poder, pues si la primera mencionaba la formación de grupos de poder dentro de la cofradía, el segundo mostraba la influencia del clero local.

Por otro lado, también hubo estudios sobre las cofradías de esclavos y libertos como los trabajos de Raúl Adanaqué (1993) y Jean Pierre Tardieu (1997); el primero las identificó como instituciones de control social, pues se buscaba aplacar las protestas mediante horas de libertad y oración; el segundo reconoció la estructura, actividades y rivalidades que aparecían entre los

⁶ Garland (1995a: 199-228); Rodríguez (1995: 15-29); Esteras y Gutiérrez (2005: 159-158); Paniagua (1995).

congregados⁷; ambos autores reconocían la influencia de los aportes del previo trabajo de Frederick Bowser (1977), quien entendió a las cofradías de esclavos como vehículos de religiosidad, adoctrinamiento y espiritualidad, pues los mismos esclavos veían con entusiasmos participar en estos espacios. Conocemos mucho sobre este tipo de cofradías, sus formas de capitalización, sus antagonismos interétnicos y su religiosidad, incluso, un reciente trabajo de Jesús Cosamalón y Maribel Arrelucea (2015) proponen que las cofradías de afrodescendientes funcionaron también como espacios de sociabilidad y encuentro⁸.

A finalizar los noventa, la historiografía peruana había producido varios trabajos sobre cofradías, tanto que fue necesario un balance, mismo que fue realizado por Walter Vega (1999), quien además definió a la cofradía como una institución de seguro y crédito, y también las clasificó según su lugar de origen (urbana o rural); posteriormente, publicó trabajos sobre “cofradías de negros” (2001 y 2005) donde el autor ensayó una definición más personal de la cofradía entendiéndola como una asociación cuyo fin primordial era el culto, y donde estableció una clasificación más compleja a partir del prestigio y la etnicidad. Por último, la década acabó con una investigación monográfica realizada por Yolanda Cerón (1997), quien propuso entender a las cofradías como espacios de socialización de diferentes grupos étnicos; un planteamiento de por sí interesante, sobre todo, por las fuentes de trabajo, que fueron los protocolos notariales, pues se siguió el registro de diversos individuos que participaron en las cofradías.

A partir del 2000, los estudios de cofradías se focalizaron en hermandades determinadas, y se interesaron por su prestigio, poder y simbolismo, por ejemplo, la archicofradía de Veracruz, espacio en el que la élite local virreinal se desenvolvió, fue estudiada por Rafael Sánchez-Concha Barrios (2012 y 2013), quien tomó de los pioneros aportes de Juan Bromley (1963) y Raúl Camarena Peralta (1999) los datos más resaltantes, pues los mencionados estudios contenían información con apenas contexto, solo se reconocía, en base al libro de hermanos, a los personajes participantes. La tesis de Diego Lévano (2006) confirmó que el interés pasó de las cofradías de indios a las de españoles; su investigación contextualiza a las hermandades en un escenario político y religioso determinado por el mundo barroco; por ello, el autor analizó estas instituciones a partir de sus manifestaciones culturales y religiosas. Previamente, Ciro Corilla (2002) estudió a las cofradías desde su composición étnica lo cual - según el autor- desencadenó discriminaciones raciales; José de la Puente Brunke (2004) estudió a la hermandad de Nuestra Señora de Aránzazu resaltando el peso de los comerciantes vascos en la vida institucional de una cofradía étnica; y finalmente, Judith Mansilla (2008) estudió a las cofradías de Aránzazu y Santo Cristo Burgos, y entendió el papel de las relaciones de poder y las estrategias de ascenso social en el encumbramiento de sus mayordomos. Mansilla superó la

⁷ Adanaqué (1993: 29); Tardieu (1997: 509-563).

⁸ Bowser (1977: 307-311); Cosamalón y Arrelucea (2015: 69)

visión de las cofradías como instituciones meramente espirituales y llegó a caracterizarlas como vehículos para incrementar el prestigio personal.

Más adelante, aparecieron las publicaciones de Fernando Armas Asín (2010) y una obra colectiva editada por Kelly Montoya y Diego Lévano (2010); la primera fue un trabajo que entendía a la cofradía en el periodo republicano, pues las viejas corporaciones coloniales se vieron afectadas por la desamortización de los bienes clericales; y la segunda fue una obra compilatoria que recogía los diferentes aportes de especialistas como Fermín Labarga, Luisa Vetter, Irma Barriga, y a sus jóvenes autores, por ejemplo, Lévano estudió los bienes temporales de las cofradías en el siglo XVII, y Montoya analizó el papel de las procesiones en los rituales religiosos en los que participaba la cofradía. A partir de este año aparecieron artículos en revistas estudiantiles, ponencias y libros con el mismo tema en un inusitado interés en las cofradías. Lamentablemente, algunos de estos trabajos no se desligaban de los modelos tradicionales, y otros – como los nuestros – caían en la descripción o generalidad⁹. Finalmente, a partir de un congreso sobre cofradías, se publicó un libro editado por Montoya, Lévano y Fernández (2017) en el cual se recogieron trabajos con diversos enfoques; no compete analizar sus aportes debido a su voluminosidad, por ello cuando un artículo de aquella obra sea usado en esta investigación se le citará directamente.

Justificación

La importancia de nuestro trabajo reside en el estudio de una institución tradicionalmente concebida como religiosa y desentrañar su carácter político para conocer cómo funcionaba el poder en el siglo XVIII, pues las redes políticas que se generaban y establecían en las cofradías tenían como propósito empoderar a un señor a partir del consumo constante de cargos, lo que le valdría para acercarse a la corte virreinal y recibir premios y dignidades. Creemos que esta lógica de poder, entendido como una relación y no un objeto, aún persiste hasta nuestros días, pues aún ahora se forman grupos políticos que buscan posicionar a un “cuadro”; además, hay relaciones clientelares, favores, lealtades y prebendas. Los partidos, clubes o colectivos políticos han sustituido a las cofradías como escenarios de sociabilidad en el cual se forjan las relaciones de poder y contactos. A su vez, nuestra investigación contribuye al conocimiento histórico porque plantea nuevas preguntas, es decir, no tratamos a la cofradía

⁹ Kelly Montoya y Deynes Salinas presentaron una ponencia en el V Congreso Nacional de Historia llamada “Redes de comunicación religiosa y social en el virreinato del Perú. La Ilustre Congregación de Seglares de la O, 1760-1828” (2012); Helbert Ñaupá y Karina Paredes presentaron en el mismo evento una ponencia llamada “Aspectos socio-económicos del sistema cofradial en el Perú, Arequipa, 1700-1850” (2012); y apareció en una revista local el trabajo de Gabriel Bustamante (2013). A su vez, tenemos constancia que el tema está (o estaba) siendo trabajado por estudiantes y egresados interesados como Edwin González (2017), Betsali Curi (2017), Katya Mendoza y Rubén Pacori, los dos primeros publicaron algunos avances.

como una institución espiritual (que lo fue), sino como un espacio que favorecía las redes de poder y el ascenso social.

Creemos que nuestra investigación, de alguna manera, se suma a los trabajos que sobre redes políticas y clientelismo se han producido en los últimos años, pero proponemos que esas articulaciones políticas tenían espacios concretos en los cuales se formaban (las cofradías), y que su complejidad radicaba en los diferentes vínculos que unían a sus integrantes. A su vez, esta investigación propone que las redes políticas también pueden generarse al margen de los canales institucionales y la corte. En efecto, generalmente estos estudios retoman el valor de las redes construidas por virreyes o altas autoridades; por el contrario, en esta tesis, las redes se formaron en otros espacios políticos, el soberano ni siquiera pertenecía al núcleo principal. En todo caso, en este trabajo el virrey no fue el iniciador de una red, más bien acercarse a él y obtener los premios que podía dar eran las consecuencias de las actividades de una facción política ya existente. También proponemos que las redes políticas surgidas en cofradías son mucho más cohesionadas que las formadas en torno a autoridades concretas, ya que la horizontalidad permitía que los integrantes compartieran muchos vínculos más allá del económico o el interés, esto servía para que la red estuviera vigente durante buena parte de la vida de sus integrantes, y que no solo apareciera en ocasiones coyunturales. De esta forma, los líderes principales realmente tenían el apoyo de las redes durante buena parte de su carrera de ascenso social, y no solo en momentos puntuales (el gobierno de un virrey).

Asimismo, este trabajo sobre redes políticas en cofradías trata de revalorar las acciones de hombres y colectivos de hombres que tenían un margen de acción y cuyas decisiones daban sentido a sus vidas; no es un trabajo de cofradías donde prima la generalidad, los documentos fundacionales, las normas o las cuentas, sino una investigación que retoma el interés humano de una corporación que usualmente es tratada como un órgano con vida propia y alejada de los contextos sociales y políticos. Por el contrario, nuestra tesis pretende entender como las cofradías de Aránzazu y Rosario fueron espacios que permitieron que un conjunto de migrantes peninsulares se articularan políticamente en un contexto de cambio dinástico que exigía mayor organización política para sobresalir y obtener cargos. A propósito, esta investigación también pretende revalorar los distintos significados de adquirir un cargo en un contexto y no en otro. Usualmente, los cargos y empleos que un hombre en la sociedad colonial pudo llegar a tener son presentados por la historiografía como una suma de recompensas y nombramientos casi sin contexto; por el contrario, en este trabajo nos hemos detenido en reflexionar cómo se obtuvo ese cargo -más allá del evidente nombramiento o elección- es decir, conocer las fuerzas y relaciones que hicieron posible que alguien ejerza un puesto de poder; también ha sido importante saber el contexto y las situaciones políticas en la cual se atribuía un empleo, pues no era lo mismo dirigir una corporación en tiempos de tranquilidad que en momentos convulsionados, asimismo,

importante ha sido pensar qué significaba el cargo para una persona y el grupo al que pertenecía y cómo aquello contribuía en su particular carrera de ascenso social.

Esta tesis también cumple con los criterios requeridos para una investigación histórica como lo propone Ciro Cardoso, estos son el de relevancia, viabilidad, originalidad e interés personal (2000: 164). Nuestra investigación es relevante, ya que como anunciaba Lucien Febvre, una investigación histórica lo es cuando permite a sus contemporáneos y conciudadanos comprender mejor los dramas de los que son actores y espectadores (1971: 71). En nuestro país actual, es evidente los rezagos del clientelismo; existen redes políticas; la política del favor obnubila el merecimiento; hay émulos de cortes y argollas en la política, el trabajo y la academia; y cuando se desea acceder a un puesto siempre se busca ganar votos previamente al sufragio. De esta manera, es necesario entender que tales formas políticas de actuar ya existían en el siglo XVIII, y que su supervivencia solo indica la permanencia de ciertas estructuras sociales y cotidianas de la época virreinal, esto nos permitiría entender mejor cómo funcionan la corrupción, el autoritarismo y el favoritismo de nuestro día a día (Torres Arancivia 2007a: 26). Nuestra tesis también es viable, pues hay recursos documentales y humanos disponibles, pues existe abundante información en los archivos limeños y extranjeros como también bibliografía actualizada y reciente. Nuestra investigación también es original, pues hasta el momento la cofradía como un espacio que fomentara la sociabilidad política y promoviera la aparición de redes de poder había sido escasamente trabajada, solo el estudio de Mansilla previamente señalado lo entendía así. Por último, hay un interés personal en este tema. Como lo advertí al inicio, las vivencias personales y ser testigo de procesos políticos en los cuales el clientelismo, las redes de poder y los favores eran cosa corriente me hizo entender la importancia de tales categorías en las relaciones sociales.

Esta tesis está dividida en cuatro capítulos; el primero presenta las trayectorias personales de nuestros personajes incluyendo aspectos tales como su llegada a Lima, matrimonios, negocios, capitalización y el estilo de vida del que gozaron; el segundo es una presentación sobre las cofradías, nos interesará conocer a profundidad los espacios en los cuales nuestros personajes desplegaron su actividad política (Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de Aránzazu), conoceremos su historia, implantación, y sus actividades económicas y espirituales, indicadores de su prestigio y poder; en el tercer capítulo veremos cómo las cofradías en tanto espacios de sociabilidad favorecieron la creación de redes políticas; también exploraremos la formación y empoderamiento de estos grupos, así como los vínculos que unían entre sí a sus integrantes; finalmente, en el cuarto capítulo, veremos cómo estas redes políticas (y los individuos que las componían) permitieron que nuestros personajes obtuviesen cargos fuera de la cofradía, en la administración virreinal, y esto los acercó a la corte virreinal, donde podían negociar con el virrey y obtener de su favor algunas recompensas y atenciones.

CAPÍTULO I
LOS COMERCIANTES
TRAYECTORIA PERSONAL, RIQUEZA Y ESTILO DE VIDA

*“(…) busque en el mar el hambre
codiciosa,
del mercader que tanta hacienda emplea,
logros a su esperanza de otra suerte”*
Luis Vélez de Guevara, *La Luna de la
Sierra* (1653).

El reinado de Carlos II fue calificado por sus coetáneos como el fin de ciclo de una serie de catástrofes y calamidades que habían afectado a la monarquía española. En efecto, España vivió una serie de derrotas militares, pérdida de posesiones territoriales, epidemias y crisis demográfica; la situación de la península estaba en sintonía con la crisis fiscal que vivió el virreinato peruano en las últimas décadas del siglo XVII. Debido a este contexto, la sucesión monárquica fue un asunto de interés internacional, pues Carlos II –sin descendientes– tenía que elegir entre una serie de aspirantes pertenecientes a diferentes casas reales europeas (Kamen 2000: 13; Ríos Mazcarelle 1993: 21). El elegido fue Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, quien pasó a llamarse Felipe V e inició la dinastía borbónica.

En este capítulo nos interesa reconstruir la trayectoria personal, familiar y económica de los personajes principales de esta investigación, seis comerciantes migrantes que se convirtieron en prósperos hombres de negocios, quienes incursionaron en la política y al mismo tiempo fueron mayordomos de las cofradías de Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario. Como antecedimos en la introducción, para conocer las características comunes de los actores estudiados hemos recurrido al método prosopográfico propuesto por Lawrence Stone, para quien es el estudio colectivo de la vida de un grupo social, donde es importante identificar el nacimiento, matrimonio, descendencia, orígenes sociales, posición económica, ocupación, educación, afiliaciones sociales y agrupaciones políticas (1971: 46-47)¹⁰. Sin embargo, antes de sumergirnos en la vida de estos hombres, es preciso conocer el contexto en el cual se desarrollaron. ¿Cómo afectaron el cambio dinástico y las transformaciones políticas de la época la vida y proyectos de estos hombres? Si bien está pregunta se responderá a lo largo de toda la investigación, es necesario plantearla para no perder de vista las condiciones políticas, sociales y económicas de la época.

¹⁰ A su vez, tomamos como ejemplos los trabajos de Burke (1996), quien estudia a los procuradores de Venecia y a los regidores de Ámsterdam; Schwartz (2011) y Matos Pereira (2013), quienes estudian a los principales funcionarios del Brasil colonial; Bertrand, quien estudia a los oficiales reales de Nueva España (2011); y Turiso, que trabajó a los comerciantes limeños de la primera mitad del siglo XVIII (2002).

1.1. El reinado de Felipe V

Si bien en esta tesis nos referiremos a los gobiernos de Luis I, Fernando VI y Carlos III, es la época de Felipe V la que nos interesa debido a que fue durante su largo reinado que las carreras de nuestros personajes principales tuvieron cabida. Felipe V se convirtió en un decisivo actor político del momento debido a una serie de transformaciones que instauró en el seno de la monarquía. Vázquez Gestal ha argumentado que restableció nuevas formas de sociabilidad y prácticas políticas, modificó el modelo cortesano y la cultura política. La misma opinión la tiene Kamen, quien afirma que el duque de Anjou cambió la composición de la corte, tenía entre sus favoritos a súbditos franceses, quienes ocuparon los estratégicos cargos del reinado; a su vez, destruyó los rezagos de la monarquía tradicional e incluyó modernas diversiones, lo mismo sucedió con los protocolos y la etiqueta (2000: 134; Díaz Plaja 1988: 8-35). Situación similar se experimentó en el gobierno del primer virrey borbón peruano, el marqués de Castelflos, dependiente de Felipe V y Luis XIV, quien no solo afrancesó la corte virreinal peruana, también impulsó academias de poesía, escenas teatrales y tertulias en palacio.

Asimismo, Felipe V transformó el sistema administrativo imperial, promovió una paulatina burocratización centralista debido a que consideraba que el Estado debía asumir nuevas y mayores competencias económicas. En ese contexto, los antiguos consejos perdieron poder, y en su lugar se erigieron secretarías y ministerios. El resultado, según Vázquez Gestal, fue que Felipe V transformó el modo en el que la monarquía española ejercía el gobierno cambiando el equilibrio que hasta ese momento habían mantenido los órganos aristocráticos (2013: 33-34). Por supuesto, este fue un proceso paulatino que requirió varias décadas, y que pudo ser implementado una vez superado el conflicto internacional que siguió a la sucesión, aproximadamente luego de 1713. En todo este escenario, ¿qué hicieron las élites españolas y americanas para ascender socialmente a través de la ocupación estratégica de puestos? Primero debieron mostrar su fidelidad a la dinastía borbónica, y luego convivir con los reajustes del escenario político. Sucede que Felipe V no adaptó el modelo cortesano francés, pero tampoco mantuvo el austriaco, sino los cambió según las necesidades, y en ese transcurso la participación política de las élites era un asunto de importancia, apareciendo e intensificándose nuevos modelos de clientelismo y faccionalismo (Vázquez Gestal 2013: 47-48).

En efecto, varios estudios han señalado que el reinado de Felipe V mutó las relaciones de poder entre la corona, los aristócratas y funcionarios. Al ser un escenario proclive para demostrar lealtades y congraciarse con las nuevas políticas reales, muchos individuos consiguieron escalar socialmente y acercarse a los entornos regios de poder. Por ejemplo, Imízcos y Guerrero manifiestan que los viejos cortesanos castellanos fueron reemplazados por la nobleza vasca y navarra debió a que la nueva dinastía decidió gobernar con el apoyo de la élite periférica, permitiendo el empoderamiento de un conjunto de familias -muchas ligadas al

comercio- que se vincularon con los órganos de gobierno (2004: 177-179). La misma situación se vivió en el virreinato peruano, donde se experimentó una recomposición de la élite, pues un conjunto de comerciantes vascos y cántabros, de origen hidalgo norteño, decidieron congraciarse -no siempre animosamente- con las políticas reales, demostrando expresamente su fidelidad, sin arriesgar sus intereses, con el objetivo de ocupar puestos estratégicos en la economía y política peruana, y así ascender socialmente. Esto promovió una intensa competencia por vincularse a los entornos de poder, ya que la aparición de virreyes clientelares (Ladrón de Guevara o Morcillo Rubio) y otros autoritarios (marqués de Castelfuerte o marqués de Villagarcía) obligaba a la élite a ejercer una práctica política coordinada y asociada intensificándose por ello el clientelismo y faccionalismo.

Ilustración 1



Hyacinthe Reigaud, Retrato de Felipe V (1701)

Fuente: Colección digital del Museo del Prado

Por su lado, Dedieu manifiesta que, en los inicios de los borbones, la corona ejecutó nuevas estrategias de poder para ampliar su capacidad de acción (2002: 381). Ante ello, las élites locales respondieron a través de negociaciones y abiertas rebeliones, estas últimas intensificadas durante la etapa más hostil de las reformas borbónicas. Sin embargo, en el Perú, durante las primeras décadas del siglo XVIII, la corte peruana siguió actuando bajos los mismos

parámetros austrias; muchos aun mantuvieron su posición privilegiada, pero otros -quienes estaban en pleno ascenso social- debieron recurrir a diversas estrategias para posicionarse en los entornos de poder; en ese sentido, si no era posible conseguir el favor directo del virrey, se podía lograr visibilización a través de la dirección de cuerpos políticos, que eran los órganos en los cuales la aristocracia local actuaba; por ello, fueron necesarias las redes políticas que, en espacios como las cofradías, permitían empoderar a diversos individuos. Las cofradías fueron, sobre todo, de vital importancia para los peninsulares recién llegados al virreinato peruano, porque a través de vínculos de paisanaje, podían organizarse y actuar políticamente con el objetivo de perseguir fines comunes.

1.2. El Perú de los borbones

En 1700 Lima tenía una población de 37, 234 habitantes según el censo realizado por el conde de Monclova. De ese universo, 19, 632 eran españoles, pero solo 213 eran considerados cabezas de familias nobles (Coook 1985; Mannarelli 2004; Rizo- Patrón 2001). Lima, como capital del virreinato peruano, era la ciudad política y económica más importante de América del Sur gracias al monopolio comercial que la convertían en el núcleo principal de las redes de comunicación y distribución de mercaderías que llegaban a través del Pacífico; ello contribuyó a la formación de un poderoso grupo de comerciantes, terratenientes y empresarios mineros que se convirtieron en la más poderosa oligarquía peruana (Turiso 2002: 25).

El estatus y prestigio de Lima también se expresaba a través de su complejo arquitectónico, pues a inicios del siglo seguía manteniendo el esplendor barroco del siglo pasado, tan destacado por varios cronistas de la época¹¹. A su vez, debido a que Lima tenía el estatus de corte virreinal, tenía que ennoblecerse como centro de poder tal como se hacía en la península (Del Río 2000: 215); por ello, los grupos aristócratas no dudaron en edificar casas esplendorosas con altos, torreones y ornamentos lujosos. Por otro lado, la plaza principal era el centro donde convergía el poder político, civil y religioso de la ciudad, y también era el espacio donde se realizaban innumerables fiestas (Lévano 2006: 18-19). Los edificios y las calles de la ciudad estaban dispuestos para estos rituales, que eran promovidos y sostenidos por la élite local, que estaba ávida de participar en ellos con el fin de propagandizarse y enaltecerse socialmente, por ello no se dudaba en caracterizar a Lima como una ciudad piadosa. Esto estaba en sintonía con la cultura del barroco propuesto por Maravall, ya que era una visión del mundo en donde la autoridad se dirigía a la subjetividad del individuo mediante el poder ceremonial (2008: 134-138). Así, el entramado urbano y el ritual dirigían la sensibilidad de los involucrados y lograban propagandizar el poder de ciertos sujetos (Rodríguez Sánchez 1995: 82). Este escenario urbano

¹¹ Salinas y Córdova (1957: 108-109); León de Portocarrero (1958: 33); Cobo (1956: 308); Mugaburu (1917: 87).

presente hasta por lo menos 1746 era idóneo para que la élite local demostrara su estatus y prestigio gracias al abultado calendario festivo.

¿Quiénes sostenían esa constante ritualidad festiva? No solo las autoridades políticas y religiosas participaban en las fiestas, también las élites que organizadas en torno a las cofradías más poderosas de la ciudad promovieron estas celebraciones. En efecto, en la época, todo hombre estaba adscrito a una congregación, desde un esclavo hasta el mismo virrey, de tal manera que la cofradía no solo fue un espacio para el culto, sino también un medio de ascenso y empoderamiento social, un lugar de sociabilidad que favorecía la aparición de redes políticas, de ahí la importancia de pertenecer a las corporaciones más prestigiosas de la ciudad, ya que indicaba las calidades individuales de las personas y su posición en la estructura jerárquica. Visto de esta manera, la cofradía fue la institución que organizó la vida social, religiosa y política de la época, puesto que alcaldes, encomenderos, comerciantes, nobles y autoridades participaban en aquellos espacios con el fin de mantener su estatus y ascender socialmente. Durante el siglo XVII, las cofradías iniciaron un proceso de estructuración jerárquica y gracias al apoyo de autoridades religiosas y políticas consiguieron preeminencias sobre otras, que se reflejaron en el ritual ceremonial. Indudablemente la élite participó de este proceso¹². Pero en el siglo XVIII, ante los nuevos cambios políticos, las cofradías fueron utilizadas por los migrantes nortños que vieron en estas corporaciones espacios para potenciar el faccionalismo y clientelismo a través de las redes políticas construidas sobre la base del paisanaje y el interés común. Es por ello que, a fines del siglo XVII e inicios del XVIII, comerciantes fundadores de linajes prestigiosos como los Querejazu, Calderón, Tagle Bracho o Gutiérrez de Cosio unieron sus destinos a las cofradías de Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario.

El Perú de la primera mitad del siglo XVIII -como ha sido mencionado varias veces- es un periodo poco estudiado, aun así, hay trabajos como los de Adrian Pearce, Ruth Hill o Mark Burkholder que tratan de entender las dinámicas políticas y económicas alteradas por el cambio dinástico. El mismo John Fisher si bien se interesó en la etapa más hostil de las reformas borbónicas, la correspondiente al gobierno de Carlos III, también reconoció que pese a ser un proceso errático e incompleto, en las primeras décadas del siglo XVIII se intentó reformar y mejorar la administración virreinal a través de reajustes estructurales. Estos cambios estuvieron orientados, sobre todo, a reformar el sistema fiscal del virreinato peruano, para ello se establecieron y revisaron estancos y asientos, se reglamentaron las actividades de los corregidores, y por supuesto, se intervino con mayor ahincó en la gestión de las cajas reales y las actividades comerciales. El objetivo era adecuar la administración del territorio americano

¹² En el siguiente capítulo se verá brevemente como a lo largo del siglo XVII diversas cofradías como el Rosario o la Veracruz iniciaron litigios para mantener su posición de poder sobre otras corporaciones; las primeras siempre fueron beneficiadas por la doctrina cristiana y favorecidas por las autoridades virreinales.

en función de un proyecto imperial que veía a las colonias como una fuente de recursos que debía sostener las guerras y planes de la monarquía borbónica (2000: 31 y 42).

Los anteriores intentos por cambiar la administración virreinal fueron de la mano con la aparición de virreyes militares y cortesanos bastante autoritarios y dispuestos a imponer a la élite local las reformas que la monarquía de Felipe V llevaba a cabo. Nuestros personajes fueron testigos de eventos de trascendencia política y económica como la guerra de sucesión española, la creación del virreinato de Nueva Granada y las guerras comerciales con Inglaterra. El reinicio de las hostilidades anglohispanas obligó a la corona y los virreyes a proteger las posesiones ultramarinas y el tesoro real de las incursiones de los ingleses, ello implicó la inversión en fortificaciones, compañías de corso y navíos; como es fácil de suponer, todo esto demandó ingentes cantidades de dinero de la real hacienda. Como el mismo sistema fiscal estaba en una crisis económica que databa del siglo XVII, no había muchas partidas de dinero, y esto obligó a buscar fidelidades concretas y económicas entre los sectores acomodados de la élite limeña: los comerciantes. Además, las urgencias de Felipe V por contar con dinero para sostener a su reino y la guerra obligaron a que empezara a exigir a sus virreyes una serie de medidas como el envío irrestricto de los quintos reales, la garantía de las ferias de Portobelo y el sistema de galeones, el control y revisión de los contratos de los asientos tributarios y la búsqueda de donaciones¹³. La mayoría de estas medidas ponían en vilo a la aristocracia colonial, puesto que este grupo tenía que soportar las exigencias de la corona, las medidas autoritarias de algunos virreyes y la intromisión real en el comercio colonial, la principal fuente de sus ingresos.

Asimismo, las exigencias fiscales de la corona coincidieron con una situación económica bastante delicada. En efecto, desde mediados del siglo XVII hubo una caída en los ingresos de las cajas reales, y la minería experimentó un proceso de recesión hasta por lo menos 1740. Sin embargo, como apunta Fisher, esta crisis fiscal no significó la caída económica del virreinato, más bien existe evidencia que entre 1660 y 1750 la economía peruana experimentó un proceso de transición en el que se pasó de una economía dominada por la plata a una más diversificada que incluía el comercio (Fisher 2000: 45). De hecho, como apunta Brading para el caso mexicano, no hay que sobredimensionar los efectos de la crisis, pues a pesar de esto, es un hecho comprobado que el siglo XVIII fue una época de recuperación económica que fue testigo de la aparición de muchas familias pudientes con grandes caudales (2004: 31)¹⁴. De tal forma, la crisis no afectó a todos con la misma intensidad. El mismo Turiso manifiesta que a pesar de la conocida crisis comercial peruana, muchas fortunas aparecieron en la época como la de los personajes aquí estudiados (2002: 16). Aun así, muchos comerciantes para proteger sus

¹³ Otras medidas que buscaban aumentar la productividad de la economía peruana con el fin de conseguir mayores recursos para la corona fueron la mejora en la provisión de mercurio en Huancavelica, la reducción del impuesto en la producción de plata y la imposición de un nuevo impuesto al comercio (Fisher 2000: 46-48).

¹⁴ Asimismo, la población indígena diezmada por la epidemia de 1718 comenzó a recuperarse.

intereses económicos decidieron justificar su tibia respuesta a los cambios borbónicos con la crisis comercial de la época, entre muchas cosas, generada por el comercio en Buenos Aires, el contrabando francés, la corrupción de autoridades locales, el decaimiento del sistema de flotas y las ferias de Portobelo y la permisividad de los mismos virreyes. En el capítulo cuatro de esta tesis se analizará mejor estas coyunturas económicas ligadas a las carreras de nuestros personajes y sus redes políticas, se verá cómo los comerciantes tuvieron que adaptarse a estas circunstancias con el fin de mejorar su posición política y socioeconómica. Ahora corresponde conocer mejor a los protagonistas de esta investigación.

1.3. Los comerciantes

1.3.1. La migración

Johann B. Homann dibujó el que sería el mapa más detallado de la monarquía española del siglo XVIII. La obra fue compuesta en las primeras décadas del siglo XVIII, se llamaba *Regnorum Hispaniae et Portugalliae*, y detallaba los reinos, provincias y valles que componían la península ibérica. Claramente podemos ubicar las regiones que ahora se denominan Cantabria y Euskadi (o el País Vasco) ubicadas al noroeste de España, donde las montañas formaban una franja que miraba las costas del mar denominado “Mare Biscaya” o “Mare Cantabricus”; estas zonas muy dispuestas para las actividades mercantiles permitieron que muchos de los que luego migrarían a las Indias hayan estado familiarizados con el comercio¹⁵.

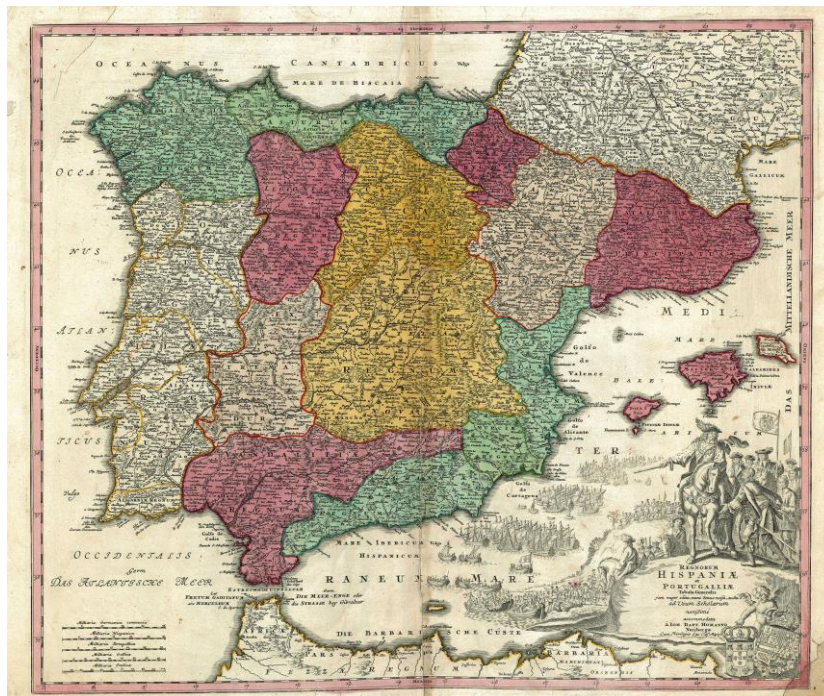
Las migraciones, sin embargo, no comenzaron en el XVIII, pues desde la conquista arribó un gran contingente de ibéricos, sobre todo, de Castilla, Andalucía y Extremadura, pero también hubo algunos montañeses y vascos que con el tiempo cobraron mayor importancia política y social. Soldevilla dice que la mayoría de los que venían del arzobispado de Burgos indicaban como lugar de origen el genérico de “la Montaña”, lo que les dio el sobrenombre de montañeses (1992: 32)¹⁶. Por otro lado, los pueblos del País Vasco compartían la misma limitación económica que los cantábricos, es decir, la deficiente producción agrícola (salvo en Alaba) que orientó la actividad de sus habitantes al comercio. Así, estos pueblos costeros estaban muy familiarizados con las noticias que llegaban sobre las Indias y las fortunas que ahí se podían generar, causando migraciones constantes, pero no solo fue el espíritu de negocios lo que los motivó a migrar, pues también influyó la situación socioeconómica local. En efecto, las

¹⁵ La particularidad de las regiones cantábricas como Trasmiera o Asturias de Santillana fue que eran demarcaciones administrativas y territoriales que demandaron la presencia de autoridades como alcaldes o regidores, oficios que eran ejercidos, sobre todo, por la nobleza local (Rodríguez Fernández 1986: 9).

¹⁶ Véase también Suárez Cortina (1995: 22); por su parte, Bar Cendón manifestaba que “La Montaña” identificaba a los territorios ocupados por la cornisa cantábrica, ya que no había ninguna demarcación territorial sobre aquel espacio y sus límites eran más bien geográficos (1995).

montañas de Cantabria desde el siglo XVI empezaron a sufrir problemas sociales producto del incremento demográfico y la fragmentación de tierras, pues la productividad de los suelos no podía sostener la densidad poblacional de la región; el agro estaba en condiciones poco aptas para el abastecimiento local, y la mayoría de tierras estaban vinculadas a mayorazgos; esto originó que algunos varones jóvenes migraran al Nuevo Mundo, sobre todo, a fines del siglo XVII e inicio del XVIII (Sánchez-Concha 1996: 287-291). Turiso manifiesta que fue el lucrativo comercio peruano lo que atrajo a muchos migrantes peninsulares, sobre todo, los provenientes del norte de la península. La mayoría llegaban a una edad relativamente joven (entre los doce y dieciséis años) lo que indica el poco carácter voluntario de esas migraciones; muchos abandonaban sus lugares de origen para quedar a cargo de un comerciante conocido por la familia peninsular, quien era generalmente el que convocaba a parientes o paisanos a migrar y trabajar juntos en las actividades comerciales (2002: 51-54).

Ilustración 2



Johann Baptist Homann (1663-1724), *Regnorum Hispaniae et Portugalliae...* (1720?)

Fuente: Biblioteca Nacional de España

Aunque claro no debe desecharse otros causales como la presión demográfica o el sistema hereditario que parcelaba la tierra y obligaba a los jóvenes a migrar al Nuevo Mundo, ya que estos no veían sus expectativas económicas satisfechas en España por lo que vieron en la migración el inicio de una carrera personal que incluyera la construcción de una riqueza y el ascenso social correspondiente. También debe tenerse en cuenta la tradición marítima comercial de los norteños que, ante la falta de posesión de tierras, eran muy reticentes a trabajar como dependientes, por ello vieron en el Perú un espacio atractivo para fomentar el comercio, gracias

a la abundante tierra disponible para colonizar, la demanda de productos del exterior, una legislación favorable para la migración y una infraestructura suficiente para acoger a la nueva población (Turiso 2002: 58-62). De hecho, en 1668 un grupo de personalidades vizcaínas enviaron un memorial a la reina denunciando ciertos maltratos y “vejaciones” que sufrían sus paisanos en Perú, donde se hallaban “hermanados”¹⁷. El documento evidencia que existía un número importante de vascos en las Indias; y al mismo tiempo, que la crisis económica en España fue tan importante que, pese a los rumores de maltratos, muchos vizcaínos decidieron viajar al Perú. La formación de una cofradía que aglomerara a los hijosdalgo vascos evidencia esa situación social y, por otro lado, ya podían encontrarse algunos montañeses en puestos de gobierno y el cuerpo eclesiástico.

Así, a fines del siglo XVII e inicios del XVIII, los flujos migratorios se incrementaron, sobre todo, de vascos y montañeses¹⁸. Al respecto, Turiso estudió a 317 migrantes de la primera mitad del siglo XVIII, y encontró que el 24.76 por ciento (79 individuos) eran del País Vasco, mientras los montañeses constituían el 15.08 por ciento (48 sujetos). Es decir, todos ellos constituían casi el 40 por ciento de los migrantes de la época. En mucha menor cantidad llegaron peninsulares desde Andalucía, Castilla, Asturias, Navarra o La Rioja; otras comunidades como Valencia o Cataluña apenas tenían representación numérica (2002: 57). Del total de norteños, 46 vascos y 24 montañeses se dedicaban a actividades comerciales, constituyéndose todos en el 51 por ciento de todos los comerciantes de la época. De acuerdo con estas dinámicas demográficas, nuestros personajes pertenecían al grupo de jóvenes comerciantes que migraron procedentes del País Vasco y la Montaña, como muchos de los parientes y amigos con quienes se relacionaron. A continuación, un cuadro que resume los orígenes geográficos.

Cuadro 1

Orígenes peninsulares de los personajes principales			
Personaje	Municipio	Provincia	Comunidad Autónoma Actual
Antonio de Querejazu y Uribe	Mondragón	Guipúzcoa/ Vizcaya	País Vasco
Juan Bautista de Palacios Aristegui	Oñate		
Miguel de Echevarría Aduriz	San Sebastián		
Cristóbal Calderón Santibáñez	San Martín (Santiurde de Toranzo)	Cantabria “La Montaña”	Cantabria
Ángel Calderón Santibáñez			
Ángel Ventura Calderón			
Isidro Gutiérrez de Cosío	Nobales (Alfoz de Lloredo)		
Pedro Gutiérrez de Cosío			
Joseph Tagle Bracho	Ruiloba		
Gaspar Quijano Velarde	Somahoz		

Fuente: elaboración propia (basado en los datos obtenidos de AHNM, AGN)

¹⁷ “Memorial del Señorío de Vizcaya a S.M. la Reina sobre los agravios que se hacen a sus hijos en el Perú” (Vargas Ugarte 1949: 62-66).

¹⁸ Esta situación se replicó en Nueva España, pues los comerciantes migrantes de aquel reino provenían del norte de España, de zonas como Cantabria, Navarra, Asturias, Burgos y Galicia (Brading 2004: 149).

1.3.2. Los orígenes peninsulares y el viaje a Indias

En 1680 un entonces joven Juan Bautista de Palacios Aristegui vivió dos importantes experiencias en su vida; por un lado, fue testigo de la muerte de su padre Pedro de Palacios; y a su vez, decidió dejar la península para arribar al Perú. Los motivos para emprender el viaje podían ser muy diversos. Turiso y Mansilla manifiestan que a pesar que nuestro personaje pertenecía a una familia de nobleza local, esta no era lo suficientemente empoderada por lo que decidió buscar fortuna en América. Sin embargo, partió a los doce años, por lo que parece poco probable que haya sido una decisión personal; posiblemente, sus padres tomaron en cuenta que tenía otros siete hermanos y no era el mayor, por ello decidieron enviarlo a Lima con sus tíos maternos para que consiguiese fortuna y así evitar la división de la poca herencia familiar, que básicamente se limitaba a una casa solariega legada por el patriarca Fabián de Palacios¹⁹.

Juan Bautista provenía de Oñate (señorío de Vizcaya); había nacido en 1668 y fue bautizado el 24 de junio del mismo año; a los doce años se embarcó rumbo a Lima y pasó a vivir con sus tíos Miguel e Ignacio de Aristegui como lo declaró Lucia de Querejazu, la madre de estos últimos. El primero pertenecía a la Compañía de Jesús; mientras el segundo era “bien seglar”. La citada Lucia declaraba que desde que migraron a Lima poco se sabía de los susodichos, pero cuando llegó Juan Bautista esta situación cambió, pues Antonia de Aristegui, madre del mencionado, declaró que mantenía constante correspondencia con sus referidos hermanos²⁰. Por otro lado, sabemos que no pasó mal sus primeros años en Lima, de hecho, fue tratado con estima y cariño. Así, cuando en 1702 trató de ingresar a una orden de caballería, muchas de las personas que lo conocieron en su juventud como Agustín de Torres y Portugal, encomendero; Pedro Vásquez de Velasco, alcalde de corte de la Real Audiencia; y Vicente de Aramburú, caballero de Santiago, afirmaron que fueron testigos de la nobleza de nuestro personaje, que fue tratado con estima en la casa de Ignacio Palacios, y que así pudo conocer a los caballeros de primer prestigio de la ciudad. Cuando los tíos de Juan Bautista murieron sin descendencia, este se convirtió en heredero de un significativo caudal²¹.

Antonio de Querejazu y Uribe tuvo un destino similar, pues también viajó a las Indias siendo aún joven, a los quince años. La trayectoria de ambos personajes estuvo íntimamente ligada no solo por el hecho de que fueron amigos y paisanos, sino porque ante todo fueron parientes. En efecto, el estudio de la genealogía comparada de ambas familias nos indica que en algún momento los Palacios emparentaron con los Querejazu. Los dos linajes tenían mucho en

¹⁹ Archivo Histórico Nacional de Madrid (en adelante AHNM), Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 6183, 1702, f. 53v. En su testamento, Antonia Aristegui declaró que sus hijos con Pedro de Palacios fueron Francisca, Joseph, Theresa, Juan Bautista, Francisco, Antonio, Ignacio y Manuel (Ver anexo 3).

²⁰ AHNM, Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 6183, 1702, f. 46v.

²¹ AHNM, Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 6183, 1702.

común, eran vizcaínas, pertenecían a la nobleza local y ambas ocuparon empleos políticos. El entronque se dio cuando Lucía de Querejazu y Gorostiza, tía de nuestro Antonio de Querejazu, se casó con Andrés de Aristegui; ellos tuvieron una hija llamada Antonia, quien terminó desposándose con Pedro de Palacios, ambos padres de Juan Bautista (Ver anexo 3).

Antonio y Juan Bautista pertenecían a la misma generación, pero el primero era tío del segundo, a pesar que lo aventajaba solo por tres años. Como dijimos, Antonio era sobrino de Lucía de Querejazu, quien era abuela materna de Juan Bautista. Esta corta diferencia de edad puede deberse a que Lucía se casó siendo muy joven, pues gracias a su partida de bautizo sabemos que nació en 1620, y luego se casó el 28 de mayo de 1635, a los quince años; esta decisión pudo deberse a la temprana viudez de su madre, Polonia de Gorostiza, quien decidió rápidamente casar a su hija con una familia de prestigio²²; el elegido fue Andrés de Aristegui, quien a su vez pertenecía a la familia de los Lizarralde, amigos de Lucía, pues uno de ellos, Bartolo de Lizarralde, fungió como padrino de su bautizo²³. Menos de veinte años después, Antonia de Aristegui, fruto del anterior matrimonio, se casó con Pedro de Palacios en Oñate en 1652 como consta la partida de matrimonio²⁴.

Lucía tenía un hermano llamado Antonio; ambos fueron hijos de Cristóbal de Querejazu Mendiola y Polonia Gorostiza Zañartu; todos originarios de Mondragón²⁵. Paralelo a las vinculaciones de su hermana; Antonio también construyó su linaje para perdurar el apellido; estuvo casado dos veces; primero con María Cruz de Uriarte Araoz, con quien procreó a Cristóbal y Matheo; luego se casó con Úrsula de Uribe y Echevarría en noviembre de 1664²⁶; con ella procreó a diez hijos más, entre ellos a nuestro Antonio, quien era el mayor²⁷; este fue bautizado el primero de marzo de 1665 en la parroquia de San Juan Bautista; y sus padrinos fueron Juan Pérez de Ymendia y Ana María de Mendizábal²⁸. Más adelante, Antonio viajó con su sobrino Juan Bautista al Perú; lo hizo mientras sus padres aún vivían, ya que el testamento de estos últimos estaba fechado en 1684, cuando el primero ya estaba en Lima como demuestran

²² Los especialistas sobre el siglo XVII indican que, a diferencia de Francia o Inglaterra, en España los matrimonios eran más precoces, pues las mujeres se casaban alrededor de los 20 años, pero los compromisos podían darse con muchachas de apenas 9 años (Benassar 2001: 80).

²³ AHNM, Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 6183, 1702, f. 40v-45v. Lucía y Andrés procrearon a cinco hijos: Catalina de la Purificación, María Ignacia de Concepción (ambas religiosas de Santa Ana), Miguel, Ignacio (los que recibieron a Juan Bautista de Palacios en Lima) y Antonia (madre de Juan Bautista).

²⁴ AHNM, Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 6183, 1702, f. 41v.

²⁵ El patriarca familiar de los Querejazu fue Juan de Querejazu, quien era dueño del solar y palacio familiar en Mondragón; este se casó primero con Juana de Igola (nacida en Oñate) teniendo por hijo a Juan de Querejazu e Igola, quien se desposó con Juliana de Mendiola, ambos procrearon a Cristóbal de Querejazu Mendiola quien se casó con Polonia de Gorostiza (hija de Bartolomé de Gorostiza y Elena de Zañartu) y fueron padres de Antonio y Lucía de Querejazu Gorostiza (Varela Orbegoso 1924: 127).

²⁶ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-490, 1784.

²⁷ AGN. Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-491, 1784. Los hermanos de Antonio fueron Joan, Pedro, Andrés, Joseph, Juan, Matheo, Francisco, Jacinta y Catalina.

²⁸ AGN. Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-492, 1792.

las actas del consulado peruano²⁹. Así, nuestro personaje no fue partícipe de la herencia paterna como sí la disfrutaron su madre y hermanos; uno de ellos llamado Matheo, hijo del primer compromiso de su padre, también viajó a Lima.

Los motivos de Antonio para migrar a Lima tampoco son claros, pudo haber sido una estrategia para evitar la fragmentación del patrimonio familiar. Burke afirma que era común que las familias de élite de Venecia controlaran los nacimientos y matrimonios para no empobrecer la riqueza del linaje, en algunos casos pequeña; por ello, muchos miembros de la familia entraron en la vida religiosa o permanecieron solteros (1996: 37). En el caso español, posiblemente una estrategia fue migrar y conseguir fortuna, no solo para no empobrecer el patrimonio, sino para agrandarlo. De hecho, Turiso explica que era habitual que los hijos menores de las familias vascas migraran, aunque no era recurrente que lo hiciera el hijo mayor o el heredero (2002: 226-227). No obstante, Antonio tenía nueve hermanos naturales y dos medios hermanos mayores, por lo que su acceso a la herencia resultaba dudoso. Además, al parecer, fue común que las propiedades de los vascos se vendiesen y el usufructo fuera repartido entre los hijos en partes iguales (Brading 2004: 145); esto en familias numerosas significaba recibir un capital no muy acorde a las expectativas de riqueza. En cualquier caso, Antonio viajó a América junto a su medio hermano Matheo y su sobrino Juan Bautista; todos prácticamente adolescentes; salieron de Cádiz y llegaron a Cartagena, luego desde Portobelo se embarcaron a Lima como recordó veintiséis años después Juan Bautista durante el matrimonio de su tío. El viaje duró meses y sirvió para estrechar lazos de amistad y complicidad, lo que les sirvió en el desarrollo de sus proyectos económicos y políticos.

Los Calderón fueron una de las familias más prestigiosas de la península. De hecho, a mediados del siglo XVIII, el agustino Felipe de la Gandara (1753) aducía que el apellido tenía muchos personajes ilustres, incluso, antiguos miembros de las casas reales³⁰. El apellido fue difundido por todo el reino, y la rama asentada en Cantabria es la que nos concierne. No

²⁹ En diversos trabajos de connotados historiadores, y algunos nuestros, se identifica a Antonio de Querejazu con el segundo apellido de “Uriarte” y no “Uribe”; no hay ningún reproche, pues en los documentos de la época Antonio utilizó ambos segundos apellidos indistintamente, incluso, el fichero de testamentos del Archivo General de la Nación consigna el apellido “Uriarte”. Esta situación se debe a que en la época el sistema español de doble apellido no estaba generalizado, y más bien los apellidos antes que ser impuestos eran elegidos por cada individuo (Alfaro de Prado 2016). Así Antonio prefería usar, algunas veces, el apellido de la primera esposa de su padre, antes que el de su madre; lamentablemente, desconocemos sus motivos.

³⁰ Fray Felipe de la Gandara, *Descripción, armas, origen y desendencia de la muy noble y antigua de Calderón de la Barca, y sus successiones continuadas*. Madrid: Impresor Juan de Zuñiga, 1753. El origen de este linaje se encuentra en el matrimonio de Fortun Sanz de Salcedo y doña María de Espina, pues su primer hijo recibió el nombre Fortun Ortiz Calderón, quien originó el apellido, ya que como caballero participó en la guerra contra los moros en la península y fundó la casa Calderón; además, descendía del infante Don Vela, hijo del rey Ramiro de Aragón. Los Calderón del valle de Santiurde de Toranzo, de donde procedían nuestros personajes, se iniciaron con Gonzalo Ruíz Calderón, quien se casó con María de la Vega, heredera de la casa local más distinguida, y procrearon a Bernabé Calderón de la Barca, sucesor de la casa, quien se casó con Inés Guazo de Bustillo, de cuyo matrimonio nació Bernabé Calderón, este se casó con Cathalina Calderón Santibáñez, hermana de nuestro Cristóbal. (Gandara 1753: p. 1-4, 51-52, 124-132).

obstante, pese a esta reputación, los Calderón de “La montaña” vivían en un estado cuestionable; por ello, muchos de sus miembros se vieron obligados a migrar. El primero que llegó al Perú fue Cristóbal Calderón Santibáñez, quien nació en el pueblo de San Martín y fue bautizado en octubre de 1619; era hijo de Juan Calderón y María Santibáñez; lamentablemente, no era el mayor, pues su padre tenía otros dos hijos (Diego y Mario) de un primer compromiso con Catalina Fernández; a su vez era menor que su hermano Pedro Calderón, y solo era mayor que su hermana Catalina Santibáñez, quien tomó el apellido materno por ser costumbre local³¹. Así, Cristóbal tenía una complicada posición en el acceso al patrimonio familiar, pues no era el heredero natural, ya que esa posición la tenía su hermano Pedro, y solo si este moría obtendría la casa familiar; esto lo obligó a viajar muy joven, pues cuando su padre testó en 1634, declaraba que Cristóbal ya vivía en Lima, es decir, con quince años.

Catalina Santibáñez había nacido en 1630 como indica su partida de bautizo; en abril de 1655, a los 25 años, fue desposada por Bernabé Calderón, entroncando ambas familias (Ver anexo 8). La pareja tuvo como hijos a Ángel y Juan Calderón; no sabemos quién fue el mayor, pero el primero viajó a Lima siguiendo los pasos de su tío Cristóbal. Al parecer, la decisión de los emigrados fue buena, pues a pesar que los Calderón era una familia de nobleza local, el poder económico lo tenía el clan familiar en Perú como demuestra el hecho que Cristóbal y Ángel enviaban constantemente dinero a Juan para socorrerlo de apuros; este se casó con Manuela de Zevallos Bustamante y tuvieron cuatro hijos: Juan Manuel, Ángel Ventura, Félix Cristóbal y Cathalina Manuela; el segundo de estos es el último de este clan familiar que nos interesa³².

Ángel Ventura Calderón, el menor de los tres Calderón en Lima, nació como todos los de su familia en el pueblo de San Martín (arzobispado de Burgos) el 14 de julio de 1701, el día de San Buenaventura, en cuyo honor se le dio el nombre como consta en su partida de bautizo celebrado tres días después en una parroquia de Bárcena³³. Este personaje era el segundo hijo de cuatro, es decir, era un “segundón” en el acceso a la herencia familiar; por ello embarcó hacia América en 1718, a los diecisiete años, como declaró Thomas Díaz Quintana en el expediente que Ángel Ventura siguió para obtener una orden de caballería. Al llegar a Lima se fue a vivir con su tío Ángel Calderón. Estos casos demuestran lo señalado por Turiso, quien manifiesta que era usual que el migrante fuese recibido y esperado por algún familiar y paisano que anteriormente le había precedido, quien le proporcionaba trabajo y lo incluía en los negocios (2002: 66).

³¹ AHNM. Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 1043, 1730. Esta costumbre local estaba muy difundida en regiones como Galicia, Extremadura y Cantabria; así las mujeres en los registros parroquiales usaban el apellido de la madre en lugar del padre (Ryskamp 2002).

³² AHNM, Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 1043, 1730, f. 78v.

³³ AHNM. Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 1043, 1730, f. 43v.

Isidro Gutiérrez de Cosío y Miguel de Echevarría y Aduriz nos han dejado menos fuentes para saber sus orígenes; aun así, conocemos algunos datos. El primero nació en 1676 en Nobales del valle de Alfoz de Lloredo (Cantabria); fue hijo de Pedro Gutiérrez y María Cosío; no sabemos sus motivaciones para viajar ni cuándo lo hizo, pero ya a inicios del siglo XVIII residía en Lima y realizaba viajes a España y Francia. El segundo era vizcaíno, pues nació en San Sebastián; fue hijo de José de Echevarría y Luisa de Analtvitae; si bien las causas que lo obligaron a arribar a Lima son desconocidas, Walker y Ramírez mencionan que se trataba de un aventurero peninsular que decidió viajar a las Indias para hacer fortuna (2002: 660).

Por otro lado, sí sabemos bastante de los Tagle Bracho; una familia originada en Ruiloba también en el valle de Alfoz de Lloredo. El linaje pertenecía a la nobleza local, aunque su irremediable extensión obligó a varios de sus miembros a migrar. Los patriarcas familiares fueron Antonio Tagle y González y Catalina Bracho de la Sierra, nacidos en los primeros años del siglo XVII; tuvieron cinco hijos, entre quienes estaban Antonio y Domingo Tagle Bracho, el primero se casó con María Gutiérrez de Cosío, y el segundo lo hizo con Elvira Pérez de la Riva (Escudero 1994: 79; Aguilar Sánchez 2010: 88)³⁴. Los descendientes de aquellos matrimonios son los que nos interesan. El enlace entre Antonio y María concibió a Antonio Tagle Bracho Gutiérrez, quien terminó casándose con Martha Pascua Calderón, cuyos hijos Juan Antonio y Simón migraron a América, el primero a Lima, y el segundo a Buenos Aires. Por otro lado, el matrimonio entre Domingo y Elvira concibió a seis hijos, entre los cuales estaban Domingo Antonio y Joseph Bernardo Tagle Bracho y Pérez de la Riva (en adelante solo Joseph Tagle Bracho); el primero se avecindó en Zacatecas, donde se dedicó a la minería e incluso obtuvo puestos de importancia en la administración virreinal; el segundo pasó inicialmente a Santiago de Chile, y terminaría construyendo su carrera en Lima (Escudero 1994: 79; Sánchez 1999: 33; Riva Agüero 1983: 62-63). Joseph y su sobrino Juan Antonio son personajes principales de esta investigación (Ver anexo 9).

Todos estos norteños pasaron principalmente de la península a Lima; la razón se encontraba en su carácter de centro económico y social; su cercanía al Pacífico y su pujante actividad mercantil la convirtieron en paso obligatorio de comerciantes y hombres de negocios; fue un foco de atracción para aquellos que buscaban nuevas oportunidades. Sin embargo, debe aclararse que el viaje de la península hacia las Indias no siempre fue una “aventura comercial”, pues no todos los que cruzaban el Atlántico buscaban hacer fortuna, muchos llegaron para reclamar alguna que ya existía o para insertarse en el medio social debido a la convocatoria de un paisano o familiar (Turiso 2002: 51, 63-64). Por ejemplo, Pedro Gutiérrez de Cosío, sobrino de Isidro, llegó solo con el propósito de reclamar la herencia que su pariente le había preparado;

³⁴ Los patriarcas familiares Antonio Tagle y Gonzales (nacido en 1605) y Catalina Bracho de la Sierra (nacida en 1610) eran nobles provinciales, hijosdalgo de Ruiloba; y adquirieron oficios en el consejo local. Ambos tuvieron cinco hijos: Antonio, Catalina, Domingo, Alejandro e Íñigo (Ver anexo 10).

también fue similar el caso de Juan Bravo de Rivero, padre del poderoso Pedro Bravo de Rivero, quien pertenecía a una familia hidalga de Brozas en Extremadura, y llegó a Lima a los 22 años en 1681 para reclamar el mayorazgo que le había heredado su tío Sancho; una vez en la ciudad, se casó con la criolla María Antonia Correa Padilla, logrando crear una prestigiosa descendencia³⁵. Este caso revela un punto fundamental, y es que nuestros protagonistas tomaron por esposa casi siempre a una mujer criolla, pues la unión era perfecta, uno ponía la fortuna de sus negocios, y la otra tenía abolengo local.

1.3.3. Contactándose con la élite local: los matrimonios

La aristocracia de la Lima de los siglos XVI y XVII tenía una fuerte presencia de encomenderos y beneméritos, muchos de ellos escalaron socialmente y obtuvieron premios, recomendaciones, oficios y títulos, pero en el siglo XVIII la posición de esa élite puede ser discutida, ya que los encomenderos como grupo de poder estaban extintos, y muchos hombres de gobierno a pesar del prestigio y los títulos que poseían estaban en pobreza; esto favoreció que los migrantes peninsulares que arribaron a fines del siglo XVII escalaran socialmente a partir de negocios exitosos y matrimonios provechosos; este proceso ha sido llamado por Valenzuela como “renovación de la élite”, pues los comerciantes sustituyeron o renovaron a los encomenderos en la composición de los miembros de la élite local. Como afirma el mismo Turiso, gracias a la diversificación económica, en el siglo XVIII se vivió un cambio en la composición de la élite producto de una movilización social horizontal, y debido a la progresiva pérdida del poder económico de los encomenderos (Valenzuela 2001: 63; Mogrovejo 2019: 34-35; Turiso 2002: 72). En este periodo, el factor riqueza fue tomado con mayor estima social, y fue clave para un fulgurante ascenso social, en tanto permitía que los comerciantes peninsulares se casaran con jóvenes criollas aristócratas a través de alianzas familiares provechosas para ambos grupos (Turiso 2002: 75). Así, vemos que la élite que estudiamos no fue un grupo homogéneo ni cohesionado, sino uno que estaba en proceso de formación³⁶.

Como afirma Rizo-Patrón, en la época, los ricos comerciantes peninsulares eran muy bien considerados como maridos de las hijas de aristócratas, y como los primeros necesitaban estos lazos de parentesco para lograr el ascenso social y honor no dudaron en comprometerse porque el matrimonio proveía no solo de una nueva posición socioeconómica, también podía ayudar a conservar y extender el patrimonio económico (1989: 72; 2000: 109-110)³⁷. Pero no

³⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Núñez de Porras, N° 804, 1721, f. 538.

³⁶ El mismo Turiso manifiesta que la élite comercial del siglo XVII fue afectada por la crisis económica, de tal forma que fueron los peninsulares del siguiente siglo quienes recompondrán el grupo de poder, pues incluso, pocas familias de la aristocracia colonial del siglo pasado aun subsistían (2002: 134).

³⁷ Las estructuras generacionales desarrolladas en los trabajos sobre las familias de la élite colonial mencionan que un migrante fundador iniciaba una parentela prestigiosa a partir del matrimonio con una

solo el éxito en los negocios facilitaba un matrimonio, este muchas veces se realizaba a través de los lazos de parentesco que unían al recién llegado con sus paisanos asentados en la ciudad; por ello, muchos migrantes eligieron como esposas a primas, sobrinas o las hijas de sus protectores iniciales. Esta situación permitía proteger los intereses económicos en juego (Turiso 2002: 133-137). Así, la élite comercial del siglo XVIII se formó gracias a las alianzas con la aristocracia tradicional y la endogamia facilitada por los vínculos regionales. Esto explicaría la diferencia de edad al momento de contraer esposas, pues la media se encontraba entre los 25 y 30 años (Turiso 2002: 140). Los comerciantes que buscaban esposas dentro del seno de la élite tradicional primero debían demostrar su respetabilidad y fortuna con el fin de mostrarse como buenos candidatos; estos últimos se casaban con más edad como fue el caso de Juan Bautista de Palacios o Lorenzo de la Puente; por otro lado, los comerciantes que encontraban esposas entre el grupo que los acogía se casaban a una edad relativamente temprana con las hijas de sus paisanos o pariente como fue el caso de Joseph Tagle Bracho, Pedro Gutiérrez de Cosio o Gaspar Quijano Velarde.

El matrimonio como un mecanismo que favoreció el rápido asentamiento de los comerciantes puede evidenciarse con el caso de Antonio de Querejazu. Una vez en Lima, nuestro personaje recibió la asistencia de personalidades de la época que lo ayudaron a vincularse con la élite local como Tomas de Mollinedo, quien además era su paisano, pues ambos eran vizcaínos. Lluch, estudiando el caso de los catalanes, ha explicado que los comerciantes debido a la complejidad e inseguridad de sus actividades económicas fomentaron redes de confianza mutua entre aquellos que compartían características nacionales, lingüísticas, religiosas y étnicas (1999: 93). Nuestros migrantes vascos, al asentarse en Lima, también formaron sistemas de ayuda mutua para sobrellevar los problemas e iniciar una carrera comercial exitosa.

De esta manera, el emparentamiento interno entre estas “minorías” fue una estrategia eficaz que permitió el acceso a las familias empoderadas de la primera mitad del siglo XVIII. Así lo entendió Antonio de Querejazu, pues contrajo matrimonio con Juana Agustina de Mollinedo, hija de Tomas de Mollinedo y Gabriela de Azaña; el primero fue un personaje muy vinculado a la élite del momento y hermano cofrade de Nuestra Señora de Aránzazu; una congregación que para muchos de los migrantes vascos de la época se convirtió en un espacio de sociabilidad, donde se podía interactuar, negociar, planear políticamente e interrelacionarse familiar y domésticamente. Antonio y Juana Agustina se casaron el ocho de octubre de 1706, y por ello recibieron una cuantiosa dote cinco años después³⁸.

familia nativa. Carlos Pardo trabajó este modelo para las familias Fernández de Valdivieso y Baquijano Carrillo (2007: 11).

³⁸ Archivo Arzobispal de Lima (en adelante AAL), Expedientes matrimoniales, Exp. 5, 10-1706; AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-480, 1777.

Ilustración 3



Anónimo. Retrato de Juana Agustina de Mollinedo (Primera mitad del s. XVIII)

Fuente: ARCHI (Museo de Arte de Lima)

La familia con la que emparentó Antonio era una de las más prestigiosas en Lima durante la segunda mitad del siglo XVII. Tomas de Mollinedo y Rado, llegó a Lima en 1671 a los treinta y un años; era sobrino del célebre obispo de Cuzco, Manuel de Mollinedo y Ángulo, quien a su vez llegó al Perú en 1672 junto a su también sobrino Andrés de Mollinedo y Rado, hermano de Tomas, hijos de Andrés de Mollinedo y Angulo³⁹. Los hermanos Andrés y Tomas, al estar emparentados con un personaje de gran influencia, disfrutaron de varios privilegios; el primero era cura principal de Balmaseda en Vizcaya, y cuando su tío fue promovido el obispado de Cusco lo acompañó convirtiéndose en vicario del arzobispado de esa ciudad; en 1674, se hizo secretario de su tío, y luego ascendió a comisario del Tribunal de Santo Oficio; el segundo fue alcalde de Cusco en 1678 y luego corregidor de Andahuaylas en 1689, obtuvo el puesto de tesorero del Tribunal de la Santa Cruzada y también recibió la orden de caballería de Santiago.

³⁹ Manuel de Mollinedo y Ángulo había nacido en Madrid; sus padres fueron Juan Pérez de Mollinedo Angulo (natural de Barcena en la villa de Mena en Burgos) y Ana Ortiz de Luenga Ibáñez (natural de Santiago de Tudela); estudió en Alcalá de Henares, graduándose de doctor en Teología y luego se hizo cura de Santa María de la Almodena en Madrid en 1660. Había sido promovido al obispado de Puerto Rico, pero esto no fue suficiente para sus ambiciones políticas, por lo que lo enviaron como obispo de Cuzco; su nombramiento fue patrocinado por la mismísima reina Mariana de Austria, madre de Carlos II, también lo avaló el Papa Clemente X, es decir, era uno de los hombres más influyentes de Madrid. Llegó al Perú en 1672 en compañía de su sobrino Andrés de Mollinedo y Rado, hijo de su hermano Andrés de Mollinedo y Ángulo, quien se casó con María Andrea de Rado Bedia (Ruzo 1958: 39-47; Guibovich 2008: 15-17).

Ambos hermanos se convirtieron en personajes de influencia local, y el mismo obispo Mollinedo, al llevar adelante la reconstrucción de la ciudad del Cusco luego del terremoto de 1650, fue considerado un verdadero mecenas (Ruza 1958: 40). Aun hoy, el blasón de su familia se encuentra en los templos de la ciudad que auspició, por ejemplo, en la iglesia San Cristóbal.

Tomas de Mollinedo, producto de esta exitosa carrera política, se vinculó con la élite local; se casó con Rosa Arteaga, pero anuló su matrimonio y desposó a Gabriela de Azaña y Valdez. Ella era hija de Bartolomé de Azaña Solís y Palacios y Juana Llano Valdez. Bartolomé pertenecía a la élite limeña del siglo XVII; fue regidor y alcalde de la ciudad en diversos momentos, primero en 1644, luego en 1654, 1664 y 1668, es decir, fue un cortesano que se codeó directamente con varios virreyes; había nacido en 1594 en Toledo y también fue caballero de Santiago (Bromley 1957/1958: 36); se casó con Juana Llano Valdez, quien era hija de una familia cortesana de Quito, pues su padre Juan Llano Valdez había sido oidor de la Audiencia de dicho lugar, pero también lo fue en Lima. Asimismo, Pedro de Azaña Solís, hijo varón de los mencionados Bartolomé y Juana, fue alcalde de Lima en 1689. Así, esta prestigiosa familia fue la que arrojó al recién llegado Antonio cuando se le permitió casarse con Juana Agustina.

El segundo matrimonio de nuestro Antonio fue con Gabriela Jiménez Lobatón y Azaña en 1728; entonces tenía sesenta y dos años y su edad parecía no era la idónea para buscar esposa; sin embargo, no fue una decisión errónea, pues nuestro personaje vivió veinte años más. Las motivaciones personales de este enlace son difíciles de interpretar; según Turiso, hubo el interés de conservar el patrimonio familiar y evitar su fragmentación; pues la esposa elegida pertenecía al mismo linaje (2002: 236). En efecto, Juana Agustina y Gabriela eran primas; esta última era hija de Juan Jiménez Lobatón y Francisca Azaña y Valdez, quien a su vez era hermana de la madre de Juana Agustina, Gabriela de Azaña y Valdez, por lo tanto, también hija de Bartolomé de Azaña Solís y Juana Llano y Valdez (Ver anexo 4).

El padre de Gabriela era Juan Jiménez Lobatón, quien había sido oidor de la Real Audiencia y Presidente de Charcas, y además caballero de Calatrava, es decir, fue un cortesano bastante favorecido por la política virreinal. De hecho, cuando el virrey conde de Monclova escribió en 1693 a Carlos II le brindó una relación de méritos y servicios del susodicho, y alegaba que había servido 29 años en la audiencia, nueve de ellos en Charcas, “[...] a donde le ocuparon los virreyes los negocios de mayor integridad” (Moreyra y Céspedes 1955: 315). Es decir, era un miembro del núcleo cortesano, pues era bien conocido que sirvió directamente a los virreyes conde de Santisteban y conde de Lemos, quienes le entregaron el corregimiento de la villa de Potosí hasta en tres ocasiones. El mismo conde de Monclova reveló su favoritismo hacia este personaje cuando dijo “[...] en él hice estimación y aprecio de sus muchas experiencias y prudencia”. Cuando Juan Jiménez murió, el mencionado virrey apeló por su viuda Francisca, pues le pidió al rey que ella recibiera una renta de dos mil ducados.

Así, Antonio de Querejazu también se vinculó con una familia favorecida por el mismo núcleo de poder cortesano. Por otro lado, Antonio compartía el mismo estado de viudez que Gabriela; pues esta había estado casada con Pedro de Llanos Zapata, quien la desposó en 1693; se trataba de un aragonés que llegó a ser alcalde de Lima en 1690 y 1708, y también fue caballero de Santiago; según las crónicas de la época, su boda fue una de las más fastuosas de la época y mantuvo una vida cortesana hasta que falleció en 1721 sin descendencia legítima⁴⁰. Sin embargo, Antonio volvió a quedarse viudo, pues Gabriela falleció en 1735, luego de siete años de matrimonio.

Por su lado, Juan Bautista de Palacios también vio en el matrimonio una forma de vincularse con la élite local; por ello se casó primero con Jerónima de Ayala en mayo de 1699⁴¹. Ella había nacido en Concepción en el reino de Chile; fue hija de Gerónimo de Ayala y Josepha Veloso; estuvo casada previamente con el capitán Juan de Riaño como lo revela una solicitud de confirmación de soltería. Jerónima debió conocer a Juan Bautista en uno de los muchos viajes que este realizaba a los reinos del sur. Asimismo, como se aprecia de las biografías de muchos personajes de esta investigación, estos no tenían reparos en casarse con mujeres viudas, ya que les importaba, sobre todo, los vínculos sociales y la riqueza que estas poseían. Así, el matrimonio no era una unión afectiva desinteresada, sino una estrategia de ascenso social, pues era la dote y la posibilidad de ingresar a selectos círculos sociales lo que atraía a nuestros comerciantes. Esta situación condicionó que Juan Bautista se hiciera cargo de una descendencia ajena, pues fue tutor de los nueve hijos que Jerónima tuvo con el mencionado Juan; la mayoría fueron mujeres y se casaron con sus amigos). El matrimonio de Juan Bautista y Jerónima no duró mucho, pues esta falleció el 3 de junio de 1712. En esas circunstancias, nuestro personaje se encargó de la riqueza de su fallecida esposa, que de por sí era cuantiosa⁴². Posteriormente, Juan Bautista se casó por segunda vez con Isabel Carrillo de la Presa, quien pertenecía a la élite limeña.

En efecto, el matrimonio de Juan Bautista con una rica viuda le consintió aumentar su riqueza, y su propio éxito comercial le permitió vincularse luego con una familia de abolengo. Los Carrillo de la Presa eran una estirpe criolla asentada en Lima desde el siglo XVI; el patriarca Diego de la Presa había sido el primer escribano de la Mar del Sur, y se casó con Luisa de los Ríos; ambos procrearon a Francisco de la Presa y de los Ríos, quien llegó a ser regidor

⁴⁰ La historiografía inicialmente afirmaba que Pedro de Llanos Zapata y Gabriela Jiménez Lobatón procrearon a José Eusebio Llanos y Zapata, el influyente intelectual y escritor del siglo XVIII; sin embargo, Álvarez Brun refuta esta hipótesis y prueba que Pedro antes de casarse con Gabriela mantuvo una relación con Rosa Valenzuela; el producto de la unión fue Diego de Llanos Zapata, quien era clérigo y mantuvo una relación prohibida con Francisca del Cid, siendo estos los padres de José Eusebio. Debido a estas circunstancias, se trató de ocultar sus orígenes escandalosos (Álvarez Brun 1963: 39-42; Riva Agüero 1983: 317; Bromley 1957: 58).

⁴¹ AAL, Expedientes matrimoniales, Exp. 14, 05-1699.

⁴² Biblioteca Nacional del Perú (en adelante BNP), Manuscritos, Exp. 1355, 1718; AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 433, 1712, f. 160.

del Cabildo; posteriormente, este se desposó con Ana de la Cueva, cuyo padre Juan de la Cueva era uno de los personajes más importantes de su época, incluso, fue alcalde de Lima en 1608. El matrimonio anterior procreó a Juan José de la Presa, también alcalde de la ciudad en 1667 y 1679; este se casó con su sobrina Clara Bernardina, pues era hija de Diego de la Presa y Cueva. Juan José y Clara procrearon a Diego Bernardo Carrillo, corregidor de Cajamarquilla, quien se casó con Rosa María de la Presa y Cueva; ambos fueron padres de Diego e Isabel Carrillo de la Presa; el primero fue regidor, alcalde de la ciudad y poseedor del título de conde de Montemar, heredado de su primo José Carrillo de Albornoz⁴³; y la segunda se convirtió en la esposa de nuestro comerciante (Lasarte Ferreyros 1938; Bromley 1957: 45-46). Estos dos hermanos heredaron el prestigio de su linaje y fueron importantes en el empoderamiento de nuestro Juan Bautista; pues le permitieron relacionarse con la élite local y en muchos casos lo ayudaron a posicionarse en la administración virreinal. Al final de su vida, Juan Bautista de Palacios declaró como heredera universal a su esposa Isabel.

Miguel de Echevarría fue un caso particular, pues si bien llegó a escalar socialmente, su empoderamiento no se debió a un matrimonio prestigioso debido a sus orígenes, presumiblemente humildes. En efecto, se casó con Isabel de Ucieda, criolla e hija de Felipe Ruiz de Ucieda y Francisca de Cáceres y Ulloa⁴⁴. A su vez, Francisca también había nacido en Lima, y sus padres fueron Francisco de Cáceres e Isabel Ruiz de Valdivia; en su testamento de 1721 declaró haber tenido dos hijas, María Jacoba y la mencionada Isabel, pero al parecer también se hizo cargo de María Ruiz de Ucieda, una hija de su esposo con María Luciana de Astudillo⁴⁵. Esta familia no parece haber tenido mayor prestigio social, de hecho, pasó por apuros económicos en la primera mitad del siglo XVIII. Por otro lado, no sabemos mucho sobre Isabel de Ucieda, solo que su esposo Miguel, al final de su vida, le guardó cierta desconfianza; no sabemos los motivos, pero en 1750 revocó la cláusula en la que la nombraba su albacea y decidió designar a su amigo Joseph Nieto de Lara.

Sin embargo, no todos nuestros comerciantes buscaron un matrimonio para ascender socialmente; otros tomaron una actitud más ascética sobre este asunto; por ejemplo, Cristóbal y Ángel Calderón ascendieron socialmente al margen de la institución matrimonial, pues permanecieron solteros hasta la muerte; igual sucedió con Isidro Gutiérrez de Cosío, quien tampoco se casó. Así, el matrimonio no fue una estrategia indispensable para pertenecer a los círculos de poder virreinal, pues hubo otros caminos y tácticas. Diferente fue el caso de Ángel

⁴³ El título fue otorgado por Carlos II en junio de 1694; el primer depositario del condado fue Pedro Carrillo de Albornoz y Esquivel. José Carrillo de Albornoz, III conde de Montemar, al no tener descendencia fue sucedido por su primo Diego Carrillo de la Presa, quien se casó con Mariana Bravo de Lagunas y Vilela, también conocida como la condesa de las Lagunas, ambos procrearon a Diego José Carrillo de Albornoz y Bravo de Lagunas, V conde de Montemar, quien decidió radicar en España casándose con Antonia de Oviedo; el VI y último conde fue Fernando, hermano del anterior (Rosas Siles 1995: 410).

⁴⁴ AGN, Escribanía siglo XVIII, Pedro de Ojeda, N° 814, 1734, f. 183.

⁴⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Felipe Gómez de Arévalo, N° 494, 1721, 379v.

Ventura Calderón, quien por su oficio viajó constantemente a Tierra Firme, donde se casó y tuvo familia. En efecto, en 1725 se vinculó con la élite local, pues conoció a Teresa Vadillo, hija del mariscal de campo Gerónimo de Vadillo, quien era presidente y gobernador de la Audiencia de Panamá; a su vez, fue caballero de Alcántara, teniente del rey y nombrado gobernador interino de Cádiz por el mismo Felipe V, es decir, todo un prestigioso personaje con el que se relacionó nuestro comerciante (Valcárcel 1975: 197; Rosas Siles 1995).

1.3.4. El empoderamiento: la descendencia

Una vez conseguido un matrimonio prestigioso, lo siguiente era empoderar la descendencia, es decir, lograr que los hijos se posicionaran en la administración virreinal y consiguieran una gran influencia en la vida política y económica del reino. Así, la descendencia de Antonio de Querejazu no tenía otra finalidad que extender la fortuna y el prestigio familiar a través de negocios rentables, puestos burocráticos y matrimonios con otras familias ilustres; ya que la carrera económica y política no se limitaba a una generación, sino se extendía a los hijos y nietos⁴⁶. De esta forma, Antonio solo inició un proyecto que continuó a lo largo del siglo con sus cuatro hijos; estos fueron Antonio Hermenegildo, Ignacio Antonio, Francisco Javier y Tomas Mariano, no tuvo ningún otro hijo en su segundo matrimonio. Como afirma Brading, por lo general, los comerciantes no fomentaban que sus hijos continuaran las actividades mercantiles, por el contrario, “les daban carrera”, es decir, los educaban para las profesiones y el servicio al gobierno (2004: 146). En ese sentido, la educación fue una inversión productiva que contribuía en el empoderamiento familiar en tanto permitía que muchos descendientes se ubicaran en los órganos de gobierno.

Los cuatro hijos de Antonio de Querejazu siguieron ese destino, pues todos recibieron educación de primer nivel en los colegios reales de Lima (San Martín y San Felipe) y en la Universidad de San Marcos. Ignacio Antonio estudió Leyes, y llegó a obtener la presidencia de la Audiencia de Charcas en 1730 gracia a los servicios realizados por su padre, quien además desembolsó 22, 000 pesos para tal fin (Turiso: 2002: 238-239). Por su parte, Francisco Javier fue nombrado superintendente del derecho de sisa en abastos. Por el testamento de ambos hijos, sabemos que murieron aun en vida de su padre, sin embargo, llegaron a la suficiente edad adulta para elevar el prestigio familiar con los cargos que recibieron⁴⁷. Tomas Mariano se dedicó a la vida religiosa; llegó a ser canónigo y prebendado de la catedral de Lima, ya que como hemos

⁴⁶ Rizo Patrón ha llamado a estos proyectos como “empresas familiares”, organizaciones que coordinadamente buscaban el adelantamiento económico y social, donde la familia extendida descendente era la protagonista; esta era una familia nuclear que vivían con generaciones más jóvenes, nietos o sobrinos; en esta familia extendida era necesario un punto de referencia, normalmente el cabeza de familia como lo fue Antonio de Querejazu, y luego su hijo Antonio Hermenegildo (1989: 266).

⁴⁷ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 18-496, 1751.

sugerido, era costumbre que un hijo de la familia se dedicase a la vida religiosa para no fragmentar el patrimonio familiar, sin embargo, Antonio no imaginaba la repentina muerte de sus otros dos hijos, de tal forma que el linaje familiar solo continuo con la exclusiva descendencia de Antonio Hermenegildo, quien llegó a convertirse en uno de los actores políticos más importantes del siglo XVIII.

Antonio Hermenegildo nació en 1711 y fue bautizado un 13 de junio del mismo año en la catedral⁴⁸. Clemente de Azaña, uno de sus familiares, oficializó la ceremonia; y tuvo como padrino a su tío Enrique Jiménez Lobatón, quien pertenecía a la élite local y, de hecho, en 1713 fue elegido alcalde de la ciudad (Bromley 1960/1961: 302)⁴⁹. Si consideramos que el compadrazgo no fue solo una relación nominal, sino un vínculo familiar que promovía el futuro del ahijado, sabemos que Antonio Hermenegildo tuvo un buen patrocinador al inicio de su carrera política. Más adelante se casó con Josepha de Santiago Concha Errásquin Ilzarbe el 27 de agosto de 1733; entonces tenía veintidós años⁵⁰. El enlace fue uno de los más importantes de la época, ya que las dos estirpes habían logrado construir un gran prestigio político y económico durante la primera mitad del siglo XVIII (ver anexo 5). Josepha era hija de Joseph de Santiago Concha y Salvatierra y de Inés de Errásquin Ilzarbe Torres. El primero fue un cortesano muy influyente en la vida política de entonces, era dos años menor que Antonio de Querejazu, pues nació en 1667, sin embargo, era criollo y estaba muy vinculado con la élite local; era hijo del capitán Pedro de Santiago-Concha, quien provenía de Santander, y de la criolla Luisa Mayor Méndez de Salvatierra y Cabello⁵¹.

Las trayectorias de Antonio de Querejazu y Joseph de Santiago Concha se desarrollaron casi al mismo tiempo; el segundo fue nombrado alcalde del crimen de la Real Audiencia en 1693, y en 1709 se convirtió en oidor futuro de la Audiencia; debido a su cercanía a la corte del príncipe de Santo Buono, entonces virrey del Perú, fue nombrado oidor de la Audiencia de Chile, donde pasó a ser gobernador, fundando incluso una villa llamada San Martín de la Concha en honor a su linaje; cuando volvió a Lima, Felipe V le concedió el título de marqués de Casa Concha en 1718; esto le brindó nuevos impulsos a su ascenso político, ya que luego recibió el cargo de juez y superintendente general de azogues del Perú en 1719⁵². Joseph de

⁴⁸ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 1-479, 1777.

⁴⁹ Enrique Jiménez Lobatón era hijo de Juan Jiménez Lobatón y Francisca Ventura Azaña, caballero de la orden de Calatrava, corregidor de Potosí, y llegó a ser presidente de la Audiencia de Charcas.

⁵⁰ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-478, 1777.

⁵¹ El apellido y linaje Concha se remonta a la Edad Media; proviene de Cantabria, donde se erigió el primer solar familiar. Según algunos autores, el apellido Concha designaba a varias familias montañosas, por ejemplo, los Sánchez de la Concha, muy diferentes a los Santiago Concha (Sánchez-Concha 1994: 22). Por otro lado, José de la Riva Agüero menciona que los Santiago Concha fueron una de las familias de montañeses que alcanzó influencia en la sociedad colonial, Pedro de Santiago Concha fue el primero que pasó a Lima en 1650, ya que fue nombrado Proveedor General de la Mar del Sur y de Callao, a vez era hijo de Vicente de Santiago Concha y Mayor Santiago, ambos vecinos de Heres (1983: 43-44).

⁵² Joseph de Santiago Concha consiguió este cargo gracias a su cercanía al entorno cortesano y la alta estima que le tenían las autoridades. En la época, era de preocupación el contrabando, la compra del

Santiago Concha también conocía lo importante que era el matrimonio con una integrante de la élite local; se casó en 1705 con Ángela María Roldán-Dávila, con quien tuvo cinco hijos; posteriormente, se casó por segunda vez con Inés de Errásquin Ilzarbe Torres en 1713 (Lohmann 1974: 131-132; Rosas Siles 1995)⁵³. Cuando Antonio Hermenegildo se casó con la hija del marqués de Casa Concha, quien en ese momento se encontraba posicionado en la más alta magistratura judicial del virreinato, consiguió que la familia Querejazu consolide su posición dentro de la élite local vinculada a la corte. A su vez, el enlace evidenciaba que las normas que prohibían a los oidores emparentarse con familias locales eran bastante débiles, pues no solo los posesionarios del empleo se casaban con integrantes de las élites locales, sino también sus hijos, y los comerciantes fueron considerados los candidatos más serios para estas uniones debido a su riqueza (Rodríguez Crespo 1965: 22)

Juan Bautista de Palacios no llegó a tener descendencia, pues no tuvo hijos con Jerónima ni con Isabel; solo cuidó a los hijos de la primera y a su sobrino Juan Bautista Palacios Balsategui, a quien protegió y tuteló. Isabel, sin descendencia, también se dedicó a tutelar a sus sobrinos, hijos de su hermano Diego Carrillo; a quienes garantizó matrimonios provechosos con el marqués de Lara, marqués de San Miguel y Gaspar de la Puente Ibáñez⁵⁴; esto fue posible gracias a la riqueza que Isabel controlaba producto de los legados de su esposo y hermano fallecidos. La ausencia de hijos directos de Juan Bautista ocasionó la desaparición del linaje Palacios del espectro político limeño, y sus bienes engrosaron la riqueza de sus parientes Querejazu. Cristóbal y Ángel Calderón no tuvieron descendencia, pero su sobrino Ángel

mercurio y la mita; posiblemente, por ello el virrey de Santo Buono recomendó a nuestro personaje en la solución de estos asuntos. La designación fue recibida con polémica por el nuevo virrey Morcillo y Rubio, quien aducía que el susodicho tenía poderes que incluso excedían a los suyos, por ello impidió que entrara en funciones. Finalmente, Felipe V confirmó el nombramiento del marqués de Casa Concha, quien lideró las reformas de Huancavelica con relativo éxito entre 1723 y 1726 (Pearce 1999: 671-688; Brown 2015: 147-153)

⁵³ Los hijos del primer matrimonio fueron Pedro, Tomas, Manuel, Ignacio y Joseph de Santiago Concha; el primero se casó con Teresa Traslaviña, ambos tuvieron por hijo a Joseph de Santiago Concha y Traslaviña, heredero del marquesado de Casa Concha; los otros fueron religiosos. Los hijos del segundo matrimonio fueron Josepha, Melchor y Francisco Joseph; la primera se casó con nuestro Antonio Hermenegildo, los otros eran colegiales en San Martín en 1737. El mencionado Joseph de Santiago Concha y Traslaviña se casó con Mariana de Salazar Isaaga, y el hijo de ambos fue Pedro de Santiago Concha y Salazar, quien fue el III marqués de Casa Concha; este a su vez se casó con Manuela Encalada y Palomares.

⁵⁴ El marquesado de Lara fue un título nobiliario entregado por Felipe V en 1739 a Nicolás Manrique de Lara; su hermano Francisco Carlos Manrique de Lara heredó el marquesado por nula descendencia del anterior; se casó con Rosa Carrillo Albornoz, y procrearon a Nicolás Manrique de Lara y Carrillo de Albornoz, el III marqués de Lara. Asimismo, Francisco Carlos fue oficial real de la Real Hacienda, y contador del Tribunal de Cuentas. Gaspar de la Puente Ibáñez era hijo de Mariana Ibáñez Orellana y Lorenzo de la Puente, este último amigo de Antonio de Querejazu y Juan Bautista de Palacios. Gaspar se casó con Lucía Carrillo de Albornoz. El marqués de San Miguel de Híjar era Fernando de la Fuente Rojas e Híjar, quien se casó con Isabel Carrillo de Albornoz, hija de Diego y sobrina de Isabel; dicho título había sido concedido por Felipe IV en 1646 a Antonio de Mendoza Híjar, un gentilhomme del rey, quien además era alcalde de Reales Alcázares de Sevilla; otros depositarios del marquesado fueron García de Híjar y Mendoza, alguacil del Santo Oficio; y García de Híjar y Mendoza (Rosas Siles 1995: 127, 156 y 410).

Ventura sí la tuvo. En efecto, una vez casado con Teresa Vadillo, volvió a Lima en 1725 debido a la repentina muerte de su tío Ángel. El matrimonio tuvo dos hijas: Juana, quien nació en Panamá, y María Antonia. Al no tener hijos varones, la primera heredó el título nobiliario de su padre, siendo conocida como la II marquesa de Casa Calderón; se casó con Gaspar de Zevallos, corregidor de Huamanga y Abancay, y ambos engendraron a Gaspar de Zevallos y Calderón, quien nació en 1768, y al igual que sus antecesores se dedicó al mundo de las letras.

Miguel de Echevarría tuvo tres hijos con Isabel de Ucieda, sin embargo, no sabemos cuándo nacieron, aunque el primero debió hacerlo en 1735. Vicente, Mariano y María eran los descendientes, pero no siguieron carreras políticas ni se enlazaron con familias prestigiosas; su padre prefirió asegurarles un futuro en la vida eclesiástica, ya que asumía que vincularlos al consumo masivo de cargos era bastante difícil y costoso para su situación personal. Por su parte, Isidro Gutiérrez de Cosío tampoco se casó, pero sí tuvo una hija natural llamada María como lo declaró en uno de sus testamentos; la madre fue María Josefa Rodríguez de Figueroa, hija de Juan Rodríguez e Isabel González⁵⁵. Lamentablemente, no sabemos mucho de este personaje, ni dónde ni cómo conoció a Isidro, y mucho menos las razones para no haberse casado. Sin embargo, Isidro no abandonó a su hija, de hecho, le otorgó su apellido. Así, María Gutiérrez de Cosío conoció y mantuvo relaciones cordiales con su padre; en muchos documentos ambos reconocen los vínculos familiares que los unían; además, Isidro conocía a su yerno Miguel de Goya, a quien incluso nombró segundo albacea en 1742.

Los hijos de María y Miguel fueron Isidro y Matías. El primero eligió la vida eclesiástica y llegó a ser cura y vicario de la doctrina de Santiago de Aija del arzobispado de Lima; también llegó a servir como abogado en la Audiencia de Lima. El segundo estudió teoría y jurisprudencia en el Real Colegio de San Martín y obtuvo un certificado de bachiller en la universidad de San Marcos en 1766; posteriormente obtuvo el grado de abogado para servir en la Audiencia en 1773, en un examen en el que estuvo presente el virrey Manuel Amat y algunos oidores como nuestro Antonio Hermenegildo de Querejazu, quienes lo aprobaron e hicieron juramentar⁵⁶. En ese sentido, aunque los nietos naturales de Isidro no heredaron su fortuna, nuestro personaje sí se preocupó por darles carrera y vio en la educación una estrategia de ascenso social aun cuando estaban fuera del núcleo familiar principal. En efecto, María Gutiérrez de Cosío no heredó la fortuna de su padre debido a su origen o su condición de mujer. Fue Pedro Gutiérrez de Cosío, sobrino de Isidro, quien llegó a Lima en 1742 para reclamar los bienes y títulos de su tío, y continuar con el linaje familiar.

⁵⁵ AGN, Escribanía siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1006, 1755, 107v.

⁵⁶ AGN, Escribanía siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1023, 1778, 99v; Real Audiencia, Grado de Abogados, Leg. 1, Exp. 59, 1773.

1.4. El oficio y la riqueza

1.4.1. La práctica del comercio

Cuando en 1702 y 1730 Juan Bautista de Palacios y Ángel Ventura Calderón solicitaron al Consejo de Órdenes en Madrid su ingreso a una orden militar se realizó una investigación para determinar la calidad de los mismos. Los expedientes de ambas solicitudes revelan que una serie de testigos declararon que los susodichos no eran mercaderes ni cambiadores y no habían tenido oficio vil ni mecánico. En la época, se asumía que por no haber tenido esos oficios eran personas decentes. Sin embargo, sabemos que nuestros personajes se dedicaron indudablemente al comercio; participaron y dirigieron el Tribunal del Consulado; muchas veces asistieron personalmente a las ferias de Portobelo; y eran propietarios de compañías comerciales. Entonces ¿cómo puede explicarse que algunas personas hayan declarado que nuestros personajes no eran mercaderes y que esto implicaba decencia?, ¿cuál fue la diferencia entre ser mercader y un comerciante?; pues, aunque ahora parezcan términos intercambiables, para la época si bien se referían a la misma actividad económica, al parecer hubo una relación jerárquica.

Los oficios viles y mecánicos consistían en las actividades artesanales o manuales; se creía que su ejercicio era incompatible con la nobleza e hidalguía, por extensión no se podía pertenecer a una orden militar; y en el caso de España, se estaba excluido del acceso a empleos públicos⁵⁷. Así, el mercader estaba incluido entre los oficios mal vistos debido a su condición de subordinación y trabajo físico. Ningún hijodalgo debía vivir del sudor o actividad que requería esfuerzo físico, pues los oficios viles también envilecían a las personas que las practicaban. Entonces ¿cómo fue posible que nuestros personajes, claramente comerciantes, consiguieran estatus, nobleza y honor? La clave está en la definición de comerciantes y mercader de la época. *El Diccionario de autoridades* de 1729 entendía que el comercio era un oficio de vital importancia en la riqueza del reino; por ello, era necesario establecer la posición que ocupaban los agentes involucrados, pues no todos eran iguales. Así, comerciante era “el que trata o trafica en mercaderías”; mientras el mercader era definido como “el que comercia con géneros vendibles concretos”, de ahí, que existieran “mercaderes de libros”, “mercaderes de oro”, etc. (Real Academia Española, 1979, T. I y II: 433 y 548).

Aunque no lo parezca, en estas definiciones existían relaciones jerárquicas que definían la posición del comerciante y el mercader en la venta de una mercancía. En efecto, Otazu y Díaz indican que a partir del siglo XVII se empezaron a establecer distinciones entre el comercio en grueso y la venta al menudeo, y ello diferenciaba a las personas que lo practicaban (2008: 96);

⁵⁷ En la España del siglo XVIII, la exclusión de los cargos públicos también incluía a los bastardos, los castigados por la inquisición y aquellos con defectos naturales (Santayana Bustillo 1769: 9). Por otro lado, Moral aduce que, si bien los trabajadores viles y mecánicos no podían aspirar a la nobleza, si desarrollaron un conjunto de estrategias para lograr reconocimiento social (1996: 380-382)

por ello, en Lima se reconocieron hasta tres grupos dedicados al comercio; los primeros eran los cargadores, quienes traían mercaderías desde España o Tierra Firme, es decir, los que conectaban al mercado internacional; los segundos eran los mercaderes con tienda abierta y se dedicaban a la venta directa, pero en este conjunto también podía incluirse a los cajoneros y mercachifles; por último estaban los negociadores, es decir, todos aquellos que se dedicaban a la venta de bienes (Rodríguez 1960: 65-66). Asimismo, Mazzeo sostiene que los comerciantes eran aquellos que conectaban Europa y América a través del consumo; hacían posible el intercambio de mercancías; no eran tratados como viles, por el contrario, su oficio fue visto como una fuente de riqueza; mientras los mercaderes conformaban un grupo más diverso; había los “grandes” asentados en las ciudades, pero también estaban los pequeños vendedores, ambulantes, buhoneros y todo aquel que vendía su mercancía al menudeo (1997: 202)⁵⁸.

De hecho, estas ideas tienen justificación doctrinaria. Maravall sostiene que durante el proceso de jerarquización de la burguesía comercial española se ensalzó especialmente a los que practicaban el comercio internacional, que incluso fue considerada una actividad hidalga y arte noble como afirmó fray Tomas Mercado y López Ponciano; por el contrario, los dedicados a la venta al menudo no tenían ninguna nobleza o la perdían (1986: 28). En esta investigación nuestros personajes estaban dedicados al gran comercio, viajaron por el mundo, importaban mercancías, hacían posible el consumo interno, y poseían flotas y empresas comerciales. Asimismo, en el siglo XVIII el oficio de “comerciante” era altamente estimado, pues se consideraba que estos contribuían en la grandeza del Estado, y su actividad era un medio legítimo para proveerse de riqueza. El informe del virrey marqués de Montesclaros ya evidenciaba que los comerciantes peruanos eran de “mejor estofa” que los peninsulares, pues poseían una gran hacienda; en Francia, Montesquieu también consideraba que las familias burguesas se habían enriquecido y ennoblecido, principalmente, debido al comercio. De tal forma, como sentencia Brading, las grandes fortunas de la época estaban basadas en el comercio internacional (Suárez 1995: 55; Elías 1982: 55; Brading 2004: 135).

También el informe del príncipe de Santo Buono consideraba dentro del grupo de nobles y personas distinguidas a varios comerciantes cuyo caudal y prestigio eran indudables; más adelante, Ulloa afirmaba que los crecidos gastos de las familias nobles limeñas solo podían ser sostenidos por la práctica del comercio “[...] al cual se dedican sin reparo, aunque sean de las familias más condecoradas y nobles porque la calidad no desmerece allí nada por esta ocupación” (1990: 60-70). A su vez, se indicaba que esos personajes no se dedicaban a un

⁵⁸ En otro trabajo, Mazzeo considera que los mercaderes fueron un elemento de empoderamiento del gran comerciante, en tanto que mientras más grande era el espacio de influencia de este último, más importante era como agente económico (1994: 103-104). Rizo Patrón también se animó a realizar una clasificación de comerciantes; primero los mercaderes, que no necesariamente se conectaron con los estratos más elevados por falta de liquidez o pocas inversiones; luego, estaban los comerciantes opulentos con fortunas visibles y diversificadas en el comercio, el crédito, rentas y fincas urbanas y rurales, con buenas conexiones matrimoniales y ocupaban cargos en la administración virreinal (1999: 21).

comercio mecánico de compra y venta, sino a uno más complejo gracias a su carácter y riqueza que les permitía traer mercaderías desde el otro lado de los océanos, de tal forma que comerciar en el Perú no significaba descuido, sino fortuna y éxito.

Por otro lado, Brading manifiesta que los comerciantes “más ricos” eran los migrantes peninsulares, quienes dominaban el comercio colonial, y no los criollos descendientes de beneméritos; sin embargo, rara vez hubo conflictos entre estos grupos; más bien se vincularon a partir del matrimonio (1973: 147, 390-393). La práctica del comercio fue favorecida por una serie de factores que hicieron de la actividad muy rentable. Primero, existía una ventaja comparativa; como señala Marks, Lima, al estar situada en un desierto costero y encerrada por los andes, dependía de la agricultura de riego de los valles aledaños y del comercio internacional para satisfacer el consumo interno (2004: 521-522). Segundo, Lima estaba cerca del mejor puerto del continente, lo que ofrecía una excelente oportunidad para el comercio. Tercero, el valle del Rímac tenía un paso que favorecía la comunicación con los andes, donde los pueblos mineros estaban necesitados de mercancías. Cuarto, hubo coyunturas económicas que incidían en los precios de los productos, lo que determinaba al fin y al cabo la rentabilidad de los negocios. En esencia, en el periodo que va de 1700 a 1753 hubo una fuerte oscilación de precios condicionado por los vaivenes demográficos, las guerras y el contrabando francés; fue una época de alza y recuperación (Cosamalón 2013: 62-66; Seminario 2016: 46-47).

Asimismo, en la primera mitad del siglo XVIII aumentó el flujo de comercio entre España y los virreinos peruanos y novohispanos. Así, entre 1717-1738 se embarcaron a América una media anual de 10, 438 toneladas de mercaderías; entre 1737-1754 la media anual aumentó a 13, 893; y entre 1755-1778 la cantidad creció a 25, 132 toneladas (Lamikiz 2007: 238-239). Los productos que llegaban a Tierra Firme fueron adquiridos, sobre todo, por los grandes comerciantes, aquellos que tenían la capacidad económica para hacer grandes compras durante las semanas de feria; esto también se debía a que los galeonistas españoles, deseosos de desprenderse de sus mercaderías, estaban dispuestos a hacer importantes descuentos a quienes hicieran grandes compras como Isidro Gutiérrez de Cosío y Juan Antonio Tagle Bracho que llevaron de 300 a 800 mil pesos a las últimas ferias a las que asistieron, con dichas sumas compraban mercaderías al por mayor.

Estas evidencias y otras que veremos a lo largo de la investigación demuestran que la primera mitad del siglo XVIII fue un periodo dinámico en la economía peruana; fue cierto que muchos comerciantes quebraron, pero también se originaron grandes fortunas, cuyos propietarios ocuparon puestos en la administración virreinal y tendrían acceso a títulos nobiliarios, de tal forma que la crisis comercial no fue tan evidente y no afectó a todos con la misma intensidad; por el contrario, en una época de crisis minera, el comercio resultó lo suficientemente rentable para permitir el ascenso social de quienes lo practicaban, ya que se convirtió en un vehículo ágil y eficaz para acumular riqueza (Turiso 2002: 102; Rizo-Patrón

2000: 40 y 45). Por lo tanto, a pesar de los vaivenes de la economía, la primera mitad del siglo XVIII fue un periodo beneficioso para el comercio. Los precios más o menos estables hicieron rentable el negocio de traer bienes al mercado limeño; asimismo, el reparto forzoso impuesto por los corregidores también alentó el comercio, ya que los indios fueron obligados a ingresar al mercado de consumo. Para comprobar estas presunciones hemos recurrido al trabajo sobre precios de Pablo Macera; hemos contrastado las mercancías que generalmente los comerciantes traían en las armadas con los precios de los productos seleccionados en su estudio; por ejemplo, la libra de azafrán que en 1700 costaba 80 reales, pasó a valer 128 en 1710; el valor de la pieza de frazada pasó de 20 reales a 40 en 1700; el quintal de jabón a inicios del siglo XVIII estaba 112 reales, en 1720 ya valía 130, en 1730 costaba 46 reales más, y en 1750 su valor era de 200 reales; otros productos que incrementaron su valor fueron el tocuyo, la pita, el papel y la cera (Macera 1992). En las provincias los precios subían debido a los costos del transporte; por ejemplo, el aceite en la capital valía 41 reales, pero en Potosí costaba casi tres veces más, 122 reales; lo mismo con el jabón, que en Lima costaba 105 reales, pero en la provincia minera tenía el precio de 146 reales, entre otros (Macera 1992)⁵⁹. Así, nuestros personajes aprovecharon esta situación para consolidar sus negocios en un momento en el cual el virreinato peruano presenció un moderado crecimiento de la economía local.

Asimismo, las actividades del comercio tenían un alto grado de especulación y se veían condicionadas por la escasez de instituciones fuertes de crédito (bancos), grandes distancias entre los mercados, y la misma navegación era perturbada por el clima, la guerra, los saqueos y los propios defectos del sistema mercantil (Morner 1983: 350). A estas situaciones recurrentes, habría que agregar el contrabando francés, los navíos de permiso ingleses, la introducción de mercaderías por varios puertos, y el peligro de las incursiones extranjeras durante las guerras internacionales. Todos males asociados a la crisis comercial de inicios del siglo XVIII, pero como veremos en esta investigación, los comerciantes de esta época, y nuestros propios personajes, se adaptaron a estas circunstancias, muchas veces participando del mismo contrabando que denunciaban o frenando la realización de las ferias de Portobelo, por lo que el comercio ilícito no detuvo las carreras políticas y económicas de nuestros personajes, más bien fue en esta época cuando lograron amasar fortuna y escalar socialmente.

Aun así, la naturaleza especulativa del comercio obligó a que se proyectase sobre sus ejecutores valores intrínsecos como el ahorro, la persistencia o la buena administración. Al igual que en Nueva España, el Perú no tenía corporaciones comerciales y financieras fuertes como en Europa; las compañías comerciales de la época se formaban solo para negocios concretos o desaparecían cuando moría uno de sus fundadores, y los bancos eran inexistentes, el fundado

⁵⁹ En la época se acusó a los galeonistas de vender los productos a “precios subidísimos” e inhumamos, ya que podían ser veinte veces más caros a sus contrapartes europeas (Lazo, Medina y Puerta 2000: 26-27).

por Juan de la Cueva había quebrado en el siglo XVII, y en nuestro siglo de estudio no hemos encontrado instituciones semejantes. Por lo tanto, según Brading, la figura típica del mundo de los negocios era el comerciante individual, cuyo éxito dependía de su habilidad mercantil y la capacidad para inspirar confianza en los demás (2004: 144). Esta visión en la que las fortunas se formaban gracias a la inteligencia y perseverancia individual puede ser cuestionada. En efecto, a pesar de la carencia de instituciones económicas fuertes, nuestros personajes recurrieron a las redes políticas para acceder a un grupo innumerable de agentes con quienes los unía vínculos de distintos tipos y con ellos establecían, formaban y promovían negocios provechosos. Así, estas redes políticas, originadas en corporaciones como cofradías, permitieron el enriquecimiento grupal en el cual destacaban individualidades como las aquí estudiadas.

Aun así, los comerciantes recién migrados seguían un mismo patrón de ascenso socioeconómico; primero, al llegar eran muy jóvenes por lo que trabajaban junto a su protector, de quien aprendían el oficio, y quien además los vinculaba con la élite mercantil local; si demostraban talento, ahorro y habilidad pasaban a ocupar escalones más elevados en la empresa familiar hasta dirigirla; para fortalecer esta posición se casaban con la hija de su protector o con alguna familiar de sus socios; en este momento, ya tenían la fortaleza suficiente para pertenecer, beneficiarse y dirigir las redes políticas en las que estaban adscritos; si tenían éxito y lograban acumular una fortuna considerable, tentaban a los puestos del gobierno virreinal, y más adelante a un título de Castilla. Finalmente, trataban de proteger el patrimonio familiar garantizado matrimonios entre sus hijos y las hijas de sus socios y parientes; también educaban a su descendencia para retirarse del comercio e invertir en haciendas sobre las que fundarían mayorazgos para sortear las leyes sobre la herencia, que usualmente facilitaba la disgregación del patrimonio familiar (Brading 2004: 145).

Los personajes de esta investigación siguieron carreras parecidas desde que llegaron a Lima. Comenzaron como comerciantes itinerantes como Isidro Gutiérrez de Cosío y Miguel de Echevarría, quienes se encargaban de la circulación de mercaderías entre Perú, Tierra Firme y Europa; muchos tuvieron que asentarse en otras ciudades para asegurar los negocios como Ángel Ventura Calderón, quien residió en Panamá; algunos inicialmente trabajaron para un pariente suyo o en asociación con otros comerciantes empoderados como fueron los casos de Antonio de Querejazu, recibido por Tomás de Mollinedo o Joseph de Tagle Bracho, quien favoreció las carreras de su sobrino Juan Antonio Tagle Bracho y su yerno Gaspar de Quijano Velarde. La mayoría de los personajes estudiados asumieron el liderazgo familiar; dejaron las incomodidades de las navegaciones y finalmente se asentaron en Lima, desde donde dirigían sus negocios⁶⁰. Lima era el principal centro de operaciones debido a su naturaleza de corte virreinal; ahí residía el virrey y se encontraba la Audiencia y el Consulado; además, estaba cerca al puerto

⁶⁰ La trayectoria en la que un “cargador” se convertía en un comerciante asentado en la ciudad ha sido también trabajado por Margarita Suárez a partir del caso de Juan de la Cueva en el siglo XVII (1995).

del Callao, donde nuestros personajes tenían sus navíos y almacenes; y por supuesto, la ciudad misma era un importante centro de consumo.

Estudiar a las aristocracias, como afirma Burke, implica tener en cuenta los criterios de identificación de las élites: riqueza, poder y rango. En este apartado nos interesa identificar la riqueza que nuestros personajes amasaron gracias al comercio, aunque las ganancias también derivaron de muchos otros sectores. Burke manifiesta que las mejores fuentes para conocer los ingresos de las élites son aquellas de naturaleza tributaria (1996: 88). Lamentablemente, no hemos podido encontrar evidencia de esa naturaleza para nuestro estudio; en cambio, las crecidas fortunas de los comerciantes del periodo pueden ubicarse en los documentos notariales como testamentos, tasaciones de bienes, entrega de dotes y escrituras notariales relativas al comercio. La particularidad de estas fuentes reside en que no solo indican la propiedad y riqueza de los personajes, sino también revelan las amistades, los círculos íntimos y las clientelas. Como dice Rizo-Patrón, la fortuna en esta época tuvo un inobjetable papel en el ascenso social de las personas; por ello, los comerciantes cada vez más fueron haciéndose presentes en los escalones más elevados de la sociedad (2000: 23). Esta situación distaba de la sucedida en el siglo XVII, pues si bien antes bastaba obtener una encomienda o poseer tierras para ser considerado de la aristocracia, en el siglo XVIII fue necesario el dinero que permitía demostrar fidelidad a través de donaciones y comprar prebendas como empleos, títulos y honores (Ovalle 2018: 107). ¿Cómo nuestros personajes formaron su fortuna? A continuación, veremos las diferentes estrategias, fuentes e inversiones que permitieron a nuestros comerciantes amasar riqueza; y, como quedará más claro en los siguientes capítulos, en todas estas acciones fueron fundamentales las redes políticas a las que pertenecían.

1.4.2. Las dotes y los albaceazgos

Una de las primeras fuentes de riqueza era la que provenía directamente del matrimonio. Según Jack Goody, la dote consistía en la contribución que los padres o familiares de la novia realizaban durante el matrimonio para asegurar a la hija casada (1973: 17)⁶¹. En el Perú, la institución dotal fue un mecanismo de transferencia de riqueza, pues ayudó a muchos esposos en el inicio de sus actividades financieras. Así, la dote fue un elemento de la fortuna personal (Rizo-Patrón 2000: 132; Silva Prada 2001; Nazzari 1991; Rodríguez Toledo 2015). Por ejemplo, Antonio de Querejazu declaraba que la dote que recibió de la familia de su esposa constituía una décima parte de su patrimonio (Turiso 2002: 227). En efecto, el recibo dotal demuestra que Antonio recibió 10, 000 pesos, sin embargo, la dote de Juana Agustina también estaba constituida por otros bienes, por ejemplo, una carta de obligación de pago por 5, 980

⁶¹ Existió otra contribución económica como el *Bridewealth* o “precio de la novia”, que consistía en un conjunto de regalos otorgados a la futura esposa, provenía del linaje masculino a diferencia de la dote.

pesos de Bartolomé de la Torre, deuda que debía ser cancelada en 1707; también hubo joyas como cadenas, sarcillos, relicarios, rosarios, diamantes, plata labrada; y a su vez, se transfirieron esclavos. Incluso, en algunas circunstancias podían legarse propiedades; fue el caso de la dote de Josepha de Santiago Concha, pues cuando se casó con Antonio Hermenegildo de Querejazu, recibió de su familia una casa alta y baja en la calle de bodegones que estaba valorizada en 24, 000 pesos⁶².

Cuadro 2

Composición de la dote de Juana de Mollinedo (1706-1711)		
Benefactor/ bien	Parentesco	Monto
Juana de Valdés y Llano	Abuela materna	10, 142
Gabriela de Azaña y Valdés	Madre	5, 000
Andrés de Mollinedo	Tío	4, 000
Manuel de Mollinedo	Tío	1, 000
Telas de oro	---	4, 000
Joyas y sortijas	---	575
	Total	24, 717

Fuente: Elaboración propia basada en la información recogida en AGN; Turiso (2002).

Asimismo, las dotes no siempre eran entregadas en su totalidad durante el matrimonio, fue el caso de Antonio de Querejazu, pues cinco años después de su boda indicaba que recibió dotes voluntarias de Andrés y Manuel de Mollinedo. Turiso menciona que, si bien la posición de los Querejazu y Mollinedo era holgada, la dote matrimonial de Juana Agustina no fue de las más ricas de la ciudad (2002: 228). De hecho, en la época hubo familias que legaron dotes que excedían los 100, 000 pesos⁶³. Aun así, la dote de Juana Agustina tampoco era modesta; era mucho más de lo que entregaban las instituciones benéficas como cofradías, por ejemplo, Nuestra Señora del Rosario entregaba a algunas doncellas solo 500 pesos de dote, y a lo mucho 1, 000 pesos si el padre de la novia tenía alguna relación con la hermandad. En perspectiva, la dote de Juana Agustina no era nada modesta, incluso, era de las más ricas si se compara con las entregadas en el siglo XVII⁶⁴. No hemos podido identificar las dotes de Juan Bautista Palacios y Miguel de Echevarría, el primero sí debió recibir un capital aceptable debido a la calidad de su esposa, a diferencia del segundo que se emparentó con una familia no tan prestigiosa. Ángel Ventura Calderón se casó con Panamá, por lo que la carta dotal debe encontrarse en sus

⁶² AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-476, 1776, f. 2; Colección Francisco Moreyra, D.1. 21-617, s/f.

⁶³ La dote que María Josepha de Orellana llevó a su matrimonio con Luis Ibáñez fue de 100, 000 pesos. El capital fue usado por el mencionado para obtener el marquesado de corpa. Las hijas de los anteriores también recibieron dotes opulentas; así, Alfonsa Eulalia, Mariana y Beatriz llevaron a sus matrimonios 32, 000, 21, 000 y 20, 000 pesos de dote respectivamente. La dote de Mariana Ibáñez fue la base de su riqueza cuando se casó con Gregorio de Azaña y Palacios; pero su fortuna se terminó, por ello cuando se casó con Lorenzo de la Puente no llevó dote alguna como declaró en su testamento de 1767 (Rizo-Patrón 2001: 160; AGN, Escribanía Siglo XVIII, Valentín de Torres Preziado, N° 1061, 1767, 153v).

⁶⁴ En el siglo XVIII las dotes de españoles de élite fluctuaban entre los diez y cuarenta mil pesos, mientras las moderadas iban desde los dos mil hasta cinco mil pesos (Van Deusen 2007: 172).

archivos locales, pero considerando que se unió con la hija del personaje de mayor influencia de aquel reino, su dote debió ser muy rica. Por último, Isidro Gutiérrez y Ángel Calderón no recibieron dote alguna, pues no se casaron.

Como firma Rizo Patrón, la herencia, al igual que la dote, también fue un vehículo de transferencia de riqueza (2001: 138)⁶⁵. Sabemos que Juan Bautista de Palacios se benefició de la fortuna que heredó de sus tíos Miguel e Ignacio; lo mismo sucedió con Ángel Ventura Calderón y Pedro Gutiérrez de Cosío; mientras los Querejazu engrosaron su fortuna familiar gracias a las herencias de sus familiares más inmediatos. Sin embargo, nos interesa, sobre todo, los bienes heredados al margen de las relaciones familiares. Cuando uno realizaba un testamento, comúnmente nombraba como albaceas a sus parientes más cercanos como la esposa, hijo o hermanos; sin embargo, hubo disposiciones testamentarias que beneficiaron a sujetos fuera de estos núcleos familiares, principalmente se trataba de socios o amigos de la red política del fallecido. Usualmente, nuestros personajes se constituyeron en albaceas; esto les permitía administrar y manejar la fortuna y propiedades de ciertos personajes de la élite local una vez estos morían; muchas de estos bienes pasarían luego a engrosar el patrimonio personal. Estos albaceazgos evidencian que muchos privados confiaron en nuestros personajes para que administrasen sus bienes hasta que los herederos naturales se hicieran cargo. Asimismo, estos nombramientos dicen mucho de la amistad y relaciones clientelares, pues se confiaba el patrimonio familiar a un no familiar.

La elección de un albacea no familiar no era una decisión arbitraria, sino estaba mediada por la amistad, el crédito y las calidades individuales. Por lo general, siempre se confiaba en un miembro del mismo círculo social (o red política); por ello, usualmente se elegía como albaceas a encumbrados personajes. Flores indica que la designación de albaceas por parte de ricos aristócratas era muy codiciada por los comerciantes, ya que podían asegurarse el control de capitales importantes y también garantizaba su acceso a circuitos sociales en los cuales podrían obtener beneficios sociales y políticos (2000: 93). Además, el albacea, al administrar los bienes de los difuntos, comprometía su propio prestigio, ya que si tenía éxito se granjeaba una buena imagen y posición pública, y alcanzaba la fama de “buen administrador”, lo cual era importante para las futuras ambiciones de cargos y empleos políticos.

Así lo debió entender Antonio de Querejazu, quien continuamente se desempeñó como “thenedor de bienes y heredero” de muchos personajes como el rico comerciante Domingo Ruíz, con quien se comprometió a entregar un caudal de 460, 000 pesos al padre de este en Madrid en 1711⁶⁶. También fue albacea de Joseph Fernández Revilla, Isabel Figueroa, Francisco

⁶⁵ Las leyes de sucesión española disponían que todos los hijos heredaran por igual, esto significaba la atomización del patrimonio familiar; por ello, se apeló a un conjunto de estrategias para impedir el fraccionamiento de la fortuna como el establecimiento de un mayorazgo, la decisión de inducir un hijo en la vida religiosa o fomentar la soltería.

⁶⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Fernández Montañón, N° 427, 1711, f. 528.

Carrasco, María Josefa Calvo, entre otros⁶⁷. Isidro Gutiérrez de Cosío también se hizo cargo de los bienes de sus amigos. Como a inicios del siglo XVIII era un agente itinerante, fue designado muchas veces albacea de varios comerciantes con los que compartía viajes⁶⁸. Así, se encargó de los bienes de Diego Esperaza y Ortiga, Gaspar de Iturre, Pedro de Estrada y Nava, Simón Ruiz Díaz, entre otros⁶⁹. Cristóbal y Ángel Calderón también se encargaron de los bienes de personajes como Juan Rodríguez Rivero, Bernardo de Esquerre y Rigada, y otros⁷⁰. Hasta aquí, nuestros personajes se presentan como albaceas de individuos con quienes no tenían una relación tan estrecha, se trataba de comerciantes, monjas, religiosos y funcionarios que vieron en ellos, artífices que podían resguardar sus patrimonios, aun a riesgo de perder parte del mismo. Estas situaciones nos interesan porque nuestros personajes, al no tener íntimos vínculos con ellos, podían apropiarse de algunos de esos bienes y engrosar sus propiedades; por ejemplo, Antonio de Querejazu terminó como dueño de una de las casas que originalmente pertenecían a Francisco Carrasco. Por supuesto, para los fines de esta investigación interesan los albaceazgos originados en las redes políticas, pero estos no contribuyeron de forma decisiva en la riqueza personal de nuestros comerciantes; al ser relaciones originadas dentro de un grupo cohesionado, las disposiciones testamentarias eran cumplidas en beneficio de la familia del difunto, pero esto se verá mejor en el capítulo tercero.

Cumplir con las últimas disposiciones testamentarias no fueron simples trámites administrativos de inventarios, tasación y venta de bienes; muchas veces se tenía que enviar diligencias a otras partes del reino para cobrar las deudas del difunto, para ello se tenía que nombrar podatarios y representantes; el compromiso también exigía que el albacea viajara a diversos lugares y se encargara del reparto de bienes entre los herederos, muchos de los cuales estaban distribuidos por todo la monarquía, para lo cual había que localizarlos previamente; al final, todo lo realizado debía sustentarse en una escritura notarial. Asimismo, los albaceas no solo realizaban diligencias económicas, a veces, tenían que cumplir con disposiciones espirituales como la coordinación del entierro, y la tasación y venta de algunos bienes para ser entregados como limosnas a las cofradías e iglesias disponibles. Esta variedad de encargos demuestra que nuestros personajes fueron considerados hombres de confianza.

⁶⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Fernández Montañón, N° 427, 1711, f. 575; Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 33 Exp. 199, 1717; AAL, Dominicos, Leg. XI, Exp. 3, 1723.

⁶⁸ Esto se debía a que la navegación obligaba a que los comerciantes realizaran testamentos con el fin de garantizar sus bienes y negocios por si morían durante los viajes.

⁶⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan de Avellán, N° 108, 1715, f. 104 y 1154; Salvador Gerónimo de Portalanza, N° 880, 1730, f. 888v; Pedro de Espino Alvarado, N° 301, 1741, f. 528.

⁷⁰ AGN, Cabildo, Justicia Ordinaria, Cuad. 57, Doc. 418, 1711; AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 262, 1721, f. 803.

1.4.3. El crédito

Brading manifestaba que la “fuerza de salvación” de un comerciante radicaba en su liquidez, es decir, en la disponibilidad inmediata de dinero (2004: 142). La misma idea la sostiene Flores, quien afirma que cualquier comerciante que deseaba tener éxito debía cumplir con dos condiciones: capacidad para contar con liquidez necesaria y facultad para reproducir el capital; a su juicio, ambas situaciones se cumplían mediante el crédito, es decir, el otorgamiento de dinero en préstamo con intereses a diversos sujetos (2000: 95). Nuestros personajes pusieron su capital en las manos de privados con el fin de reproducirlo con los intereses generados, sin embargo, no hay que tomar esta operación crediticia solo como una mera actividad económica, ya que en ella confluyeron relaciones políticas y sociales, confianza y amistad. Efectivamente, varios personajes de la élite comercial limeña y la aristocracia en general eran deudores de nuestros comerciantes; los mismos integrantes de sus redes políticas les debían dinero, aunque como en el anterior caso, se reflexionará sobre esto más adelante.

Cuadro 3

Principales deudas por cobrar de Antonio de Querejazu hasta 1727	
Deudor	Cantidad
Juan de Mondragón y otros	7, 560
Manuel de Ramírez de Arellano y otros	10, 800
Juan de Sein y otro	12, 500
Manuel de Mollinedo y Azaña	17, 000
José de Maldonado y Armendáriz	7, 380
Julián de Uriarte	7, 380
Salvador de Aramburu y José de Tagle	9, 151
Jorge Toreli y Juan Lucas Camacho	10, 151
Pedro Perurena y otros	8, 806
Diego de Sulibar	11, 800
Juan de Rivas	19, 101
Francisco Barros y Ángel Ventura Calderón	10, 800
Tribunal del Consulado	40, 000

Fuente: Jesús Turiso (2002: 230)

Quizás fue Antonio de Querejazu, quien recurrió a este tipo de operaciones crediticias con mayor asiduidad; de hecho, conocemos a sus deudores gracias al inventario que en 1727 se hizo sobre los bienes mancomunados que mantenía con su esposa Juana Agustina de Mollinedo. En total se contabilizó la cantidad aproximada de 357, 472 pesos repartidos en diferentes deudas y que constituían parte de su patrimonio familiar⁷¹. La relación de deudas debe ser entendida más allá del valor económico, pues un préstamo se realizaba, entre muchos motivos, para auxiliar a un comerciante en apuros o fomentar una actividad financiera, por lo que el adeudado quedaba comprometido con su acreedor, generándose una relación jerárquica entre el que presta

⁷¹ AGN. Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Ojeda, 1727, f. 462v.

y recibe en tanto que el préstamo solo fue posible a partir de un contacto directo con el acreedor, por ello la amistad fue un criterio importante. Así, la relación de deudores no solo evidencia la cantidad de dinero que se tenía distribuido en varios privados, sino muestra a quiénes se conocía. En esta investigación el préstamo no interesa solo por su naturaleza crediticia, sino porque evidencia la red de influencia de nuestros personajes. Los deudores de Antonio de Querejazu generalmente fueron personajes notables de la ciudad, por ejemplo, comerciantes como Juan López Molero, Juan Lucas Camacho, Blas de Ayessa, Pedro de Osma, Joseph Nieto de Lara e incluso Ángel Ventura Calderón; nobles como la condesa de las Lagunas o religiosos como Luis Cano.

Ángel Calderón Santibáñez también recurrió al sistema de créditos para aumentar su patrimonio. Los inventarios de sus bienes que se realizaron en 1725 demuestran que nuestro personaje tenía más de 60, 000 pesos en monedas que estaban en su casa, en talegas, cajones y con fundidores⁷². Sin embargo, la lista de deudas que diversos privados mantenían con él demuestra que su principal capital estaba repartido en forma de crédito, hasta en un aproximado de 267, 733 pesos. Al igual que el anterior caso, los deudores fueron privados que mantenían algún tipo de parentesco, amistad y negocios con nuestro personaje como Francisco Guemés Calderón, Francisco de la Maza, Fernando Gonzales Salmón, Pedro de Espino Alvarado, Juan López Molero y Francisco Escudero de Sicilia⁷³, la mayoría eran comerciantes, activos cofrades del Rosario y miembros de su red política. Por otro lado, Juan Bautista de Palacios también tenía repartido su dinero en préstamos, pues tenía colocado en créditos un valor aproximado de 140, 123 pesos; entre sus deudores se encontraban personajes con los que mantenía negocios y amistad como Juan de Beytia y Aguirre, la familia Závala, entre otros.

La cantidad de dinero que se prestaba variaba; podían ser cifras que se ubicaban por encima de los mil pesos; aunque no siempre fue el caso, por ejemplo, Antonio de Querejazu prestó a la condesa de las Lagunas solo 100 pesos, a fray Cano 350 y a Pedro Bohorquez 500 pesos; de igual forma, Ángel Calderón prestó a Joseph Miguel de Arancivia solo 29 pesos. Pero también podía prestarse sumas considerables, por ejemplo, Manuel de Mollinedo se adeudó con Querejazu por 17, 000 pesos y Juan de Rivas hizo lo propio por 19, 000 pesos; por otro lado, Juan Fernández de Valdivieso le debía a Calderón más de 27, 000 pesos. También algunas instituciones se prestaron de nuestros personajes, el Consulado se prestó de Querejazu 40, 000 pesos, y la Caja Real de Potosí le debía a Palacios más de 50,000 pesos. Estas operaciones demuestran también el grado de vinculación que existió entre nuestros personajes y las oficinas del Estado colonial, así como el interés de generar relaciones de dependencia con algunos agentes burocráticos. Asimismo, la duración de las deudas también variaba, por ejemplo, en

⁷² AGN. Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado N° 269, 1724/1725.

⁷³ Las cantidades prestadas fueron 3, 799 a Francisco Guemés Calderón; 2 776 pesos a Francisco de la Maza; 667 pesos a Fernando Gonzáles Salmón; y 667 pesos a Pedro de Espino Alvarado (AGN. Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado N° 269, 1724/1725).

1725 se evidencia que Francisco Xavier del Pozo mantenía una deuda con Ángel Calderón desde 1718, pero otras deudas se habían registrado pocos meses antes del inventario del año señalado

Cuadro 4

Principales deudas por cobrar de Ángel Calderón Santibáñez hasta 1725	
Deudor	Cantidad
Joseph Gutiérrez de Zevallos	7, 145
Cayetano de López	10, 000
Juan Francisco de Barros	14, 904
Joseph García	10, 500
Juan Fernández Valdivieso	27, 818
Juan Antonio de Arriola	15, 916
Damián Bustillo	17, 500
Luis de Sinteli	9, 931
Juan López Molero	7, 668
Manuel de la Fuente	16, 289
Juan de Prado	10, 000
Luis de Torquemada y Alejandro Guerra	9, 616
Juan Joseph de Cespeda	7, 934

Fuente: AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 269, 1725.

Cuadro 5

Principales deudas por cobrar de Juan Bautista de Palacios hasta 1712	
Deudor	Cantidad
Juan de Beytia	20, 000
Francisco de Saldaña	8, 000
Miguel Gerónimo de Castillo	54, 380
Felipe de Ración	8, 239
La casa Zavala	4, 600
Caja Real de Potosí	54, 165
Francisco Hurtado de Cuenca	3, 622
Joseph de Arrizavalaga	4, 890
Juan de la Presa	4, 615
Juan Ignacio de Larrea	5, 195
Ana Domínguez López Urcino	4, 332
Juan Fernández	4, 000
Thomas Muñoz	2, 450

Fuente: AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández de Pagan, N° 334, 1712.

Usualmente los préstamos se realizaban para auxiliar de apuros económicos a algún comerciante, invertir en mercancías o iniciar carreras económicas; por ejemplo, Francisco de Celis usó los 64, 800 pesos que Isidro Gutiérrez de Cosío le prestó para comprar una serie de mercaderías que trajo desde Castilla⁷⁴. No solo por los testamentos y tasación de bienes conocemos la relación de deudores, sino también gracias a las escrituras notariales que contienen las obligaciones de pago. Incluso, estas fuentes brindan mayor información sobre la naturaleza del préstamo, los motivos e intereses pactados. Estas fuentes revelan que nuestros

⁷⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 301, 1741, f. 474.

comerciantes consideraban el préstamo como un negocio lucrativo debido a los intereses ganados. Así, sabemos que Isidro Gutiérrez de Cosío cobraba por el dinero prestado un interés de 8 por ciento anual, por ejemplo, según la escritura notarial, del dinero prestado a Celis, nuestro personaje debería recibir algo más de 5, 000 pesos por el interés; con el mismo propósito prestó 16, 200 pesos a Manuel Rodil, Manuel de Ylarduy y Alejo de Aranzate⁷⁵. La época de ferias fue idónea para estas operaciones. En 1730 Antonio de Querejazu aprovechó la ocasión y decidió invertir su caudal después de haberlo tenido “detenido” por más de tres años; por ello, prestó 70, 000 pesos con un interés del 20 por ciento, por lo cual ganó 23, 651 pesos y el resto de la deuda fue pagada con géneros⁷⁶; también prestó con un interés del 25 por ciento 16, 000 pesos a Juan Antonio de Tagle Bracho, 24, 000 pesos a Juan Gonzales Cossio y 2, 000 pesos a Pedro de Murga. Sin embargo, al margen del interés crediticio, también existió un motivo político subyacente, ya que el préstamo no solo se convertía en un caudal seguro, sino también permitía que nuestros personajes se posicionasen sobre sus contemporáneos, ya que la calidad del acreedor permitía establecer un orden jerárquico que debió ser tan importante como el capital mismo. Por ello, es significativo saber quiénes fueron los deudores, porque ello indicará las calidades de nuestros personajes y su ubicación social privilegiada, pues se tenía que tener suficiente caudal y honor para prestar a personas de prestigio como ricos comerciantes, nobles, miembros de la burocracia colonial e integrantes del aparato eclesiástico.

Asimismo, el crédito no se daba solo entre un grupo de conocidos, de hecho, podía prestarse a cualquier privado que podía garantizar futuras recomendaciones y proveer beneficios ya que, si un préstamo construía una relación de dependencia, esta tenía mucho más valor cuando se efectuaba con personajes notables e influyentes. Así, cuando uno de nuestros personajes prestaba, estaba constituyendo y ampliando su red clientelar de dependencia, pues el beneficiado sentía agradecimiento por su acreedor lo cual era importante en una sociedad dominada por la economía del favor; por ello, muchos de los deudores siempre hacían referencia a las cualidades magnánimas de sus acreedores; comentaban de la “buena obra” y “amistad” de nuestros personajes; así lo mencionó Francisco Arancivia, quien se prestó 10, 108 pesos de Antonio de Querejazu, y Andrés de Acosta, quien reconocía a Ángel Ventura Calderón como su principal fiador⁷⁷. Este tipo de situaciones generaban no solo la obligación de pago, sino también agradecimiento, fidelidad y el compromiso de un favor futuro. De ahí la importancia de tener suficiente caudal, ya que la capacidad de generar estos escenarios y

⁷⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 301, 1741, f. 411v.

⁷⁶ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-473, 1735.

⁷⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Fernández Montañón, N° 427, 1711, f. 518; y Francisco Estacio Meléndez, N° 337, 1729, f. 169v

endeudar a personajes de élite, nobleza y funcionarios del Estado proyectaba estatus e implicaba posibles favoritismos⁷⁸.

Sin embargo, establecer amistades y contactos a través de préstamos no tenía sentido si nuestros comerciantes empobrecían económicamente en el caso que las deudas no fuesen pagadas; por ello, se buscaba el cumplimiento efectivo del pago. Además, un elemento constituyente de la relación clientelar fue el dominio, es decir, la capacidad de hacer efectivo el pago de una deuda, lo que decía mucho de la influencia de unos sobre otros. De esta manera, cuando nuestros personajes veían que sus préstamos no eran retribuidos no dudaban en iniciar litigios. Turiso propone que los grandes comerciantes de la época fueron una suerte de banqueros debido a la gran cantidad de dinero que prestaron, y porque recurrieron a una suerte de formalidades como establecer un porcentaje determinado, un plazo fijo, constatar la devolución del dinero mediante una escritura notarial y recurrir a recursos legales para hacer efectiva la deuda; esto también fue llamado la “moralidad de los negocios” (Turiso 2002: 229; Sombart 1919: 133). Por lo general, en las denuncias se aducía la falta de cumplimiento e impuntualidad de los pagos; y esto evidencia las formalidades y la demanda de un comportamiento especial en las relaciones comerciales. Por otro lado, en la relación clientelar era necesario el favor que se esperaba recibir como señal de agradecimiento, pero quedaba claro que poco podía recibirse de un privado que no cumplía con sus obligaciones de pago; en otros casos, el fracaso de la empresa o la muerte del deudor impedían la cancelación de la deuda.

Así, mantener una relación de amistad en esas situaciones no era interés de nuestros personajes, por ello recurrieron a mecanismos legales para recobrar parte de lo invertido; un dispositivo que permitía lo anterior fue el embargo de propiedades; por ejemplo, Antonio de Querejazu, luego de varias diligencias no respondidas, recurrió a esta legalidad coercitiva, por ello inició varios litigios. En 1731 reclamó una deuda de 10, 800 pesos más intereses a Manuel y Francisco de Arellano, ante el incumplimiento logró que la Real Audiencia embargase sus bienes personales y mercancías; a la misma instancia recurrió en 1734 para recuperar parte de los 12, 500 pesos que prestó en 1723 a Manuel de Belbunce, Juan de Sein, Joseph de Urrunaga, Salvador de Aramburú y Francisco Xavier de Aguirre, quienes requirieron este dinero para solventar sus negocios; la muerte y fracaso de algunos de los deudores complicó la cancelación de la deuda, por ello Antonio recurrió a sus contactos políticos para proveerse de cierto porcentaje de los patrimonios familiares que en principio estaban destinados a los herederos de los personajes señalados; y en 1739, Ángel Ventura Calderón también recurrió a la Real Audiencia, pues exigía el remate de los bienes de Joseph de Rozas, conde de Castelblanco, con

⁷⁸ En 1722 Antonio de Querejazu prestó 1,700 pesos a un miembro del Santo Oficio como Antonio Maldonado, y en 1736 Miguel de Echevarría hizo lo propio con Joseph Antonio de Arbiza y Elizondo, tesorero oficial de la Real Caja de Pisco, quien recibió 13, 340 pesos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 236, 1722, f. 474; y Francisco Estacio Meléndez, N° 352, 1736, f. 1391).

el fin de que se le cancelara una deuda⁷⁹. En estas circunstancias, era importante mantener relaciones con autoridades clave, pues uno podía beneficiarse de los dictámenes, ya que la amistad tenía que ser efectiva; en el caso anterior, el marqués de Casa Concha, presidente de la Audiencia, favoreció a Ángel Ventura y dispuso que se vendiesen las casas y haciendas del difunto para pagársele 18, 069 pesos.

En resumen, el préstamo no solo fue una operación que generaba beneficios económicos, sino también sociales y políticos; aunque estaba envuelto de riesgos y peligros como la muerte del deudor o el fracaso de los negocios, nuestros personajes decidieron convertirse en acreedores, demostrando que estaban dispuestos a asumir peligros con tal de generar mayor riqueza y contactos. Esta situación también demandó la necesidad de vincularse a otros mercados y generar contactos con las diversas élites locales. En ese sentido, nuestros personajes también tejieron redes continentales y transcontinentales, manteniendo para ello una serie de socios en los reinos clave; por ejemplo, se tenía contactos económicos en Panamá, Santiago, Quito y en algunas ciudades provinciales del virreinato peruano, y también se poseía agentes en Cádiz o Madrid (Ovalle 2018: 74). Esto ayudó a fortalecer la posición económica de nuestros personajes, siempre en directa correspondencia con el grupo político al que pertenecía y que permitía el establecimiento de estas redes de interés en toda la monarquía. A ello hay que sumar, la participación directa de los comerciantes limeños en la economía monárquica, pues esa visión clásica de verlos como agentes pasivos de un monopolio que los relegaba al último tramo del circuito Sevilla-Panamá-Lima debe ser cuestionada (Suárez 2001: 11). Ello permitió que, por ejemplo, algunos comerciantes viajasen directamente a la península para realizar transacciones comerciales y en ese ínterin, generar contactos; por ejemplo, está comprobado que Isidro Gutiérrez de Cosío en la primera mitad del siglo XVIII realizó constantes viajes a España.

El carácter cosmopolita de Lima obligó a que varios particulares la frecuentasen por diversos motivos: iniciar un litigio, visitar parientes o establecer vínculos comerciales. Nuestros comerciantes aprovecharon esa situación para establecer lazos comerciales con estos agentes que luego viajaban y/o se establecían en diversas zonas estratégicas; ya que como sentenciaba Flores-Galindo, la aristocracia colonial expandía progresivamente su dominio sobre los mercados del interior articulando una red mercantil que incluía a ciudades y pueblos andinos (2010: 26). Gracias a esta situación sabemos que Ángel Calderón tenía contactos en Santiago de Chile, pues realizó sucesivos préstamos a vecinos del lugar como Manuel Gerónimo de Solís, Francisco Xavier del Pozo, Nicolás de Puerto, Luis Sinteli, Manuel de la Fuente, Pedro del Solar y Juan Francisco Barros, quien luego se convirtió en el socio comercial de Ángel Ventura; también tuvo contactos en Nueva España, donde residía Pedro Gutiérrez de Iglesias, comerciante que le debía 7, 554 pesos. Igualmente poseía contactos en Ica (Fernando de

⁷⁹ AGN, Real Audiencia, Causa Civiles, Leg. 69, Exp. 531, 1731; Leg. 76, Exp. 612, 1734 y Leg. 86, Exp. 737, 1739.

Rincón), Cusco (Juan de Prado), Lambayeque (Joseph de Cereceda) y en la Audiencia de Charcas⁸⁰.

Antonio de Querejazu también mantuvo una serie de contactos a lo largo de América; en la lista de sus deudores figuraban comerciantes residentes en Panamá (Pedro de Paz y Zumaeta), Arica (Manuel y Francisco de Arellano), México (Joseph Fernández de Revilla), Chile (Joseph Damián Cabrera), Paraguay, Guatemala, Huamanga y Arequipa⁸¹. Juan Bautista de Palacios no se quedó atrás, y los registros notariales evidencian que mantuvo intereses comerciales en ciudades como Santiago y Guayaquil; por su lado, Miguel de Echevarría mantuvo negocios constantes en Panamá, para lo cual enviaba constantemente a su socio Silverio Banderas. Joseph de Tagle Bracho, quien había residido previamente en Chile tenía a algunos familiares viviendo en Buenos Aires, con quienes mantuvo correspondencia para estar alerta sobre los negocios que propiciaba la llegada de mercaderías a aquel puerto. Finalmente, Isidro Gutiérrez de Cosío mantuvo contactos en Madrid, donde logró la amistad de Pedro de Lareagui, oficial de cámara del rey; pero también tenía lo propio en Santiago (Joseph de Angulo), Quito (Pedro de Heredia) y Lambayeque (Joseph Ruíz y Joaquín de Yrigoyen)⁸².

Así, el caudal adquirido a través de la dote matrimonial, la herencia y los intereses del crédito constituyeron parte esencial del patrimonio económico de nuestros personajes, quienes entre 1710 y 1720 ya pertenecían al grupo de notables de la ciudad; por ello, en 1721, el príncipe de Santo Buono, al realizar un informe sobre las familias nobles y destacadas del Perú, mencionó a Antonio de Querejazu, Juan Bautista de Palacios y Ángel Calderón como personajes que poseían “caudal”. El informe en cuestión dividía a la élite entre aquellos que poseían títulos nobiliarios, miembros de órdenes militares y hombres del comercio (Rizo-Patrón 2000: 3; Conde Bertrando del Bazo 1965: 108). En general, los criterios para considerar a un particular como parte de la élite local eran la riqueza, el oficio, los cargos y propiedades; esto último es relevante, porque el informe del virrey demuestra que los comerciantes usaban su riqueza para invertirla en bienes, sobre esto nos dedicaremos en las siguientes líneas.

1.4.4. Los navíos

Flores-Galindo señalaba que los barcos fueron los instrumentos necesarios para el dominio del comercio colonial ejercido desde Lima. Por ello, la inversión en navíos fue determinante para el posicionamiento dentro del sector mercantil, ya que eran los medios a partir del cual el comercio era posible, pues conectaban los principales puntos comerciales como

⁸⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado N° 259, 1720, f. 130 y N° 269, 1724/1725.

⁸¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Fernández Montañón, N° 427, 1711, f. 535; y Pedro de Ojeda, N° 810, 1727, f. 469

⁸² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 337, 1729, f. 268v; Juan de Avellán, N° 108, 1715, f. 1125v; Pedro de Espino Alvarado, N° 301, 1741, f. 2 y 138

Valparaíso, Quito, Panamá y Lima. Además, el volumen del comercio internacional de la época demandaba la necesaria posesión de barcos, ya que solo a partir de una numerosa flota mercante en el pacífico se podía garantizar los negocios (2010: 74-77). También Braudel afirmaba que la posesión de un barco era clave porque economizaba el flete, se podía elegir los días de salida y podía disponerse de una persona de confianza como capitanes de barco o contralmirantes para realizar las transacciones comerciales, los mismos que eran acompañados de un pariente o un podatario del dueño principal (1984: 319). Además, la obtención de barcos evidenciaba una situación de bonanza económica y el nacimiento de una burguesía mercantil, ya que el costo del mantenimiento de estas embarcaciones solo estaba reservada a una minoría que ejercía el gran comercio (Aguirrezabala 2007: 192-193). Así, nuestros personajes al hacerse dueños de navíos demostraban su posicionamiento como agentes dinámicos de los circuitos mercantiles, porque además no solo controlaban la llegada de las mercancías, sino su cantidad y tipo (trigo chileno, madera de Quito, yerbas del Paraguay, etcétera), por lo que tenían abierta la posibilidad para especular (Flores-Galindo 2010: 37).

La fuente que nos permite conocer la posesión de barcos a inicios del siglo XVIII es una carta del conde de Monclova dirigida al rey en 1695 en la cual menciona la peligrosidad de los piratas en las costas del reino y la imperiosa necesidad de proteger los navíos para que el comercio continuase; estos fueron detallados mediante una relación de barcos, navíos y fragatas, que en total eran 113 hasta entonces (Moreyra y Céspedes T. II 1955: 62-76). Por ejemplo, Pedro de Lascrain, prior del Consulado en 1710, tenía los navíos *San Juan Evangelista* y *San Fermín*; y Francisco de Lartiga, prior de los comerciantes entre 1712 y 1714, era dueño de los barcos *Nuestra Señora del Rosario*, *San Juan de Dios*, *La Bendición de Dios*, *Jesús María* y *El Santo Cristo del Milagro*. Juan Bautista de Palacios desde 1705 tenía como propiedad una embarcación llamada *San Francisco de Paula* que usaba para el comercio mayorista (Mansilla 2010: 237). El navío estaba anclado en el puerto del Callao y era dirigido por Bernardo de Fernández, contraestre; posteriormente, en 1782 fue comprado por José Gonzáles Gutiérrez por un valor de 50, 000 pesos (Dager Alva 1999: 68).

Juan Bautista debió tener bastante éxito en los negocios, pues en 1713 declaraba ser dueño de otro barco llamado *María*, que fue comprado a partes iguales con su socio comercial Juan de Beytia y Aguirre como lo demuestra una escritura de poder que ambos entregaron el 30 de diciembre del año señalado; esta embarcación partía del Callao a Panamá y otros valles intermedios, evidenciando que la posesión de una embarcación facilitaba el acceso a puntos estratégicos y favorecía la fluidez de las transacciones comerciales⁸³. En el inventario de los bienes de Juan Bautista en julio de 1713 también se declaró la posesión del navío *Jesús, María y José*, que en 1695 pertenecía a David Franco o Juan Joseph de los Ríos (hay dos fragatas con el

⁸³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan de Avellán, N° 108, 1715, f. 1158v.

mismo nombre); este barco también fue comprado junto a su socio Juan de Beytia; tenía como contraamaestre a Bernardo de Rivera; fue usado exclusivamente para el comercio de madera con Guayaquil y tenía muchos esclavos a su servicio⁸⁴.

Otros comerciantes que poseían navíos fueron Joseph Tagle Bracho, quien en 1714 compró por 13, 000 pesos el navío *La Concorde*; Juan López Molero, quien en 1721 compró la fragata *Nicolás de Tolentino* al capitán Torrejones por 1, 000 pesos; y Gaspar de Quijano Velarde era propietario del barco *Nuestra Señora de las Caldas*, que se dedicaba al comercio del trigo chileno; el navío sobrevivió varias décadas, pues Joseph Velarde Tagle, descendiente del primero, lo heredó (Sánchez 1999: 4)⁸⁵. Al parecer, otros de nuestros personajes no tuvieron embarcaciones, pero tampoco las necesitaban imperiosamente, pues las relaciones clientelares eran eficaces en estos asuntos. Como dice Lluch, los comerciantes que compartían algún elemento en común como el origen regional tejían relaciones y redes de confianza que les permitía reducir o eliminar los costos de las transacciones comerciales y afrontar el oficio con mayor éxito (1999: 93). Lo anterior pudo valer para el uso de barcos, de tal manera que hombres como los Calderón o Querejazu en vez de invertir en la compra de un navío propio usaban los de sus socios, deudores, amigos o familiares.

1.4.5. Los inmuebles, casas y estancias

Nuestros protagonistas también invirtieron en propiedades inmuebles como evidencian los testamentos y escrituras notariales. Bien es cierto que hubo varios comerciantes que decidieron invertir su dinero en empresas mineras y obrajes; aunque como señala Brading, por lo general, trataban de no participar demasiado en la producción; en vez de hacer inversiones fijas, preferían dar créditos a corto plazo (2004: 142). Sin embargo, en este apartado no nos interesan este tipo de inversiones pensadas en conseguir un porcentaje de ganancia gracias al crédito; sobre todo, queremos enfocarnos en la inversión que nuestros personajes realizaron al comprar o arrendar directamente bienes inmuebles. El objetivo de la posesión de estos bienes era garantizar ingresos fijos gracias a las rentas por alquiler y censos que se establecían con particulares. Usualmente nuestros personajes se quedaban con el inmueble más grande, aquella que pudiera reflejar el prestigio familiar y la llamaban “casa morada”, que tenía como fin la residencia; mientras la posesión de las demás casas y tiendas buscaban solo la obtención de rentas, por ejemplo, los Querejazu dieron en arriendo varias casas, en las cuales vivían Juan Bravo de Rivero, Juan Larrizaga y Antonio Silva; las tiendas tenían el mismo fin, por ello fueron alquiladas a pequeños comerciantes que realizaban varias transacciones comerciales, pues las usaban como carnicerías, barberías, sillerías, incluso, una se encargaba de vender

⁸⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagan, N° 433, 1712, f. 309.

⁸⁵ AGN, Tribunal del Consulado, Contables, Leg. 28, Exp. 66, f. 81, 1721.

mazamoras⁸⁶. Estas operaciones permitieron que los Querejazu percibieran una mensual renta segura. Igualmente, Cristóbal Calderón recibía una renta de 100 pesos por el alquiler de seis meses de una tienda que poseía en la calle mercaderes, en la que vivía y comerciaba Francisco Caballero de los Olivos⁸⁷.

La mayoría de estos inmuebles eran obtenidos en los remates públicos que se convirtieron en ocasiones oportunas para adquirir propiedades sin invertir mucho caudal; por ejemplo, Antonio de Querejazu consiguió una casa ubicada frente a la plazuela de la iglesia de la Compañía de Jesús que anteriormente poseía Ana Fernández de Salazar; nuestro personaje arrendó este bien en censo por 2, 000 pesos⁸⁸; también por remate público, Antonio Hermenegildo de Querejazu consiguió en 1784 la antigua casa de Francisco Álvarez; la compró por 15, 050 pesos al contado. Por su parte, la familia Gutiérrez de Cosío poseía varios inmuebles como la casa de Valladolid que estaba arrendada por Luis Alvo, y que debía pagar 390 pesos al año. Finalmente, Miguel de Echevarría también declaró una serie de bienes inmuebles, pues poseía unos solares que compró al convento de Santo Domingo; una casa en la calle de los Inocentes en Bellavista, y su propia casa la adquirió del Hospital de Santa Ana por 250 pesos de censo perpetuo, y que ya había pagado completamente al momento de testar⁸⁹.

Asimismo, también podía adquirirse propiedades para aprovechar su producción intrínseca, por ejemplo, en 1708 Juan Bautista de Palacios compró por 25, 600 pesos un molino de dos ruedas en Malambo que pertenecía a Sebastiana Ramos Galbán, el bien servía originalmente para triturar el trigo, pero nuestro comerciante decidió producir pólvora, ya que lo primero se importaba desde Chile a menor precio⁹⁰. La decisión fue acertada, pues Juan Bautista años más tarde firmó un asiento y estanco de pólvora con las autoridades virreinales; esto lo motivó a comprar un nuevo molino ubicado en el barrio de San Lázaro por el cual pagó 8, 000 pesos; además se hizo propietario de una casa, tierras y derechos de agua que pertenecían antiguamente a Francisca Calderón, pero cuya muerte motivó que los bienes se tasaran y remataran⁹¹. Ángel Calderón también invirtió su riqueza en la compra de bodegas en el Callao, que tenían como fin el almacén de las mercaderías que llegaban desde España y Panamá; ya que como señala Flores-Galindo, el control de los barcos fue acompañado con la edificación y posesión de grandes bodegas en el Callao, donde los comerciantes almacenaban mercancías y controlaban su flujo (2010: 77). Además, Ángel adquirió varias casas en la ciudad portuaria, que tenían como fin generarle una renta segura, ya que eran arrendadas a mercaderes, bodegueros y

⁸⁶ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 21-617, s/f.

⁸⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Escudero de Sicilia, N° 235, 1710, f. 10.

⁸⁸ AAL, Censos, Leg. XVIII, Exp. 13, 1713.

⁸⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Thenorio y Palacios, N° 1001, 1750, f. 1007v.

⁹⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 433, 1712, f. 309.

⁹¹ BNP, Manuscritos, Cofradías, Exp. 4562, 1726.

otros trabajadores portuarios, quienes, debido a la fluidez del intercambio comercial en el Callao necesitaban instalarse en la ciudad⁹².

Asimismo, también se invirtió en tierras, pero los costos para hacer productiva una chacra eran elevados debido a la inversión en maquinaria y mano de obra; por ello, usualmente se adquiría una propiedad rural para dejarla en arriendo de un particular, por ejemplo, la familia Calderón en 1721 dejó en censo perpetuo una chacra a Andrés de Zavala⁹³. Por su parte, Ángel Ventura Calderón en 1736 compró la chacra de panllevar *Pando*, ubicada en el valle de Maranga; pagó por aquella propiedad 39, 000 pesos, 16 000 de los cuales se entregaron al contado, y los otros quedaron sujetos a censo; más adelante, también anexó a su propiedad la chacra *Santa Elena*. Posteriormente, cuando Ángel Ventura viajó a España, su esposa Teresa Vadillo asumió la administración de los bienes y decidió su venta a Manuel Ortiz de Foronda, quien pagó 44, 000 pesos en 1772 (Flores-Zúñiga 2015: 407). Juan Bautista de Palacios también invirtió en tierras, aunque no como propietario sino como arrendatario, pues trabajó una chacra en Miraflores que pertenecía al convento de Nuestra Señora de la Merced; pagaba 516 pesos al año y gastó mucho dinero en la mejora del inmueble como declararía.

Antonio de Querejazu también poseyó varias tierras; algunos de estos bienes fueron obtenidos gracias a las transferencias familiares, por ejemplo, Juan Bautista Palacios Balsategui dispuso que la familia Querejazu recibiera las casas, una hacienda y un molino que poseía en la doctrina de Moro (Bolivia); todos estos bienes se tasaron en 15, 000 pesos y fueron administrados por Antonio y su hijo Antonio Hermenegildo⁹⁴. Posteriormente, las propiedades fueron vendidas, y el dinero fue usado para la adquisición de haciendas en los valles de Chíncha, Cóndor, Humay y Joyas, compradas a Tomas de la Bodega y Cuadra; en 1751, el valor de todos estos inmuebles era de 50, 000 pesos⁹⁵.

Asimismo, Antonio de Querejazu invirtió 8, 000 pesos en una chacra llamada *El Parral*, que arrendaba Francisco de Rosas durante seis años y medios, por lo cual pagaba 1, 375 pesos (Turiso 2002: 233)⁹⁶. Sin embargo, fueron los descendientes de Antonio, quienes realmente se dedicaron a vivir de las rentas de las tierras, comprándola, otorgándola a arrendatarios y obteniendo ingresos de estas operaciones; así, modificaron el estilo de vida familiar y pasaron de prósperos comerciantes a ser hacendados rentistas. Por ejemplo, Josepha de Santiago Concha, esposa de Antonio Hermenegildo, en 1748 compró la estancia *Lorenzo de Atocsayco* de la doctrina de los Reyes en Tarma a los herederos del marqués de Casa Concha. Posteriormente, Josepha impuso sobre el bien un capital de 10, 000 pesos en favor de su hijo Agustín, por ello la

⁹² AGN, Escribanía Siglo XIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 267, 1724, f. 82.

⁹³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 262, 1721, f. 904.

⁹⁴ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 18-493, 1741.

⁹⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 388, 1751, f. 1973.

⁹⁶ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.17-473, 1735.

propiedad terminó valorizada a fines del siglo XVIII en 66, 053 pesos⁹⁷. Más adelante, en 1778 Santiago de Querejazu se hizo dueño de la hacienda *Coroico Viejo* en La Paz, que llegó a estar valorizada en 60, 000 pesos.

Cuadro 6

Relación de inmuebles en el testamento de Antonio Hermenegildo de Querejazu					
	Inmueble	Valor	Dueño original	Heredero/ Comprador	Adquisición
1	Estancia Lorenzo de Atocsayco (Tarma)	66, 053	Marqués de Casa Concha	Josepha de Santiago Concha	1748
2	Casa en la calle de Bodegones	24, 000	Marqués de Casa Concha	Josepha de Santiago Concha	--
3	Casa en la esquina del Monasterio de la Trinidad	35, 000	Francisco Carrasco Orozco	Antonio de Querejazu y Uribe	--
4	Hacienda Coroico Viejo (La Paz)	60, 000	--	Santiago de Querejazu	1778
5	Casa de Surco	No tasada	--	Thomas de Querejazu	--
6	Casa antigua de Francisco Álvarez	15, 050	Joseph Rojas	Antonio Hermenegildo de Querejazu	1784
7	Casa grande familiar en la esquina de San Joseph	80, 000	María Soloaga	Antonio de Querejazu y Uribe	1729

Fuente: AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 21-617 s/f.

La familia Gutiérrez de Cosío, al igual que los Querejazu, tenían grandes propiedades de tierras que permitió a sus descendientes vivir de la renta. En 1761, Pedro Gutiérrez de Cosío poseía una estancia llamada *Nuestra Señora del Rosario de Cochabamba*; estaba ubicada en la provincia de Yauchos; tenía como jurisdicción los pastizales de Pomahuasi, Huamancala, Pirara, Challuacocha, Atauracocha y Hollamachay; y era administrada por Joseph María Romarante. Sabemos de esta propiedad por un litigio que nuestro personaje mantuvo contra Catalina de Naveda y sus hijos, poseedores de la estancia *Acuaco* en Jauja, quienes supuestamente invadieron la posesión del primero⁹⁸. El pleito no pudo ser resuelto por la autoridad local, y el caso fue derivado a la Real Audiencia, donde José de Tagle Bracho (hijo) actuaba como oidor. La relación entre los Gutiérrez Cosío y los Tagle Bracho siempre fue íntima, de hecho, los patriarcas de ambas familias eran miembros de la misma red política. Así, la amistad era efectiva porque cuando uno ocupaba un puesto en la administración podía ayudar a un amigo o pariente; por ello, Tagle Bracho no dudó en ordenar el desalojo de los Naveda. El encargado de aplicar esta medida fue el corregidor de Yauchos, Joseph de la Peña, quien también era un actor político. Sánchez argumenta que en la formación de redes políticas y circuitos comerciales era importante la colocación y auspicio de allegados y amigos como corregidores de los espacios

⁹⁷ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 21-617 s/f.

⁹⁸ AGN, Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 32, Exp. 194, 1761.

donde se tenía negocios con el objetivo de controlar las actividades mercantiles (1999: 36). Así, los corregidores eran aliados naturales que facilitaron los negocios de muchos de nuestros personajes.

¿Qué tipo de actividad practicaban en estas propiedades? Aunque en la época los términos “hacienda” y “estancia” no tenían límites conceptuales, sí existía una diferencia sustancial; la primera tenía un capital invertido en fuerzas productivas como hombres y molinos, mientras la segunda solo se limitaba a aprovechar lo que la tierra brindaba como los pastos; es decir, mientras una se dedicaba al trabajo agrícola, la otra practicaba el pastoreo o ganadería (Burga 1976: 106-109; Chevalier 1976: 212; Nickel 1996: 66-68). La mayoría de estudios sobre la hacienda colonial han demostrado que las propiedades agrícolas pertenecían a las instituciones religiosas, mientras las dedicadas al pastoreo pertenecían a privados, estructura que se mantuvo incluso muy entrado el siglo XVIII. Lo anterior no puede generalizarse, pero sí queda claro que la mayoría de las propiedades rurales de nuestros comerciantes estaban orientadas a la actividad estanciera. La estancia *Cochas* del II conde de San Isidro tenía pastizales para el rebaño y no áreas de cultivo, de ahí el conflicto descrito, pues se adujo que el rebaño de los Naveda consumía los pastizales de *Cochas*, denuncias que fueron recurrentes hasta el primer cuarto del siglo XIX. En la época, Isidro Cortázar y Abarca, jefe de la familia, decía que su estancia se dedicaba a la crianza de ganado lanar⁹⁹. Sin embargo, los Gutiérrez de Cosío también poseían haciendas agrícolas, una se ubicaba entre los valles de Magdalena, la vieja, y los actuales distritos de San Isidro y Miraflores, donde se cultivaban frutales, algodón y productos de pan llevar (Bacacorso 1999: 127). Otras propiedades que poseían como la hacienda *San Gerónimo* en Arequipa, la estancia *Guatica* y la misma estancia *Cochas* finalmente fueron dadas en arrendamiento, y generaban cada una 3, 150, 2, 200 y 3, 200 pesos al año; la mejor valorizada era la primera, pues estaba tasada en 66, 225 pesos y la casa huerta colindante valía 900 pesos¹⁰⁰.

Sucedió lo mismo con la familia Querejazu, pues *Atocsayco* era una estancia como lo demuestra la tasación que se realizó en 1748; entonces tenía 46, 000 cabezas de ganado y contaba con veinte indios operarios; en 1793, la relación de operarios y pastores yanaconas seguía siendo la misma¹⁰¹. Si el capital humano disponible no varió en un intervalo considerable de tiempo se debía a que los trabajos dedicados a la estancia eran menos complejos y demandaban poca mano de obra. El caso argentino ha demostrado que la estancia, a diferencia de la hacienda agrícola, necesitaba menos trabajadores, pues el cuidado del rebaño no demandaba los procesos productivos del agro como la preparación de la tierra, siembra, regadío y cosecha, ya que el ganado se dispersaba por los campos, se alimentaba y reproducía solo,

⁹⁹ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 33-917, 1823.

¹⁰⁰ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 35-980, 1834; D.1. 35-981, 1836.

¹⁰¹ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 21-593, 1793.

bastaba con vigilarlos, y solo en determinados periodos se necesitaba más trabajadores de los que se poseía, sobre todo, para la obtención de lana, pieles y carnes (Giberti 1970: 45 y 52). *Atocsayco* además solo tenía caballos, mulas, arrobas de sal (para la conservación de la carne) y maíz (para la alimentación de los pocos trabajadores). Aun así, la estancia podía recibir capitales y mejorarse; algunos dueños ampliaban el espacio del pastoreo y a veces introducían maquinaria; asimismo, en los contratos de arrendamientos se establecía que el arrendatario debía mejorar el capital productivo de la propiedad. Por ejemplo, sabemos que Antonio Hermenegildo compró por remate público unos pastos al pueblo de indios Hondores y con ello agrandó su estancia; asimismo, los habitantes de aquel pueblo se convirtieron en operarios y pastaban el ganado de nuestro personaje; guardaban una sumisión por Antonio Hermenegildo, con quien se forjó una relación paternalista evidenciada en las cartas que los indios del lugar escribían como Pedro Usca, quien relató los malos tratos que sufrían por parte del administrador del lugar, por ello pedía protección como “pobres hijos”¹⁰².

Maravall menciona que cuando los comerciantes burgueses ingresaban a los circuitos de apropiación de tierras cambiaban las relaciones sociales y productivas; pues la tierra dejaba de ser vista solo como un espacio de cultivo del que se vivía, y más bien se le entendía como un bien que podía ser explotado a fin de obtener dinero y renta (T. II 1986: 36). Nuestros personajes obtuvieron réditos de sus propiedades rurales de dos formas: primero, trabajándolas ellos mismos; y segundo; obteniendo rentas a partir de arrendamientos mediante contratos los cuales disponían el tiempo, los intereses y las obligaciones de mejora del bien. Francisco Rodríguez era arrendatario de *Atocsayco* y pagó desde 1763 hasta su muerte 12, 864 pesos; criaba carneros y llegó a tener en la estancia ocho mil de ellos que estaban valorizados en 11, 499 pesos¹⁰³. En 1778 Santiago de Querejazu dio en arriendo la hacienda *Coroico Viejo* por doce años, tiempo en el cual el arrendatario Diego de la Riva debía pagar 3, 500 pesos cada año, y además se comprometió en introducir mejoras en la propiedad, que luego beneficiarían al propietario. Y en 1804, Agustín de Querejazu nuevamente dio en arriendo *Atocsayco* a Vicente de los Ríos por 3, 180 pesos al año. Con todo ese capital ganado, la familia conseguía más propiedades; por ello en 1777 José de Querejazu compró la chacra *Zavala* por 65, 000 pesos; la misma que luego se llamaría “Hacienda Querejazu” (Flores-Zúñiga 2015: 761).

Los albaceazgos también garantizaron que nuestros personajes se adueñaran de algunas propiedades inmuebles; por ejemplo, las chacras y casas que Antonio de Querejazu administraba, y eran de Francisco Carrasco, terminaron como parte de su patrimonio familiar y fueron otorgadas en arriendos; una de ellas fue una casa que estaba en la calle de la iglesia de la Santísima Trinidad, fue alquilada a Martín Bueno por 336 pesos, y en 1751 el inmueble estaba valorizado en 35, 000 pesos. También Isidro Gutiérrez de Cosío, en calidad de albacea, se

¹⁰² AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1 21-590, 1761-1804.

¹⁰³ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 21-590, 1761-1804.

apropió de las casas de Antonio de Soto, y ganó por su arriendo 4, 000 pesos¹⁰⁴. Como vemos, nuestros personajes, de un modo u otro, llegaron a tener como propiedades familiares varias haciendas y estancias, pero no fueron los únicos claro está; otros miembros de su círculo íntimo también poseían propiedades rurales, lo que indica que era una característica común del grupo social al que pertenecían¹⁰⁵.

1.4.6. Las capellanías

Las capellanías en la sociedad virreinal cumplieron funciones no solo espirituales sino también económicas. Una capellanía fue una fundación eclesiástica o secular que tenía como finalidad asegurar de manera permanente un número de sufragios por el alma de una persona que dispusiese el fundador; por ello, para asegurar la supervivencia de una capellanía se le dotaba de bienes materiales, que luego se invertían para facilitar una renta con la que se mantenía el capellán como los beneficiados (Martínez López-Cano 1998: 191; Castro, Calvo y Granado 2007: 36). Los términos en los que se establecía una capellanía tanto el monto, las obligaciones del capellán, los bienes sobre los que se imponía la fundación, los días y lugares de misas eran determinados por el fundador de la misma (Won Wobeser 1998; 1996). Por ejemplo, en 1724 Ángel Calderón solicitó que de las rentas de unas propiedades que donaba a la cofradía del Rosario del Callao se dijese misas por su alma y la de su tío; Juan Bautista Palacios Balsategui dispuso que el capital que se obtuviese de la venta de sus haciendas se invirtiese en bienes para establecer capellanías que beneficiarían a los hijos de su primo Antonio Hermenegildo, Manuel y Joseph¹⁰⁶. Miguel de Echevarría fue quien más recurrió a esta forma de capitalización, ya que este recurso brindaba un seguro de renta, por ello decidió proteger su caudal y establecer capellanías en favor de sus hijos Vicente y Mariano.

¿Cuál fue el mecanismo? Por lo general, en las disposiciones testamentarias se mandaba a los albaceas que tomasen de los bienes del difunto la cantidad necesaria para invertirla en bienes seguros con el fin de ganar réditos con los cuales se mantendría a los beneficiados de la capellanía (Quiroz 1998: 231). Así lo hizo Miguel, quien invirtió su dinero en capellanías

¹⁰⁴ AGN, Escribanía Sigo XVIII, Antonio Fernández Montañón, N° 427, 1711, f. 519; AAL, Censos, Leg. XIX, Exp. 25, 1723/1733; Leg. XX, Exp. 44, 1735

¹⁰⁵ Diego de Santa Cruz, conde de San Juan de Lurigancho y yerno de Antonio Hermenegildo, era propietario de las chacras *Caudivilla* (Carabayllo), *Conde de Lurigancho* y *Ascarruns*; los hermanos Juan Joseph y Gaspar de la Puente Ibáñez eran dueños del trapiche *El Naranjal* en Carabayllo, y de las chacras *Cacahuasi* y *Platanar* en Surco; Pedro Bravo de Rivero era señor de la chacra *Monte Mogollón* y apoderado de *Sapan*; Domingo Oyague y Beingolea poseía la chacra *Oyague*; y los Ayesta eran dueños de las chacras *Arostegui*, *Pomalca* (Chiclayo) y *Navarrete* (Magdalena) (Vega de Cáceres 1996: 149-156). A su vez, Lorenzo de la Puente y su esposa Mariana de Ibáñez poseían una chacra llamada de los “marqueses de Corpa” que se encontraba en el valle de Magdalena; Joseph Tagle Bracho era posesionario de las chacras *La Pólvora* y *Vega*, esta última en Lurigancho; Diego Carrillo de Presa tenía la chacra de *La Legua*, que luego heredó su hermana Isabel; Juan de Beytia era dueño de la chacra llamada *Beytia*, *San Félix de Valois* o *Concha* en el valle de Maranga; etcétera (Flores-Zúñiga 2015: 268, 300, 324, 447, 759).

¹⁰⁶ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 18-493, 1741; D.I. 19-523, 1764.

impuestas sobre varias casas, fincas y chacras que generaban rentas seguras y beneficiaban a sus hijos, quienes fueron nombrados capellanes aun siendo menores de edad; esto gracias a las maniobras de su padre¹⁰⁷. Von Wobeser argumenta que independientemente de la función religiosa de las capellanías, estas fueron utilizadas para dotar a los hijos y familia de un medio de vida seguro a través de las rentas (1998: 121). En algunos casos ese dinero se tomaba para que el beneficiado siguiera una carrera religiosa, pues para ser ordenado en el estado sacerdotal el aspirante debía demostrar que gozaba de rentas suficientes para su manutención (Muñoz 1998: 164); por ejemplo, Ángel Calderón mandó que se extrajese 4, 000 pesos de sus bienes y se invirtieran en una capellanía que generaría rentas para cubrir los gastos de su sobrina Berta de Castro, quien era religiosa del monasterio de Santa Clara.

Cuadro 7

Aniversarios y capellanías declaradas por Antonio Hermenegildo de Querejazu, 1817					
	Tipo de Buena memoria	Fundador	Monto	Propiedad	Misas al año
1	Capellanía	Gabriela Lobatón	12, 000	Hacienda Cóndor	90
2	Capellanía	Juan Bautista Palacios B.	14, 500	Hacienda Cóndor	87
3	Capellanía	Tomas de Querejazu	10, 000	Hacienda Cóndor	75
4	Aniversario	Antonio de Querejazu	--	Casa frente a la plaza de la Inquisición	20
5	Capellanía	Antonio de Querejazu	8, 000	Casa palacio familiar	60
6	Capellanía	Francisco Javier Querejazu	12, 000	Casa principal (2, 500), Casa familiar (1, 500), Chacra Parral (8, 000)	90
7	Capellanía	Domingo Silvano Luján	8, 000	Estancia en Jaén	68
8	Aniversario	Constanza de la Puente y Querejazu	10, 000	Hacienda de Coroyco y San Juan de la Miel	12
9	Aniversario	--	10, 000	Estancia de Atocsayco	--
10	Aniversario	Pariente Querejazu	170.55	Tribunal del Consulado	--
11	Aniversario	Pariente Querejazu	170.55	Tribunal del Consulado	25
12	Aniversario	José de Querejazu	11, 543	Casa en la calle San José	25
13	Aniversario	José de Querejazu	10, 500	--	20

Fuente: AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 21-616, 1817.

Antonio de Querejazu también estableció una capellanía sobre una casa que tenía en la plazuela de las jesuitas; la propiedad estaba arrendada y la renta que generaba servía para dotar de capital a su familia, tanto hijos como nietos¹⁰⁸. En resumen, la capellanía impuesta sobre una propiedad beneficiaba a la familia con renta y aseguraba las misas por las almas de los parientes fallecidos, y esto se cumplía perpetuamente. Francisco Xavier, hijo del anterior, también dejó 12, 000 pesos para que se invirtiese en un bien y se fundase una capellanía; esto se consiguió en 1751 cuando se compró una finca que generaba 2, 000 pesos de renta¹⁰⁹. Todas estas capellanías

¹⁰⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1001, 1750, f. 1007v.

¹⁰⁸ AGN, Escribanía siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 388, 1751, f. 1973.

¹⁰⁹ AGN, Escribanía siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 388, 1751, f. 1973; AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 18-496, 1751

eran conocidas como “de sangre”, es decir, aquellas de cuyo beneficio vivían los parientes de fundador, muy distintas fueron las capellanías que no eran de sangre que eran consideradas como propiedad clerical (Costeloe 1967).

Las capellanías también podían establecerse de mancomún acuerdo entre dos particulares como lo hizo Miguel de Echevarría, quien fundó varias capellanías junto a sus socios Francisco Antonio de la Fuente y Joseph de la Peña Montenegro, las mismas que se impusieron sobre chacras de Lurigancho y tenían como beneficiado el hijo de nuestro personaje. La capellanía no se agotaba con la muerte del primer capellán, sino se transmitía a lo largo de muchas generaciones, esto garantizaba que los fundadores gozaran de las misas de forma perpetua, sin embargo, en muchos casos, este vínculo podía pasar a personas fuera del círculo familiar si así lo deseaba el último beneficiado; por ejemplo, Miguel de Echevarría declaró que su hijo Vicente fue favorecido con una capellanía fundada por Baltasar Soriano, y Mariano era capellán de una fundada por Andrés Flores¹¹⁰. En resumen, la capellanía sirvió para asegurar a la familia; era una forma de obtener ingresos y vivir de las diversas rentas que se obtenían. Nuestros comerciantes, verdaderos empresarios, en algún momento decidieron invertir en la adquisición de propiedades y obtener beneficios del simple arriendo; a su vez, promovieron que la descendencia familiar abandonara los negocios del comercio y se asentase como una estirpe aristocrática con integrantes posicionados en la administración virreinal a semejanza de las hidalgas familias peninsulares de la época.

1.4.7. El comercio y las compañías comerciales

El comercio fue la principal actividad de nuestros personajes, y para hacerla más eficiente no dudaron en formar compañías comerciales, que no solo evidencian el empoderamiento económico, sino también la existencia de vínculos y jerarquías sociales entre sus miembros. Una de estas asociaciones fue formada por Pedro de Murga Suazo y Diego Durán en 1713; contaba con un capital inicial de 25, 385 pesos que sirvieron para comprar “ropa de Castilla y de la tierra”; y los socios se establecieron en diferentes puntos, el primero permaneció en Lima, el segundo residió en Santiago (Schlupmann 2006: 25). Como señala Braudel, una red mercantil demandaba que los comerciantes, agentes e individuos se situaran en varios puntos del circuito comercial para favorecer las transacciones económicas (1984: 119).

En el caso peruano, usualmente los socios se situaban en puntos estratégicos como Panamá y Santiago. Por ejemplo, la compañía comercial de los Calderón tenía como puntos de contactos a Juan Francisco Barros en Santiago, Ángel Ventura en Panamá, y en Lima se encontraba Ángel Calderón. Armando de Ramón señala que esta disposición estratégica era

¹¹⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1001, 1750, f. 1007v.

común a fines del siglo XVII. Esto se debía a que en la época, el rey destinaba una partida para los ejércitos de Chile que iba a la Caja de Lima, pero esta institución no tenía capital para comprar los géneros que debían enviarse, por lo que los comerciantes aprovechaban y enviaban de sus tiendas los productos demandados y cuando los caudales llegaban de Potosí cobraban el valor de lo vendido; gracias a este sistema, se enriquecieron muchos personajes como Francisco de Oyague, Ximenes Vela de Lara y nuestro Cristóbal Calderón (1978: 164). Cuando en 1688 se modificó este procedimiento y la partida de dinero iba de Potosí directamente a Chile, los comerciantes limeños no perdieron la oportunidad e instalaron sus tiendas en el reino sureño, de ahí la necesidad de formar compañías comerciales con contactos y redes en Santiago.

Ilustración 4



Redes comerciales entre Lima y otras ciudades importantes

Fuente: Adrian Pearce (2014)

Las compañías comerciales permitían la disminución o eliminación de los costos de las transacciones comerciales; a su vez, la disposición de un socio en algún punto estratégico

permitía obtener información previa, negociar contratos y otorgaba seguridad al momento de financiar una operación (Lluch 1999: 94). Ángel Ventura asumió la compañía familiar y mantuvo a Juan Francisco como su contacto en Santiago, quien enviaba las mercaderías e información; a su vez, un nuevo socio como Juan Caballero ubicó su residencia en el Callao para gestionar la recepción y envío de mercaderías; asimismo, las depositaba en las bodegas; por último, nuestro personaje desde Lima coordinaba los negocios, participaba en el Consulado y atendía los asuntos políticos¹¹¹. Este tipo de asociaciones originadas en las redes políticas se basaban, sobre todo, en la confianza y lealtad de los implicados; por ello, entre los personajes descritos era necesario no solo relaciones económicas. En efecto, Juan Caballero Marchena¹¹² y Ángel Ventura compartieron muchos espacios en común; ambos viajaron juntos a Portobelo en 1726 como lo demuestra una relación de comerciantes que viajaron a Panamá¹¹³; asimismo, tenían una misma devoción, pues ambos fueron activos hermanos de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, el primero del Callao, y el segundo de Lima, incluso, fueron mayordomos de sus respectivas congregaciones casi al mismo tiempo¹¹⁴. Es decir, existían coincidencias comerciales y espirituales que permitieron que nuestros personajes se relacionaran. Por otro lado, Juan Francisco Barros era un antiguo socio de su tío Ángel, a quien aún debía 15, 000 pesos. Los Calderón no fueron los únicos que establecieron este tipo de compañías, pues conocemos que hubo una fructífera asociación entre Juan Bautista de Palacios y Juan de Beytia y Aguirre, ambos eran parientes políticos, amigos y cohermanos, pertenecientes a la misma red política, y juntos compraron navíos para fortalecer su empresa en el comercio mayorista y contactarse con puntos estratégicos como Panamá, Santiago y Guayaquil, desde donde transportaban madera.

¿Qué comerciaban nuestros personajes? Según Lamikiz, se embarcaba a América principalmente manufacturas como “ropas”, incluso, este bien representaba el 94 por ciento del valor de total de mercancías exportadas al Perú (2007: 238). Sin embargo, el comercio real y cotidiano iba más allá de las armadas; de hecho, en el siglo XVIII estas fueron pocas (siete entre 1691 y 1739), por lo que hubo navíos sueltos, contrabando y transacciones directas realizadas en todo el territorio americano, aprovechando las redes de contacto que se mantenían en el mercado interno y externo. A partir del estudio de los bienes muebles declarados en los inventarios de propiedades podemos comprobar que nuestros personajes poseían utensilios provenientes de un mercado internacional que incluyó países como Francia, Inglaterra, Italia, China, entre otros. Las escrituras notariales nos ayudan a conocer qué géneros traían y llevaban a través del Atlántico nuestros comerciantes; por ejemplo, Isidro Gutiérrez de Cosío, durante su

¹¹¹ AGN, Real Audiencia, Causas civiles, Leg. 63, Cuad. 454, 1729.

¹¹² Hijo de Juan Caballero y Josepha de Pinedo, ambos naturales del Callao; llegó a tener tres hijos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Alejo Meléndez de Arce, N° 703, 1734, f. 28)

¹¹³ AGN, Tribunal del Consulado, Gremios, Leg. 122, Exp. 698, 1730.

¹¹⁴ AGN, Real Audiencia, Causas civiles, Leg. 65, Cuad. 492, 1730.

juventud, llevó a Francia y España artículos como cajoncitos, bandejas de plata de filigrana, estantes de libros, escribanías con tinteros, sellos, tenedores, platillos y en general platería¹¹⁵.

La relación de productos que desembarcaban en el Callao y se depositaban en las bodegas también nos permite conocer los distintos tipos de mercaderías que llegaban, por ejemplo, Juan Bautista de Palacios declaró tener un almacén donde depositaba madera, espejos, petates, damascos, perlas, brazaletes, hilos de perla, rosarios de azabache y camisas de Bretaña; muchas veces, la mercadería era tan excesiva que las bodegas no podían abarcarla y se disponía trasladarla a otros lugares, así lo decidió Juan Bautista cuando envió algunos productos a su fábrica en el barrio de San Lázaro¹¹⁶. Finalmente, la documentación del Consulado también nos ayuda a conocer los diferentes tipos de género que los comerciantes adquirían, en 1727 Lorenzo de la Puente, Juan López Molero y Francisco de Alday, con el objetivo de establecer impuestos a algunas mercaderías, elaboraron una relación de productos que llegaron desde Tierra Firme, los cuales fueron los siguientes:

Cuadro 8

Productos que vinieron en real armada declarados en 1727	
Origen	Mercancía
Castilla y Tierra Firme	Pimienta, papel, cera, cajones, ropero, baúles, barriles, espejos, escarapelas, espadas, azafrán, incienso, manufacturas, harina, peines, fierros, clavos, llantas para calesa
Chile y Paraguay	Cobre en barras, brea, azufre, tablas (Chiloe) y varias yerbas (Paraguay)
Otras costas	Brea en petaquilla, alquitrán, rosarios, pitas, cedros, palos (Brasil), petates, tocuyos, tabaco en polvo, pimienta, escritorios, ébano, brea colada, peines, mesas, suelas
Otros valles	Brea (Paíta), pabilo, colchas de algodón, frazadas, tabaco
Cuzco y Huamanga	Suelas, asientos de sillas, tocuyos
Guayaquil	Madera, cera, tabaco, cacao
Quito	Paños, bayetas, pitas, alfombras, cortinas para cama
Panamá	Madera, tabaco

Fuente: Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 5, Exp. 94, 1727

¹¹⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan de Avellán, N° 108, 1715, f. 1125v.

¹¹⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 434, 1713, f. 300.

1.4.8. Los esclavos

La posesión de esclavos era uno de los elementos que identificaba a las élites, pues decía mucho de la riqueza y el patrimonio personal¹¹⁷. A su vez, permitía que los amos descargaran sobre ellos el servicio básico y las tareas domésticas. En la época, los esclavos eran considerados una mercancía que provenía de las costas de África a través de un comercio internacional que incluía el Perú; como todo bien, tenía que revisarse ciertas características (como el físico) para determinar su precio final (Flores Galindo 1984: 98). Nuestros personajes poseyeron varios esclavos, señal de su riqueza, y como los consideraban su propiedad, los podían regalar, heredar, donar o liberar.

Cuadro 9

Posesión de esclavos domésticos						
Propietario	Esclavos	Edad 0-16	Edad 16-35	Edad 35 -	Sexo M	Sexo F
Antonio de Querejazu	14	2	12	--	6	8
Juan Bautista de Palacios	12	--	--	--	7	5
Pedro Gutiérrez de Cosio	20	4	13	3	11	9
Ángel Calderón Santibáñez	8	2	6	--	4	4
Miguel de Echevarría	12	3	9	--	7	5

Fuente: AGN, Escribanía Siglo XVIII (varios escribanos)

El anterior cuadro tiene limitaciones, ya que está basado en las disposiciones testamentarias e inventario de bienes, y nuestros personajes después de realizar estos documentos siguieron adquiriendo esclavos o muchos de los que tenían en su casa concebían o morían. Por ejemplo, Antonio de Querejazu en 1727 declaró tener 14 esclavos como parte de su propiedad, pero en 1729 su esclava María Josepha dio a luz a una niña llamada Mónica, quien fue esclava hasta los 16 años cuando se dispuso su libertad¹¹⁸. Entonces, el cuadro no brinda datos absolutos sobre la cantidad de esclavos que nuestros personajes llegaron a tener, ya que las condiciones biológicas (nacimientos y muertes) varían constantemente cualquier cifra; por el contrario, lo que presentamos es una muestra instantánea que permite aproximarnos a dos ideas; primero, la posesión de esclavos fue una señal de riqueza -aunque no la única-; y segundo, los esclavos realizaban, sobre todo, tareas domésticas.

En efecto, las mujeres esclavizadas se dedicaban a las tareas del hogar como realizar las compras, llevar el agua, encender y mantener el fuego, preparar la comida, lavar la ropa, limpiar

¹¹⁷ La consideración de la posesión de esclavos como señal irrevocable de estatus es una premisa cuestionada, en tanto la evidencia demuestra que no solo la élite tenía acceso al mercado de esclavitud, incluso, los mismos indios tenían como propiedad algunos esclavos. Aun así, la posesión de varios contingentes de estos hombres destinados al trabajo doméstico, los molinos, el comercio y las chacras sí evidencia que nuestros personajes poseían el suficiente caudal para adquirir, vender, comprar y donar a estos hombres.

¹¹⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 371, 1745, f. 330v.

la casa, etc. (Arrelucea 2012: 273 y 279); por su lado, los varones esclavizados se dedicaban, sobre todo, a manejar los coches. Sin embargo, los esclavos no solo se dedicaban a tareas propias del espacio doméstico, podían ser destinados a ayudar en el oficio del amo, por ejemplo, Miguel de Echevarría demandó que un mulatillo de nueve años llamado Mariano conociera el oficio de la navegación y lo envió a Panamá con su socio Silverio Banderas; y Juan Bautista de Palacios declaró que muchos de sus esclavos ayudaban como cargadores en el embarque y desembarque de mercancías, cuidaban los productos en los almacenes o puertos y trabajaban directamente en los barcos; por ejemplo, en el navío *San Francisco de Paula* nuestro personaje tenía veinte esclavos trabajando, y en el *Jesús, María y José* había catorce; todos estaban bajo la supervisión de un contralmirante que no dudaba en “corregirlos” severamente de ser necesario. Palacios también poseía muchos otros esclavos trabajando en sus molinos de pólvora en Malambo y San Lázaro, solo en el primer lugar había siete; incluso, algunos más trabajaban en su chacra en Miraflores, estos últimos de por sí bastante descuidados.

El valor de los esclavos variaba según los vaivenes del mercado; Bowser señala que el precio medio de un esclavo (hombre y mujer) entre 16 y 25 años era de 500 pesos (1977: 118). La revisión de la documentación constata que la mayoría de los esclavos comprados y vendidos oscilaban en esa edad y los precios eran semejantes. Así, nuestros personajes pudieron invertir hasta 6, 000 pesos solo en la adquisición de estos hombres esclavizados; una cifra nada insignificante, pero menor si la comparamos con su riqueza total; además, los esclavos no eran un gasto improductivo, por el contrario, su reproducción era aprovechada para aumentar el patrimonio personal. Si bien la compra de un esclavo dependía de los gustos del comprador, por lo general, se preferían características como la salud, docilidad, destreza en labores domésticas, incluso, la belleza de las esclavas jóvenes. La mayoría eran conseguidos en los mercados de Lima o el Callao, pero también podían comprarse en otros sitios; por ejemplo, Miguel de Echevarría compró un esclavo chala en Panamá; y Juan Francisco Barros le compró a Ángel Ventura Calderón doce esclavos de casta guinea en Chile¹¹⁹.

El acceso a estos otros mercados beneficiaba a los compradores, pues los precios eran menores. Por ejemplo, la compra de esos doce esclavos realizada por Barros en 1729 costó un total de 4, 260 pesos, es decir, a 385 pesos cada uno; un precio muy por debajo del mercado limeño que debido a la demanda se inflaba. Además, existían circunstancias que reducían el precio del esclavo; por ejemplo, los esclavos vendidos en estos otros puntos comerciales no estaban bautizados, y aunque estaban en edad productiva (entre 18 y 20 años) no tenían seguros de tacha, vicios y defectos como lo demandaba la ley comercial (Bowser 1977: 22); la mayoría eran bozales recién llegados de África y algunos eran “huidores”¹²⁰; asimismo, el pago por estos

¹¹⁹ AGN, Real Audiencia, Causas civiles, Leg. 63, Cuad. 454, 1729.

¹²⁰ En efecto, Antonio, de 18-20 años y de casta guinea, era el nombre de uno de esos doce esclavos comprados en Chile; cuando el barco realizó una parada en Panamá escapó, pero luego fue capturado y

esclavos eran al contado, a diferencia del método utilizada en Lima, donde podía pagarse en dos partes a lo largo de algunos años.

La obtención de esclavos en los mercados no fue la única forma para proveerse de ellos, también se les podía adquirir a partir de compras directas, transferencias, donaciones o regalos entre particulares. En el caso de la compra directa, el precio dependía del estado del esclavo, su edad o si tenían hijos recién nacidos; por ejemplo, en 1713 Juan Bautista Palacios vendió a Isabel de Aguilar su esclava María Manuela, quien tenía 30 años y un hijo de seis meses; si bien el niño se convertiría en un esclavo más, su madre se vería imposibilitada de cumplir las labores domésticas debido a su nuevo estado; aunque muchas de estas ventas apresuradas también se debía a la necesidad de los amos de deshacerse de sus faltas morales, pues la esclavitud estuvo acompañada de un sometimiento sexual ineludible; en cualquier caso, se le vendió en 300 pesos, un bajo precio que revela que urgía deshacerse de ella, pues el monto habitual era de 500 pesos, cantidad que pagó Miguel de Echevarría por una esclava criolla llamada Juana, también propiedad de Juan Bautista. Antonio de Querejazu también recurrió a esta modalidad; y en 1747 adquirió un esclavo llamado Bernardo, que era propiedad de Francisco de Salas¹²¹.

Los esclavos también podían ser obtenidos a partir de la transferencia de bienes estipulada por la dote o herencia; por ejemplo, sabemos que Antonio de Querejazu y Juana Agustina de Mollinedo recibieron como dote a dos esclavas jóvenes llamadas Pascuala, de 16 años, y Rosa, zamba de 10 años, hija de una esclava que pertenecía a Juana Valdez, abuela de la novia; la primera debido a su juventud y belleza valía 600 pesos y la segunda 450 (AGN, Colección Francisco Moreyra D.1. 17-476, 1776). La suerte de los esclavos estaba sellada a la muerte de sus propietarios; podían ser transferidos a algún heredero o eran vendidos en remate público y pasaban a un nuevo dueño. En los testamentos se dejaban disposiciones concretas sobre el destino de los esclavos; algunos servían a los familiares del difunto; otros eran vendidos; y algunos obtenían la libertad plena, pero también sometida a condiciones; por ejemplo, Juan Bautista Palacios Balsategui declaró en 1730 que transfería a la familia de su primo Antonio Hermenegildo de Querejazu dos esclavos llamados Domingo y María, esta última además tenía dos hijas y un pequeño varón; el primero serviría directamente a Antonio, y la segunda con sus hijos pasarían al servicio de Juana Agustina, hija del anterior¹²². Ángel Ventura Calderón y Lorenzo de la Puente Ibáñez también heredaron esclavos de sus familiares; él primero recibió de su tío Ángel dos esclavos llamados Marcelino y Marcos; y el segundo heredó hasta cuatro esclavos.

vendido a Juan Guerra, quien pagó 320 pesos. Antonio más tarde huyó de este terrible dueño, y pidió que se le reconociera como la legítima propiedad de nuestro Ángel Ventura Calderón. Esto inició un litigio que duraría cinco años (AGN, Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 63, Exp. 454, 1729).

¹²¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan de Avellán N° 108, 1715, f. 1134; Francisco Estacio Meléndez, N° 375, 1747, 687v.

¹²² AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 18-493, 1741.

Ilustración 5



Anónimo. Mulata (1785-1802)

Fuente: Archivo Digital del Museo de Arte de Lima (ARCHI)

La herencia de esclavos dispuesto por los testamentos, sobre todo, beneficiaba a las integrantes femeninas de la familia; por ejemplo, Mariana Ibáñez dispuso que su hija Constanza de la Puente y su nuera Lucia Carrillo de la Presa, esposa de Gaspar de la Puente, recibieran una esclava cada una; María Nieves del Pino heredó de su padre Pedro Benítez del Pino tres esclavos llamados Nicolás, Josepha y Agustina, hijos de una sirvienta antigua suya, a quienes cuidó como sus hijos; y María Francisca de Echevarría recibió de su padre Miguel una esclava bozal llamada María del Carmen¹²³. Cuando los dueños decidían que sus esclavos debían ser vendidos se especificaba el precio, por ejemplo, dos esclavos de Manuela Geldres llamados Martha y Antonio estaban tasados en 400 pesos cada uno¹²⁴. Por otro lado, los esclavos también podían ser regalados a un pariente, amigo o socio. Sabemos que Silverio Banderas envió como obsequio dos esclavos a los hijos de su socio Miguel de Echevarría. Asimismo, el propietario podía disponer que a su muerte los esclavos fuesen donados o transferidos a instituciones caritativas, esto con el fin de incrementar su naturaleza piadosa y redimir su alma. Van Deusen señala que estas donaciones eran un acto común de la beneficencia cristiana; de esta manera, algunos eran entregados a hospitales y conventos, pero otros estaban condicionados, en tanto su libertad dependía del trabajo en estas instituciones caritativas por un periodo específico (1999:

¹²³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Salvador G. de Portalanza N° 895, 1765, 68v.

¹²⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro Pérez de Cabañas N° 835, 1704, f. 236.

10). Nuestros personajes en sus testamentos dejaron bien claro estas disposiciones, pues deseaban que sus esclavos siguieran cumpliendo labores piadosas en nombre de ellos; así, en 1724 Ángel Calderón Santibáñez transfirió un mulatillo a la recoleta de San Francisco; y en 1727 Antonio de Querejazu dispuso que su esclava María Josepha se encargase de lavar ropa en la misma institución¹²⁵.

Muy tempranamente, Antonio construyó su imagen piadosa a partir de estas donaciones; ya en 1711 donó al Hospital de la Caridad una esclava llamada Ana María de 22 años y comprada en 700 pesos; a pesar de su edad ya estaba en cinta por lo que se dispuso que la susodicha trabajaría una vez diera luz y criase a su hijo durante año y medio¹²⁶. Turiso propone que el carácter filantrópico de muchos hombres de élite tenía como fin aumentar la celebridad social y la aceptación pública, pues eran determinantes al momento de acceder a empleos civiles y religiosos (2002: 236). Por otro lado, la benignidad de nuestros personajes también se demostraba cuando disponían la libertad de sus criados más fieles; aunque estas acciones no solo se explican por la generosidad del amo, sino porque cuando un esclavo llegaba a cierta edad se devaluaba como mercancía y generaban gastos. Antonio de Querejazu, Ángel Calderón, Miguel de Echevarría y Mariana Ibáñez liberaron a varios esclavos, algunos muy jóvenes, y otros con cierta edad avanzada; por lo general, para justificar estos actos se apelaba a la fidelidad o buenos servicios; incluso, algunos amos les dejaban algún dinero en herencia como hizo Manuela Geldres con tres esclavas¹²⁷.

Por último, la constante mención al estado de algunas esclavas que tenían hijos recién nacidos o estaban embarazadas demuestra la existencia de una interacción sexual a su alrededor, que incluía a sus amos, pues el sometimiento sexual a la que eran sometidas las jóvenes esclavas era ineludible; por ello llama la atención que muchas hayan sido vendidas rápidamente, incluso, con precios por debajo del mercado. Bowser menciona que era raro que las esclavas cambiaran de dueño rápidamente, pero la documentación muestra que esto fue constante, por lo que una explicación al margen de la economía y negocios debe tener lugar. Arrelucea se preguntaba ¿cómo era percibida por la esposa la unión sexual entre el amo y la esclava?, ya que los actos sexuales se daban en el espacio doméstico (2009: 28); a su vez, muchas esclavas vieron en el intercambio de favores sexuales un camino rápido y principal hacía la libertad, debido a que podían manumitirse a precios por debajo del mercado (McKinley 2010: 789). No es nuestra intención estudiar la tensión sexual entre el esclavo y el patrón, pero sí compete mencionar que estos comportamientos, aunque naturalizados dentro del espectro jerárquico de la época, podían generar situaciones de deshonor y escándalo, afectando el capital simbólico de nuestros

¹²⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Ojeda, N° 810, 1727, f. 474v.

¹²⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Fernández Montañón N° 427, 1711, f. 529v.

¹²⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 371, 1745, f. 229-229v; N° 375, 1747, f. 683; Francisco Fernández Pagán, N° 441, 1719, f. 305; Valentín de Torres Preziado N° 1061, 1767, f. 153v.

personajes por lo que la presión familiar debió condicionar a deshacerse de las esclavas que evocaban la infidelidad.

1.5. El estilo de vida

Si conocimos en el capítulo interior cómo nuestros personajes formaban su riqueza, nos interesa ahora saber cómo la gastaban; para ello, recurriremos a los testamentos, tasación de bienes y escrituras notariales para conocer los gastos que realizaron a lo largo de sus vidas, ya que como manifiesta Rizo-Patrón, la importancia de una familia de élite dependía de la cantidad de bienes, cargos y educación a la que llegaban acceder sus miembros (2000: 78). Así, una de las características del estilo de vida de nuestros personajes fue el consumo y la ostentación, aunque esto tenían que ir de la mano con cierta racionalización de los gastos, pues el sentido del ahorro e inversión era una señal de los buenos administradores (Sombart 1979: 117-119). Entre los gastos considerados necesarios se encontraban aquellos que demandaba un tipo de vida cortesana y aristócrata. En efecto, los miembros de la élite local y los emergentes comerciantes debían demostrar su capacidad de vivir de manera noble; de ahí, la importancia de la apariencia, el comportamiento, la vestimenta y el hábitat, pues reflejaban el ideal hidalgo que se deseaba proyectar; en fin, lo que se promovió fue una cultura de las apariencias a través de la cual se mostraba el nivel social, honor y riqueza (Valenzuela 2001: 64; Maravall 1986: T. II: 414). En la época, el honor no era una fama individual, sino una estamental; por lo que era reclamada por la alta capa de la sociedad, quienes recurrían a la ascendencia, el linaje y la apariencia pública que los distinguía de los viles (Büschges 1997). Nuestros personajes conocían estos códigos culturales, por ello no dudaron en invertir su riqueza en un estilo de vida que evidenciara su estatus social.

Uno de los elementos básicos que establecía las diferencias sociales fue el vestido. Antonio de Ulloa afirmaba que en la época los nobles vestían con “mucha ostentación” y que gastaban dispendiosamente en estos artículos (1990: 71). El vestido en Lima era caro, suntuoso e informaba de las calidades de los individuos. Lamentablemente hay pocos estudios sobre el tema, pero los retratos de algunas familias de la época nos ayudan a entender cómo vestían los aristócratas. Según Estabridis, las pinturas de Antonio de Querejazu y Juana Agustina de Mollinedo revelan la moda de la época de Felipe V, caracterizada por el uso de trajes oscuros, guantes, sombreros, vestidos rameados en oro, puños de encaje, abanicos y joyas; todos elementos comunes en los retratos de la élite de la primera mitad del siglo XVIII (2003: 163-168). Los inventarios de bienes también indican el uso de diversas prendas de vestir de la época; por ejemplo, Ángel Calderón poseía casacas bordeadas de oro y casacas de paño de castor. La indumentaria se usaba, rehusaba y se transmitía a las generaciones más jóvenes, por ello no era incluida en las tasaciones, de ahí la dificultad de conocer el precio de estos bienes, aunque como

señala Gonzalbo, debían incluirse como criterios las fluctuaciones del mercado, las modas y los afectos (2009: 210). Asimismo, el calendario litúrgico de fiestas obligaba que los miembros más encumbrados de la sociedad participaran en celebraciones, bailes, rituales, misas, procesiones, paseos o diversiones; en estos escenarios, la vestimenta no solo proporcionaba comodidad y abrigo, sino también estatus (Gonzalbo 2009: 257; Ulloa 1990: 76). En conclusión, la ropa fue un indicador de la categoría social, pues marcaba las diferencias entre los grupos sociales a partir de lo que uno podía vestir.

Elías señalaba que otro instrumento de diferenciación social fue la residencia (1982: 87). Similar consideración propuso Turiso, para quien la casa de la élite limeña reproducía la sociedad del prestigio y honor de la época, por ello, se recurrió a elementos de lujo como la piedra para construir grandes palacios familiares y conseguir en la apariencia externa un elemento de diferencia social, al mismo tiempo que dejaban en evidencia su buena posición económica (2002: 39-40). Las casas familiares de nuestros personajes seguían esta lógica, pues tan necesario como vestirse fue elegir el lugar donde vivir. En los inicios, las viviendas más preeminentes estaban ubicadas en los solares que circundaban la plaza mayor, pero con el tiempo, el espacio se volvió un centro de comercio, bodegueros y buhoneros, por lo que muchos hombres de élite buscaron otros espacios para vivir, generalmente frente a iglesias (Valenzuela 2001: 70). Juan Bautista de Palacios inicialmente vivió en una casa ubicada al costado de la capilla de Nuestra Señora del Milagro (San Francisco) en el actual jirón Ancash; más adelante se mudó al barrio de San Marcelo cerca del monasterio de las Nazarenas; luego esta residencia recibiría del marqués de Castelfuerte una merced de media paja de agua¹²⁸. Nuestro personaje tenía como vecinos al oidor Miguel Núñez de Sanabria y Gabriela de Azaña, esposa de Tomas de Mollinedo, ya que se asumía que vivir cerca de una personalidad proyectaba estatus. Por otro lado, la vivienda de Juan Bautista debió ser enorme, pues la gran cantidad de agua que consumía ocasionó pleitos con las monjas nazarenas. La magnificencia de las casas era un signo distintivo de la élite como fue el caso del enorme palacio familiar de los Tagle Bracho, construido en 1735 sobre el solar del conde de Villaseñor, está ubicado en la calle frente a la iglesia de San Pedro, y actualmente alberga al ministerio de Relaciones Exteriores.

¹²⁸ AGN, Juzgado de Aguas, Cuad. 3.3.4.41, 1735.

Ilustraciones 6 y 7



Palacio del marqués de Torre Tagle (izquierda) y Casa Querejazu (derecha)

Fuente: David Pino (sitio web Lima, la Única)

Antonio de Querejazu también poseyó una casa en la plazuela frente a la iglesia jesuita, la compró en 1713 a 2, 000 pesos; también vivió hasta 1735 en una casa ubicada frente al monasterio de la Encarnación; pero ya en 1729 se hizo propietario de una enorme morada que debido a sus extensiones la llamaban “casa grande”, estaba ubicada en las esquinas de la calle San Joseph, y fue comprada en 66, 500 pesos a María Soloaga, hermana del arzobispo Antonio Soloaga¹²⁹. Todas las casas del periodo eran similares; poseían una planta agradable a la vista; estaban fabricadas de bajareques y quincha, y estaban adornadas con balcones, ventanas a la calle, y además poseían amplios patios, salas de recibir y bibliotecas, todo esto en concordancia con la idea de “casa de calidad” sugerida por Gonzalbo (2009. 215-216; Ulloa 1990: 44). Asimismo, la élite mercantil peruana no tenía la costumbre de poseer una “casa de campo”, muy difundida en Europa; las viviendas rurales que poseían no tenían fines vacacionales, solo la casa que Thomas de Querejazu poseía en el valle de Surco parece cumplir con una naturaleza recreativa, aunque estaba bastante abandonada¹³⁰.

Como la élite pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad, sus gastos en la mantención de las casas familiares eran excesivos, pues la vivienda no solo albergaba a la familiar nuclear, sino también a varias ramas familiares (Burke 1996: 118). Los Querejazu

¹²⁹ AAL, Censos, Leg. XVIII, Exp. 13, 1713; AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 21-617 y 618, s/f; y D.1. 17-470, 1735.

¹³⁰ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 21-617, s/f.

declaraban que en su “casa morada” convivía la mayoría de su linaje, por ello las residencias eran enormes, pues debían albergar la mayor cantidad de personas posible. Con el mismo objetivo, Ángel Ventura Calderón inició la construcción de una nueva planta sobre su vivienda alegando que necesitaba mayor espacio para congregarse, sin inconveniente, a sus familiares¹³¹. Sin embargo, no solo importaba las dimensiones de la vivienda, sino los mobiliarios de los que gozaba, porque la reputación y buen nombre de la familia dependía del lujo y boato en el que se vivía, de ahí la importancia del gasto dispendioso, que en ciertas ocasiones fue considerado un deber entre los titulares de cargos políticos (Sombart 1979: 120; Burke 1996: 114). Así, el consumo fue una herramienta que ponía a prueba el estatus y prestigio de las familias privilegiadas, quienes estaban obligadas a realizar enormes gastos en banquetes, vestimentas, lujos y joyas. A partir de este mobiliario doméstico tenemos una visión más integral de las viviendas de nuestros personajes y de su estilo de vida, asimismo, el gasto en estos asuntos revela tendencias de consumo, costumbres urbanas, gustos y necesidades.

Según Burke, entre los símbolos de posición social, se encontraban los carruajes y caballos. En la época, los carruajes, calesas, coches y carretones eran usados para desplazarse por las calles, y aunque parecen designaciones para un mismo objeto no eran lo mismo. Según Ulloa, los coches eran los de mayor distinción, mientras las calesas tenían un menor costo (1990: 69). En las tasaciones de bienes figuran, sobre todo, las calesas, que según Bowser costaban aproximadamente 300 pesos, es decir, un precio inferior al de un esclavo, pero lo cierto fue que estos artefactos demandaban cortinas, caballos y un esclavo cochero; por ejemplo, Juan Bautista de Palacios poseía un coche con cuatro mulas, una berlina, dos calesas y dos caballos; Antonio de Querejazu declaró la posesión de una calesa grande con cortinas de paño azul y dos mulas; y Pedro Gutiérrez de Cosío tenía un coche nuevo con cortinas de damasco, un coche de cuatro ruedas con vidriera, una calesa nueva y un carretón viejo; poseía a su vez, siete parejas de mulas para los coches y dos mulas para las calesas¹³².

Nuestros personajes también gastaron sumas considerables en joyas. Ulloa afirmaba que la élite tenía por afición lucir rosarios, sortijas, cintillas de diamantes y pulseras de perlas; asimismo, los retratos exhiben que se usaban collares y anillos finísimos (1990: 75-76); según Estabridis, estas representaciones no eran ficticias, sino tenían correspondencia con la realidad, pues los testamentos e inventarios de bienes demuestran el constante uso de joyas hechas de oro, esmeraldas, perlas y diamantes. Sin embargo, como señala Rizo Patrón, estas alhajas no solo fueron adornos, sino también capitales de resguardo (2000: 135). Eran piezas del patrimonio familiar, por ello eran transferidas de generación en generación; debido a su elevado precio sí eran tasadas, aunque rara vez eran rematadas o vendidas, por el contrario, eran

¹³¹ AGN, Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 112, Exp. 949, 1750.

¹³² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Alejo Meléndez A., N° 702, 1734, f. 507; y Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1005, 1754, f. 207.

otorgadas o regaladas a un pariente; por ejemplo, Juana Agustina de Mollinedo recibió de su abuela materna una cadeneta de oro que valía 360 pesos, una sortija de oro con once diamantes que valía 250 pesos, un rosario de 40 pesos, y también perlas y diamantes que valían 1, 062 pesos¹³³. Antonio de Querejazu tenía una gran colección de pedrería evidenciando su gusto por estos bienes; en los documentos declaró la posesión de brazaletes con perlas, insignias y medallas de la orden de Santiago adornada con diamantes, esmeraldas, turquesas y perlas; asimismo, poseía botones y cadenas de oro, hilo de perlas, sarcillos, piedras persas, rubíes, zafiros, rosarios de perlas, etc¹³⁴. El gasto dispendioso en joyas era señal de la preocupación por la suntuosidad, pues estos bienes servían para enaltecer la figura del esplendor; más adelante, cuando Antonio se casó con Gabriela de Lobatón, se intensificó el consumo de estos bienes, ya en 1735 ambos poseían alhajas por el valor de 17, 858 pesos (Turiso 2002: 237). Cuando los hermanos de esta última reclamaron la devolución de una joya, Antonio alegó que no sabía cuál era, ya que sus alhajas se confundieron con las de Gabriela, pues poseían muchísimas¹³⁵.

Asimismo, Juan Bautista Palacios declaró que poseía alhajas hechas de diamantes, oro y esmeraldas; y Pedro Gutiérrez de Cosio también tenía una gran cantidad de joyas como brazaletes y botones de oro, y un fino ropaje adornado de valiosa pedrería como diamantes y oro¹³⁶. Finalmente, Isidro Gutiérrez de Cosio tenía una publicitada colección de pedrería preciosa, pues cuando en 1743 sucedió el robo del custodio de la iglesia agustina, la *Gazeta de Lima* no dudó en mencionar que nuestro personaje como notable de la ciudad, y para demostrar su poder y riqueza, donó 1, 124 diamantes de diversos tamaños para la confección de un nuevo custodio, un hecho que indicaba la gran posesión de estos bienes por parte de nuestro comerciante¹³⁷.

Si las joyas expresaban el lujo de nuestros personajes en el espacio público, la plata labrada buscaba el mismo fin, pero en el espacio doméstico. En efecto, nuestros personajes también invirtieron mucho dinero para construir una vida lujosa aún en la intimidad de la casa. La platería indica la afición por el gasto, pero también evidencia costumbres e incluso indicios de consumo, pues en los testamentos y tasación de bienes los objetos de plata más comunes fueron los utensilios del comedor; por ejemplo, Antonio de Querejazu declaró que poseía una gran cantidad de tenedores, cucharas, platos grandes, saleros, tazoneras, bandejas, cálices, enfriaderas, calentadores y una chocolatera, todos hechos de plata; por su parte, Ángel Calderón y Pedro Gutiérrez de Cosio poseían artículos de platería como ollas, cucharones, platillos, pastilleros, vasitos, etcétera. Los mismos fluidos corporales se depositaban en plata, pues

¹³³ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-476, 1776.

¹³⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Ojeda, N° 810, 1727, f. 469v

¹³⁵ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-473, 1735.

¹³⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 434, 1713, 300v; Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1005, 1754, f. 207.

¹³⁷ *Gazeta de Lima*, 1-11- 1743 hasta 18-01 1744.

existían bacinicas y escupideros labrados en ese material. En efecto, la platería dominaba el paisaje doméstico; los candelabros, las palanganas, los relojes, las mesitas, las piletas, sahumerios y otros objetos ornamentales estaban hechos de aquel metal. Según Sombart, estos gastos no eran necesarios, pero tampoco reprobables en tanto ayudaba a la exaltación de la dignidad, pues adornar el espacio donde uno vivía demostraba la calidad y el prestigio de una persona. Sin embargo, la platería aún tenía utilidades prácticas; en cambio, las pinturas y lienzos que embellecían el hogar solo tenían un fin ornamental. En efecto, las descripciones sobre la Lima del siglo XVIII evidencian que las casas estaban atiborradas de alhajas, espejos, plata labrada y lienzos que eran el “apetito de la vanidad” (Odriozola 1865)¹³⁸.

La cantidad de lienzos declarados en los testamentos y tasación de bienes es numerosa, la mayoría tenía motivos religiosos, pero también hubo pinturas de fondo histórico, paisajístico y no faltaban los retratos de la familia y los monarcas; por ejemplo, Antonio de Querejazu tenía una gran cantidad de pinturas gracias al regalo del obispo Manuel de Mollinedo, conocido por ser el mecenas de la vida artística en Cusco; poseía cuadros de los apóstoles, la virgen María, San Miguel, Nuestra Señora del Rosario, Santa Rosa, Nuestra Señora de la Asunción, San Nicolás, entre otros; Ángel Calderón poseía lienzos con las imágenes de la Purísima Concepción, San Juan Bautista, San Joseph, San Francisco Paula y del mismo Jesucristo, todas con marcos de plata; por su parte Juan Bautista de Palacios poseía pinturas de San Cristóbal, Nuestra Señora de la Piedad y la Virgen de Belén; asimismo, Pedro Gutiérrez de Cosío declaró la posesión de cuarenta y tres lienzos donde estaban representados los incas con sus mujeres y otros donde se representaba la conquista, una con la imagen de Carlos II, y otros que representaban a los doctores de la iglesia¹³⁹. Por supuesto, también fueron importante los retratos de la familia; sabemos que existían los de Antonio de Querejazu, su esposa Juana Agustina de Mollinedo, y sus hijos Tomas Mariano y Antonio Hermenegildo; Josepha de Santiago Concha, la esposa del anterior, y su padre Joseph de Santiago Concha también poseían los suyos; Juan Antonio y Joseph Tagle Bracho y la esposa de este último, Rosa Juliana Sánchez de Tagle, también fueron retratados; posiblemente los demás personajes de esta investigación tenían sus retratos, pero no los hemos podido ubicar. Por lo general, la realización de un retrato estaba reservada a personajes cuya relevancia social y política los hacía merecedores de la inmortalización; estos artefactos tenían como fin proyectar el prestigio personal y ostentar las personalidades (Francastel 1995: 152; Rodríguez 2001: 79).

Hubo otros bienes de lujo, ya que debido al comercio internacional y contrabando se tenía acceso a una gran cantidad de productos de diversa procedencia como la loza o porcelana; no faltaban estos artículos en la cocina, comedor o la sala principal y demostraban la conexión

¹³⁸ Los textos citados son: Anónimo, *Individual y verdadera relación de la extrema ruina que padeció la Ciudad de los Reyes* (...), p. 151; y Anónimo, *Desolación de la ciudad y diluvio del puerto del Callao* (...), p. 176.

¹³⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 433, 1712, 300v.

que se tenía con las mercancías de oriente, que desde el siglo XVII fueron muy comunes (Aizpuru 2009: 232). También hubo escritorios, canapés, vitrinas, sillas, taburetes, cojines, baúles, cornucopias, escribanías, damascos, hilos, cristales, guardarropas, frasqueras, petacas, paños, espaldones y estrados; todos estos bienes provenían de Cajamarca, Toledo, Panamá, Flandes, China, Francia e Inglaterra. El acceso a esta diversa mercancía demuestra que nuestros personajes tenían un importante papel en el comercio internacional y en el reparto de bienes de consumo local.

En cuanto a la educación, sabemos poco sobre el nivel de instrucción de nuestros personajes principales; parece poco probable que hayan asistido a alguna universidad española o americana, pues llegaron a una edad temprana y en Lima no se consta ninguna actividad instructiva; sin embargo, sí sabemos la afición por el mundo de intelectual de uno de ellos, Ángel Ventura Calderón. En efecto, fue amigo y mecenas de Pedro Peralta, uno de los letrados más influyentes de la primera mitad del siglo XVIII, quien además fue rector de la universidad de San Marcos (1715-1717) y asesor de muchos virreyes; por ello, cuando en 1730 publicó *Historia de España vindicada* (1730) agradeció la protección y respaldo económico de Ángel Ventura, incluso le dedicó el libro, distinción que compartió con el entonces príncipe Fernando. Asimismo, nuestro personaje escribió el texto introductorio de la obra, y en esas líneas se puede apreciar su interés por las letras, literatura e historia. De hecho, Peralta escribió un elocuente elogio donde alababa la personalidad, cualidades y virtudes artísticas de su joven mecenas, haciendo énfasis que, si bien no asistió a una escuela o centro de enseñanza superior, sí tenía indudables habilidades intelectuales y un ingenio natural, además de una prodigiosa memoria (Peralta 1730). El mismo Calderón participó en la Academia de Matemáticas y Elocuencia que Peralta fundó, espacio donde se lucían composiciones literarias, y era un símil a la antigua academia literaria del marqués de Castelflos (Sala I Vila 2004: 57; Riva Agüero 1965: 278-85; Lavalle 1891: 118). Ángel Ventura, entrenado en los versos, no dudó en publicar uno de sus primeros sonetos en memoria del duque de Parma (1728), y luego repitió la experiencia con un soneto laudatorio dedicado al mismo Peralta (1732; Odriozola 1863).

Los sonetos de Ángel Ventura demuestran su afición literaria, su ingenio en la composición, así como su conocimiento de los estilos literarios occidentales, pues el soneto fue la figura literaria favorita de los poetas castellanos hasta fines del siglo XVIII; no es extraña esta vinculación, pues él provenía de una de las tantas ramas de los Calderón españoles, de donde también provino el autor de *La vida es sueño*. Así, por ingenio nato, vinculación artística o herencia familiar nuestro comerciante era un representante de los hombres de élite aficionados a las letras. Más adelante, incluso, a la muerte de su tío Joseph de Cevallos, arzobispo de Lima, mandó a imprimir unas *Oraciones panegíricas* (1743) donde él mismo publicó algunas de sus composiciones (Medina 1966: 414). Esta afición literaria fue heredada por su hija Juana Manuela Calderón y Vadillo, cuyos talentos precoces para las letras eran muy conocidos;

conocía los idiomas occidentales y era versada en historia y poesía; Gaspar de Zevallos y Calderón, hijo de la anterior, también fue proclive a ese mundo, y de hecho tuvo formación académica, pues estudio teología y leyes en la universidad de San Marcos, donde fue catedrático (Mendiburu T. III 1932: 219). Las tendencias artísticas de Ángel Ventura fueron un caso excepcional, pues la mayoría de nuestros personajes se limitaron a los negocios y la actividad mercantil, sin embargo, ellos sí decidieron que la siguiente generación recibiese algún tipo de educación, un elemento clave para ubicar a los miembros de la familia en la administración virreinal.

-Esa, que ardiendo horrores, alta Pira,
Obelisco es de luces eminente,
Etna fatal a un tiempo, y resurgente,
Que llamas melancolías respira;
-Esa maquina excessa, que conspira
(encelado más noble, y más prudente)
Tropa, que escala fulgida y ardiente
El sacro Alcázar en que Jove gira
-Regio es Panteón, que erige a la memoria
Del héroe Farnesio esclarecido
El que del gran Filipo es fiel traslado
-Bien se vincula en el su augusta gloria
Pues de un sol a cenizas reducido
Un verdadero phenix ha formado (sic)

Soneto por el duque de Parma (1728)

Sabio ilustre Peralta, a quien la gloria
Inmortaliza ya el alto desvelo,
Pasándote de copiar a ser modelo
En las láminas vastas de la historia.
La obra en que obtienes inmortal victoria
De cuantos al Parnaso alzan el vuelo,
Hoy oscurece con heroico anhelo
De Homero y de Virgilio la memoria.
Si tercera entidad de entendimientos
Entre los hombres y ángeles se diera,
Parece que no se hallara en tus acentos:
Y á no estar visto en ti, imposible fuera
Creer que tan sublimes pensamientos
De lo humano cupiesen en la esfera.

Soneto de elogio a Peralta (1730)

Así, poco a poco se abandonó el comercio como principal actividad de los líderes familiares, quienes empezaron a vivir de las rentas y sueldos burocráticos; aunque aún mantenían a ciertos intermediarios y testaferros en las actividades del Consulado. Ejemplo de lo anterior fue la familia Querejazu, cuyo patriarca en Lima no tenía instrucción universitaria, pero sus hijos sí siguieron carreras intelectuales. Como señalamos previamente, los comerciantes exitosos no fomentaron que sus hijos siguieron sus pasos, por el contrario, “les daban carrera” a través de la educación. Los cuatro hermanos asistieron a los colegios reales de la ciudad y estudiaron leyes en la universidad de San Marcos; gracias a ello, Antonio Hermenegildo ingresó a la Audiencia, y Tomas Mariano consiguió un puesto de canónigo y en 1756 fue elegido rector de la universidad (*Gazeta de Lima*). Agustín y José de Querejazu, hijos del primero, también se dedicaron al mundo de las letras, y por ello en 1760 ambos compusieron versos fúnebres en honor al recién fallecido Fernando VI en 1760 (Medina T. II 1966: 533). La posesión de bibliotecas fue parte de este mundo intelectual, pues a mediados del siglo XVIII Lima se convirtió en un mercado libresco bastante activo (Guibovich 2013: 92). Así, las familias de élite demostraron su estatus y cultura letrada a partir de estantes donde se alojaban obras de filosofía, derecho, teología e historia; las mismas que fueron graficadas como símbolos de poder y prestigio en los retratos junto a sus posesionarios; por ejemplo, Tomas Mariano y Antonio

Hermenegildo tenían nutridas bibliotecas privadas. El consumo de estas obras también se evidencia en los intereses personales de José de Querejazu por leer obras prohibidas como lo demuestra la licencia que se le otorgó en 1786¹⁴⁰.

Para finalizar este apartado, importante en el estilo de vida de nuestros personajes fueron los blasones, pues eran los símbolos familiares que denotaban linaje y prestigio, ya que esta figura heráldica solo estaba al alcance de los miembros más encumbrados de la sociedad. De hecho, para pertenecer a una orden militar era necesario la prueba armera, que consistía en exhibir públicamente los escudos familiares en fachadas, capillas o pinturas (Otazu y Díaz 2008: 101). Tenemos la constancia que los personajes que llegaron asumir un título nobiliario como los Querejazu, Gutiérrez Cosío, Calderón y Tagle Bracho poseían estos escudos, no fue así en el caso de Juan Bautista de Palacios y Miguel de Echevarría. El blasón de los Querejazu se evidencia en el retrato del patriarca; tenía un árbol de sinople al centro, de fondo rojo (gules) y un jabalí; el blasón de los Gutiérrez Cosío tenía una torre donjonada de piedra ubicada entre dos árboles de sinople, cada una de ellas tenía la figura de un lobo, el fondo de gules estaba acompañada con cinco cabezas de serpiente (Cadenas López y Cadenas Vicent 1995: 180); este blasón – con leves diferencias – aún puede apreciarse en algunas construcciones en Cantabria. Por último, el blasón de los Calderón tenía cinco calderas de sable puestas en aspa, el fondo de gules estaba acompañado de ocho sotueres de oro. La obra genealógica de Felipe de Gandara menciona el origen de este escudo, pues según su autor, la familia procede de un muy antiguo linaje, siendo el conde de Vela Velásquez y Casa de Ayala y María de Espina los progenitores del primer Calderón, quien nació sin llorar, por ello la ama de casa creyéndolo muerto lo arrojó a un caldero, fue así cuando lloró y luego sería rescatado por su padre, quien en honor a este suceso lo llamó Calderón, de quien proviene el apellido, la estirpe y el blasón (1735: 4).

¹⁴⁰ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 22-651, 1786.

CAPÍTULO II

LAS COFRADÍAS DE ARÁNZAZU Y EL ROSARIO ESTRUCTURA, ECONOMÍA Y ESPIRITUALIDAD

*“Las voces del Rosario, son las voces
de la victoria”*

Sermón jesuita (¿S. XVII?)

En el capítulo anterior conocimos a los personajes principales de esta investigación, comerciantes que llegaron al Perú a fines del siglo XVII, y en la siguiente centuria trataron de ascender socialmente en un contexto condicionado por las primeras reformas borbónicas. También vimos como consiguieron formar su riqueza y poseer un estilo de vida de tipo aristocrático; sin embargo, como señala Rizo-Patrón, fue en el ejercicio del poder donde la élite tuvo su más grande símbolo de estatus (2000: 78). ¿Cómo ejercer poder en un contexto de transformaciones políticas? Nuestros personajes -como muchos otros- recurrieron a un ascenso social coordinado, que era posible por el faccionalismo presente en las corporaciones sociales que, como las cofradías, eran espacios de sociabilidad que favorecían la aparición de redes políticas capaces de promocionar a varios de sus miembros en las altas esferas de la sociedad. Entonces, nos corresponde ahora conocer el espacio en el cual nuestros personajes participaron, las cofradías, en concreto las de Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de Aránzazu.

Las cofradías han sido definidas, sobre todo, desde el ámbito religioso o económico, pocas veces se le ha visto como una institución política que permitía el empoderamiento de sus miembros. Una de las definiciones más consensuadas fue la propuesta por Walter Vega, quien afirmaba era una asociación laica con carácter cooperativista, cuyo objetivo primordial era la celebración del culto, y cuyos miembros accedían a una serie de beneficios (2005: 73)¹⁴¹. Esta definición tiene limitaciones, pues el autor solo se basaba en los fines legales y documentales que establecía toda cofradía en sus constituciones, y no se detenía en entender cómo la cofradía pudo ser utilizada por sus miembros como un vehículo de prestigio y un espacio para establecer redes clientelares. En ese sentido, pertenecer y dirigir una cofradía no solo otorgaba poder y prestigio, sino también creaba los mecanismos para seguir escalando en la jerarquía social; por ello, es importante aproximarnos no solo a los fines religiosos de la cofradía, pues hay mucho más que desentrañar (Paniagua 1995: 13).

¹⁴¹ El autor dos años antes compartía nuestra posición sobre la cofradía como un mecanismo de poder, más no citó referencias y tampoco desarrolló la idea; más adelante su definición de cofradía se limitó al aspecto religioso. Por otro lado, la historiografía española matiza la definición de cofradía, pues toma en cuenta su naturaleza cooperativista y como espacio de sociabilidad de las élites urbanas (Arias de Saavedra y López-Guadalupe 1998: 218; Benassar 2001: 92).

2.1. Las cofradías en América

La cofradía fue una corporación del mundo virreinal. Generalmente, a esta aparente institución secundaria de la sociedad colonial se le ha relegado el papel de una simple asociación religiosa despojada de toda connotación política. Cabe aclarar que hay una nutrida historiografía sobre las cofradías en Europa (con énfasis en España) y su posterior traslado a América. No es intención de esta investigación repetir aquellas premisas, sin embargo, creemos es necesario brindar algunas nociones generales; fuera de ello, en este capítulo nos dedicaremos, sobre todo, a las cofradías de Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de Aránzazu; solo cuando sea necesario comparar o brindar mayores ejemplos nos referiremos a otras hermandades. Las cofradías aparecieron en Europa durante la Edad Media como consecuencia del incremento de la devoción popular por los santos y la Virgen María en una época de crisis social, más adelante, diversos concilios eclesiásticos promovieron su erección, pues se adujo eran eficaces instrumentos de evangelización. En el siglo XVI el Papa las reglamentó y sus advocaciones más importantes fueron las del Santísimo Sacramento, la Virgen del Rosario y la Purísima Concepción; todas estas congregaciones dinamizaron el culto, pero también garantizaron la protección y solidaridad mutua.

Rápidamente, las cofradías en Europa se mezclaron con los gremios de artesanos debido a que ambas velaban por las prerrogativas laborales de sus miembros. Así, muchas hermandades determinaban en sus cartas fundacionales que un requisito para congregarse era la práctica de un mismo oficio, esto es a lo que se llamó “cofradías gremiales” (Benítez 1998: 24-26). Por supuesto, hubo muchos otros tipos de cofradías, evidenciando que la institución se asentó en España, puesto que permitía la organización interna de sus miembros, quienes no tardaron en mezclar sus actividades piadosas con los asuntos políticos¹⁴². Así, si esta naturaleza política se presentaba en cofradías gremiales, ¿qué sucedía con las cofradías compuesta por los miembros de élite?, ¿cuáles fueron los fines políticos que perseguían sus miembros? Como veremos en los siguientes capítulos estos fueron el empoderamiento y ascenso social.

En todo caso, la cofradía se importó a América de forma muy temprana, por ello fue necesario reglamentar su vida institucional. *Las Leyes de Indias* de 1542 ya habían establecido que su principal misión era el culto y la caridad¹⁴³. Y más adelante se crearon instituciones que observaron y ordenaron la vida práctica de las cofradías; estas fueron el Real Juzgado de Cofradías y el Juzgado de Testamentos, Cofradías y Obras pías. La primera fue una dependencia de la Real Audiencia y velaba por la correcta aplicación de las constituciones y el buen uso de los recursos económicos (Montoya 2010: 153-154). La segunda dependía del arzobispado y tenía potestad para realizar inspecciones y visitas generales con el fin de revisar la gestión

¹⁴² Véase también De Silva y Verástegui 1988; Falcón Pérez 2001; Gonzales 2007.

¹⁴³ *Recopilación de las leyes de los reinos de Indias*, 1943.

interna como las elecciones, bienes y rentas; con ese fin, en 1679 el arzobispo Melchor de Liñán y Cisneros ordenó a las cofradías se preparasen para una visita general¹⁴⁴.

En un trabajo anterior propusimos que las cofradías en el Perú atravesaron por cuatro periodos; un primero momento que inició con la fundación de las primeras hermandades en Lima; un segundo que inició con las reformas Toledanas, que inspiradas en la Contrarreforma pretendían controlar el poder de las cofradías; una tercera etapa que inició en 1760 con las reformas carlistas, que pretendían subordinar el poder eclesiástico al mandato civil; y una cuarta etapa iniciada durante la vida republicana, que terminó por aniquilar el poder material y social de las cofradías (Rodríguez Toledo 2012: 75-83; Carcelén 1993: 61; Rodríguez 1995; Peralta 1999: 183). En esta investigación nos interesa el segundo y extenso periodo, pues durante el siglo XVII y la primera mitad del XVIII las cofradías fueron auténticos núcleos de poder político y económico. Por supuesto, no todas las cofradías fueron iguales, existieron también aquellas con exiguo timbre de prestigio. Esto se debía a la diversa condición económica, étnica y social que produjo variados tipos de cofradías, así existieron cofradías rurales, urbanas, de españoles, de indios, de esclavos, de libertos, mixtas, gremiales, etcétera¹⁴⁵.

En el Perú, la cofradía fue una institución exitosa; tanto los sectores privilegiados como los grupos populares se asociaron en este tipo de corporaciones; con el tiempo fue recurrente las fundaciones continuas de hermandades; por ello, el I Concilio Limense (1551-1552) aducía que estas habían crecido tanto que podían causar daños si sus estatutos no eran revisados; esto motivó que se prohibiera la erección de nuevas cofradías sin expresa licencia del obispo de la diócesis so pena de 50 pesos; y asimismo, las constituciones también debían ser revisadas y examinadas (Vargas Ugarte 1951: 60). Años después, el III Concilio Limense (1583) insistía en la necesidad de reducir el número de cofradías y prohibir la licencia de otras nuevas (*Tercer Concilio Limense*, 1983: 105). La popularidad de las cofradías no fue exclusiva del virreinato peruano, pues el III Concilio Mexicano (1585) afirmaba que en su jurisdicción existían más de trescientas (Gruzinski 1991: 241; Martínez Domínguez 1977: 47). El éxito era indudable, y en parte se debía al clima ritual y festivo de las ciudades coloniales que promovían la erección de estas organizaciones, no solo para fomentar el culto, sino también para consumir prestigio y demostrar estatus; cualidades que eran perseguidas por todas las cofradías, indistintamente de su composición social. Por supuesto, los beneficios y derechos que la cofradía prometía fueron otras de las causas de su popularidad. En esta investigación nos interesa las cofradías conformadas por la élite urbana; pues como dice Arias y López, fue en la ciudad donde las

¹⁴⁴ AAL, Cofradías, Leg. LXX, Exp. 16, 1679.

¹⁴⁵ Sobre las cofradías de indios o “rurales” véase Celestino y Meyers 1981; Reyes 1983; Flores-Galindo 1987; Vergara 1990; Gruzinski 1991; Chaupis 2000; Estenssoro 2003; Bustamante 2013; Gonzales 2017; Vega 2019. Sobre las cofradías de esclavos, libertos, mulatos o “negros” véase Bowser 1977; Adanaqué 1993; Tardieu 1997; Vega 2001; Etheyo 2010; Graubart 2011; Walker 2015; Cosamalón y Arrelucea 2015; Cussen 2016. Sobre las cofradías gremiales o de artesanos puede revisarse Quiroz Chueca 1995; Esteras y Gutiérrez 2005; Vergara 2015; Fernández 2017.

cofradías alcanzaron su máximo desarrollo (1998: 198). Las cofradías urbanas tenían como objetivo fomentar el culto a partir de la organización de los fieles, pero el espacio también fue visto como un vehículo para reproducir y proyectar prestigio; puesto que en una ciudad inundada por la piedad religiosa era de considerable importancia el ceremonial; ya que las cofradías con mayores preeminencias resaltaban visualmente y enaltecían a sus mayordomos. Por ello, Rodríguez señalaba que la propagación de las cofradías se debía a que los aventureros españoles no solo buscaban fortuna económica, sino también prestigio y estatus (1995: 23).

La cofradía más prestigiosa de Lima fue la archicofradía de la Veracruz; fundada en 1540, fue el espacio en el que las máximas autoridades políticas se congregaban. Hubo otras cofradías igual de prestigiosas como las del Santísimo Sacramento, Nuestra Señora de la Soledad o el Santo Cristo Burgos; gracias a su antigüedad, composición social, riqueza o prestigio estas corporaciones podían dotar de estatus a sus miembros, puesto que los grupos favorecidos vieron en las hermandades exclusivas un espacio para manifestar su posición privilegiada en la sociedad, por ello, estas cofradías fueron siempre de naturaleza cerrada y urbana (Arias y López 1998: 207). Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de Aránzazu también poseían calidades sociales indudables y estaban compuestas por poderosos personajes con respaldo económico y político¹⁴⁶. Los personajes de esta investigación eligieron pertenecer y dirigir estas hermandades; su decisión no fue arbitraria, pues como señala Levi, pertenecer a una cofradía en lugar de otra evidencia solidaridad, identidad y diferencia (1990: 78). Nuestros personajes conocían que en el Rosario y Aránzazu podían establecer redes de poder con otros hermanos debido al paisanaje, la amistad y el oficio común. Sin embargo, antes de entrar en las redes políticas presentes en estas cofradías, es preciso conocer cómo estas corporaciones se establecieron en Lima, su estructura, composición, poder económico y espiritual.

2.2. El rosario y el espino en Lima

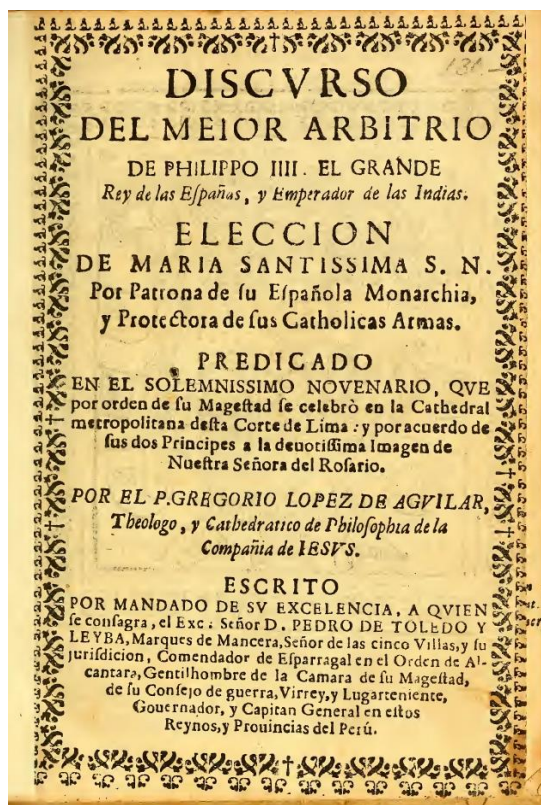
Iniciamos con una parábola pronunciada por un padre jesuita a sus fieles. Según contó, el fantasma de una mujer se le apareció a su confidente para pedirle que le asentara en la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, ya que debido a sus pecados tenía que estar quince años en el purgatorio, pero si lograba entrar a la hermandad sería rápidamente liberada de la pena debido a los “infinitos rezos y oraciones diarias” de la congregación. La confidente cumplió la petición y luego de quince días se le apareció nuevamente el espíritu asegurándole que ya estaba en libertad¹⁴⁷. El sermón tenía como fin presentar las prerrogativas y privilegios que gozaba el culto del Rosario y su cofradía; también dice mucho sobre su popularidad e importancia. La

¹⁴⁶ La importancia de las cofradías de Aránzazu y el Rosario no fue exclusiva de Lima; pues en Nueva España existía una poderosa corporación de Aránzazu, y el Rosario fue de las hermandades más exclusivas en Santiago de Chile (Von Wobeser 2010; Gutiérrez 2000).

¹⁴⁷ AGN, Asuntos religiosos, sermones, Leg. 120, Exp. 63.

devoción por la Virgen del Rosario tiene un contexto, pues la monarquía católica y los papas lograron erigir a la Virgen María como la defensora de los peligros de la impiedad, además su culto impedía guerras, atacaba las desobediencias y potenciaba las armadas reales del monarca tal y como lo sostuvo Gregorio López de Aguilar en un conocido sermón¹⁴⁸.

Ilustración 8



Fuente: Gregorio López, *Discurso del mejor arbitrio* (...) [portada] (1644)

Santo Domingo de Guzmán creó el artefacto del Rosario¹⁴⁹ y Alano de Rupe edificó las primeras cofradías de esta advocación tempranamente en 1470. La corporación fue exitosa en el orbe cristiano; en España tenía una sede en el convento dominico de Santa Cruz la Real, donde poseía una rica capilla y los mismos reyes católicos fueron cofrades (Sebastián 1989: 196 y 204). Lujosas capillas también existieron en Nueva España, Santo Domingo y Perú; también se le incluyó en la plástica de la época, pues en el lienzo *Plaza Mayor de Lima de 1680* puede verse a una mujer sosteniendo en sus manos el rosario como señal de piedad pública. El rosario como artefacto fue descrito como un ramillete que guardaban los misterios de la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesucristo; creado por inspiración de Dios, debía fomentar la

¹⁴⁸ Gregorio López de Aguilar, *Discurso del mejor arbitrio de Philipppo III...*, 1644.

¹⁴⁹ En la tradición, Santo Domingo de Guzmán creó el rosario bajo inspiración divina, pues vivía en una época deplorable y oscura en la cual no se conocía la virtud ni las buenas obras. Más adelante, se envió en un halo mítico el origen del rosario, pues se afirmó que en el siglo XIII fue la misma Virgen María quien entregó el artefacto a Guzmán para que luchara contra las doctrinas de cátaros y albigenses (Rincón 2014: 165-166).

piedad, por ello cuando se le usaba en el rezo debía glorificarse a Dios, Jesús y la Virgen María, pero también podía ser usado para cumplir los intereses propios¹⁵⁰. En efecto, la población creía en el poder del rosario; por ello, pertenecer a la cofradía de esa advocación implicaba gozar de un conjunto de privilegios. La élite local conocía la situación y participó en aquella congregación en calidad de hermanos 24 conformando el vistoso y prestigioso grupo dirigente; la población con menos timbre de prestigio participó acompañando las procesiones, ofreciendo limosnas o rezando el rosario.

¿Cuáles eran los beneficios del Rosario?, según el sermón jesuita citado, su culto implicaba una infinidad de ventajas, sobre todo, para aquellos enlistados en la “confraternidad”; estaban los milagros que acostumbraba a conferir la Virgen María, y las prerrogativas institucionales que la Iglesia otorgaba a la cofradía y que eran publicitadas en sermones. Así, al observar a los miembros de la cofradía del Rosario se proyectaba el aura milagrosa con la cual estaba revestida la hermandad. El jesuita no dudó en indicar los beneficios del rezo del rosario y su cofradía, y así dijo:

Famosos sucesos que personas de todo estado, condición y edad que con el favor del Rosario se han librado milagrosamente de las mayores tribulaciones y peligro, Quién podría numerar a los que pudieron superar las tentaciones de la carne y espíritu, lo que en peligro se hallaban socorridos, los que quedaban repentinamente sanos de las más mortales heridas, de las más incurables enfermedades, los que oprimidos de la más perniciosa tristeza lograron sacudirla los que salieron ilesos de incendios, ladrones, entre los riesgos de mar [...] por los méritos y sufragios sabemos que las mujeres han sido liberadas en sus partos de riesgos próximos a la muerte, otros han sido sacados de las reservaciones de la muerte, muchos han librado de la sentencia de condenación y otros por oración han resucitado, por su invocación se han hallado cosas perdidas [...]¹⁵¹

Como menciona el sermón, los beneficios señalados se intensificaban si se era cofrade, pues se supone que los miembros de la cofradía diariamente rezaban por el alma de sus miembros; “el hermano es ayudado por otro hermano” se afirmaba. Así, el éxito de la corporación residía en los compromisos comunes y la solidaridad interna. Sin embargo, no necesariamente los cofrades del Rosario dedicaban varias horas del día al rezo, puesto que debido a sus ocupaciones descuidaban las acciones piadosas. En efecto, nuestros personajes invertían su tiempo en los negocios y la política, de tal forma que la oración era practicada por sus esposas e hijos, pero no tanto por ellos. Sin embargo, como sucedió en España en los siglos XVI y XVII, la mejor forma de conciliar los negocios y actividades comerciales con la ética

¹⁵⁰ AGN, Asuntos religiosos, sermones, Leg. 120, Exp. 22.

¹⁵¹ AGN, Asuntos religiosos, sermones, Leg. 120, Exp. 63.

religiosa fue a través de donaciones y obras de caridad en conventos, hospitales y capellanías (Caro Baroja 1985: 377-393). Efectivamente, las capellanías suplían una vida descuidada, pues garantizaban que un hermano fallecido recibiese cierta cantidad de misas al año con el fin de asegurar el bienestar de su alma. La cofradía, mediante este sistema, permitió que sus hermanos aliviaran su conciencia, pues luego de su muerte los cofrades seguirían rezando por él. De hecho, algunos miembros importantes recibieron una fecha especial en el calendario; por ejemplo, en abril se cantaban misas por los marqueses de Corpa; los primeros sábados de agosto se realizaba una misa por el alma de José de Larrazábal; el quince del mismo mes era el día de Agustín de Torres y Portugal; y el siete de octubre se celebraba una misa en honor a Lorenzo de la Puente Ibáñez, entre otros. Estos hombres fueron importantes personajes de la primera mitad del siglo XVIII y por lo menos hasta 1897 recibieron este tipo de honores (Rospigliosi 1945: 25-27). Los beneficios institucionales brindados por la iglesia consistían en una serie de privilegios e indulgencias otorgados por los papas con “extraordinaria liberalidad” tales como:

[...] obras de misericordia corporales y espirituales, oraciones, ayunos, abstinencias, visitas de iglesia, procesiones, uso de sacramento, limosnas, no hay cosa alguna tan pequeña [...] que no tenga los cofrades del Rosario su precio y su recompensa desde la entrada a esta Santa Sociedad hasta los últimos suspiros; todos los pesos y acciones de los fieles si quieren ellos están con alguna recompensa; después de la muerte les sigue las gracias y [...] el haber estado especialmente dedicado al culto de María **porque saben devotos cofrades que las almas de los que mueren debidamente en esta cofradía se van libres del purgatorio** por razón de hacerse participante de todas las misas, oraciones, sufragio e indulgencias de esta cofradía de todo el orbe cristiano [...]¹⁵².

Un tratado del siglo XIX realizó un recuento de las diversas prerrogativas otorgadas a la cofradía de Nuestra Señora del Rosario. En 1479 Sixto V otorgó indulgencias para quien rezase en un mismo día el rosario entero. En 1520 León X mediante la bula *Pastoris Aeterni* le entregó la cofradía del rosario a los dominicos, instando a los miembros de la hermandad a rezar tres veces el artefacto para apaciguar las calamidades. En 1534 Clemente VIII decidió que, en atención a la dificultad de rezar el rosario entero en un mismo día, se permita hacerlo a lo largo de una semana. En 1569 Pío V le entregó la exclusividad de la cofradía del Rosario a los dominicos, y en 1571 estableció una celebración en honor a la virgen, la misma que debía celebrarse todos los años en la primera semana de octubre en todas las iglesias donde hubiese la mencionada congregación, ya que se aducía que gracias a los rezos de los confraternos se obtuvo la victoria de Lepanto en aquel año (Bouvier 1852: 179-180; Martínez Virgil 1901).

¹⁵² AGN, Asuntos religiosos, sermones, Leg. 120, Exp. 63.

Hubo además una serie de indulgencias concedidas a los hermanos del Rosario hasta bien entrado el siglo XIX¹⁵³.

Ilustraciones 9 y 10



Izquierda: Anónimo cusqueño. Virgen del Rosario con Santo Domingo y Santa Rosa (1750)

Fuente: Archivo Digital del Museo de Arte de Lima (ARCHI)

Derecha: Imagen de la Virgen del Rosario donada por Carlos V a los dominicos en el siglo XVI

Fuente: Vía Fr. Carlos: <https://www.cathopic.com/es/carlossanchezop>

No tenemos certeza de la fecha de fundación de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario de Lima, pues al parecer no tuvieron acta de fundación o esta se perdió como lo declaró en 1759 el mayordomo Juan de Echevarría. Sin embargo, a inicios del siglo XX uno de los cofrades del Rosario escribió una crónica histórica en la que afirmaba que la cofradía fue establecida en 1554 coincidiendo con la fundación de la iglesia de Santo Domingo, que antiguamente también se llamaba iglesia de Nuestra Señora del Rosario (Rospigliosi 1945: 13).

¹⁵³ Hubo un total de nueve indulgencias, la primera era una indulgencia plenaria dada el día del ingreso a la cofradía, siempre y cuando los confesados comulguen el mismo día en la capilla de la hermandad; también los cofrades que arrepentidos de sus pecados, confesados y comulgados visitaran el altar del Rosario ganarían indulgencias plenarias en días festivos; había una indulgencia plenaria para todos los cofrades el primer domingo de cada mes que se hubiesen confesado y comulgado; había a su vez una indulgencia plenaria en cada una de las festividades de la virgen; a su vez, los que viajaban o no podían asistir a la procesión del primer domingo del mes ganarían la indulgencia plenaria rezando el rosario entero; también indulgencia plenaria recibían aquellos cofrades muertos que se hubieran confesado; también los fieles no cofrades podían ganar indulgencias en algunos días festivos como la Pascua, Corpus Christie, entre otras (Bouvier 1852: 180-184).

Solo llegamos a tener datos precisos de la cofradía a partir de 1596; ese año la imagen de la Virgen del Rosario pasó a ser administrada por la hermandad como indica una escritura notarial; y también se poseía una capilla ubicada en el recinto dominico comprada en 4, 200 pesos. Donahue-Wallace afirma que muchas de estas capillas eran adornadas y aderezadas por las familias ricas que participaban en sus cofradías; por ejemplo, las dedicadas a la Virgen del Rosario en Puebla (México) y Oaxaca (República dominicana) tenían una ornamentación dorada, usaban azulejos y exhibían imágenes renacentistas de santos (2008: 120-123). En Lima, la capilla del Rosario fue descrita por cronistas como fray Diego de Córdova y Salinas y el padre Cobo, quienes afirmaron que aventajaba a todas en riqueza y aseo; estaba “todo dorada”, poseía doce lámparas de plata y un bello retablo; además estaba al lado de la capilla de la cofradía de la Veracruz, la poderosa y prestigiosa corporación que cuidaba la reliquia del *Lignum Crucis* (Lévano 2006: 24; Cobo 1956: 418; Barriga Tello 2003: 142).

El culto al Rosario no fue solo espiritual, pues sus rituales también tenían connotaciones políticas; por ello la virgen era paseada en situaciones críticas para el reino, y los mismos virreyes se aventuraron a cargar la imagen como lo hizo el conde de Lemos en 1671 en honor a la batalla que España libró contra Inglaterra; a su vez, se relataron intervenciones milagrosas de la virgen como aquella en la que salvó a 600 españoles de una masacre por parte de los indios. En 1643 el virrey marqués de Mancera declaró a la Virgen del Rosario como “Patrona y protectora de los Reinos del Perú”; ese mismo año, el dominico fray Blas de Acosta le predicó un sermón por orden del virrey, ya que en la fiesta del Rosario se hizo oficial su consagración a la ciudad¹⁵⁴. La misma imagen de la Virgen del Rosario que custodiaba su cofradía en Lima era un regalo de Carlos V. Así, la relación entre éxitos militares, política y el culto al Rosario era indudable, por ello un sermón jesuita mencionaba que la victoria sobre los infieles era consecuencia directa de la intervención de la virgen¹⁵⁵.

La cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu no estuvo exenta de orígenes milagrosos¹⁵⁶. El franciscano vasco Juan de Luzuriaga publicó en 1686 en Nueva España su libro *Paranympho celeste, Historia de la Mystica Zarza, Milagrosa Imagen y Prodigioso Santuario de Aranzazu de Religiosos Observantes de N. Seraphico padre San Francisco*. La obra evocaba las hazañas y el carácter hidalgo del pueblo vasco, y también narraba el origen del culto a la Virgen de los Espinos. Según la crónica, en 1469 el joven campesino Rodrigo Balzategui descendió por las laderas del Aloña (entre Guipúzcoa y Alaba) y encontró en el barranco un extraño personaje sobre un espino verde; cuando estuvo más cerca se percató que se trataba de la hechura de una

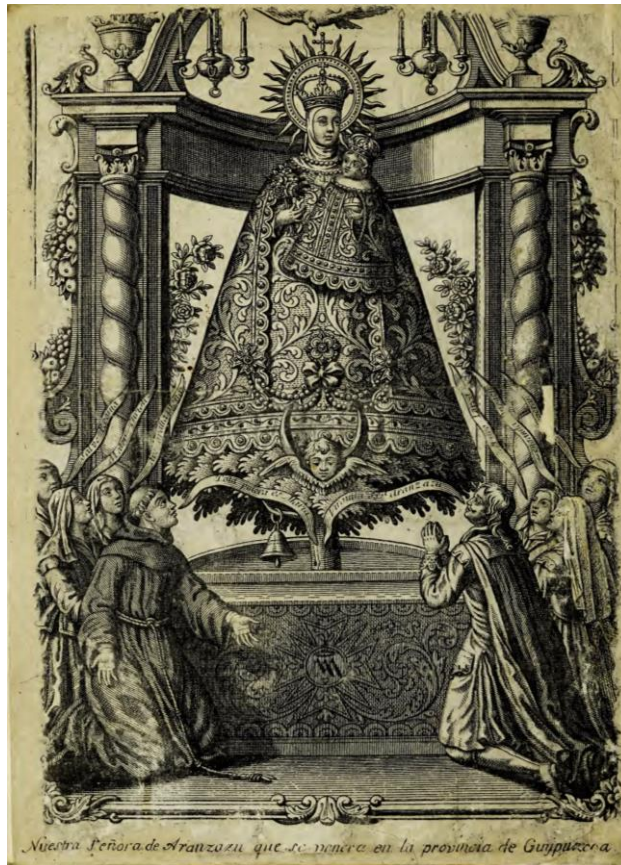
¹⁵⁴ Blas de Acosta, *Sermón en la gran solemnidad...*, 1643.

¹⁵⁵ AGN, Asuntos religiosos, sermones, Leg. 121, Exp. 38.

¹⁵⁶ Fue común en las devociones locales las apariciones milagrosas de vírgenes y santos; todas las leyendas siguen la misma estructura y el establecimiento de ermitas y capillas corresponde a las presiones políticas y sociales de los lugares donde aparecen estos cultos (Christian 1981: 71-89).

hermosa mujer que llevaba un niño en el brazo¹⁵⁷. Rodrigo reconoció que era la Virgen María y su hijo Jesucristo; por ello se arrodilló y pronunció en euskera “¿Aránzazu?” que en castellano significa: “¿Vos en el espino?”. Cien años después del suceso, el historiador español Esteban de Garibay aducía que un testigo directo del hecho confirmó la versión de Balzategui (Arantzazu 1912: 39).

Ilustración 11



Virgen de Aránzazu en Guipúzcoa (España)

Fuente: Juan de Luzuriaga, *Paranympo Celeste* (1686)

La imagen encontrada entre los espinos fue descrita como una hechura pequeña en la que se veía a María con la mano derecha en posición de bendecir, y en su brazo izquierdo al niño Jesús que cargaba la figura de la tierra¹⁵⁸. La devoción popular intentó crear una capilla en honor a la virgen en la ciudad, pero como suele ocurrir en estos relatos, siempre se trasladaba a su lugar de aparición, razón por la cual se le construyó una ermita. El culto fue exitoso y no tardaron en llegar vecinos de toda la región vasca como Oñate, Mondragón y Alava, de hecho, trascendió la escena local y llegó a ser conocida en Francia, originando varias peregrinaciones al

¹⁵⁷ Juan de Luzuriaga, *Paranympo celeste, Historia de la Mystica Zarza, Milagrosa Imagen y Prodigioso Santuario de Arantzazu de Religiosos Observantes de N. Seraphico padre San Francisco*, 1686, f. 18.

¹⁵⁸ Juan de Luzuriaga, *Paranympo celeste...*, 1686, f. 25.

lugar. Más adelante se creó una cofradía para que administrase y difundiese el culto y atendiese a los peregrinos que llegaban en gran número; esta situación garantizó una buena posición económica de la congregación, pues se vio beneficiada con limosnas y ofrendas. La cofradía estuvo vinculada a diversas órdenes religiosas, pero finalmente Miguel de Espolasín consiguió que los mercedarios renunciaran a sus derechos en favor de la orden de San Francisco. Una vez sucedido esto, el culto a la Virgen de Aránzazu empezó a recibir privilegios espirituales e institucionales; su fiesta se estableció el mismo día que la celebración de la Virgen de la Asunción y se difundieron relatos de los milagros del culto, por ejemplo, Espolasín alegó que los enterrados en la capilla de la cofradía de Aránzazu no se condenarían¹⁵⁹. Asimismo, se divulgó la creencia que los comerciantes y navegantes eran los mayores beneficiados del culto. El comercio era el principal oficio del pueblo vasco, de tal forma, su devoción particular los salvaba de las inclemencias del mar; por ejemplo, el mercader Francisco de Jult salvó la vida en medio de una tormenta, pues se vio impulsado a nadar; otros comerciantes también superaban los peligros de la vida mercantil gracias a la intervención directa de la virgen, quien a su vez podía curar a los enfermos, heridos, tullidos y a veces resucitar.

La importancia del culto a la Virgen de Aránzazu residía en que además de consuelo espiritual brindaba espacios para la organización de la vida mercantil, ya que como la mayoría de congregados eran hombres dedicados al comercio, la cofradía fue vista como un espacio para discutir problemas relacionados al oficio. Los vascos tenían presencia a lo largo del territorio español; por ello, para organizarse fundaron cofradías de Aránzazu; una de las primeras fue constituida en Sevilla en el convento franciscano en 1540, y este sería el modelo de cofradía que se exportaría a las Indias (Ruíz 1992: 48; Aragón y Alberti 2000). En efecto, uno de los objetivos de la cofradía era integrar a los miembros de la comunidad vasca, ya que una de las características distintivas de aquel pueblo era la costumbre de unirse para defender sus derechos y vivir sus tradiciones culturales; por ello, los migrantes vascos asentados en Lima, México, Arequipa y Potosí fundaron cofradías de Aránzazu (Luque 1998: 91; Unzueta 2004: 132).

En Lima la hermandad de Nuestra Señora de Aránzazu fue fundada el 13 de febrero de 1612. Según De la Puente Brunke, esto se debió a la demanda de organización de los migrantes vascos que habían aumentado considerablemente (2004: 105). En efecto, la mayoría de ellos estaban dedicados al comercio y muchos comenzaron a tener estatus y fortuna considerable, por ello les era necesario una cofradía en el cual sociabilizar con sus iguales. La congregación también les permitía intercambiar favores y establecer compromisos comunes; y a su vez, exaltaban su piedad e imagen pública a través de las fiestas. Los vascos que firmaron el acta de constitución de la cofradía se hacían llamar “caballeros hijosdalgo” dando a entender el carácter exclusivo de la corporación, no solo porque limitaron el ingreso a los migrantes de las regiones

¹⁵⁹ Juan de Luzuriaga, *Paranymphe celeste...*, 1686, f. 34-35.

vascas y sus descendientes, sino porque los congregados también tenían que poseer hidalguía. En la época, la mayoría de los vascos habían adquirido señorío local, por ello se hacían llamar “hijosdalgo” y hacían mención constante a que su “antigua y noble sangre” no se mezclase con aquellas que no eran de su calidad. (Marqués de Tola 1952/53: 58-60). De tal forma que la exclusividad regional y social quedó plasmada en sus constituciones de 1635, así se decía:

Por cuanto en la Congregación y hermandad que tienen fundada los caballeros hijosdalgo que residen en esta Ciudad de los Reyes del Perú Naturales del Señorío de Viscaya y provincia de Guipúzcoa y Descendiente de ellos y Los naturales de la provincia de alaba Reino de Navarra que son Laredo, Castro de Urdiales, Santander y San Vicente de la Barquera, en el convento del Señor San Francisco de esta dicha ciudad en la capilla que tiene por advocación al Santo Cristo y nuestra Señora de Aránzazu (Lohamnn Villena 1990: 206)

Una de las primeras acciones de la cofradía fue la adquisición de una capilla; para ello, los apoderados Diego de Olarte y Juan de Urrutia pagaron 10, 000 por la capilla de la Encarnación, que se encontraba en la iglesia de San Francisco; la transacción incluyó una cripta para el entierro de los hermanos cofrades y sus descendientes (De la Puente Brunke 2004: 105; Mansilla 2010: 233; Luque Alcaide 1998: 94). En 1619 la hermandad eligió a Gregorio de Ibarra y Juan de Plaza como sus primeros mayordomos; ellos, al año siguiente, firmaron un concierto con el alarife Andrés de Espinoza para iniciar los trabajos de edificación y ampliación de su nueva capilla para lo cual pagaron 8, 500 pesos; las obras implicaban la construcción de dos bóvedas para el entierro y la edificación de una sacristía (San Cristóbal 2006: 150). Las refacciones evidenciaron el poder y riqueza de la hermandad; esto originó quejas, pues los mayordomos de la cofradía de San Antonio alegaban que las obras invadieron su capilla, por ello no dudaron en iniciar un litigio que duró más de una década¹⁶⁰. La obra final fue una de las más vistosas de la época y las crónicas describían a la capilla de Aránzazu como una de las más suntuosas y ricas de la ciudad; sus retablos hermosos y perfectos custodiaban la imagen de la virgen que se confeccionó según el diseño de su par en Vizcaya, cuando esta fue terminada se realizó una pomposa celebración en la que participaron los nobles de la ciudad y las principales autoridades como el virrey, los oidores y los miembros del cabildo (Cobo 1956: 421; Córdova y Salinas 1957: 529).

¹⁶⁰ AAL, Cofradías, Leg. LI, Exp. 3, 1620/1631.

2.3. Composición y estructura

La composición social de las cofradías dependía de su naturaleza y exclusividad. La variopinta población limeña condicionó la aparición de cofradías orientadas a determinados grupos étnicos y sociales, pero también hubo congregaciones que favorecieron la mezcla social. En esta investigación tomamos el criterio de clasificación cerrada/abierto para entender a las cofradías, pues nos parece la propuesta más acertada para entender las complejidades internas¹⁶¹. Las cofradías cerradas estaban compuestas por un solo tipo de individuo, quien estaba clasificado según su prestigio social, oficio o casta. Por otro lado, las cofradías abiertas o “mixtas” estaban predispuestas a la interacción entre los diferentes grupos sociales; un ejemplo de este tipo fue la cofradía de San Felipe Neri de la iglesia de San Marcelo, pues estaban asentados como hermanos un indio zapatero, un esclavo pardo, una cuarterona de mestiza, un mestizo, una esclava, una liberta y dos españoles pobres¹⁶². Sin embargo, nos interesa aquellas corporaciones compuestas por hombres con similares orígenes, procedencia social y riqueza¹⁶³. Nuestra Señora de Aránzazu fue el ejemplo de cofradía cerrada, pues permitía el ingreso solo a hombres originarios del actual País Vasco, especialmente de Vizcaya, Guipúzcoa o Álava. Asimismo, la exclusividad de la cofradía se incrementaba al proponerse que solo serían aceptados aquellos que tenían la condición de “hijodalgo”, es decir, los postulantes debían poseer algún timbre de nobleza preexistente en la península; así se instituyó lo siguiente:

[...] porque la nobleza y limpieza de sangre es don de nuestro señor [y] ayuda mucho a la virtud y buenas obras el ser hijos y descendientes de buenos, se ordena para mayor decoro de esta congregación que todos los que hubieren de ser recludos en ella sean originarios de las partes y lugares referidos o sus descendientes por vía de barón nobles y limpios de conocido nacimiento y opinión, para lo cual se advertirá con particular cuidado que no se admita ni entre en la dicha Hermandad ni menos se entierre en su capilla persona alguna que este manchada o infamada De judío o moro penitente por el Santo Oficio ni casado con mulata, india o negra o que tenga oficio infame y el examen y averiguación que en esta parte se hiciere a de ser con sumo secreto a cargo de los mayordomos de esta dicha Hermandad los cuales verbalmente y de palabra y no por escrito harán diligente averiguación en esto (...) (Lohmann 1990: 207).

¹⁶¹ Este criterio de clasificación sociológico fue propuesto por López Muñoz (1992: 22).

¹⁶² AAL, Cofradías, Leg. XXI, Exp. 16, 1680.

¹⁶³ William Callahan manifiesta que era recurrente que existieran cofradías que limitaran el ingreso a miembros de la nobleza; y también hubo aquellas que lo hacían con grupos provenientes de regiones específicas (1998: 43).

En efecto, muchos habitantes de las regiones vascas de la época obtuvieron una suerte de “hidalguía universal” al ayudar a la Corona en la defensa de las ciudades costeras, por ello los vizcaínos a partir de 1526 declararon públicamente que eran “notorios hijosdalgo”, una condición de distinción social a la que se aferraban oficialmente (Otazu y Díaz 2008: 73-76); sin embargo, no todos los habitantes de la región obtuvieron tal estatus como aquellos que vivían en las zonas agrícolas, de tal forma que existían vascos que no poseían prestigio social; de ahí la necesaria aclaración que hacía la hermandad en sus estatutos. Esta situación explicaría porque el vasco Miguel de Echevarría nunca declaró su hidalguía y tampoco perteneció a la cofradía de Aránzazu, prefirió hermanarse en el Rosario. La cofradía también tuvo una naturaleza cerrada debido al oficio de sus integrantes, ya que la mayoría practicaban el comercio; de hecho, la fundación de la cofradía en 1612 coincidió con la creación del Tribunal del Consulado solo un año después lo que podría indicar el poder cohesionado de los mercaderes de Aránzazu¹⁶⁴.

En el siglo XVIII los hermanos 24 de Aránzazu fueron prestigiosos comerciantes asentados en el Consulado; muchos de ellos estaban unidos a poderosas familias y otros poseían puestos en la administración virreinal. Una relación de hermanos que donaron limosnas para la construcción del retablo de la capilla revela a algunos de estos personajes. Así, pertenecieron a esta corporación Juan de Beytia y Aguirre, Martín de Itulaín, Martín de Echevarría, Francisco de Velaochaga, Francisco de Herbozo, Bartolomé de Cereceda, Joseph de Alzadegui, Juan Bautista Mendive, Juan de Urquiza, Juan y Lorenzo de la Puente, Francisco de Caycuegui, Joseph de Garazatua, los hermanos Matheo y Antonio de Querejazu, Juan Bautista de Palacios, Juan Esteban Munarris, los hermanos Marcos y Pedro de Ulaortua, Gabriel de Borda, Andrés de Salazar, Juan Bautista de Echevarría, entre otros¹⁶⁵. La situación no fue distinta en otros lugares; por ejemplo, la hermandad de Aránzazu en Nueva España reunió a la mayor parte de empresarios vascos que tenían influencia en su Consulado (Luque 1996: 213; 2004: 63).

Además de la exigencia de requisitos regionales y profesionales, se debía cumplir una serie de prácticas y conductas para conseguir todos los favores que la cofradía podía brindar; aunque esto se aplicaba solo a las esposas no vascas de los hermanos 24; por ejemplo, si bien fue cierto que los hermanos cofrades fallecidos tenían derecho a enterrarse en la capilla, esto no sucedía de forma inmediata con sus viudas, pues estas tenían que permanecer en esa condición toda su vida o casarse con otro miembro de la cofradía para acceder a este beneficio; en cambio, si decidían desposarse con un hombre ajeno a la hermandad perdían toda la prerrogativa como ordenaba las constituciones¹⁶⁶. Así sabemos que Juana Agustina de Mollinedo y Josepha de

¹⁶⁴ Melzer menciona que 1594 algunos mercaderes se opusieron a la instalación de un consulado en Lima, pero en 1612 fueron 73 mercaderes altamente cohesionados los que promovieron el gremio (1991: 114-116).

¹⁶⁵ Archivo Histórico de la Beneficencia Pública de Lima (en adelante AHBPL), Nuestra Señora de Aránzazu, Libro 001.

¹⁶⁶ AHBPL, Nuestra Señora de Aránzazu, Libros 002.

Santiago Concha fueron enterradas en la cripta corporativa (1727 y 1775 respectivamente), a pesar que no eran vascas, estaban casadas con prominentes miembros de la cofradía, y murieron antes que ellos (Mansilla 2010: 237). A su vez, se estableció que solo los hijos legítimos de los hermanos 24 podían acceder al entierro en la bóveda corporativa, como sucedió con Juan de Beytia y Pedro Joseph de Ulaortua, ambos hijos de reputados miembros de la cofradía. En cambio, los hijos naturales no tenían ningún derecho¹⁶⁷.

Así, pertenecer a una misma región favorecía el desarrollo de redes de apoyo, mismas que se generaban y fortalecían en organizaciones como las cofradías. Sin embargo, Lluch afirma que esta solidaridad espiritual no fue exclusiva de los vascos, ya que diversas comunidades migrantes fomentaban espacios que promovieran la seguridad, sociabilidad y confianza mutua, sobre todo, a partir del culto local, pues se migraba con los santos regionales; por ello, los vascos fundaron cofradías en honor a la Virgen de Aránzazu; y lo mismo hicieron los navarros con San Fermín y los catalanes con la Virgen de Monserrate (1999: 99-101). Sucedió lo mismo con los migrantes “montañeses”, es decir, aquellos que provenían de Cantabria, una región situada al norte de España conocida como “la montaña”. Soldevilla manifestaba que estos hombres también se caracterizaban por un fuerte paisanaje; cuando se asentaban en un nuevo territorio se veían obligados a convocar a sus familiares y amigos, y formar una comunidad entrelazada entre sí (1992: 21-37). Se supone debió existir una cofradía exclusiva para los originarios y descendientes de montañeses en Lima, aunque no debió albergar a sus hijos más ilustres, ya que estos se asentaron en Nuestra Señora del Rosario, por lo menos en la primera mitad del siglo XVIII.

La cofradía de Nuestra Señora del Rosario no tenía una naturaleza regional, ya que sus hermanos 24 provenían de distintas partes de España, por ejemplo, de Cantabria, Navarra, Rioja, Extremadura, Vizcaya, etc. Aun así, en esta hermandad se asentaron poderosos linajes montañeses de la primera mitad del siglo XVIII como los Calderón, Tagle Bracho, Velarde, Gutiérrez de Cosío, entre otros. Esta corporación no tuvo una naturaleza cerrada en función de un criterio regional, pero sí limitó la participación a aquellos miembros de la élite local con prestigio, estatus público y presencia en la administración virreinal. Además, la cofradía también tuvo un fuerte componente profesional, pues sus miembros más reputados practicaban el comercio. Acurela Gutiérrez sostiene que cuando la cofradía del Rosario de Santiago se fundó en el siglo XVI aglomeraba a los sectores sociales más poderosos como el de los encomenderos, pero posteriormente el grupo dirigente estuvo compuesto por los comerciantes (Gutiérrez 2000: 64-74). Igual sucedió con la cofradía del Rosario de Buenos Aires, pues entre sus miembros figuraban cabildantes, hacendados y comerciantes (Fogelman 2000: 21). La situación no fue diferente en Lima.

¹⁶⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 398, 1755, 567v; AHBPL, Nuestra Señora de Aránzazu, Libros 003.

En efecto, Nuestra Señora de Aránzazu no fue la única corporación que albergó a la élite mercantil, pues el Rosario tuvo entre sus miembros a algunos de los comerciantes más poderosos de la primera mitad del siglo XVIII. Las listas de matrícula del Consulado de los años 1709, 1727 y 1743 revelan los nombres de varios comerciantes activos, algunos incluso ejerciendo cargos en el gremio; al contrastar esas listas con las actas del cabildo del Rosario hemos comprobado que una gran mayoría de hermanos 24 admitidos durante la primera mitad del siglo XVIII eran comerciantes con riqueza y prestigio. Así, podemos considerar que a partir de 1700 la cofradía del Rosario albergaba a un conjunto de comerciantes peninsulares que habían migrado a Lima, por ejemplo, Ángel Calderón Santibáñez, Ángel Ventura Calderón, Isidro Gutiérrez de Cosío, Pedro Gutiérrez de Cosío, Joseph y Juan Antonio Tagle Bracho, Miguel de Echevarría, Juan Lucas Camacho, Sebastián Cantos, Juan Bautista Belbunce, Silverio Banderas, Juan Antonio Cuadra, Francisco García Álvarez, Juan López Molero, Francisco Oyague, Pedro de Murga, Juan Pérez Miranda, Jacobo Manuel Osorio, Antonio Félix de Celis, Antonio Soto, Joseph Hurtado, Cristóbal de la Huerta, Gaspar de Herrera, Pascual Joseph Cueto, Carlos Estrada, Pedro Gómez Balbuena, Gabriel Bocangel y Unzueta, entre otros¹⁶⁸. Estos hombres no fueron mercaderes menores, sino poderosos agentes económicos, y más de uno ocupó puestos en el cuerpo mercantil y en la administración virreinal.

La hermandad del Rosario también estaba compuesta por otros personajes de importancia como los escribanos José de Meneses, Gregorio Urtazo, Pedro de Espino Alvarado, Pedro Pérez Landero, Pedro de Ojeda y los hermanos Gregorio y Marcos de Uceda; a su vez, hubo burócratas de la administración como Antonio Calvo, fiscal de la Sala del Crimen; Miguel de la Rosa, relator; Miguel Alonso Garcés y Francisco de Ayala, abogados; Francisco Dávila, procurador; Juan Pérez Urquiza, alcalde del crimen; y Bartolomé de Munarris, alcalde de corte. Martín de Zamudio, regidor de la ciudad, y los hermanos Fernando y Miguel Román de Aulestia, el primero canónigo, y el segundo secretario del Santo Oficio también fueron cofrades. En conclusión, podemos afirmar que Nuestra Señora del Rosario, en la primera mitad del siglo XVIII, tuvo una composición exclusiva, pues todos sus miembros eran personajes de la élite local con influencia y prestigio social.

Por otro lado, la estructura y organización interna de las cofradías dependía de la naturaleza de cada hermandad, pero sí tenían una base común. El pionero trabajo de Garland sostiene este punto. Por lo general, las cofradías estaban constituidas por un padre capellán, mayordomos, diputados, alférez, procurador, tesorero, prioste o mayoral, hermanos 24 y hermanos menores (1995: 212). El padre capellán era el sacerdote que decía las misas de la cofradía. Los mayordomos fueron los principales cargos dentro de la hermandad; eran elegidos por los hermanos 24; y eran responsables directos de la cofradía. El primer mayordomo era “el

¹⁶⁸ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libros 012 y 055.

bolsero”; él representaba a la cofradía; convocaba al cabildo interno; presentaba las cuentas y bienes de la hermandad; reclutaba nuevos miembros; vigilaba la disciplina interna; disponía el cumplimiento de las promesas presentes en las cartas de hermandad como los entierros; mantenían el altar y la imagen del culto; dirigía las obras de caridad; ordenaba la cobranza de limosnas y organizaba la fiesta patronal, en la cual ocupaba un lugar privilegiado; su elección no estuvo exenta de denuncias y pleitos internos. Los requisitos para ser elegido estaban especificados en las constituciones; por lo general, se tenía que poseer prestigio y aceptación pública; era designado anualmente, pero podía reelegirse por muchos años más siempre y cuando lo consintiese (Garland 1995: 215; Charney 1998: 386). El segundo mayordomo era “el diputado”; usualmente, al año siguiente ocupaba el puesto de bolsero; su trabajo consistía en acompañar al primer mayordomo; su cargo no era imprescindible, a veces no existía.

Así, el mayordomo era el máximo representante de la cofradía; era la imagen pública de la hermandad; de ahí la importancia que este puesto fuese ocupado por individuos con incuestionable poder. Incluso, en situaciones críticas podía auxiliar a la cofradía y desembolsar su propio dinero para organizar una fiesta pomposa; por ello, un mayordomo elegido también debía mostrar su solvencia económica; por ejemplo, en 1793 Matías de Tagle Bracho y Agustín de Querejazu y Santiago Concha, mayordomos de la Veracruz, destinaron su propio capital para la compra de cera y aceite, elementos imprescindibles en la fiesta corporativa¹⁶⁹. A su vez, las grandes donaciones económicas de los hermanos podían favorecer una elección como sucedió en 1704 con Juan Bautista de Palacios, quien donó 500 pesos de limosna, la más alta de ese año, y logró ser elegido mayordomo. De tal forma, la comprobada solvencia económica y la función de administrador de bienes otorgaban a los mayordomos un indudable poder lo que les permitía incrementar su prestigio personal (Sotomayor 2004: 112).

Los otros cargos también tenían funciones específicas, aunque estaban desposeídas del prestigio y poder del mayordomo. El diputado era elegido anualmente y se encargaba de la asistencia de los hermanos a las procesiones; después del mayordomo, era quien poseía la máxima autoridad. Los contadores tenían como función la aprobación y verificación de los libros de cuentas presentados por el mayordomo saliente. Los procuradores y abogados se encargaban del asesoramiento legal respecto a las transacciones de propiedades y obligaciones jurídicas, a su vez, si la cofradía ingresaba en un litigio, también preparaban los documentos de defensa. El cobrador se encargaba de la recolección de las contribuciones de dinero de los congregados, anotándolo todo en un libro; a veces esta labor no era cumplida por un hermano, sino el mayordomo contrataba a un individuo específicamente para esa tarea. Por último, los escribanos eran hermanos que tenían previamente el oficio; generalmente ingresaban a la cofradía con ese fin; entre sus funciones estaban la de llevar y validar las actas de reuniones.

¹⁶⁹ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 29-805, 1793-1794

Los hermanos 24 tenían voz y voto en los cabildos de la cofradía; participaban en las elecciones internas, en las procesiones y fiestas de la hermandad; a su vez, debían contribuir económicamente con limosas y donaciones; estaban obligados a asistir a las reuniones con pena de sanción; y mediante las cartas de hermandad tenían una serie de privilegios como ser enterrados en la bóveda corporativa, sus esposas e hijos también gozaban de este derecho. Los hermanos 24 no era una cifra, sino un grado, originalmente hacía alusión a los miembros fundadores de la cofradía¹⁷⁰; sin embargo, debido al tiempo, muerte o incapacidad física, ese grupo de “fundadores” fue siendo sustituido paulatinamente por otros hermanos que recibieron el grado de “hermanos 24” (Garland 1995: 218). La importancia de pertenecer a este selecto grupo consistía en la serie de privilegios que se podían adquirir. La capacidad de elegir y ser elegido mayordomo fue la principal atracción. Así, cuando un individuo llegaba a convertirse en hermano 24 accedía a las redes clientelares existentes en su congregación; pues los que postulaban a los principales cargos necesitaban de votos efectivos; por ello, muchos mayordomos durante su gestión no dudaron en promover como hermanos 24 a conocidos, parientes y amigos con el objetivo de incrementar sus círculos de poder y hacerse con el dominio de la cofradía. Alterar el privilegio de los hermanos 24 ocasionaba graves denuncias, por ejemplo, en 1675 los hermanos 24 del Santo Cristo Burgos solicitaron la anulación de una elección, pues indicaron que un eclesiástico votó sin tener tal grado. En la base de las cofradías, se encontraban los cofrades simples; su número era indeterminado; cualquier persona podía serlo sin importar su condición social, solamente necesitaba tener los sacramentos y algún tipo de conocimiento de la doctrina cristiana (Garland 1995: 221). Estos cofrades participaban mediante la entrega de ofrendas, estaban presentes en las ceremonias y asistían a las procesiones de la fiesta corporativa.

Por último, las cofradías cumplían con funciones que podían dividirse según su naturaleza en espirituales y económicas. Las primeras destinadas a la salvación y las segundas orientadas al respaldo financiero. En principio, tanto lo espiritual y lo material pueden parecer esferas antagónicas, pero en la cofradía estaban relacionadas, ya que se necesitaban mutuamente. Una actividad económica necesitaba una justificación espiritual, y una acción de salvación demandaba capital para su realización, ya que obligaciones espirituales como misas, entrega de dotes a doncellas huérfanas, entierros o fiestas podían cuantificarse en dinero, por ello, los fines éticos y espirituales de las cofradías tenían necesariamente una base económica (Lavrin 1998: 49 y 56; Garland 1995: 201). Corresponde ahora conocer un poco más de esta funcionalidad, ya que su práctica empoderó a los cofrades y sus mayordomos.

¹⁷⁰ Por ejemplo, Nuestra Señora de Aránzazu fue fundada en 1612 por más de cien personas, entre ellas se encontraban Juan de Rado y Bedia, Pedro de Gárate, Pedro de Uriarte, etc. (Lohmann 1990: 206-207).

2.4. La economía de la cofradía

Las cofradías para capitalizarse recurrieron a varios instrumentos económicos que les permitieron tener ingresos de variadas fuentes. La necesidad de recursos para cumplir con las obligaciones sociales y espirituales generó una especie de círculo vicioso en las cofradías de prestigio; pues estas inicialmente tenían mayor posicionamiento económico, esto les permitió brindar una serie de beneficios que terminaron atrayendo a más hermanos, quienes al final terminaban contribuyendo económicamente con la hermandad, dotándola de más capitales y volviéndola más atractiva y prestigiosa. La situación económica de las cofradías no es desconocida en la historiografía; el trabajo más organizado sobre este punto corresponde al de Egoavil, quien afirmaba que existieron ocho instrumentos para obtener ingresos: las cuotas obligatorias, limosnas, donaciones, censos, capellanías, buenas memorias, patronatos y memorias dotales.

Las cuotas obligatorias eran el capital inicial con el cual una cofradía iniciaba su vida institucional; estaba compuesto por la contribución individual que cada hermano brindaba al ingresar a la corporación, por ello también se les conocía como “entradas”, es decir, el derecho que un privado pagaba para congregarse. La suma variaba de acuerdo al estatus y posición de la cofradía; por ejemplo, el Santo Cristo Burgos cobraba 500 pesos de entradas, mientras Nuestra Señora del Rosario exigía solo 100 pesos; esta fue la cantidad que Francisco Martín de Layseca y otros hermanos admitidos pagaron en 1729¹⁷¹. Las cofradías populares exigían cantidades menores, por ejemplo, el Rosario compuesta por indios cobraba 4 reales, es decir, un valor 200 veces menor a su contraparte española; por ello, Egoavil afirmaba que el valor de las entradas distinguía a las cofradías, porque sumas altas solo podían ser pagadas por personajes adinerados (1986: 3). El pago no necesariamente se hacía por entero, podría fraccionarse como sucedió con Carlos Aspilueta, cofrade del Rosario, quien en 1702 aún debía 50 pesos de la entrada, y tenía un año para cumplir con la deuda. Asimismo, en algunos casos, la entrada podía ser dispensada para los herederos de algunos personajes importantes de la cofradía; por ejemplo, a los hijos de Joseph Tagle Bracho se les permitió el ingreso sin costo alguno “en atención a los servicios” del padre¹⁷². Sin embargo, no todas las cofradías cobraban una cantidad fija de entrada, algunas como Nuestra Señora de los Remedios exigía que cada hermano pagase de acuerdo a su voluntad¹⁷³.

La limosna fue otro instrumento de capitalización; estas eran recogidas durante las misas en las iglesias, capillas, calles, puentes y principales vías de la ciudad; para ello se colocaban mesas con efigies de santos y flores, sobre todo, durante los momentos festivos de la

¹⁷¹ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 055.

¹⁷² AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 055.

¹⁷³ AAL, Cofradías, Leg. XXVII, Exp. 50, 1650.

ciudad, pues había mayor aglomeración de población (Egoavil 1986: 7). La recolección era realizada por los propios hermanos, quienes establecían turnos para cumplir la tarea. Los libros de cuenta de Ángel Ventura Calderón e Isidro Gutiérrez de Cosío, mayordomos de Nuestra Señora del Rosario en 1731 y 1742 respectivamente, evidencian que parte de los ingresos corporativos provenían de este concepto; y los hermanos estaban obligados a realizar la recolección desde abril (mes posterior a las elecciones internas) hasta marzo del siguiente año. Hombres prestigiosos como Domingo de Unamuzanga, Pedro Gonzáles Salmón, Martín Dulce Armas y el mismo Ángel Ventura cumplieron responsablemente este encargo. Sin duda, esta fue la forma de capitalización más pública de la cofradía, pues a diferencia de la entrada o censos que eran realizadas a través de gestiones internas, la limosna se realizaba ritualmente.

El éxito en la recolección de la limosna estaba condicionado por el prestigio de la cofradía, pues las que tenían mayores dignidades recibían mejores limosnas; también importaba la naturaleza de la advocación, pues aquellas dedicadas al culto de Jesucristo o la Virgen María tenían más fieles (Egoavil 1986:7). Las cofradías de esta investigación eran marianas; dedicaban su culto a la Virgen del Rosario y Aránzazu, por ello tuvieron una singular difusión; incluso el virrey en 1590 le escribía a Felipe II una carta en la que afirmaba que existían cofradías “muy ricas” como la del Rosario; en el siglo XVII, esta corporación recibía 1000 pesos de limosna; aunque la Veracruz, la Purísima Concepción y el Santísimo Sacramento las superaban en ingresos, pues percibían 2,000, 2,500 y 3, 200 pesos cada una (Rodríguez 1995: 26).

Cuadro 10

Cuenta de la recolección de limosna realizada por los Hermanos 24 del Rosario en la calle				
	1731/1732		1742/1743	
Mes	Hermano 24	Monto (en pesos)	Hermano 24	Monto (en pesos)
Abril	Francisco de los Santos y Pedro de Ojeda	20	Miguel de Echevarría	50
Mayo	Marcos de Uceda	28	Diego Ladrón de Guevara	50
Junio	Ángel Ventura Calderón	69	Juan Joseph de Aliaga	50
Julio	Ángel Ventura Calderón	40	Juan Antonio de Matienzo	64
Agosto	Francisco Guemez Calderón	29	Pedro Gonzáles Salmón	20
Setiembre	Pedro de Vargas	18	Domingo de Unamuzanga	62
Octubre	Felipe de Uceda	43	Joseph de Villanueva	43
Noviembre	Martín Dulce Armas	54	Juan Joseph de García	47
Diciembre	Juan Ruíz de la Vega	31	Juan de Mujica	83
Enero	Gaspar de Herrera	60	Pablo de Laurrunaga	42
Febrero	Cipriano de Tejeda	30	Juan de Rivera Santacruz	15
Marzo	Antonio de Arévalo	35	Francisco del Pozo	46
	Total	460	Total	572

Fuente: ABHPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 038

Las donaciones y el capital no productivo (alhajas, vestidos de santos, plata labrada, inmobiliario e incluso esclavos) también fueron importantes en el empoderamiento económico

de las cofradías; si bien no eran considerados bienes de capital, pues no generaban ingresos monetarios, sí podían ser alquilados a otras entidades y solventar situaciones críticas (Egoavil 1986: 9). Además, generaban mayor ostentación, poder de atracción y distinción, pues solo las cofradías con mayor poder económico podían adornar su templo y capillas con alhajas. Muchos de estos bienes fueron donaciones de cofrades como constan las disposiciones testamentarias, y en otros casos, los mayordomos usaban los sobrantes de las rentas de la cofradía para adquirir estos bienes; transacciones que se hacían muchas veces entre las mismas cofradías; por ejemplo, la hermandad de la Candelaria le compró una corona de platas y piedras preciosas a Nuestra Señora del Rosario. Las alhajas fueron bastante apreciadas, pues podían liberar de apuros en periodos de crisis financieras, por ello, el juzgado de cofradías supervisaba el inventario y manejo de estos bienes, así como también lo hacía con los vestidos y plata labrada. El cuidado de estos bienes era de suma importancia, y la desaparición de algunos ocasionó varios conflictos, cuando no escándalo; por ejemplo, en 1690 el mayordomo de la cofradía de San Antonio de Padua acusó a Josepha Grifo de poseer unos blandones de plata de la cofradía y que no quería devolver, pues ella alegaba que se los entregaron como empeño por un préstamo que hizo al anterior mayordomo; al final la susodicha no recibió el dinero prestado, y en cambio fue excomulgada¹⁷⁴.

Las capellanías fueron otra forma de capitalización; consistían en recibir el encargo y la facultad de disponer de las rentas de un bien inmueble para celebrar determinado número de misas por el alma de un particular; y los sobrantes podían invertirse en alguna obra social (Egoavil 1986). Este instrumento fue tan popular, que ya el I Concilio Limense mostraba su preocupación por la difusión de las capellanías particulares, pues las cofradías al tener que ofrecer misas obligatorias, afectaban a las que debían darse en los días de las fiestas principales (Vargas Ugarte 1951: 43). Sin embargo, pese a lo dicho, el principal movimiento económico de las cofradías fue el censo. Este instrumentó empoderó a las cofradías, ya que permitió se convirtieran en verdaderas instituciones de crédito, además se adueñaron de una gran cantidad de inmuebles en la ciudad; incrementando su relación con la élite local y permitiendo el ascenso social de sus mayordomos (Egoavil 1986; Lévano 2010).

El censo era un recurso financiero mediante el cual un capitalista prestaba dinero sometido a un interés (2 o 3 por ciento) con la garantía de la hipoteca de una propiedad inmueble. En el contrato de censo se estipulaba una serie de compromiso entre las partes (Egoavil 1986: 12). El censo podía ejecutarse desde dos roles, como otorgante o receptor de dinero. En el primer caso, los préstamos se hacían a privados que tuviesen una buena imagen crediticia; en la aplicación práctica, las cofradías del Rosario y Aránzazu usualmente prestaban dinero a personajes de la élite local como los comerciantes exitosos con los cuales estaban

¹⁷⁴ AAL, Cofradías, Leg. LI: Exp. 20, 1690.

relacionados a través de redes clientelares; esta fue otra extensión de la solidaridad interna, pues se utilizaban los fondos corporativos como créditos censales (Quiroz 1993: 74-75). Los censos otorgaban una renta segura a la cofradía, financiando sus obligaciones, obras sociales, mantenimiento de capilla y fiestas; además garantizaban que la hermandad recibiría lo prestado más el interés correspondiente o de lo contrario podría adueñarse de la propiedad, rematarla o alquilarla y así obtener mayores capitales. Gracias a este sistema, las cofradías se hicieron dueñas de una gran cantidad de inmuebles por toda la ciudad, ya que con los capitales acumulados podían comprar nuevas propiedades e invertir en ellas para arrendarlas.

Así, para fines del siglo XVIII, el 90 por ciento de viviendas de la ciudad producían rentas para cofradías como las del Rosario, la Soledad y Concepción (Egoavil 1986: 13, Von Wobeser 2010: 140-147). Usualmente las cofradías alquilaban estos inmuebles como casas particulares a través de contratos, y las rentas que se generaban eran usadas en otras transacciones económicas como préstamos directos y más inversiones inmobiliarias, por ejemplo, Nuestra Señora de Aránzazu invirtió 5, 000 pesos en siete tiendas que estaban en el callejón de los petateros por las cuales recibió el 5 por ciento anual, es decir, 250 pesos (Luque Alcaide 1998: 99). Por su parte, Nuestra Señora del Rosario fue una de las que más propiedades gozaban; en parte debido a las donaciones de hermanos y devotos como Benito Pacheco y Florencia Chávez que legaron sus casas en 1632 y 1641; nuestros personajes como Ángel Calderón Santibáñez y Pedro Gutiérrez Cosío también donaron algunos inmuebles¹⁷⁵.

Los mayordomos, al ser los máximos responsables de la cofradía, se convirtieron en los principales agentes de las anteriores operaciones; decidían la venta, compra de inmuebles y sus posteriores arrendamientos; todo ello debía ser declarado en el informe final de su gestión como lo hicieron en 1695 Antonio de Soto y Marcos de la Estrada, mayordomos del Rosario, pues remataron la casa que en 1652 donó Andrés López¹⁷⁶. Así, los mayordomos eran los responsables de la base económica de la hermandad, podían enriquecerla o empobrecerla, de ahí que el éxito económico de una cofradía dependiese de la capacidad financiera, prestigio social y poder político de estos personajes (Egoavil 1986: 15). Por ello fue importante la fama de “buen administrador”, un arquetipo de los comerciantes burgueses del antiguo régimen, ya que los mayordomos debían equilibrar el gasto dispendioso que otorgaba estatus con el gasto necesario como fiestas y obras sociales; una habilidad que se gestaba, muchas veces, producto de la experiencia en los propios negocios comerciales.

La riqueza inmobiliaria que gozó Nuestra Señora del Rosario durante el siglo XVIII está fuera de toda duda; en esta época ya recibía rentas de la productiva chacra Macas, donada en 1609 por Andrés de Vera¹⁷⁷; esta fue probablemente la mayor propiedad rural de la cofradía; se

¹⁷⁵ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libros 002, 003 y 007.

¹⁷⁶ AAL, Cofradías, Leg. LI, Exp. 21, 1697.

¹⁷⁷ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 006.

encontraba en el valle de Carabayllo, producía bienes de panllevar y estaba arrendada por Francisco Moreno, quien ganaba un total de 2, 646 pesos de utilidad, y a su vez debía entregar al Rosario 1, 350 pesos como estipulaba el contrato (Vega de Cáceres 1996: 208). Si tomamos en cuenta que el terremoto de 1746 y los cambios independentistas alteraron el orden inmobiliario de la ciudad, podemos darnos cuenta de la gran influencia material de la cofradía, pues aún con esas limitaciones, en pleno siglo XIX el Rosario poseía como propiedades un gran contingente de chacras, haciendas, fincas y casas en todo Lima y Callao (Armas 2010: 196).

Todos los ingresos de la cofradía debían ser colocados en una caja conocida comúnmente como “de tres llaves” o “dos llaves”; su ubicación era conocida por toda la hermandad, pero su acceso estaba limitado a los mayordomos. El artefacto era una tradición y los jueces de cofradías a menudo recomendaban a los mayordomos depositar ahí el dinero de dotes y obras pías¹⁷⁸. Incluso, muchos integrantes de la congregación usualmente pedían a los nuevos mayordomos que resguardasen en la caja el dinero recaudado¹⁷⁹. Esto revela las preocupaciones por las medidas de seguridad en torno a la riqueza corporativa, pues se conocía que ese artefacto contenía los restantes, réditos y limosnas cobradas. Era una especie de caja fuerte ubicada en la casa de uno de los mayordomos, y las llaves estaban en manos de los dirigentes principales, aunque a veces un hermano de relevancia también podía tener algún tipo de acceso como sucedió en la cofradía de Nuestra Señora de los Remedios¹⁸⁰.

Asimismo, los ingresos por estas operaciones debían ser anotados en los libros de cuentas de la hermandad; esto era una obligación del mayordomo saliente y si no se cumplía se originaban denuncias y litigios, como sucedió en 1697 cuando Luis de Mendoza, defensor general de las cofradías, exigió a Domingo de Jesús, mayordomo del Rosario, la presentación de las cuentas de su tiempo, pues no lo hizo oportunamente¹⁸¹. Sin embargo, estos libros y muchos otros eran generados por un aparato amplio de cobradores, contadores, procuradores y escribanos que llevaban las memorias de las operaciones que realizaban; la falta de estos documentos también generaba litigios, por ejemplo, en 1680 Juan de Llanos, procurador de la Audiencia y mayordomo de San Felipe Neri, denunció ante Juan de Mansilla, juez de obras pías, a los cobradores Antonio Barreto Castro y Francisco Rivero de Peralta, pues entregaron unos libros de cobranza de limosna poco aptos, pues les faltaba la “claridad y detalle” del número de hermanos y las deudas pendientes, todo ello generaba -según el mayordomo- confusión¹⁸².

¹⁷⁸ AAL, Cofradías, Leg. XXXI, Exp. 26, 1668.

¹⁷⁹ AAL, Cofradías, Leg. XXVII, Exp. 35, 1650.

¹⁸⁰ AAL, Cofradías, Leg. XVII, Exp. 5, 1650.

¹⁸¹ AAL, Cofradías, Leg. LXX, Exp. 30, 1697.

¹⁸² AAL, Cofradías, Leg. 21, Exp. 16, 1680.

2.5. La espiritualidad de las cofradías: celebraciones y prerrogativas.

El mundo espiritual de una cofradía se sustentaba en las manifestaciones rituales, es decir, en las fiestas y procesiones, donde conseguían aceptación pública y prestigio. La fiesta era un elemento organizador de la sociedad, pues jerarquizaba y definía los roles de cada individuo. Montoya propone que en el periodo virreinal las fiestas no tenían solo un fin evangelizador, sino también poseían connotaciones políticas, pues a través de estas se demostraba el poder (2010: 143). No obstante, en una sociedad dominada por la piedad religiosa, las procesiones no han sido suficientemente estudiadas. Es bien conocido que las cofradías iniciaban litigios por proteger sus prerrogativas y reclamar lugares privilegiados en las ceremonias, pues la ruta, el lugar, los días y horas de salida, las puertas de ingreso; y en general ¿qué lugar ocupar?, ¿estar cerca de quién? o ¿dónde sentarse? eran cuestiones que no solo designaban orden, sino ante todo jerarquía y preeminencia.

Para acercarnos a la disposición, orden y preeminencia de las cofradías durante las celebraciones debemos remitirnos a las fuentes generadas por las autoridades religiosas. Así, tenemos los informes de Feliciano de la Vega, canónigo de la catedral en 1629, y Jesús Dávila Falcón, provisor del arzobispado en 1675. En ambos documentos se evidencian expresamente las rutas de procesión, los días y horarios de salida de las cofradías, así como el orden en el que debían salir durante la Semana Santa. Al parecer, hasta 1629 no se tenía un horario fijo, incluso, las celebraciones se hacían de noche, pero por disposición canónica se ordenó el culto. Así, las cofradías estaban prohibidas de salir de sus templos al mismo tiempo, pues debían seguir el orden de prerrogativa e importancia¹⁸³. Es decir, primero debía salir una cofradía a cumplir con la ruta establecida, y una vez hecho esto, recién podía salir otra. En concreto, las normas establecían como días de salida los miércoles, jueves y viernes santo; las procesiones comenzarían luego de las 4 de la tarde; y las cofradías debían salir de su templo hacia la catedral y de ahí visitar las estaciones dispuestas como iglesias y/o monasterios. Las cofradías participaban solo en alguno de los días señalados, salvo la de Jesús Nazareno que salía el miércoles y jueves santo; las demás cofradías preeminentes fueron la Veracruz (Santo Domingo), Nuestra Señora de la Piedad (La Merced) y Nuestra Señora de la Soledad (San Francisco)¹⁸⁴..

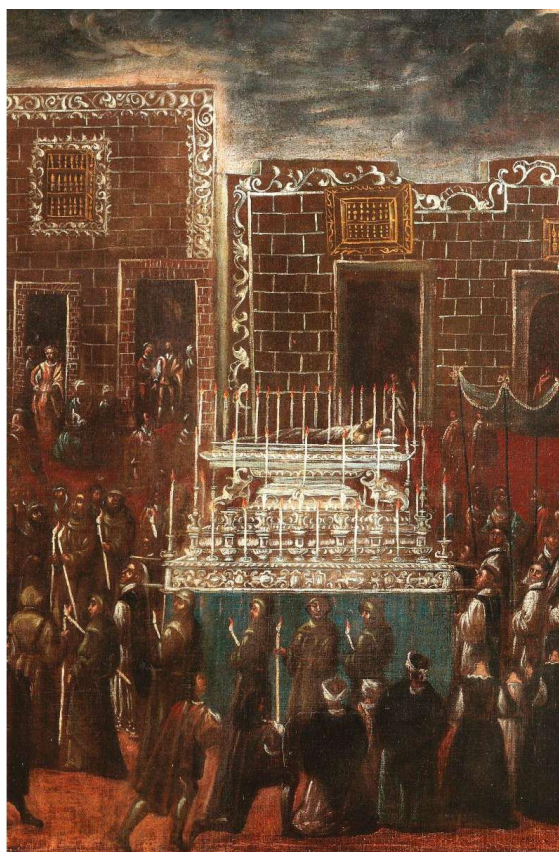
Las disposiciones sobre rutas y horarios de salida eran notificadas por escrito a los mayordomos y debían ser cumplidas so pena de excomunión. En estas fiestas se demostraban las preeminencias de las cofradías, aunque como hemos visto eran los dominicos quienes tenían mayores prerrogativas, pues sus hermandades salían primero. El informe de Dávila en 1675

¹⁸³ El orden de las cofradías en las procesiones estaba regido por el criterio de precedencia, y la alteración de este orden reflejaba las tensiones de la sociedad (López Muñoz 1994: 670).

¹⁸⁴ AAL, Cofradías, Leg. XLVII, Exp. 3, 1629/1654.

presentaba ligeros cambios, ya que las fiestas no eran inalterables, por el contrario, se complejizaban y jerarquizaban. Por ejemplo, en esta época fue incluida como cofradía principal la del Santo Cristo Burgos; a su vez, se detalló con mayor precisión la entrada que debían tomar durante el ingreso a la Catedral; las paradas a realizar, y el tiempo que debía tomarse para ejecutar toda su procesión, que era cuatro horas. El tiempo no era problema durante el miércoles santo, pues solo una cofradía recorría la ciudad, pero los jueves y viernes sí se permitió que dos cofradías recorrieran la ciudad en diferentes momentos, una salía a las cuatro de la tarde y la otra a las seis¹⁸⁵. Esto garantizaba una continua recurrencia y compañía de fieles desde la Plaza Mayor hasta los espacios que rodeaban a las cinco iglesias principales. Al parecer, esta orden se siguió repitiendo en los años posteriores, pues así lo decretó el arzobispo Pedro de Villagómez en 1682 (Reverter-Pezet 1985: 20-21).

Ilustración 12



Anónimo. Detalle del lienzo de la procesión del Viernes Santo en el que participó la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad (1665-1670)

Fuente: Lévano (2018)

No solo las cofradías de españoles participaban del ritual, también lo hacían aquellas compuestas por naturales y hombres esclavizados; por ejemplo, en 1620 Feliciano de la Vega

¹⁸⁵ AAL, Cofradías, Leg. LVI-A, Exp. 9, 1675

estableció el orden en que debían salir en procesión las cofradías de esclavos tomando como criterio la etnia y antigüedad, donde las más preeminentes fueron Nuestra Señora de la Antigua, Nuestra Señora del Rosario (de negros), Santa Justa y Rufina, y Nuestra Señora de los Reyes (Tardieu 1997: 550). Asimismo, tenemos el informe del canónigo Juan de Cabrera Benavides de 1622 en el que aseveraba haber notificado las disposiciones para la celebración de Semana Santa a algunas cofradías de naturales como las de Nuestra Señora del Rosario, Nuestra Señora de la Candelaria, Nuestra Señora de Copacabana, entre otras¹⁸⁶.

Acosta señala que el ritual religioso iba más allá de las disposiciones formales, pues las cofradías intervenían con un conjunto de símbolos litúrgicos (estandartes y cetros); y las imágenes de santos eran cargadas por cofrades que usaban una vestimenta especial, ya que los mayordomos aprovechaban estas ocasiones para ostentar su prestigio y riqueza (1997: 63). Evidentemente, la Semana Santa no fue el único ritual en el que participaban las cofradías; el Corpus Christi, cuyo objetivo era presentar una imagen del ideal de sociedad, también demandaba la participación de estas corporaciones, ordenadas según su prestigio¹⁸⁷; por ello, en 1699 el canónigo Martín Reyes demandó la asistencia de cofradías como Nuestra Señora del Rosario, Jesús Nazareno, San Crispín y San Crispiniano, Nuestra Señora de la Soledad, Nuestra Señora de la Concepción, etcétera¹⁸⁸.

Asimismo, en el Corpus Christi se mezclaban las cofradías de prestigio con aquellas compuestas por los sectores populares; pues la fiesta evocaba la imagen de la sociedad y gobierno virreinal, es decir, un cuerpo estructurado donde coexistían las repúblicas de españoles, indios y la nación africana. Tenemos pocas fuentes para saber la posición de cada cofradía, pero sí tenemos la certeza que todas estaban obligadas a asistir a la fiesta con pena de excomunión si faltaban¹⁸⁹; debían formarse delante de la catedral ocupando la plaza principal el día señalado a las ocho de la mañana junto con sus estandartes, andas, imágenes y ornamento necesario para el recorrido de las calles¹⁹⁰. Estas disposiciones formales se siguieron cumpliendo con el tiempo, pues en 1713 el canónigo Pedro de la Peña notificó a los

¹⁸⁶ AAL, Cofradías, Leg. XLVII, Exp. 2, 1622.

¹⁸⁷ James señala que el Corpus Christie fue una fiesta medieval que congregaba en una procesión a todos los grupos sociales, tanto a los oficiales religiosos como los sectores políticos y el pueblo (1983: 3-5).

¹⁸⁸ AAL, Cofradías, Leg. XXVII, Exp. 31, 1699.

¹⁸⁹ Un informe de 1754 confirma que las cofradías compuestas por sectores populares participaban activamente del Corpus Christi; pues fueron convocadas para el paseo ritual hermandades compuestas por españoles pobres, mulatos, negros e indios; entre todas, sobresalieron las cofradías del Rosario (las de naturales, mulatos y negros), de hecho, estas lideraban la comparsa de sus respectivos grupos; también participaron las cofradías de la Candelaria, Santa Cruz y San Crispín y San Crispiniano (San Lázaro), Santa Rosa, San Benito y Nuestra Señora de la Candelaria (San Francisco), San Miguel (San Agustín), Nuestra Señora del Consuelo (La Merced); y desde la iglesia del pueblo de Cercado participaron las cofradías de Santiago, San Pedro y la Candelaria; también las hermandades de la Compañía de Jesús, Nuestra Señora de la Concepción, Nuestra Señora de Loreto, San Joaquín y el Niño Jesús (Santa Ana) (AAL, Cofradías, Leg. XLII, Exp. 18, 1754).

¹⁹⁰ AAL, Cofradías, Leg. XXVII, Exp. 31, 1699.

mayordomos del Rosario y la Candelaria que asistieran a la dicha celebración con las condiciones ya expuestas¹⁹¹.

En cada celebración, las cofradías cambiaban de posición, rango y visibilidad. El orden no era el mismo en Semana Santa y el Corpus Christi, en esta última, por lo menos hasta 1630, participaban la Veracruz, la Piedad, la Soledad, Nuestra Señora de Loreto, etc.; más adelante también participaron el Santísimo Sacramento, Purísima Concepción, Nuestra Señora del Rosario, el Santo Cristo Burgos, entre otras. (Rodríguez 1995: 23; Reverter-Pezet 1985: 21-22). Claro está, existían otras celebraciones, ya que el calendario litúrgico de la ciudad era amplio; asimismo, cada hermandad tenía su propio día festivo. La fiesta principal de Nuestra Señora del Rosario era el novenario en octubre, la cual se realizaba el primer domingo de ese mes. La celebración duraba ocho días y en el último se ejecutaba una gran procesión, motivo por el cual se sacaba la imagen de la capilla y se le llevaba hasta la catedral con asistencia de hermanos y devotos. Joseph Mugaburu, quien en 1644 participó de la procesión como capitán, recogió la siguiente descripción:

Hubo en este novenario gran concurso de gente oyendo los predicadores; y todos predicaron sobre el mismo punto, que fue cuando la Madre de Dios estaba al pie de la cruz. Y sobre este punto hubo una alabanza de la Señora del Rosario muchas curiosidades, y a voto de todos, el trinitario había hecho un gran sermón. Hubo muchos fuegos; hubo muchos escuadrones de dos días, y de ida y vuelta, de a pie y de a caballo. Dispararon los escuadrones gran suma de tiros (1917: 5).

La fiesta varió poco, pues más de un siglo después, una descripción similar a la anterior fue brindada en la *Gazeta de Lima*. En efecto, el 8 de octubre de 1752 se realizó una ostentosa procesión en la que participaron nobles con luces en las manos; mientras los hermanos habían preparado un gran espectáculo y una nocturna serenata final que causó admiración y sorpresa entre los asistentes¹⁹². Lo esencial de las fiestas particulares de las cofradías fue el aura de prestigio que podían brindar, y ello dependía de los personajes con calidades que asistían, pues a mayor presencia de dignidades se proyectaba mayor prestigio en los hermanos 24 y mayordomos.

Tenemos conocimiento que a las fiestas del Rosario acudían regularmente miembros de los cuerpos militares, nobles y funcionarios; de hecho, Mugaburu relató que el mismo virrey marqués de Mancera cargó la imagen de la virgen junto con todos los miembros de la Real Audiencia. Lo anterior no fue una excepción, más bien era una práctica usual, y se debía a la connotación política del culto; por ejemplo, en 1671 el conde de Lemos ordenó una procesión

¹⁹¹ AAL, Cofradías, Leg. XLII, Exp. 8, 1713.

¹⁹² *Gazeta de Lima*, desde 25 de agosto hasta 14 de octubre de 1752.

del Rosario para alentar la victoria española contra los ingleses en Panamá, ya que aquella advocación fue preferida por encima de otras de igual importancia como Santa Rosa o la Inmaculada Concepción, ambas patronas de Lima. En esta fiesta además participaron órdenes religiosas, el cabildo, la Real Audiencia, y el mismo virrey que debido a su piedad cargó la imagen (Mugaburu 1917: 36). Cuando se recibió la noticia de la victoria española, nuevamente se alentó una procesión del Rosario. En 1681 el virrey Melchor Liñán y Cisneros volvió alentar otra procesión contra el peligro inglés, pero debido a su edad no cargó la imagen, solo lo hicieron los fiscales de la Audiencia (Mugaburu 1917: 211). Estas situaciones deben ser entendidas como la promoción de determinados cultos por parte de personajes de prestigio y poder en la corte, ya que al momento de animar el espíritu de la ciudad se podía obtener el rédito de ser identificado visualmente en estos rituales. El culto político del Rosario era generalizado, pues la misma virgen cuando llegó a Santa Fe en 1735 (Nueva Granada) fue recibida con fiestas, procesiones y visitas protocolares¹⁹³.

Así, la imagen del Rosario fue muy requerida para situaciones en las que peligraba la estabilidad del reino; su culto fue considerado un medio por el cual se conservaba la integridad política. Incluso, un virrey un tanto hostil hacia las autoridades religiosas como el duque de la Palata no dudó en recurrir a una procesión del Rosario en 1684 para agradecer la victoria de Carlos II sobre el imperio turco (Mugaburu 1917: 35). El culto se consolidó durante el siglo XVIII, esto se debía a la conexión de sus hermanos 24 con las autoridades políticas como el conde de Monclova, quien incluso donó algunos miles de pesos para la reparación de la bóveda corporativa, y por ello mandó que la Veracruz permitiese en su capilla el culto del Rosario (Firbas y Rodríguez 2019: 281).

La fiesta del Rosario siempre contó con la participación de autoridades políticas, nobles y militares. Asimismo, el espectáculo de ver al virrey cargar y pasear a la imagen debió generar efectos políticos en los espectadores, pues apreciaban como la encarnación del rey compartía el mismo espacio ritual con los mayordomos; por ejemplo, en 1684 el duque de la Palata acompañó con su corte el novenario del Rosario en 1684 (Mugaburu 1917: 236). Años después, cuando se estrenó el nuevo retablo corporativo en 1687, la cofradía desfiló junto al virrey y otros representantes de cuerpos políticos por las calles y la plaza mayor donde fue recibida con disparos marciales de salva, que en los rituales del sonido anunciaban la llegada de una alta dignidad. La virgen también salió en procesión cuando las tropas del rey combatían en ultramar y para consolar a los limeños durante la epidemia de 1749 (Walker 2012: 29; Mazet 1985: 98). De hecho, en 1714 el virrey Ladrón de Guevara ordenó que el Rosario saliera en procesión para celebrar la aparición de las sagradas hostias que habían sido robadas. En la crónica se adjugó la

¹⁹³ Pedro de Tobar y Buendía, *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagrosa de la imagen de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquira que está en el Reino de Granada*, Madrid: Antonio Marin, 1735, f. 97-100.

presencia de la nobleza y el mismo virrey adoró la imagen (Peralta 1714). Las relaciones y descripciones que se realizaron sobre los terremotos que asolaron Lima también evidencian que el Rosario fue paseada para consolar a la población; mientras el virrey junto con su corte y funcionarios acompañaban el cortejo como sucedió en 1687 y 1746 (Odrizola 1863).

Tenemos menos descripciones sobre la fiesta de Aránzazu. Sabemos que se celebraban los 15 de agosto, el mismo día del culto a la Virgen de la Asunción. Como indican sus constituciones, las fiestas se realizaban en honor a la virgen de Aránzazu y al Santo Cristo. A su vez, organizaban otra fiesta en honor a la Invención de la Cruz en mayo, pues Gregorio XVI concedió un jubileo a todos los hermanos de esta cofradía que fuesen a confesarse en esa fecha. La fiesta era igual de ostentosa a sus coetáneas, ya que las cuentas de los gastos rituales demandaban sumas importantes de dinero para la compra de materiales ostentosos. También se conoce que la cofradía salía en procesión en momentos críticos del reino, y en esas ocasiones rituales participaban el virrey y otras autoridades (Otaño y Díaz 2008: 237-239; Luque Alcaide 1998: 101).

La participación de las altas autoridades virreinales en las fiestas religiosas en algunos casos era imperativa, ya que el virrey, al ser la encarnación del monarca, debía garantizar la armonía del cuerpo social de forma simbólica y visual, así estaba obligado a asistir a las fiestas oficiales como también a las celebraciones de Semana Santa y Corpus Christi, ya que estas favorecían la proyección del poder real a partir de su teatralización pública (Hunt 2008: 3). También las Leyes de Indias decretaban que los virreyes y todos sus ministros debían acompañar obligatoriamente al Santísimo Sacramento, y en 1572 el virrey Toledo formalizó esta disposición para todas aquellas provincias donde se realizasen cultos religiosos. Usualmente los virreyes y sus oidores recorrían las iglesias durante la Semana Santa para demostrar su fe, y según las actas del cabildo, los integrantes de este cuerpo reconocían la importancia del evento (Acosta 1997: 57, 61, 63-64). Sin embargo, pese a lo expresado, la participación muchas veces fue simbólica. Algunos virreyes no cumplían con la costumbre establecida, así podían portar el palio en las procesiones, solo presenciar el recorrido desde su balcón en palacio, incluso, algunos no asistían. En ese sentido, los virreyes adoptaron diversas actitudes ante los rituales religiosos aun conociendo su importancia política (Pérez Samper 2012: 431); por ejemplo, el marqués de Villagarcía en 1744 solo miró desde su balcón algunas procesiones durante la Semana Santa y en otras festividades ni siquiera asistió¹⁹⁴. Pero lo más interesante del asunto fue que los virreyes a decisión personal sí acudían a algunas fiestas particulares de las cofradías.

En 1649 el conde de Salvatierra asistió a las fiestas de la Veracruz y el Santo Crucifijo; en 1662 el conde de Santisteban participó junto a su séquito en la fiesta de la Inmaculada

¹⁹⁴ *Gazeta de Lima*, 29 de marzo hasta 20 de mayo de 1745.

Concepción, el evento al que con mayor asiduidad participaban los virreyes, pues en el siglo XVIII el marqués de Villagarcía junto con sus tribunales siempre asistió a esta fiesta (Mugaburu 1917: 15). Aunque hubo ordenanzas reales que disponían que los virreyes y su corte participasen en estas celebraciones, es bien cierto que hubo cierta libertad de los vicesoberanos, y su presencia física evidenciaba, sobre todo, sus preferencias personales por ciertos cultos locales; asimismo, indica que el virrey estaba conectado con ciertos miembros de las hermandades, quienes podían garantizar a la mayor dignidad del virreinato en su fiesta corporativa. De ahí la importancia de dirigir las cofradías, pues se aseguraba un gran prestigio al compartir el espacio visual y ritual con el virrey. Por ejemplo, en el siglo XVIII el conde de Monclova, sus oidores y la nobleza local participaron en las fiestas de San Francisco Borja, San Nicolás Bari, Santa Rosa y la Inmaculada Concepción; el marqués de Villagarcía y el conde de Superunda hicieron lo propio en las fiestas de la Purísima Concepción, Santo Cristo Burgos, Nuestra Señora de la Soledad, San Antonio, la fiesta de la Asunción, Santa Rosa, entre otras (Firbas y Rodríguez Garrido 2017: 65, 70, 114, 151 y 168)¹⁹⁵.

Las cofradías de prestigio estaban convencidas de sus calidades y prerrogativas y no dudaron en iniciar pleitos con tal reafirmarlas. Los documentos elaborados por el Juzgado de cofradías evidencian estos constantes litigios entre corporaciones. Quizás la cofradía que con mayor recurrencia reafirmaba su poder era la Veracruz. No era para menos, era la corporación que albergaba a la élite local y estaba muy bien relacionada con las autoridades virreinales, por ello siempre era favorecida. Por ejemplo, en 1624 Fernando Sotomayor, mayordomo de la Veracruz, consiguió que su cofradía precediese a todas las demás en Semana Santa apelando a la antigüedad. Como vimos, tuvo éxito. En 1742, la cofradía del Santo Crucifijo intentó mermar esta prerrogativa, pero no lo consiguió, ya que desde el I Concilio Limense se estableció que en las procesiones el criterio que determinaría el orden sería la antigüedad (Vargas Ugarte 1945: 61)¹⁹⁶. Asimismo, la Veracruz en 1660 logró que el Santo Cristo Burgos no realizase su fiesta los tres de mayo, pues la primera alegó que coincidía con sus propias celebraciones. Los mayordomos Francisco de Valverde y Nicolás Fernández, nobles de la ciudad y caballeros de órdenes militares, declararon que desde su fundación la Veracruz siempre había celebrado su fiesta en esa fecha. La intervención del arzobispo Villagómez favoreció la demanda de la primera cofradía ordenando que el Santo Cristo Burgos no siguiera con sus pretensiones so pena de multa¹⁹⁷. Lo anterior demuestra que las prerrogativas no se limitaban a la posición durante las procesiones, había muchas otras en juego, y se utilizaron diversos argumentos para reclamarlas

¹⁹⁵ *Gazeta de Lima*, 10 de noviembre hasta fin de año de 1744; 29 de marzo hasta 20 de mayo de 1745; 20 de mayo hasta 09 de julio de 1745; 01 de noviembre de 1745 hasta 15 de enero de 1746; 01 de diciembre de 1749 hasta 20 de enero de 1750; 01 de abril hasta 21 de mayo de 1751; 01 de julio hasta 25 de agosto de 1752; 25 de agosto hasta 14 de octubre de 1752; 18 de junio hasta 08 de agosto de 1753.

¹⁹⁶ AAL, Cofradías, Leg. XXXI, Exp. 10, 1624.

¹⁹⁷ AAL, Cofradías, Leg. XXI, Exp. 8, 1660.

como la costumbre, antigüedad o concesión real; el caso también evidencia que las concepciones de justicia en la época estaban mediadas por preferencias personales y reconocimiento de privilegios; por ello, Francisco Sánchez Nava, mayordomo del Santo Cristo Burgos, mencionó que las autoridades siempre amparaban a la Veracruz en sus litigios.

Nos interesan, sobre todo, los litigios protagonizados por Nuestra Señora del Rosario, pues en esas situaciones nuestra cofradía demostró su poder, influencia y prerrogativas reales. En 1727 Benedicto XIII concedió a la cofradía del Rosario el privilegio de sacar una procesión solemne el día principal de su festividad con el objetivo de conseguir mayor prestigio y fieles; al año siguiente, el canónigo Andrés de Munive confirmó la prerrogativa pues otorgó a la hermandad un espacio en la plaza para desplazarse y propagar su culto¹⁹⁸. Muchas de estas concesiones habían sido alentadas por los dominicos que gustaban ostentar a sus cofradías más prestigiosas (la Veracruz y el Rosario); por ello, José Sánchez, procurador de la orden, alegó las diferentes bulas papales que favorecían a nuestra cofradía, siendo una de las principales, la prerrogativa que mandaba que solo la iglesia dominica podía albergar el culto al Rosario¹⁹⁹. Este privilegio era importante, pues a diferencia de muchas otras advocaciones en Lima, no podía ni debía existir otra cofradía del Rosario en la ciudad, más allá de la establecida en el recinto dominico; y esto valía para todo el orbe cristiano, pues en 1663 el arzobispo de Nueva Granada alegó lo mismo²⁰⁰. Por ello, en 1701 una cofradía del Rosario fundada en la iglesia de San Lázaro fue obligada a cambiar su advocación como exigían los mayordomos rosarinos de la iglesia dominica y las mismas autoridades.

Asimismo, el Rosario obtuvo la prerrogativa de llevar la cruz alta, la estola, insignia, pendón y estandarte; los dos primeros eran símbolos que ninguna otra cofradía podían ostentar sin licencia real, y a su vez, eran fetiches que incrementaban la preeminencia visual. Muchas cofradías como Nuestra Señora de la Piedad y Nuestra Señora de la Soledad trataron de impedir que el Rosario use estos símbolos en los entierros, pues vulneraba sus derechos, ya que aducían eran las más antiguas en usar estos recursos²⁰¹. La situación anterior evidencia como antiguas hermandades preeminentes eran testigos de la consolidación del Rosario, que empezó a ganar prestigio, poder y favor. Sebastián de Valladolid, mayordomo de nuestra cofradía, sustentó la antigüedad de su hermandad y su derecho a usar estos símbolos. Finalmente, la Real Audiencia le dio la razón, pues alegó que el mismo pontífice había mandado que el Rosario podía enterrar a sus muertos usando estos símbolos sin necesidad de licencia.

En la época, Sebastián de Valladolid trató de posicionar y enaltecer a su cofradía en el espectro religioso limeño, y convertirla en una de las corporaciones más influyentes de la ciudad, por ello, no le bastó solo con usar los símbolos visuales del poder, sino que incluso

¹⁹⁸ AAL, Dominicos, Leg. XI, Exp. 12, 1728.

¹⁹⁹ AAL, Cofradías, Leg. XLII, Exp. 5, 1701/1703.

²⁰⁰ Pedro Tobar y Buendía, *Verdadera histórica de la relación...*, 1735, f. 97-100.

²⁰¹ AAL, Cofradías, Leg. XIX: Exp. 1, 1621/1622.

pretendía alterar el orden de las procesiones aumentando el espacio visual que les pertenecía. Así, durante las procesiones de la Semana Santa en 1620 el Rosario vulneró e invadió la procesión de la Purísima Concepción, hecho que ocasionó una furibunda queja de los mayordomos de esta última, iniciando un litigio, donde declaraban que la primera tenía la intención de transgredir sus calidades²⁰². Lo mismo sucedió en 1739, cuando los mayordomos de Nuestra Señora de la Misericordia también adujeron que el Rosario intentó vulnerar el orden de la procesión colocándose por delante de ellos²⁰³. Más allá de los resultados, algunos favorables, otros poco adversos para el Rosario, estos hechos demuestran el sentido de invulnerabilidad que poseían sus mayordomos y sus intentos por posicionarse como la cofradía más poderosa de la ciudad²⁰⁴.

Otro elemento que evidenciaba el poder económico y simbólico de las cofradías fue el lujo demostrado durante las celebraciones, hecho que ocasionó varias quejas y censuras eclesiásticas. En el siglo XVIII, Nuestra Señora del Rosario fue vista como una de las cofradías más lujosas y derrochadoras, por ello en 1740 el deán arzobispal ordenó que no celebraran su culto de forma estruendosa. La hermandad no acató la disposición, de hecho, aducía que tenía licencias para usar estos instrumentos, por ello pocos años después, quejas similares insistían en que las procesiones del Rosario estaban plagadas de desórdenes y abusos, pues en lugar de un culto modesto de acuerdo a los preceptos religiosos, se derrochaba dinero y se hacían grandes celebraciones con entradas ruidosas de música y cohetes que no tenían otro fin que atraer la mayor cantidad de fieles²⁰⁵. Esto se basaba en una cultura de las apariencias, que otorgaba un valor indudable a la ostentación, pues al realizar procesiones lujosas se proyectaba riqueza y distinción, de tal forma que las cofradías más ostentosas estaban por encima de otras con menos inversión, ya que las procesiones no solo contribuían en el desarrollo espiritual de la población, también fueron instrumentos de propaganda política y social, pues consagraban públicamente a aquellos que poseían y exhibían el poder (Lévano 2006: 44). Esto generó que las fiestas de las cofradías requirieran música, misas, decoraciones, confites, fuegos artificiales, bebidas y comida; todo esto tenía un costo asumido por la cofradía. Estos gastos anotados en los libros de cuenta evidencian cómo se organizaba la fiesta. Por ejemplo, Nuestra Señora del Rosario invertía mucho dinero en estos instrumentos²⁰⁶, pues estaba dispuesta asumir estos costos con el

²⁰² AAL, Cofradías, Leg. XXXIX, Exp. 10, 1622/1628.

²⁰³ AAL, Cofradías, Leg. XIX, Exp. 2, 1739/1740.

²⁰⁴ Los conflictos por preeminencias también se presentaban en las cofradías compuestas por naturales y africanos esclavizados como lo sugieren Bowser (1977: 309) y Tardieu (1997: 551).

²⁰⁵ AAL, Cofradías, Leg. XLII, Exp. 14, 1740; Leg. LVII, Exp. 25, 1742. Las censuras sobre las fiestas de las cofradías se debían al espíritu reformador del siglo XVIII; incluso, en el ambiente rural se trató de controlar el lujo de las procesiones como fue el caso de los mayordomos de la cofradía del Santo Cristo de Huamantanga, a quienes se les prohibió desfilar con joyas de oro (AOH, Leg. 6, Exp. 10, 1737).

²⁰⁶ En los libros de cuentas se especificaban los gastos en joyas, vestimentas, andas, flores, plata labrada, aceite para las lámparas, cera, vinos, hostias, convites, papelería y también en diversos servicios, aquellos que limpiaban el altar y la capilla, otros que la cuidaban como vigilantes, los lavaderos que lavaban las ropas de las imágenes, y también campaneros, músicos, colgadores, decoradores, cargadores, todos ellos recibían un salario y algunos tenían el trabajo muy habitual que se habían vuelto especialistas en el rubro.

objetivo de realzar pública y visualmente a sus hermanos 24 y mayordomos. A veces se recurría a donaciones para conseguir cera y aceite, y en otros casos los mismos mayordomos disponían parte de su capital para la compra de algunos bienes (Egoavil 1986: 18)²⁰⁷.

Por último, las cofradías también tuvieron mucha influencia en el espectáculo de la muerte en Lima, ya que enterraban en sus criptas a sus congregados, pues como indica Benassar, en la época se creía que se podía acceder con mayor facilidad a los reinos de los cielos si se pertenecía a una cofradía y se era enterrado en su bóveda sepulcral (2001: 83). Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de Aránzazu, como parte de sus actividades de solidaridad, enterraban a sus hermanos cofrades. En los testamentos de sus congregados encontramos las disposiciones en torno al entierro, el lugar, la vestimenta y el acompañamiento de símbolos. Como la mayoría de sus cofrades eran comerciantes, su preocupación por la muerte se daba de forma temprana debido a los peligros que acarreaba los viajes en el mar. Nuestros personajes elaboraron diversos testamentos en el cual siempre declaraban la forma en que deseaban ser enterrados, y por supuesto, siempre se dispuso que el cuerpo fuera dispuesto en la bóveda de su cofradía como lo hicieron los Calderón y los Gutiérrez de Cosío²⁰⁸. La posibilidad de enterrar muertos era uno de los principales atractivos de la cofradía, ya que uno deseaba inscribirse como hermano si podía asegurarse un espacio en la bóveda corporativa. El asunto era de importancia, pues generaba réditos económicos; por ello cuando los terremotos afectaban dramáticamente las bóvedas y la cofradía se veía imposibilitada de enterrar a sus hermanos veía como sus limosnas, devotos y fieles se reducían²⁰⁹.

Hasta aquí hemos tratado de bosquejar el espacio de acción de nuestros personajes, la cofradía, y al remarcar su importancia simbólica, ceremonial y económica hemos brindado el suficiente contexto para indicar que esta institución no tenía solo un carácter religioso, sino estaba vinculada directamente con el poder. Ahora corresponde saber cómo nuestros personajes utilizaron este espacio para integrarse y formar redes políticas cohesionadas que permitían el empoderamiento y ascenso social.

²⁰⁷ AGN, Colección Francisco Moreyra, Leg. 29-805, 1793 y Leg. 99, s/f.

²⁰⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 270, 1721, f. 978.

²⁰⁹ Las nuevas políticas de sanidad e higiene que la ciudad experimentó en los siglos XVIII y XIX trataron de extirpar la costumbre de enterrar en la iglesia y se construyó un cementerio alejado de la ciudad (Casalino 1999a y 1999b; Ramón Joffre 2004). Ante ello, los descendientes de nuestros personajes van dejando de lado las cláusulas de entierro en la bóveda de alguna cofradía y disponen como última morada los panteones familiares ubicados en el cementerio como sucedió con los Gutiérrez Cosío y Querejazu (AAL, Cofradías, Leg. XLIX, Exp. 25, 1699; AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 33-919, 1822).

CAPÍTULO III

LOS COFRADES

SOCIABILIDAD, ELECCIONES Y REDES POLÍTICAS

“El origen de esta Cofradía es tan antiguo que se pierde en la oscuridad de los tiempos más remotos. Su objetivo primitivo puramente espiritual fue tomando luego un carácter caballeresco y político sin dejar de ser piadoso (...) de aquí la grande influencia de la Cofradía en los negocios políticos (...)”

Nota de Diego Clemencín a la edición comentada de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1894).

En los anteriores capítulos analizamos las carreras personales de nuestros personajes, su empoderamiento económico y social; a su vez, trabajamos los espacios en los cuales se desarrollaron políticamente -las cofradías de Aránzazu y el Rosario- el ascenso social y el empoderamiento político de los implicados. En este capítulo trabajaremos esas redes políticas, su formación, integrantes, las formas de vinculación entre los distintos agentes y el valor que tenían estas articulaciones políticas en la configuración del poder de la época.

Como dijimos, durante el virreinato todas las personas -indistintamente de su condición étnica o social- estaban organizadas en cofradías, cuya naturaleza corporativa ya era señalada en su momento; por ejemplo, el conde de Lamo y Zúñiga, mayordomo de la Veracruz, decía que su hermandad era un “prestigioso cuerpo” (1759). En efecto, en la época, se consideraba que el gobierno y la sociedad eran un cuerpo; pues todo estaba dividido en «cuerpos políticos» que reconocían una estructura jerárquica semejante a la de un organismo humano, donde la cabeza era el gobierno y todos los demás miembros eran la base de esta armónica metáfora organicista²¹⁰. En España, estas concepciones organicistas fueron vitales para entender la naturaleza compuesta de la monarquía ya que, debido a su extensión y la multiplicidad de unidades políticas, diversos juristas vinculados a la corte trataron de justificar la unidad del reino apelando a la metáfora corporativa, en tanto se le asemejó a un cuerpo que no podía

²¹⁰ Diversos autores han trabajado cómo la concepción de esta metáfora política puede rastrearse en los escritos de Platón, los historiadores romanos, teólogos cristianos medievales, y los filósofos y juristas de la modernidad; en todo caso, la idea era comprender y justificar que la sociedad era una comunidad política asemejada a un cuerpo, donde la cabeza era el monarca (Platón 1976: 663; Sánchez-Concha 1999: 101; Maticorena 1974: 1-3; Santos Yagua 1981: 175; García-Pelayo 1959: 49, 79 y 91; Duby 2009: 217; Kantorowicz 1985: 20-25).

sobrevivir sin su cabeza, el rey austria primero, luego el borbón²¹¹. En América, la metáfora corporativa fue crucial para lograr la fidelidad de la élite local, grupo descendiente de los primeros conquistadores, quienes a través de esta concepción organicista vieron una posibilidad para negociar su poder, prestigio y dominio a cambio de reconocer la autoridad del monarca como cabeza de la monarquía. Por supuesto, hubo obligaciones compartidas, la cabeza obtenía fidelidad a cambio de entregar mercedes, títulos y concesiones a las élites; de ahí que el virrey - en tanto alter ego del rey- debía mantener esta armonía corporativa y buen gobierno, y con este propósito, el jurista Solorzano y Pereira viajó al Perú para remarcar las diversas “obligaciones” y “derechos” de los cuerpos políticos, ideas luego publicadas en *Política indiana* (1648).

Según estas concepciones, el rey y virrey -en tanto encarnación del primero- eran la cabeza del gobierno, y debajo de ellos se ubicaban todas las instituciones, grupos sociales y organizaciones que eran las partes del cuerpo o llamadas “corporaciones sociales” como la Audiencia, el Cabildo, el Tribunal de Cuentas, el Tribunal del Consulado, la Universidad, el Cabildo eclesiástico, la nobleza, etc. Esta articulación política de la sociedad era importante en tanto estructuraba y jerarquizaba a los grupos sociales, y les otorgaba -de acuerdo a sus calidades- agencia política. En el siglo XVIII, la concepción organicista estaba vigente como lo demuestran los diversos documentos que hacían referencia a las instituciones del gobierno como cuerpos que poseían un alto grado de mediación política con las autoridades virreinales²¹². Nuestros personajes, quienes estaban en plena carrera de ascenso social, entendían que para conseguir mercedes, premios, títulos o privilegios necesitaban participar y dirigir esas corporaciones políticas. El asunto no era sencillo debido a la natural competencia, por ello, decidieron articular o pertenecer a redes políticas que permitiesen ese empoderamiento y posicionamiento social que devendría en la obtención de un cargo en la administración virreinal.

El espacio natural para articular esas redes fueron las cofradías como las del Rosario y Aránzazu, ya que como espacios de sociabilidad permitían la interacción y coordinación de sus miembros, quienes se organizaban en búsqueda de objetivos políticos, principalmente los relacionados al acceso de empleos que consentía el empoderamiento de los principales agentes de la red, quienes indudablemente ascenderían socialmente hasta ubicarse en los entornos de la corte virreinal.

²¹¹ Desde el siglo XIV, intelectuales cortesanos como Juan García Castrogeritz, Rodrigo Sánchez, Enrique de Villena, Hernando de Pulgar, Antonio de Guevara, Juan de Santa María o Luque Fajardo trataron de justificar la posición del monarca y unidad del reino apelando a esta concepción organicista (Maravall 1986: 14-15; Sánchez-Concha 1999: 104); sobre la formación de España como una monarquía compuesta véase Elliot 1998: 11-14.

²¹² En la época, juristas, religiosos, burócratas, funciones, letrados, viajeros y autoridades remarcaban la condición corporativa de la monarquía hispana; por ejemplo, Pedro Bermúdez de la Torre y Solier, alguacil de la Real Audiencia, no dudaba en llamar al príncipe de Santo Buono, la cabeza del cuerpo (*El Sol en el Zodiaco*, 1717); Pedro Peralta, en la memoria del marqués de Castelfuerte, identificó al gobierno como un cuerpo (Armendáriz 1859); Jorge Juan y Antonio Ulloa también asociaron el cabildo limeño a un cuerpo dividido en bandos (1990: 107); y los mismos comerciantes, congregados en el Consulado, concebían su gremio como un cuerpo como lo declaró un memorial firmado por Antonio de Querejazu.

3.1. Cofradía y sociabilidad

Fue Maurice Agulhon el primero quien usó el concepto de sociabilidad en su tesis de grado en 1966; entonces, entendía que la sociabilidad era un fenómeno presente en la vida cotidiana de las personas, quienes a partir de una vida social informal promovían paulatinamente una vida asociativa formal. Pronto estas asociaciones (círculos, clubes, sociedades, cofradías) serían la base de apoyo de las actividades políticas debido a su naturaleza de espacio de sociabilidad que permitía la constitución de redes y bandos con intereses políticos (1992: 8-9). De esta forma, las cofradías eran consideradas espacios potenciales para incentivar la naturaleza asociativa y política de las personas. Esto fue importante para monarquías como la España de la Edad Moderna, ya que estas asociaciones semicerradas eran las únicas legalmente permitidas en la época para ejercer la política, pues, como propone Régis Bertrand, las cofradías fueron el único espacio de sociabilidad tolerado por la monarquía (2013: 25).

Las cofradías favorecieron la sociabilidad, incluso, en sus estatutos se concebía la importancia de las relaciones interpersonales de los hermanos a través de la reciprocidad y la mutua solidaridad. Como advertimos en el capítulo anterior, las cofradías ofrecían identidades religiosas, altares lujosos para orar, indulgencias, membresías, bautizos, entierros, ayuda económica, oficios, mejora moral, participación en las fiestas urbanas, y con esto último, honor en los rituales y exaltación pública. Como lo han dejado claro muchas investigaciones, la cofradía fue un espacio en común para todos sus congregados, quienes participaban en las mismas reuniones, fiestas y banquetes; ello permitía la convivencia, amistad y en muchos casos reforzaba el universo social al que uno pertenecía (Cerón 1997: 38-41; Cruz 2005: 137). A su vez, las actividades del cofrade estaban determinadas por un meticuloso almanaque corporativo que demandaba la realización de prácticas devocionales y obligaba la asistencia a las misas, ya que cuando un hermano ingresaba a una cofradía firmaba un contrato espiritual por el cual se comprometía a participar en todas estas actividades de forma obligatoria, condicionándose así el espacio para la interacción y comunicación (Lavrin 1998: 50-51; Valenzuela 2010: 206).

Nuestros personajes, al participar en una cofradía, realizaron y experimentaron todas estas actividades acompañados de otros individuos con quienes compartían mucho en común. En efecto, dada la naturaleza regional y social de Aránzazu y el Rosario, la mayoría de sus integrantes compartían el mismo oficio, pues se dedicaban al comercio y participaban en el Consulado; provenían de las mismas regiones peninsulares (Euskadi y Cantabria); y por supuesto, tenían las mismas intenciones de escalar socialmente. Estas personas se reunían por lo menos una vez al mes para tomar decisiones, compartían banquetes luego de las fiestas patronales, asistían a las mismas celebraciones, recurrían a los mismos signos de reconocimiento, poseían el mismo culto espiritual, utilizaban la misma vestimenta -durante las procesiones- y entonaban las mismas canciones. Como proponen François y Reichardt, estas y

otras prácticas colectivas fueron decisivas al momento de formar comunidades solidarias unidas por los mismos valores (1987: 464). De tal forma, la cofradía era la institución por excelencia en la cual los paisanos mostraban sus lazos solidarios y apoyo recíproco; el espacio donde la amistad y afinidad de sus integrantes se convertían en ingredientes fundamentales cuando se trataba de buscar oportunidades de enriquecimiento y ascenso social (Dedieu 2005: 33-34). Así, la cofradía ofrecía no solo cohesión y fortalecimiento de los vínculos personales de sus miembros, sino también se convertía el lugar donde se tejían las alianzas políticas (Bertrand 2013 27-28; Fogelman 2000: 21)

Ilustración 13



Manuel Cabral Bejarano “Después de la procesión” (1865)

En el óleo se ve a integrantes de una cofradía “sociabilizando” luego de una procesión

Fuente: La Aventura de la Historia:

Según Agulhon, François y Reichardt, si bien las cofradías inicialmente fueron sociedades verdaderamente religiosas, al ser cada vez más dominadas por notables locales -en calidad de cohermanos- pasaron a transformarse en asociaciones secularizadas con fines políticos, reclutando a sus miembros de entre los grupos empoderados (1987: 465). De este proceso, las cofradías, al favorecer la sociabilidad, se convirtieron en los espacios de encuentro por excelencia de la élite (Ovalle 2012: 176). En efecto, la cohesión espiritual, social y política de los cofrades permitió su articulación en redes políticas, que para conseguir sus fines debían ampliar su base social y promocionar y posicionar a sus más representativos integrantes, ya que -como manifiesta Levi- las cofradías también fueron asociaciones en las cuales confluyeron las redes creadas por intereses, amistades y parentescos cuyo partidismo era ineludible (1990: 178-179). Así, en una época en la cual el ejercicio de lo político estaba monopolizado por la corte y

los órganos de gobierno, las cofradías se convirtieron en un espacio donde las élites sociales se reunían para ejercer y practicar la política de forma permitida y hasta tolerada por las autoridades reales (Bertrand 2013: 33; Roche 1989: 8).

Ahora bien, metodológicamente hay que tener cuidado cuando utilicemos conceptos como “convivencia”, “sociabilidad” o “redes”. Está claro que las cofradías fueron un efectivo espacio de sociabilidad que permitió la interacción de individuos que compartían mucho en común; sin embargo, otorgarles valor político a estas interacciones exige otras consideraciones más allá de las expuestas. En efecto, la convivencia o el hecho que los individuos de un mismo espacio se conocieran no motivaba automáticamente la integración y articulación de redes. La realidad no funciona como un sistema de relojería²¹³. Esta limitación metodológica la planteó Michel Bertrand, al mencionar que no se puede concluir sistemáticamente que los individuos que se encontraban en un mismo medio mantuvieran relaciones entre sí (2011: 300). Así, tal y como propone Régis Bertrand, debemos realizar estudios micrográficos sobre los miembros de las hermandades e identificar el compromiso real de los cofrades en relación con sus cohermanos; gracias a ello, podremos definir un grupo, los vínculos que los unían y sus líderes (2013: 33). Así, ingresamos al mundo de las redes políticas subyacentes en las cofradías.

3.2. Cofradías y redes

Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario fueron espacios que permitieron que nuestros personajes interactuaran, convivieran, sociabilizaran y fortalecieran lazos sociales con diversos agentes; ahí radica la base de las redes políticas. Sin embargo, las cofradías no fueron los límites de estas articulaciones políticas, por ello, sociabilidad y red política no son enteramente lo mismo, en tanto esta última trasciende el espacio corporativo y aglutina a una serie de agentes, que incluso pueden no conocer a otros miembros de la red ni compartir espacios de sociabilidad (González 2008). En efecto, las redes políticas aquí estudiadas tienen su base fundamental en las cofradías, pero los objetivos, alcances y efectos del grupo se extendieron sobre otras instancias de la administración virreinal, y en el transcurso se recurrió a una serie de agentes políticos que complementaban la actividad del núcleo principal.

Antes de conocer en concreto las redes políticas, conviene precisar algunos puntos de carácter teórico. Sharon Kettering manifiesta que las redes políticas (o redes clientelares) eran estructuras paralelas e informales que operaban dentro del marco formal de una institución; y a partir de ahí influían en su política interna (1986: 73-75). Para el caso americano, autores como Michel Bertrand no han dudado en definir a las redes como el verdadero sistema de relaciones

²¹³ Por ejemplo, el trabajo de Gabriel Andaur (2009) identifica la “sociabilidad” con la “convivencia interétnica”, pero no demuestra si efectivamente hubo lazos que unieran realmente a sus integrantes más allá del aspecto formal de pertenecer a la misma cofradía.

de la época, el espacio que hacía posible la unión entre criollos y peninsulares en tanto que los primeros recibían, integraban y asimilaban a los segundos a través de estas articulaciones.

A manera general podemos mencionar una serie de características de las redes (las mismas que serán ampliadas en los siguientes apartados). Por ejemplo, sabemos que los individuos que componían estas articulaciones políticas compartían relaciones de afecto, amistad, familiaridad, lealtad personal e intereses económicos que implicaba el intercambio de bienes y servicios (Zuckerman 1986: 93-94). Todas estas consideraciones hicieron posible que nuestros personajes buscarán objetivos políticos, sobre todo, los relacionados al ascenso social, en tanto, como menciona Sennett, los vínculos emocionales también tienen consecuencias políticas (1982: 11). Efectivamente, nuestros comerciantes (como cualquier integrante de una red) tenían ambiciones políticas y deseaban ascender socialmente, por ello las redes políticas - como las originadas al interior de las cofradías- eran los medios que les servían para alcanzar sus objetivos, pues dirigirlos les permitían tener acceso a un grupo cohesionado más o menos amplio que sería importante al momento de tentar a puestos burocráticos.

Sin embargo, las acciones realizadas por la red no se daban por imposición del líder o de forma coactiva, sino se generaban por decisiones colectivas, negociaciones y como resultado de ambiciones particulares. Así, el líder no fue el único beneficiado, los otros agentes participaban esperando obtener una recompensa en tanto una característica esencial de las redes políticas fue la reciprocidad del intercambio²¹⁴. En efecto, un personaje clave (un patrón o líder) controlaba una serie de recursos, y se esperaba que los brindase a un cliente a cambio de lealtad y servicio, beneficios menos tangibles. En las redes políticas aquí estudiadas esa inmaterialidad del apoyo se basaba en votos para controlar la cofradía o respaldo en las gestiones consulares; en cambio, los actores con mayores recursos garantizaban oficios secundarios, recomendaciones, préstamo de dinero, etcétera.

Otra característica esencial en las redes fue su cierta jerarquía interna; aunque claro, esto dependía de su composición social; por ejemplo, en redes clientelares que involucraban a autoridades reales o vicerregias, favoritos o ministros, la estructura era más vertical; existían señores con muchos recursos, y clientes ávidos de congraciarse con ellos para acceder a esa fuente de patronazgo. Por el contrario, las redes que poseían su núcleo de organización en cofradías como las aquí estudiadas presentaban un grupo más homogéneo y cohesionado con relaciones mayoritariamente horizontales. Aun así, hubo una estructuración de los agentes, aunque las jerarquías no eran institucionalizadas, sino implícitas, ya que cada individuo ocupaba un espacio social y cumplía un fin, es decir, existía cierta división del trabajo, pero las funciones no eran especializadas ni explícitas, sino dependía del líder coordinar y supervisar las acciones

²¹⁴ Marcel Mauss ha entendido que un sistema que implicaba prestaciones y contraprestaciones exigía dos elementos: el honor y prestigio del que confiere “riquezas o regalos” y la obligación absoluta de devolver los dones a través del favor y lealtad. Aquellos que no podían cumplir con estas condiciones perdían todo lo ganado (2009: 82, 164 y 165).

de la red (Mann 1991: 21). Las redes políticas tenían una estructura conformada por líderes, intermediarios, clientes y agentes externos.

El líder (o patrón) fue el primer agente de la red; era el personaje visible de grupo, poseía un indudable prestigio y capital simbólico, articulaba las acciones colectivas, recibía los mayores beneficios, usualmente dirigía los destinos de la red desde una posición de poder como la mayordomía de una cofradía; a su vez, garantizaba que el grupo favoreciera a todos sus integrantes, ya que cuando el patrón obtenía un cargo no solo aumentaba su prestigio personal, sino el de toda la red política, pues para mantener el poder del primero se necesitaba copar otros cargos estratégicos como diputaciones y procuradurías, oficios que eran distribuidos entre los diversos miembros de la red. No siempre era solo “un patrón”, podía ser un grupo pequeño el que ejerciera su dominio sobre otros; así, podemos hablar de “patrones” o “líderes”. En concreto, todos estos agentes poseían una similar fortuna y prestigio, eran promocionados por la red política y se ubicaban estratégicamente en la administración.

Por otro lado, los clientes eran individuos de menor jerarquía social y cumplían funciones de soporte y convertían a las redes en espacios eficaces al momento de ganar unas elecciones y promocionar políticamente a sus líderes (Zuckerman 1986: 4). Cuando un líder ganaba la elección de una mayordomía, eran los clientes quienes recibían oficios o responsabilidades secundarias dentro de la congregación, pero también podían ubicarse en algunos puestos administrativos donde el líder tuviera influencia, por ejemplo, el Consulado. Pero los beneficios no se limitaban a los cargos, pues uno también podía ser favorecido en los negocios o con recomendaciones. En cualquier caso, estaba claro que los clientes siempre esperaban una retribución de sus líderes, quienes entregaban aquellos recursos que controlaban (Weingrod 1986: 65). Por lo general, estos agentes estaban iniciando sus carreras económicas y políticas, y algunos esperaban suceder al patrón cuando este muriese debido a que tenían sus propias estrategias de ascenso social como la concentración de fortuna, montaje de subredes y entroncamiento familiar con los linajes principales de la red. Además, entre el patrón y los clientes podían existir intermediarios (*brokers*), quienes potenciaban las relaciones al interior de las redes y se convertían en un vehículo de comunicación efectiva (Martínez Millán 1992: 22). Por último, los agentes externos eran individuos no ligados a la cofradía, pero mantenían compromisos con los líderes y permitían que estos accedieran a espacios donde la red no podía ejercer su influencia.

En suma, las cofradías como espacios de sociabilidad permitieron la construcción de redes políticas más o menos estructuradas entre individuos que compartían vínculos sociales, sin embargo, el problema metodológico principal consiste en demostrar el alcance de estas redes para realizar acciones colectivas como las elecciones de cargos o la promoción social.

3.3. Redes y elecciones de mayordomos

Como dijimos, las redes de poder tenían objetivos concretos y colectivos. Los cabezas del grupo recurrían a su amplia clientela para movilizarla y conseguir apoyo en la consecución de un proyecto político. Es por ello que este tipo de redes también han sido llamadas “maquinarias políticas” (Kettering 1986: 70). Así, las cofradías, como refugio de la política, tenían redes subyacentes cuyos miembros se movilizaban para conseguir los votos necesarios y ganar las elecciones corporativas. Es bien cierto que Kettering argumentaba que este tipo de organizaciones no buscaban apoyo electoral debido a que no operaban en sistemas políticos electorales con sufragio de masas, sino en sistemas premodernos (1986: 69). Ahora bien, la autora estudió las redes de patronazgo que involucraban a los ministros reales franceses y los grupos de poder provincial. No es nuestro caso. Las redes que estudiamos si bien se ubicaban en una sociedad de Antiguo Régimen, funcionaban dentro de corporaciones que poseían un sistema electoral más o menos igualitario, donde las elecciones de oficiales eran precedidas por candidaturas y votos secretos (Bertrand 2013: 29). De esta manera, si bien las redes tenían como función lograr los objetivos políticos de sus patrocinadores y principales miembros, estos no estaban al margen de elecciones que para enfrentarse con éxito demandaba apoyo y votos.

Así, el acto político por excelencia en el cual las redes políticas participaban era la elección de mayordomos. En el anterior capítulo vimos las funciones de este oficio. Reflexionemos un poco más. Según Ovalle, el mayordomo era un administrador honorario, electo en virtud de su situación económica y prestigio social, se creía que por sus características personales podía dirigir de forma idónea a la cofradía (2018: 93). Generalmente, se consideraba que, debido a su experiencia en el manejo económico de una organización, los más capaces para conseguir este puesto eran los comerciantes; por ello, en España, las instituciones piadosas como cofradías u hospitales tenían como administrador a una persona que practicaba dicho oficio (Lockhart: 1982: 119). Sucedió lo mismo en los conventos limeños, pues sus administradores (o síndicos) recaían también en comerciantes. De esta manera, el éxito personal en los negocios fue un punto clave al momento de considerar a un aspirante como mayordomo, debido a que esta experiencia funcionaba como un seguro para la cofradía. En cualquier caso, lo cierto fue que durante la primera mitad del siglo XVIII los dedicados al comercio monopolizaron el cargo de mayordomo en las cofradías de Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario; lo cual no debe llamar la atención debido a que estas corporaciones en el periodo señalado estaban compuestas, sobre todo, por comerciantes; por ello, no fue raro que miembros distinguidos del oficio asumieran el liderazgo de las redes políticas y consecuentemente obtuvieran las mayordomías.

El prestigio del cargo también era señalado por los propios documentos corporativos de las cofradías. Las constituciones de Nuestra Señora del Rosario de 1643 dictaban el gobierno

interno de la misma, el cual estaría encargado a una junta presidida por un mayordomo y los demás oficiales como diputados y procuradores. El mayordomo era considerado “[...] el mayor de la casa, puesto por el Señor de ella para que la rija y gobierne, debajo de cuyo mandato están todos los demás oficiales y personas que le sirven” (Rospigliosi 1945: 20). Según esta normativa, el oficio del mayordomo era “mandar con vigilancia”, además de proveer todo lo necesario al Señor, cobrar, guardar y aumentar las rentas de la hermandad, y distribuir las “con toda fidelidad” en lo necesario y conveniente. No fue diferente las consideraciones presentes en las constituciones de Nuestra Señora de Aránzazu de 1635. En aquel documento se dejaba en claro que el buen destino de la cofradía dependía del “[...] acierto en elegir mayordomos, diputados y procuradores” (Lohmann 1990: 207). Como vemos, era indudable que ambas corporaciones, y los integrantes que la componían, consideraban que el cargo de mayordomo era de esencial importancia en la organización, por lo tanto, pocos podían acceder a ella, y quienes tenían el privilegio de ocupar el puesto no solo era en atención a sus calidades y poder económico, sino también debido a unas eficaces redes de poder que permitía el encumbramiento de un personaje en particular.

La obtención de una mayordomía no era una acción desligada de intereses económicos y simbólicos; por el contrario, hubo incentivos materiales, ya que el mayordomo -en tanto administrador- gestionaba los bienes, decidía los gastos o las nuevas inversiones. Como propone Ovalle, el cargo gozaba de aprecio debido a que al obtenerlo uno se encontraba con la posesión de medios materiales y podía decidir de forma casi autónoma sus destinos (2018: 93). Por ejemplo, algunas disposiciones de Nuestra Señora del Rosario establecían que el mayordomo era “patrono y administrador” de algunos bienes inmuebles como la casa de la calle de Mantas, que generaba una renta que el susodicho debía distribuir; otras normas indicaban que el mayordomo también era el encargado del cobro de una buena memoria instituida por el padre dominico Padre Cosio, así como de las capellanías fundadas sobre las casas que legó José de los Hoyos (Rospigliosi 1945: 21). Como vimos anteriormente, muchos privados donaban bienes a las cofradías para que de su renta se digan misas por sus almas; el mayordomo era el encargado de la cobranza y mandaba a decir las respectivas oraciones; estaba constantemente en interacción con una capital que debía resguardar en la caja de tres llaves, un artefacto que además custodiaba debido a su cargo. Por otro lado, podía decidir el remate, venta, cesión y alquiler de bienes de la cofradía como esclavos o inmuebles; esto lo acercaba a espacios donde no solo estaban en juego capitales, sino también relaciones políticas, en tanto podía favorecer a sus allegados y clientes con los remates de algunas casas.

Los documentos normativos de Nuestra Señora de Aránzazu también indican las potestades concretas de los mayordomos; así se incidía en que estaban encargados de la realización de varias obras pías como el entierro a difuntos o visitas a enfermos. Como ya vimos, toda obra benéfica necesitaba bienes materiales para sostenerse; por ello, los

mayordomos, al tener acceso a una serie de rentas, tenían que justificar sus cuantiosos gastos en un informe final (Lohmann 1990: 208-209). Asimismo, las constituciones especificaban que, si la cofradía no tenía fondos, era potestad del mayordomo designar hermanos para cobrar limosnas, y esto le permitía tener mayor acceso a caudales, los mismos que si sobraban tenía que decidir en qué se invertirían incluyendo la entrega de dotes a doncellas huérfanas, pero como veremos, muchos mayordomos usaron los caudales de la hermandad para entregar dotes a sus hijas, parientas y las familiares femeninas de sus amigos. Incluso, las constituciones establecieron que podían disponer libremente de los bienes sin necesidad de consultar a la hermandad, siempre y cuando la cantidad no excediese los 500 pesos. Claro está, esto no siempre se cumplía. Finalmente, al igual que en el Rosario, las capellanías e inmuebles también eran administradas directamente por los mayordomos junto a una serie de oficiales elegidos para estos fines; por supuesto, estos últimos pertenecían al grupo del primero.

Evidentemente, en una sociedad piadosa, barroca, desvivida por las apariencias, el boato y el prestigio, los candidatos a mayordomos también buscaban beneficios menos materiales y más simbólicos. Sotomayor aduce que se conocía la importancia de la imagen pública del mayordomo, pues era visto como el personaje que unía el poder civil y religioso durante las procesiones (2004: 112)²¹⁵. Asimismo, la obtención de este puesto brindaba oportunidades para acercarse ritual y visualmente a las autoridades virreinales. Como vimos, en las fiestas religiosas organizadas por las cofradías, participaban el virrey y los principales funcionarios del Estado colonial, ya que se esperaba que el primero, como protector del real patronato, debía demostrar su fe y piedad (Latasa 2001: 117). Así, era común que el vicesoberano, los altos oficiales y la alta sociedad demostraran su religiosidad en estas festividades y procesiones, esto fue aprovechado por las cofradías y sus mayordomos, quienes gracias a su posición podían desfilar con estas personalidades e incrementar su prestigio social.

En resumen, el mayordomo una vez elegido se hacía cargo del dinero entrante y saliente y la organización de las fiestas, para lo cual debía distribuir los gastos en los elementos indispensables como la cera; a su vez, representaba a la congregación en los pleitos judiciales; intervenía en las operaciones crediticias; y era el centro principal de las procesiones, enaltecándose socialmente. En cofradías ricas y prestigiosas, como las que aquí estudiamos, estas consideraciones reforzaban el prestigio de sus mayordomos, quienes además eran vistos como individuos con suficiente capacidad económica debido a que en muchas cofradías era requisito contar con caudal para acceder a este oficio, pues no faltaban situaciones críticas en la

²¹⁵ Los antropólogos americanos, en base al estudio de sociedades precolombinas, han llegado a conclusiones similares; por ejemplo, Cancian afirmaba que el sistema de cargos permitía que un hombre pudiera elevar su “imagen pública” porque el ejercicio del cargo demandaba cumplir tareas de naturaleza política y religiosa, las cuales serían recompensadas con distinciones y admiraciones generalizadas en tanto todos reconocían y guardaban respeto al que ocupó y ocupa el cargo (1976: 171).

que el mayordomo debía invertir su dinero si era necesario (Ovalle 2018: 94). No hay duda que el cargo proyectaba estatus social y ostentarlo acarrearía prestigio, pero ¿cómo se le obtenía?

Las elecciones de mayordomos fueron los mecanismos que empoderaban a una red política al interior de una cofradía. Como dice Mansilla, la lucha por el control directivo de la cofradía respondía a la necesidad de hacer público el poder de cada bando (2008: 35). Sin embargo, a pesar de su importancia como acto político, hay pocos estudios sobre el tema. Algunos autores mencionan que las elecciones no eran mecanismos representativos pues muchas veces podían presentar situaciones de fraude, engaño o cohecho, sin embargo, se juzga desde el presente espacios que implícitamente coexistían con este tipo de relaciones, pues era parte de su cultura política, es decir, aliarse con otros hermanos o participar en redes políticas para promover la obtención de cargos era lo recurrente; más bien el voto y la elección desinteresada era lo atípico. Estudiar las elecciones de mayordomos plantea dos dificultades; la primera es que hay pocas fuentes sobre el asunto, y la segunda es que las disponibles no indican quién voto por quién debido a que las elecciones eran secretas. En efecto, en los libros de cabildo de las hermandades se registran las elecciones como un hecho culminado, señalan a los ganadores más no el proceso de decisión; tampoco se reconocen las propuestas, conflictos o tensiones derivadas del sufragio; aun así, sí podemos reconstruir los procedimientos, por lo menos, desde la documentación formal.

Previamente, hay que considerar que estas elecciones se realizaban generalmente luego de la fiesta del santo patrón; el lugar del acto era la capilla o algún salón de la iglesia a la que pertenecía la hermandad. Las votaciones se realizaban de forma individual y secreta luego de una misa en la que se pedía un voto concienzudo. Esto último era tan importante que cuando la cofradía del Santísimo Sacramento celebró sus elecciones se exigió un voto desapasionado; en concreto se dijo: “[...]apartando de sí todo espíritu de parcialidad o enemistad procediesen a poner los ojos en los sujetos que hallasen más proporcionados para el desempeño de estos cargos”²¹⁶. Estas recomendaciones eran comunes e indican que la mayoría de veces los hermanos votaban por sus favoritos, amigos y señores, pues era obvio que un hermano con relaciones políticas, comerciales y familiares con otro congregado votaría ineludiblemente por él, evidenciando la existencia de redes al interior de las cofradías. Cada hermano 24 escribía en un papel el nombre del que consideraban más idóneo para el cargo; posteriormente, los votos recibidos se depositaban en un vaso o cáliz de oro para el escrutinio dónde se determinaba al ganador por una mayoría simple; finalmente se proclamaba el nombre del nuevo mayordomo, a quien se le hacía jurar (Lévano 2006: 82)²¹⁷.

²¹⁶ AHML, Juzgado de Cofradías, Santísimo Sacramento, f. 45.

²¹⁷ Esta arquetípica elección de mayordomos puede rastrearse en los documentos internos de diversas cofradías; el procedimiento era muy similar al realizado en las elecciones de oficiales de los gremios (Quiroz 1995: 26-27).

El provincial de la iglesia a la que estaba adscrita la cofradía velaba por el correcto funcionamiento de la elección, cumplía la función de veedor sin capacidad de voto, pero a veces podía dirimir cuando la situación lo requería; por ejemplo, el provincial franciscano asistía a las elecciones de Aránzazu, y el dominico velaba las elecciones del Rosario y Veracruz, estas últimas hermandades también invitaban a algunos religiosos para evitar la discordia entre hermanos; la presencia de estos personajes no siempre fue bien recibida, dependía de la coyuntura y su relación con los hermanos 24, pues a veces la presencia de clérigos y personas ajenas a las elecciones podía aumentar los conflictos y generar rebeldías e impugnaciones.

Las elecciones de Nuestra Señora del Rosario se realizaban los 25 de marzo. Como era costumbre, primero se oía una misa del Espíritu Santo con el objetivo de orientar las decisiones electorales de los congregados y otorgarles “sabiduría”. Luego, los hermanos 24 se sentaban de acuerdo a su antigüedad, pero quien tenía una posición privilegiada era el mayordomo. Entonces el prelado realizaba una plática y luego se procedía a la votación para elegir mayordomo; existía para tal fin una persona encargada de contabilizar en orden los votos; luego de anunciar al ganador se elegían los otros oficios (Rospigliosi 1945: 20). Una vez terminado el escrutinio, el mayordomo electo ocupaba el asiento del saliente y tomaba juramento.

Nuestra Señora de Aránzazu celebraba sus elecciones los 3 de mayo, luego de la fiesta de la Invención de la Cruz. La junta compuesta por el mayordomo saliente, los diputados y procuradores guiaban el acto. Todos los hermanos tenían derecho a voto y podían reelegir a sus favoritos cuantas veces lo consideraban oportuno. Las constituciones normaban que en las elecciones debían asistir por lo menos treinta cofrades. Antes de la elección, los mayordomos invitaban a un padre franciscano, quien debía dar una charla espiritual para que los hermanos votaran por la persona más idónea como sucedió en 1700 cuando fue reelegido Marcos de Ulaortua, pero la documentación indica que este era una práctica bastante habitual, como sentencia su constitución: “para que con su favor y asistencia enderece el buen acierto de los votos”. Luego de las votaciones secretas y el escrutinio, se declaraban a los ganadores, quienes juramentaban y recibían plenos poderes para administrar la cofradía (Lohmann 1990: 207-208).

Como señala Ovalle, mediante la elección de mayordomo, el individuo elegido recibía una indudable potestad e influencia en los asuntos corporativos. La persona que recibía tal distinción se convertía en una autoridad moral y, además, mediante este acto se confirmaba el empoderamiento del grupo al que pertenecía, pues era visto como el representante más notable de aquellos individuos que se conectaban por vínculos interpersonales, es decir, la red política (2018: 95 y 111). La confirmación del poder del grupo se realizaba a través de rituales y juramentos, donde se decía explícitamente que se les “brindaba poder”. Nuestra Señora del Rosario decía claramente en sus constituciones que luego de la elección, y una vez el electo tomaba su nuevo puesto de mayordomo, se le prestaba juramento, donde se comprometía a cumplir las constituciones y ejercer su oficio con “real saber y entender” (Rospigliosi 1945: 20).

Nuestra Señora de Aránzazu también enfatizaba en la necesidad que el mayordomo, durante el juramento, se comprometiera a hacer el bien y seguir fielmente su oficio. Estas indicaciones revelan que las normas corporativas concebían que se le otorgaba al susodicho una gran capacidad de maniobra interna. La misma cofradía vasca lo menciona de forma explícita cuando afirma: “[...] es necesario que los dichos mayordomos **tengan entera mano, poder y autoridad**. Luego que sean elegidos, para mayor abundamiento, se le dará por toda la Junta plena y en nombre de ella poder general para todo lo que toca a sus oficios” (Lohmann 1990: 210). Estaba claro que el mayordomo y el grupo al que pertenecían recibían “poder”, pero este recibimiento no era una concesión, sino una confirmación. En otras palabras, cuando un individuo era elegido mayordomo no recibía poder como si fuera un objeto, más bien la obtención de ese cargo revelaba que ya poseía un poder que hizo posible su elección. Reflexionemos más sobre este punto, en tanto lo que nos interesa no son redes sin más, sino articulaciones empoderadas cuyos miembros tuvieron una verdadera incidencia en las dinámicas políticas de la época.

Foucault decía que el poder no es un objeto que pueda poseerse, sino es un ejercicio práctico que se daba a través de relaciones (1991: 56)²¹⁸. De tal forma, la obtención de cargos que permitían el ascenso social no fue el poder en sí, sino la expresión de un poder que ya existía y que se desplegaba y tejía a partir un conjunto de relaciones. En otras palabras, al interior de las cofradías se formaron redes políticas cuyos personajes principales podían establecer relaciones con los demás integrantes, y esto les permitía empoderarse en la corporación y fuera de ella. Así, la carrera de ascenso social no dependía solo de la habilidad de un individuo, sino de la cantidad de relaciones y vínculos estratégicos que uno podía generar en un espacio como la cofradía, pues, en su interior, las redes de poder empoderaban a un personaje principal a través de su elección en un cargo de prestigio, esto expresaba la articulación, eficacia y cohesión del grupo, que inmediatamente se hacía con el control de la corporación; por ello, el acaparamiento de las mayordomías y diputaciones por parte de redes políticas demuestra la existencia de relaciones de poder funcionando eficazmente; esto es importante, pues como advierte Foucault, el poder debe ser estudiado a través de prácticas concretas, pues indican su campo de aplicación y sus efectos reales. Así, el poder es la expresión de relaciones concretas y de intereses individuales que en determinadas circunstancias se vuelven objetivos comunes por parte de una red amplia de apoyo, pues todos los individuos del grupo disfrutaban de los efectos del poder, ya que el poder nunca es propiedad de un solo individuo, al ser una relación, circula en cadena (2001: 28; 37-38; 2006: 31 y 32). Por ello, en el

²¹⁸ Si bien Foucault dijo inicialmente que el poder no se construía a partir de individualidades ni se derivaba de intereses, es tan bien cierto que tampoco explicó a qué se refería cuando decía que el poder se construía a partir de una multitud de cuestiones; por ello, más adelante corrigió y afirmó que el poder tampoco es una sustancia independiente (2002: 157-158).

estudio de nuestras redes políticas, vemos que sus miembros más encumbrados no siempre lo fueron, pudieron tener una posición inferior y luego un estatus superior.

Por supuesto, para un individuo o un grupo de ellos, hubiese sido difícil establecer vínculos de dependencia, si no se poseía liderazgo y carisma; por ello, los líderes debían demostrar capital, prestigio simbólico, superior juicio, entre otras cualidades universales de la autoridad (Sennett 1982: 55); ya que, usualmente, tenían que posicionarse no solo sobre agentes menores, sino también sobre individuos que gozaban de igual riqueza y prestigio. En el siglo XVIII, fueron los comerciantes quienes reunían estas características, pues su capital, habilidad profesional y el éxito en sus negocios inspiraban confianza en otros comerciantes (Brading 2994: 145). Es decir, los líderes tenían un indudable capital simbólico, favorecido por la coyuntura social, económica y política. Así, nuestros personajes, al ser comerciantes ricos y exitosos, tenían una favorable posición para producir reconocimiento sobre su grupo social. Bordieu llamó a esto “capital simbólico”, cuya base económica producía relaciones de dependencia (1990: 118-123). El sociólogo citado aplicaba este concepto sobre “sociedades arcaicas”, pero la interpretación también vale para nuestro estudio, pues nuestros comerciantes usaron sus diferentes vínculos sociales y su prestigio simbólico para producir y fortalecer relaciones que les permitieran disfrutar de una red de personas que los sostenían con apoyo político, contactos, recomendaciones o votos durante las elecciones.

Las redes políticas tenían como objetivo inmediato copar y acaparar los principales cargos de la hermandad, y con ello empoderar a los principales líderes; una vez conseguido lo anterior, era necesario mantener la situación de poder, por ello era importante la reelección; todo esto demandaba la eficacia de los integrantes de la red lo que ocasionó que en las cofradías existiera una escasa rotación de cargos y cuando hubo relevos, estos procedían de los mismos núcleos de poder (Sotomayor 2004: 141). Por ejemplo, entre 1704 y 1736 dominaron los principales cargos en Aránzazu una misma red centrada en torno a Palacios y Querejazu; lo mismo sucedió entre 1714 y 1742 en el Rosario, ya que la red política de los comerciantes Calderón, Tagle Bracho y Gutiérrez de Cosío monopolizó los empleos y los pocos relevos recayeron entre los amigos y familiares del núcleo político. Estos periodos extensos de dominio evidencian la eficacia de las redes; ello permitió que su influencia se extendiera y reprodujera en otros espacios de interacción social como la burocracia colonial (Puente Brunke 2001: 431).

Pero la reelección de los cargos y la misma elección no sería posible sin la presencia de agentes dispuestos a apoyar a los líderes. Agulhon ya decía que, en este tipo de espacios de sociabilidad, la red se esforzaba por expandir su influencia a través de la integración de nuevos miembros. En Nuestra Señora del Rosario era usual que luego de las elecciones se leyeran las peticiones de los individuos que deseaban pertenecer a la cofradía; una vez hecho esto, los hermanos 24 debían votar para decidir si recibían o no al postulante (Rospigliosi 1945: 20). En el caso de Nuestra Señora de Aránzazu, eran los mayordomos quienes luego de una intensa

investigación sobre los pretendientes, los invitaban a pertenecer a la hermandad, quienes a su vez debían cumplir los requisitos de hidalguía y origen regional que la cofradía vasca imponía. En ambos casos, la decisión de ampliar la hermandad estaba mediada por la capacidad de acción del grupo empoderado, pues en cofradías como el Rosario, donde el mayordomo electo gozaba de una amplia base de apoyo, estaba claro que los pretendientes eran admitidos según la cercanía a los personajes que dominaban la corporación. Como veremos más adelante, Ángel Calderón Santibáñez, durante el tiempo que ejerció la mayordomía, favoreció la inclusión de sus allegados, parientes y amigos como hermanos ²⁴, y al mismo tiempo denegó la solicitud de cualquier persona que no tuviera vínculos con su red, pues si bien podían ser personas ajenas a las dinámicas de los grupos, podían pertenecer en el futuro a un bando opositor. No fue distinto en el caso de Aránzazu, donde mayordomos como Antonio de Querejazu o Juan Bautista de Palacios podían favorecer e integrar a sus paisanos quienes, al tener vínculos con aquellos personajes, se ligaban automáticamente al grupo de poder. Como dijimos anteriormente, estas consideraciones explicarían los largos dominios de un mismo grupo.

Por otro lado, los líderes de las redes no veían la mayordomía como un fin en sí, sino como un medio para acceder a otros empleos y así acercarse al círculo íntimo del soberano, pues como afirma Elías, la pertenencia a estos espacios cortesanos era visto como una oportunidad de vida para escalar socialmente (1982: 103); para ello, debía superarse conflictos, rencillas e intrigas que no se limitaban al entorno palaciego, sino también podían presentarse previamente en las distintas corporaciones como las cofradías, pues estas instituciones funcionaron como órganos de filtración de cortesanos en tanto sus mejores cuadros (mayordomos) tenían una real oportunidad de acercarse al virrey gracias a las fiestas y los empleos burocráticos.

Por supuesto, al interior de las cofradías podían coexistir una o más redes políticas; asimismo, las elecciones no siempre fueron actos sin objeciones; ya que como sucede en todos los sufragios se erigían ganadores y perdedores, estos últimos protagonizaban situaciones de oposición férrea contra sus rivales a tal grado de desestabilizarlos políticamente. Esta lógica de la confrontación a partir de facciones o grupos políticos se daba en todo espacio en el cual el poder estaba en juego²¹⁹. En las cofradías, el faccionalismo y la lucha de los bandos por los cargos pueden rastrearse en los litigios que ciertos hermanos iniciaron denunciando irregularidades por parte de los mayordomos y su grupo de poder²²⁰. Lamentablemente, estas

²¹⁹ Existen ciertos trabajos que enfatizan las confrontaciones entre facciones que tenían lugar en varios espacios políticos como la corte, la Audiencia, el Cabildo o las cofradías (Rivero Rodríguez 1993: 74; Carlos Morales 1992; Martínez Millán 1992; Rodríguez Toledo 2014). Lamentablemente, estas circunstancias son difíciles de investigar, ya que solo eran registradas cuando el conflicto originaba denuncias ante las autoridades eclesiásticas, pero no hay fuentes que contemplen la rivalidad cotidiana entre los diversos grupos. Sin embargo, hay que entender que la cofradía al estructurarse en cargos generaba un conjunto de tensiones y divisiones, pues muchos querían acceder a esos puestos de poder.

²²⁰ Las denuncias usuales incidían en las malas gestiones, el derroche económico, la irregularidad de las elecciones, la ausencia de reuniones o la falta de cuentas finales. Estas imputaciones no solo confirman la existencia de organizadas redes políticas, sino también su forma de actuar; pues una vez controlados los

situaciones, sobre todo, aparecen documentalmente en las cofradías menos prestigiosas, aquellas compuestas por los grupos populares, y por lo mismo más permisibles a la regulación de las instancias eclesiásticas. No sucedía lo mismo con las prestigiosas cofradías de la ciudad, cuya calidad y composición social las hacían menos susceptibles a la vigilancia; estas congregaciones generalmente acudían a las instancias judiciales solo para reclamar sus preeminencias por encima de otras cofradías con similar poder; era raro encontrar litigios que revelasen sus contradicciones internas. Por supuesto, eso no quiere decir que no hayan existido. Al parecer, debido a la horizontalidad del grupo vasco de Aránzazu, los conflictos eran inexistentes, en parte porque la red estaba compuesta por una amplia base en la que la mayoría eran cohermanos. Incluso, los distintos grupos lejos de confrontarse se integraban. Así, los viejos dirigentes vascos asimilaban y empoderaban a los peninsulares recién llegados que heredaban la base de la red y la ampliaban con los socios y amigos que habían arribado a la ciudad casi al mismo tiempo. Si hubo cohermanos que se distanciaban de la red central, estos tenían pocas oportunidades para maniobrar políticamente. Sucedió lo mismo en el Rosario, cuya red política fue tan hegemónica que obnubilaba a los demás bandos, que en esta corporación sí eran más evidentes, pues llegaron a tener cierto protagonismo cuando el primer grupo entró en declive. Estas dinámicas las veremos con más detalles cuando hagamos el análisis de cada una de estas redes.

3.4. Las redes políticas en las cofradías a inicios del siglo XVIII

En la época, las redes políticas eran identificadas como “bandos”, “partidos” o “parcialidades”. Todas las autoridades civiles y religiosas tenían conocimiento de su existencia en tanto estaban presentes en todas las corporaciones sociales del momento: en el Cabildo, la Audiencia, el Consulado, los gremios, monasterios y cofradías. En todo caso, se les concebía como grupos que trataban de ganar elecciones, ocupar puestos e influir en la política interna de la institución en la que se originaban. Si bien en el anterior apartado vimos muchas de las características de las redes políticas, conviene hacer una síntesis para entender mejor a qué nos referimos cuando trabajemos las redes de los vascos y montañeses presentes en las cofradías de Aránzazu y el Rosario. Quizás la mejor definición le corresponda a Vásquez Gestal, quien ha nombrado a las redes como “facciones” y las considera un grupo de interés formado por un

principales cargos de la cofradía, se mantenían en ellos durante varios años a través de reelecciones, algunas ni siquiera eran formalizadas en reuniones, pues rara vez eran convocadas, tampoco se presentaban las cuentas a tiempo, ya que la red política consideraba que con el apoyo mayoritario se podía sortear cualquier denuncia o irregularidad. Véase Rodríguez Toledo 2014 y Tardieu 1997: 551; en el Archivo Arzobispal de Lima se registran varios casos en los que un grupo de hermanos denunciaban a sus mayordomos alegando una serie de irregularidad; por ejemplo, en AAL, Cofradías, Leg. LIX-A, Exp. 11, 1675; Leg. XXXIX, Exp. 13, 1672; Leg. LI, Exp. 7, 1637/1638; Leg. XXXI, Exp. 5, 1614; Leg. XLIX, Exp. 6, 1647/1648; Leg. XXX, Exp. 2, 1621.

numero variable de miembros, cuya cifra no era fija y su fuerza dependía del grado de implicación de sus integrantes; nunca estuvieron institucionalizados ni fueron reconocidos en los documentos oficiales. Las facciones se originaban a partir de la asociación informal de varias personas de élite que consideraban su unión una estrategia necesaria para defender sus intereses particulares; y para consolidar la posición personal del patrón y de la facción misma se demandaba el apoyo constante de un fiel conjunto de personas (2013: 67).

Ahora nos corresponde conocer las redes políticas que montaron nuestros personajes, su formación, los vínculos que unían a sus miembros, su estructuración y los fines que perseguían. Las redes estudiadas son las protagonizadas por Juan Bautista Palacios y Antonio de Querejazu, la formada por la familia Calderón, Tagle Bracho y Gutiérrez de Cosio, y la centrada en torno a Miguel de Echevarría. Los primeros dirigieron y monopolizaron los principales cargos de Nuestra Señora de Aránzazu entre 1704 y 1736; los segundos hicieron lo propio en Nuestra Señora del Rosario entre 1714 y 1742; y los últimos sustituyeron a los anteriores en un breve periodo entre 1743 y 1745. Todos consiguieron empoderarse y acaparar los cargos de sus corporaciones gracias al soporte de varios agentes políticos relacionados a ellos. Sin embargo, la mayordomía y el control de la cofradía no era el fin último, sino un paso en el ascenso social de los principales líderes de la red política, quienes gracias a este impulso en sus carreras políticas pudieron conseguir empleos en la administración virreinal. En efecto, nuestros personajes al mismo tiempo que dirigían las cofradías se vincularon con la élite local, prosperaron en sus negocios, recibieron mercedes, ocuparon puestos clave en los órganos de gobierno, y se convirtieron en importantes actores políticos de la aristocracia limeña, por lo que su pertenencia a la dirección de una hermandad debe decir algo más que un simple dato espiritual.

Sin embargo, si anteriormente adelantamos algunos criterios teóricos para el estudio de las redes políticas, ahora corresponde profundizar un poco más sobre el aspecto metodológico. En esta investigación tomamos como ejemplo la propuesta de Balmaseda, quien estudió las redes originadas al interior de la corte de la monarquía hispánica. En efecto, conviene aclarar que cuando mencionamos el estudio de las redes políticas hacemos referencia al análisis de las relaciones interpersonales que mantenían sus miembros, para ello partimos de dos premisas: primero, que en estos grupos hay una estrecha cohesión debido a los lazos sociales que unían a sus integrantes, y segundo, que en estos grupos hay individuos centrales, es decir, personajes que se diferencian del resto, lo que les permitía ocupar una posición estratégica a la hora de controlar la red (1995: 2-16). Así, las redes políticas aquí estudiadas estaban altamente cohesionadas por las múltiples relaciones de sus integrantes, y en torno a ellos se ubicaban como actores centrales los personajes de esta investigación.

Para estudiar los vínculos que unían a los actores de las redes proponemos tomar en cuenta el contenido, forma, duración y discrecionalidad de sus relaciones, ya que dependiendo de estas variables podía tratarse de un vínculo u otro. Hemos seguido el planteamiento de

Balmaseda, pero hemos adaptado su propuesta de “relaciones” a nuestro particular campo de aplicación. Así, nosotros identificamos cuatro tipos de “vínculos”²²¹; el primero, de paisanaje, es decir, el origen común que favorecía la interrelación; segundo, de oficio y devoción, es decir, aquel que se refiere al trabajo y la espiritualidad comunes que permitían que nuestros comerciantes participaran en los mismos espacios como el Consulado o la cofradía; tercero, comercial o instrumental, aquella relación que se establecía debido a la formación de una compañía comercial, negocios, préstamos o transacciones notariales; cuarto, de amistad y parentesco, es decir, la unión familiar y la camaradería que unían a nuestros mayordomos con sus diversos clientes. Sin embargo, estas relaciones no eran exclusivas, pues una persona podía presentar uno o más vínculos, por ejemplo, se podía ser amigo, socio comercial, e incluso pariente, a esto usualmente se le llama “relación múltiple”.

En concreto, metodológicamente las redes políticas aquí presentadas se han construido sobre estas premisas; en primer lugar se ha identificado a los hermanos 24 de Aránzazu y el Rosario en el tiempo señalado, y a partir de esa información se ha tratado de desentrañar los diversos vínculos sociales que los unían; ello ha dado como resultado la centralidad de nuestros personajes, cuyo empoderamiento en la cofradía se expresaba a través del control del cargo de mayordomo durante el mismo tiempo en el que iban ascendiendo socialmente a través del consumo constante de empleos en la administración virreinal. Estas redes políticas, tal y como serán presentadas y graficadas, están estructuradas sobre la base de líderes concretos y una amplia base de agentes que actuaron durante todo el tiempo estudiado. Asimismo, los cuatro vínculos aquí tomados como referencia para reconstruir las redes también evidencian situaciones particulares; por ejemplo; los agentes más cercanos eran aquellos con quienes se compartía la amistad o el parentesco, mientras los clientes más prácticos eran aquellos que solo estaban unidos por el interés comercial o los negocios. Los vínculos han sido identificados sobre la base de la biografía de cada miembro de la red, por ello, los documentos que generaron como testamentos, contratos o denuncias han servido para construir estas articulaciones políticas.

Estas redes políticas se sostuvieron en espacios de sociabilidad muy particulares: la cofradía y el gremio de comercio; en el primer caso, esto era posible gracias a los criterios de paisanaje y devoción particular que unía a individualidades; y en el segundo caso, se debía al oficio y a los intereses políticos. Así, una red política originada en una cofradía podía ser ampliada en el Consulado. A su vez, esto estaba muy en correspondencia con la aparición de grupos regionales en los espacios de poder en las Indias. En efecto, Brading incidía que en el México del siglo XVIII aparecieron una facción de vascos y otra de montañeses; controlaban el Consulado y cada una elegía anualmente un prior (2004: 150-151). En Lima, durante la primera

²²¹ Las redes estaban basadas y se sustentaban en vínculos, los mismos que eran posibles y potenciados en espacios de sociabilidad como cofradías. Los vínculos eran definidos por Bertrand, quien tomaba la propuesta de Klapisch-Zuber, como un conjunto permanente o temporal de lazos de diversa naturaleza que unían a los individuos entre sí, cuya cohesión dependía de la fuerza de esos vínculos (2011: 239-240).

mitad del siglo XVIII, se dio una situación parecida; ya que los grupos más predominantes de vascos y montañeses no solo dominaron el oficio del comercio sino el gobierno corporativo, de hecho, los priores del Comercio entre 1700-1750 pertenecían a una de esas dos identidades regionales; y como sucedió en México; estas facciones se organizaban internamente en cofradías, en nuestro caso, las de Aránzazu y el Rosario.

Como menciona Kettering, existen dificultades inherentes al estudio de las redes clientelares; uno de ellos -quizás el principal- es el heurístico. Es evidente la dificultad para encontrar información en los archivos sobre las redes políticas y sus actividades; tampoco se pueden identificar con claridad la función y posición de los involucrados, de ahí el problema de establecer patrones, intermediarios y clientes, ¿quién es qué? El funcionamiento de las redes es difícil de observar porque sus acciones son veladas y rara vez registradas en los documentos escritos. Así, solo es posible encontrar evidencias de las redes luego de un intenso estudio de archivos, tomando atención en los detalles y recurriendo a una gran cantidad de indicios necesarios para establecer conexiones entre los hombres para luego explicar los posibles significados (1986: 8-9). A diferencia de Kettering, quien disponía de abundante correspondencia y diarios personales; nosotros hemos construido las redes, principalmente, a partir de las fuentes privadas (partidas de bautismo, matrimonio, expedientes de órdenes de caballería), notariales (contratos, testamentos, préstamos, obligaciones de pago) y jurídico-administrativas (litigios, actas corporativas del Consulado o Cabildo). La correspondencia, si bien no es inexistente en nuestro estudio, no es determinante en tanto salvo para casos concretos, no hemos identificado cartas elaboradas o dirigidas a nuestros personajes principales.

Aun así, las fuentes encontradas nos han permitido identificar los vínculos reales que unían a los hombres de la red, y los momentos puntuales en los que se sostenían y ayudaban. Por ejemplo, los documentos familiares nos proporcionan información sobre los vínculos, ya que las partidas de bautismo y matrimonios ofrecen datos sobre las relaciones que establecían nuestros personajes con una serie de agentes, quienes aparecían en calidad de testigos, padrinos, ahijados, yernos y suegros; mientras los testamentos revelan a los albaceas, herederos y beneficiarios. Si la existencia de redes no siempre es fácil de identificar, lo mismo sucede con su estructura, ya que los patrones, intermediarios o clientes no siempre aparecen con claridad en los documentos. Kettering proponía que los tres tipos de evidencia para reconocer las relaciones patrón/cliente son la correspondencia, declaraciones personales en diarios y comentarios de observadores políticos (1986: 10). Dada la escasez de estas fuentes para el caso peruano, hemos recurrido a las evidencias concretas que revelan la existencia de una relación mutua; por ejemplo, el préstamo de dinero, la recomendación para un puesto, regalos o gestos, estos últimos, están presentes en la documentación de forma muy intermitente.

Debido a estas limitaciones y las pocas fuentes convencionales para estudiar las redes, los casos aquí trabajados no se presentan como articulaciones políticas claramente jerarquizadas

donde los patrones y clientes son grupos diametralmente opuestos como sí sucede en las investigaciones europeas. Por el contrario, los agentes de la red pertenecían a un grupo más homogéneo y cohesionado, naturaleza también favorecida por la pertenencia a una cofradía. Entre los líderes del grupo y los integrantes que los sostenían no hay tanta diferencia a nivel económico, social y/o político, aun así, en esta maraña horizontal de comerciantes migrantes pueden rastrearse a algunos personajes quienes tenían la mayor cantidad de relaciones, monopolizaban los cargos corporativos y lograban ascender socialmente fuera de la red a través del consumo de cargos, aunque claro, esta no fue característica exclusiva de los líderes, pues el ascenso social no se realizó de forma individual sino colectiva. Como sentencia Kettering, cuando un amigo avanzaba, se llevaba a los otros con él (1986: 14).

Por último, dado que este estudio se basa en las redes originadas en cofradías, insistimos en que no debemos suponer que los agentes establecían vínculos por el simple hecho de compartir un espacio social, de hecho, en sociedades contemporáneas compartir un espacio con otro individuo no implica vínculo alguno. En ese sentido, nuestra investigación no cae en la formalidad de suponer que los miembros de una cofradía establecieron vínculos sociales solo por ser cohermanos y compartir el mismo espacio de sociabilidad; aunque como hemos visto, en corporaciones solidarias de este tipo bastaría lo anterior para suponer la existencia de diversos compromisos sociales; aun así, no solo hemos recurrido a las fuentes tradicionales de la cofradía como su documentación interna y actas de cabildo, por el contrario, hemos pretendido conocer la biografía de cada hermano ²⁴ y comprobar que efectivamente hubo varias relaciones de interdependencia: muchos compartieron negocios comerciales, apoyaron causas comunes en el Consulado, actuaron como albaceas o testigos de algún documento notarial, se prestaban grandes cantidades de dinero y muchísimos se emparentaban. Cuando las fuentes no insinúan estas relaciones, conviene entender el contexto, pues en las sociedades del Antiguo Régimen, todas las relaciones efectivas se basaban en la amistad y fidelidad, por ello era extraño que un individuo ingresara a una cofradía sin estar previamente relacionado con algún hermano y más extraño era que ya siendo parte de una hermandad no se haya relacionado con alguien más en un mundo donde los vínculos sociales eran tan importantes como la riqueza misma.

3.5. La red política Palacios-Querejazu

La red vasca de Aránzazu estuvo centrada en torno a Juan Bautista de Palacios y Antonio de Querejazu, quienes llegaron a Lima en 1680 a los doce y quince años respectivamente. Ambos fueron recibidos por miembros de la élite local. El primero llegó a la casa de sus tíos Aristegui, de quienes heredó su fortuna, y el segundo fue bien recibido por la prestigiosa familia de Tomas de Mollinedo, quien era un miembro de la élite local vinculado a la cofradía de Aránzazu. Este entorno les permitió relacionarse con los caballeros del primer prestigio social de la ciudad como afirmó Vicente de Aramburu en 1702 cuando sustentó la hidalguía de Palacios²²². Gracias a su origen vasco tuvieron la posibilidad de ingresar a una comunidad regional que no solo tenía influencia en el tan importante comercio colonial, sino que, gracias a la recomposición social de la época, los acercaba a la élite local ávida de mantener su estatus social a través de matrimonios con jóvenes migrantes enriquecidos. En efecto, nuestros personajes para hacer fortuna se dedicaron al oficio del comercio, y ya en 1685 -siendo aún muy jóvenes- figuraban en los patrones del Tribunal del Consulado con diecisiete y veinte años; una situación que se explica gracias a sus vínculos sociales. Poco después, en 1692, ambos ingresaron como cofrades de Nuestra Señor de Aránzazu, y en 1698 ya pertenecían al selecto grupo de hermanos 24. ¿Qué situación encontraron?

La hermandad de Aránzazu estaba dominada entonces por prestigiosos comerciantes vascos que habían llegado a mediados del siglo XVII como Agustín de Caycuegui²²³, Martín de Echevarría y Suloaga²²⁴, Andrés de Salazar y Alcedo²²⁵, Juan y Santiago de Urdanegui²²⁶, y

²²² AHNM, Consejo de Órdenes, Caballeros de Santiago, Exp. 6183, 1702.

²²³ Fue de origen vizcaíno, aunque declaró que nació en Cádiz; sus padres fueron Juan de Caycuegui y María de Salinas; cuando pasó a Lima se convirtió en un comerciante importante y llegó a dirigir el Consulado; se casó en 1675 con la panameña Manuela Noble Canelas; tuvieron tres hijos, uno de ellos fue Manuel, quien nació en 1698 y se convirtió en capitán de una de las compañías del Presidio del Callao; fue encomendero de Lampa, Chilques y Chumvibilcas, y se casó con Juana Orcasitas y Aliaga (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 946, 1702, f. 7; Turiso 2002: 299; Lohmann 1993: 100).

²²⁴ Nació en Oyarzun (Vizcaya) en 1649; se casó con la limeña Elena de Aroche en 1681; fue elegido prior del Consulado, y sus hijos siguieron carreras prestigiosas; Juan Bautista fue colegial de San Martín, estudió leyes en la Universidad de San Marcos y en 1708 consiguió la plaza de oidor de la Audiencia de Lima, y más adelante se convirtió en el marqués de Sotohermoso; su hermano Gabriel se convirtió en corregidor de Tarma y contador del Tribunal de Cuentas; otros dos hermanos, Agustín y Francisco Javier fueron escribanos mayores del Cabildo (Turiso 2002: 301-302; Lohmann Villena 1974: 40-41).

²²⁵ Nació en Sopuerta (Vizcaya) en 1642; en Lima, se casó con Josefa Rosa de Muñatones, hija del sargento José de Muñatones y Josefa Moral Aguado; entre sus hijos se encontraba Andrés Cayetano, quien se convirtió en comisario general de la Caballería del Perú y corregidor de Ica; luego se casó con María Josefa de Traslaviña y Oyague, hija del vasco Juan de Traslaviña y Teresa de Oyague y Beingolea; el hijo de ambos fue José Rafael Salazar Traslaviña, quien llegó a ser alcalde en 1756. Agustín, hermano de Andrés Cayetano, se convirtió en conde de Monteblanco, caballero de Santiago, regidor de Pisco y alcalde de Lima en 1746 (Turiso 2002: 328).

²²⁶ Juan se convirtió en el marqués de Villafuerte; se casó con Constanza Luján con quien tuvo a José Félix, Juan, Juana, Josefa, María Isabel y Mercedes de Urdanegui; el primero fue el heredero del marquesado; asimismo tuvo un hijo natural llamado Juan Joseph con Josepha de Zavala, quien se dedicó a la vida religiosa. Por su lado, Santiago se casó con Rosa de Urdanegui y tuvieron cuatro hijos; además

Marcos de Ulaortua, cuyo hermano menor Pedro era el único de la misma generación a la que pertenecían nuestros personajes²²⁷. Todos ellos ya estaban bastante maduros. Martín había nacido en 1649 y a inicios del siglo XVIII ya contaba con más de cincuenta años; Andrés tenía sesenta y dos años; Marcos había nacido en 1655 y ya tenía la cincuentena de años; Agustín desde mediados del siglo XVII ya tenía una consolidada carrera y actividad profesional; probablemente tenía entre sesenta y setenta años; Juan vivió sesenta y tres años, pero no llegó ni al siglo XVIII, pues falleció en 1682; y Santiago debió tener una edad similar, pues para 1717 ya había fallecido (Turiso 2002: 299, 301 y 333). Muchos de ellos fueron dirigentes del Consulado, Caycuegui fue prior en 1676 y entre 1689 y 1695, y Echevarría Suloaga ocupó el mismo puesto en 1703 y 1711. También eran hermanos dinámicos de Aránzazu; Marcos de Ulaortua fue mayordomo entre 1695 y 1700; Echevarría lo fue en 1702 y 1703; mientras Salazar, Cayecuegui y Santiago de Urdanegui realizaron generosas limosnas para la construcción del retablo corporativo en 1704; con seguridad también ocuparon puestos de dirigencia en el último tercio del siglo XVII, pero las pocas listas de mayordomos de esa época no permiten conocer ese dato. Todos ellos, desde su consolidada posición en el comercio, arroparon a nuestros personajes como lo demuestran los muchos negocios que mantuvieron a inicios del siglo XVIII.

Marcos de Ulaortua desde 1681 ya figuraba en Cádiz realizando las transacciones necesarias para embarcarse hacia América, entonces tenía veintiséis años; al final consiguió la providencia para viajar hacia Tierra Firme en la flota que iba a la feria de Portobelo²²⁸. Al parecer, los Ulaortua no llegaron inmediatamente a Lima, pues como menciona Mansilla, ambos lo hicieron solo en 1685, es decir, luego que Querejazu y Palacios llegaran a la ciudad; sin embargo, la edad de Marcos le permitió escalar puestos de forma rápida, pues junto con su hermano Pedro se hicieron cofrades de Aránzazu en 1692; y solo tres años después Marcos ya era elegido mayordomo; es decir, cuando nuestros comerciantes recién integraban el círculo de hermanos 24. Entre 1695 y 1703, la cofradía estuvo dirigida por Marcos de Ulaortua y Martín de Echevarría Suloaga, el primero representaba a ese grupo de migrantes que habían llegado a fines del siglo XVII, pero cuya edad lo asimilaba al grupo más empoderado de aquel siglo como Martín que representaba a la élite tradicional vasca. Antonio y Juan Bautista llegaron al siglo XVIII con una treintena de años, y convivieron con el empoderamiento del grupo anterior. No hubo contradicción. Nuestros personajes fueron asimilados e integrados, y posteriormente

tenía una hija natural llamada Úrsula (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 254, 1716, f. 917). (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández P. N° 439, 1717 f. 199).

²²⁷ Los hermanos Marcos y Pedro de Ulaortua nacieron en Elorrio (Vizcaya) en 1647 [1655] y 1662 respectivamente; fueron hijos de Pedro de Ulaortua Lasuen y Cathalina de Lequerica y Onandia; el primero se casó con Rosa María Bravo de la Maza, hija del corregidor de Piura Juan Bravo de la Maza; y tuvo dos hijos llamados Juan Bautista y Melchor; por su parte, Pedro no se casó ni tuvo descendencia declarada; en su testamento de 1732 nombró como albaceas a tres de sus sobrinos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez B., N° 956, 1706, f. 585; Francisco Estacio M., N° 344, 1732, f. 1014).

²²⁸ Archivo General de Indias (en adelante AGI), Casa de Contratación, 5444, N° 98, 1681.

heredaron, modificaron y ampliaron esa red política, incluyendo a varios jóvenes migrantes de su generación como Lorenzo de la Puente y Calera²²⁹, Joseph de Garazatua²³⁰ o Juan de Beytia y Aguirre²³¹; el primero ya se encontraba en Lima desde antes de 1694, y había llegado al igual que los demás a buscar mejor suerte, contaba con treinta y seis años a inicios del siglo XVIII (Rizo-Patrón 2001: 157).

Todos estos jóvenes comerciantes vascos ya estaban consolidando su posición gracias al comercio, y una vez asentados en Aránzazu no dudaron en demostrar su poder económico mediante una serie de contribuciones y donaciones que realizaron con el fin de mejorar el retablo de la corporación; por ejemplo, Juan de Beytia donó 200 pesos, Antonio de Querejazu hizo lo propio con 100 pesos, y Juan Bautista de Palacios y Pedro de Ulaortua donaron cada uno 500 pesos, situación que evidenciaba su riqueza y posición, lo que permitió finalmente que adquirieran la mayordomía en 1704. Con menor margen de capital, donaron 25 pesos Joseph de Garazatua, Lorenzo de la Puente, Bernardo Gurmendi²³², Bartolomé de la Torre, Gabriel de Borda²³³, Joseph de Urrunaga²³⁴, entre otros (Mansilla 2008: 94-96). Era necesario demostrar mayor posición socioeconómica para mantener la posición privilegiada de la red dentro de la hermandad, por ello, al año siguiente Antonio de Querejazu y Juan de Beytia siguieron donando

²²⁹ Nació en 1664; fue hijo de Pedro de la Puente, alcalde de Trucios; en Lima, se casó con Mariana Ibáñez Orellana, hija de Luis Ibáñez de Segovia y María Josepha Orellana, marqueses de Corpa; del matrimonio nacieron Lorenzo, Pedro, Juan Joseph, quien llegó a ser alcalde de crimen de la Audiencia, y Gaspar, quien fue contador del Tribunal de Cuentas; su descendencia se emparentó por gestión de Mariana con los de La Puente y Larrea, los Querejazu y los de La Presa (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Valentín de Torres Preziado, N° 1061, 1767, 153v; Lohmann 1974: 107 y 1993: 111; Turiso 2002: 325).

²³⁰ Nació en Lequeitio (Vizcaya) en 1661; fue hijo de Juan de Garazatua Escalante y María de Axpe; ocupó varios puestos de importancia en el Consulado; se casó con Magdalena de Luza Mendoza y Mioño, hija del montañés Juan de Luza Mendoza, almirante general del Mar del Sur; el matrimonito tuvo cinco hijos; el más conocido fue Juan, quién tomó los hábitos agustinos y llegó a ser catedrático de la Universidad de San Marcos; mientras su hermano José fue colegial de San Felipe (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Jacinto de Narvasta, N° 781, 1723, f. 163; Francisco Estacio Meléndez, N° 331, 1724, f. 1028; Archivo de la Real Cancillería de Valladolid, Sala de Vizcaya, Caja 4475, N° 1, 1695).

²³¹ Nació en Aratzabaleta (Guipúzcoa); fue hijo de Juan de Beytia y de Catalina de Aguirre; se casó con Josepha Riaño y Ayala, y sus hijos fueron Juan; Josepha, María Josepha, Juana, Petronila y Paula; y en 1725 solo sobrevivieron estas últimas, quienes se hicieron monjas del monasterio de la Encarnación (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 952, 1704, f. 131v; Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1725, f. 558).

²³² Fue hijo de Juan de Gurmendi y María de Urretajuzqui; se casó inicialmente con Isabel de Recalde, pero luego se desposó con Mercedes de Urdanegui. Falleció sin descendencia. (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 327, 1722, 1169v; Turiso 2002: 308).

²³³ Nació en Lesaca (Navarra) en 1649; fue hijo de Victorino de Borda y Margarita Vizusalegui; en 1693 se casó con María Josefa Echevarría y sus hijos fueron Manuel Antonio, quien sería alcalde de Lima en 1736, alcalde de crimen de la Audiencia y luego oidor; Francisca, quien se casó con Jerónimo de Calatayud; sus otros hijos siguieron carreras religiosas en el monasterio de la Concepción, las órdenes agustinas, franciscanas y en el clero secular (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 340, 1730, f. 1049; Turiso 2002: 294).

²³⁴ Nació en Motrico (Ondarroa según Turiso) en Guipúzcoa; fue hijo de Gabriel de Urrunaga y Antonia de Basurto; se casó con Casimira de Riaño y Ayala, y solo tuvo una hija llamada Josepha (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 313, 1712, 225v; Joseph de Aizcorbe, N° 8, 1758, f. 751; Turiso 2002: 334).

100 pesos, y varios de sus socios y amigos hicieron lo mismo como Antonio de la Cuadra²³⁵, Joseph de Azaldegui, Juan Bautista Mendive²³⁶, Joseph de Garazatua, Nicolás de Arburua, entre otros; aunque estos contribuyeron con cantidades más modestas. A propósito, y como veremos más adelante, todos estos comerciantes, al igual que nuestros personajes, ya estaban matriculados en el Consulado, y tuvieron una activa participación en sus juntas generales cuando se empezaron a discutir las medidas económicas traídas por los virreyes borbónicos.

En 1704 fueron elegidos mayordomos de Aránzazu Juan Bautista de Palacios y Pedro de Ulaortua; el primero accedió a tal cargo solo seis años después de haber sido nombrado hermano 24; entonces, tenía treinta y seis años, y su nombramiento demuestra que la red política a la que pertenecía ya era bastante efectiva; por la misma época, según Mansilla, su tío Antonio de Querejazu ya había ocupado la diputación de la hermandad (2008: 54). Lamentablemente, la autora no brinda fechas concretas y en la poca documentación disponible tampoco se encuentra tal información; sin embargo, no sería raro que Antonio haya ejercido ese cargo, pues por la misma época ocupó un puesto similar (el de tesorero) en la Congregación de Nuestra Señora de la O (Vargas Ugarte 1993). En todo caso, Querejazu fue diputado en los años anteriores a su elección de mayordomo, esto es antes de 1713, así que probablemente ocupó tal oficio al mismo tiempo que su sobrino Juan Bautista era mayordomo. Esto tiene lógica, pues como vimos, era esencial para la red política acaparar los principales cargos de la hermandad. Los oficios de mayordomo y diputado eran elegidos el mismo día y, según las constituciones, gozaban de similar poder y responsabilidad. Los diputados debían estar familiarizados con los asuntos internos de la hermandad; y en muchos casos sustituían al mayordomo si este se ausentaba por un breve tiempo; al igual que los mayordomos, debían juramentar y recibían prerrogativas internas en tanto no se sometían a ninguna otra jurisdicción o autoridad más que a la junta compuesta por ellos mismos (Lohmann 1990: 210). Más adelante, Antonio asumió la mayordomía en 1713 a los cuarenta y ocho años; previamente no solo se había desempeñado como diputado de Aránzazu, sino también había sido tesorero de Nuestra Señora de la O entre 1708 y 1710 (luego sería prefecto), y mayordomo del hospital de Santa Ana.

En adelante, y durante las siguientes décadas, Juan Bautista de Palacios y Antonio de Querejazu dominaron la cofradía de Aránzazu por lo menos entre 1704 y 1736; de manera comprobada sabemos que el primero fue mayordomo veinte veces entre 1704 y 1735, y el segundo ocupó el mismo cargo por lo menos diez veces entre 1713 y 1736; sin embargo, si

²³⁵ Nació en Vizcaya; fue hijo del capitán Miguel de la Cuadra y Cecilia de Montano; se casó primero con Magdalena de Sandoval Rosas; fruto de esa unión nació Joseph; posteriormente, al parecer, se casó por segunda vez con Teresa de la Rocha, quien en 1732 se declaró su viuda y realizaba préstamos en su nombre (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 312, 1708, 239v).

²³⁶ Fue hijo de Domingo de Mendive y de María de Ibarrondo; en Lima se casó con la cuzqueña de dieciséis años Feliciano Gómez de Luza, hija de Félix Gómez de Luza y de María Josepha Luza, quienes le prometieron una dote de 20, 000 pesos; en 1711 fue corregidor de Tarma, y al año siguiente obtuvo la jurisdicción de Cotabamba y Canes; tuvo varios hijos e hijas, la mayoría se dedicó a la vida religiosa (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 328, 1723, f. 911; Turiso 2002: 316).

tomamos en cuenta la escasa rotación de cargos y el efectivo poder que tenían nuestros personajes estas cifras se incrementan de tal forma que Juan Bautista fue mayordomo treinta y un veces y Antonio veinticinco²³⁷. En efecto, las constituciones de la cofradía determinaban que los mayordomos podían reelegirse las veces que quisieran siempre y cuando tuvieran el apoyo de la junta y los votos de los hermanos 24. Si la junta de mayordomos, diputados y procuradores estaba compuesta por la misma red y la mayoría de los cohermanos pertenecían al mismo grupo, estaba claro que Juan Bautista y Antonio gozaron de un amplio respaldo para perpetuarse en los máximos cargos de la congregación.

Ilustración 14



Retrato de Antonio de Querejazú (primera mitad del siglo XVIII)

Fuente: ARCHI (Archivo digital del Museo de Arte de Lima)

La red vasca llegó a tener hasta 57 agentes activos, de los cuales la mayoría eran hermanos 24 de la cofradía de Aránzazu. La numerosa base social del grupo contribuyó en el apoderamiento de la congregación en tanto, según las constituciones, se mandaba que una vez al mes se realice una junta general con un aforo mínimo de treinta hermanos, y en las juntas particulares celebradas el segundo domingo de cada mes debían asistir por lo menos doce personas (Lohmann 1990: 208). Así, como sugiere Ovalle, los mayordomos armonizaban sus decisiones con el grupo al que pertenecían, y esto incidía en todo lo ocurrido al interior de la cofradía (2018: 110). El gobierno regular de la congregación y la misma elección y relección de

²³⁷ AHBPL, Nuestra Señora de Aránzazu, Libro 001.

los mayordomos dependía del apoyo de los hermanos 24, sin esto hubiera sido imposible que Palacios y Querejazu se mantuviesen en el cargo por más de tres décadas. Asimismo, el control de la cofradía no solo brindaba puestos, sino también acceso a recursos y bienes.

Los informes y cuentas de Juan Bautista de Palacios brindan evidencia sobre los caudales y propiedades que administraba; por ejemplo, entre 1704 y 1711 había recibido por concepto de limosna de hermanos la cantidad de 8, 111 pesos; también se hizo cargo del dinero destinado para las buenas memorias de Domingo de Baranbio, Sancho de Elgorriaga y Francisco de Aguirre, por lo que recibió 700, 175 y 530 pesos respectivamente; sucedía lo mismo con los bienes inmuebles de la cofradía, pues Palacios se encargó de la administración de una tiendas que poseía la cofradía en la calle de petateros, las cuales tenían un censo impuesto de 3, 000 pesos; y también le concedió a Luis Cano el arrendamiento de una chacra por el valor de 132 pesos al año; luego de siete años, el susodicho tuvo que pagar 924 pesos (Mansilla 2008: 102)²³⁸. A propósito, Cano en 1727 figuraba como un deudor de Antonio de Querejazu, por lo que el anterior movimiento pudo deberse a que nuestros personajes concedieron el censo a un personaje conocido. Situación muy recurrente en la época, que indica el gran margen de maniobra de los mayordomos, pero el arrendamiento también pudo generar una nueva relación, originando que Cano se volviera un dependiente de nuestros comerciantes. En cualquier caso, las ventajas de la mayordomía son evidentes.

Como se verá con mayor regularidad en el caso de la red montañesa, era usual que los mayordomos aprovecharan su posición para beneficiar a sus socios. En el caso de Aránzazu esto se evidencia cuando Martín de Echevarría como mayordomo concedió a Palacios un caudal de 980 pesos, que pertenecían a la buena memoria de Juan de Urrutia; el dinero estaba sujeto a un interés del cinco por ciento, y solo fue pagado siete años después. (Mansilla 2008: 102). Así como se tenía potestad para cobrar, lo mismo sucedía para gastar; el nivel de discrecionalidad legalmente era menor, pues las constituciones indicaban que los mayordomos necesitaban consentimiento de la junta general si el gasto excedía los 500 pesos; sin embargo, debido a la predominancia de la red política esto no era un inconveniente. Así, Palacios pudo gastar y favorecer a algunos comerciantes de la época; por ejemplo, entregó 105 pesos a Francisco de Lartiga por los jornales de dos esclavos y 406 pesos a Sebastián de Cantos por madera traída desde Chile. Debido a la construcción del retablo, fue necesario invertir mucho dinero y se demandó la importación de productos traídos desde varias partes del reino, incluyendo Chile, que en ese momento estaba teniendo un importante rol en el comercio colonial. El mismo Juan Bautista, en sociedad con Juan de Beytia, tenía negocios de madera en Quito y el reino sureño.

Por supuesto, el mayor gasto correspondía a la organización de las fiestas de mayo y agosto; entre 1704 y 1711 Palacios y Ulaortua se encargaron de este rubro, y las sumas

²³⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 433, 1712, f. 175.

bordeaban los 270 pesos; en 1704 se invirtió solo 174 pesos, pero en 1706 esta suma era de 268 pesos y la cifra se mantendría en los siguientes años (Mansilla 2008: 106). Lo mismo sucedía con los gastos ordinarios que implicaba la compra de lámparas, cortinas, brocados, manteles, candeleros, campanilla, etcétera. Muchas veces, los caudales de la cofradía no eran suficientes para cubrir las necesidades corporativas, y se recurría a las donaciones personales, pero incluso estas eran insuficientes, así que los mayordomos en demostración de su compromiso corporativo y holgada posición socioeconómica donaban dinero; por ejemplo, Palacios y Ulaortua entregaron a la cofradía 8, 132 y 6, 819 pesos respectivamente, cantidades que aun figuraban como pendientes a pagar en 1711. El préstamo a la congregación no solo elevaba y confirmaba la posición socioeconómica de los mayordomos, sino que condicionaba una situación de deuda por parte de la congregación, ya que resultaba natural que nadie quisiera asumir una administración endeudada; y esto favorecía la posición de los mayordomos que se mantuvieron en el puesto durante las tres primeras décadas del siglo XVIII.

3.5.1. Los vínculos

Una vez conocida la formación de la red Palacios y Querejazu, corresponde entender los vínculos que mantenían sus diversos integrantes, ya que como propone Kettering, en las estructuras subyacentes, los vínculos fueron determinantes para la asociación y las interacciones políticas (1986: 11). Como hemos antecedido, hemos identificado cuatro tipos de vínculos que unían a los agentes de la red: el paisanaje, el oficio, los negocios y la amistad/familiaridad; estos fueron el resultado de un conjunto de relaciones entre hermanos que se manifestaban en el ámbito cotidiano y que además eran fruto de la común existencia en un espacio centralizado como la cofradía (Ovalle 2018: 109). Estos vínculos contribuyeron a la formación de redes entre personajes centrales (nodos o patrones), intermediarios y una serie de clientes formando una articulación que empoderaría a ciertos personajes en la estructura social de la época. En otras palabras, estos vínculos contribuyeron a la formación de una élite social en el Perú de inicios del siglo XVIII. En este apartado recurriremos a la biografía y prosopografía en tanto estudio colectivo de un grupo social para desentrañar los vínculos que unían a los cofrades de Aránzazu, ya que como propone Bertrand, las redes no funcionaban al azar de encuentros ocasionales, sino existía una lógica que permitía la construcción de esas facciones (2011: 241).

Cuadro 11

Composición social de Nuestra Señora de Aránzazu					
Principales integrantes de la red política Palacios-Querejazu					
Nombre	Origen	Oficio	Títulos	Empleos	Cargos en la cofradía
Antonio de Querejazu	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago	Prior del TC	M
Juan Bautista de Palacios	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago	Alcalde	M
Juan de Beytia y Aguirre	Peninsular	Comerciante		Prior del TC	
Lorenzo de la Puente y Calera	Peninsular	Comerciante	O. de Alcántara	Prior del TC	
Joseph de Garazatua	Peninsular	Comerciante		Cónsul del TC	
Marcos de Ulaortua	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago		M
Pedro de Ulaortua	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago	Prior del TC	
Martín de Echevarría	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago	Prior del TC	M
Antonio de la Cuadra	Peninsular	Comerciante			
Bernardo Gurmendi	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago		
Bartolomé de la Torre Montellano	Peninsular	Comerciante	O. de Alcántara	Cónsul del TC	
Ignacio de Jáuregui	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago	Prior del TC/ Corregidor	
Tomas de Mollinedo	Peninsular	Funcionario	O. de Santiago	Alcalde (Cusco) /Corregidor	
Gabriel de Borda	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago		
Francisco de Velaochaga	Peninsular	Comerciante		Prior del TC	
Francisco de Herboso y Luza	Criollo	Contador	O. de Santiago	Contador Mayor	
Juan Bautista Mendive	Peninsular	Comerciante	O. de Calatrava	Prior del TC/ Corregidor	
Pedro de Lascurain	Peninsular	Comerciante		Prior del TC	
Bernardo Solís Vango	Peninsular	Comerciante	O. de Calatrava	Prior de TC/ Corregidor	
Francisco Estacio Meléndez	Criollo	Escribano			
Joseph de Azaldegui	Peninsular	Comerciante			

TC= Tribunal del Consulado

M = Mayordomo

Fuente: elaboración propia

3.5.1.1. Vínculos de paisanaje

El primer vínculo que mantenían nuestros personajes fue el origen geográfico. Según Brading, era usual que los comerciantes se unieran en torno a la procedencia regional; por ello, en el consulado de México se formaron facciones de vascos y montañeses. Así, la facilidad con la que estos grupos se formaban reflejaba el profundo sentido de paisanaje del migrante español que prefería vincularse con aquellos con quienes compartía costumbres, devociones, cultura, lengua, orígenes comunes, además de la fidelidad al terruño (2004: 151; Turiso 2002: 105). Este vínculo común favoreció la interrelación, congregación e integración en redes políticas, pues como afirma Lluch, las comunidades regionales estaban muy inclinadas a desarrollar redes de mutua ayuda en espacios de socialización como la cofradía; en particular la de Aránzazu que tenía una gran popularidad entre los migrantes vascos (1999: 99-101). De hecho, como han expresado Ruíz, Luque y De la Puente, la fundación de cofradías de Aránzazu en América correspondía con esa iniciativa de fomentar comunidades solidarias fuertemente integradas. Las mismas constituciones de la hermandad establecieron que solo se permitiría el ingreso a los hijosdalgo provenientes de Vizcaya, Guipúzcoa, Navarra y Álava, aunque la admisión también estaba ampliada a los descendientes criollos cuyos padres provinieran de aquellas regiones vascas (Lohmann 1990: 207).

En efecto, de un universo de 57 agentes políticos, el 92.86 por ciento eran paisanos, pues eran vascos; el otro pequeño porcentaje correspondía a agentes externos asturianos, navarros y criollos que se vincularon a la red por su parentesco con nuestros personajes, ninguno de ellos era hermano de Aránzazu, y es que el carácter cerrado de la cofradía fue determinante a la hora de componer la red política. Gracias al trabajo documental, sabemos que los integrantes de la red política provenían indudablemente de Euskadi. Juan Bautista de Palacios, Antonio y Matheo de Querejazu provenían de Guipúzcoa, el primero de Oñate y los segundos de Mondragón; de la misma provincia eran Juan Ignacio de Larrea (Vergara), Pedro de Lascurain (Anzuola)²³⁹ y Bernardo de Gorostizu (Mutiloa)²⁴⁰. Por otro lado, provenientes de Vizcaya eran Tomas de Mollinedo (Balmaseda), Tomas de la Bodega y Cuadra (Somorrostro)²⁴¹, Joseph de Garazatua (Lequeitio), Juan de Beytia y Aguirre (Aratzabaleta),

²³⁹ Fue hijo de Joseph de Lascurain y María de Zumaeta Arendazabal; se casó con Atencia Cornejo, viuda de Antonio de Paz, duque de Estrada, caballero de Santiago y vecino de Quito; sin embargo, en 1720 ya estaba viudo; tuvo dos hijos: Francisco, quien llegó a ser abogado de la Real Audiencia, y Cathalina, quien se convirtió en monja del monasterio de la Concepción (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1720, f. 605)

²⁴⁰ Nació en 1671; fue hijo de Bernardo de Gorostizu y María de Echevarría; en Lima, se casó con Feliciano Sánchez Becerra; cuando testó en 1713 tenía un hijo de un año y otro que venía en camino (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 312, 1708, f. 300; Turiso 2002: 308).

²⁴¹ Fue hijo de Juan de la Bodega y Cuadra y Agustina de las Llanas; fue alcalde de Lima en 1761 y varias veces cónsul del Comercio entre 1762 y 1766; se casó con Francisca de Mollinedo, hija de Manuel de

Juan Bautista Mendive (Durango), Lorenzo de la Puente y Calera (Valle de Trucios), Francisco de Velaochaga (Abadiano)²⁴², los hermanos Marcos y Pedro de Ulaortua (Elorrio), Joseph de Urrunaga (Ondárroa), Bernardo de Elguea (Ochandiano)²⁴³, Bernardo de Olave (Berrio)²⁴⁴ y Diego Capetillo (Galdames)²⁴⁵. Asimismo, Bernardo Gurmendi y Tomas de Alberro eran de San Sebastián; Ignacio de Jáuregui²⁴⁶ era de Bilbao; Bartolomé de la Torre Montellano²⁴⁷ provenía de Santillán en Castro Urdiales; y Gabriel de Borda, Martín de Itulaín²⁴⁸, Juan Esteban de Munarris y Juan de Marticorena²⁴⁹ fueron navarros; el primero de Lesaca, el tercero de Pamplona y el cuarto de Zugarramurdi; entre otros casos.

Los migrantes, al comienzo de su carrera, recurrieron a los vínculos geográficos para integrarse a la sociedad. Como hemos visto, Juan Bautista llegó a la casa de sus tíos vascos Aristegui, y los hermanos Querejazu fueron favorecidos por el también vasco Tomas de Mollinedo; por supuesto, no fueron los únicos que recibieron ayuda de un paisano al llegar a Lima, por ejemplo, los hermanos Lorenzo y Juan de la Puente fueron recibidos por su paisano José de la Puente y Mollinedo, quien no dudó en favorecer sus carreras haciéndoles albaceas de sus bienes en 1701 (Rizo Patrón 2000: 159). En efecto, estas vinculaciones geográficas permitían que los recién llegados se integraran a la sociedad y el comercio colonial. De hecho, como manifiesta Bertrand, todo los migrantes que tenían la posibilidad de pedir apoyo o protección de un paisano no dudaron en hacerlo valer para promover su futuro (2011: 272-273).

Mollinedo y Josepha de Lozada; tuvo siete hijos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 380, 1749, f. 117; Turiso 2002: 294; Lohmann 1993: 55)

²⁴² Fue hijo de Pedro de Velaochaga y María de Ochayta; en Lima se casó con la criolla Josepha de Aranzamendi; producto del matrimonio nació Joseph en 1675, quien fue colegial de San Martín y se doctoró en la Universidad de San Marcos; posteriormente fue catedrático, abogado de la Audiencia y regidor del Cabildo entre 1715 y 1720, y alcalde en 1717 (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Bernardo Baquero, N° 119, 1715, 14v; Turiso 2002: 293; Lohmann Villena 1983: 66)

²⁴³ Fue hijo de Blas de Elguea y Margarita Ochoa; no declaró esposa ni descendencia (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 383, 1750, f. 216)

²⁴⁴ Fue hijo de Manuel García de Olave y de Mariana de Ulaortua (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1725, f. 570v).

²⁴⁵ Fue hijo de Juan Capetillo y María de Lasuta y Torre; tenía una hija natural llamada Rosa Theresa, a quien finalmente heredó (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 248, 1713, 598v)

²⁴⁶ Nació en Bilbao en 1660; fue hijo de Asensio de Jauregui, natural de Galdácano (Vizcaya) y de Luisa de Lasarte; el primero era hijo de Pedro de Jauregui y María de Asunsolo, al parecer hidalgos de sangre, ya que ello le permitió a Asensio ser regidor de Bilbao en 1668. Ignacio pasó al Perú donde obtuvo el corregimiento de Condesuyos (Arequipa) y se casó con Josefa de Herboso, hija de Francisco de Herboso (Turiso 2002: 312; AHNM, Consejo de Órdenes, Caballero de Santiago, Exp. 4192, 1702).

²⁴⁷ Nació en Santillán en 1652; fue hijo de Agustín de la Torre y María Montellano, quienes pertenecían a familias hidalgas, pues ocuparon regidurías locales; viajó a las Indias con su hermano Andrés, quien residió en Potosí. Bartolomé llegó a ser capitán de la infantería; permaneció soltero y no tuvo descendencia (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 312 1708, 274v; Turiso 2002: 332)

²⁴⁸ Fue hijo de Juan de Itulaín y de María Martín de Egorque; de profesión comerciante y contador, por ello fue cónsul del Consulado en 1663 y 1664; en 1697 se convirtió en corregidor de Cajatambo; se casó con Ana Ximenez de Molina; la mayoría de sus muchos hijos se dedicaron a la vida religiosa (AGN, Escribanía Siglo XVIII, N° 330, 1724, f. 517v; Turiso 2002: 311).

²⁴⁹ Fue hijo de Juan de Marticorena y María de Borda; se casó con Margarita de los Ríos, y procreó a diez hijos; entregó crecidas dotes, y su caudal disminuyó producto de los contratiempos comerciales; falleció endeudado (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 349, 1735, f. 757)

Sin embargo, aunque importantes, estas relaciones no eran de las más fundamentales en comparación a los vínculos originados en la amistad o el parentesco.

Asimismo, a los comerciantes y cofrades cuyas raíces estaban en Euskadi tienen que sumarse los diferentes agentes de orígenes criollos como Antonio Hermenegildo de Querejazu o Francisco de Herboso y Luza²⁵⁰. Ambos eran descendientes de vascos, el primero de nuestro ya conocido personaje, y el segundo del comerciante Francisco de Herboso, quien llegó a Lima a mediados del siglo XVII. En ambos casos, su participación en las redes estaba favorecida por su vínculo familiar, pero también gracias a sus orígenes pues, aunque no eran vascos peninsulares, las constituciones de la cofradía permitía el ingreso a los descendientes de los hermanos 24. Además, hubo otros criollos como Joseph de Santiago Concha, Diego Carrillo de la Presa y los hermanos Francisco y Miguel Estacio Meléndez; el primero tenía ancestros de Santander y el segundo de Burgos, pero habían nacido en Lima, y aunque no pertenecieron a la cofradía sí fueron determinantes al momento de empoderar a los personajes centrales de esta investigación. De igual forma, Bernardo de Solís Vango, originario de Avilés (Asturias)²⁵¹, fue esencial a inicios del siglo XVIII cuando el empoderamiento de la red política coincidió con los primeros intentos de regular y reformar el comercio colonial.

3.5.1.2. Vínculos de devoción y oficio

¿Dónde se articulaban los anteriores vínculos geográficos? Brading manifiesta que el “partido” de los vascos tenía a la cofradía como base de su organización comunal. Esto era esencial, pues los migrantes fortalecían su conciencia de superioridad mediante su profunda y común devoción religiosa; es por ello que este grupo tenía una intensa actividad comunitaria (2004: 152). Como manifiestan las constituciones, los hermanos 24 tenían que dedicarse a la devoción de la Virgen de Aránzazu, pero además de procesiones en las que estaban ávidos de participar, tenían que cumplir una serie de obras de caridad destinadas a socorrer y ayudar a los vascos y descendientes de vascos que se encontraban en la ciudad, sobre todo, aquellos más desvalidos; por ello se les visitaba si estaban enfermos, se les daba consuelo en las cárceles, incluso, los recién llegados eran integrados o “acomodados” (Lohmann 1990: 208-209).

El culto a la Virgen de Aránzazu era fundamental para la identidad vasca. Como vimos en el capítulo anterior, la tradición indicaba que aquella divinidad apareció en las montañas de

²⁵⁰ Fue hijo del vizcaíno de Balmaseda Francisco de Herboso y Asunsolo y Antonia de Luza Mendoza Mioño; el primero llegó a Lima y su hijo Francisco nació en 1670; en 1689 ya era nombrado capitán de infantería por el virrey duque de la Palata (Lohmann 1993: 191).

²⁵¹ Fue hijo de Esteban Gonzáles de Vango y María Solís; en 1708 recibió el corregimiento de Ica, Pisco y Nazca; y luego consiguió la jurisdicción de Chancay; se casó con Leonor de Riaño y tuvieron siete hijos; entre ellos estaba Gerónima, quien se casó con el oidor Álvaro de Navia Bolaño; María Antonia, quien se desposó con Alonso Eduardo de Salazar, fiscal del crimen de la Audiencia; y su hijo Juan Próspero, quien era oidor en la Audiencia de Chile (AGN, Escritanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 335, 1727, f. 1007; Turiso 2002: 330).

Euskadi otorgándole un clima devoto e hidalgo a sus habitantes, quienes no dudaron en exaltar esta naturaleza, por ello, la cofradía fue exportada en todas las regiones de América donde hubo comunidades vascas más o menos grandes permitiendo su articulación. La fundada en Lima en 1612 se originó debido a la necesidad que tenían los vascos ahí asentados para fortalecerse como grupo. Como menciona Ovalle, la cofradía se convirtió entonces en un espacio laico de unión y organización en torno a una devoción común, generando una unidad corporativa, situación permitida por la monarquía, pues favorecía que la cultura política se manifestara a través de devociones religiosas públicas (2018: 22).

Todos los vascos identificados en esta red fueron hermanos 24 de la cofradía de Aránzazu como lo demuestran las listas de limosnas recogidas en 1704 y 1711 por los mayordomos Juan Bautista de Palacios y Pedro de Ulaortua²⁵². En efecto, más del 90 por ciento de los integrantes de la red política Palacios-Querejazu convivían en la cofradía; al menos una vez al mes se reunían como estipulaban las constituciones internas y socializaban a partir de misas, actividades piadosas, y procesiones en las que participaban de forma decisiva, de hecho, la preocupación de los mayordomos por la organización de los gastos y la misma fiesta evidencia que era un tema de importancia; en ese ínterin, forjaron y fortalecieron vínculos con los demás cohermanos.

El oficio común también fue fundamental, pues en la época un individuo no era considerado solo por su peculiaridad, sino por formar parte de un todo, es decir, el comerciante adquiriría importancia de acuerdo al prestigio del grupo al que pertenecía (Turiso 2002: 72). En ese sentido, congregarse, asociarse y mantener vínculos con personas de igual riqueza, poder y prestigio era esencial para lograr ascender socialmente. En efecto, la mayoría de los integrantes de la red estaban dedicados al comercio; compartían espacio en el Tribunal del Consulado, donde participaban como bloque en las diversas juntas generales, y apoyaban y sostenían a los líderes de la facción cuando estos ostentaban algún cargo de importancia. Del universo total de integrantes de la red política, al menos el 67.86 por ciento estaban matriculados en el Comercio como lo revelan las actas de sus juntas entre 1706 y 1727 (Moreyra 1956); por ejemplo, Joseph de Urrunaga, Martín de Itulaín, Juan Bautista Mendive, Baltasar de Ayesta, Pedro de Perurena²⁵³, Joseph de Azaldegui²⁵⁴, Francisco Suasola, Antonio de la Cuadra, Francisco Barrenechea, Cristóbal de Ureta y Nicolás de Arburúa eran miembros activos del Consulado durante las intenciones del marqués de Castlidosrius por garantizar una armada en los primeros

²⁵² AHBPL, Nuestra Señora de Aránzazu, Libro 001.

²⁵³ Nació en Lesaca (Navarra); sus padres fueron Bernardo de Perurena y María Juana de Vértiz; se casó con María Jacoba de Urquiza y tuvo dos hijos: Juan Francisco y María Josepha Bernarda; el primero fue religioso y en 1746 era ayudante de cura en el obispado de Cuzco. A su vez, tuvo tres hijos naturales más (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Agustín Gerónimo de Portalanza, N° 868, 1746, 196v)

²⁵⁴ Nació en Vizcaya; sus padres fueron Martín de Azaldegui y Ángela Biseberri; en Lima, tuvo un hijo natural llamado Joseph con Francisca de la Rua, quien para 1711 tenía año y medio (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 432, 1711, f. 368).

años de siglo XVIII, pese a que esta medida afectaba los intereses mercantiles de nuestros personajes debido al contrabando francés. Muchos de estos mismos comerciantes siguieron participando y sosteniendo la gestión de Antonio de Querejazu cuando tuvo que hacer frente a las reformas del marqués de Castelfuerte.

Brading señala que en Nueva España el Consulado se dividió en los bloques de vascos y montañeses, y cada uno elegía a un cónsul y se alternaban la designación de un prior, demostrando la gran influencia de su “partido” dentro del gremio mercantil (2004: 151). Una situación similar se vivió en Lima durante el siglo XVIII. Como anteceditos, el fin de las redes políticas no era solo el control de la cofradía a través de la ocupación de los cargos; la motivación de los integrantes era ascender socialmente en grupo, por ello, la red trascendía el espacio corporativo y se ubicaba sobre otras instituciones de influencia como el Consulado al que todos pertenecían debido a su profesión. Tuvieron éxito. Muchos de los integrantes de la red ocuparon puestos de relevancia en el gremio mercantil durante las tres primeras décadas del siglo XVIII hasta que fueron desplazados por el grupo montañés.

Por ejemplo, Francisco de Velaochaga fue prior en 1700 y dirigió la corporación con Pedro de Ulaortua, quien era cónsul el mismo año. En 1701 la dirección estaría ocupada completamente por la red, pues Bernardo de Solís Vango era prior, y los cónsules era Juan Esteban de Munarris y el mismo Ulaortua; a propósito, este último ocupó el máximo cargo de prior en 1707 y 1717; en su primer año fue acompañado por Joseph de Garazatua, quien fue cónsul entre 1707 y 1709, y luego entre 1717 y 1720; Pedro de Lascuráin fue prior en 1710; Ignacio de Jáuregui ocupó el mismo cargo en 1715 y 1716; Juan Bautista Mendive lo sucedió entre 1717 y 1720; Juan de Beytia y Aguirre hizo lo propio entre 1721 y 1723; Lorenzo de la Puente asumió el priorato en 1727; Bartolomé de la Torre Montellano fue cónsul en 1710 y 1711; Francisco de Herboso ocupó el mismo cargo en 1711 y 1712; Gaspar Fernández Mostajo lo hizo entre 1718 y 1723; Joseph de Urrunaga fue cónsul entre 1733 y 1735, luego entre 1737 y 1741, y prior en 1736; por último, Juan López Molero fue cónsul entre 1721 y 1727, y luego prior entre 1737 y 1741. Asimismo, nuestros personajes principales, Juan Bautista de Palacios y Antonio de Querejazu, también tuvieron puestos importantes en el gremio; el primero fue cónsul en 1705 y 1706, y el segundo prior entre 1724 y 1726; en ambos casos, ocuparon estos oficios corporativos mientras fueron mayordomos de Aránzazu²⁵⁵.

Habíamos dicho previamente que el poder y su expresión más evidente (los cargos) no eran objetos que estaban en posesión de unas pocas manos; por el contrario, la red política garantizaba que todos disfrutaran de sus ventajas, pues en la época, uno no ascendía solo sino en grupo; por ello, no solo los líderes principales como Palacios y Querejazu obtuvieron cargos, sino también una serie de cohermanos de igual riqueza y poder y otros agentes menores que

²⁵⁵ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Consular, Leg. 1, exp. 154, 1709; exp.155, 1716; exp. 156, 1724.

fueron elegidos cónsules, incluso, un integrante itinerante de la red como Juan López Molero fue beneficiado con el cargo de cónsul varios años hasta que cambió al bando de los montañeses con los cuales ascendió a prior. Si revisamos con atención la regularidad de las elecciones del Consulado nos daremos cuenta que a fines del siglo XVII los vascos ocupaban intermitentemente los cargos importantes, pero en la siguiente centuria, los puestos en manos vascas se hicieron más recurrentes a medida que Palacios y Querejazu se fortalecían en la dirección de la hermandad y la red política, esto es, luego de 1713 cuando ambos fueron elegidos mayordomos. Así, a partir de 1715 y durante los siguientes doce años, el Consulado estuvo dominado completamente por la red política de Aránzazu.

Cuadro 12

Priores y cónsules del Tribunal del Consulado de Lima, 1676-1727		
Año de elección	Prior	Cónsules
1676	Agustín de Caycuegui	Joseph de Ochoa Juan Pérez de Urquiza
1677 1678	Luis Calvo de Omonte	Juan Pérez de Urquiza Pedro Luque
1679	Augusto Dávila	Pedro Luque Iñigo de Olaerota
1680	Francisco de Vidaure	Iñigo de Olaerota Juan de Aguilar
1681	Pedro García Vaquero	Juan de Aguilar Francisco de Oyague
1682	Alonso Ximenez Vela de Lara	Francisco de Oyague Roque de Segura Aguado
1683 - 1685	Agustín Dávila	Roque de Segura Aguado Lucas de Vergara
1686	Francisco de Oyague	Roque de Segura Pedro Pérez de Yrcio
1687	Francisco de Oyague	Pedro Pérez de Yrcio Cristóbal de Chávez
1688	Domingo de Cueto	Cristóbal de Chávez Manuel Fernández Dávila
1689 - 1695	Agustín de Caycuegui	Manuel Fernández Dávila Cristóbal Calderón Santibáñez
1696 1697	Alonso Ximenes Vela de Lara	Cristóbal Calderón Santibáñez Juan de Murga
1698	Lucas de Vergara	Juan de Murga Diego de Grado
1699	Francisco de Oyague	Diego de Grado Agustín del Cid Salazar
1700	Francisco de Velochaga	Agustín del Cid Salazar Pedro de Ulaortua
1701	Bernardo de Solís Vango	Pedro de Ulaortua Juan Esteban de Munarris
1702	Cristóbal Calderón Santibáñez	Juan Esteban de Munarris Florián de Frías Dávila
1703	Martín Echevarría Suloaga	Florián de Frías Dávila Joseph Cartagena
1704	Manuel Fernández Dávila	Joseph Cartagena Julián Martínez Quajardo
1705	Andrés Vásquez de Velasco	Julián Martínez Quajardo Juan Bautista de Palacios

1706	Cristóbal Vásquez de Echave	Juan Bautista de Palacios Cristóbal de Huerta
1707	Pedro de Ulaortua	Cristóbal de Huerta Joseph de Garazatua
1708 1709	Cristóbal Calderón Santibáñez	Joseph de Garazatua Juan Bravo de Rivero
1710	Pedro de Lascurain	Juan Bravo de Rivero Bartolomé de la Torre
1711	Martín de Echevarría Suloaga	Bartolomé de la Torre Francisco de Herboso
1712	Francisco de Lartiga y Torres	Francisco de Herboso Agustín de Castro
1713 1714	Francisco de Lartiga y Torres	Agustín de Castro Agustín de Huerta
1715 1716	Ignacio de Jáuregui	Agustín de la Huerta Francisco de la Prada
1717	Pedro de Ulaortua	Francisco de la Prada Joseph de Garazatua
1718 – 1720	Juan Bautista de Mendive	Joseph de Garazatua Gaspar Fernández Mostajo
1721 – 1723	Juan de Beytia y Aguirre	Gaspar Fernández Mostajo <i>Juan López Molero</i>
1724 – 1726	Antonio de Querejazu y Uribe	<i>Juan López Molero</i> Jacobo Manuel Osorio
1727	Lorenzo de la Puente	<i>Juan López Molero</i> Francisco de Alday

Dominio de los integrantes de la red de Aránzazu en el Consulado

(Los nombres están resaltados)

Fuente: elaboración propia

Así, del total de cargos posibles (un prior y dos cónsules) que se podía obtener en el Consulado entre 1700 y 1736 (la duración del dominio del grupo Palacios-Querejazu en Aránzazu) los integrantes de esta red ocuparon el 47.75 por ciento de los oficios; pero si solo tomamos en cuenta a los priores, estos fueron el 55.56 por ciento en el mismo periodo; una cifra que sube si se reduce el tiempo hasta 1727, último año en el que un integrante de la red dominó el Consulado, pues al año siguiente la red política de los montañeses monopolizó los cargos. Así, entre 1700 y 1727, los priores vascos de la red estudiada conformaban un 71.43 por ciento; y entre 1715 y 1727 el Comercio estuvo dirigido ininterrumpidamente por amigos, socios y conocidos como lo fueron Jauregui, Ulaortua, Mendive, Beytia y Aguirre, Querejazu y La Puente. Estos datos no son irrelevantes, pues al compartir la dirigencia de una corporación se fortalecían los vínculos, la complicidad y coordinación política; además, muchos integrantes de la red ocuparon estos cargos simultáneamente para sostener a otros agentes evidenciando las eficaces estrategias de acaparamiento de puestos; por ejemplo, Garazatua fue cónsul de Ulaortua en 1707 y 1717 y también lo fue de Mendive entre 1718 y 1720; por su lado Herboso fue cónsul en 1711 y apoyo la gestión de Echevarría y Suloaga, entre otros casos ejemplares.

Como vemos, todos los personajes de la red cuyos orígenes regionales eran similares tenían la misma devoción y el mismo oficio; sociabilizaban en espacios como la cofradía y el Consulado, situación que les permitía cohesionarse como grupo, estrechar y fortalecer lazos y planear políticamente. Sin embargo, nuestros personajes también coincidieron en otros espacios que permitieron fortalecer aún más sus vínculos. Así, algunos comerciantes para incrementar su imagen piadosa decidían donar esclavos o limosnas a instituciones caritativas como los hospitales, pero otros decidieron involucrarse directamente en su administración; por ejemplo, Antonio de Querejazu consiguió el cargo de mayordomo del hospital de Santa Ana en la primera mitad del siglo XVIII y fortaleció vínculos con Joseph de Velaochaga, hijo de su cohermano Francisco; posiblemente ahí conoció a Juan López Molero, quien era un comerciante no vasco bastante activo en la primera mitad del siglo XVIII. En todo caso, ambos eran miembros de su red política y ocuparon el mismo empleo durante los años en que nuestro comerciante actuaba²⁵⁶.

Aún más importantes fueron los espacios de convivencia que enaltecían a las personas; por ello, fue significativo pertenecer a una organización simbólica cuyo prestigio en la época era indudable, por supuesto, nos referimos a las órdenes de caballería. Los líderes más poderosos de la red reforzaron su posición socioeconómica y además fortalecieron los vínculos de camaradería con sus otros socios al participar en las mismas órdenes militares, sobre todo, la de Santiago, la más prestigiosa de la época. La mayoría de los miembros de la red vistieron este hábito de caballería como Juan Bautista de Palacios, Antonio de Querejazu, Gabriel de Borda, Ignacio de Jáuregui, Santiago y Juan de Urdanegui, Juan Esteban de Munarris, Tomas de Mollinedo, Matheo de Querejazu, los hermanos Marcos y Pedro de Ulaortua, Martín de Echevarría, José de Urrunaga, Francisco de Herboso y Bernardo Gurmendi. Por supuesto, hubo otras órdenes militares, Bernardo de Solís Vango y Juan Bautista de Mendive eran caballeros de Calatrava; mientras Lorenzo de la Puente y Bartolomé de la Torre Montellano vestían el hábito de Alcántara, entre otros ejemplos.

Antonio de Querejazu recibió el hábito de Santiago en 1713, el mismo año en que asumió su mayordomía capitalizando su prestigio y poder. La descripción de su ordenación revela el espacio de sociabilidad que permitía estrechar lazos con otros caballeros. El acto fue registrado por Antonio Fernández de Montañón, escribano de su confianza, y se realizó en la capilla de Nuestra Señora de la O en el colegio de San Pablo. Entre los asistentes figuraban los hombres más prestigiosos del momento como Gerónimo Fernández de Obregón, contador mayor del Tribunal de Cuentas, Enrique Lobatón y Azaña, alcalde de la ciudad, Pedro de Azaña y Solís, regidor del Cabildo, entre otros. Muchos de esos personajes eran cercanos a Querejazu debido a que eran parientes de su esposa Juana Agustina; también participó Juan de Murga,

²⁵⁶ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 3-67, 1727.

quien fue alcalde de la ciudad en 1700 y era muy cercano a su red política como lo revelan las donaciones de limosnas que hizo a inicio del siglo XVIII. Juan Bautista de Palacios indudablemente también participó, de hecho, apadrinó a Antonio en el ritual.

Para fortalecer la cohesión interna del grupo todos vestían los mismos hábitos capitulares, que consistía en unas batas blancas con una insignia de la cruz del apóstol Santiago. Murga fue quien dirigió la ceremonia y luego de la lectura de la real cédula de Felipe V, le preguntó a nuestro personaje si quería recibir el hábito, este respondió afirmativamente, luego de lo cual le entregó una espada y lo bendijo; posteriormente le preguntó tres veces si quería ser caballero de Santiago, todas las respuestas fueron afirmativas; consecutivamente, con una espada le tocó la cabeza y el hombro y nuestro personaje quedó investido; después, le entregaron el hábito e hizo el juramento acostumbrado; todo acabó cuando recibió la bendición del cura y un amen unísono de los asistentes²⁵⁷. Por otro lado, tenemos constancia que, en febrero de 1701, el vasco Andrés de Salazar fue maestre de la orden de Santiago durante la ceremonia que confirmaba el hábito de Cristóbal de Huerta, mientras Francisco de Oyague actuaba como padrino; todos muy ligados a la red vasca gracias a sus nexos con Juan Bautista de Palacios, de hecho, este último obtuvo el hábito de caballero de Santiago en 1702, y la real cédula confirmando la merced llegó en noviembre 1703 junto a la de Ignacio de Jáuregui. (Firbas y Rodríguez Garrido 2017: 89; 282). Así, las ceremonias de ordenación y los espacios en el que se reunían los que vestían el hábito también favorecieron las relaciones sociales, pues sus integrantes se reconocían mutuamente como personajes prestigiosos pertenecientes a la nobleza de hábito. Incluso, hay que tomar en cuenta que, durante las fiestas y rituales políticos de la época, la nobleza con hábitos militares desfilaba como un solo cuerpo.

Hasta aquí, quizás se pueda replicar que los vínculos expuestos solo son supuestos a partir de la convivencia en lugares comunes. Sin embargo, debemos considerar que en la época la interacción social no era simple ni fortuita, los individuos aprovechaban los espacios en los cuales se les permitía tejer una maraña de relaciones sociales. Aun así, vínculos más directos y explícitos son los que trabajaremos en los siguientes apartados, que demuestran como nuestros personajes estaban unidos por favores, amistades, parentescos y negocios, y esto fortaleció a la red política, ya que como sentencia Vásquez Gestal, la influencia política se ejercía a través de relaciones cuya naturaleza estaba enraizada en los valores de la confianza y amistad (2013: 69).

²⁵⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Fernández Montañón, N° 429, 1713, f. 550.

3.5.1.3. Vínculos comerciales y de intereses

Debemos profundizar aún más en la actividad profesional de nuestros personajes, pero ya no desde la lógica del espacio y los cargos, sino a partir de la práctica económica concreta. Los migrantes españoles que llegaban al Perú decidían dedicarse al comercio no solo porque veían en su ejercicio una forma rápida de crear riqueza, sino porque se incorporaban a un grupo de parientes y paisanos que practicaban la misma actividad. Al inicio los jóvenes migrantes aprendían el oficio y generaban contactos útiles, ya que la naturaleza del comercio colonial obligaba a que un individuo dependiera del crédito, de ahí que la mayoría de sus operaciones estaban basadas en la confianza personal (Brading 2004: 156). En ese sentido, los comerciantes debían confiar en sus parientes, amigos y compatriotas para tener éxito en los negocios.

En función de lo anterior, la cofradía de Aránzazu fue un espacio óptimo para favorecer las actividades comerciales ya que, en este tipo de ámbitos sociales cerrados, las redes políticas y los vínculos establecidos servían para el sostenimiento de los intereses personales y colectivos (Ovalle 2018: 112). Por ello, era recurrente que entre los cohermanos se establecieran negocios, los mismos que eran asegurados por la confianza, la camaradería y amistad. Quizás el ejemplo más conspicuo de estos vínculos sea la asociación comercial entre Juan Bautista de Palacios y Juan de Beytia y Aguirre. A inicios del siglo XVIII, ambos ingresaron en el negocio de la importación de madera desde Guayaquil; con ese fin compraron varios navíos en mancomún acuerdo; por ejemplo, en 1712 adquirieron el barco *Jesús, María y José*, que ese mismo año salió hacia Panamá con un capital de 20, 000 pesos para comprar mercaderías, y al año siguiente compraron la nave *María*²⁵⁸. Según Flores-Galindo, el control del comercio colonial demandó un núcleo de poderosos comerciantes con embarcaciones, pero la construcción y mantenimiento de los mismos eran costosos; si bien las ganancias no eran despreciables, la liquidez necesaria para mantener esas operaciones solo estaba al alcance de una minoría mercantil (2010: 75). De esta manera, fue esencial la asociación entre comerciantes que compartieran vínculos sociales, pues aseguraban los negocios. Juan Bautista y Juan de Beytia se enriquecieron mutuamente en tanto fueron socios, amigos y cohermanos.

La mejor forma de conocer los negocios que mantuvieron los integrantes de la red es acercándonos a las fuentes notariales. En efecto, en esa profunda documentación se pueden identificar préstamos de dinero, obligaciones y cartas de pago, fianzas a capitales, compra de bienes, transacciones económicas directas y operaciones en mancomún acuerdo. Incluso, gracias a estas fuentes podemos ampliar el análisis de los individuos de la facción vasca, pues como propone Bertrand, la red política no se limitaba a una docena de personas, esta se complementaba con muchos otros individuos que aparecían y sostenían a sus líderes, sobre

²⁵⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagan, N° 433, 1712, f. 309; Juan de Avellán, N° 108, 1715, f. 1158v.

todo, durante las operaciones económicas (2011: 302). Muchos de ellos tenían que distribuirse por todo el reino para representar a nuestros personajes, cobrar una deuda en su nombre o asegurar los negocios; todos estos personajes alimentaban y mantenían los intercambios financieros de los integrantes de la red. Una rápida revisión a las cuentas de Antonio de Querejazu evidencia como tenía su caudal personal distribuido entre una serie de agentes menores que lo buscaron como una fuente de riqueza, una señal distintiva de su poder socioeconómico y su posición en la red política. Tempranamente ya había adeudado a Bartolomé de la Torre Montellano por 5, 980 pesos, cifra que correspondía a la dote de Juana Agustina de Mollinedo, esposa de nuestro Antonio. Sabemos por declaraciones posteriores que la suma fue pagada íntegramente²⁵⁹.

Entre 1710 y 1720, y ante las ausencias de armadas y ferias, Antonio decidió congelar el movimiento de gran parte de su caudal, pero sí recurrió a su liquidez para prestar a diversos comerciantes y con ello generar la respectiva situación de dependencia y obligación que contraían los deudores. Algunas veces el dinero prestado era una cantidad pequeña, pero podría servir para sostener a un comerciante que recién estaba iniciando y se encontraba en apuros, por ejemplo, en 1727 prestó 80 pesos a un integrante de la red, Bernardo de Olave, quien era sobrino de sus socios Marcos y Pedro de Ulaortua; y había llegado en Lima en 1722 luego de la feria de ese año, pues vino desde Cádiz en esas flotas, es decir, recién estaba comenzando su carrera comercial²⁶⁰. Sin embargo, otros préstamos podían ser de un valor más considerable, ya que se realizaban con el objetivo de convertirlo en el capital inicial para montar un negocio comprando géneros en Tierra Firme. Una vez en el gobierno, el marqués de Castelfuerte insistió en la realización de la feria de Portobelo y en la salida de comerciantes con caudales rumbo a la ciudad señalada. Con ese objetivo, Antonio de Querejazu realizó varios préstamos a diversos agentes de la red, por ejemplo, entregó 4, 320 pesos a Pedro Perurena, y 12, 500 pesos a Joseph de Urrunaga y Juan de Sein²⁶¹.

La circulación del dinero también evidencia los focos de interés de nuestros personajes. Como vimos en el primer capítulo, Juan Bautista de Palacios tenía intereses en zonas como Quito y Chile, desde donde obtenía las mercaderías que comerciaba en el mercado limeño; lo mismo sucedía con Antonio de Querejazu que empezó a tener mayor interés en Nueva España, ya que los comerciantes locales hacían posible el tráfico de bienes asiáticos. Al parecer, invirtió capitales en aquellas operaciones son sus homólogos mexicanos, quienes le debían dinero, por ello nuestro personaje recurrió a Joseph de Urrunaga y Juan de Sein, a quienes les dio poder

²⁵⁹ AGN. Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-476, 1776.

²⁶⁰ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-473, 1727.

²⁶¹ Juan era guipuzcoano; hijo de Diego de Sein y Feliciano Urtarte; primero se avecindó en México, y luego en Lima; se casó en México con Francisca de Paredes, y tuvo dos hijas llamadas Anastasia y María en AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 286, 1732, f. 1617; Francisco Estacio Meléndez, N° 330, 1724, f. 495; AGN, Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 76, Exp. 612, 1734.

para cobrar deudas pendientes en 1722. Ambos eran miembros comprobados de la red política de Aránzazu, y Querejazu recurrió con mayor asiduidad a Sein debido a que este conocía la realidad mexicana, pues inicialmente se avecindó ahí. Gracias a la relación de deudas de Antonio, sabemos que prestó dinero a muchos otros agentes de la red política, por ejemplo, Manuel de Mollinedo, Pedro Perurena, Juan Lucas Camacho y al mismo Juan de Sein; con el primero poseía además vínculos familiares, pues era pariente de su esposa, razón por la cual le prestó la considerable cantidad de 17, 000 pesos; aunque los otros deudores también recibieron un importante capital; Sein se endeudó por 12, 500 pesos y Perurena por 8, 806 pesos; tales cantidades aún seguían sin pagar en 1727, el año en que se hizo el inventario de las propiedades de nuestro personaje (Turiso 2002: 230).

Juan Bautista de Palacios también se convirtió en el acreedor de varios agentes de la red como Juan Ignacio de Larrea, Joseph de Arrizavalaga y Juan de Beytia, este último, su principal socio, le adeudaba una importante cantidad de 20, 000 pesos, una suma que indica la confianza que existía entre ambos, de otro modo parece poco probable que nuestro comerciante hubiese dado tanto dinero sin seguridad de por medio. Juan Bautista y Pedro de Ulaortua, quienes fueron mayordomos de Aránzazu entre 1704 y 1713, también se convirtieron en socios acreedores de un conjunto de privados, y ya en 1730 declararon que varios comerciantes que viajaron a Madrid les debían dinero. Pero como hemos antecedido, si bien Palacios y Querejazu eran las figuras más destacadas de la red, y estaban por encima de los agentes menores, compartían la riqueza y la posición con otros comerciantes, la mayoría de su misma generación; esto ocasionó que el grupo núcleo de la red fuera bastante homogéneo y horizontal; en ese sentido, no fue raro que Juan Bautista, al inicio de su carrera, recurriera al crédito que varios de los cohermanos de su mismo estrato social estaban dispuestos a dar. Así, nuestro personaje se prestó de Marcos de Ulaortua la considerable suma de 44, 750 pesos sujeta a intereses; e hizo lo propio con Antonio de la Cuadra, Bernardo de Solís Vango y Francisco de Oyague, aunque de estos últimos las cantidades fueron más modestas, 1, 600, 1, 000 y 200 pesos respectivamente. Hay una explicación, mientras el primero era un asentado y maduro comerciante perteneciente a la élite vasca del siglo XVII, los otros eran de la misma generación que Juan Bautista; por ello, era evidente que podía prestarse sumas altas de un prestigioso personaje de la hermandad sin arriesgar su posición socioeconómica.

Los negocios económicos favorecidos por la red de Aránzazu no eran exclusividad de Querejazu y Palacios; todos los demás integrantes de la red tuvieron un margen de maniobra y se relacionaron con otros cohermanos; en todas estas actividades fue importante la confianza, ya que la formación de una sociedad para la compra de mercancías, la deuda en mancomún acuerdo, la fianza o el otorgamiento de poder para cobrar eran instrumentos que otorgaban al titular una amplia base de acción y decisión sobre propiedades e intereses. De ahí que la mayoría de estos compromisos, encargos y negocios se realizasen entre cohermanos e

integrantes de una misma red política cuyos innumerables vínculos daban seguridad a las operaciones. Por ejemplo, en 1702 Pedro de Ulaortua se convirtió en el fiador de Juan de Beytia y Aguirre y se comprometió a pagar la deuda que este contrajese con la compra de mercaderías de Castilla; asimismo, en 1708 Marcos de Ulaortua confió en Juan Bautista Mendive el cobro de las deudas pendientes que diversos privados en España mantenían con él. En ese momento se estaba aprovechando el viaje que Mendive realizaría a la península con el fin de realizar negocios; por ello, y con el mismo objetivo, Joseph de Velaochaga le dio 6, 000 pesos para comprar mercaderías²⁶². ¿Cómo asegurar el buen puerto de estas operaciones? En una época en la que no había bancos, instituciones mercantiles acreedoras y reglas claras en los negocios, fue importante para los comerciantes confiar en un número determinado de socios para tener éxito en las actividades mercantiles; obviamente, no hay que suponer que nuestros personajes ejercían su oficio tirando una moneda al aire; en realidad, había poco espacio para las acciones fortuitas en tanto se seguía una lógica de red. Así, los integrantes de Aránzazu establecieron negocios con aquellos cohermanos con quienes los unía la amistad y el parentesco, ya que, como sentencia Bertrand, los amigos eran todos los que de cerca o lejos mantenían y alimentaban los intercambios comerciales como acreedores, deudores, corresponsales o intermediarios (2011: 302).

Tenemos evidencias de estas situaciones; a nivel de parentesco, por ejemplo, y solo para citar dos casos, Juan de Beytia y Aguirre realizó negocios con su concuño Joseph de Urrunaga, por ello, en 1712 junto a otros dos comerciantes vascos se prestaron 664 pesos de Juan de Rozas; mientras en 1708 Bernardo de Solís Vango se prestó 8, 000 pesos de su cuñado Blas de Riaño²⁶³. Hay muchas más pruebas de los negocios que tenían fundamento en la amistad. Así, sabemos que hubo una fuerte sociedad entre Pedro de Ulaortua y Joseph de Garazatua, quienes no solo fueron cohermanos de Aránzazu, sino también tuvieron que lidiar juntos las condiciones impuestas por el virrey marqués de Castelflos, cuando este trató de asegurar la feria de Portobelo. En efecto, fueron prior y cónsul del gremio mercantil en el álgido año de 1707, y volvieron a repetir cargos en 1717. En 1712, ambos se prestaron dinero para dotar de mayor capital a sus negocios; pero esta sociedad trascendió la primera generación, pues en 1721 Ulaortua se comprometió a ser el garante y fiador -durante ocho años- de Agustín de Garazatua, hijo del anterior, en el arrendamiento en mancomún acuerdo de una chacra que estaba en el valle de Late, por la cual debían pagar cada año 3, 250 pesos²⁶⁴.

Como afirma Flores-Galindo, era inusual que los comerciantes invirtieran en tierras como una actividad empresarial en sí misma; por lo general, se apropiaban de haciendas gracias

²⁶² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 312, 1708, f. 220-224; Francisco Sánchez Becerra, N° 946, 1702, f. 36.

²⁶³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 313. 1712, f. 293; Francisco Estacio Meléndez, N° 312, 1708, 17v.

²⁶⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 313. 1712, 225v.

a la herencia o las alianzas matrimoniales, y cuando decidían hacerlo, era para dejarla en arrendamiento, ya que el campo presentaba muchas contingencias como la exigencia del cuidado de los cultivos, el peligro de las sequías o fuertes lluvias, así como inundaciones, destrucción de canales o epidemias (2010: 47). De hecho, el virreinato del Perú entre 1717 y 1720 experimentó una terrible epidemia que diezmó a la población, si bien esta afectó principalmente la región sureña. Todo esto convertía poco segura a la inversión en tierras, aun así, los que decidieron participar debieron de contar no solo con un capital de respaldo, sino con fiadores de confianza que pudieran dotar de seguridad a estas operaciones.

Asimismo, durante los preparativos de la feria de Portobelo que tuvo lugar en 1726, muchos comerciantes confiaron en una serie de apoderados y les entregaron su capital para la compra de mercaderías; por ejemplo, con ese fin, el mismo Garazatua confió en Bernardo Gurmendi y le entregó la suma de 15, 612 pesos²⁶⁵. Por supuesto, no era necesario las armadas para que los negocios comerciales tuvieran dinamismo, pues el comercio colonial de la época trascendía los circuitos oficiales; además, los intereses de los comerciantes eran variados. Flores-Galindo señala que en esta época se diversificaron las ganancias a partir de actividades como el préstamo, arriendo de tiendas y pulperías, inversión en las manufacturas de los obrajes, etcétera. Todo ello demandó que nuestros personajes controlaran el mercado interno colonial y tuvieran representantes en ciudades clave, donde a su vez llegaban apoderados de los comerciantes a depositar sus mercancías para insertarlas en el reparto forzoso (2010: 91).

Joseph de Azaldegui, cohermano e integrante de la red, representa el dinamismo económico del núcleo líder de Aránzazu, pues se convirtió en su agente itinerante y se movió por los centros clave del virreinato como Lima, Santiago, Potosí y Buenos Aires como él mismo declaró; a estos lugares llevó los capitales de personajes centrales de la red política como los 9, 480 pesos de Gabriel de Borda; 8, 840 pesos y un crédito de 34, 000 pesos de Marcos de Ulaortua, y 20, 000 pesos de Pedro de Ulaortua en 1703. El fin era seguir negocios y comprar mercaderías, esto último confirma no tanto su interés por los productos de los obrajes, sino su disposición para beneficiarse del comercio ilegal que tenía como punto de entrada Buenos Aires y cuyas manufacturas llegaban hasta Santiago y Potosí. Una situación que requería del mayor secretismo, de ahí la necesidad de depositar estos caudales en agentes de mucha confianza. Asimismo, las cantidades también evidencian la posición socioeconómica de cada uno de ellos en el tejido social corporativo. Claro está, el mismo Azaldegui aprovechaba la situación y decidió invertir sus propios caudales y con ese fin se prestó 185 pesos de Joseph de Suazola, un agente menor de la red²⁶⁶.

Por supuesto, si la confianza era esencial, también lo era la solidaridad, ya que también servía como protección y garantía de los intereses en parte favorecidos por el parentesco, la

²⁶⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 331, 1724, f. 974.

²⁶⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 432, 1711, f. 368.

amistad y la camaradería que se generaban al pertenecer a una misma cofradía (Ovalle 2018: 75). La misma naturaleza de las congregaciones fortalecían ese sentimiento de solidaridad y ayuda mutua entre los miembros, situación que se reforzaba si se pertenecía al mismo grupo dominante. Así, la principal expresión de solidaridad fue el préstamo de capitales para iniciar una actividad comercial; por ejemplo, a fines del siglo XVII, Juan Antonio Balanzategui tenía la liquidez necesaria para solventar el inicio de las carreras económicas de algunos miembros de la red como Nicolás de Arburua, Juan de Beytia y Aguirre, Manuel de Mollinedo²⁶⁷ y Bartolomé de la Torre Montellano, quienes se endeudaron por 22, 738, 20, 000, 2, 000 y 1, 008 pesos respectivamente. También prestó 331 pesos a Manuel de Barrena y 56 pesos a Joseph de Garazatua y Juan Ignacio de Larrea, pero estas pequeñas cifras no significaban el inicio de una carrera comercial, los motivos debieron ser otros, menos comprometidos²⁶⁸. Pedro de Lascurain también recurrió a los integrantes de la red política para proveerse de capitales y ya en 1720 declaraba que le debía 2, 270 pesos a Pedro de Ulaortua, 1, 250 pesos a Juan Esteban de Munarris y 660 pesos a Juan de Olaerrotu²⁶⁹. En ese sentido, recurrir a la amplia base de la red con fines lucrativos revela la naturaleza interesada de estas relaciones y amistades (Bertrand 2011: 313). Muchos comerciantes beneficiados con crédito, a partir de sus aventuras comerciales, incluso, consiguieron agrandar la base de la red política. Por ejemplo, Pablo de Segura, Antonio Maldonado, Francisco Urcasitas y Agustín de Landaburu si bien no fueron hermanos de Aránzazu ni pertenecieron al núcleo principal de la red sí pertenecían a las subredes clientelares de Pedro de Ulaortua, su principal acreedor²⁷⁰.

La solidaridad y eficacia de la red también se evidencian en algunas pequeñas cláusulas que demuestran que entre algunos de los integrantes del grupo vasco no había solo relaciones meramente económicas, sino otro tipo de compromisos. Por ejemplo, en 1724 Baltasar de Ayesta le debía 6, 000 pesos a su suegro Martín de Itulaín, y este último decidió olvidar 2, 000 pesos de esa deuda y además dispuso que no se le cobrara intereses. También Gabriel de Borda declaró que Francisco de Barrenechea le debía 12, 000 pesos, pero pedía que no los pagara inmediatamente, solo cuando su hija lo solicitara; además, olvidaba los intereses contraídos, ya que según el susodicho le estaba agradecido por los buenos tratos que mantuvieron²⁷¹. Claro está, estas disposiciones consideradas y protectoras no se extendían a todos los agentes de la red, solo a los que tenían vínculos íntimos y familiares, a los otros agentes menos cercanos, podía incluso denunciárseles si faltaban a su palabra. Por ejemplo, Antonio de Querejazu en 1734 recurrió a la Real Audiencia para cobrar una deuda impaga de once años de 12, 500 pesos

²⁶⁷ Manuel se casó primero con Josepha Falcón; y luego con Josepha de Lozada; tuvo cinco hijos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Núñez de Porras, N° 807, 1724, 1744, f. 260).

²⁶⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 953, 1704, f. 1703.

²⁶⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1720, f. 605.

²⁷⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 331, 1727, f. 1051.

²⁷¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 330, 1724, f. 517; N° 340, 1730, f. 1049.

que había otorgado, entre otros, a Joseph de Urrunaga y Juan de Sein, si bien el último ya estaba fallecido²⁷².

Asimismo, hubo otro tipo de negocios que evidencian vínculos y compromisos sociales; por ejemplo, Bernardo Solís Vango usualmente proveía de esclavos a Juan de Urdanegui, quien los usaba para la mantención del hospital de Santa Ana, donde era capellán; y Pedro de Lascurain tuvo una buena relación con Francisco de Velaochaga y su esposa Josepha de Aranzamendi, de hecho, cuando el primero murió siguió tratando a la susodicha a quien le proveía de esclavos; además, Antonio de Zumaeta, sobrino de Velaochaga, trabajaba con Lascurain como contador. En efecto, en la transacción de bienes se puede ver este tipo de relaciones debido a que la discrecionalidad para elegir a un cliente y no otro revelan preferencias; esto también se puede evidenciar en la venta de la casa de Juan Bautista de Palacios que se ubicaba en el barrio de San Marcelo, ya que originalmente era la residencia de Bernardo Gurmendi²⁷³.

Por último, en todas las redes políticas era importante la presencia de notarios vinculados a la facción. Flores-Galindo señala que entre la aristocracia mercantil y los sectores populares emergieron capas intermedias, en apariencia independientes, pero subordinados al capital comercial entre los que se encontraban los escribanos, quienes no podían desarrollarse independientemente, por el contrario, se empoderaban gracias al amparo de los grandes comerciantes (2010: 92-93). Así, los escribanos de la época no eran agentes pasivos, sino estaban muy involucrados en la gestación de los negocios de nuestros personajes. Como señala Burns, existían con ellos vínculos y relaciones que iban más allá de lo profesional, pues la confianza y los juegos de poder eran importantes a la hora de elegir un escribano; pues este último actuaba ligado a los grupos de poder de su región, estaba inmerso en la escena local y participaba en las redes que se tejían (2010: 47). Producto de lo anterior, muchos escribanos obtuvieron beneficios y no dudaron en apoyar a sus clientes durante situaciones críticas. Los principales escribanos de esta red fueron los hermanos Miguel y Francisco Estacio Meléndez²⁷⁴.

Miguel actuó como testigos de varias escrituras notariales donde se ponía en juego las propiedades de nuestros personajes a través de inventarios, cartas de poder o albaceazgos; estuvo presente en la designación de Joseph de Garazatua como podatario de Francisco Barrena, en los diversos préstamos que realizó Antonio de Querejazu, en las declaraciones de deudas que

²⁷² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 953, 1704, f. 1560; Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 76, Exp. 612, 1734.

²⁷³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Escudero de Sicilia, N° 235, 1710, f. 13; Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1720, f. 605; AGN, Juzgado de Aguas, Exp. 3, 3.4. 41, 1735.

²⁷⁴ Miguel y Francisco fueron escribanos públicos y tenían su negocio en la calle de escribanos en la plaza de armas; ambos nacieron en Lima, y eran hijos del alférez Joseph Estacio Meléndez y Mariana Gutiérrez. Francisco se casó con Feliciano Sánchez de Landa, pero no tuvo hijos o no le sobrevivió ninguno, por ello cuando testó en 1756 declaró como albacea a su sobrino Francisco Luque, quien también era escribano (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Gregorio González de Mendoza, N° 507, 1756, 879v)

testificaron Gabriel de Borda, Bernardo Gurmendi, Bartolomé de la Torre Montellano, así como en el testamento de Bernardo Gorostizu. Incluso, nuestro escribano apoyó a estos comerciantes en la lucha que mantuvieron con el marqués de Casteldosrius, motivo por el cual fue encarcelado en la ciudad como declaró el mismo virrey. Por otro lado, Francisco Estacio fue un escribano público muy prolífico en la primera mitad del siglo XVIII; al igual que su hermano, estuvo muy vinculado a la red política; por ejemplo, en 1727 realizó el inventario de bienes de Antonio de Querejazu a raíz de la muerte de su esposa Juana Agustina; también realizó la documentación necesaria para registrar las varias escrituras notariales donde personajes como Pedro de Osma, Agustín Carrillo de Córdova o Joseph Nieto de Lara declaraban las deudas que mantenían con el citado Antonio; en 1741 se encargó de la gestión de dos capellanías por orden de Querejazu; y en 1745 validó el testamento de nuestro referido comerciante. También se vinculó con nuestro Juan Bautista de Palacios, pues preparó su testamento de 1735 y el de su sobrino homónimo en 1717²⁷⁵.

Al igual que su hermano Miguel, Francisco trabajó no solo con los principales líderes Palacios y Querejazu, sino con la mayoría de hermanos de Aránzazu; en 1702 se convirtió en el testigo de los negocios y declaraciones de pago de Andrés de Salazar y entre 1712 y 1755 se encargó de preparar los testamentos de Marcos y Pedro de Ulaortua, Juan de Beytia y Aguirre y su hijo homónimo, Juan Bautista Mendive, Martín de Itulaín, Francisco Barrena, Bernardo de Olave, Joseph de Urrunaga, Pedro de Lascurain, Gabriel de Borda, Joseph de Garazatua, Bernardo de Solís Vango, Bernardo Gurmendi, Bartolomé de la Torre Montellano, Bernardo Gorostizu; Juan de Marticorena, Bernardo Elguea, Thomas de la Bodega y Cuadra, entre otros²⁷⁶. Incluso, los vínculos que estableció Francisco Estacio con los integrantes de la red trascendieron a la primera generación, pues cuando Antonio Hermenegildo Querejazu tomó la dirección su familia siguió contando con él como agente de confianza; por ello, Francisco se encargó de preparar el albaceazgo para Josepha de Santiago Concha, esposa del primero²⁷⁷.

²⁷⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 350, 1735, f. 1500 y N° 317, 1717, f. 518.

²⁷⁶ (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 313, 1712, f. 264; N° 344, 1732, f. 1014; N° 328, 1723, f. 358; N° 398, 1755, 567v; N° 328, 1723, f. 911; N° 332, 1725, f. 558; N° 330, 1724, f. 484; N° 330, 1724, f. 517 y 520; N° 332, 1725, 570v; N° 313, 1725, 225v; N° 332, 1720, f. 605; N° 340 1730, f. 1049; N° 331, 1724, 1028; N° 331, 1727, f. 1007; N° 327, 1722, 1169v; N° 312, 178, 274v y 300; N° 349, 1735, f. 757; N° 383, 1750, f. 216; N° 380, 1749, f. 117).

²⁷⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 946, 1702, 22v; Francisco Estacio Meléndez, N° 388, 1751, f. 1973 y N° 375, 1747, f. 683.

3.5.1.4. Vínculos de amistad y parentesco

En la época, los términos amigos y amistad solían ser utilizados por patrones y clientes para indicar el carácter personal y afectuoso de las relaciones, ya que los vínculos no eran forzados ni impuestos, más bien, en redes políticas como las aquí estudiadas los lazos eran contruidos sobre la base de la confianza e intimidad. Antes que vínculos jerárquicos, las relaciones eran de carácter horizontal, aunque como señala Kettering, esta relación recíproca y casi igualitaria cambiaba a medida que uno ascendía socialmente en la esfera política (1986: 14). Estos vínculos estaban formados bajo relaciones de afecto, pues como sugiere el discurso aristotélico, la amistad era la base de todo lazo político duradero, que podía darse no solo entre iguales, sino también entre personas desiguales, entre un gobernante y sus vasallos o un patrón y sus clientes, pues en estas relaciones se esperaba unos beneficios recíprocos; el superior siempre podía dar alguna merced y el inferior estaba obligado a corresponder mediante su lealtad y obediencia, que en nuestras redes políticas se traducían en votos. Así, la red estaba articulada por relaciones de parentesco o lazos de sangre, aunque por supuesto también podían pertenecer al grupo agentes sin algún vínculo familiar (Cañeque 2014: 93-94; Gellner 1986: 10). Las redes políticas estudiadas demuestran que participaban individuos ligados por la amistad y los vínculos sanguíneos como padres, hijos, hermanos, tíos, sobrinos y familiares políticos; estos no solo estaban unidos a los personajes principal de la red, sino también a los demás agentes, pues el fin era extender las redes de influencia; por ello, los matrimonios generados al interior de la hermandad reforzaban estas relaciones y creaban nuevas situaciones de parentesco densas y duraderas (Imízcoz y Olivera 2010: 26-33).

Asimismo, la amistad no solo indicaba cercanía sino también fidelidad, era el vínculo real que hacía posible que un agente/cliente apoyará a nuestros personajes. Si bien el término ha sido rara vez estudiado para el caso colonial peruano²⁷⁸, su importancia como elemento articulador de las relaciones clientelares es fundamental. Ahora bien, hay que precisar que los agentes no eran fieles a una red política abstracta e institucional, sino que lo eran con personas concretas, con aquellos con quienes mantenían relaciones de patrón/cliente. Por supuesto, en grupos cohesionados o homogéneos como los que controlaban la cofradía de Aránzazu, cuyos agentes estaban implicados sentimental, económica, regional y familiarmente, la fidelidad era más segura que aquella establecida con agentes menores, en cuyos casos, las relaciones eran menos emocionales y sí más interesadas y dependientes de bienes; eso variaba el grado de fidelidad ocasionando relaciones de corto plazo, donde se cambiaba de protector. Por ejemplo, los integrantes de la red vasca recurrieron a muchos agentes para expandir su influencia en los

²⁷⁸ Véase el trabajo *Notas para un estudio del discurso de la fidelidad en la corte de Lima durante la guerra de sucesión española* de Luis Leyva, quien a su vez está próximo a sustentar su tesis de licenciatura.

órganos corporativos, pero con el tiempo, estos rápidamente cambiaron de grupo como fue el caso de Juan López Molero o Juan Lucas Camacho, quienes cambiaron del bando de los vascos al de los montañeses, y en este último grupo adquirieron mayor protagonismo²⁷⁹. Así, la fidelidad se establecía entre los distintos agentes de la red a través de relaciones diádicas, personales y recíprocas, cuyo grado de intensidad estaba mediada por los vínculos que los unían (Kettering 1986: 19-20). Esto equivale a decir que no todos eran fieles a todos, aunque claro, eran frecuentes las múltiples lealtades como fue el caso de los escribanos, pues como vimos, los hermanos Francisco y Miguel Estacio Meléndez eran agentes efectivos de muchos miembros de la red.

Kettering menciona que hubo distintos vínculos entre las redes, aquellos más fríos e interesados como ya vimos, y los más personales, cálidos y emocionales; y esto dependía del grado de intensidad y cercanía en la relación (1986: 23). De la misma forma, Bertrand señala que los vínculos que tenían su base en la amistad o la familia construyeron uniones de duración más prolongadas (2011: 297). Sin embargo, la misma pertenencia a una red de amistad no anulaba las disputas y reconciliaciones; por ejemplo, en 1704 Juan Bautista de Palacios apoderó a Cristóbal de Ureta para cobrar una deuda pendiente que mantenía Ignacio de Jáuregui, integrante de la red política. Pese a esta disposición un tanto hostil, las relaciones no se rompían, pues existían más vínculos que los unían de los que los separaban; por ello, en 1709 era Juan Bautista quien recibió poder de Jáuregui, quien aprovechó un viaje de nuestro personaje para cobrar deudas por ciertas recuas de Cusco²⁸⁰. La mayoría de los integrantes de la red de Aránzazu compartían amistad y familiaridad; un vínculo daba nacimiento a otros. Así, producto de la camaradería se podían emparentar o debido a la familiaridad, el afecto era el resultado obvio. En todo caso, estas consideraciones reforzaban y complementaban todos los criterios que mantenía unida la red vasca (2011: 244).

Podemos apreciar la amistad no solo por la declaración explícita de los involucrados, sino también en los efectos prácticos y reales. Por ejemplo, una de las mejores fuentes que brindan evidencias de aquello son las escrituras notariales. Este tipo de aproximación ya lo sugería Bertrand, quien propone reconstruir los mecanismos de la amistad a través de los testamentos, los expedientes judiciales y documentos administrativos; en esos tres tipos de fuentes podemos ver lo común que eran las asociaciones, la importancia de los amigos en calidad de testigos, incluso, los adjetivos calificativos que utilizaban para designarlos; por ejemplo, expresiones como “me atendió con mucha comodidad y amor” que profirió Gabriel de

²⁷⁹ Kettering cuestiona aquellos trabajos que tomaban al pie de la letra la fidelidad como un acto ritual o una ciega devoción de un cliente por su patrón; por el contrario, propone estudiar las condiciones reales de las relaciones patrón-cliente (1986: 22). Asimismo, autores como Mousnier manifiestan que los participantes de una red usualmente solían “evaluar” el rango y la jerarquía de sus líderes en tanto estimaban lo que se podía esperar de ellos como recompensas y favores, y en función de estas gracias se condicionaba la fidelidad (1969: 8).

²⁸⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 312 1708, f. 18.

Borda sobre Francisco de Barrenechea pueden perderse en el contexto del documento, pero son importantes detalles que indican las relaciones de amistad que existían entre ambos agentes. La intersección de todas estas evidencias permite reconstruir los vínculos de amistad que rodeaban a los integrantes de la red vasca (Bertrand 2011: 298).

En efecto, a través de las escrituras notariales podemos apreciar como los miembros de la red recurrían a sus cohermanos para que actuaran como testigos, albaceas, podatarios, incluso, herederos. Si tomamos en cuenta que los albaceazgos y las testificaciones no son simples presencias administrativas, sino evidencias de confianza, intimidad y amistad, podremos desentrañar estos vínculos. Así, fuera de los formalismos de los espacios de sociabilidad, los gremios políticos y los negocios, nuestros personajes se asistían mutuamente cuando tenían una urgencia; muchos de ellos estaban fuera del entorno familiar, ya que los amigos no solo se heredaban de vinculaciones parentales previas, sino también se elegían entre aquellos que compartían el mismo mundo profesional (Bertrand 2011: 309). Por ejemplo, cuando en 1709 Juan Bautista de Palacios mostró una petición para presentar información sobre su “limpieza de sangre” recurrió a Joseph de Urrunaga como testigo del documento (Mansilla 2008: 58). Nuestro comerciante también actuó como garante en este tipo de gestiones. Así, en 1718 cuando Andrés Cayetano de Salazar y Muñatones decidió presentar información sobre su limpieza de sangre recurrió a los antiguos socios de su padre Andrés de Salazar y Alcedo, por ello, Juan Bautista de Palacios, Francisco Herboso y Lorenzo de la Puente actuaron como testigos en este asunto²⁸¹.

Como hemos mencionado antes, en la cofradía y en la red política eran esenciales las relaciones de solidaridad y ayuda mutua entre los integrantes, y esto se extendía sobre los hijos. Andrés de Salazar y Alcedo, miembro de la vieja élite vasca asentada en Aránzazu, recibió en buenos términos a los jóvenes paisanos que habían llegado a Lima a fines del siglo XVII; a comienzos de la siguiente centuria ya tenía sesenta años y en 1708 testó con sesenta y seis; sin embargo, sus hijos aun eran muy jóvenes, pues los había concebido a una edad madura, Andrés Cayetano nació en 1691 y Agustín en 1702; por ello, fue vital que estos estuvieran arropados y apoyados por los socios de su padre. No fue un error. Debido al hecho que los Salazar se vincularon con familias de riqueza y prestigio como los Oyague, Traslaviña y Muñatones, ambos hermanos no tardaron en conseguir varias prebendas; por ejemplo, Agustín se convirtió en regidor de Pisco y Andrés Cayetano obtuvo en 1735 el corregimiento de Ica; estas eran zonas clave para quienes querían seguir controlando el mercado interno colonial, así como el desembarco de las mercancías ilegales. A propósito, para la red política fue determinante contar con agentes en calidad de corregidores o alcaldes en estas zonas, por ello no fue raro que los hermanos o hijos adquirieran estos cargos cuando no lo hacía el propio comerciante; por

²⁸¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez N° 319, 1718, f. 1349.

ejemplo, Andrés de la Torre Montellano, hermano de nuestro Bartolomé de la Torre, se avecindó en Potosí y llegó a ser corregidor de Chayanta en 1724; Juan Bautista Mendive obtuvo el corregimiento de Tarma en 1711, y al año siguiente el de Cotabamba en Apurímac; y su hijo Juan Esteban Mendive también consiguió en 1725 el corregimiento de Tarma (Sala i Vila y Moreno Cebrián 2004: 284 y 290). Asimismo, los movimientos por posicionar agentes confiables en estas zonas estaban en sintonía con la necesidad de asegurar bienes y negocios; como vimos en el capítulo primero, los Querejazu tenían una serie de haciendas en Tarma y Cusco y, de hecho, los descendientes de Mendive llegaron a vincularse con la aristocracia local de la zona, obteniendo incluso el marquesado de Casa Jara.

Volviendo a Juan Bautista de Palacios, en 1712 trató de abrir el testamento secreto que su esposa Jerónima de Ayala, quien recientemente había fallecido, había dejado; por ello recurrió a socios y amigos de la red para cumplir sus propósitos, entre ellos estaba José de Velaochaga, hijo de su cohermano Francisco de Velaochaga, quien como abogado de la Real Audiencia le concedió el permiso para abrir el testamento como albacea; y actuaron como testigos de dicha operación Antonio de Querejazu, Antonio de la Cuadra y Lorenzo de la Puente²⁸². La posición de José de Velaochaga era clave, pues como señala Bertrand, era importante estar en buenos términos con los responsables de la administración local, aquellos que tenían influencia en la vida económica y social de las personas; y esto era esencial para élites de menor importancia o -como en nuestro caso- para grupos que estaban en pleno ascenso social (2011: 304).

Más adelante, nuestros personajes a través de sus descendientes ocuparían los puestos clave de la administración virreinal; por ejemplo, en la Real Audiencia se posicionaron como alcaldes del crimen, fiscales u oidores los siguientes: en 1708, Juan Bautista de Echevarría y Zuloaga, descendiente de Martín de Echevarría y Zuloaga; y Bartolomé de Munarris, sucesor de Juan Esteban de Munarris; en 1727, Lorenzo Antonio de la Puente Larrea, sobrino de Lorenzo de la Puente; en 1736, Manuel Antonio de Borda, hijo de Gabriel de Borda; en 1744, Antonio Hermenegildo de Querejazu y Mollinedo, hijo de Antonio de Querejazu; y en 1747, Juan José de la Puente Ibáñez, hijo del ya citado Lorenzo de la Puente (Lohmann 1974: 15, 40, 77, 107, 108). En la Caja Real de Lima se encontraba como tesorero Blas de Riaño y Ayala, hijo político de Juan Bautista de Palacios, quien accedió a la máxima plaza de aquella institución en 1724; y en el Cabildo consiguieron el puesto de alcalde los siguientes: en 1717, José de Velaochaga, hijo de Francisco de Velaochaga; en 1722, Blas de Riaño y Ayala, hijastro del ya referido Palacios; en 1732, Agustín de Echevarría y Suloaga, hijo de Martín de Echevarría; en 1747, el ya mencionado Agustín de Salazar y Muñatones, hijo de Andrés de Salazar; y mucho después, en 1772, José de Querejazu, nieto de Antonio de Querejazu. (Pearce 1998: 250-257). Esto está

²⁸² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 433, 1712, f. 159.

en correspondencia con lo mencionado por Balmori, quien propuso dividir la carrera de los migrantes en tres generaciones e identificó que en la primera los individuos estaban más ligados al comercio, pero no estaban ajenos a los cargos; por ejemplo, muchos de nuestros personajes actuaron en el gobierno, Francisco de Herboso en el Tribunal de Cuentas y Juan Bautista de Palacios en el Cabildo; pero fue en la segunda generación, donde el potencial para ocupar mayores cargos se intensificó, siendo los hijos directos de los integrantes de la red quienes disfrutaron ampliamente de esta situación (1990: 28). En cualquier caso, nos extenderemos sobre esto en el siguiente capítulo, sin embargo, debe quedar claro que la posición privilegiada que algunos conseguían fortaleció aún más a la red política y generaron beneficios concretos para sus integrantes.

Como dijimos, la mejor forma de desentrañar las relaciones de amistad son las fuentes notariales; así descubrimos los compromisos y obligaciones comunes que acarreaba la amistad. Joseph de Azaldegui en 1704 nombró como albaceas de sus bienes a Marcos de Ulaortua y Joseph de Garazatua, incluso, dispuso que el dinero de las deudas que diversos privados mantenían con él se les entregara. En 1722, Antonio Beráztegui fue nombrado albacea de Antonio de la Cuadra. En el mismo año, Bernardo Gurmendi designó para el mismo trabajo a Francisco Barrena y Joseph de Garazatua; y los testigos de este otorgamiento de poder fueron Bernardo de Elguea y Juan de Beytia y Aguirre. De hecho, cuando Gurmendi falleció, los mencionados albaceas no dudaron en iniciar el respectivo cobro de deudas. Y en 1732, Juan de Sein nombró como albacea a Joseph de Urrunaga, su amigo y socio comercial, y le transfirió el poder para manejar sus bienes²⁸³. Estas responsabilidades compartidas fueron importantes, sobre todo, para aquellos comerciantes e integrantes de la red que no habían tenido descendencia que pudiera hacerse cargo de su herencia, ya sea porque estos decidieron seguir la carrera religiosa, porque solo tuvieran hijas, porque el hijo varón era muy pequeño, porque los que tenían murieron o simplemente porque nunca tuvieron hijos. Por ejemplo, Joseph de Urrunaga y Juan de Sein solo tuvieron hijas; Azaldegui solo tuvo un hijo natural, quien para 1704 ni siquiera había nacido (lo haría siete años después); Pedro de Ulaortua, Bernardo Gurmendi, Bartolomé de la Torre Montellano y Bernardo de Elguea no tuvieron descendencia; y los hijos de Joseph de Garazatua y Martín de Itulaín se dedicaron principalmente a la vida religiosa, entre otros casos.

En atención a esto no era raro que lo diversos miembros de la red se nombraran sucesivamente como albaceas con el objetivo de perpetuar su herencia y evitar su fragmentación; por ejemplo, si bien Gurmendi le dejó el poder de administrar sus bienes a Francisco Barrena, a la muerte de este, quien se hizo cargo de ambos patrimonios fue Joseph de Garazatua, en tanto era albacea y encargado de los “asuntos pendientes” del segundo. El mismo Joseph tenía arreglado la administración de sus bienes con otro integrante de la red, Andrés de

²⁸³ AGN, Escribanía Siglo VIII, Francisco Fernández Pagán, N° 432, 1711, f. 397; Francisco Estacio Meléndez, N° 327, 1722, f. 1299; Pedro de Espino Alvarado, N° 286, 1732, f. 1617

Aquerregui²⁸⁴. Esta preocupación por cumplir con los compromisos comunes aun después de la muerte se explica debido a que la amistad demandaba que los servicios se cultivaran y respondieran de forma bidireccional (Bertrand 2011: 301). Las anteriores consideraciones también explican el nombramiento de amigos como capellanes o encargados de bienes para el establecimiento de una capellanía. Como vimos en los anteriores capítulos, esta fue una forma de generar réditos y con ello solventar las necesidades básicas de un beneficiado, así como asegurar las misas por el alma del fundador de una capellanía. En otras palabras, este mecanismo funcionó como una especie de seguro económico y espiritual; usualmente, su administración correspondía a los herederos directos; sin embargo, en algunos casos estos podían caer bajo la responsabilidad de amigos y familiares indirectos.

Así, a mediados del siglo XVIII, Juan Bautista Palacios Balsategui le dio poder a su tío abuelo Antonio de Querejazu para que vendiera las propiedades que poseía en el Alto Perú; las mismas que importaron 14, 500 pesos, capital que sirvió para comprar unas haciendas sobre las que se impusieron dos capellanías beneficiando a Manuel y Joseph de Querejazu, hijos de su tío Antonio Hermenegildo de Querejazu, quien era a su vez, hijo de nuestro comerciante vasco²⁸⁵. Esta operación aún puede explicarse dentro de las lógicas por proteger y evitar la pérdida del patrimonio familiar en tanto el dicho Palacios Balsategui no tuvo descendencia; sin embargo, otros integrantes de la red beneficiaron a algunos socios sin ningún tipo de lazo sanguíneo de por medio, demostrando así amistad y agradecimiento. Por ejemplo, en 1724, Bernardo Gurmendi le confió a Joseph de Garazatua la cantidad de 4, 000 pesos con el fin de imponerlos sobre un bien y generar una renta que tendría como fin beneficiar, en calidad de capellanas, a Beatriz y Fabiana de Garazatua, hijas del anterior y entonces monjas trinitarias²⁸⁶.

Por supuesto, las redes políticas no solo se fundamentaban bajo la amistad, sino también existían relaciones familiares o de linaje pues, como propone Bertrand, era usual que ambos tipos de relaciones personales fueran complementarias en una red; de un lado, las verticales que articulaban a patrón con dependientes, y las horizontales que aglutinaban a una serie de agentes más cohesionados, quienes a través de una similitud de características estaban inclinados a volverse familiares sino lo eran ya (2011: 241). Blank también afirma que este tipo de articulaciones políticas podían ampliarse gracias a los enlaces consanguíneos, las alianzas matrimoniales y a través de relaciones rituales como el compadrazgo (1974: 266-267). Así, estas relaciones reforzaron aún más a la red política; por ejemplo, los vínculos de sangre permitieron que muchos de los agentes promovieran a sus familiares dentro del grupo como sucedió con Antonio Hermenegildo, auspiciado por su padre Antonio de Querejazu; este también tenía a su hermano mayor Matheo de Querejazu como otro agente activo de la red. Por

²⁸⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 330, 1724, f. 516v-520.

²⁸⁵ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 18-493, 1741.

²⁸⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 331, 1724, f. 1028.

supuesto, no debemos olvidar a Juan Bautista de Palacios, sobrino de los Querejazu, quien a su vez promovió a su propio sobrino Juan Bautista Palacios Balsategui.

Era usual que los comerciantes asentados en América sacaran ventaja de su oficio para colocar en sus negocios a sus hijos o sobrinos; estos últimos eran convocados desde le península y llegaban para ayudar en las actividades comerciales, casarse con sus primas o heredar los bienes de sus tíos. Palacios Balsategui llegó a Lima para ayudar a su tío Juan Bautista cuando este consiguió el provechoso estanco de pólvora; y también los hermanos Marcos y Pedro de Ulaortua, eminentes agentes de la red, demandaron que su sobrino Bernardo de Olave, hijo de Mariana de Ulaortua, hermana de los anteriores, viniese a América para encargarse de sus negocios; este llegó en 1722 cuando la red estaba en la cima de su poder económico y cuando el Consulado estaba bajo la influencia vasca. Una vez en Lima, y gracias a la irrenunciable familiaridad, heredó los bienes de Pedro de Ulaortua, quien no tuvo hijos, y se volvió albacea de ambos tíos en 1732. Obviamente, ambos hermanos, debido a su natural lazo, también se socorrieron mutuamente como lo confirman los albaceazgos recíprocos. Tomas de Mollinedo también era pariente de Manuel de Mollinedo, aunque la relación familiar concreta se nos ha hecho difícil de identificar. De forma comprobada sí sabemos que Andrés de Salazar y Juan de Murga eran primos, Juan y Santiago de Urdanegui eran hermanos al igual que Miguel y Francisco Estacio Meléndez, y Lorenzo y Juan de la Puente Calera. Estos últimos llegaron a Lima y fueron recibidos por José de la Puente y Mollinedo, quien en 1701 los llamó “primos”. Igualmente, Joseph de Garazatua tenía como hermano a Francisco de Garazatua, quien también era cohermano de la cofradía, aunque al parecer, no era muy cercano a la red, pues no hay evidencia que este último haya tejido relaciones con otros de sus integrantes²⁸⁷.

Sin embargo, el parentesco no era solo sanguíneo, también político. En efecto, cuando nos referimos a una familia no solo hablamos de la nuclear o de sangre, sino también de una familia extendida o ampliada, que incluía a otros miembros como los primos, sobrinos, nueros, suegros y yernos (Rizo-Patrón 2000: 99; Bertrand 2011: 239); esta naturaleza también puede llevarnos a tipificarla como una red familiar que se alimentaba a través del aporte de nuevos miembros, la mayoría integrados a través del matrimonio favorecido por las redes y las alianzas sociales (Mazzeo 1999). De hecho, esta situación se volvió un fuerte atractivo para que las personas se integraran en cofradías, pues conocían que las familias de la élite local formaban parte de estas organizaciones (Ovalle 2018: 27). En el caso de Nuestra Señora de Aránzazu, los jóvenes migrantes indudablemente vieron como prestigiosas y empoderadas familias vascas, la mayoría ligadas al comercio, se congregaban en Aránzazu tales como los Mollinedo, Salazar o Echevarría, de ahí, que pertenecer a sus redes y luego dirigirlas era importante porque no solo se

²⁸⁷ Francisco, al igual que su hermano, tuvo el mismo lugar de procedencia y los mismos padres; en Lima, se casó con María Benítes y Quesada, y con ella procreó a dos hijos: Andrés y Mauricia (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan del Corro, N° 193, 1708, f. 314; Francisco Estacio Meléndez, N° 344, 1732, f. 1014; N° 332, 1725, 570v; N° 313, 1712, f. 264

establecía vínculos comerciales y de intereses con ellos, sino podían acercarse a un mercado matrimonial bastante provechoso que les podía dotar de mayor seguridad en sus negocios, reforzar su posición social y acceder al núcleo de la élite local.

Según Balmori, el casamiento fue el principal mecanismo a través del cual las familias pertenecientes a una misma red se fusionaban, lo que ayudaba a fortalecer las lealtades políticas y económicas; por ello, la autora no dudó en caracterizarla como el vehículo para la formación de una sociedad moderna, ya que estos actos llevaban implícitas alianzas sociales, económicas y políticas (1990: 29-30). Así, fueron usuales las alianzas matrimoniales entre los clanes familiares de una red política, ya que, a falta de seguros, era conveniente fortalecer la sociedad, los intereses y la confianza mutua a través de este tipo de vínculos. ¿Cuál fue el mercado matrimonial que encontraron nuestros personajes? Como señala Balmori, los hombres de la primera generación solo podían encontrar esposas entre las familias con las que trabajaban o comerciaban; sin embargo, si se era un migrante peninsular se podía acceder, incluso, a la hija de una familia criolla notable establecida en la localidad (1990: 30). En el primer capítulo vimos cómo -en una época de renovación de la élite- muchas familias criollas vieron con buenos ojos que sus hijas se casaran con peninsulares enriquecidos; asimismo, según Brading, los migrantes eran preferidos por sus paisanos, pues era una forma de continuar con el negocio y evitar la pérdida del patrimonio familiar, de ahí, que una gran cantidad de migrantes recién llegados a Lima se casaran con sus primas o las hijas de sus benefactores. Por ello se afirma que la élite mercantil tenía un marcado rasgo endogámico (2004: 157-158).

¿Quiénes eran las esposas? Como sugiere Bertrand, es necesario identificarlas, así como también sus orígenes, posición social, actividad profesional de los padres, pero, sobre todo, sus vínculos con la red política (2011: 247). Si bien lo vimos en el primer capítulo es necesario recordar que Antonio de Querejazu se casó con Juana Agustina de Mollinedo, la hija de un integrante de la red. En efecto, Tomas de Mollinedo, quien se desempeñó principalmente como funcionario de la administración colonial en tanto fue alcalde y corregidor, ingresó a la cofradía de Aránzazu en 1684, ocho años antes que nuestro personaje; en aquel lugar logró consolidar su posición, por ello se emparentó con familias como los Azaña Solís y los Llano Valdez, en ambos casos, stirpes vinculadas a la élite urbana. Juan Agustina había nacido en 1686, es decir, era veintiún años menor que Antonio²⁸⁸. De hecho, cuando nuestro personaje se matriculó como comerciante activo en el Consulado (1685), su futura esposa aun no nacía. Quizás en ello resida la explicación del porque se casó a una edad algo madura -a los cuarenta y un años-, ya que no solo tenía que demostrar la liquidez necesaria, sino debía esperar que creciera y madurara Juana Agustina, posiblemente prometida por su padre Tomas de Mollinedo, ya que este no tuvo hijos

²⁸⁸ La fecha de nacimiento de Juana Agustina ha sido discutida; Varela (1924) mencionó que nació en 1683; sin embargo, recién ese año se casaron sus padres Tomas y Gabriela; por otro lado, la relación de caballeros de Santiago trabajada por Emilio de Cárdenas (1994), quien apela a los expedientes del Consejo de Ordenes, establece que la susodicha nació en 1686, siendo este último año el más aceptado.

mayores que se hicieran cargo de su fortuna, pues Manuel Thomas de Mollinedo era menor que la anterior. Esta situación explicaría porque en 1706, Antonio de la Cuadra, al testificar en la información de soltería de Antonio de Querejazu, mencionó que no entendía porque el susodicho permaneció soltero durante catorce años²⁸⁹. Es decir, consideraba que el susodicho ya podía y debió casarse luego de 1692 cuando estaba a punto de cumplir la treintena de años; de hecho, esa fue la edad con la que Juan Bautista se casó con su primera esposa Jerónima de Ayala en 1699.

Asimismo, en 1698 Gabriel de Borda se casó con María Josefa de Echevarría, hija del cohermano e integrante de la red, Martín de Echevarría Zuloaga; en 1713 Tomas de la Bodega y Cuadra se casó con Francisca de Mollinedo Lozada, hija de Manuel de Mollinedo; un pariente algo lejano de Tomas de Mollinedo, pero pariente al fin y al cabo; esto motivó que Antonio de Querejazu y Tomas de la Bodega tuvieran contactos no solo porque eran cohermanos y miembros de la misma red, sino porque compartían un mismo entorno familiar, esto favoreció los posibles negocios, y ya en 1751, el segundo le vendió unas haciendas en Tarma a nuestro personaje por el valor de 15, 000 pesos. A fines del siglo XVII Ignacio de Jáuregui se casó con Josefa de Herboso y Luza Mendoza, hija de Francisco de Herboso y Antonio de Luza Mendoza, por lo tanto se hizo cuñado del Francisco de Herboso y Luza contador y miembro de la red política; Bernardo Gurmendi también se hizo yerno de Juan de Urdanegui, pues se casó con la hija de este, Mercedes de Urdanegui; y Baltasar de Ayesta se casó con Francisca Teresa de Itulaín, hija de Martín de Itulaín, antiguo dirigente de Aránzazu y del Comercio (Turiso 2002: 154, 294 y 308)²⁹⁰.

Como vemos, hay una recurrente estrategia en esta maraña de alianzas matrimoniales, pues los padres de las novias tenían iguales o superiores calidades a la de los novios; por lo general, eran personajes reconocidos y activos miembros de la élite mercantil limeña (Turiso 2002: 149). Así, Mollinedo, Echevarría, Herboso, Urdanegui e Itulaín permitieron que sus hijas se desposaran con una serie de migrantes peninsulares que llegaron a Lima con el fin de ascender socialmente a través del comercio; mientras se enriquecían, los padres de las novias los veían como buenos candidatos, pues como afirma Bertrand, el linaje familiar solo podía conservar su coherencia y continuidad a través de un dominio en la elección de los conyugues (2011: 245). Por supuesto, todos eran miembros activos de la red política de Aránzazu.

Estos matrimonios no solo promovieron la carrera personal de ciertos comerciantes, también cohesionaron y reforzaron los vínculos entre los agentes de la red; ya que hubo compromisos múltiples que integraban a varios linajes a través de sucesivas generaciones. Por ejemplo, en 1735 Lorenzo Antonio de la Puente Larrea, sobrino de Lorenzo de la Puente y

²⁸⁹ AAL, Expediente matrimonial, 10-1706.

²⁹⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 432, 1711, f. 368; Francisco Estacio Meléndez, N° 380, 1749, f. 117 y N° 388, 1751, f. 1973.

Calera, se casó con Ana de Castro Urdanegui, bisnieta de nuestro Juan de Urdanegui; los hijos de los primeros, Lorenzo y Constanza de la Puente Castro se vincularon con dos linajes poderosos de la red de Aránzazu; el primero con los Querejazu y la segunda con los de la Puente y Calera (Lohmman 1974: 109; Rizo Patrón 2000: 99). Sucedió lo mismo entre Francisco de Herboso y Joseph de Garazatua, pues ambos linajes estaban muy unidos, de hecho, el primero era sobrino político del segundo. En efecto, Francisco de Herboso Asúnsolo, padre de nuestro Francisco miembro de la red, había nacido en 1639, mientras que Garazatua lo hizo en 1661. Había una diferencia de edad entre ambos y por ello llegaron en distintos momentos a Lima; aun así, eso no impidió que se unieran a la misma familia, pues los dos desposaron a las hijas del general y corregidor vasco Juan de Luza, caballero de Santiago. Francisco se casó con Antonia de Luza Mendoza, por lo menos antes de 1670 -cuando nació el Francisco Herboso miembro de la red-; entonces, el primero tenía treinta y un años, y su esposa cerca de los dieciséis, pues nació en 1654. Casi dos décadas después, en 1688, Joseph de Garazatua se casó con Magdalena de Luza Mendoza, hermana menor de Antonia; el primero entonces contaba con veintisiete años, mientras su esposa cerca de los treinta. A su vez, otra descendiente de los Luza como Feliciana Gómez de Luza fue desposada por otro agente de la red, Juan Bautista Mendive. Incluso, Lorenzo de la Puente también frecuentaba a los Luza, pues era amigo de Manuel de Luza y Mioño, concuño de Herboso y, de hecho, el susodicho en 1708 actuó como testigo del poder que Lorenzo le dio a Bartolomé de la Torre (Turiso 2002: 306)²⁹¹.

Quizás el caso más representativo sobre la cohesión grupal debido al matrimonio al interior de la cofradía sea el de las hijas de Juan de Riaño y Jerónima de Ayala, pues todos sus esposos fueron agentes de la red vasca como Juan de Beytia y Aguirre, Bernardo de Solís Vango, Juan Ignacio de Larrea, Joseph de Urrunaga, Juan Antonio Balanzategui²⁹², y Diego Quint Tello Guzmán²⁹³. Esto equivale a decir que esos agentes automáticamente se convirtieron en los parientes políticos de Juan Bautista de Palacios. Efectivamente, el matrimonio entre Juan y Jerónima no duró mucho tiempo; se habían casado en 1673 cuando él contaba con treinta y ocho años y ella con veintiún años, pero el primero falleció en 1698 a los sesenta y tres años (Lohmann Villena T. II 1993: 284)²⁹⁴. Jerónima, quien ya estaba cerca de los cincuenta años, se

²⁹¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 312, 1708, f. 165; Juan Núñez de Porras, N° 807, 1724, f. 484; AHNM, Consejo de Órdenes, Exp. 3837, 1701.

²⁹² Fue natural de Oñate (Guipúzcoa); sus padres fueron Juan Balanzategui y Josepha de Uribe; se casó en 1700 con Gerónima de Riaño, pero falleció solo tres años después; tuvo dos hijas llamadas María Theresa y Nicolasa; y cuando murió, su esposa estaba embarazada de quien sería Juan Antonio Toribio (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 953, 1704, f. 1703)

²⁹³ Fue contador mayor del Tribunal de Cuentas; se casó con María de Riaño y Ayala, y ella lo nombró su albacea; la hija de ambos fue María Rosa (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Fernández Montaña, N° 427, 1711, f. 52)

²⁹⁴ Lohmann Villena menciona que el matrimonio entre Riaño y Ayala fue en 1663; creemos que no sería exacta la fecha, pues en ese año Jerónima solo tenía once años, y aunque era común que niñas y adolescentes ya tuvieran asignadas un futuro esposo, eran raros los matrimonios; la edad más joven para contraer nupcias que hemos encontrado fueron los quince años (ver capítulo 1).

casó una vez más al año siguiente, esta vez con nuestro Juan Bautista de Palacios como ya vimos en el primer capítulo. En todo caso, producto de este último enlace, y a raíz de la muerte de Jerónima en 1712, nuestro personaje se convirtió en el padre político, tutor y administrador de bienes de los descendientes Riaño, por ello, los matrimonios de sus hijas políticas eran asuntos que le importaba, pues le permitía cohesionar la red política y extender su influencia. Aunque claro, algunos matrimonios ya se habían llevado a cabo debido a la adelantada edad de Bernardo de Solís Vango, quien se casó en 1688 con Leonor de Riaño, quien solo tenía dieciséis en comparación de su esposo que ya poseía cuarenta y un años. Posteriormente, todos los demás matrimonios sí se hicieron mientras Juan Bautista ya era apoderado de sus hijastras; así, en 1700 Juan Antonio Balanzategui se casó con Gerónima de Riaño; en 1708 Diego Quint Tello con cuarenta y cinco años hizo lo propio con María de Riaño de treinta y cuatro años; en 1710 Joseph de Urrunaga de treinta y tres años contrajo nupcias con Casimira de Riaño de veintiséis; y aunque no tenemos las fechas ni edades concretas, por la misma época, Juan de Beytia y Aguirre se unió a Josepha Rosa de Riaño, y lo mismo hizo Juan Ignacio de Larrea que desposó a Paula Riaño²⁹⁵.

Los matrimonios no solo proveían de una esposa inmediata, sino también permitían acercarse a una red amplia de parentescos donde se podía conseguir una nuera, sobrina política, incluso, una segunda esposa. Por ejemplo, Juan de Beytia, antes de 1723 se desposó por segunda vez con Rosa María de Ayala, parienta de su fallecida suegra Jerónima de Ayala. Este tipo de dinámicas eran muy comunes; de hecho, el mismo Antonio de Querejazu al enviudar en 1727, se casó por segunda vez con Gabriela de Lobatón, prima hermana de su primera conyugue Juana Agustina de Mollinedo. Asimismo, Melchor de Ulaortua, hijo de Marcos de Ulaortua, se unió a esta red de enlaces familiares, pues se desposó con María Solís Vango Riaño, hija de Bernardo Solís Vango y Leonor Riaño; por lo tanto, el primero se convirtió en nieto político de Juan Bautista de Palacios (Turiso 2002: 334)²⁹⁶. Indudablemente Palacios -en calidad de apoderado principal como las mismas hermanas Riaño reconocían- dirigió, coordinó y permitió algunos matrimonios, ya que como señala Bertrand, otorgar una hija a un colega aseguraba el fortalecimiento de la posición e influencia personal (2011: 251).

Estas alianzas familiares no se daban solo entre los linajes encumbrados de la red política, también podían darse entre los miembros de la estructura intermedia o inferior. Por ejemplo, Francisco Estacio Meléndez, para fortalecer su pertenencia a la red, trató de vincularse con algunas familias vascas, aunque como no tuvo hijos las oportunidades para convenir un matrimonio provechoso fueron nulas, pero sí se convirtió en un amigo cercano de los Gorostizu; por ello, cuando testó en 1756 nombró como uno de sus albaceas a Francisco Xavier Gorostizu,

²⁹⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 952, 1704, f. 131v; Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1725, f. 558; N° 313, 1712, 225v; Francisco Fernández Pagán, N° 433, 1712, f. 163.

²⁹⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 328, 1723, f. 358.

pariente de Juan Francisco, quien era cohermano de la red vasca y muy cercano de Bernardo de Gorostizu, integrante comprobado del grupo Palacios-Querejazu²⁹⁷.

Para los novios estos enlaces también se convertían en oportunidades provechosas para acceder a una fuente de riqueza, ya que las esposas -en la mayoría de los casos- eran respaldadas con una dote, que como vimos en el primer capítulo, era un instrumento financiero que muchas veces se convirtió en el capital inicial de las operaciones económicas. Gracias a esta situación, los padres de las novias cumplían no solo con una obligación matrimonial, sino fortalecían su ubicación en la estructura interna de la red. Así, sabemos que Antonio de Querejazu accedió a la dote de casi 25, 000 pesos que llevó su esposa Juana Agustina, respaldada por la familia Mollinedo; Gabriel de Borda recibió la dote de 20, 000 pesos que Martín de Echevarría Zuloaga dio en favor de su hija María Josefa; Juan de Beytia recibió de su esposa Josepha Rosa una aprovechable dote de 35, 000 pesos; y Joseph de Urrunaga accedió a los 46, 000 pesos de la dote que llevó su conyugue Casimira. En estos dos últimos casos, las dotes fueron gestionadas por Juan Bautista de Palacios. Visto de esta forma, podemos considerar que las mujeres fueron agentes clave no reconocidas de la red en tanto aparecen no solo como las transmisoras de linajes o apellidos, sino también como la puerta de entrada a una red de relaciones y parentescos más o menos amplia. Asimismo, las mujeres como novias y esposas jugaron un papel importante en la rentabilidad y seguridad de los negocios económicos de los comerciantes, pues la elección de la conyugue era el resultado de pactos sociales entre los suegros y peninsulares que conllevaba implícito la transferencia de capitales, el uso de contactos, el acercamiento a grupos de poder, y en muchos casos, el olvido de deudas. Así, cuando un miembro de la red se casaba con la hija de un cohermano obtenía respaldo económico, seguridad financiera y acceso a redes familiares, es por ello que Ponce Leiva no dudó en mencionar que las mujeres de la época resguardaban un “poder informal” (1997: 97-101).

Este núcleo de socios convertidos en parientes políticos no hizo sino favorecer la amistad, los negocios comunes y los intereses políticos; por ello, los agentes de la red recurrían a su nueva familia extendida para salvaguardar sus bienes y patrimonio. Por ejemplo, Juan de Beytia y Aguirre en 1704 eligió como albaceas de su fortuna a sus parientes políticos Juan Bautista de Palacios, Joseph de Garazatua, Bernardo de Solís Vango, Juan Ignacio de Larrea y Diego Quin Tello de Guzmán; el primero su amigo, socio, cohermano y suegro, el segundo su amigo, y los demás sus concuños. Más adelante, en 1723, nombró a su concuño Joseph de Urrunaga como un albacea más; y además le entregó a Juan Bautista la tutoría de los bienes de su menor hijo Juan Casimiro. La camaradería entre concuños fue evidente. Muy tempranamente, Urrunaga acudió a Juan Antonio de Balanzategui para que actuara como testigo, y este último nombró como albacea de sus bienes a su suegro político, nuestro Juan

²⁹⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Gregorio González de Mendoza, N° 507, 1756, 879v.

Bautista de Palacios, a quien llamaba “padre”; lo mismo hizo Gerónima de Riaño, esposa de Balanzategui, quien otorgó a nuestro comerciante el poder total para que cobrase y administrase todas sus deudas; por supuesto, los testigos de estas cesiones y operaciones debían ser agentes de la red como Joseph de Garazatua y Lorenzo de Rueda. El mismo Solís Vango se prestó 8, 000 pesos de su cuñado Blas de Riaño, caudal que luego devolvió su esposa Leonor; y quienes confirmaron esta devolución fueron agentes de la red como Joseph de Velaochaga y Miguel Estacio Meléndez²⁹⁸.

Cuadro 13

Relaciones de amistad anudadas por Juan Bautista de Palacios en atención a los vínculos sociales presentes en la red política de Aránzazu		
<i>1) Amigos y familiares</i>	<i>2) Socios y asociados</i>	<i>3) Clientes</i>
<p><i>Familiares</i></p> <p>Antonio y Matheo de Querejazu, Juan Bautista Palacios B., Blas y Juan de Riaño, Juan de Beytia y Aguirre, Juan Ignacio de Larrea, Bernardo Solís Vango, Joseph de Urrunaga, Juan Antonio Balanzategui</p> <p><i>Amigos personales</i></p> <p>Marcos y Pedro de Ulaortua, Antonio de la Cuadra, Francisco de Oyague, Andrés de Salazar, Francisco Herboso</p>	<p><i>Agentes económicos</i></p> <p>Ignacio de Jauregui, Francisco Estacio Meléndez, Lorenzo de la Puente</p> <p><i>Miembros de la administración real</i></p> <p>Diego Carrillo de la Presa, regidor del Cabildo; José de Velaochaga, regidor del Cabildo, Diego Quint Tello, contador del Tribunal de Cuentas; Cristóbal Vásquez de Echave</p>	<p>Joseph de Arrizavalaga, Lorenzo de Rueda, Thomas Muñoz, Francisco de Saldaña, Miguel Gerónimo de Castillo, Francisco Hurtado de Cuenca, Blas de Ayesta, Gerónimo Fernández de Obregón</p>

Fuente: elaboración propia (adaptado de los cuadros usados por Michel Bertrand)

Tampoco olvidemos que en 1706 Juan Bautista de Palacios actuó como testigo en el matrimonio entre Juana Agustina de Mollinedo y Antonio de Querejazu; por su lado, este último actuó como testigo del testamento del presbítero Juan Joseph de Urdanegui, hijo natural de Juan de Urdanegui. También sabemos que Juan Ruiz de Masmela y Juan de Riaño actuaron como testigos de las deudas de Palacios, siendo el segundo además su hijo político. Por otro lado, Masmela fue el rico comerciante que en 1710 nombró como albacea de sus bienes a Querejazu y

²⁹⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 952, 1704, f. 131v; y N° 953, 1704, f. 1711-1718.

le encargó el traslado de la importante suma de 460, 000 pesos a España²⁹⁹. Asimismo, en 1706 Joseph de Garazatua, Juan de Beytia y Aguirre y Francisco de Velaochaga fueron testigos del testamento de Marcos de Ulaortua, cuando este murió en 1713, quien actuó como testigo de fe del suceso fue Juan Bautista de Palacios; en 1723, Bernardo de Elguea actuó como testigo en el testamento de Juan Bautista de Mendive; y en 1735, cuando falleció Gabriela de Lobatón, segunda esposa de Querejazu, quien actuó como testigo fue Juan Antonio de Urrutia, otro hermano de Aránzazu³⁰⁰.

Una de las relaciones más fuertes que unían a los individuos era el compadrazgo. En efecto, el medio familiar era un verdadero patrimonio relacional que funcionaba según las necesidades de protección y ayuda; y esto se transmitía de generación en generación, pues era necesario que la solidaridad entre individuos adquiriera un contenido familiar en el tiempo. Además, el compadrazgo realizado entre individuos de un mismo grupo social no colocaba en riesgo el prestigio del apellido familiar, por ello era usual que los compadres con igual posición socioeconómica y relaciones familiares se confiaran mutuamente bienes, inversiones y administración patrimonial (Bertrand 2011: 311-312; Turiso 2002: 163). Asimismo, el compadrazgo era una maraña de relaciones interpersonales y espirituales reconocidas por la iglesia que tenían como objetivo apadrinar a un neófito en el bautizo, confirmación o matrimonio. Por ejemplo, en 1711 Juan de Beytia y Aguirre recurrió a Juan Bautista Palacios para que fuese padrino de un niño abandonado que supuestamente le habían dejado en la puerta de su casa, y por caridad lo crio con su nombre y apellido³⁰¹. Con el fin de asegurarlo, buscó a su poderoso socio Palacios para bautizarlo al año siguiente en la iglesia de los huérfanos. Claro está, con el compadrazgo, el padrino adquiría una relación de obligación con el niño, a quien debía proveer de bienestar material; además, se esperaba de ellos que cuidaran al ahijado en caso de muerte de los padres y lo ayude o promoció de cualquier manera; por ello se buscaba como padrinos a aquellos individuos pertenecientes a una más alta posición socioeconómica debido a las ventajas materiales que representaban (Foster 1959: 249-252).

¿Por qué tanto interés en un niño huérfano? La explicación no puede residir solo en la caridad. Posiblemente se trató de un hijo natural y que Juan de Beytia pasó por huérfano para ocultar sus orígenes, por ello recurrió a su amigo, socio y pariente Palacios para fortalecer su ardid. De hecho, como vimos, el niño heredó el apellido Beytia y Aguirre; al parecer se vinculó con los socios de la red; y muchas veces fue llamado “hijo natural”. Juan Bautista también fue el padrino de Francisca Teresa de Solís Vango, su nieta política, pues era hija de Bernardo de Solís Vango y Leonor de Riaño; a su vez, tomó bajo su protección a su sobrino homónimo, incluso, lo

²⁹⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Fernández Montañón, N° 427, 1711, f. 528; Francisco Fernández Pagán, N° 433, 1712, f. 300.

³⁰⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 314, 1713, f. 306; Colección Francisco Moreyra, D.1. 17-470, 1735.

³⁰¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1725, f. 558.

incluyó en sus negocios y lo promovió en algunos puestos de importancia; asimismo, también apoyó a su nuero político Juan Antonio de Balanzategui, quien -junto a su esposa Gerónima- vivían en la casa de nuestro personaje, pues este les hizo “caridad”. Como menciona Turiso, la casa familiar no solo era una residencia, sino también el centro de las actividades económicas (2002: 39). En efecto, como testificó Nicolás de Arburua, miembro de la red, Balanzategui vivía en los altos de la casa de nuestro comerciante, le “asistía en sus negocios” y “realizaba diligencias”; similares declaraciones fueron dichas por Francisco de Herboso y Lorenzo de Rueda, sargento de la compañía militar en la que Palacios actuaba como maestre de campo y luego general. Herboso pudo afirmar lo anterior, pues visitó muchas veces la casa de nuestro personaje y penetró en la intimidad que lo rodeaba, esto era posible pues le guardaba una gran amistad como lo declaró ante Martín Mudarra, alcalde de la ciudad³⁰².

Cuadro 14

Relaciones de amistad anudadas por Antonio de Querejazu en atención a los vínculos sociales presentes en la red política de Aránzazu		
<i>1) Amigos y familiares</i>	<i>2) Socios y asociados</i>	<i>3) Clientes</i>
<p><i>Familiares</i></p> <p>Juan Bautista de Palacios, Matheo de Querejazu, Tomas de Mollinedo, Manuel de Mollinedo, Tomas de la Bodega y Cuadra, Juan Bautista Palacios Balsategui,</p> <p><i>Amigos personales</i></p> <p>Lorenzo de la Puente, Antonio de la Cuadra, Juan Antonio de Urrutia, Agustín de Caycuegui, Marcos y Pedro de Ulaortua</p>	<p><i>Agentes económicos</i></p> <p>Juan de Sein, Francisco Estacio Meléndez, Bartolomé de la Torre, Joseph de Urrunaga, Juan Ruiz Masmela</p> <p><i>Miembros de la administración real</i></p> <p>Joseph de Santiago Concha, oidor de la Audiencia, Agustín Carrillo de Córdova, regente del Tribunal de Cuentas; Jacobo Manuel Osorio, cónsul del Tribunal del Consulado,</p>	<p>Bernardo de Olave, Pedro Perurena, Juan Lucas Camacho, Juan López Molero, Pedro de Osma, Juan Gonzales Cossio, Joseph Nieto de Lara, Salvador de Aramburú, Manuel de Belsunce, Juan Joseph de Urdanegui</p>

Fuente: elaboración propia (adaptado de los cuadros usados por Michel Bertrand)

³⁰² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 953, 1704, f. 1703.

3.5.2. La estructura

Vásquez Gestal menciona que en la época el clientelismo y faccionalismo no estaban sometidos a unas reglas o instituciones claras. No existían documentación que formalizara a un grupo; por lo general, se les reconocía gracias a los recursos públicos que los principales miembros de las facciones usaban para ejercer el poder de forma informal (2013: 69). Aun así, y pese a estas limitaciones, no podemos renunciar al intento de estructurar una red política tan amplia como la vista aquí. Así, una vez identificados los vínculos que unían a sus integrantes, corresponde tomar atención en las relaciones jerárquicas que se daban entre ellos y se evidencian en las fuentes comentadas en esta investigación; a partir de ello podremos proponer una organización. Para componer semejante tarea hemos recurrido al software Ucinet que nos permite graficar todas las relaciones e interacciones sociales que mantenían los cohermanos de Aránzazu. En efecto, hemos tratado de convertir los datos cualitativos y dispersos presentes en los archivos en una información ordenada y seriada.

Los vínculos identificados han sido importantes, pues han servido para reconocer la cohesión del grupo y las relaciones intensas y jerárquicas entre hermanos específicos; de esta forma, fue fundamental saber si los agentes pertenecían a la misma cofradía o al Consulado, si mantenían negocios juntos o si eran familiares. Estas operaciones han permitido estructurar la red en relación y función de los cohermanos con mayores vínculos. Por supuesto, y como hemos antecedido muchas veces, gracias al carácter cohesionado y horizontal del grupo peninsular migrante, esta red no puede ser pensada como una organización vertical y piramidal, más bien tenemos una maraña de relaciones en la que se puede ubicar en la estructura superior líderes principales, en la base a los clientes que sostenían con un trabajo concreto los negocios del grupo, en el medio una gran cantidad de agentes e intermediarios que estaban relacionados con los personajes principales, y en los márgenes una serie de agentes externos, familiares con escasa incidencia en el grupo o miembros activos de la red pero con menor aparición en las fuentes. Como se desprende de la información proporcionada por Ucinet, los personajes que presentan mayor cantidad de relaciones eran los siguientes: Antonio de Querejazu, Juan Bautista de Palacios, Juan de Beytia y Aguirre, los hermanos Ulaortua y Joseph Garazatua, en ese orden.

A su vez, tomamos la propuesta de Kettering para reflexionar sobre la posición de cada uno de los integrantes de la red, tanto la de los patrones (líderes), los intermediarios, clientes y los agentes externos. Según la citada historiadora, los patrones tienen el poder de controlar el comportamiento de los demás, y esto se deriva de la autoridad política, prestigio social y control de recursos económicos; y a veces puede expresarse directamente a través la coerción, manipulación o influencia (1986:3). No es coincidencia que nuestros comerciantes recurrieran a las instancias judiciales, y a través de su influencia, hicieran efectivo el pago de las deudas que diversos privados mantenían con ellos. Esto no era solo una consecuencia usual de los negocios,

sino una forma para ejercer poder. Así, cuando Palacios recurrió a un podatario para cobrar la deuda de Ignacio de Jáuregui o cuando Querejazu recurrió a la Real Audiencia, donde estaba su futuro consuegro Joseph de Santiago Concha, para cobrar la deuda de Juan de Sein y Manuel Belsunce, en realidad ambos estaban exhibiendo su poder sobre determinados integrantes de una red, ya que el préstamo era una relación interesada basada en la entrega de un capital a cambio de una retribución más intereses, en ese sentido no podía arriesgarse el bienestar económico ni moral del acreedor, benefactor o líder³⁰³.

Por supuesto, los patrones no solo influían a través de la coacción, de hecho, la mayoría de clientes acudían a ellos porque los veían como una fuente de prestigio, riqueza y recomendaciones. Como dice Kettering, el patrón puede influir a través de las deudas y los favores, ya que en este tipo de relaciones las recompensas materiales son importantes en tanto el patrón tiene el poder para distribuir bienes y recursos (1986: 3). Por ejemplo, sabemos que Antonio de Querejazu le tenía mucha estima a Lorenzo de la Puente, de hecho, sus descendientes luego se emparentaron; aun así, las relaciones de ambos pueden ser estudiadas de forma muy temprana, e indudablemente el primero benefició al segundo con un cargo, ya que cuando recibió la gobernación de Quijos y Macas en 1712, y al no poder ocupar el puesto directamente, decidió nombrarlo como sucesor. Este poderoso grupo de líderes o patrones conformado por Palacios, Querejazu, Beytia, los Ulaortua o Garazatua estaba internamente muy cohesionados, no solo porque eran peninsulares, vascos y comerciantes, sino porque -como vimos- establecieron alianzas familiares, y de hecho su amistad se forjó de forma muy temprana y a lo largo de los años; por ejemplo, cuando en 1706 Querejazu se casó, Palacios recordó que ambos embarcaron juntos desde Cádiz hasta Cartagena, y desde el puerto de Portobelo pasaron a Lima; además, manifiesta su estrecha amistad con el susodicho por espacio de veintiséis años³⁰⁴. Asimismo, como mencionamos en el anterior apartado, era usual que los líderes negociaran y se apoyaran en sus operaciones económicas, pero también fue usual el intercambio de regalos; por ejemplo, en 1713 Juan Bautista de Palacios declaró que había recibido de Juan de Beytia y Pedro de Ulaortua, a manera de obsequio, varias alhajas de diamantes, oro y esmeraldas, las mismas que luego se tasaron en muy buenas cantidades³⁰⁵.

Por supuesto, no se puede hablar de patrones sin clientes, ya que, al ser un sistema basado en vínculos compartidos, observaremos con mejor precisión las responsabilidades y relaciones mutuas. Como afirma Kettering, las relaciones clientelares implicaban intercambios directos de dos partes donde los favores y bienes en juego son los que hacían posible las interacciones. Los hombres que deseaban ascender socialmente usaban sus recursos (reputación, familia, novias, rango, oficios, riqueza y patrocinadores) para construir una gran clientela, lo

³⁰³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 953, 1704, f. 1560.

³⁰⁴ AAL, Expediente matrimonial, 10-1706.

³⁰⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Fernández Pagán, N° 434, 1713, 300v.

que les otorgaba una amplia base de apoyo y poder político (1986: 5). En una red cuyos integrantes estaban abocados al comercio, la principal fuente de atracción era la riqueza de los participantes, por ello, nuestros personajes se convirtieron en acreedores de muchos clientes, la mayoría congregados en Aránzazu, por ejemplo, Bernardo de Olave, Pedro Perurena, Bartolomé de la Torre, Joseph de Urrunaga, Joseph de Arrizavalaga, Ignacio de Jauregui, Blas de Ayessa, Lorenzo de Rueda, Thomas Muñoz, entre muchísimos otros. Estas relaciones se construían a lo largo de la carrera económica de nuestros personajes, y solo cuando adquirirían la reputación de recompensar generosamente a quienes se les uniera tenían el potencial para incrementar su influencia y ejercer el poder político. De ahí que la mayoría de estas relaciones tengan un fuerte componente pragmático (Kettering 1986: 24).

De acuerdo con estas relaciones, los líderes contaban con respaldo, apoyo y sostén político de los clientes, y estos recibían recursos -en su mayoría- de tipo económico; por ejemplo, Martín de Itulaín le perdonó parte de la deuda que Baltasar de Ayesta mantenía con él; y Gabriel de Borda dispuso que Francisco Barrenechea no pagara su deuda de 12, 000 pesos inmediatamente, solo lo hiciera cuando su hija lo exigiera³⁰⁶; asimismo, el primero decidió “olvidar” los intereses en atención a que el susodicho lo había atendido con “muchísima comodidad y amor”, y por ello le estaba agradecido³⁰⁷. Estas expresiones como “amistad”, “amor”, “soy un sirviente”, “para dar(rendir) servicio”, “soy sumamente suyo” o “su fiel y obediente servidor”, según Kettering, eran una retórica formal que estaba destinada a acentuar no solo el cariño y familiaridad en una relación bidireccional y clientelar, sino también a remarcar la desigualdad entre el patrón y cliente (1986: 15). La misma historiadora señala que la correspondencia es un buen indicador para reconocer los vínculos entre un patrón y cliente, en tanto ahí se encuentra el lenguaje del clientelismo, ya que palabras recurrentes como lealtad, amistad, celo, estima o afecto evidenciaban la existencia de una relación en la que el patrón aseguraba a su cliente su amistad y gratitud por los servicios prestados (1986: 12). En muchas otras ocasiones, era el cliente quien, con voluntad propia, escribía al patrón mostrando su amor y fidelidad y colocando su oficio a la disposición del señor. Lamentablemente, no hemos encontrado muchas cartas de nuestros personajes con este contenido, por lo menos las que conciernen a la primera generación, pero estas fuentes sí abundan en la segunda mitad del siglo XVIII, pues Antonio Hermenegildo de Querejazu, como oidor de la Audiencia, recibía constantes misivas de diversos burócratas y agentes menores que se ponían a su servicio.

Sin embargo, este lenguaje clientelar y cortés puede encontrarse también en los documentos notariales de carácter íntimo, es decir, los préstamos u obligaciones de pago, pues

³⁰⁶ La hija en cuestión era Gabriela de Borda, quien fue monja de velo negro y luego abadesa del monasterio de la Concepción, tuvo muchísimo poder, y replicó el faccionalismo visto en esta investigación, para ello recurrió a una cantidad de sirvientes, monjas y demás que actuaron como clientas; sobre el asunto Liliana Pérez está preparando una investigación.

³⁰⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 340, 1730, f. 1049

comúnmente los deudores declaraban la amistad, el afecto y la buena obra de sus acreedores, muchos de nuestros personajes. Antonio de Querejazu comúnmente recibió estas denominaciones por parte de una serie de innumerables agentes como Pedro Perurena, Manuel de Mollinedo y Juan Lucas Camacho. Por supuesto, no todos los clientes eran iguales, pues entre ellos se diferenciaban por el grado de cercanía al líder. Kettering menciona que pueden diferenciarse entre los tipos de clientes a familiares, amigos y los colegas profesionales (1986: 33). Por ejemplo, aunque Manuel de Mollinedo, Thomas de la Bodega, Juan Bautista Palacios Balsategui o Blas Riaño eran familiares de Palacios y Querejazu, no estaban al nivel de los líderes. Por otro lado, socios profesionales como Francisco Herboso, Joseph de Velaochaga, Antonio de la Cuadra e incluso Lorenzo de la Puente eran clientes con mayor grado de vinculación con los líderes que los anteriores; conservaban cierta independencia y poseían poder económico. Es decir, se diferenciaban de los clientes pragmáticos, quienes eran los deudores y dependientes directos de nuestros personajes, y por lo general eran pequeños o medianos comerciantes; aunque no solo los dedicados a este oficio tenían esta naturaleza, pues los escribanos también pertenecían a esta categoría.

Los anteriores socios profesionales no solo eran clientes, también pueden considerarse intermediarios (*brokers*), ya que, en una relación clientelar, el lugar que uno ocupa puede variar e incluso superponerse, pues debemos tener en cuenta que no todos los familiares o amigos eran clientes o dependientes; por ejemplo, Bernardo Solís Vango, Tomas de Mollinedo o Juan de Beytia fueron agentes importantes en la red, pero no eran clientes de Palacios-Querejazu a pesar de ser sus familiares políticos, más bien eran sus socios, el último incluso era parte de los líderes. Los intermediarios eran personas importantes por derecho propio con recursos, riqueza y su propia clientela, muchas veces incluso podían subir al rol de líderes (Kettering 1986: 4, 9, 42). La mayoría de los agentes que tenía esta posición para mantener este estatus debían otorgar crédito, por ello, Juan Bautista Mendive, Antonio de la Cuadra, Bernardo Gurmendi o Ignacio de Jauregui eran comerciantes activos con capacidad de influir y sostener los negocios.

A su vez, los intermediarios tenían la confianza de los líderes y a veces actuaban como sus clientes, por ejemplo, Mendive era una fuente de confianza para un personaje de poder en la red como Marcos de Ulaortua. El mismo Joseph de Azaldegui fue intermediario de los hermanos de Ulaortua y llevó sus capitales al mercado interno del virreinato. Los intermediarios también actuaban como agentes que vinculaban a los patrones con los grupos provinciales fuera de la red. Indudablemente Azaldegui o Sein no solo eran apoderados de personajes como Ulaortua o Querejazu, sino también estaban muy pendientes de sus negocios con los comerciantes de los reinos a los que iban como Potosí, Nueva España o Santiago. Podemos discernir entre los líderes e intermediarios a través de la influencia y poder económico y político de unos y otros; si bien ambos poseían riqueza, la de los segundos era más limitada, por ello, Juan Antonio Balanzategui, quien a fines del siglo XVII era un importante comerciante que

otorgaba crédito, para inicios del XVIII ya estaba en ruinas y vivía en la casa de Palacios en calidad de dependiente como lo declaró.

Por otro lado, los agentes externos o aliados también tenían sustanciales recursos y mantenían una independencia real de los miembros de la red; eran figuras de poder y tenían el mismo o superior estatus al de los líderes; se vinculaban con aquellos en situaciones concretas, generalmente a través del matrimonio, y de esas relaciones surgía la amistad y los negocios. Este tipo de alianzas eran mucho más horizontales que todas las vistas, y los integrantes mantenían un intercambio recíproco útil (Kettering 1986: 37). En la red vasca quienes actuaron como agentes externos generalmente eran los miembros de la élite local criolla que se vincularon con los líderes del grupo y estaban fuera de la facción; por ejemplo, Joseph de Santiago Concha, suegro de Antonio de Querejazu, y Diego Carrillo de la Presa, cuñado de Juan Bautista de Palacios. Gracias a ambas relaciones, nuestros personajes consiguieron reforzar su empoderamiento fuera de la red política.

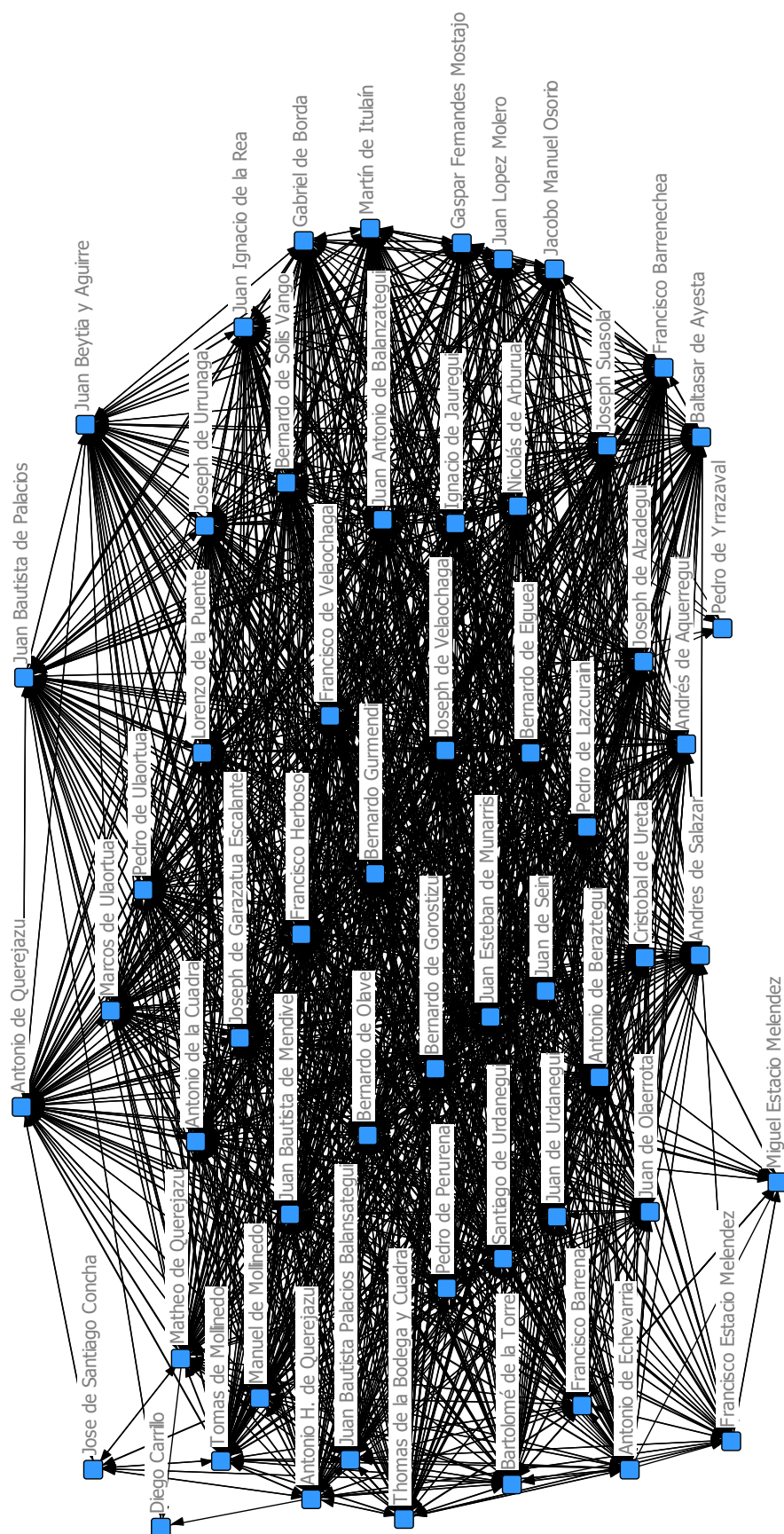


Gráfico 1
Red política Palacios-
Querejazu

Generado por el
Software UCINET.
Versión 6.685

3.6. La red política Calderón-Tagle Bracho-Gutiérrez de Cosío

Según Brading, los montañeses tuvieron organizaciones semejantes a la de los vascos; ambos grupos eran iguales, ya que expresaban su hidalguía y tenían pretensiones de ascenso social (2004: 152). Si bien en la península o en Nueva España los cántabros se organizaban en cofradías como San Fermín o Santo Cristo Burgos, en Lima la élite montañesa más poderosa se articuló en la cofradía de Nuestra Señora del Rosario durante la primera mitad del siglo XVIII. El núcleo de esta facción estaba centrado en torno a un grupo de comerciantes que como veremos más adelante tenían lejanos pero reales vínculos familiares, estos pertenecían a los linajes de los Calderón, Tagle Bracho y Gutiérrez de Cosío. El primero de estos fue Cristóbal Calderón Santibáñez, quien llegó desde “La Montaña” a mediados del siglo XVII a buscar fortuna; sin embargo, en ese momento no existían las condiciones para formar una red de poder que articulara a los montañeses; por ello, fue usual verlo asociado con los vascos. Como afirma Brading, si bien existían montañeses viviendo en América desde el siglo XVI, fue en el XVIII cuando surgieron como grupo dominante; tal consideración también vale para el Perú, pues el incremento migratorio de cántabros permitió la formación de redes políticas cuyos integrantes no tardaron en ocupar puestos de importancia en la administración virreinal.

Cristóbal Calderón se había inscrito en la hermandad del Rosario, en cuya bóveda dispuso se enterrase su cuerpo al morir; tenemos la certeza que por lo menos desde 1684 actuaba dentro de la cofradía, incluso, al parecer fue parte del grupo dirigente, siendo parte de la redacción de un “tratado” corporativo en el cual se ordenaba y reglamentaba la disposición del altar y la bóveda (Rospigliosi 1945: 19). Gracias a su posición pudo integrar a su sobrino Ángel Calderón cuando este llegó desde la península con el mismo objetivo de hacer riqueza; este había nacido en 1668; ya figuraba en alguna documentación de fines del siglo XVII e ingresó a la cofradía del Rosario en calidad de hermano 24 en 1702 cuando contaba con treinta y cuatro años. A diferencia de Aránzazu, el Rosario no era una cofradía regional, por ello podían ingresar personas de cualquier origen, de hecho, Calderón fue admitido como hermano junto al vasco Bartolomé de la Torre Montellano.

En esta época, el Rosario empezó a cambiar su composición social debido a que cada vez más montañeses ingresaron en ella; la mayoría dedicados al comercio, pues los que ejercían el dicho oficio y no eran vascos tenían restricciones para actuar en Aránzazu. No fue el caso del Rosario que articuló a inicios del siglo XVIII a un conjunto variopinto de comerciantes como Antonio Barrionuevo, Sebastián de Cantos o Antonio de Soto que participaban activamente en el Consulado. De hecho, el mismo Cristóbal Calderón era un miembro destacado del gremio mercantil ocupando el cargo de cónsul entre 1689 y 1697; debido a su labor no tardaría en ser premiado por los virreyes. Posteriormente fue elegido prior en 1702, el mismo año en el que Ángel Calderón fue admitido en la cofradía. Debió de existir alguna influencia de Cristóbal

sobre los hermanos rosarinos que aceptaron al joven Calderón. Aun así, las primeras décadas del siglo XVIII fue un periodo de formación de la red política; en ese entonces, el Rosario estaba dirigida por José de Meneses, un escribano vinculado al conde de Monclova; mientras los principales cargos del Consulado estaban monopolizados por los vascos, de hecho, los montañeses solo tuvieron verdadero protagonismo luego de 1727, último año en el cual el priorato cayó en manos de un integrante de la red vasca. ¿Qué situación y red de poder encontró Ángel Calderón?

En el virreinato peruano la cofradía del Rosario durante el siglo XVII e inicios del XVIII estaba dirigida por una élite tradicional muy vinculada a la corte del momento. José de Meneses³⁰⁸, mayordomo rosarino entre 1699 y 1706, era escribano de cámara al servicio del virrey; tenía como parte de su red clientelar algunos personajes de influencia en la cofradía como Pascual José de la Cueva, Bartolomé de Cereceda³⁰⁹, Melchor de Soria, Diego de Vela Patiño, y sobre todo Antonio de Soto y Juan Esteban de Munarris³¹⁰; estos últimos fueron nombrados albaceas y tutores de los hijos de Meneses. Todos fueron mayordomos o diputados de la cofradía en el mismo periodo³¹¹. En 1707 Meneses decidió viajar a España para reclamar la posesión sobre unos solares en Córdoba que le heredó su tío Fernando de Meneses en 1698, y esto creó un vacío de poder y liderazgo en la cofradía, que durante varios años fue dirigida por una variedad de cohermanos, siendo José de Aguilar, mayordomo entre 1710 y 1713, el más regular de todos³¹². La ausencia de Meneses favoreció que los comerciantes recién ingresados tomaran protagonismo en la cofradía.

La red de los montañeses comenzó actuar eficazmente a partir de 1714; ese año Ángel Calderón fue elegido mayordomo del Rosario; solo unos cuantos años antes su nonagenario tío Cristóbal había conseguido por última vez el priorato del Consulado; el mismo Ángel ya actuaba con regularidad y dinamismo en el Comercio y tenía una exitosa carrera comercial que lo enriqueció como vimos en el primer capítulo. Estas situaciones le permitieron consolidar un

³⁰⁸ José de Meneses además ostentó el título de capitán de infantería y escribano de cámara más antiguo de la Real Audiencia; había nacido en Lima y fue hijo de Gonzalo Andrés de Meneses Arce y Josepha Tello de Meneses, el primero sevillano, y la segunda limeña; según declaró, su familia pertenecía a un antiguo linaje hidalgo como lo demostró en la genealogía que compuso en 1707; estuvo casado con Antonia de la Rada y tuvo cuatro hijos; entre ellos Joaquín y Manuel Joseph; el primero se hizo defensor general de menores de la Real Audiencia; y el segundo se convirtió en escribano de cámara del Tribunal de Cuentas; falleció en 1749 (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Gregorio de Urtazo, N° 1099, 1707, f. 710v-733; Gabriel de Eguízabal, N° 227, 1747, f. 229; Manuel de Echeverz, N° 220, 1749, f. 630)

³⁰⁹ Natural de Laredo; en Lima se casó con Josefa de Herrera; llegó a ocupar el cargo de corregidor de Carabaya; fue tío de Bartolomé y Sebastián de la Villa; al parecer no tuvo descendencia (Sánchez-Concha 2019: 581).

³¹⁰ Natural de Pamplona (Navarra); se casó con la criolla Luisa Alonso del Castillo y Cupín de Esquivel en 1680; en 1698 adquirió el hábito de caballero de Santiago; su hijo Bartolomé fue alcalde de crimen de la Real Audiencia en 1708; este se casó con María Josefa de Zarate, hija de Diego de Zarate, quien fue asesor del príncipe de Santo Buono (Turiso 2002: 317)

³¹¹ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 055. En adelante, cuando nos refiramos a las actas de los cabildos de Nuestra Señora del Rosario estamos citando este fondo documental.

³¹² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Gregorio de Urtazo, N° 1099, 1707, s/f.

prestigio social que se proyectó corporativamente en la cofradía; además, logró articular a una serie de comerciantes y paisanos, a quienes los promovió como hermanos, y gracias a ello se perpetuó en el control de los cargos corporativos. En efecto, Ángel Calderón estuvo en la mayordomía del Rosario entre 1714 y 1723, entre los cuarenta y seis y cincuenta y cinco años, es decir, en su etapa de madurez y plenitud comercial.

Como vimos, la mayordomía de una cofradía permitía disfrutar de poder y prestigio, pero también se tenía acceso a una serie de recursos y bienes. Según las constituciones, los mayordomos del Rosario debían ser elegidos por el “mayor número de votos”. Las actas del cabildo hacen esta precisión cuando en 1696 se registró la elección de Antonio de Soto; igualmente, en 1704 Justo Pérez de Miranda fue elegido por este mecanismo que demandó la votación por papeles secretos y su posterior escrutinio. Estos actos no estuvieron libres de polémica; por ejemplo, en el mismo año de 1704 la presencia de dos provinciales ocasionó que algunos hermanos se retirasen de la reunión, esto motivó a normar que en los cabildos ningún provincial debía asistir; al año siguiente, la elección de mayordomos se anuló debido a que durante el escrutinio se encontró que el número de votos no correspondía con el de los asistentes. Sin embargo, no siempre hubo votación, a veces los mayordomos solo eran “aclamados” tal y como sucedió en 1702 cuando fue elegido José de Meneses. Por supuesto, estos actos demuestran la cohesión y fortaleza de un grupo, ya que no necesitaban apelar a los dispositivos formales para reafirmar su poder³¹³.

Una vez elegidos, a los mayordomos se les daba el poder necesario para la administración de los bienes y rentas de la cofradía. Durante el poder del grupo de Meneses, este tuvo un amplio margen de decisión sobre las propiedades corporativas; así, decidió la reedificación de las casas de Francisco Sotelo y Francisco López que pertenecían a la hermandad y generaban rentas, ya que luego del terremoto de 1687 se encontraban dañadas; el grupo también enfrentó los litigios iniciados por doncellas que aducían merecer una dote debido a la familiaridad que las unían con los benefactores de la cofradía. Meneses -en calidad de mayordomo- también tenía decisión sobre el destino de los censos y administraba las donaciones y buenas memorias. Por supuesto, los mayordomos también tenían iniciativa de gasto y facultad para vender los bienes de la cofradía; por ejemplo, en 1702 Pascual José de la Cueva decidió transferir joyas y plata labrada desgatadas para comprar unas nuevas; y al año siguiente, Meneses propuso la construcción de un trono para la Virgen del Rosario.

Claro está, los mayordomos no solo gestionaban y decidían el destino de las propiedades, también tenían acceso a los caudales corporativos y gozaban la facultad de recibir las rentas. En 1704 José de Meneses presentó las cuentas sobre la administración de las casas de José del Hoyo, y en ese entonces el inmueble había importado 32, 950 pesos a la hermandad, y

³¹³ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 055.

generaban réditos anuales de 1,691 pesos de acuerdo a los diferentes censos establecidos con privados. Asimismo, los mayordomos recibían los caudales por concepto de recolección de limosnas, entradas y donaciones. Por ejemplo, en 1704 José de Meneses recibió los 500 pesos de limosna que Pedro de Berrio ofreció para el trono de la virgen con la condición de ser admitido como hermano 24; y en 1712, Juan José de la Cruz Compañón declaró haber recibido 1, 200 pesos que el virrey Ladrón de Guevara donó para la cera del culto de la virgen del Rosario. Con esta amplia discrecionalidad en el manejo de bienes y rentas, los mayordomos podían favorecer a los miembros de su clientela en alguna transacción que involucrara los bienes corporativos; por ejemplo, en 1710 Antonio Barrionuevo, entonces mayordomo, pidió que la cofradía le vendiese la casa grande de Francisco Sotelo a cambio de 500 pesos anuales; cantidad muy por debajo de lo que el bien importaba, aun así, los hermanos 24 aceptaron la propuesta. A su vez, cuando Melchor de Soria, diputado del Rosario desde 1695, quebró económicamente y no pudo entregar los 3, 000 pesos de las rentas de la cofradía, los hermanos 24 decidieron perdonarle la mitad de su deuda. Estas y otras acciones demuestran el poder de los mayordomos y la importancia de contar con una amplia base que respaldase sus decisiones.

Cuando Ángel Calderón asumió la mayordomía en 1714 replicó estas prácticas durante la década que dirigió el Rosario. Al igual que en los anteriores casos, fue elegido sucesivamente por “mayor número de votos” como se registró explícitamente en 1717, 1720 y 1722, y en su última mayordomía en 1723 fue “aclamado por todos los hermanos” y “electo en voces”. Por supuesto, para ser reelegido constantemente debió recurrir a una red política amplia que sostuviese su designación, ya que como señala Kettering, las clientelas eran necesarias para ejercer el poder político y promover los objetivos profesionales de los patrones/líderes (1986: 4). Ángel Calderón logró articular una serie de comerciantes montañeses que habían llegado a Lima a fines del siglo XVII y favoreció su ingreso a la cofradía en calidad de hermanos 24 en tanto era necesario ampliar la influencia y poder de la red para enfrentar con éxito las elecciones de mayordomos. Ángel ingresó en 1702 junto a José del Solar³¹⁴ y Francisco de Sierralta³¹⁵, agentes de su red, y dos años después, ingresó Pedro de Espino Alvarado³¹⁶, inicialmente dependiente de Meneses, pero luego actor clave en los negocios de los integrantes de la facción

³¹⁴ Natural de Santander; en Lima se casó con la huanuqueña Ana Josefa de la Cueva Estrada; el hijo de ambos fue Mariano del Solar y Cueva, quien se casó desposó con María Inocenta Duque de Estrada y Caso (Sánchez-Concha 2019: 786).

³¹⁵ Natural de Otañes; hijo de Pedro Antonio de Sierralta y María de Múzquis; en Lima se casó con Juana Rosa de la Puente, pero no tuvo hijos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Bernabé Baquero, N° 119, 1715, 51v; Sánchez-Concha 2019: 785).

³¹⁶ Nació en Trujillo en el último cuarto del siglo XVII; fue hijo del capitán Francisco de Espino Alvarado y María Serafina de Alvarado Ángulo; su padre era natural de Logroño (Bilbao), y su madre era criolla, descendiente de familias asentadas en Guayaquil; en 1703 se casó con Paula Bueno Trevejo, hija de Joseph Bueno Trevejo y María de Tejada; tuvo varios hijos, pero solo le sobrevivió una hija llamada Luisa, quien se casó con Pedro Gonzáles Salmón; posteriormente, volvió a casarse con Teresa Ruiseco. En 1714 consiguió el oficio de escribano público por remate del mismo en 2, 000 pesos, de los cuales pagó 300 de ellos al contado (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 300, 1740, f. 656; AAL, Causa de dotes, Leg. VII, Exp. 14, 1703).

montañesa. Ángel, durante su mayordomía entre 1714 y 1723, favoreció directamente el ingreso de Antonio Calvo, Juan Lucas Camacho³¹⁷, Fernando Gonzales Salmón³¹⁸, Pedro Velarde Liaño³¹⁹, Juan López Molero³²⁰, Joseph Tagle Bracho, Manuel de Belsunce, Francisco Guemes Calderón³²¹, Martín Dulce y Armas, Agustín de Torres y Portugal, entre otros. A este grupo hay que sumar a los hermanos que ya se encontraban en la cofradía y se plegaron al grupo de Calderón como Francisco García Álvarez³²², Juan Fernández Compañón, Francisco de la Maza Bustamante³²³ y Alonso Serrano de Estrada³²⁴, todos actuaron como diputados convenientemente en el periodo en el cual nuestro personaje era mayordomo.

Así, esta base de hermanos 24 permitió no solo acaparar los principales cargos, también legitimar las decisiones tomadas durante los cabildos de la cofradía. Como señala Ovalle, quienes tomaban parte de estas reuniones tenían bajo su dominio el monopolio de las riquezas y prerrogativas, situación permitida por la disposición estratégica del grupo (2018: 66). La red montañesa, al igual que sus antecesores, también tuvo un amplio margen de acción y decisión sobre los bienes y rentas corporativos, pues a Ángel Calderón se le dotó de “poder para la administración y gobierno de esta cofradía” como se explicitó en su elección de 1714. Las primeras decisiones estuvieron orientadas a adecuar la estructura corporativa a la red política; todos los diputados fueron de la facción montañesa; incluso, algunos como Alonso Serrano de Estrada también fueron “aclamados”; a Melchor de Soria, antiguo diputado, entonces caído en desgracia, se le concedió solo tres años para pagar su deuda y debía dar 500 pesos cada año; no volvió a tener ningún puesto más; Juan de Cárdenas, antiguo procurador de la cofradía, fue

³¹⁷ Fue hijo de Juan Muñoz de Lucas y de Inés Gonzáles; se casó con Francisca de Perurena, hija de Juan de Perurena y Juana de Toledo (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 331, 1724, f. 959)

³¹⁸ Natural de San Felices; hijo de Marcos Gonzáles Salmón y María Gonzáles de Quijano; pasó al Perú y se convirtió en corregidor de Saña en 1719; se casó con Agustina Delgado Rico, hija de Juan Delgado Rico y Agustina Romero Soriano; Pedro, el hijo de ambos, se casó con Luisa de Espino Alvarado, y luego con Gertrudis Pérez de Hervías con quien engendró a Josefa Gonzáles Salmón, quien se casó con Gabriel de Velasco y Quijano (Sánchez-Concha 2019: 654).

³¹⁹ Natural de Somahoz en el valle de Buelna; hijo de Francisco Velarde y María Díaz de Liaño; no se casó y tampoco tuvo descendencia (Sánchez-Concha 2019: 804).

³²⁰ Fue hijo de Juan López Molero y Francisca Gonzáles; en 1722 no declaró esposa ni hijos, por ello nombró como herederos a sus siete hermanos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Ramírez del Castillo, N° 913, 1722, 268v)

³²¹ Natural de Ontaneda; hijo de Juan Guemes Calderón Quevedo y Antonio Bustamante Zevallos; en Lima se casó con María Teresa Guerrero Dionís, hija de Bernabé Guerrero y Mariana Ruíz de la Cueva; fue padre de numerosos hijos (Sánchez-Concha 2019: 655-656).

³²² En 1718 preocupado por sus vecinos de León debido a las malas cosechas determinó realizar una donación de mil pesos, llevados por su hermano Antonio García Álvarez (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 319, 1718, f. 1187).

³²³ Natural de San Vicente de la Barquera; hijo de Pedro de la Maza y Francisca Sánchez de Bustamante; se casó en 1696 con Catalina Delgado Rico, hija de Juan Delgado Rico y Agustina Romero; fue corregidor de Saña; tuvo por hijos a Blas, José y Francisco, el primero maestre de campo, el segundo religioso franciscano, y el último fraile dominico (Sánchez-Concha 2019: 695; Turiso 2002: 315).

³²⁴ Fue hijo de Alonso Serrano de Estrada e Inés Delgado Rico; en 1707 se casó con Gregoria Delgado, con quien tuvo cinco hijas (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Diego Marqués de Guzmán, N° 664, 1717, 816v)

apartado de su puesto, alegándose para ello su avanzado estado de edad; y Pedro de Espino de Alvarado se convirtió en el principal escribano de la cofradía.

Las mejores evidencias sobre el poder de la red las encontramos en las decisiones que tomaron sobre las propiedades de la cofradía. Así, en 1717 Calderón, Compañón y Serrano de Estrada decidieron rebajar el arrendamiento de la chacra Macas debido a la esterilidad y malas cosechas, y de los 1, 200 pesos que importaba se ajustaron a 1, 000 pesos anuales. Estas concesiones estaban destinadas a favorecer a personas concretas, pues no siempre se tuvo la misma consideración; por ejemplo, cuando en 1723 Mariana Ruiz Cano pidió que solo le rebajasen 60 pesos del arrendamiento de una casa en la que vivía, se le denegó la solicitud. La administración de la cofradía implicaba decisión sobre el gasto del capital corporativo y la gestión de sus bienes; así, en 1720, los líderes de la red acordaron que 6, 000 pesos que la cofradía tenía en su caja de tres llaves, y que eran para las dotes de doncellas huérfanas, fuesen usados para imponerlos en censos; también decidieron la venta de alhajas y joyas, las mismas que debían ser examinadas por los mayordomos, quienes indicarían cuales debían ser apartadas. Por supuesto, también recibían dinero producto de donaciones, cobranzas y limosnas. Por ejemplo, en 1718 Francisco de la Quintana dejó a la cofradía 2, 000 pesos con cargo a que esta dijese 50 misas al año. Esta amplia discrecionalidad permitía que los mayordomos favorecieran a amigos y socios; por ejemplo, en 1717 Juan Fernández Compañón propuso donar 8, 000 pesos a la cofradía con la condición de que esta se obligase a usar ese dinero para generar réditos y mantener a sus cuatro hijos de por vida, y además debía realizarse 100 misas al año por su nombre. Ángel Calderón como mayordomo aceptó la propuesta de su cohermano, y Alonso Serrano de Estrada como diputado se encargó de la gestión.

El apoyo de la red no solo se demostraba con las elecciones sucesivas o el apoyo a las decisiones corporativas, sino también aprobando las gestiones. En efecto, según las constituciones, los mayordomos debían presentar sus cuentas el día de la elección de sus sucesores; en la práctica real, lo hacían mucho tiempo después; estas cuentas eran revisadas y aprobadas por hermanos 24 seleccionados, generalmente los contadores. Por supuesto, las cuentas de Ángel Calderón y sus diputados eran revisadas por agentes de su facción; por ejemplo, entre 1715 y 1724 quienes revisaron las cuentas fueron Alonso Serrano de Estrada, José de Aguilar, Francisco García Álvarez, Antonio Barrionuevo y José del Solar. Todas fueron aprobadas sin objeción. Ángel Calderón moriría pocos años después, pero esta red política tenía una amplia base de líderes, por ello no tardaron en aparecer sustitutos al liderazgo, la mayoría eran los montañeses promovidos por nuestro personaje, quienes ya habían obtenido puestos de relevancia durante la mayordomía de Calderón, por ejemplo, Francisco de la Maza Bustamante fue elegido diputado entre 1721 y 1724; Fernando Gonzales Salmón, quien ingresó a la cofradía solo en 1719, ya era elegido diputado en 1722 y 1723, y luego “aclamado” mayordomo en 1724, evidenciando el poder y efectividad de la red; Pedro Velarde Liaño, quien ingresó a la cofradía

en 1720, se convirtió en diputado en 1726; y Martín Dulce y Armas fue elegido diputado “de común consentimiento del cabildo” entre 1725 y 1735. Estas expresiones más que figuras retóricas, son evidencias de la cohesión, influencia y poder de una red que podía colocar a sus agentes en cargos estratégicos. Por supuesto, todos ellos solo suplieron un momento concreto en el cual no hubo liderazgos claros. Poco después, los comerciantes Ángel Ventura Calderón, Joseph Tagle Bracho e Isidro Gutiérrez de Cosio dirigieron la red montañesa, ocupando las mayordomías entre 1727 y 1742, periodo en el cual estos personajes se empoderaron fuera de la cofradía, tuvieron éxito en los negocios, dirigieron el Consulado y escalaron hasta la más alta posición social del virreinato.

Promocionado por su tío, Ángel Ventura Calderón ingresó como hermano del Rosario en 1722; contaba entonces solo con veintiún años y seis años después ya era elegido mayordomo “por mayor número de votos” por primera vez en 1728, y permaneció en el cargo hasta 1731. Joseph Tagle Bracho ingresó como hermano 24 en 1720 cuando tenía treinta y seis años, y fue elegido mayordomo entre 1727 y 1729; Isidro Gutiérrez de Cosio, el mayor de los tres, había llegado en Lima en la década de 1690, no sabemos cuándo se inscribió en el Rosario, pero fue elegido mayordomo “por mayor número de votos” entre 1732 y 1742, es decir, entre los cincuenta y siete y sesenta y siete años; pertenecía a la misma generación que Ángel Calderón, pero solo consiguió destacar socialmente durante el tiempo en el que fue mayordomo. De tal forma, la red montañesa controló la cofradía del Rosario entre 1714 y 1748, con un breve intervalo entre 1743 a 1745. Nuestros personajes estudiados dirigieron la hermandad por más de tres décadas; gracias a ello tuvieron acceso a una amplia base de apoyo político y también control sobre los bienes y caudales de la congregación. Por supuesto, siguieron las prácticas del Calderón mayor, por ello, promovieron a una serie de agentes como hermanos 24 como Roque de Ribero, Gabriel Bocangel, Antonio Calderón³²⁵, Miguel Alonso Garcés, Juan José Delgado Rico, Francisco Martín de Layseca³²⁶, Pedro Gutiérrez de Cosio³²⁷, Gaspar Quijano Velarde³²⁸, Pedro Gonzáles Salmón³²⁹, Juan Ruiz de la Vega, etcétera.

³²⁵ Nació en Trasmiera (Burgos); fue hijo de Rafael Calderón y Ana Vélez de Zevallos; en 1725 no declaró ni esposa ni descendencia (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 270, 1725, f. 1101)

³²⁶ Nació en 1700; fue capitán de mar y guerra; en Lima, se casó con Isabel María de Talledo, hija de Juan de Talledo y Gordon; el hijo de aquella unión fue Antonio Luis quien siguió una exitosa carrera eclesiástica y fue premiado con la orden de caballero de Carlos III (Turiso 2002: 314).

³²⁷ Natural de Novales; hijo de Ventura Gutiérrez de Cosio y María Gómez de La Madrid; en Lima se casó con María Fernández de Celis. La trayectoria y descendencia de este personaje está comentado extensamente en la presente investigación.

³²⁸ Nació en Somahoz en el valle de Buelna en 1713; era hijo de Gaspar Velarde Liaño y Magdalena Zevallos, el primero era un hidalgo local, por ello ostentaba el título de regidor en Buelna; una vez en Lima se casó con Serafina Tagle Bracho, hija de Joseph Tagle Bracho; en 1745 obtuvo el título de conde de Torre Velarde; fue alcalde en 1747 y ayudó al virrey Manso de Velasco en la reconstrucción de la ciudad; en 1748 recibió el hábito de caballero de Calatrava; y entre 1757 y 1758 fue prior del Tribunal del Consulado; tuvo varios hijos, uno de ellos llamado José fue alcalde de Lima en 1776, y luego se fue a vivir a Madrid para defender los intereses de la familia en la corte real como lo declaró su padre; otro hijo

Este grupo de montañeses se hizo con el control absoluto del patrimonio de la cofradía, y tuvieron una amplia capacidad de acción; por ejemplo, en 1724, Fernando Gonzales Salmón decidió quitarle la chacra de Macas a Andrés de Astete porque aducía que no pagaba la pensión; al año siguiente Alonso Serrano de Estrada y Pedro de Murga³³⁰ realizaron un inventario de alhajas; en 1727 nombraron a Pedro de Ojeda, dependiente de los montañeses, escribano sustituto si Pedro de Espino Alvarado se ausentaba por enfermedad; y en 1729 Ángel Ventura Calderón y Joseph Tagle Bracho decidieron otorgar mayor poder a la figura del cabildo en tanto tenían confianza en su amplia base de apoyo, por ello, normaron que ningún mayordomo pudiese comprar o vender ninguna alhaja sin permiso de la junta general. Tenían razón en su confianza en el cabildo de hermanos 24, pues meses después -durante la elección de mayordomos- ambos fueron “aclamados con el mismo poder y facultad”. Asimismo, los gastos fueron permitidos por las juntas generales sin ningún tipo de fiscalización; ya en 1727 se le concedió a Alonso Serrano de Estrada potestad para invertir en el altar y ornato de la virgen “todo lo que fuera preciso”; más adelante, el susodicho propuso vender unas joyas que la cofradía poseía; y en 1730 se le confió a Ángel Ventura la suma de 8,000 pesos de la caja de la cofradía para la compra de cincuenta quintales de cera.

Las cuentas de los mayordomos evidencian que recibían, manejaban y disponían libremente de un gran caudal, por ejemplo, en 1731 el joven Calderón declaró que durante su administración ingresaron 6,415 pesos a la caja de la cofradía, pero los diversos gastos realizados solo dejaron un rédito de 2,355 pesos. Nuestro personaje también recibía dinero debido a la administración de la casa de José del Hoyo que en 1731 importó 809 pesos. Al año siguiente, Calderón presentó una cuenta en la que “esta(ba) ajustado el cargo con la data”, lo que equivale a decir que los ingresos de 6,322 pesos eran similares a los gastos. Cuando Alonso Serrano de Estrada presentó en 1733 su cuenta, evidenció que la cofradía ingresó 5,356 pesos, pero de ellos debía pagársele 915 pesos a Ángel Ventura. Era recurrente que los antiguos mayordomos exigieran que se les pagase el dinero que supuestamente habían prestado; en todo caso, ninguna solicitud se observaba debido a la complicidad estratégica de la red. La cuenta de Isidro Gutiérrez de Cosío de 1742 demuestra que la cofradía ingresaba 8,902 pesos, pero los gastos eran igual de considerables, en total 8,782 pesos. De hecho, en muchos casos las cuentas arrojaban deudas. ¿En qué se gastaba todo el dinero? Según las fuentes, las fiestas corporativas solo costaban 274 pesos al año. Al parecer, hubo un abuso de la libertad en el manejo de los

de nombre Agustín Velarde le heredó el título y el oficio, pues fue un importante comerciante; en el siglo XIX tendría un significativo papel en la historia republicana del país; otra hija llamada Serafina se vinculó con el marqués de Corpa y el Conde de Torre Blanco (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Gervasio de Figueroa, N° 455, 1782, 23v; Turiso 2002: 325-326; Lohmann 1993: 112; Sánchez-Concha 2019: 739).

³²⁹ Hijo de Fernando Gonzáles Salmón y Agustina Delgado Rico; se casó con Luisa de Espino Alvarado, hija del escribano Pedro de Espino Alvarado.

³³⁰ Hijo del capitán y comerciante Juan de Murga Moreno y de Feliciano de Suazo; sus hermanos fueron Juan Bautista Moreno y Clemente de Murga, el primero siguió las leyes y el segundo la carrera eclesiástica; se casó con Valeriana Durán, hermana de su socio Diego Durán (Schlupmann 2006: 20-21)

recursos económicos, situación que era amparada por todos los agentes de la red involucrados, pues a pesar que en las cuentas era evidente el desbalance y las deudas, estas se aprobaban³³¹.

Ilustración 15



Retrato de Joseph de Tagle Bracho

Fuente: Sitio web del Ministerio de Relaciones Exteriores [Palacio de Torre Tagle]

Uno de los rubros que mayor dinero generaba para la cofradía fue el cobro por arrendamientos de haciendas, en especial la de Macas que arrojaba sumas importantes, por ejemplo, en 1728 importó 900 pesos, y en los años siguientes los diputados Pedro de Murga, Francisco Guemes Calderón y Martin Dulce y Armas recibieron cantidades que incluso sobrepasaban los mil pesos. Esta atractiva fuente de dinero impulsó a los mayordomos a establecer que a partir de 1734 serían ellos los encargados directos del cobro del arrendamiento, medida apoyada por el cabildo. Desde el año señalado y hasta 1742 las fuentes evidencian que Isidro Gutiérrez de Cosio recibió cantidades que oscilaban entre los 1, 000 y 3, 050 pesos³³². Otros inmuebles que generaban constantes réditos fueron las casas, en especial la que donó Florencia Chávez a inicios de siglo XVII; la administración de la misma corrió a cargo de Alonso Serrano de Estrada, Fernando Gonzales Salmón, Joseph del Solar, Francisco Guemes

³³¹ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libros 038 y 007.

³³² AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 006.

Calderón y Pedro de Murga, quienes cobraban los 200 pesos establecidos en los alquileres con diversos privados³³³. El control sobre los bienes y recursos de la cofradía permitía a sus administradores -los mayordomos- cohesionar y fortalecer a la red, pues desde su posición podían dar mayores beneficios materiales a los clientes, y eso era lo que se esperaba de relaciones de este tipo como sentencia Kettering (1986: 27). Así, la reciprocidad era efectiva, pues muchos cohermanos ayudaban a sus líderes a ocupar el cargo de mayordomo, aprobaban sus cuentas y sus decisiones, y a cambio esperaban ser recompensados.

En ese sentido, nuestros personajes como mayordomos favorecieron con los recursos de la corporación a muchos de sus socios y amigos. Por ejemplo, la casa de Florencia Chávez que administraba la congregación fue otorgada en alquiler a varios miembros de la red, quienes tenían preferencia por encima de otros como Francisco de la Maza Bustamante³³⁴. Más adelante, en 1727 los mayordomos aceptaron la donación de 2, 000 pesos de Antonio Calderón y obligaron a la cofradía a mantener con los réditos de esa suma a los herederos del susodicho. Al año siguiente, brindaron a los hijos de Joseph Tagle Bracho la oportunidad de inscribirse en la hermandad sin pago de entrada “en atención al servicio” del referido mayordomo. Y en 1734 compraron la casa que José del Solar quería vender por “ser de interés de la cofradía”. Los mismos mayordomos podían utilizar los bienes y capitales de la cofradía para uso propio, por ejemplo, en 1724 Ángel Calderón donó a la congregación una casa en la calle de Mantas, pero en 1743 esta no producía ninguna renta porque Isidro Gutiérrez de Cosío la había ocupado para vivir³³⁵.

Una concesión recurrente fue la dote. La cofradía tenía una partida económica para dotar con 500 pesos a las doncellas huérfanas que se casaban; a su vez, muchos benefactores de la cofradía donaban propiedades con la condición de que se entregasen dotes a sus parientas; situación que a veces los mayordomos querían eludir, de ahí, la gran cantidad de litigios que muchas mujeres iniciaron contra los dirigentes del Rosario. Sin embargo, los mismos mayordomos apelando a su liberalidad y usaban los recursos internos de la cofradía con el fin de otorgar dotes de 500 y 1000 pesos a algunos miembros de la hermandad, la mayoría agentes vinculados a la red; por ejemplo, en 1719 Alonso Serrano de Estrada consiguió una dote de 1, 000 pesos para su hija Josefa Natividad Serrano de Estrada; en 1727, el cabildo aceptó el pedido de Pedro de Espino Alvarado y se le dio una dote de 500 pesos para su hija Luisa de Espino Alvarado; en 1737, María Francisca Dulce y Armas, hija de Martín Dulce y Armas, recibió una dote reclamada por su esposo Francisco Díaz de Cevallos; y lo mismo hizo Manuel de Nova, quien solicitó una dote de 500 pesos como el marido de Francisca de Guemes Calderón³³⁶.

³³³ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 007.

³³⁴ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 007.

³³⁵ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 005.

³³⁶ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 007.

Cuadro 15

Composición social de Nuestra Señora del Rosario					
Principales integrantes de la red política Calderón-Tagle Bracho-Gutiérrez de Cosío					
Nombre	Origen	Oficio	Títulos	Empleos	Cargos en la cofradía
Ángel Calderón Santibáñez	Peninsular	Comerciante	O. de Alcántara		M
Ángel Ventura Calderón	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago/ Marqués	Regente del Trib. de Cuentas	M
Joseph Tagle Bracho	Peninsular	Comerciante	O. de Santiago/ Marqués	Prior del TC	M
Juan A. Tagle Bracho	Peninsular	Comerciante	O. Calatrava/ Conde	Prior del TC	
Isidro Gutiérrez de Cosío	Peninsular	Comerciante	O. Alcántara/ Conde	Corregidor/ Prior del TC	M
Pedro Gutiérrez de Cosío	Peninsular	Comerciante	Conde	Cónsul del TC	
Pedro Velarde Liaño	Peninsular	Comerciante	O. Calatrava		M
Gaspar Quijano Velarde	Peninsular	Comerciante	O. Calatrava/ Conde	Alcalde/ Prior del TC	M
Alonso Serrano de Estrada	Peninsular	Comerciante			M
Francisco Guemés Calderón	Peninsular	Comerciante			D
Matheo de la Vega	Peninsular	Comerciante		Prior del TC	
Francisco García Álvarez	Peninsular	Comerciante			D
Fernando Gonzales S.	Peninsular	Comerciante		Corregidor	M
Pedro Gonzales S.	Peninsular	Comerciante			
Francisco Martín de Layseca	Peninsular	Comerciante		Cónsul del TC/	M
Francisco de la Maza Bustamante	Peninsular	Comerciante		Corregidor	D
Pedro Murga	Criollo	Comerciante			D
Thomas Costa	Peninsular	Comerciante		Cónsul del TC	
Pedro de Espino Alvarado	Criollo	Escribano			
Joseph del Solar	Peninsular	Comerciante			D
Miguel Alonso Garcés	--	Presbítero			

TC= Tribunal del Consulado

M = Mayordomo/ D = Diputado

Fuente: elaboración propia

. Por supuesto, el control sobre la cofradía también implicaba posicionar a los agentes en los puestos clave, por ello, Francisco Guemes Calderón ocupó el puesto de diputado entre 1727 y 1733; Francisco Martin de Layseca tuvo el mismo oficio en 1734 y Pedro de Murga en 1727; asimismo, Pedro Velarde Liaño ascendió socialmente en la estructura de la red y se le permitió la mayordomía en 1736. A su vez, los contadores y hermanos de la misma facción montañesa eran los encargados de revisar las cuentas de sus líderes, por ello entre 1726 y 1742 quienes revisaron las cuentas de los mayordomos fueron Pedro Velarde, José del Solar, Fernando Gonzales Salmón, Joseph Tagle Bracho y Francisco García Álvarez; todos ellos eran dependientes, socios, amigos o familiares de los mayordomos estudiados. Debido a esta situación, las cuentas fueron aprobadas sin miramientos.

3.6.1. Los vínculos

Luego de conocer cómo la red montañesa se formó y las prácticas tomadas por sus principales líderes e integrantes corresponde desentrañar los vínculos que unían a los agentes de esta red política, la cual estaba compuesta hasta por 51 individuos. Al igual que en el caso de la red vasca, hemos identificado cuatro tipos de vínculos: paisanaje, oficio, interés económico y parentesco. Algunos eran más intensos que otros y dependían de la calidad de los agentes. En cualquier caso, los líderes principales de esta red utilizaron estos vínculos y relaciones basados en la confianza, el favor y los negocios para ascender socialmente (Ovalle 2018: 111). Al igual que en el anterior apartado, recurriremos a la biografía colectiva de los hermanos 24 del Rosario para identificar de forma concreta los diversos compromisos que unían a los integrantes de esa congregación.

3.6.1.1. Vínculos de paisanaje

Muchos miembros de esta red política tenían en común la procedencia regional, pues eran montañeses, es decir, migraron desde las montañas de Cantabria. Sin embargo, hay una diferencia sustancial con los integrantes de la red Palacios-Querejazu. Debido a que estudiamos redes políticas originadas y formadas en cofradías es necesario subrayar la naturaleza corporativa de cada una. Por ejemplo, Nuestra Señora de Aránzazu tenía un carácter exclusivo y regional; por ello la mayoría de los integrantes de su red eran vascos; en cambio, el Rosario no tenía esa naturaleza cerrada y admitía como hermanos tanto a migrantes montañeses como a los que provenían de otras partes de la península; al parecer, solo se esperaba que los hermanos fueran de los altos grupos sociales.

Debido a esta situación, la red iniciada por los Calderón tenía una variopinta composición regional, pues entre los grupos altos, intermedios e inferiores de la red había una

disparidad de orígenes peninsulares; en ese sentido, el paisanaje más intenso se presentó, sobre todo entre los grupos altos e intermedios, es decir, entre los líderes y sus familiares, socios y amigos directos; mientras los clientes y dependientes de la red no compartían el mismo origen geográfico que el de sus señores. Así, del total de integrantes de la red, el 48.10 por ciento provenía de Cantabria, mientras los otros agentes eran originarios de lugares como Extremadura, Rioja, Vizcaya, Navarra, Cádiz y también hubo muchos criollos. Por ello, los vínculos regionales solo podían funcionar entre los grupos más empoderados de la red, quienes sí tenían un mismo culto, costumbres e identidad peninsulares. Era frecuente que los montañeses alegaran su nobleza local, y de hecho era frecuente los dichos como “hidalgo como el rey, porque era montañés” para hacer referencia al estatus superior de los que provenían de Cantabria (Brading 2004: 153). De hecho, por la época era común que muchas casas montañesas encargaran la realización de obras genealógicas con el objetivo de remarcar la importancia y el prestigio de su linaje; por ejemplo, a mediados del siglo XVIII el agustino Felipe de la Gandara compuso una obra histórica en la que relataba los orígenes del linaje Calderón, que supuestamente tenían ancestros pertenecientes a las casas reales españolas³³⁷. Debido a esta situación, cuando los montañeses llegaban a una ciudad nueva, estaban muy inclinados a juntarse con sus paisanos para fortalecer su conciencia de superioridad y asegurar los mecanismos que favorecían su inserción y ascenso social.

El fuerte paisanaje presente entre los montañeses los motivaba a formar comunidades regionales, y con ese objetivo convocaban a familiares, sobrinos o hermanos a los lugares en los que habían migrado. Como afirma Soldevilla, una vez reunidos los familiares montañeses era frecuente que compartieran negocios e intereses comunes, socializaran en cofradías, y que a su vez se emparentaran entre sí (Soldevilla 1992: 21-37). En ese sentido, y a diferencia de los vascos que estaban dispuestos a buscar esposas entre las jóvenes criollas, los montañeses de esta primera y segunda generación, sobre todo, prefirieron desposarse con la hija o hermana de un compatriota o familiar. Al parecer, los líderes cántabros fueron más endogámicos. Sin embargo, ahora nos interesa, los vínculos geográficos por sí solos.

En efecto, una de las características de los migrantes montañeses de primera generación fue que una vez lograron desarrollarse profesionalmente en el comercio local, convocaron a sus parientes jóvenes -generalmente un sobrino- para que los ayudasen en sus negocios a cambio de ser promovidos en la red a la que pertenecían. De esta forma, personajes como los Cristóbal y Ángel Calderón, Joseph Tagle Bracho, Isidro Gutiérrez de Cosío o Pedro Velarde Liaño convocaron a sus sobrinos directos Ángel Ventura Calderón, Juan Antonio Tagle Bracho, Pedro Gutiérrez de Cosío y Gaspar de Quijano Velarde para que los sostuvieran en sus empresas comerciales, se casaran con las hijas de sus amigos o los heredasen. Por ejemplo, cuando los

³³⁷ Felipe de la Gandara, *Descripción, armas...*1753.

jóvenes hermanos Joseph y Francisco de Tagle Bracho³³⁸ llegaron a Santiago a fines del siglo XVII fueron patrocinados por su paisano y lejano familiar Francisco Sánchez de Tagle³³⁹. De la misma forma, cuando Isidro Gutiérrez de Cosio era prior del Consulado requirió la presencia de su sobrino Pedro para que lo ayudase en sus negocios y actividades (Guerrero y Tarrago 2012: 257). Por supuesto, no hay que olvidar que estas características regionales se presentaban entre los grupos dirigentes de la red, quienes sí compartían vínculos de paisanaje; en cambio, los clientes con orígenes peninsulares distintos no tenían una cohesión de este tipo.

¿De qué lugares procedían los líderes de la red montañesa? Los Calderón, tanto Cristóbal, Ángel y Ángel Ventura provenían del pueblo de San Martín del arzobispado de Burgos en las montañas de Cantabria; Antonio Calderón era originario de Trasmiera; Francisco Guemes Calderón había nacido en Ontaneda; Isidro y su sobrino Pedro Gutiérrez de Cosio³⁴⁰ provenían de Nobales en el valle de Alfoz de Lloredo; del mismo valle migraron Joseph y su sobrino Juan Antonio Tagle Bracho, el primero lo hizo desde Ruiloba, el segundo desde Cigüenza; y Pedro Velarde Liaño y su sobrino Gaspar de Quijano Velarde eran naturales de Somahoz. Estos linajes fueron los dominadores de la red montañesa, y entre ellos existieron indudables vínculos sociales y afectivos, de hecho, estaban emparentados, pues como reveló la crónica de Gandara, las casas Calderón, Tagle, Gutiérrez y Velarde estaban ligadas a través de matrimonios sucesivos entre sus ascendentes. Desarrollaremos esto más adelante. Asimismo, otros agentes de la red política también fueron montañeses como Mateo de la Vega³⁴¹, quien era originario de Laredo al igual que Sebastián de la Villa³⁴²; Francisco de la Maza Bustamante y José Ruiz de la Canal³⁴³ provenían de San Vicente de la Barquera; Francisco Sánchez de Tagle era de Santillana del Mar; Fernando Gonzales Salmón era originario de San Felices del valle de Buelna; Francisco de Sierralta era de Oñates; Joseph del Solar y Bartolomé de la Villa³⁴⁴

³³⁸ Francisco de Tagle Bracho era natural de Ruiloba; hijo de Domingo de Tagle Bracho y María Elvira Pérez de la Riva; de Lima pasó a Santiago, donde se casó con Josefa de la Cerda y Carvajal, hija de Juan Dios de la Cerda y María de Carvajal; tuvo una numerosa prole y falleció en 1756 (Sánchez-Concha 2019: 790). Sobre los orígenes y descendencia de Joseph de Tagle Bracho se comenta en extensión a lo largo de la presente investigación.

³³⁹ Natural de Santillana del Mar; hijo de Juan Sánchez de Tagle y Juliana Pérez de Castro y Velarde; llegó a Lima en 1670; se casó con Josefa Hidalgo, y la hija de ambos fue Rosa Juliana Sánchez de Tagle, quien terminó desposándose con Joseph de Tagle Bracho (Sánchez-Concha 2019: 776).

³⁴⁰ Hijo de Ventura Gutiérrez de Cosio y María Gómez de Lamadrid; en Lima, se casó con María Fernández Celis; tuvo dos hijas Rosa y Mariana (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 299, 1739, 771v; Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1005, 1754, f. 200).

³⁴¹ Llegó a Lima aproximadamente en 1695; se casó con Antonia de la Bárcena y Herrera; Pablo de la Vega y Bárcena, hijo de ambos llegó a ser oidor de la Audiencia de Charcas (Sánchez-Concha 2019: 802).

³⁴² Hijo de Sebastián de la Villa y de Magdalena de Cereceda; al parecer no se casó ni tuvo descendencia (Sánchez-Concha 2019: 808).

³⁴³ En Lima se casó con Tomasa de Chávez, con quien procreó a María Luisa; tuvo otro hijo natural, aunque se desconoce la madre de este (Sánchez-Concha 2019: 763).

³⁴⁴ Hijo de Sebastián de la Villa Cereceda y Magdalena de Cabo; en 1732 se casó con Magdalena de la Canal y Carrillo, hija de Juan de la Canal y María de Sotomayor (Sánchez-Concha 2019: 808).

migraron desde Santander; Roque de Ribero³⁴⁵ y Gerónimo de Ángulo³⁴⁶ lo hicieron desde Limpias; Francisco de Celis³⁴⁷ lo hizo desde Lebeña; y sabemos que montañeses también eran Nicolás de Tagle Bracho³⁴⁸ y Pascual Linares³⁴⁹.

Por otro lado, los hermanos que pertenecían a la red, pero provenían de otras regiones fueron los siguientes: Alonso Serrano de Estrada, quien migró desde Zalamea en Extremadura; Francisco García Álvarez era del reino de León; Juan López Molero migró desde Ajofrín del reino de Toledo; Juan Lucas Camacho provino desde Fuerlebrera en Extremadura; y Francisco Martín de Layseca era vizcaíno, pues provenía del valle de Arcentales. Asimismo, entre los principales miembros de la red que eran criollos se encontraban Agustín de Torres y Portugal, Nicolás Cossio, Pedro de Espino Alvarado, Pedro de Ojeda³⁵⁰ y Pedro de Murga y Suazo, aunque el padre de este último provenía de La Paz.

A estos hombres había que agregar una serie de agentes que por matrimonios o vinculaciones políticas se relacionaron con los señores de la red, por ejemplo, los Sánchez Tagle, también montañeses, se unieron a Joseph Tagle Bracho; y el criollo Pedro Peralta, cuyo padre era de Guadalajara (Castilla), terminó aliándose con el joven Calderón. Otros importantes agentes de la red fueron Juan Compañón, Thomas Costa³⁵¹, José Ruiz de la Canal, Miguel Alonso Garcés, Juan Capetillo, Alonso Carrión y Morcillo, Antonio de Barrionuevo, Gabriel Bocangel, Antonio Ruiz de la Vega y Martín Ortíz de la Foronda. Todos con orígenes peninsulares bastante variados. De esta forma, si bien el vínculo de procedencia fue importante para forjar la amistad en base a la identidad y cultura comunes, no fue del todo necesaria en espacios de sociabilidad que no tenía un matiz exclusivo regional. Aunque el paisanaje sí fue importante para cohesionar a los principales líderes de la red, quienes además de ser parientes, socios y amigos, eran paisanos, pues todos eran montañeses; sin embargo, a la hora de extender el espacio político y articular a nuevos agentes no se precisó ni determinó que los integrantes fueran cántabros; situación condicionada en parte porque al ser la cofradía del Rosario el

³⁴⁵ Hijo de Andrés de Rivero e Isabel de Palacio, al parecer no se casó ni tuvo descendencia (Sánchez-Concha 2019: 751).

³⁴⁶ Hijo de Gerónimo de Ángulo y Bernal y María Jesús de la Dehesa; se casó en 1753 con Rosa Gutiérrez de Cosío, hija de Pedro Gutiérrez de Cosío; con ella procreó a Gerónimo y María del Carmen Ángulo y Cosío (Sánchez-Concha 2019: 539-540).

³⁴⁷ Hijo de Francisco de Celis y Francisca de Sánchez de Linares; se casó en España con María Antonia Enríquez de Otero (Sánchez-Concha 2019: 580).

³⁴⁸ Nació en Santa Fe de Veracruz en Argentina; fue hijo de Simón de Tagle Bracho y Josefa Isea; luego de casarse con la hija del conde de San Isidro, ocupó la alcaldía de Lima en 1761 junto a Pablo Felipe Vásquez de Velasco, un descendiente de una antigua familia de comerciantes y oidores limeños (Bromley 1960: 333).

³⁴⁹ Nació en Tudanca; se especializó en el tráfico de esclavos, y llegó a ser corregidor de Lucanas; no se casó ni tuvo descendencia (Turiso 2002: 303).

³⁵⁰ Fue hijo del capitán Luis de Ojeda y de Barbrila Espinoza; estaba casado con Beatriz Gutiérrez, con quien tuvo dos hijos llamados Petronila y Pedro Joseph (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Miguel Estacio Meléndez N° 406, 1718, f. 115)

³⁵¹ Nació en Cádiz en 1696, pero al parecer su padre Thomas era de origen genovés, pues apareció como noble en las listas de Portofino; en 1739 consiguió el hábito de caballero de Santiago (Turiso 2002: 300).

espacio de sociabilidad y encuentro que permitió la articulación política, los integrantes de la corporación eran de procedencias disímiles.

3.6.1.2. Vínculos de devoción y oficio

Los montañeses tenían una particular devoción por San Fermín, de hecho, hubo una corporación limeña con esa advocación compuesta –presuntamente– por montañeses; sin embargo, no recibió a su élite regional más representativa, por lo menos, la migrante que se empoderó durante el siglo XVIII. El espacio que nuestros personajes eligieron fue la prestigiosa cofradía del Rosario. Según Sánchez-Concha lo anterior tiene una explicación. Al parecer, entre los siglos XVI y XVIII se fundaron en Cantabria numerosas hermandades del Rosario distribuidas a lo largo de los valles costeros y comarcas montañosas de la región, lo que equivale a decir que el culto estaba muy difundido. Según la tradición, esto se debía a la obra directa de los descendientes de Santo Domingo de Guzmán. De hecho, en Santander existió una cofradía del Rosario que gozaba de gran popularidad, y hay registros de la fundación de varias capillas y ermitas con el mismo culto en las comarcas de Toranzo, Soba, Liébana y el valle del Pas (2019: 404). Además, como vimos en el capítulo anterior, el culto mariano en general y el de la Virgen del Rosario en particular era muy difundido por la monarquía hispana, ya que se le dotó de un poder espiritual y político que era imposible eludir.

Así, muchos montañeses no solo sentían profunda devoción por la virgen, sino que conocían los efectos sociales que implicaba congregarse en una cofradía que contaba con el favor real y vicerregio, y que además había recibido varias prerrogativas. Muchos de nuestros personajes vieron en estas consideraciones motivos suficientes para congregarse en la cofradía del Rosario, y gracias a su naturaleza de espacio que favorecía la interacción social y sociabilidad permitió la articulación de una red política cuyo núcleo dirigente lo constituía parte de la élite mercantil del momento. En efecto, nuestros personajes al no ser vascos no pudieron congregarse en Aránzazu; y al inicio de sus carreras tampoco pudieron pertenecer a la prestigiosa Archicofradía de Veracruz, que era un espacio que aglomeraba a personajes con carreras ya consolidadas; en cambio, no tuvieron inconvenientes para registrarse como hermanos 24 del Rosario.

Por supuesto, esta aparente libertad para inscribirse como hermano e inexistencia de restricciones eran solo declarativas, pues existían subyacentes relaciones de poder por las cuales eran los grupos hegemónicos quienes decidían quién ingresaba o no a la cofradía, y dependía no solo de las calidades y riqueza del individuo, sino también de su utilidad. Por ejemplo, en 1704 Pedro Berrio fue admitido en la cofradía solo después de donar 500 pesos para el nuevo trono de la virgen y en 1727 Antonio de Vargas, abogado de la Audiencia, fue admitido solo después de haber contribuido con el hallazgo de una escritura por la cual la cofradía identificaba una renta

perpetua no cobrada por más de cincuenta años; otros solicitaban su ingreso a cambio de ayudar a la congregación en asunto concretos; en 1705 Pedro Loayza adujo que como procurador defendería a la organización en todos sus pleitos; en 1727 Pedro de Ojeda se comprometió a trabajar como escribano de la hermandad; y con similares compromisos y “obligación de servir a la cofradía” fueron recibidos como hermanos el canónigo Francisco Román de Aulestia y el procurador de la Real Audiencia Francisco Dávila Torres. En muchos otros casos, los dirigentes podían desestimar una solicitud por considerarla inservible o perjudicial; por ejemplo, en 1700 se le negó la entrada a Isabel Romero Soriano como hermana ²⁴ aduciendo que como mujer no podía cumplir con algunas obligaciones corporativas; y en 1723 Carlos Sedamano fue rechazado por todos los hermanos quienes indicaron que su presencia era innecesaria. Así, fue cierto que el Rosario no tenía ninguna restricción formal de ingreso, pero la admisión dependía del amplio margen de decisión de los mayordomos y hermanos ²⁴.

La cofradía del Rosario fue usada como espacio de sociabilidad en el que fue posible la articulación política de un conjunto de comerciantes dirigidos por un núcleo de migrantes montañeses. Efectivamente, el 90.14 por ciento de los integrantes de la red política pertenecían a la cofradía, el otro pequeño porcentaje correspondía a los agentes externos que estaban congregados en otras hermandades, pero aun así sostenían con su apoyo y capital relacional a los líderes de la facción. Así, el grueso de integrantes de la red montañesa eran hermanos ²⁴ de la privilegiada congregación del Rosario; debido a esta situación, y con el fin de cumplir sus obligaciones corporativas, los agentes convivieron en reuniones, misas y ejercicios espirituales, adquirían prerrogativas para demostrar mayor prestigio en las procesiones; algunos admitían y auspicaban a sus familiares y amigos como hermanos ²⁴; por supuesto, también se requerían mutuamente para ganar las elecciones de los cargos. De esta manera, para los comerciantes montañeses, la cofradía del Rosario fue el espacio que les permitió articular y fortalecer diversos vínculos que los unían con una serie de cohermanos, favoreciendo la cohesión de su red política y su empoderamiento personal.

Como en el caso de la red vasca, el fin último de los montañeses no solo era dirigir la cofradía, este era un medio para conseguir empoderamiento político y ascenso social; para ello, fue necesario controlar el gremio que unía y articulaba los intereses del grupo social al que nuestros personajes pertenecían: el Consulado, el pilar fundamental de los comerciantes. Así, los agentes de la red montañesa no solo compartían espacio en la cofradía, sino también en el gremio mercantil, pues asistían a sus juntas generales, tenían participación en las decisiones principales, algunos montaron negocios juntos y embarcaban hacia las ferias de Portobelo. Del universo total de los integrantes del grupo iniciado por los Calderón, al menos el 70. ⁵⁹ estaban matriculados en el Consulado como lo demuestran las diversas actas de las juntas de gobierno entre 1705 y 1743. Además de los líderes principales, los agentes que también oficiaban en el comercio eran Alonso Serrano de Estrada, Matheo de la Vega, Francisco García Álvarez,

Pascual Joseph de la Cueva, Fernando Gonzales Salmón, Pedro de Murga Suazo, Martín Dulce y Armas, Manuel de Belbunce, entre otros. Todos eran miembros activos del Consulado, y muchos de ellos convivieron con las situaciones políticas que enfrentó la red vasca como el contrabando francés, la tozudez del virrey marqués de Castelfuerte por garantizar las ferias de Portobelo, las reformas del marqués de Castelfuerte y marqués de Villagarcía, la guerra contra Inglaterra, etcétera. Al parecer, los montañeses, debido a una serie de estrategias, consiguieron ascender, sobresalir y empoderarse durante las gestiones de los dos últimos virreyes mencionados, en contraste con el declive del grupo vasco.

Debido a esta situación, la red política no tardó en empoderar y promover a sus principales líderes en los puestos máximos del ente comercial. Sin embargo, este proceso no fue inmediato, ya que cuando la red se formó en torno a Ángel Calderón en 1714 aun no tenía el suficiente peso para acaparar los puestos del Consulado. De esta manera, los primeros años de la facción montañesa convivieron con la época de esplendor del grupo vasco. Como la ocupación de los puestos principales dependía del grado de fortaleza y cohesión de la red política no fue sino hasta 1728 cuando los montañeses lograron controlar el gremio mercantil. En efecto, del total de cargos posibles del Consulado entre 1714 y 1727; es decir, durante las mayordomías de Ángel Calderón, Juan Compañón y Alonso Serrano de Estrada, el grupo dirigido por los montañeses apenas tuvieron representación en el gremio mercantil, solo un 15.38 por ciento de participación que se traducía en las veces que Juan López Molero fue cónsul entre 1721 y 1726, sin embargo, este agente político también pertenecía a las redes Palacios-Querejazu, y de hecho, Juan de Beytia y Aguirre, quien también fue hermano del Rosario, actuó como prior del Comercio entre 1721 y 1723, pero este no estuvo vinculado con las redes de los Calderón.

La anterior situación cambió con el gobierno del marqués de Castelfuerte y el último priorato del vasco Lorenzo de la Puente. Así, entre 1728 y 1748, es decir, entre la mayordomía de Joseph Tagle Bracho y Gaspar Quijano Velarde, los montañeses dirigieron contundentemente el Consulado. En efecto, del total de cargos posibles en el mencionado intervalo, esta red política ocupó el 60 por ciento de representación; un incremento exponencial al del primer periodo, lo que revela mucho de su empoderamiento y el declive de los de Aránzazu³⁵². De hecho, los montañeses entre 1728 y 1747 dirigieron sucesivamente el gremio; solo el año de 1736 fue la excepción, pues el prior fue Joseph de Urrunaga. Al priorato de Lorenzo de la Puente, le siguió el de Joseph Tagle Bracho, quien dirigió el Comercio entre 1728 y 1732; Isidro Gutiérrez de Cosío fue su sucesor entre 1733 y 1735; Juan López Molero asumió el priorato entre 1737 y 1741; le siguió Juan Antonio Tagle Bracho entre 1742 y 1743; Gabriel Bocangel y Unzueta lideró el Comercio entre 1744 y 1746, y finalmente Mateo de la Vega lo hizo en 1747. Asimismo, Juan Lucas Camacho asistió a diversos personajes de esta

³⁵² AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Consular, Leg. 1, exp. 157, 1729.

investigación como cónsul, pues lo fue entre 1736 y 1743 y más adelante sería prior en 1750 y 1751; Thomas Costa también ocupó el cargo de cónsul entre 1742 y 1746; Pedro Gutiérrez de Cosío hizo lo mismo entre 1744 y 1748, y Francisco Martín de Layseca fue cónsul entre 1747 y 1749.

Cuadro 16

Priores y cónsules del Tribunal del Consulado de Lima, 1728-1751		
Año de elección	Prior	Cónsules
1728	Joseph de Tagle Bracho	Juan Domingo de Orrantia Francisco de Alday
1729 – 1732	Joseph de Tagle Bracho	Francisco de Medas Juan Domingo de Orrantia
1733 - 1735	Isidro Gutiérrez de Cosío	Juan Domingo de Orrantia José Urrunaga Basurto
1736	Joseph de Urrunaga	Juan Lucas Camacho
1737 – 1741	Juan López Molero	Joseph de Urrunaga Juan Lucas Camacho
1742 1743	Juan Antonio de Tagle Bracho	Thomas de Costa Juan Lucas Camacho
1744 1746	Gabriel Bocangel y Unzueta	Thomas de Costa Pedro Gutiérrez de Cosío
1747	Mateo de la Vega	Pedro Gutiérrez de Cosío <i>Francisco Martín de Layseca</i>
1748	Juan Bautista de Belbunce y Velero	Pedro Gutiérrez de Cosío <i>Francisco Martín de Layseca</i>
1749	Juan Bautista Belbunce y Velero	<i>Francisco Martín de Layseca</i> Joseph Nieto de Lara
1750 1751	Juan Lucas Camacho	Joseph Nieto de Lara Pedro del Villar Zubiaur

Dominio de los integrantes de la red montañesa en el Consulado

(Los nombres están resaltados)

Fuente: elaboración propia

De tal forma cuando nuestros personajes fueron mayordomos asumieron al mismo tiempo la dirección del Comercio, reuniendo en una sola figura el capital político, social, relacional y espiritual de la época; fueron los casos de Joseph Tagle Bracho e Isidro Gutiérrez de Cosío. Además, esta labor les fue facilitada por Alonso Serrano de Estrada, importante agente político de la red, quien fue mayordomo de la cofradía entre 1726 y 1738; sucedió al fallecido Ángel Calderón y asistió como comayordomo a los líderes principales de la facción como Ángel Ventura Calderón, y también a los citados Joseph e Isidro, quienes descargaron sus obligaciones en este personaje y pudieron dedicarse con mayor intensidad a sus oficios en el Comercio o a sus empleos en la administración burocrática. Así, Serrano de Estrada mantuvo la estabilidad de la red política mientras internamente se renovaba su núcleo dirigenal o cuando sus principales líderes se embarcaban en empresas más personales.

Parece incuestionable el hecho que los comerciantes de la red montañesa vieron en la cofradía un espacio para sociabilizar y fortalecer algunos lazos que los unían como el origen geográfico, el oficio o la devoción; esto les permitió actuar mejor en situaciones que demandaba demostrar fuerza colectiva como las elecciones para ocupar cargos en el Consulado u otro tipo de acciones organizadas. Sin embargo, el gremio mercantil no fue el único espacio en el cual convivieron los integrantes de la red, pues al igual que en la facción vasca, muchos agentes obtuvieron hábitos de órdenes militares, se congraciaron con el prestigio de sus iguales y elevaron su capital simbólico en rituales pomposos como lo describimos en el anterior apartado. Sin embargo, esta característica no era tan horizontal como en el caso de los de Aránzazu, solo se presentaba entre los integrantes del núcleo líder; por ejemplo, Ángel Calderón e Isidro Gutiérrez de Cosío eran caballeros de Alcántara; Juan Antonio Tagle Bracho, Pedro Velarde y Gaspar Quijano Velarde recibieron el hábito de Calatrava; y Joseph Tagle Bracho y Ángel Ventura Calderón, los más empoderados de todo el grupo montañés, recibieron el hábito de caballeros de Santiago. Si bien tenemos pocas descripciones de estos rituales de ordenación, sí sabemos que *El diario* de Joseph de Contreras de enero de 1701 recogió como noticia la llegada de la cédula que ordenaba a Ángel Calderón como caballero, quien recibió la merced con tanta satisfacción que el mismo día organizó en la iglesia de Nuestra Señora de la Guía la ceremonia en la cual se confirmó su nuevo estatus (Firbas y Rodríguez Garrido 2017: 80).

3.6.1.3. Vínculos comerciales y de intereses

Indudablemente los integrantes de la red montañesa compartieron vínculos comerciales, negocios e intereses comunes. El comercio fue el oficio que les permitió contactarse, ya que como dice Bertrand, los vínculos entre personas se desarrollaron y mantuvieron, sobre todo en el ámbito de la actividad profesional (2011: 243). Al igual que los vascos, todos los jóvenes montañeses que llegaron al virreinato peruano se relacionaron con parientes que se dedicaban al oficio del comercio, aprendían la actividad y luego se encargaban de los negocios. Quizás el ejemplo más representativo pertenezca a Ángel Calderón, quien con una veintena de años llegó en 1690 a Lima para seguir los negocios de su tío Cristóbal Calderón, quien para la época era un acaudalado y prestigioso comerciante; no solo había ejercido puestos de máxima importancia en el Consulado, sino que tenía muy comprometido sus intereses económicos en el situado de Chile, donde vivía uno de sus parientes: Juan Guemes Calderón.

Como dice Armando de Ramón, una serie de mercaderes limeños estuvieron muy interesados en realizar negocios en el reino sureño, pues estaban conscientes de las aprovechables partidas de dinero que llegaban desde Potosí con el fin de comprar mercaderías para los soldados destacados en Chile. Muchos comerciantes aprovecharon la ocasión y enviaron sus productos a crédito, que luego cobraban cuando llegaba la plata del Alto Perú a la

Caja Real en Lima; también delegaron representantes para que instalasen tiendas en lugares estratégicos como Concepción. Así, entre 1680 y 1686, un pequeño grupo de comerciantes, entre los que se incluía Cristóbal Calderón, habían recibido como ganancias 1, 593, 111 pesos, el 86 por ciento del presupuesto destinado al reino sureño (1978: 164). Tanto Ángel Calderón como su sobrino Ángel Ventura continuaron con los negocios en Chile como lo demuestra la relación de deudas que mantenían en aquel reino. Esta compañía comercial se mantuvo gracias a la posición estratégica de algunos socios en Santiago y Panamá, en esta última ciudad residió el mismo Ángel Ventura, quien una vez llegó a Lima en 1718 con diecisiete años, y con el objetivo de aprender del oficio y velar por los negocios familiares, viajó a Tierra Firme con apenas veinte años. Una vez muerto su tío Ángel en 1725, volvió para hacerse cargo de la empresa y fortuna familiar. Esta lógica empresarial entre cohermanos aún puede ubicarse dentro de los vínculos familiares, pues como señala Bertrand, tanto la familia como los amigos también eran contactos económicos (2011: 326). Sin embargo, en este apartado nos interesa, sobre todo, las relaciones económicas y de intereses que mantuvieron los agentes de la red sin tener una explícita o previa vinculación familiar.

La cofradía del Rosario, gracias a su naturaleza de espacio de encuentro, favoreció muchos negocios y transacciones entre los integrantes de la red como ya vimos al inicio de este capítulo. Los recursos y bienes de la cofradía fueron usados por los líderes de la facción para beneficiar y negociar con sus clientes, cohermanos también. Pero al margen de la corporación, y usando sus propios capitales, muchos miembros de la red dedicados al comercio decidieron invertir, prestarse y negociar juntos. Al igual que en la anterior red, podemos apreciar mejor estos vínculos a través de las fuentes de tipo notarial, donde se evidencian las obligaciones de pago, los préstamos e intereses en juego. Por ejemplo, Ángel Calderón otorgó su capital en forma de crédito a muchos cohermanos del Rosario e integrantes de la red; gracias al inventario de sus bienes que Joseph Tagle Bracho y Mateo de la Vegas confeccionaron, sabemos que con el susodicho se adeudaron su sobrino Francisco Guemes Calderón, Francisco de la Maza Bustamante, Miguel Alonso Garcés, Juan López Molero, Pedro de Espino Alvarado, Fernando Gonzáles Salmón y Joseph de Cereceda por las cantidades de 3, 799, 2, 276, 1, 026, 7, 768, 500, 197 y 999 pesos respectivamente. Asimismo, Joseph Tagle recurrió al crédito para aumentar sus intereses, negocios y redes de influencia, por ello, muchos agentes de la red figuraban como sus deudores como Juan López Molero, quien recibió de nuestro personaje 10, 435 y 5, 161 pesos en 1714 y 1722 respectivamente (Turiso 2002: 262).

Isidro Gutiérrez de Cosio también fue una fuente de crédito para muchos cohermanos, sobre todo, para aquellos quienes -durante la época de la preparación de armadas- deseaban iniciar negocios, y por ello demandaban capitales para llevarlos a Tierra Firme; por ejemplo, en 1735 Martín Ortiz de Foronda y Francisco García Álvarez, cohermanos y agentes de la red montañesa, se prestaron de nuestro personaje la suma de 4, 992 pesos; una cantidad no muy alta

debido a que los susodichos no eran comerciantes menores, tenían sus propios capitales; no fue el caso de Pascual de Linares que le debía 30, 000 pesos y Francisco de Celis Linares, quien en 1741 se prestó de nuestro personaje la considerable suma de 64, 800 pesos con intereses del ocho por ciento; una importante cifra que revela la confianza que se le tenía en tanto que, llevar dinero a Tierra Firme siempre implicaba riesgos³⁵³.

No solo los personajes principales mantenían deudas y relaciones económicas con agentes de los estratos medios y bajos de la red, estos últimos también podían interactuar entre sí con los mismos fines. En 1706 Pedro de Murga, quien iniciaba una compañía comercial para llevar mercaderías a Chile, se endeudó con varios sujetos como Domingo Pérez Inclán, quien le prestó 2, 300 pesos, para ello, Murga tuvo que recurrir a los personajes de la red para que le sirvieran de fiadores como Juan Luchas Camacho. Años después, en 1718 le devolvió el favor, pues este último le pidió que uno de sus intermediarios en Santiago le entregase a su hermano 6, 000 pesos que enviaba (Schlupmann 2006: 184)³⁵⁴. Por supuesto, Murga también recurrió a los integrantes de la red con el fin de buscar préstamos. Así, entre 1723 y 1725 se había endeudado con Francisco Tagle Bracho, hermano de Joseph Tagle Bracho, Simón Ruiz Díaz y Bernardo Arce y Bustillo por las cantidades de 5, 600, 6, 650 y 2, 000 pesos respectivamente; el primer monto sujeto a un interés del 1.5 por ciento, y el tercero a ocho por ciento (Schlupmann 2006: 72 y 73). Gracias a las cartas publicadas de Pedro de Murga conocemos que se relacionó con muchos agentes de la red montañesa; por ejemplo, mantuvo muchos negocios con Juan Fernández de Celis³⁵⁵, quien terminó viviendo en Santiago y viajaba constantemente a Buenos Aires para seguir los negocios comunes, sobre todo, los referidos a la compra de las ropas y mercaderías que llegaban a través del contrabando, arriesgando por ello caudales de hasta 10, 000 pesos; también se puso interés en productos como sebo cordobés y trigo chileno que según el propio Murga podían brindar ganancias de hasta 12, 000 pesos. Estos productos tenían que ser trasladados por Fernández de Celis, quien se convirtió en un socio itinerante y estratégico. (Schlupmann 2006: 181; 191, 192).

Asimismo, los cohermanos no solo recurrían a la red para conseguir crédito, hubo muchos otros motivos; por ejemplo, Isidro Gutiérrez de Cosío buscó en la facción una fuente amplia de clientes y dependientes que cumplieran sus propósitos de tipo coactivo; así, en 1725 nombró a Francisco García Álvarez como su apoderado para que en su nombre pudiese demandar, recibir y cobrar las deudas que diversos privados mantienen con él en Recuay³⁵⁶.

³⁵³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 349, 1735, f. 197; Pedro de Espino Alvarado, N° 269, 1725; N° 301, 1741, f. 474

³⁵⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Sánchez Becerra, N° 957, 1706, f. 1531.

³⁵⁵ Natural de Gandarilla en San Vicente de la Barquera; hijo de Pedro Fernández de Celis y María García de la Vega; pasó de Lima a Santiago, donde residió y fue elegido alcalde en 1715; se casó con la limeña Isidora de Reyes, y ambos procrearon a María Fernández de Celis, quien terminó desposándose con Pedro Gutiérrez de Cosío (Sánchez-Concha 2019: 609).

³⁵⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Baltasar de Soria, N° 984, 1725, f. 580.

Antonio Calderón, sobrino de Ángel Calderón, también requirió podatarios entre los cohermanos del Rosario, por ello cuando en 1725 viajó a Panamá, con tal de no descuidar sus asuntos, dejó en manos de Roque de Ribero, Sebastián de la Villa y Bartolomé de Cereceda el cobro y recepción de bienes pendientes que estaban estipulados en muchas cartas de pago de la época. Testigo de esta disposición fue nuestro Isidro Gutiérrez³⁵⁷. A su vez, también se podía aprovechar los recursos y bienes de los cohermanos para conseguir un favor inmediato. Como dijimos en el anterior apartado, este tipo de relaciones económicas eran mucho más pragmáticas, interesadas y cortas. Los involucrados siempre estaban pendientes del favor que pudiesen recibir. Así, en 1718, Pedro de Murga aprovechó la salida del navío *Margarita* de propiedad de Pedro Velarde, y envió a Chile un cajón de 6, 000 pesos cuyo socio debía aprovechar; y durante la armada de 1722, el mismo Murga estaba en negociaciones con Joseph Tagle Bracho para enviar sus caudales en el navío *Santiago*, donde el susodicho había juntado un capital de 60, 000 pesos junto a su hermano Francisco. Tanto Murga como Tagle Bracho eran cohermanos y pertenecían a la misma red política, razón por la cual esta no fue la primera vez que se relacionaban económicamente, de hecho, en 1718 el primero ya reconocía los negocios que mantuvo con el segundo, así dijo: “[...] que no echo en olvido el negocio de Baladies que Tagle ha reclamado y le tengo a derecho” (Schlupmann 2006: 178-179, 197 y 260).

Los agentes de la red aprovechaban todos los espacios posibles para realizar negocios; por ejemplo, Isidro Gutiérrez de Cosío, gracias a su posición privilegiada en el comercio, logró beneficiar a muchos de los agentes de la red; así, en 1725 fue designado para realizar un remate de las mercaderías de una fragata decomisada llamada Nuestra Señora de las Reyes, y gracias a este oficio, logró que Fernando Gonzales Salmón consiguiese obtener géneros por el valor de 2, 898 pesos, uno de los más beneficiados³⁵⁸. Por otro lado, sabemos que Isidro Gutiérrez, al inicio de su carrera, fue un agente muy activo en el mar, pues a comienzos del siglo XVIII, y con tan solo veinticinco años, transportaba mercaderías entre España, Francia y las Indias. Tenemos constancia que estuvo en la península en 1707, 1716 y 1721 respectivamente, pues en estas fechas realizó negocios colectivos y particulares; en el primer año llevó mercaderías y se encargó de los bienes de Diego Esperaza y una cantidad de 10, 595 pesos que trasladó por encargo de Joseph de Angulo; en 1715 partió para España llevando los caudales de Gaspar de Iturre; compró mercaderías y logró negociar y obtener un corregimiento; y en 1721 también estuvo en Cádiz, desde donde gestionó el transporte de mercaderías a América³⁵⁹.

Así, en esta época, Isidro Gutiérrez era un agente itinerante, por lo que no era raro encontrarlo viajando en los navíos, realizando personalmente las transacciones comerciales y

³⁵⁷ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 270, 1725, f. 1103 y 1110.

³⁵⁸ AGN, Tribunal del Consulado, GO4, Leg. 28, Exp. 67, 1723.

³⁵⁹ AGI, Casa de Contratación, N° 5461, N° 2, R. 43, 1721.

trasladándose a las mismas ferias de Portobelo, cuya importancia en la dinámica socioeconómica lo obligó a que se presentara directamente, aunque ya tuviera un prestigio y riqueza ganados. Por ejemplo, sabemos que viajó a Panamá en las ferias de Portobelo de 1722 y 1726, solo en esta última había llevado la considerable cantidad de 524, 124 pesos para comprar mercaderías, una de las sumas más altas de la época. En la misma feria, Ángel Ventura Calderón también llevó un gran caudal de 314, 288 pesos. Estos viajes comunes fortalecieron los vínculos que mantuvieron los personajes de la red, y los capitales que manejaban indicaban su riqueza y envidiable posición, pues otros comerciantes de la época como Juan Caballero, socio de Ángel Ventura, solo pudo llevar 26, 400 pesos³⁶⁰. Asimismo, muchos comerciantes de su misma posición económica o de los sectores medios de la red podían solicitarle favores puntuales, por ejemplo, durante los preparativos de la armada de 1722, Juan Fernández de Celis le pidió a su socio Diego Durán que en la armada de ese año busque a nuestro Gutiérrez de Cosío y le pida unos papeles que entonces llevaba (Schlupmann 2006: 253).

La organización de las ferias de 1726 y 1731 fueron oportunidades provechosas no solo para llevar los caudales propios, sino también para asociarse con otros agentes de la red, y llevar un capital mancomunado, incluso, también podían transportarse y hacerse cargo del dinero de privados que deseaban comprar mercaderías para insertarlas en el mercado interno, aunque otros solo daban su dinero como una operación financiera en la que costeaban los negocios de nuestros personajes a cambio de la devolución íntegra de la suma más intereses. Por ejemplo, una vez que el marqués de Castelfuerte demostró su disposición por garantizar una nueva feria de Portobelo, los comerciantes desde 1730 empezaron a pactar sus negocios. En aquel año, Isidro Gutiérrez de Cosío se asoció con Antonio Ruíz de la Vega, cohermano del Rosario, y juntos llevaron los caudales de varios privados como los 3, 600 pesos de Ana de Rosas³⁶¹.

Efectivamente, durante los preparativos para la feria de 1731, Isidro Gutiérrez de Cosío estuvo muy activo en la organización y recaudación de caudales, aunque al parecer ya no viajó directamente, esta actividad se la dejó a los integrantes de la red con quienes se asoció; por ejemplo, Martín Dulce y Armas en su libro de cuentas indicaba que llevó los caudales de varios privados a Panamá con el fin de comprar mercaderías. Entre todos sus negocios, sobresalen las mercaderías que compró por orden de Isidro, entre los que se encontraba una serie de baretas por el monto de 1, 470 pesos y 4 reales; también declaró que debía entregarle otros montos por una serie de bienes como sombreros y bayetas, de tal forma que Dulce y Armas estaba endeudado por 657 pesos. Asimismo, tuvo negocios similares con Juan Antonio Tagle Bracho, a quien compró varias piezas de ropa y cuerda. No obstante, la naturaleza intermediaria de Martín

³⁶⁰ AGN, Tribunal del Consulado, GR1, Leg. 122 Exp. 698, 1730.

³⁶¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 340, 1730, 1340v.

Dulce, este también tenía intereses y decidió gestionar sus propias operaciones, para lo cual recurrió a varios financistas como Pedro Gutiérrez de Cosio, quien le prestó alguna cantidad³⁶².

En esta misma armada de 1731, Isidro Gutiérrez de Cosio se asoció con Juan Antonio Tagle Bracho y juntos llevaron un caudal que excedía los 800, 000 pesos, que tenía como objetivo comprar a los galeonistas la mayor cantidad de mercaderías a precios rebajados (Lamikis 2007: 238-239). En ese mismo año, otros integrantes de la red llevaron también sumas de considerable valor como los 342, 820 pesos de Joseph Tagle Bracho; Ángel Ventura Calderón embarcó 314, 288 pesos, Roque de Ribero hizo lo propio con 172, 292 pesos, y Francisco Tagle Bracho llevó 103, 320 pesos. En total participaron 18 cántabros, quienes fueron parte del grupo que más caudal llevó a la feria, lo que dice mucho de su posición socioeconómica en la estructura limeña y el empoderamiento de su red política, que para ese año controlaba no solo la cofradía del Rosario sino también el Consulado, pues el prior de la época era el mismo Joseph Tagle Bracho (Sánchez-Concha 2019: 203).

Volviendo a las relaciones entre Isidro Gutiérrez y Juan Antonio Tagle, al parecer ambos estaban muy vinculados gracias a los comunes albaceazgos en los que participaban, por ejemplo, en 1730 tuvieron que encargarse de los bienes de Antonio de Estrada Nava, quien viajaba a España; y lo mismo hicieron en 1741 con los bienes de Simón Ruiz Díaz. Asimismo, cuando Alonso Serrano de Estrada era el protagonista en este tipo de obligaciones como la elaboración del inventario del fallecido Juan de Barbosa, tuvo que recurrir a Isidro Gutiérrez de Cosio como garante y testigo del proceso³⁶³. También está comprobada la existencia de intereses comunes entre Ángel Calderón y Joseph Tagle Bracho, quienes estaban asociados en el negocio de importación de mercaderías desde Castilla (Sánchez-Concha 1996: 292). De hecho, en esta sociedad Isidro Gutiérrez también tenía un papel, pues en 1713 -cuando nuestro personaje aún era comerciante itinerante- recibió poder de los primeros para mantener los negocios en Tierra Firme, comprar mercaderías y traerlas a Lima, para lo cual recibió los caudales necesarios para tales operaciones. Testigo de estos compromisos eran Pedro de Espino Alvarado y Roque Medrano, miembros activos y dependientes de la red³⁶⁴.

Quizás una de las empresas comerciales más importantes elaboradas en mancomún acuerdo por los montañeses fue la compañía de corso que prepararon en 1725 con el objetivo de detener las expediciones de piratas; los principales animadores de tal acción fueron Ángel Calderón Santibáñez y Joseph Tagle Bracho. Dada la importancia de este evento, nos detendremos con mucho mayor detalle en el siguiente capítulo, por ahora basta con mencionar que a la campaña se unieron una serie de clientes y cohermanos de la red montañesa, quienes al igual que los dos líderes mencionados, comprometieron sus caudales. Tuvieron éxito, pues

³⁶² AGN, Tribunal del Consulado, Judicial/ Cuenta de mercaderes, Leg. 247, Exp. 22, 1730-1736.

³⁶³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Salvador G. de Portanza, N° 880, 1730, 888v; Pedro de Espino Alvarado, N° 301, 1741, f. 528; Francisco Estacio Meléndez, N° 340, 1730, f. 1148

³⁶⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 248, 1713, f. 611.

capturaron un barco cuyas riquezas debían ser repartidas entre todos los socios. Seis años después del suceso, Joseph Tagle Bracho, Ángel Ventura Calderón -en representación de su fallecido tío-, Juan Antonio Tagle Bracho, Mateo de la Vega y Francisco García Álvarez enviaron a España una serie de representantes para que negociasen ante el Consejo de Indias el cobro del reparto del navío *San Luis*; para tal efecto, dieron su poder a una serie de personajes que viajaban a España o ya vivían en la península como Roque de Ribero (Sánchez-Concha 2019: 391). El nombramiento de un personaje como Ribero que pertenecía a las clientelas de Calderón y era un agente activo de la facción montañesa demuestra hasta qué punto los negocios entre estos cohermanos estaban muy comprometidos.

Al igual que en la red vasca, para los montañeses era necesario contar con notarios y escribanos de confianza que pudiesen asegurar la confidencialidad de sus negocios. En este grupo, los escribanos también eran dependientes del poder de las élites locales articuladas en el Rosario, pero -a diferencia de los que trabajaban con los agentes de Aránzazu- en esta facción adquirieron mayor notoriedad, incluso, consiguieron vincularse con las familias del grupo. ¿Por qué? Sucede que los Estacio Meléndez al no ser vascos no se congregaron en Aránzazu, por lo que su grado de vinculación con los agentes de aquella red fue más limitado; en cambio, el Rosario -al no tener exclusividad regional- sí permitió que muchos escribanos se congregaran, aunque siempre con el fin de servir a la cofradía y ello les permitió mayor grado de cercanía con los grupos altos e intermedios de la red montañesa vinculándose con los intereses en juego. Como señala Burns, el escribano fue un tipo de “ventrílocuo” que podía dar una voz oficial a los comerciantes en tanto conocía las formas legales a través de las cuales se podían llevar a cabo negocios como las transacciones de una propiedad, los préstamos, la entrega de dotes, la realización de un testamento y el nombramiento de albaceas y podatarios, incluso, podían presentar testimonios durante las demandas judiciales. Como añade la autora, quizás las personas de la época sabían leer, escribir y enviar cartas, pero no podían producir con sus propias manos documentos de esa naturaleza, necesitaban de escribanos, de ahí su importancia como mediadores (2010: 3). Además, los escribanos fueron piezas esenciales en las redes políticas en tanto guardaban información de sus clientes y tenían diversos testimonios de sus actividades personales, económicas y judiciales; de tal forma que era conveniente incluir a estos personajes en la red para asegurar su lealtad.

En el Rosario se inscribieron varios escribanos, la mayoría fueron admitidos con el objetivo de servir a la congregación a través del registro de las actas de reuniones; con ese propósito se les permitió el ingreso a Pedro Pérez de Landero, Gregorio de Urtazo o Pedro de Ojeda. Los dos primeros fueron los principales notarios antes de la dominación montañesa, pero una vez el grupo de los Calderón hegemonizó la corporación, la escribanía pasó principalmente a manos de Pedro de Espino Alvarado, quien ingresó como hermano 24 en los primeros años del siglo XVIII. Este personaje fue uno de los tantos escribanos que participó en las redes políticas

del momento; consiguió ser pieza clave de los negocios comerciales de sus cohermanos a través de las escrituras notariales donde se consignaban la transmisión de las propiedades. Como dice Wasserman, los hombres del comercio, debido a sus actividades, recurrieron a estos profesionales por la seguridad que transmitía los registros notariales (2016: 204). Pedro de Espino tuvo una actividad muy prolífica, pues entre 1710 y 1747 llegó a generar hasta 61 protocolos notariales, lo que demuestra que fue uno de los preferidos por la élite limeña; por ello, fue incluido rápidamente en la red iniciada por los Calderón, situación favorecida por compartir el mismo espacio de sociabilidad y encuentro, la cofradía

Cuadro 17

Escribanos de Nuestra Señora del Rosario, 1695-1750	
Pedro Pérez de Landero	1695-1704
Gregorio de Urtazo	1701-1719
Antonio Fernández Montaña	1710-1715
Felipe Gómez de Arévalo	1715-1718
Gregorio de Uceda	1717
Pedro de Espino Alvarado	1717-1742
Pedro de Ojeda	1727-1745
Sebastián de Uceda	1736
Marcos de Uceda	1737-1747
Francisco Roldán	1747-1750

Fuente: elaboración propia basada en AHBPL, Libro 055.

Así, una vez que Pedro de Espino recibió el aval de la red montañesa en torno a 1717, comenzó a trabajar con varios integrantes de la facción; desde 1719 ya aparece como el escribano favorito de los grupos medios de la cofradía, a quienes ayudó en sus testamentos o extensiones de poder, por ejemplo, trabajó estas escrituras con Francisco de Tagle Bracho, Bernardo de Arce, Antonio Calderón, Francisco de Celis, Sebastián de la Villa, Roque de Ribero y Bartolomé de Cereceda. Más adelante, este personaje sería recurrente en la realización de inventarios como los que Mateo de la Vega y Joseph Tagle Bracho prepararon sobre los bienes de Ángel Calderón; fue testigo de muchas obligaciones de pago que los miembros de la red mantenían con Isidro Gutiérrez de Cosío así como de sus respectivas cancelaciones; también actuó en la confección de los registros de deudas y préstamos de Martín Dulce y Armas; y asistió a Joseph Tagle Bracho en sus muchas transacciones comerciales; incluso, registró notarialmente la compra de un navío a plazos por parte de Juan López Molero en 1721. En estas circunstancias de evidente favoritismo, Pedro de Espino fue requerido para reflejar las últimas

voluntades de sus cohermanos y señores, y entre 1724 y 1739 preparó los testamentos de varios integrantes de la red como Ángel Calderón, Ángel Ventura Calderón, Isidro Gutiérrez de Cosío, Pedro Gutiérrez de Cosío, Alonso Serrano de Estrada, los hermanos Joseph y Francisco de Tagle Bracho, Sebastián de la Villa, Francisco de Celis, Bernardo de Arce y Mateo de la Vega (Sánchez-Concha 2019: 541, 565, 790, 808)³⁶⁵. Asimismo, debió ser de interés el hecho que entre 1718 y 1720 haya participado -como escribano público- en el juico de residencia al Príncipe de Santo Buono, proceso en el cual Ángel Calderón Santibáñez, su acreedor como vimos líneas arriba, estaba algo comprometido debido a sus contactos con el cortesano Josep de Potau³⁶⁶.

3.6.1.4. Vínculos de amistad y parentesco

Uno de los vínculos más poderosos que hicieron posible la permanencia, duración y extensión de la red fue la amistad, que no era un sentimiento abstracto o un ideal, sino una relación efectiva que se demostraba con hechos concretos. En las relaciones de amistad estaban en juego intereses y favores mutuos, lo cual era importante para las transacciones económicas, pues fiadores, acreedores o socios esperaban tener privilegios, consideraciones y un trato preferencial en estas operaciones (Bertrand 2011: 301). En la red montañesa encontramos dos planos relacionales de amistad, aquella que tuvo un fuerte componente familiar y se daba entre los miembros líderes de la facción; y una que tuvo un halo más vertical cuya base más interesada se debía a que un amigo era jerárquicamente superior a otro. Comentaremos sobre esto cuando trabajemos la estructura de esta red.

Encontramos la amistad en fuentes de diversos tipos, una de las más explícitas pero fragmentarias y difíciles de ubicar es la correspondencia; en ella se declara textualmente la amistad como un vínculo que unía a dos personas; el contenido de esa relación, en su mayoría de veces, era interesada y se basaba en los negocios, pero no por ello fue menos real. Recordemos que la amistad en la época era eso, un lazo en el cual los favores se intercambiaban. Por ejemplo, en 1719 Pedro de Murga escribió a su socio Diego Durán en Chile, y dijo lo siguiente: “Al amigo don Juan Fernández dirá V.G. que recibí su carta y que responderé en otra ocasión y que a tal le tuve entregado 7 mil pesos”; años después, en una carta a Juan de Bautinza, también residente en el reino sureño, se siguió expresando en los mismos términos “Nuestro amigo don Juan Fernández de Celis con la amistad que tenemos recibió de mi cuenta en Santiago cinco mil pesos que pronto tenía para traer en mi navío San Joseph” (Schlupmann 2006: 212 y 248). “Amistad” o “amigo” no eran palabras retóricas sin contenido,

³⁶⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 267, 1724, f. 82; N° 270, 1725, f. 1101; N° 302, 1742, 417v; N° 299, 1739, 771v.

³⁶⁶ AGN, Real Audiencia, Juicio de residencia, Leg. 38, Exp. 112, 1720, 16v-84v.

eran parte del lenguaje clientelar al que se apelaba dependiendo de con quien se comunicara. Murga mencionó a muchos comerciantes, a pocos les dio la etiqueta de amigos, lo cual revela que este término era una categoría con la cual clasificar a las personas, por ejemplo, a Juan Bautista de Palacios, en ese momento alcalde, no le puso ningún adjetivo “cariñoso” o cortés, más bien en sus palabras se evidenciaba ciertas críticas al comerciante vasco que pertenecía a otra red. ¿Cuál era el criterio para ser un amigo? Elementos esenciales de la amistad fueron la duración de la misma y los intereses puestos en juego. Como vimos, Murga y Celis eran amigos ante todo porque compartían negocios.

En 1732 Juan Antonio Tagle Bracho también mencionaba a “sus amigos”; por ello dijo en una carta enviada a un pariente en España: “[...] Todos los tíos y parientes me hacen la puente de plata y no saben qué hacerse conmigo [...] Yo corro con grande amistad y estrechez con todos ellos, sin acordarles nada de esto” ¿A qué se refería? Al parecer, el susodicho tuvo una actitud económicamente negligente al inicio de su carrera en América, muy dispuesto al juego y a “correr riesgos”, perdió el favor de sus familiares y amigos, incluso, su tío Gaspar de Mier le dejó 8, 000 pesos para que los emplease y saliese de su ruina, pero quien cuidaba dicho capital era Isidro Gutiérrez de Cosío, quien se negó a dárselos indicando que no quería arriesgarlos. Juan Antonio reconoce que “quizás habrá sido mejor y estoy muy gustoso con lo sucedido”, pues una vez volvió de Potosí con fortuna, se ganó el respeto de su círculo social y fue admitido en la red montañesa (Guerrero y Tarrago 2012: 259). Juan Antonio mantuvo negocios y buenas relaciones con Gutiérrez de Cosío a quien ya conocía desde 1711 cuando pidió a sus familiares en España que si necesitaban comunicarse con él le escribiesen al mencionado, más adelante dijo sobre nuestro comerciante: “El primero que me celebra hoy es nuestro Isidro Cosío, que es el que fue a decir a esa tierra que yo estaba perdido y que yo era un pícaro jugador” (Guerín 1962 29-30). Evidentemente, como se ha señalado en otros momentos, la red no estaba libre de conflictos y pugnas, hubo tantas amistades como enfrentamientos y posteriores reconciliaciones, sin embargo, el anterior caso evidencia que la amistad no era un lazo basado en sentimientos abstractos, sino estaba movido por el interés real, y uno podía ser amigo o dejar de serlo en relación a las calidades personales de los implicados. Así, Juan Antonio Tagle Bracho viajó a las “serranías” para hacer riqueza luego de su desastrosa estadía en Lima, una vez tuvo éxito volvió a la capital y consiguió el favor y “amistad” de todos sus antiguos amigos y familiares.

Las fuentes notariales también evidencian la amistad, pues actuar como testigo de transacciones económicas, obligaciones de pago, cartas de poder o testamentos eran señales de confianza, uno de los elementos más importantes que sostenían una relación amical. Los agentes de la red montañesa tenían una abrumadora presencia en estos documentos generados por sus cohermanos, líderes, socios y amigos. Por ejemplo, en el testamento de Ángel Calderón de 1724 se nombró como albaceas de sus bienes a Pedro Velarde Liaño y Joseph Tagle Bracho, quienes

debían encargarse de la voluntad del susodicho hasta que llegase desde Panamá Ángel Ventura, el sobrino natural y el joven heredero de la red política. Los vínculos de amistad entre estos personajes son fáciles de rastrear y se encuentran en todas sus actividades notariales y corporativas; ellos fueron jóvenes amigos de Ángel Calderón, quien los promocionó en la cofradía. Como vimos, cuando en 1720 Calderón era mayordomo consiguió que Pedro y Joseph fueran admitidos como hermanos 24 del Rosario, su principal espacio de sociabilidad³⁶⁷. No tardaron en ascender internamente y conseguir puestos de importancia en la congregación entre 1726 y 1730. Asimismo, Ángel nombró a otros dos albaceas sustitutos, quienes fueron Fernando Gonzáles Salmón y Matheo de la Vega, el primero cohermano del Rosario y ambos miembros activos de la red. Todos se conocían muy bien y se guardaban mucha estima. Finalmente, actuaron como testigos del testamento de Ángel Calderón otros miembros de la red como Joseph del Solar, Francisco Guemes Calderón, Roque Medrano, Bartolomé de Cereceda y Miguel Alonso Garcés³⁶⁸.

Francisco Guemes Calderón y Joseph del Solar también fueron amigos de Ángel Calderón, quien los patrocinó como hermanos 24 del Rosario en 1722 y 1723 respectivamente; al igual que en los anteriores casos, ambos consiguieron puestos de importancia como diputados entre 1724 y 1732, años en los cuales asistieron a las mayordomías de los otros líderes de la red como Fernando Gonzáles Salmón, Joseph Tagle Bracho, Ángel Ventura Calderón e Isidro Gutiérrez de Cosío³⁶⁹. A su vez, Guemes Calderón, Joseph del Solar y Roque Medrano ya conocían, por lo menos desde 1720 a Calderón, pues cuando este hizo un previo testamento los nombró albaceas junto al presbítero Miguel Alonso Garcés³⁷⁰. Este último personaje llegó a convertirse en abogado de la Real Audiencia e ingresó al Rosario en 1726 bajo la mayordomía de Alonso Serrano de Estrada, otro agente de la red, pero ya conocía previamente a Ángel, por ello este lo nombró albacea sucesivamente en 1720 y 1721³⁷¹. Un nuevo testamento de Ángel Calderón en 1725 confirma la importancia de Matheo de la Vega como miembro activo de la red, pues junto a Joseph Tagle Bracho prepararon la tasación de bienes del ya difunto líder montañés³⁷². Sabemos que las jornadas fueron extenuantes y se hicieron varios inventarios en diferentes días; la persistencia de los dos personajes señalados ante estas operaciones demuestra el profundo respeto que mantenían con el fallecido. Por supuesto, no hay que olvidar que todas estas operaciones se hicieron con la asistencia de Pedro de Espino Alvarado como escribano efectivo del grupo.

³⁶⁷ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 055.

³⁶⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 267, 1724, f. 82.

³⁶⁹ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 055.

³⁷⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 259, 1720, f. 23.

³⁷¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 262, 1721, f. 722.

³⁷² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 269, 1725, f. 82.

Ángel Ventura Calderón, una vez enterado de la muerte de su tío, volvió a Lima para reclamar su herencia y posición en la red política; no tuvo dificultades, pues antes de viajar a Panamá ya conocía a sus integrantes. En efecto, el susodicho era amigo y pariente de Francisco Guemes Calderón, no obstante, la diferencia de edad, pues el segundo era mucho mayor que él; de hecho, este último en 1704 realizó su testamento y nombró como albacea a Ángel Calderón mientras Ángel Ventura solo tenía tres años; en cualquier caso, en 1722 ingresaron juntos al Rosario como hermanos 24. Los otros dos amigos del joven Calderón fueron el citado Joseph del Solar y Antonio Calderón, agentes de la red y cohermanos, solo el segundo ingresó como hermano 24 bajo la mayordomía de Fernando Gonzáles Salmón. Cuando Ángel Ventura viajó a Panamá, nombró como albaceas a los mencionados Joseph y Antonio; este último le devolvió la confianza, pues en 1725 lo nombró poseedor de sus propiedades³⁷³. Asimismo, durante las ferias en Panamá, se tenía que tener personas de confianza que asegurasen los bienes y caudales en caso uno falleciese, por ello el joven Calderón nombró como albaceas a sus amigos Pedro de Velarde Liaño y Bernardo de Arce, también miembros de la red (Sánchez-Concha 2019: 564).

Por otro lado, Antonio Calderón e Isidro Gutiérrez también eran amigos de confianza, ya que continuamente actuaban como testigos en las cartas de poder que entregaban a diversos clientes. Como vimos, Gutiérrez de Cosío también mantuvo amistad con los Tagle Bracho. En efecto, Isidro, Joseph y Juan Antonio Tagle Bracho compartían mucho en común; pues el Consulado y la cofradía del Rosario les permitieron interrelacionarse, conocerse, socializar, coordinar y planear; incluso, en 1735 Juan Antonio declararía en una carta que lo unía una afectuosa relación con Isidro “[...] esto es, que con dicho don Isidro nos vemos los más días y corremos con grande amistad y estrechez” (Guerín 1962: 38). Las relaciones amicales entre Joseph y Juan Antonio también existían no solo por el vínculo familiar, sino por los intereses comunes en perpetuar el linaje; por ello, las cartas del segundo declaraban que ambos estaban a gusto y complacidos con Tadeo Tagle Bracho, hijo mayor de Joseph, quien había viajado a Cantabria a conocer “nuestro rincón de nuestra Patria” (Guerín 1962: 44). De esta forma, los vínculos que unían a estos personajes los llevó a declararse mutuamente podatarios y albaceas; por ejemplo, en 1738 Joseph Tagle Bracho nombró como albacea a Isidro, y este en 1742 hizo lo mismo con Juan Antonio (Rosa Siles 1995: 359). Estos comerciantes, gracias a las redes políticas iniciadas por Ángel Calderón, pudieron ascender socialmente en grupo, pues con el apoyo de los diversos agentes de la red pudieron dirigir el Comercio, ya que sus labores como mayordomos y priores fueron simultaneas.

Cuando Joseph murió, el efectivo encargado de realizar los trámites del testamento fue su sobrino Juan Antonio quien en 1744 le escribió a su hermano declarando que en él habían recaído todos los negocios familiares, dijo: “[...] te podrá decir el afán de cuidados con que me

³⁷³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 270, 1725, f. 1101.

hallo, por haber recaído sobre mí todos los que penden de la casa de nuestro tío, el Marqués de Torre Tagle” (Guerín 1962: 54). Hubo más vinculaciones a través de los albaceazgos dentro de la facción; por ejemplo, Isidro Gutiérrez de Cosío designó como albaceas a Thomas Costa, cónsul del Comercio aquel año y a Pascual Linares³⁷⁴. Asimismo, Pedro Gutiérrez nombró a Juan Antonio Tagle Bracho como albacea en 1739, y en 1754 haría lo propio con Nicolás Tagle Bracho, heredero del anterior; su otro albacea fue su yerno Gerónimo de Ángulo, esposo de su hija Rosa, quien en 1754 y 1755 fue prior del Consulado³⁷⁵. Este mismo Gerónimo fue albacea y heredero de Francisco García Álvarez, otro agente de la red; incluso, este le encomendaría llevar un caudal a su pueblo de origen. Estas relaciones se repetían entre los integrantes de los grupos medios de la red; por ejemplo, en 1715 Mateo de la Vega se convirtió en albacea de Francisco Sierralta; a su vez, el primero solo cuatro años después ya figuraba como uno de los albaceas de los bienes de Bernardo de Arce; en 1722 Juan López Molero nombró como albacea a Alonso Serrano de Estrada; Francisco de Tagle Bracho también designó como albacea a su hermano Joseph Tagle Bracho, y cuando en 1722 viajó a la feria de Portobelo le encargó sus bienes al citado Mateo de la Vega; en 1726, y ante una nueva feria, Sebastián de la Villa nombró como heredero universal a su tío Bartolomé de Cereceda, y en caso falleciese en Panamá, el encargado de sus bienes sería Ángel Ventura Calderón; en 1736 Francisco de Celis nombró como albacea a nuestro Isidro Gutiérrez de Cosío; y en 1745 Roque de Ribero nombró como heredero a Gerónimo de Angulo.

La amistad que unía a los integrantes de la red también fue fundamental para otro tipo de operaciones como la confirmación de hidalguía o las pretensiones de órdenes militares donde era fundamental contar con testigos que argumentasen esas pretensiones; por ejemplo, en 1722 los hermanos Juan y Pedro de Arce Bustillos presentaron como testigos de su nobleza a sus cohermanos Ángel Calderón Santibáñez y Francisco Guemes Calderón; y al año siguiente, con los mismos propósitos, Fernando Gonzáles Salmón requirió la ayuda de Pedro Velarde Liaño, Ángel Calderón, Ángel Ventura Calderón y Francisco Guemes (Sánchez-Concha 2019: 399). También Juan Antonio Tagle Bracho confió en Roque de Ribero, otro agente de la red, para que este negociara, iniciara y siguiera un expediente en Madrid por el cual pedía el hábito de una orden militar; con ese objetivo, le entregó poder y cierto caudal para que lo usase a discreción. No sabemos cuánto fue, pero en 1744 Ribero ya había gastado en las negociaciones 1, 000 pesos más de lo usado en las solicitudes de Pedro de Velarde y Ángel Calderón, a las que Tagle Bracho tenía pleno conocimiento como expresó en una de sus cartas enviadas a su hermano (Guerín 1962: 33 y 41).

Por supuesto, no solo la amistad fue fundamental para que la red funcionara, también hubo relaciones familiares. La mayoría de los agentes de la red no dudaron en integrar a sus

³⁷⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 302, 1742, 417v.

³⁷⁵ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1005, 1754, f. 200.

parientes (sobrinos o primos) a través de los negocios y el culto común. Así, de entre todos los cohermanos de la facción montañesa, sabemos que parientes de sangre eran Ángel Calderón y sus sobrinos Ángel Ventura Calderón y Francisco Guemes Calderón; los hermanos Joseph y Francisco Tagle Bracho y su sobrino Juan Antonio Tagle Bracho; Isidro Gutiérrez de Cosio y su sobrino Pedro Gutiérrez de Cosio; Pedro Velarde Liaño y su sobrino Gaspar Quijano Velarde; asimismo; Domingo, Fernando y José Gonzales Salmón eran primos; Bartolomé de Cereceda era tío de Bartolomé y Sebastián de la Villa y Cereceda; Bartolomé y Andrés de Torre Montellano eran hermanos; entre otros casos (Sánchez-Concha 2019: 107). Asimismo, Joseph de Tagle Bracho decidió extender la influencia de su familia en la cofradía, razón por la cual logró que los hermanos del Rosario decidieran que ningún descendiente del susodicho pagase limosna de entrada; en cambio, siempre contarían con la inscripción abierta; esta medida permitió que el linaje se mantuviera en la cofradía; por ello, José de Tagle Bracho, oidor de la Audiencia de la Plata e hijo de nuestro personaje, declaró en 1741 que deseaba ser enterrado en la bóveda del Rosario, pues era hermano 24³⁷⁶.

Los lazos familiares eran compromisos que el joven migrante adquiría desde su temprana juventud. Como adelantamos, era usual que los montañeses afincados en una ciudad demandasen la presencia de un sobrino o familiar a quien daban cobijo y lo promovían en el oficio; así sucedió con Cristóbal, quien brindó hogar a Ángel que llegó “muy joven”, y este último hizo lo mismo con su sobrino Ángel Ventura, que llegó a los diecisiete años, ambos fueron declarados herederos universales de sus respectivos tíos, quienes no se casaron ni tuvieron descendencia. Sucedió lo mismo con Pedro Gutiérrez de Cosio, quien fue “mandado a traer” por Isidro y, ante la falta de hijos varones y legítimos de este, terminó heredándolo. Esta era una costumbre común entre los montañeses, quienes favorecían a sus sobrinos de sangre; gracias a esta circunstancia Pedro llegó a Lima, pues no era usual hacer un viaje si antes no había un familiar de una generación anterior ya afincado, pues esto facilitaba la inserción en la sociedad (Sánchez-Concha 1996: 292). Por otro lado, Francisco Sánchez de Tagle y Velarde era un montañés nacido a mediados del siglo XVII que llegó a Lima y logró tener éxito como comerciante, se estableció en Huaura donde se casó con Josefa Hidalgo, fue este quien recibió a sus dos parientes Joseph y Francisco de Tagle Bracho una vez ambos llegaron a Lima desde Chile (Sánchez-Concha 2019: 350).

Los vínculos familiares también eran importantes porque ofrecían un seguro a las actividades económicas, ya que como dice Sánchez-Concha, los montañeses extendieron redes económicas sobre la base del paisanaje y la familia. Por ejemplo, Joseph Tagle Bracho colocó mercaderías por todo el virreinato peruano y se valió de los arrieros cuzqueños, que cubrían todo el camino desde el sur andino hasta Tucumán, para ello, empleó las influencias de sus

³⁷⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 301, 1741, f. 494.

parientes Francisco Antonio Bracho Bustamante y Francisco Sánchez de Tagle, este último su cuñado. Joseph Tagle Bracho y su sobrino Juan Antonio también recurrieron a su primo Simón de Tagle Bracho³⁷⁷, quien vivía en Buenos Aires y llegó a convertirse en un agente estratégico de sus parientes, ya que desde ese puerto podía adquirir las baratas mercancías que llegaban por contrabando francés e inglés; y a su vez, los ayudó en el negocio de hierba mate de Paraguay (Sánchez-Concha 2019: 107 y 204).

La asociación comercial más cohesionada fue la de Isidro Gutiérrez de Cosío, Joseph y Juan Antonio Tagle Bracho; ellos aprovecharon las ocasiones de las armadas del marqués de Villagarcía para juntar caudales de privados y llevarlos a Tierra Firme con el fin de comprar mercaderías y trasladarlas a Lima, operaciones hechas probablemente por agentes jóvenes como Pedro Gutiérrez, quien ya estaba en la capital y viajaba a Panamá por esos años. Así, en 1739 firmaron varios compromisos de deudas ante Juan Lorenzo Gonzales, quien dio 11, 640 pesos; Manuel Santos aportó con un capital de 13, 530 pesos; Pedro Jacobo Pérez dio 39, 618 pesos; y el conde de Castilejo apenas 1, 840 pesos. Los caudales más importantes provenían de vecinos de Arequipa, lo que puede indicar que nuestros comerciantes aprovechaban su envidiable posición en Lima, sus contactos, navíos, bodegas y consignatarios para convencer a los privados sureños de encomendarles sus capitales; lo mismo sucedía con las inversiones de religiosas como las monjas de velo negro del monasterio de la Concepción, quienes a pesar de su condición y estatus no dudaron en prestar o participar de los negocios que generaban las armadas; por ello, Lorenza Fuentes dio hasta 9, 600 pesos a nuestros personajes³⁷⁸.

Los negocios de Joseph y Juan Antonio Tagle Bracho también eran muy corrientes; muchas veces el segundo se encargaba de los asuntos comerciales del primero; en otras situaciones, ambos de forma conjunta recurrían a otros agentes; por ejemplo, en 1730 le dieron su poder a su primo Simón Tagle Bracho para que se prestara 30, 000 pesos de cualquier persona con la finalidad de obtener el asiento de negros de Buenos Aires, negocio auspiciado por la corona inglesa; una situación un tanto sospechosa que debió ser objeto de sumo cuidado, por ello los documentos notariales de confianza fueron preparados por Pedro de Espino Alvarado (Turiso 2002: 253). Esta relación fructífera llevó a que Juan Antonio se hiciera cargo del negocio familiar una vez Joseph murió; razón por la cual, Rosa Juliana Sánchez de Tagle, la esposa del anterior, le dio un poder general para que se encargue de la administración y cuentas de la empresa familiar.

Gaspar Quijano Velarde una vez llegó a Lima aproximadamente en 1730, cuando contaba con diecisiete años, se dedicó a los negocios e incursionó en el comercio de tabaco que

³⁷⁷ Natural de Cigüenza del valle de Alfoz de Lloredo; hijo de Antonio de Tagle Bracho y Marta de la Pascua Calderón; contrajo matrimonio con Josefa de Isea y Aranibar, hija de Pedro de Isea y Mariana Márquez; residió en Buenos Aires y luego pasó a vivir a Lima en 1730; su hijo Nicolás de Tagle Bracho fue el heredero de su tío Juan Antonio Tagle Bracho (Sánchez-Concha 2019: 792).

³⁷⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Salvador G. de Portalanza, 1739, f. 127-157 y f. 167.

llevaba desde Paíta hasta Buenos Aires y Santiago, también tuvo intereses en la compra venta de mulas de Tucumán y en la importación del trigo chileno (Sánchez-Concha 2019: 204). Efectivamente, Gaspar fue arropado por las redes políticas de su tío Pedro Velarde, por ello y con el fin de iniciar su carrera comercial solicitó un préstamo de 2, 400 pesos de Juan Antonio Tagle Bracho, revelando el apoyo que existía entre ellos (Sánchez 1999: 34). Lo mismo sucedió con Pedro Gutiérrez de Cosío, quien llegó a Lima para ayudar a su tío Isidro y lo reemplazó en los viajes a Tierra Firme, por ello en 1739 preparaba su testamento y declaraba que iba a ese destino, al parecer, a seguir con los negocios que Isidro y Juan Antonio Tagle Bracho mantenían juntos, justamente estos dos personajes fueron nombrados como sus albaceas. Gracias a esa costumbre montañesa, el joven Pedro logró afincarse rápidamente entre la élite limeña; primero ingresó al Rosario en una fecha no precisada, pues las actas de sus cabildos no están completas entre 1738 y 1740; con seguridad fue en esos años que logró su cometido, pues coincidían con la mayordomía de su tío, fue importante contar con la promoción de aquella autoridad, de hecho, en su testamento de 1739 ya se declaraba hermano 24; por ello, no tardó en promocionarse y llegó a ser cónsul del Comercio entre 1744 y 1748 asistiendo al priorato de importantes agente de la red como Mateo de la Vega, amigo de su tío.

Estas redes familiares se hicieron transgeneracionales, pues los nuevos migrantes montañeses apelaron a este conjunto de relaciones sociales para desenvolverse en los negocios y ascender socialmente. Por ejemplo, Nicolás de Tagle Bracho, hijo de Simón de Tagle Bracho y sobrino de nuestro Juan Antonio, llegó desde Buenos Aires a Lima con el fin de heredar al susodicho, pues este no tenía sucesores naturales, solo un hijo natural llamado Ventura de Tagle Bracho, quien más tarde declaró que su madre era “una señora principal soltera cuyo nombre no expreso para no ofender su honor” (Sánchez-Concha 2019: 373). En cualquier caso, Ventura no heredó la fortuna ni los títulos de su padre, lo hizo Nicolás, quien se vinculó rápidamente con la red política (Rosas Siles 1995: 359). Las declaraciones de Juan Antonio sobre su sobrino evidencian lo importante que eran las redes familiares y la costumbre de amparar y proteger económicamente al pariente que seguiría con los negocios personales, así dijo: “[...] Ya te avisé antes de hacer mi viaje, cómo tuve en esta Ciudad a nuestro hermano Simón, y que lo avié con treinta y tantos mil pesos, de caudal bien empleados. Tengo aquí dos hijos suyos que los voy criando a mi modo, paréceme saldrán hombres [...]”. A su vez, agregó que se encargaría de su educación, y que los entrenaría en los negocios del comercio, enviándolos para ello a las ferias de Portobelo (Guerín 1962: 33 y 35).

El paisanaje, la amistad, camaradería y la familiaridad fueron elementos sustanciales que permitieron reforzar los vínculos sociales y los orígenes comunes. En ese sentido, como dice Bertrand, fue usual la homofilia social (2011: 307). Sin embargo, este fenómeno social se acentuó con mayor intensidad entre los montañeses antes que en otros grupos regionales, pues a diferencia de los vascos que sí estaban predispuestos a desposarse con damas criollas con las

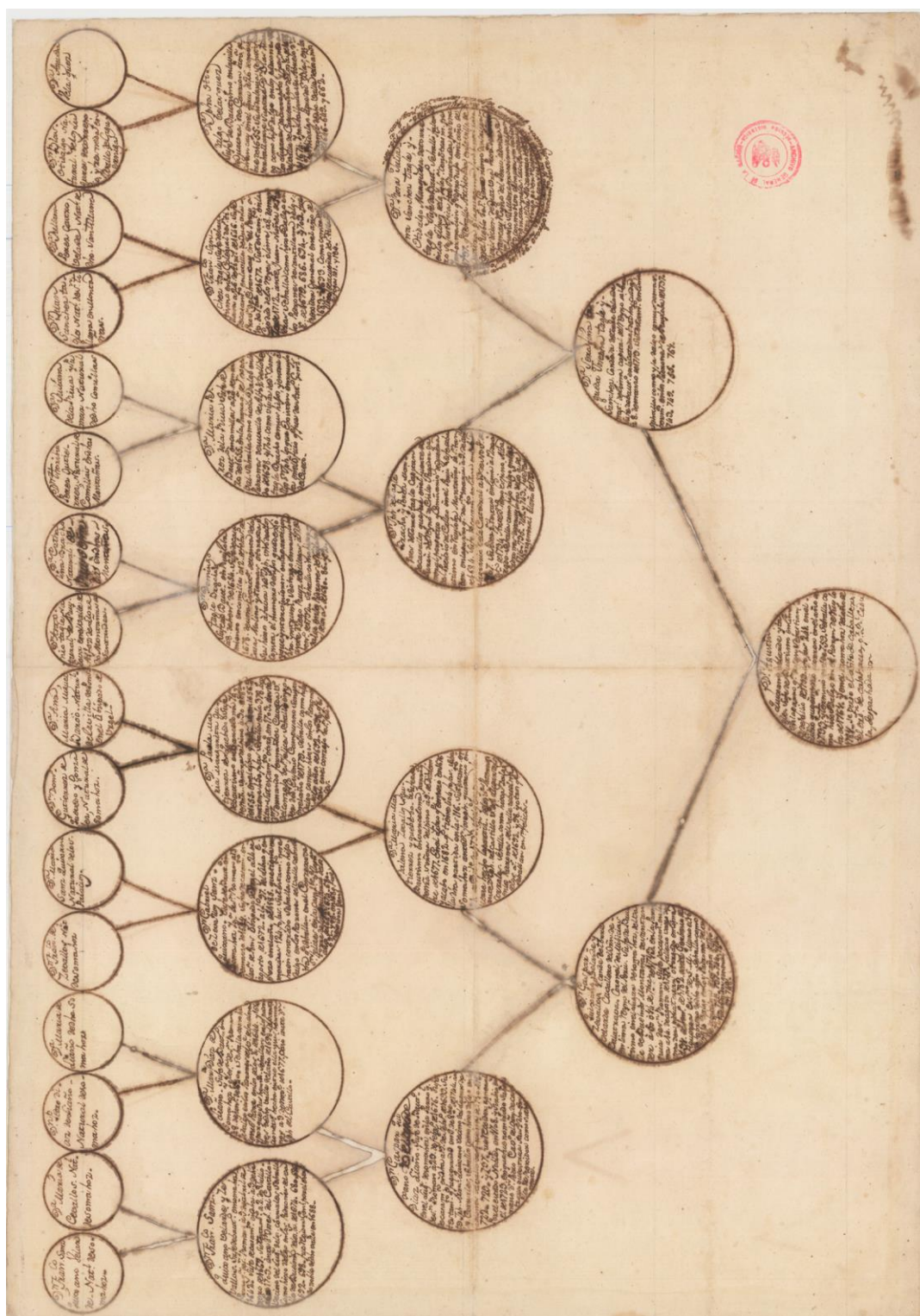
que no tenían ningún vínculo social, los cántabros preferían sobre todo a las jóvenes salidas de su mismo grupo, generalmente la hija o sobrina de un socio, o las hijas de montañeses arribados con anterioridad. Por ejemplo, Francisco Sánchez de Tagle permitió que su protegido Joseph Tagle Bracho de veintitrés años se casara con su hija Rosa Juliana Sánchez de Tagle en 1707; incluso, al primero le dio 11, 000 pesos de dote para que pudiera incursionar en los negocios. Joseph replicó este mismo patrón, pues permitió que su hija Serafina de Tagle Bracho se desposara con Gaspar Quijano Velarde, sobrino de su socio Pedro Velarde. Ambos jóvenes tenían veinticuatro años y el matrimonio se realizó en 1737, para lo cual nuestro Joseph Tagle entregó una considerable dote de 65, 000 pesos.

Por su parte, Pedro Gutiérrez de Cosío se casó con María Fernández de Celis, hija de Juan Fernández de Celis, integrante de la red montañesa y socio de Pedro de Murga. Estas alianzas familiares fueron cruciales como cohesionadores de relaciones, que incluso se intentaba negociar el matrimonio con familiares peninsulares a costa de la promesa de un auspicio social y económico. Por ejemplo, Isidro Gutiérrez de Cosío como jefe de su linaje se inmiscuyó en el destino de su familia y trató de arreglar el matrimonio de su sobrina nieta con el pariente de uno de sus socios. En efecto, le propuso a Juan Antonio de Tagle Bracho que su hermano Simón Tagle, quien residía en España, viajase al Perú para casarse con su sobrina, aunque el primero no menciona quién, debió tratarse de Rosa, la mayor de las hijas de Pedro Gutiérrez. Isidro propuso este negocio, pues su mencionado sobrino ya estaba casado, y a cambio prometía “fomentar mucho la casa de su sobrina si se efectúa dicho casamiento”. Tagle Bracho agregó a la propuesta: “[...] lo que sé, que dicho don Isidro lo desea mucho y que fomentara con caudal a la niña, que le tiene cedido cuanto tiene en esta tierra y la plata labrada que le dejó”.

Finalmente, Juan Antonio no tomó parte del asunto, pues no conocía la situación social de su familia en la península, pero insistió en que le comentaran a Isidro que él puso todo su empeño para llevar a cabo la unión familiar, esto con el objetivo de no disgustar a su cohermano y socio estratégico (Guerín 1962: 35). Sabemos que el enlace no se llevó a cabo, pues Rosa Gutiérrez de Cosío se casó a los catorce años, por insistencia de su padre, con Gerónimo de Angulo de cuarenta y cinco años en 1753; cuando este murió, y al ser Rosa muy joven, se casó por segunda vez con Isidro de Abarca. Estos dos últimos montañeses estaban vinculados a la red política del Rosario; desde mediados del siglo XVIII estaban mutuamente relacionados, pues tenían negocios comunes, de hecho, Gerónimo fue financista y acreedor del mencionado Isidro de Abarca (Sánchez-Concha 2019: 346, 349 y 350; Turiso 2002: 148). Sin embargo, los Tagle Bracho y los Gutiérrez de Cosío sí llegaron a enlazarse, pues Mariana, segunda hija de Pedro Gutiérrez, se casó con Nicolás de Tagle Bracho, sobrino de Juan Antonio. Esto permitió que ambas familias se emparentasen directamente, y el mismo Nicolás consiguió un poder y prestigio inigualable, pues heredó el condado de Casa Tagle de su tío, estaba vinculado por

sangre con los marqueses de Torre Tagle y por matrimonio con los condes de San Isidro (Guerrero y Tarrago 2002: 17).

Ilustración 16



Árbol genealógico de la familia de Agustín de Quijano Velarde y Tagle, conde de Torre Velarde (hijo de Gaspar de Quijano Velarde y Serafina Tagle Bracho)

Fuente: Archivo General de la Nación- Planoteca PL38

Este proceso de alianzas matrimoniales no se dio solo entre las familias de los líderes de la red, sino también entre los demás agentes de la misma. Por ejemplo, Fernando Gonzáles Salmón se casó con Agustina Delgado Rico, hija de Juan Delgado Rico, antiguo cofrade importante del Rosario; Francisco de la Maza Bustamante también se casó con otra hija del susodicho, en este caso con Catalina Delgado Rico. Pedro Gonzáles Salmón, hijo del mencionado Fernando, se casó en 1731 con Luisa de Espino Alvarado, hija de Pedro de Espino Alvarado, quien gracias a este matrimonio pudo reforzar los vínculos que lo mantenían unido a la red política; una situación favorecida porque previamente en 1727, Joseph Tagle Bracho y Alonso Serrano de Estrada le concedieron al mencionado escribano una dote para que su hija contrajese matrimonio (Sánchez-Concha 2019: 361). El mismo Alonso Serrano consiguió que su hija María Dominga se emparentase con un agente de la red, pues se casó con Juan Hernández Llano, cohermano del Rosario y más adelante mayordomo de la misma.

Cuadro 18

Relaciones de amistad anudadas por Ángel y Ángel Ventura Calderón en atención a los vínculos sociales presentes en la red política del Rosario		
<i>1) Amigos y familiares</i>	<i>2) Socios y asociados</i>	<i>3) Clientes</i>
<p><i>Familiares</i></p> <p>Cristóbal Calderón (***), Francisco Guemes Calderón (***), Antonio Calderón (***),</p> <p><i>Amigos personales</i></p> <p>Joseph Tagle Bracho (***), Juan Compañón (*), Alonso Serrano de Estrada (*), Mateo de la Vega (***), Pedro Velarde Liaño (***),</p>	<p><i>Agentes económicos</i></p> <p>Juan López Molero (*), Pedro de Espino Alvarado (***), Fernando Gonzales Salmón (*), Bernardo de Arce (**), Sebastián de la Villa (**),</p> <p><i>Miembros de la administración real</i></p> <p>Joseph de Potau y Olzino (*), Pedro Peralta (**)</p>	<p>Juan Barros (***), Juan Caballero (**), Francisco de la Maza Bustamante (*), Miguel Alonso Garcés (*), Joseph de Cereceda (*), Roque Medrano (*), Roque de Ribero (***), Joseph del Solar (***), Juan y Pedro Arce Bustillos (*),</p>

Agentes de Ángel Calderón (*)
Agentes de Ángel Ventura Calderón (**)
Agentes de ambos (***)

Fuente: elaboración propia (adaptado de los cuadros usados por Michel Bertrand)

Asimismo, gracias a esos vínculos geográficos, profesionales, amicales y familiares fue común que los integrantes de la red afianzaran sus alianzas no solo a través del matrimonio, sino también con los compadrazgos. Como dice Turiso, esta institución espiritual se generaba entre aquellas personas que podían aportarse o reforzarse recíprocamente, fortaleciendo los vínculos basados en intereses económicos y sociales (2002: 162). No nos referimos a la situación en la cual un dependiente buscaba protección de un superior, para lo cual lo nombraba padrino de su

hijo; por el contrario, nos interesan los compromisos generados en el seno de un mismo grupo social, situación favorecida porque los compadres ya se conocían previamente, por ello Foster diría que el compadrazgo no creaba nuevos lazos, sino fortalecía los ya existente (1954: 253). Mediante este sistema, el padrino se convertía en un familiar y protector espiritual de su ahijado, a quien debía proveerle la ropa blanca en el día de la ceremonia, así como también realizar los pagos de derechos en la iglesia e invitar una cena a la familia luego del ritual.

Cuadro 19

Relaciones de amistad anudadas por Joseph y Juan Antonio Tagle Bracho en atención a los vínculos sociales presentes en la red política del Rosario		
<i>1) Amigos y familiares</i>	<i>2) Socios y asociados</i>	<i>3) Clientes</i>
<p><i>Familiares</i></p> <p>Francisco Tagle Bracho (***), Simón de Tagle Bracho (***), Nicolás de Tagle Bracho (***), Gaspar Quijano Velarde (***), Francisco Sánchez de Tagle (***)</p> <p><i>Amigos personales</i></p> <p>Ángel Calderón (*), Ángel Ventura Calderón (*), Alonso Serrano de Estrada (*), Isidro Gutiérrez de Cosío (***), Mateo de la Vega (**), Pedro Velarde Liaño (*)</p>	<p><i>Agentes económicos</i></p> <p>Mateo de la Vega (*), Pedro de Murga (*), Pedro de Espino Alvarado (***), Pedro Gutiérrez de Cosío (***), Juan López Molero (***), Francisco Guemes Calderón (*)</p> <p><i>Miembros de la administración real</i></p> <p>Juan Lucas Camacho (**) Thomas Costa (**)</p>	<p>Roque Medrano (*), Roque de Ribero (***), Martín Dulce y Armas (***), Juan Lorenzo Gonzáles (***), Pedro Jacobo Pérez (***)</p>

Agente de Joseph Tagle Bracho (*)

Agentes de Juan Antonio Tagle Bracho (**)

Agentes de ambos (***)

Fuente: elaboración propia (adaptado de los cuadros usados por Michel Bertrand)

Gracias al mecanismo del compadrazgo muchos integrantes de la red montañesa lograron fortalecer los vínculos que los unían con sus cohermanos, algunos aprovecharon la oportunidad para acercarse aún más al grupo de los líderes. Por ejemplo, Ángel Calderón fue requerido muchas veces como padre espiritual, lo cual indica su envidiable posición en la red. Así, a inicios del siglo XVIII, fue padrino hasta en tres oportunidades de los hijos de su socio, cohermano y familiar Francisco Guemes Calderón; los hijos beneficiados fueron José Bernabé Isidro (1704), Ventura Ignacio (1708) y Juana (1722). Joseph Tagle Bracho también recurrió a este mecanismo para fortalecer su posición social; tenía doce hijos así que tuvo un amplio margen de decisión sobre sus compadres; así, convirtió a su suegro Francisco Sánchez de Tagle

en padrino de sus hijos Tadeo (1709) y Ramón (1710); su hermano Francisco Tagle Bracho fue padrino de José Severino (1716); Ángel Calderón Santibáñez, durante su época de apogeo en la mayordomía del Rosario, se volvió padrino de Pedro (1722) e Isidro Gutiérrez de Cosío fue lo propio de Juan Antonio (1724). El mismo Joseph Tagle Bracho en 1726 fue padrino de Francisco Javier, otro hijo de Guemes Calderón (Sánchez-Concha 2019: 395-396).

Por su lado, Francisco Martín de Layseca acudió a Pedro Velarde para que apadrinase a su hijo José (Turiso 2002: 162); José Ruíz de la Canal hizo lo mismo con el prebendado de la Catedral, Diego Román de Aulestia, quien pertenecía al mismo linaje del que provenían Miguel y Fernando Román de Aulestia, hermanos del Rosario. Asimismo, Alonso Serrano de Estrada y Juan López Molero también fueron “compadres” como declaraban mutuamente en sus testamentos. En efecto, Juan se convirtió en el padrino de Antonia y Francisca Serrano de Estrada, quienes fueron designadas como “sus ahijadas” en su testamento de 1722, y con el fin de protegerlas les dejó en herencia 4, 000 pesos³⁷⁹. Identificar a los testigos de estos eventos también permite conocer los círculos sociales y la amistad que envolvía a todos los integrantes de la red. Así, durante los bautizos de los hijos de Guemes Calderón actuaron como testigos Cristóbal Calderón y Juan Arce y Bustillo; mientras Juan Antonio Tagle Bracho actuó como testigo de los bautizos de sus pequeños primos Tagle Bracho.

Cuadro 20

Relaciones de amistad anudadas por Isidro y Pedro Gutiérrez de Cosío en atención a los vínculos sociales presentes en la red política del Rosario		
<i>1) Amigos y familiares</i>	<i>2) Socios y asociados</i>	<i>3) Clientes</i>
<p><i>Familiares</i></p> <p>Nicolás de Tagle Bracho (**), Gerónimo de Ángulo (**), Isidro de Abarca (**), Miguel de Goya (*)</p> <p><i>Amigos personales</i></p> <p>Joseph Tagle Bracho (***), Ángel Calderón (*), Ángel Ventura Calderón (***), Juan Antonio Tagle Bracho (***), Alonso Serrano de Estrada (*), Pedro Velarde Liaño (*)</p>	<p><i>Agentes económicos</i></p> <p>Francisco García Álvarez (*), Martín Ortiz de Foronda (*), Pedro de Espino Alvarado (***), Antonio Ruíz de la Vega (*), Antonio Calderón (*), Thomas Costa (*), Gaspar Quijano Velarde (***)</p> <p><i>Miembros de la administración real</i></p> <p>Mateo de la Vega (**)</p>	<p>Pascual Linares (*), Francisco de Celis (*), Martín Dulce y Armas (***), Roque Medrano (*), Roque de Ribero (***)</p>

Agente de Isidro Gutiérrez de Cosío (*)
 Agentes de Pedro Gutiérrez de Cosío (**)
 Agentes de ambos (***)

Fuente: elaboración propia (adaptado de los cuadros usados por Michel Bertrand)

³⁷⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Antonio Ramírez del Castillo, N° 913, 1722, 268v.

3.6.2. La estructura

Al igual que en la red Palacios-Querejazu, hemos recurrido al software Ucinet para tratar de componer una relación jerárquica entre los miembros de esta red política. Al convertir las evidencias sobre interacciones y relaciones en datos medibles se ha llegado a la conclusión que este grupo estaba compuesto hasta por cincuenta y un agentes, y que se organizaban de una forma jerárquica y vertical más explícita que en el caso de los vascos. En efecto, en la maraña de relaciones y vínculos que establecieron los integrantes de la red se pueden identificar varios grupos; primero, un núcleo de líderes, un grupo intermedio, una base de clientes y un conjunto de agentes externos; de esta forma, seguimos la propuesta de Kettering planteada ya con anterioridad. El grupo líder estaba conformado por los cohermanos que tenían mayor cantidad de vínculos con otros integrantes del grupo, ya que ello demuestra su mayor grado de centralidad en el conjunto social; estos fueron los siguientes: Ángel Calderón, Joseph Tagle Bracho, Isidro Gutiérrez de Cosío y Ángel Ventura Calderón. Esto está en correspondencia con lo propuesto por Bertrand, quien afirma que en la red la posición de una persona puede definirse en función de la estrechez de los vínculos que mantenía (2011: 243).

Si bien la mayoría de estas facciones estaban organizadas en torno a un elemento distintivo y central de la red, en muchos casos, el centro de poder no se reducía a un solo individuo; por ello, al igual que en Aránzazu, en el grupo montañés el núcleo líder estaba compuesto por un conjunto de individuos que ejercían un mayor control vertical sobre los demás integrantes de la red. Sin embargo, la posición central del grupo podía pasar de un individuo a otro; por ejemplo, es claro que el núcleo líder de los montañeses estaba conformado por los Calderón, Tagle Bracho, Gutiérrez de Cosío y Velarde, pero no todos ejercieron el poder de forma simultánea; inicialmente la red estuvo centrada en torno a Ángel Calderón, y con su deceso el grupo pasó a la dirección de sus protegidos, familiares y allegados como lo ya mencionamos.

La fuerte cohesión de este núcleo de comerciantes montañeses se debía a que según la crónica de Gandara, estos cuatro linajes tenían vínculos familiares bastante tenues, pero no menos reales. Así, la rama de los Calderón en España tenía vínculos de sangre con los Velarde, pues el patriarca de esta familia, Juan Velarde, se casó con Juliana Gonzales de Cosío; Pedro Velarde, el hijo de ambos, se casó con Catalina Calderón de la Barca uniendo ambas familias (1753: 200-204). Por otro lado, Guerrero y Tarrago mencionan que Joseph y Juan Antonio Tagle Bracho eran primos de Isidro Gutiérrez de Cosío, de hecho, el segundo así lo llamaba en la correspondencia que enviaba a su hermano (2002: 7). Esta situación confirmaría lo planteado por Sotomayor, cuando aducía que en las cofradías existía la tendencia a ser controladas por una o dos familias emparentadas (2004: 142). Por supuesto, esta situación también acentuó el carácter endogámico del grupo, ya que los líderes favorecieron que sus descendientes se

vincularan con aquellos de su mismo estatus social o con los clientes con quienes tenían mayor familiaridad, es decir, los más propensos a escalar socialmente. Como vimos, los Tagle Bracho se vincularon con los Gutiérrez de Cosio y los Velarde.

Las relaciones de los líderes y clientes estaban mediadas por su grado de vinculación, situación favorecida por su pertenencia a la cofradía del Rosario. Como propone Kettering, la durabilidad, continuidad o fragilidad de estas relaciones dependía del contenido del contacto; hubo clientes más concretos cuya fidelidad al grupo era más efímera y menos comprometida y otros que podían relacionarse a largo plazo (1986: 29). Personajes como Pascual Linares, Juan Lorenzo Gonzales, Joseph de Sereceda, Pedro de Murga o los hermanos Bustillos aparecen con menos frecuencia en la documentación, y generalmente el vínculo que los unía con los patrones era de tipo económico, más interesado y pragmático. Estos clientes esperaban la atención y el favor del líder de variadas formas como la promoción social, recomendación para cargos, regalos o el crédito; por ejemplo, en 1741, Francisco de Celis mencionaba que recibió 64, 800 pesos de Isidro Gutiérrez de Cosio gracias a su “amistad y buena obra”. Celis usó el dinero para comprar géneros de Castilla, que finalmente llevó a las provincias del norte peruano. Nuestro personaje impuso un interés del ocho por ciento demostrando que, no obstante, el favor económico, la relación no estaba tan comprometido como en otros casos, de ahí la necesidad de no arriesgar un capital tan significativo. La importancia de identificar a los deudores de los principales líderes reside en que se puede acceder a su clientela, pues como señala Bertrand, el dependiente o deudo siempre se colocaba en posición de ejecutar las ordenes de un superior (2011: 302). Otra forma usual de recompensar a los clientes fue la entrega de dotes, situación permitida gracias al liberal uso de los caudales de la cofradía por parte de los mayordomos del Rosario, por ejemplo, Joseph Tagle Bracho logró beneficiar a Pedro de Espino Alvarado con una dote para su hija en atención a sus “buenos servicios” y similares casos se han expuesto a lo largo de este apartado. Por supuesto, no hubo solo dotes, también se repartieron contratos, bienes, capellanías y cualquier instrumento económico que generaba bienestar para el beneficiado.

Claro está, hubo una variedad de clientes lo cual demuestra la complejidad de las relaciones humanas de la época. Así, dentro de este grupo existieron algunos con mayor margen de maniobra en el proceso de ascenso social. Por ejemplo, en su juventud, los Tagle Bracho, Pedro Velarde y Mateo de la Vega actuaban como clientes de Ángel Calderón; de hecho, cuando este testó en 1724, los primeros fueron nombrados como albaceas de sus bienes, incluso, recibieron la cantidad de 4, 000 pesos con el objetivo de cumplir su voluntad³⁸⁰. Este acto demuestra una relación jerárquica y establece posiciones entre el que puede dar y recibir, además fortalece la fidelidad y la dependencia. Además, no olvidemos que previamente tanto

³⁸⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Pedro de Espino Alvarado, N° 267, 1724, f. 82.

Joseph Tagle Bracho como Pedro Velarde fueron auspiciados por Calderón para ingresar como hermanos 24 del Rosario. El mismo Francisco Guemes Calderón también evidencia respeto y obediencia al susodicho, no obstante, su familiaridad; así junto a Pedro Velarde declararon que “recibieron órdenes” de Ángel Calderón para usar los caudales de la cofradía con el objetivo de comprar bienes con cierta libertad³⁸¹.

Como afirma Kettering, las relaciones clientelares tenían un marcado grado de personalismo y lealtad emocional y para reforzar estos vínculos se recurrieron a amigos y familiares para que el enlace tuviera una duración más extensa y fiable (1986: 30). Por ello, fue frecuente que en el grado de clientes aparecieran los parientes del núcleo líder, por ejemplo, Francisco Guemes Calderón, Antonio Calderón o el mismo Pedro Gutiérrez de Cosio no tuvieron la influencia y poder de sus respectivos tíos, pero los vínculos que mantenían con ellos eran más fuertes que los establecidos con cualquier otro cliente. Incluso, debido a su posición también recibían de sus respectivos señores regalos o reconocimientos, por ejemplo, en 1734 Ángel Ventura ya era uno de los líderes indiscutidos de la red, por ello, no dudó en beneficiar a su pariente Antonio Calderón con la sucesión en el cargo de regente del Tribunal de Cuentas; este último era mayor que nuestro personaje, pero en las relaciones clientelares no importaba la edad sino la posición que uno ocupaba en la estructura social. La promoción de cargos era una de las “prebendas” más apreciadas por los clientes, pues en la época una persona no solo se alimentaba con recursos materiales, sino también con favores políticos y reconocimiento social (Ovalle 2018: 111). Asimismo, como señala Bertrand, la importancia de contar con amigos y familiares en el grupo de clientes permitía movilizar a los relevos necesarios y con ello obtener resultados directos y duraderos (2011: 240). Gracias a esta situación, Ángel Ventura Calderón y Joseph Tagle Bracho pasaron a ser líderes una vez falleció Ángel Calderón, y cuando el núcleo dirigente se dispersó aproximadamente en 1740, la red pasó por un proceso de renovación que llevó a Gaspar Quijano Velarde, sobrino de Pedro Velarde, a asumir la dirección de la facción montañesa.

Debido al carácter más vertical de esta red, los intermediarios son más difíciles de identificar, aun así, personajes como Juan Compañón, Alonso Serrano de Estrada, incluso el mismo Juan Antonio Tagle Bracho, al parecer, desempeñaron esta función en tanto tenían un capital relacional y económico propio; y actuaban asistiendo a los principales líderes de la red, pero sin mantener una relación tan jerárquica como sí se evidencia con los clientes. Muchos de estos personajes se convirtieron en socios, por ejemplo, Juan Compañón lo era de Ángel Calderón con respecto a la administración de la cofradía, de hecho, compartieron la mayordomía muchos años juntos; por otro lado, Juan Antonio una vez juntó capital por su propia cuenta en Potosí volvió a Lima y tuvo un papel destacado en los negocios de su tío

³⁸¹ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 038.

Joseph Tagle Bracho, pero sin depender exclusivamente de él, de hecho, pudo fundar su propia casa y linaje, aunque no tuvo herederos; y el mismo Alonso Serrano de Estrada asistió a los jóvenes líderes Ángel Ventura y Joseph Tagle Bracho cuando Ángel Calderón falleció, al asumir la mayordomía varios años entre 1726 y 1738 se convirtió en un buen enlace entre nuestros personajes y la amplia base de clientes, aunque esta participación destacada no le permitió ascender a una posición mayor, ya que no pudo vincular a sus hijas con ningún integrante de influencia de la facción, lo hizo con un agente menor como Juan Hernández Llano; también era más susceptible a ser beneficiado por el núcleo dirigencial, de ahí que Isidro Gutiérrez de Cosío lo haya favorecido con dotes para sus hijas³⁸².

En esta red también hubo agentes externos, el más importante fue el polígrafo Pedro Peralta, amigo de Ángel Ventura Calderón. Este personaje ligado al mundo de las letras, las leyes, la administración y la corte había sido un eminente escritor y académico vinculado a la Universidad de San Marcos; además, muchas veces fue asesor de diversos virreyes (Riva Agüero 1965: 290). En concreto, era un agente de confianza del marqués de Castelfuerte, y debido a este vínculo logró que Ángel Ventura se relacionara con la administración virreinal. Nuestro comerciante conocía a Peralta gracias a las tertulias literarias que este auspiciaba, y en las que también participó el contador Eusebio Gómez de la Rueda, quien con seguridad fue determinante para que el primero consiguiese un puesto en el Tribunal de Cuentas. No hubo una relación jerárquica entre Calderón y Peralta, aunque a veces nuestro montañés aparece en la documentación como el mecenas del sabio peruano; en cualquier caso, ambos se guardaban profundo respeto y se ayudaron mutuamente; nuestro personaje financió las obras del polígrafo, y este lo recomendó y acercó al entorno de los virreyes. Una relación estratégica y eficaz.

En este grupo de agentes externos también pueden ser incluidos Juan López Molero o Juan Lucas Camacho, quienes originalmente pertenecían a la red vasca, de hecho, ambos estaban muy vinculados a Antonio de Querejazu, sin embargo, con el declive de la facción de Aránzazu, al parecer ambos personajes cambiaron de bando o por lo menos actuaron con mayor asiduidad con los montañeses, ya que -como afirma Betrand- la pertenencia a una red no excluía la participación en otros tejidos relacionales, la única condición fue que no existiera una contradicción manifiesta (2011: 243). Tanto López Molero como Camacho actuaron con mayor recurrencia en los negocios del núcleo dirigente del Rosario, y favorecidos por estos vínculos pudieron escalar socialmente de forma más rápida, situación que se evidenció cuando asumieron con mayor contundencia los puestos principales del Consulado durante los años en los cuales los montañeses controlaban la institución.

³⁸² AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 038.

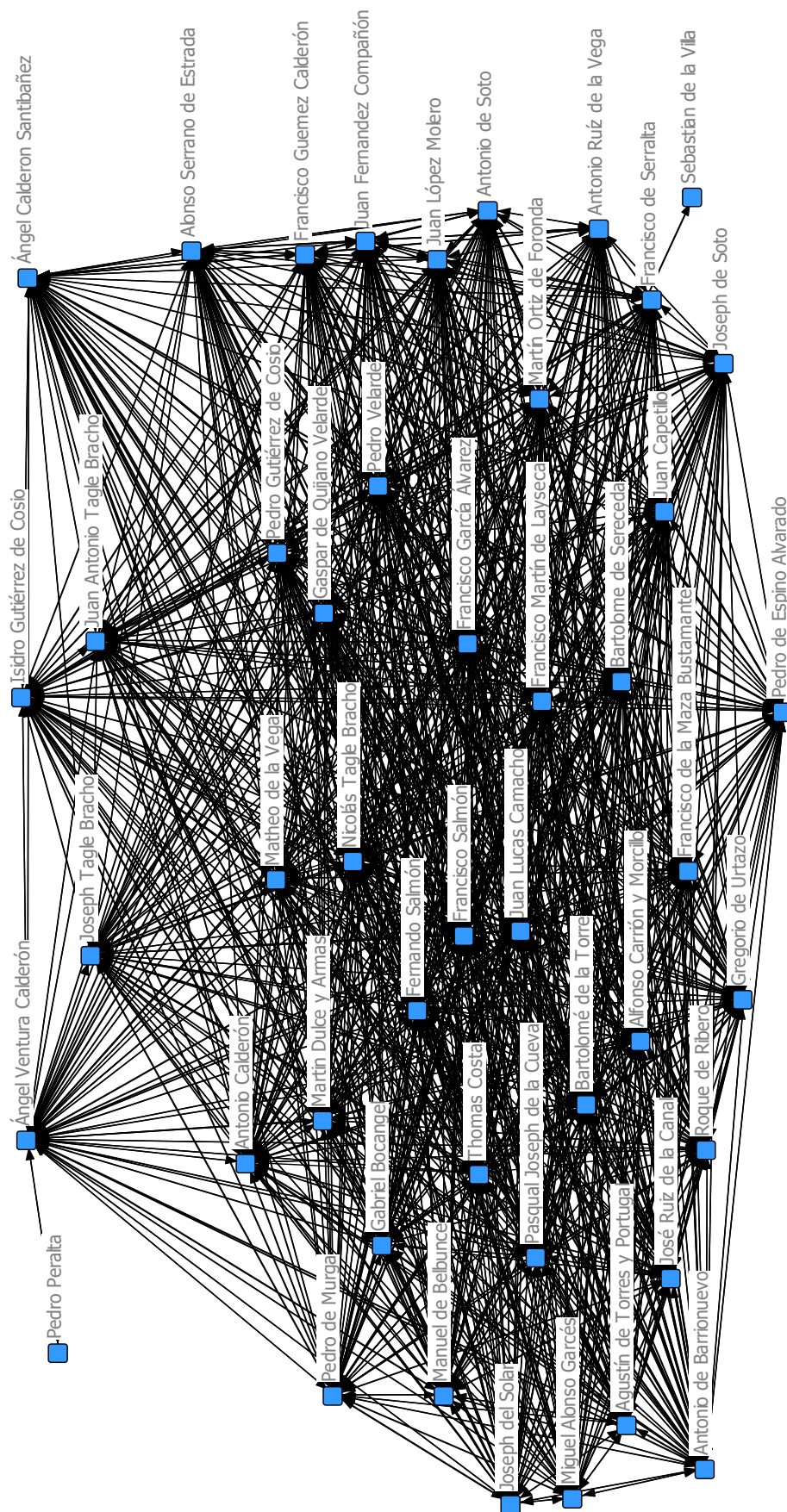


Gráfico 2
Red política
Calderón-Tagle
Bracho-Gutiérrez
Cosío

 Generado por el
 Software UCINET.
 Versión 6.685

3.7. La red política Fuente - Echevarría

La red montañesa entró en un breve receso cuando en 1742 el viejo Isidro Gutiérrez de Cosío, quien contaba con sesenta y dos años, dejó la dirección de la cofradía y se embarcó en la consecución de un título nobiliario; este objetivo también era perseguido por Juan Antonio Tagle Bracho, quien además estaba muy agobiado por los negocios pendientes de su tío Joseph Tagle Bracho, quien había fallecido en 1741; además, como se desprende de su correspondencia, Juan Antonio, después de haber conseguido fortuna, tenía intención de volver a su natural Cigüenza, para lo cual donó dinero para erigir una iglesia parroquial en San Martín, y de hecho, un retrato suyo se conserva en aquel lugar; Ángel Ventura había abandonado el comercio como lo anotó el virrey marqués de Villagarcía, pues informó que el susodicho vendió su navío y bodegas familiares, y tampoco tuvo hijos varones que siguieran la empresa familiar (Vargas Ugarte 1947: 97); el joven Calderón también dejó de frecuentar los cabildos de la cofradía; entonces, ya estaba muy comprometido con la administración virreinal, de hecho, en 1741 ascendió al cargo de regente después de haber sido contador mayor por casi diez años; más adelante viajaría a España, desde donde nunca más volvió.

Como vimos, Isidro Gutiérrez de Cosío y Juan Antonio Tagle Bracho no tuvieron hijos legítimos; los descendientes de Joseph Tagle Bracho no se dedicaron al comercio, en parte fueron promovidos en la administración y se congregaron en la cofradía de la Veracruz; la estirpe de Ángel Ventura continuó con su hija Juan Calderón, a quien las crónicas dotaban de gran inteligencia y sabiduría, pero aun así su margen de maniobra estaba condicionada por la época. En esa coyuntura, ante la muerte, renuncia o abandono de los líderes del grupo montañés, el liderazgo se renovó y pasó a manos de los jóvenes Pedro Gutiérrez de Cosío y Gaspar Quijano Velarde, los dos con apenas una década en la ciudad. Ellos heredaron las redes de sus parientes, pero no tenían experiencia para dirigir articulaciones políticas tan complejas, además, estaban al inicio de sus propias carreras de ascenso económico y social, por lo que aun tardaron algunos años en empoderarse. Por estas razones, el Rosario fue dominada brevemente entre 1743 y 1745 por una pequeña red de comerciantes agrupados en torno a la figura de Miguel de Echevarría y Francisco Antonio de la Fuente³⁸³, incluso, algunos agentes de la red política anterior se les unieron momentáneamente³⁸⁴.

¿Fue esta una red diferente a la de los montañeses? La evidencia indica que sí en parte porque sus miembros más visibles y los correspondientes mayordomos y diputados de la época

³⁸³ Fue hijo de Joseph de la Fuente y María Martínez de Berrio; se casó con Beatriz Gonzáles de Argandoña, hija de Domingo Gonzáles de Argandoña y Gregoria García Prieto, el primero fue tesorero de los diezmos de la Catedral y comerciante agremiado en el Consulado; tuvo tres hijos, pero solo le sobrevivió Rosa, quien se casó con el conde de Villar (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio, N° 1009, 1759, f. 117)

³⁸⁴ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 055. En adelante cuando se hable de la gestión y acciones de este grupo en la cofradía nos referiremos a este fondo documental.

no guardaban ningún tipo de relación con los principales señores ni con los clientes del grupo de los Calderón, Tagle Bracho y Gutiérrez de Cosio. Más allá de haber convivido como hermanos en la cofradía del Rosario no compartían vínculos. No sabemos las edades de los personajes principales de esta red, pero eran bastante maduros, toda vez que sus principales actividades están registradas con contundencia luego de 1720. Francisco Antonio de la Fuente fue mayordomo entre 1741 y 1743, y en este último año compartió la dirigencia con Miguel de Echevarría, quien lideró el Rosario entre 1743 y 1745; este a su vez compartió la mayordomía con Pedro Benítez del Pino³⁸⁵. Durante este periodo, controlaron la cofradía, propusieron reformas, examinaron las gestiones de sus antecesores y se beneficiaron de los bienes corporativos, pero esta situación duró poco, pues en 1746 asumió la mayordomía Gaspar Quijano Velarde, entonces ya conocido como el conde de Torre Velarde, y la antigua red de los montañeses retomó el control de la hermandad por lo menos hasta 1750. Fue en estos años cuando Gaspar Quijano Velarde y Pedro Gutiérrez de Cosio ascendieron socialmente durante el gobierno de Manso de Velasco; ambos lo ayudaron en la reconstrucción de la ciudad, el primero como alcalde, y el segundo como comisario para el reparto de solares en el Callao. A su vez, Gerónimo de Ángulo, yerno de Pedro, también tenía una buena posición en el Consulado, donde llegó a ser prior.

La red política Fuente-Echevarría tenía como integrantes a Silverio Banderas, Gaspar de Herrera, Domingo de Unamuzanga³⁸⁶, Antonio Félix de Celis, Francisco Martín de Layseca, Pedro de Villar, entre otros. Todos eran cohermanos del Rosario, pero el grupo también requirió la asistencia de agentes externos como Juan Domingo de Orrantía³⁸⁷, Joseph Nieto de Lara³⁸⁸, Vicente Lee Flores³⁸⁹ y Antonio de Villar. La articulación política llegó a tener hasta quince agentes políticos importantes, y mucha clientela coyuntural. No sabemos en qué momento sus integrantes llegaron a ser admitidos como hermanos 24, salvo el caso de Layseca y Celis quienes lo hicieron en 1729 y 1732 respectivamente. Si se revisa las actas de la cofradía se

³⁸⁵ Fue hijo de Antonio Benítez y Juana María del Solar; se casó con Francisca Hurtado de Mendoza; tuvo seis hijos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Salvador G. de Portalanza, N° 895, 1765, 68v).

³⁸⁶ Fue hijo de Antonio de Unamuzanga y María de Argaiz; en Lima, se casó con María Ignacia Benítez de Esquivel, con quien tuvo cinco hijos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Marcos de Uceda, N° 1153, 1750, f. 472).

³⁸⁷ Nació en 1687; fue hijo de Juan Bautista de Orrantía Ortiz y de María Concepción de Garay y Olaseo, el primero era un hidalgo local, pues aparece como tal en el padrón de Orrantía (Valle de Mena); se casó en 1718 con María Josefa de Alberro y Ortega, hija del capitán Tomas de Alberro y Ortega y de Silvia de Masiela y Caminos, el primero originario de San Sebastián (Vizcaya); en 1738 recibió el hábito de la orden de Santiago; y en 1749 consiguió que su hijo José Domingo fuese nombrado oidor de la Audiencia de Lima (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Manuel de Luza, N° 652, 1722, f. 850; José Gonzales de Contreras, N° 500, 1746, 399v; Turiso 2002: 321)

³⁸⁸ Provenía del reino de Castilla, la vieja; fue hijo de Gregorio Gómez Nieto y María Antonia Fernanda de Lara; en Lima, se casó con María Lucía Gonzáles, marquesa de Santa Rosa (AGN, Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1725, f. 498; Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1014, 1764, f. 306)

³⁸⁹ Fue hijo de Gerónimo Lee Flores e Isabel Francisca Palacios; se casó con Juana de Orellana y Centeno, pero no tuvo hijos (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 385, 1750, 1864v).

podrá constatar que este grupo actuó con cierta hostilidad contra las gestiones de los montañeses por lo cual no dejaban de revisar actas, informes y cuentas. Desde 1742, y siendo mayordomo Francisco Antonio de la Fuente, ya se evidenciaba en las reuniones de la cofradía la precaria situación económica, razón por la cual Celis, en calidad de diputado, pidió que se destinara dinero para la reparación de las casas en la que habitaba Magdalena de Vilela, viuda de Pedro de Echave, pues estaban inhabitables y era necesario alquilarlas para obtener rentas. Al parecer, las anteriores gestiones no habían invertido lo suficiente en este bien corporativo, de ahí su lamentable estado. En esa misma reunión también se decidió que los hermanos ofrecieran dos reales cada mes para el coste de la cera que se gastaba los domingos en la plática del rosario, pues daba la impresión que tampoco había fondos suficientes para estos menesteres.

Durante los siguientes años, mayordomos y diputados -todos del grupo de Echevarría- comentaban la frágil situación económica de la cofradía, aunque bien es cierto no decían explícitamente a quienes culpaban, parece evidente que consideraban fue la negligente administración de los montañeses lo que llevó a la congregación a ese estado calamitoso; por ello, no dudaron en pedir, preparar e investigar documentos generados en aquellos años. Por ejemplo, en 1744 los mayordomos y diputados, en ese momento Echevarría, Unamuzanga y Herrera, presentaron un escrito a la junta general donde expresaban que los libros de ingresos y gastos de la cofradía no se habían revisado desde 1715, año en el que Ángel Calderón ya tenía el control corporativo. Ante ello propusieron la revisión de los mismos y se nombró como una de las personas encargadas de esta diligencia a Unamuzanga. En 1745, el mismo personaje, como diputado administrador de las rentas de dotes a doncellas, también acusó que desde 1715 no se habían revisado ni ajustado las cuentas de este ramo, por ello se estaba debiendo 11, 000 pesos; a su vez, tampoco había fincas o inmuebles que produjesen dinero para sostener dichas dotes, pues las propiedades estaban abandonadas. El personaje acusó de forma implícita la desidia de las anteriores administraciones, y en particular las de los mayordomos montañeses, pues como vimos, estos decidieron gestionar directamente el ramo de dotes. Por todo ello, Unamuzanga pidió que dicha obra de caridad volviese a ser administrada por los diputados, quienes también tendrían a su cargo la chacra Macas para generar rentas a esas dotes. La junta general nombró al personaje denunciante y al mismo Echevarría como los encargados de revisar las cuentas de dotes desde 1715, y mientras se ajustaban, las rentas de la chacra Macas no se utilizarían bajo ningún concepto.

De esta forma, Echevarría y su grupo copiaron un conjunto de instrumentos contables, libros y actas con el fin de revisarlos y encontrar irregularidades. En 1743, Miguel de Echevarría informó que la cofradía tenía en su propiedad más de veintiséis libros sobre estos asuntos, donde se detallaban los bienes, limosnas, dotes, entradas por ingreso de hermanos, cuentas de diputados, borradores de recibos y gastos, administración de cobranzas de casas y haciendas donadas, libros de capellanías y censos, entre otros. El mismo Echevarría contribuyó

y formó tres nuevos libros; uno donde se detallaba la administración de las casas que donó Diego Roldán de Contreras; otro en el cual se consignaban los ingresos de caudales en la caja de tres llaves; y un tercero creado en 1743 donde se detallaban los censos que en favor de la cofradía se impusieron sobre las casas de la calle Mantas, que al parecer estaban sin cobrar, por ello nuestro personaje se apresuró a regularizar las cuentas³⁹⁰.

Asimismo, Echevarría también solicitó la revisión de las cuentas de los mayordomos montañeses, no obstante, estas ya habían sido aprobadas; por ejemplo, en 1744 pidió que el informe que Isidro Gutiérrez de Cosío preparó de su gestión hasta 1742, y que ya había sido revisado por Francisco García Álvarez, socio montañés, fuera examinado nuevamente por Domingo de Unamuzanga. Solo al mes siguiente se presentó un informe de esta diligencia, y se encontró una deuda del dicho Isidro, por lo cual se le pidió la devolución inmediata del dinero. A diferencia de las redes vascas y montañesas que gobernaron sus cofradías con absoluta tranquilidad, complicidad y consenso, el gobierno de esta pequeña red no estuvo libre de confrontaciones con otros grupos, sobre todo, el de los montañeses. De hecho, en las diligencias anteriormente mencionadas aun participaban agentes clave como Gaspar Quijano de Velarde y Francisco García Álvarez, quienes con sus intervenciones en las revisiones de cuentas o reuniones trataban de detener la hostilidad hacia sus líderes montañeses. Por ejemplo, Quijano Velarde también solicitó que Francisco Antonio de la Fuente devolviera cierto dinero de la administración de las casas de José del Hoyo, y García Álvarez solicitó en una junta general, que los mayordomos realizaran con precisión y detalle los libros de cuenta, sobre todo, lo referente a las rentas no cobradas para que no existiera confusión, un pedido que nunca realizó durante el gobierno montañés.

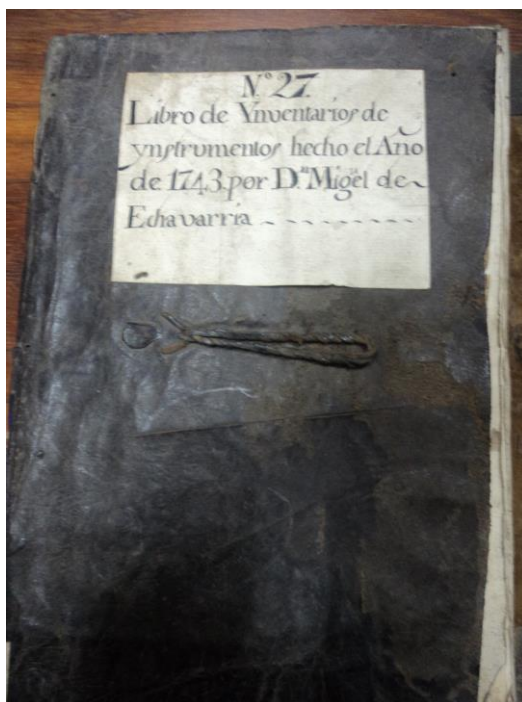
El encumbramiento del grupo de Echevarría también se demuestra cuando este hace notar la poca cantidad de dinero de limosnas que había dejado su antecesor Isidro Gutiérrez, solo 127 pesos; en cambio él se proyectaba como un eficaz administrador, pues logró declarar hasta 1, 270 pesos en 1745³⁹¹. Bajo este ambiente descrito, Miguel de Echevarría y Pedro Benítez de Pino fueron elegidos mayordomos en 1745, y Domingo de Unamuzanga se afianzó como diputado. Como vemos, los oficios se mantuvieron sin “innovar ni alternanza” demostrando la relativa influencia de esta red; por esa misma razón, y con aun intensiones de desprestigiar a la red montañesa, se hizo un inventario de bienes y alhajas de la cofradía realizado por los mencionados mayordomos y acompañados por Francisco Martín de Layseca. El objetivo era comprobar que no faltase ningún bien y los que se hubiesen vendido tuvieran registro en el libro de cuentas. Por otro lado, con el fin de ampliar la influencia, el grupo también promovió la inclusión de clientes y amigos como hermanos 24; por ello, Silverio Banderas, comerciante y dependiente de Echevarría ingresó a la cofradía. Por supuesto, también

³⁹⁰ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 005 y 038.

³⁹¹ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 038.

era necesario colocar a los agentes en los puestos estratégicos de la cofradía, por ello Antonio Félix de Celis fue diputado en 1742 y 1743, Domingo de Unamuzanga lo fue entre 1742 y 1747, y Gaspar de Herrera ejerció el mismo cargo en 1745³⁹².

Ilustración 17



Libros de inventarios e instrumentos hechos por Miguel de Echevarría (1743)

Fuente: AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 005

Esta pequeña red también disfrutó de las ventajas de tener acceso a los recursos corporativos; por ejemplo, en 1744 Miguel de Echevarría determinó que los 700 pesos que estaban en la caja de tres llaves para la fundación de una capellanía fuesen entregados a Juan Hernández Llano, un amigo del grupo y más tarde mayordomo; a su vez, cuando García Álvarez revisó las cuentas de Francisco Antonio de la Fuente encontró que en un año había realizado muchas inversiones; solo en el concepto de dotes se había gastado más de 9, 000 pesos sin partida de pago, en total se debían 10, 000 pesos por este concepto, por ello, se le insistía en que debía moderar los gastos y excesos, sobre todo, de “cosas superfluas”. Ciertamente fue que el gasto discrecional de los recursos corporativos por parte de los mayordomos era una característica de todas las redes, y aunque la gestión Fuente-Echevarría aprovechó su posición para beneficiar a sus parientes y socios, no hay que descartar la exageración de García Álvarez, pues como vimos en el anterior apartado, la red montañesa se comportó igual y el susodicho nunca tuvo reparos. De hecho, sabemos que revisó varias cuentas y siempre las aprobó sin ninguna observación. Por otro lado, debido al asunto de las dotes impagas, los mayordomos se convirtieron en

³⁹² AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 055

administradores de las rentas de la chacra Macas, razón por la cual entre 1743 y 1745 la Fuente, Echevarría y Benítez del Pino recibieron en cada año 1, 233 pesos, disfrutando así de la posibilidad de disponer de un gran caudal³⁹³.

Indudablemente el grupo de Echevarría aprovechó su acceso a los recursos y bienes y se benefició; Francisco Antonio de la Fuente favoreció a su hija Rosa de la Fuente con una dote de 1, 000 pesos que luego en 1750 confirmó José del Villar, esposo de la susodicha; Domingo de Unamuzanga también benefició a su hija Bernarda con una dote de 500 pesos como lo evidencia la carta de pago que en 1761 realizó Vicente Ferrer Martínez, esposa de la mencionada³⁹⁴. El mismo Miguel de Echevarría en complicidad con su socio de la Fuente aprovecharon su posición como mayordomos y patrones de los bienes de la cofradía para imponer una serie de capellanías utilizando estos recursos, en muchos casos, favoreciendo a sus parientes directos; por ejemplo, Mariano de Echevarría, hijo de Miguel, fue favorecido con una capellanía impuesta en una chacra en Luriganchó³⁹⁵. Esta era una práctica muy común de Echevarría, pues hizo lo mismo con los bienes de la cofradía de la Purísima Concepción, que también llegó a dirigir en el mismo periodo. El uso dispendioso de las rentas de la cofradía también se evidencia con la presentación de las cuentas de los mayordomos posteriores, pues una vez los montañeses volvieron al poder de la mano de Gaspar Quijano Velarde, este anotaba en su informe que entre 1748 y 1749 la cofradía tenía un ingreso regular de 673 pesos, casi el doble de lo que Pedro Benítez del Pino informó dos años antes.

Fueron pocos años los que el grupo de Echevarría dominó la cofradía ¿A qué se debió? Una explicación es la poca densidad numérica de la red, pues dice mucho de su poder de convocatoria e influencia entre otros hermanos, de hecho, debido a su menudencia les fue imposible controlar la cofradía del Rosario por más tiempo del que pudieron, pues necesitaban de agentes eficaces y votos efectivos. Al parecer, solo llegaron a hacerse con la hermandad debido al declive natural de la red iniciada por los Calderón y el desinterés de sus líderes principales, y no como consecuencia de un empoderamiento grupal. Aun así, que una red no haya sido lo suficientemente poderosa no anula su carácter de articulación política en tanto sus miembros se congregaron en un mismo espacio de sociabilidad, compartieron muchos vínculos en común y deseaban ascender socialmente a partir de la ocupación estratégica de cargos.

Evidentemente existe diferencias a nivel de resultados, control y acaparamiento efectivo entre las redes vasca y montañesa y el grupo de Echevarría; las primeras eran organizaciones clientelares extensas y cohesionadas, la segunda era políticamente intermitente y tuvo una limitada duración en el poder. De hecho, los montañeses volvieron a tomar la dirección del Rosario cuando en 1747 el conde de Torre Velarde fue “aclamado” mayordomo compañero de

³⁹³ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 006.

³⁹⁴ AHBPL, Nuestra Señora del Rosario, Libro 007.

³⁹⁵ AGN, Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1001, 1750, f. 1008.

Francisco Martín de Layseca; entonces se volvió al estado anterior. Otra vez, las cuentas de los mayordomos salientes eran aprobadas sin cuestionamientos como en 1748 lo hizo Pedro Gutiérrez de Cosío con el informe de Quijano Velarde. En ese ambiente, Francisco Antonio de la Fuente que había sido elegido mayordomo en 1748 renunció al cargo; y en cambio, ingresaron a la cofradía otros montañeses como Juan Antonio Bustamante Quijano, que en pocos años sería nombrado procurador y luego diputado. El ciclo y el relevo generacional volvió a iniciar.

Está claro que el grupo organizado en torno a Miguel de Echevarría no tenía mucha organización o mayores aspiraciones políticas. A diferencia de los vascos y montañeses, los líderes de este grupo requirieron de muchos agentes externos para ascender socialmente fuera de la cofradía, esto se debía a la escasa valoración social o poca influencia de los agentes que componían la red al interior de la congregación. A su vez, Echevarría murió en 1751 y con ello se frustró cualquier otro intento por controlar nuevamente la cofradía o tener mayor representación en el Consulado; además, cuando los principales líderes de la red consiguieron algunas recomendaciones y cargos durante la época de Manso de Velasco la facción se desarticuló por completo y los agentes de la red se contentaron con lo que obtuvieron; por ejemplo, Echevarría y Unamuzanga recibieron corregimientos; la Fuente logró una alianza familiar provechosa; Nieto de Lara ocupó cargos en la administración virreinal asistiendo directamente al virrey; Orrantía tenía una gran influencia en el Consulado, y sus descendientes estaban muy insertos en la Audiencia limeña; Lee Flores no tenía descendencia y Benítez del Pino se arruinó con el terremoto. Ante esta situación, al parecer se abandonó la articulación política en una clara visión política de tipo coyuntural y mucho más pragmática; además, la mayoría no tenían descendencia para seguir alimentando el núcleo de la red; los varones estaban muy jóvenes o se dedicaron a carreras eclesiásticas; tampoco hubo sobrinos o nueros eficaces; otros simplemente no tuvieron hijos; en ese contexto, los demás agentes se desperdigaron o se unieron a redes más eficaces y poderosas, sobre todo, la de los criollos descendientes de los vascos y montañeses de las redes ya vistas; por ello, los Villar consiguieron obtener puestos de prestigio en el Consulado al margen de la red política de Echevarría.

3.7.1. Vínculos múltiples

Los miembros de esta red política no tenían en común la procedencia, pues eran originarios de sitios bastante disimiles; una situación que la cofradía del Rosario toleraba debido a que no tenía restricciones en cuanto a este punto. Así, hubo vascos como Miguel de Echevarría, quien era de San Sebastián (Guipúzcoa); Domingo de Unamuzanga migró desde el

valle de Marquina (Vizcaya), Pedro del Villar³⁹⁶ nació en Elorrio (Vizcaya) y Juan Domingo de Orrantia era de Bilbao; por otro lado, Francisco Antonio de la Fuente era del valle de Aguilar del Campo, es decir, fue montañés; Pedro Benítez del Pino era cordobés; Joseph Nieto Lara era de Valladolid; y Vicente Lee Flores era del Puente de Santa María, ubicada en la actual Burgos. Como vemos, no existió mucho paisanaje entre ellos; en todo caso, todos eran migrantes y tenían el deseo común de ascender socialmente.

Además, la mayoría de los agentes políticos que estaban congregados en el Rosario compartían una exigua escala valorativa en la jerarquía social, pues a pesar de tener un relativo éxito en sus negocios y algún caudal no tenían el suficiente prestigio social si se les compara con los grandes señores de las redes vasca o montañesa; por ejemplo, Pedro Benítez en 1756 declaró que ese año era “muy pobre”, pues el terremoto de 1746 lo había dejado en la ruina; sabemos que el seísmo de aquel año afectó económicamente a muchos comerciantes, corporaciones y a las mismas cofradías, de hecho, estas últimas perdieron su esplendor inmobiliario de antaño debido a las ruinas de las casas y solares, sin embargo, las familias más poderosas a pesar de haberse visto afectada no redujeron su patrimonio dramáticamente, en cambio siguieron vinculadas al poder y a la élite local, no sucedió lo mismo con comerciantes con riquezas más susceptibles a estas contingencias. Sin embargo, si bien estos personajes no eran de los más poderosos entre la élite mercantil limeña, sí eran grupos superiores para los sectores pequeños y medios de comerciantes de la época.

Así, la participación de estos personajes en una cofradía preeminente como Nuestra Señora del Rosario dice que efectivamente sí cumplían con algunos requisitos sociales como cierta riqueza, contactos y amistades; aunque ello no les valió para ser integrados en la red hasta entonces dominante; por ello, tampoco pudieron vincularse con familias importantes; no consiguieron hábitos de caballería, y tampoco títulos de nobleza propios; incluso, para sostener políticamente a la red fuera de la cofradía fue muy necesario el soporte de los agentes externos; hombres de poder y cortesanos de la época; quizás solo por su ayuda, la red pudo mostrar cierta fortaleza una vez la facción montañesa entró en un breve receso. Del total de miembros de la red, el 66.67 por ciento pertenecía a la hermandad del Rosario; los agentes externos estaban congregados en otros espacios religiosos; por ejemplo, Lee Flores señalaba que era miembro de una cofradía en la iglesia de San Agustín, razón por la cual deseaba que su cuerpo fuera enterrado en su bóveda corporativa.

No precisamos datos de cuándo los principales líderes ingresaron a la cofradía, pero al parecer una vez dentro de la congregación no se vincularon con la red hegemónica, por lo que tardaron varios años en obtener puestos de importancia. Más adelante, recién en 1741 el grupo de Miguel obtuvo su empoderamiento cuando su socio Francisco Antonio de la Fuente se

³⁹⁶ Pedro fue hijo de Francisco del Villar, hidalgo de Elorrio; en 1746 ingresó como caballero a la Orden de Santiago (Turiso 2002: 334-335)

convirtió en mayordomo junto a Isidro Gutiérrez de Cosío, un suceso que puede entenderse como el debilitamiento de la red montañesa, que se vio imposibilitada en dominar todos los cargos estratégicos de la hermandad. Posteriormente, el grupo de Echevarría monopolizó durante tres años los principales puestos de la cofradía con las sucesivas mayordomías de Echevarría, La Fuente y Benítez del Pino. A su vez, el cargo de mayordomo fue de suma importancia para los dos primeros, pues en diversas escrituras notariales –y no solo en sus testamentos– se hacían llamar “los mayordomos” de Nuestra Señora del Rosario; esto era una inequívoca señal del aprecio que sentían por su nueva identidad social, en tanto les permitió ascender socialmente.

Asimismo, los agentes de esta red sí compartían el oficio, pues todos fueron comerciantes y como tal participaron y sociabilizaron en el consulado limeño. Las listas de asistentes a las juntas generales y la relación de comerciantes de los años cuarenta del siglo XVIII evidencian que personajes como Francisco Antonio de la Fuente, Miguel de Echevarría, Joseph Nieto de Lara, Antonio Félix de Celis, Pedro y Antonio del Villar, entre otros, participaban activamente en el Comercio. De hecho, el 73.33 de los integrantes del grupo de Echevarría estaban congregados en aquel gremio; sin embargo, su red no fueron del todo empoderada como para dirigirlo; incluso, mientras controlaban la cofradía del Rosario, el Consulado seguía en manos de los montañeses a través de las gestiones de Matheo de la Vega o Pedro Gutiérrez de Cosío; fue posterior a 1747 cuando los agentes externos de este grupo comenzaron a conseguir algunos cargos, aunque sin tener el dominio total, por ejemplo, Joseph Nieto de Lara fue cónsul entre 1749 y 1751; Pedro del Villar obtuvo el mismo puesto entre 1750 y 1753; este fue sucedido por Antonio del Villar entre 1752 y 1756; y Miguel de Echevarría fue contador receptor entre 1748 y 1751; este puesto le permitió trabajar en coordinación con Nieto Lara y Francisco Martín de Layseca, quien también era cónsul³⁹⁷.

Al inicio de sus carreras, estos comerciantes “menos prestigiosos” debido a su limitado prestigio y caudal no podían recurrir a intermediarios para realizar sus transacciones comerciales en Tierra Firme; por ello, realizaban las operaciones directamente viajando en las armadas y asistiendo a las ferias de Portobelo. Gracias a la lista de comerciantes que se embarcaron hacia Tierra Firme tenemos constancia que en la armada de 1722 Miguel de Echevarría y Domingo de Unamuzanga, quien iba acompañado de su pariente Miguel de Argaiz, viajaron juntos; en 1726 volvieron a compartir viaje, y también estuvieron presentes Joseph Nieto de Lara, Vicente Lee Flores y Felipe de Ucieda Gonzáles. Nieto de Lara el año anterior había nombrado como albacea a Francisco Antonio de la Fuente con la responsabilidad de cuidar su fortuna personal, evidenciando el grado de confianza que se tenían. Más adelante, durante los preparativos para la feria de 1731 volvieron a viajar juntos Echevarría y

³⁹⁷ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Consular, Leg. 1, exp. 158, 1749.

Unamuzanga, y también Juan Domingo de Orrantía³⁹⁸. Así, estas ocasiones fueron oportunidades perfectas para que comerciantes -como Miguel de Echevarría- pudieran vincularse con el universo mercantil de su época, y debido al tiempo natural de los viajes, podían estrechar lazos de amistad y relacionarse con personajes con similares perfiles y propósitos. De esta forma, y como propone Bertrand, las actividades profesionales y económicas condicionaban la base de una red, pues otorgaban la ventaja de ser un espacio para que los agentes involucrados se convirtieran en interlocutores entre ellos mismos y con los oficiales de la administración colonial (2011: 303).

Por supuesto, como en anteriores casos los vínculos no solo se sostenían por compartir un espacio común de sociabilidad como la cofradía o ejercer el mismo oficio, debieron existir otro tipo de consideraciones, uno de los más importantes fue la amistad. Como menciona Bertrand, el primer círculo de agentes que rodeaba a una persona era el compuesto por amigos, que dependiendo de su actuación ocupaban posiciones de importancia (2011: 307). Los integrantes de la red de Miguel de Echevarría y Francisco Antonio de la Fuente indudablemente se conocían, compartían negocios y se confiaban sus asuntos personales de forma directa, es decir, eran amigos en el sentido de la época. Como en los anteriores casos, podemos conocer la dimensión y los vínculos de amistad que existían entre los distintos agentes a través de las disposiciones notariales; por ejemplo, Joseph Nieto de Lara entregó su poder para testar en 1731 y 1739 a La Fuente, demostrando la confianza y durabilidad de su amistad; por otro lado, Vicente Lee Flores entregó su albaceazgo a sus socios y amigos de la red como Nieto de Lara, La Fuente y Layseca³⁹⁹.

Lee Flores también eligió como albacea a Joseph del Villar Andrade, más tarde beneficiado con el título de conde del Villar; este personaje conocía a todos los agentes de la red, de hecho, se había casado con María Rosa de la Fuente, la única hija de Francisco Antonio. Lo anterior confirmaba que el vínculo de amistad fundamentaba y podía originar otros tipos de relaciones como los familiares; una situación bastante peculiar en esta pequeña facción debido a la poca numerosidad de los agentes y la juventud de los hijos de los involucrados. En cualquier caso, el matrimonio Villar Andrade-La Fuente procreó a Mariana Clara del Villar, quien finalmente sería la heredera de su abuelo en 1764⁴⁰⁰. No sabemos si este Joseph del Villar tenía algún vínculo familiar con Pedro y Antonio del Villar; parece poco probable, pues en la genealogía familiar de Pedro no se menciona a Joseph ni a otro pariente con el apellido Andrade. Por supuesto, la amistad no siempre devenía en una alianza familiar, a veces se daba una situación inversa, es decir, que el vínculo amical se originaba en un clima familiar. Como

³⁹⁸ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 332, 1725, f. 498; AGN, Tribunal del Consulado, Gremios, Leg. 122, Exp. 698, 1730.

³⁹⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 385, 1750, 1864v y N° 398, 1755, 438v.

⁴⁰⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1014, 1764, f. 306.

ejemplo de lo anterior se encuentra los lazos que unieron a Miguel de Echevarría y Juan Domingo de Orrantía. No estaban emparentados. Sucedió que la esposa de Miguel era Isabel de Ucieda, cuya familia mantenía una buena amistad con Juan Domingo como lo demuestra el hecho que Francisca de Cáceres y Ulloa, madre de Isabel, solicitara su presencia como testigo en todas sus disposiciones testamentarias; y como algunas fuentes sugieren, al parecer Felipe Ruiz de Ucieda, esposo de la anterior, era dependiente del mencionado Orrantía⁴⁰¹.

A través de las disposiciones testamentarias de Miguel de Echevarría también podemos conocer a sus amigos y personas de confianza; por ejemplo, en 1750 nombró como albaceas a Joseph Nieto de Lara, Vicente Lee Flores y Silverio Banderas⁴⁰². No siempre fue así, en un testamento previo de 1730 declaró como albaceas solo a su esposa y su cuñado Felipe Ucieda Gonzáles. De esta forma, debemos considerar que las redes políticas no son atemporales o fijas en el tiempo, no siempre han existido para un individuo, sino se han formado en momentos concretos, de ahí la necesidad de ubicar estas articulaciones políticas en espacios y tiempos precisos. Así, una vez que Echevarría se relacionó con la red que formó en el Rosario pudo acercarse a un conjunto de socios, amigos y clientes y fueron ellos quienes recibieron la confianza de nuestro personaje para administrar sus bienes, revocando el albaceazgo que previamente le había dejado a su propia esposa Isabel, esta última acción realizada por causas un tanto desconocidas, pero al parecer dejó de confiar en ella por algún motivo, pues el susodicho también escondió unos brazaletes de oro que eran de su propiedad y se los encomendó a Nieto de Lara, quien debía guardarlos, pues no deseaba que su esposa los heredase.

Uno de los socios y amigos más eficaces de Miguel de Echevarría fue Silverio Banderas; quien estaba inscrito en el Consulado y fue admitido hermano 24 del Rosario gracias al auspicio de Echevarría. La posición jerárquica de ambos personajes supone que Banderas era un cliente efectivo; el primero viajó muchas veces a Tierra Firme para proteger los negocios de Miguel, y en su intercambio epistolar se aprecian las calidades de cada uno; por ejemplo, Silverio enviaba esclavos como regalos a los hijos de Echevarría en una clara intención de congraciarse con “su señor”⁴⁰³; y en una escritura notarial de 1749 Echevarría se declaraba fiador de Silverio, ya que este seguía un juicio y como tenía necesidad de viajar a Panamá no deseaba que sus bienes fueran embargados en caso perdiese, por ello, nuestro personaje se convirtió en su “deudor obligado”, ya que pagaría la fianza si fuese necesario⁴⁰⁴. Asimismo, la amistad de Miguel con Domingo de Unamuzanga también fue efectiva no solo en el espacio

⁴⁰¹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Felipe Gómez de Arévalo, N° 494, 1721, 379v.

⁴⁰² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1001, 1750, 1007v.

⁴⁰³ Es importante entender el “tono” en el cual estaban revestidas estas fuentes epistolares, pues en el lenguaje se puede vislumbrar la jerarquía entre los interlocutores. Así, el idioma utilizado por los clientes en el antiguo régimen estaba inundado de evocaciones que hablaban de “Mi señor”, sobre todo cuando se referían a personajes de estratos superiores (Gaudin 2010: 120-121).

⁴⁰⁴ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1000, 1749, 88v.

corporativo, sino también en los entornos de la corte. En efecto, al parecer ambos fueron beneficiados casi al mismo tiempo por el virrey Manso de Velasco. Miguel recibió un trabajo de sobrestante en la reconstrucción de palacio, y Domingo fue promovido a capitán de comercio. Más adelante, ambos recibieron un corregimiento; al primero se le asignó la jurisdicción de Cajamarquilla y al segundo la de Huarochirí, de hecho, este último prestó ayuda al virrey con provisiones y abastecimiento a las tropas reales cuando en 1750 tuvieron que hacer frente a la rebelión de los indios del lugar⁴⁰⁵.

Finalmente, una de las estrategias más eficaces para fortalecer vínculos y negocios fue el compadrazgo. En efecto, entre Miguel de Echevarría y Francisco Antonio de la Fuente hubo vínculos más allá de la formalidad de pertenecer y dirigir la misma cofradía; existió amistad y cierta filiación familiar, pues fueron compadres. Como hemos visto, el compadrazgo implicaba obligaciones morales y económicas, sobre todo, la referida a la promoción social y el cuidado de los hijos; pues, usualmente los padrinos debían proporcionar pequeños regalos, vestidos o encargarse de la educación y futuro de los ahijados; además que eran una garantía de la solidez de la amistad y fidelidad (Foster 1956: 251; Bertrand 2011: 301). Por ello, en 1759 La Fuente declaró en su testamento que era padrino de María y Mariano de Echevarría, ambos hijos de su compadre Miguel, quien había fallecido previamente, por lo cual debía encargarse de sus ahijados. Así, les aseguró el futuro con cierta herencia que les dejó con el objetivo de seguir carreras eclesiásticas; la primera como monja en algún monasterio de su elección y el segundo como presbítero de alguna orden religiosa; solo con esta condición ambos ahijados recibirían los montos prometidos, pues era difícil para Francisco, y más para Miguel, garantizarles matrimonios provechosos, sobre todo, por la obligación de entregar cuantiosas dotes⁴⁰⁶.

3.7.2. La estructura

Es difícil proponer una estructura en una articulación política cuya composición numérica era bastante limitada. En cualquier caso, y siguiendo los planteamientos ya comentados por Kettering, y apelando al software Ucinet, se puede distinguir en esta maraña de relaciones a dos personajes cuyas centralidades son evidentes, estos fueron Miguel de Echevarría y Francisco Antonio de la Fuente, quienes mantuvieron vínculos con los demás agentes y fueron los líderes principales del grupo. Ellos, a través de una serie de relaciones sociales de tipo amical, familiar y profesional, consiguieron articular a un conjunto no tan numeroso de cohermanos en el Rosario, y gracias a ellos lograron controlar por un breve periodo la dirigencia de la hermandad.

⁴⁰⁵ *Gazeta de Lima*, 23 de julio hasta 14 de setiembre de 1750.

⁴⁰⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1009, 1759, f. 117 y N° 1014, 1764, f. 306.

Debido a la poca numerosidad de la red, el grupo es más cohesionado y sus integrantes mantienen relaciones horizontales entre sí; sin embargo, los personajes visibles, y a quienes consideramos los líderes debido a su posición en la cofradía, fueron los citados Echevarría y La Fuente; a ellos habría que sumar una serie de socios y amigos congregados en el Rosario, que es muy difícil catalogarlos de clientes dado que no mantienen relaciones jerárquicas con algún patrón, salvo el caso de Silverio Banderas, que sí puede ser considerado un dependiente concreto de Echevarría. Los demás agentes como Unamuzanga, Benítez del Pino, Herrera, Layseca o Celis tienen una posición similar a los mencionados líderes y no tienen una relación de dependencia económica con ellos.

Así, la estructura de esta red puede ser considerada como una maraña de relaciones sociales entre individuos con posiciones socioeconómicas más o menos iguales, pero con liderazgos distintivos. Sin embargo, a diferencia de los vascos, que también era una red cohesionada y horizontal, pero con una amplia base de clientes, el grupo de Echevarría no recurrió a muchos personajes de este estatus o son difíciles de identificar. Los personajes clave en esta red fueron los agentes externos como Nieto Lara, Orrantía o Lee Flores quienes, desde el Consulado, la Real Audiencia o la corte, lograron vincular de forma decisiva a los líderes del grupo con los entornos del poder. Estos personajes poseían un capital simbólico propio, no estaban sujetos a las dinámicas de la red, y su influencia y poder tenían otros fundamentos, pero estaban relacionados con los líderes de esta pequeña facción debido a una serie de vínculos sociales como los ya expresados. La distintiva importancia de estos personajes en la articulación y empoderamiento de este grupo evidencia su tenue influencia y posición susceptible en el espectro social.

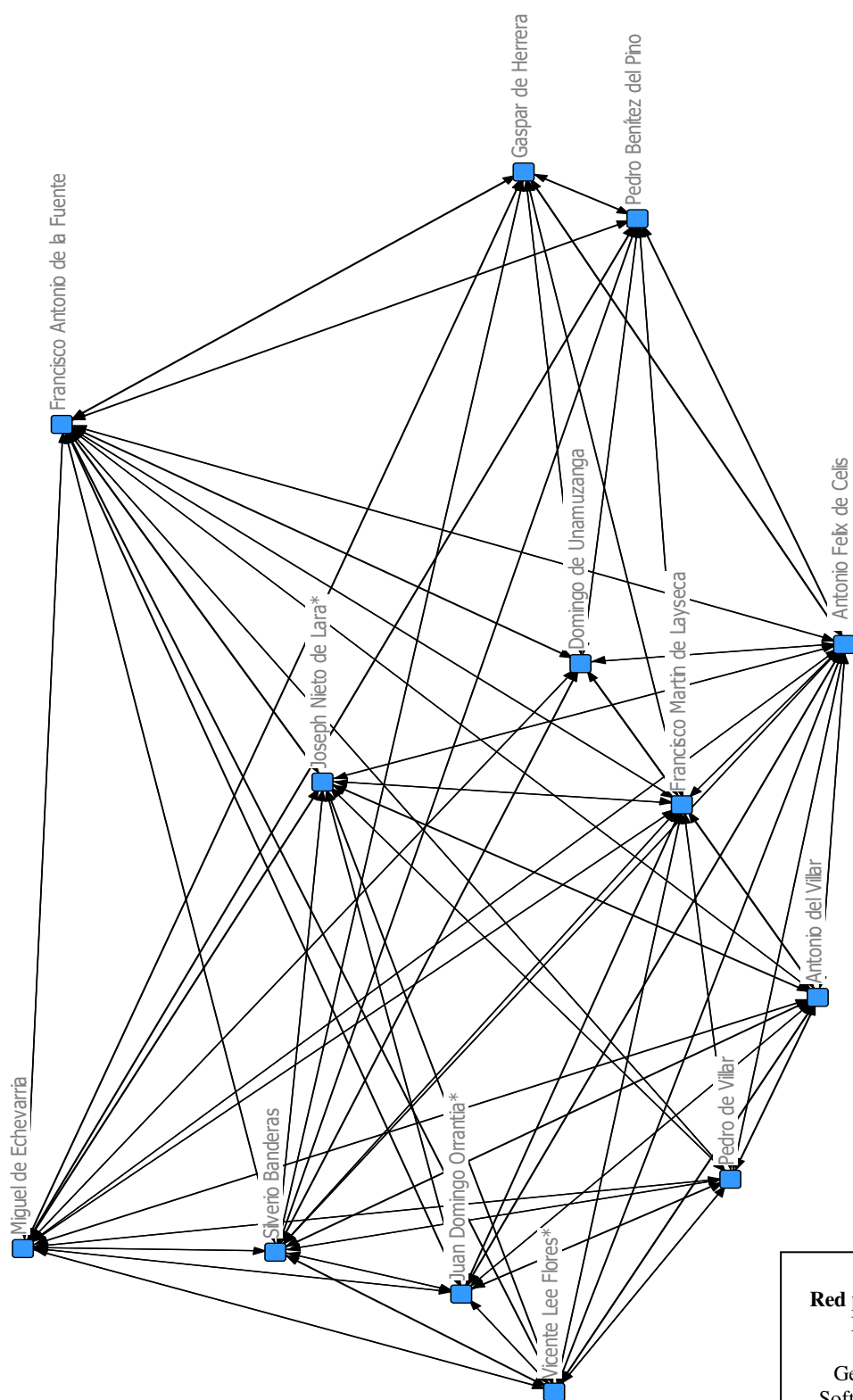


Gráfico 3
Red política Fuente-
Echevarría

Generada por el
Software UCINET.
Versión 6.685

Una vez trabajadas las redes políticas, las bases de su funcionamiento, los integrantes, los vínculos que los unían y su estructura, corresponde ahora analizar las finalidades que perseguían. En efecto, como menciona Bertrand, todas las estrategias de las redes ya vistas respondieron a un proyecto que puede expresarse en los siguientes términos: fortalecimiento del poder que poseían, la integración a las élites coloniales y la estabilización en el seno de esta última (Bertrand 2011: 256). Es decir, las redes buscaban el ascenso social. Para ello, era importante que los líderes, el núcleo de líderes o sus representantes más visibles accedieran a puestos en la administración virreinal, lo que originaba dos cuestiones: primero, que el grupo entero aumente su valoración social, y segundo, que los familiares de esos líderes se apoderasen de un sector administrativo, dando origen a la presencia de linajes en los órganos de gobierno como la Real Audiencia o el Tribunal de Cuentas. Recordemos que como sugiere Bertrand, la presencia de familias en esas instancias de poder no se reducía al empuje social de un individuo poseedor del empleo, sino también se debía a los vínculos y las relaciones sociales complementarias de otros agentes, ya que ello contribuía a acrecentar la influencia social de un individuo, puesto que las recomendaciones y redes de poder eran fundamentales para obtener un alto puesto como funcionario (Bertrand 2011: 259, 267 y 303).

A su vez, una vez el líder se encontraba en las esferas de poder, podía recomendar, nombrar, beneficiar con privilegios o promociones a varios miembros del grupo al que pertenecía. Así, en el siguiente capítulo nos dedicaremos a trabajar cómo las redes de poder tuvieron expresiones y acciones colectivas concretas que fueron decisivas para que los personajes líderes de las cofradías estudiadas ascendieran socialmente a través del consumo de cargos; para ello, trabajaremos los casos concretos de Juan Bautista de Palacios, Antonio de Querejazu, los Calderón, Isidro Gutiérrez de Cosío y Miguel de Echevarría. El caso de Joseph Tagle Bracho es quizás uno de los más explorados a nivel historiográfico, y solo aparecerá como complemento en los apartados relativos a los Calderón y Gutiérrez de Cosío debido a su contemporaneidad y familiaridad.

CAPÍTULO IV
LOS BUROCRÁTAS
ACCIONES COLECTIVAS DE LAS REDES, ASCENSO SOCIAL Y BENEFICIOS

*Las personas, no las instituciones, construyen
el sistema*

Manuel Rivero Rodríguez

En el capítulo anterior vimos como nuestros personajes ocuparon y coparon el cargo de mayordomo en las prestigiosas cofradías de Aránzazu y Rosario, espacios que permitieron la formación de redes políticas cuyo objetivo era empoderar a los principales miembros del grupo tanto dentro como fuera de la hermandad, ya que la mayordomía no era un fin, sino un medio para ascender socialmente, pues al ocupar tal cargo se lograba poseer una visibilidad social que permitía elevar el capital simbólico, y por ello adquirir oficios estratégicos y acercarse a la corte virreinal, donde las mercedes se repartían entre los mejores agentes políticos. En efecto, la corte era el mercado de favor de la época, y se buscaba pertenecer a este espacio de negociación, pues se conocía que el virrey tenía la potestad de entregar oficios y mercedes a una serie de agentes que pertenecían a sus complejas redes clientelares de cortesanos, amigos y burócratas (Torres 2007b: 630); por ello, tener una oportunidad para interactuar con el virrey fue de vital importancia para aquellos que deseaban ascender socialmente.

4.1. La corte virreinal

Cronistas, diarios de noticias e informes burocráticos durante los siglos XVII y XVIII recalcan que Lima era “la corte del Perú y capital del reyno”⁴⁰⁷. Según Elías, esta institución se desarrolló durante la formación de las monarquías modernas y fue un espacio en el cual la élite se autorreguló a través de normas de conducta y etiqueta (1986: 126-147). En ese sentido, la corte fue un espacio donde la aristocracia local se congració con las autoridades virreinales y se volvió un centro de negociación permanente entre el virrey y la élite local (Torres Arancivia 2007b: 11; Elías 1998: 339). Esta institución fue vital para una monarquía tan extensa como la hispana, pues garantizaba fidelidad en aquellos reinos, donde la presencia física del monarca era imposible; ya que los virreyes debieron lidiar con esos grupos locales que estaban ávidos por recibir recompensas en atención a sus calidades y buen servicio. Sin embargo, los vicesoberanos

⁴⁰⁷ *Gazeta de Lima*, 18 de enero de 1744; León Portocarrero 1958: 32.

tuvieron un margen más amplio de maniobra en aquellos lugares más alejados de la corte real como Perú o Nueva España⁴⁰⁸.

Debemos considerar que el virrey no fue solo un burócrata o un funcionario de la administración virreinal, se le consideraba la “viva imagen del rey”, una “encarnación”, un “alter ego”, una persona donde residía toda la soberanía y poder del monarca, de ahí la importancia de adquirir cercanía y contacto con él⁴⁰⁹. Si bien en los lugares donde residió compartía el poder con otros tribunales, su figura fue tan efectiva y simbólica que desencadenaba una poderosa fuerza de atracción entre las élites locales. Los cronistas y juristas de la época afirmaban que el cargo de virrey era el de mayor estima y lustre; por ejemplo, Solorzano y Pereira decía que gozaban del mismo “poder, mano y jurisdicción” que el del monarca; y en el siglo XVIII, Ulloa afirmaba que la autoridad del virrey era la mayor en todo el reino, que en él residía todo lo político, y gobernaba y disponía como más le convenía (Cobo 1956: 330; Latasa 2001: 116; Ulloa 1990: 52). En efecto, el virrey era la más alta dignidad del virreinato; y su poder no fue solo simbólico, pues tenía jurisdicción en temas judiciales, militares y políticos.

La imagen del virrey como encarnación del rey y la consideración de su poder no fue solo un discurso emanado desde los intelectuales de la corte; las autoridades y élites locales lo consideraban así; por ello, los grupos sociales altos de Lima se desvivían por demostrar su prestigio durante los recibimientos de virreyes y las fiestas de tabla en las que participaban. En efecto, el virrey era considerado una fuente de premiación; la encarnación del rey que podía y debía premiar a los mejores súbditos con recompensas y prebendas. Esta consideración estaba respaldada y justificada por la monarquía; de hecho, a fines del siglo XVII, aparecieron varios tratados en los que se respaldaba la participación de la aristocracia en el poder (Cañeque 2012: 12; Carrasco Martínez 1999: 81-82; Peña Rodríguez 2005: 46; Vásquez Gestal 2013: 66). Sin embargo, lo dicho hasta aquí no debe llevarnos a suponer que el virrey fue una figura intocable; de hecho, los virreyes tratados en esta investigación fueron denunciados, criticados y algunos fueron víctimas de élites muy renuentes a participar de las decisiones reales. Es decir, los virreyes fueron autoridades cuestionadas, pero del mismo cuestionamiento no se escapaban los monarcas en Madrid y nadie dudaba de su poder. Quizás debemos entender que los cuestionamientos respondían a la actitud impositiva de algunos virreyes que omitían las reglas locales de poder; en cualquier caso, que se cuestione el poder dice efectivamente que ese poder es real, y que diversas personas se quejaron de un entorno de poder demuestra que ese espacio, la corte, existía.

⁴⁰⁸ Al respecto véase Cardim y Palos 2012: 24; Bridikhina 2007a y b, Blank 1974; Valenzuela 2001; Solano Camón 2012: 149-168; Olival 2012: 287-318; Palos y Fraga 2012: 345-390; Pérez Samper 2012: 415-422.

⁴⁰⁹ Véase Cañeque 2011: 15; 2004: 26-27; 2012: 301-310; Merluzzi 2012: 205 y 209; Solano Camón 2012: 149; Torres Arancivia 2006: 71.

Hay una bibliografía abundante sobre la corte en general, aunque el caso peruano ha sido menos trabajado. Si bien esta institución tiene muchas acepciones y significados⁴¹⁰, nosotros la entendemos como el eje indiscutible de la vida política, social y cultural de la sociedad monárquica, no era solo el hogar del soberano, sino el centro del gobierno (Elliot 2010: 328). De esta forma, los integrantes de la sociedad cortesana no podían ser solo los criados directos del virrey, sino también los funcionarios reales y a los criados de estos. Así, la corte era la casa del gobernador en la que asistían las principales autoridades, pues se le consideraba el centro político del virreinato. En efecto, no es simbólica la definición de “casa”, pues como afirmaba el *Diccionario de autoridades* en 1729, y confirmaban diversos cronistas, en el lugar residía realmente el soberano, pero también tenían sitio las oficinas administrativas del gobierno como la Audiencia, la Contaduría Mayor, la Caja Real, la Tesorería y el Consulado (Cobo 1956: 309; León Portocarrero 1958: 34; Lévano 2006: 20; Álvarez-Osorio 1997: 74-75; Odriozola 1865: 20 y 38). Así, en el palacio virreinal se daban todo tipo de relaciones cortesanas y clientelares, pues los criados, familiares y burócratas convivían en un mismo espacio áulico; por ello la casa del virrey también se consideraba como un centro de patrocinio político, un lugar en el cual gobernante y gobernantes estaban en comunicación, donde se daban audiencias, se recibían visitas y se organizaban todo tipo de rituales políticos y religiosos (Constantinidou 2010: 957; Bicalho 2012: 403; Rivero Rodríguez 2011: 133, 141, 151 y 157).

En este escenario, si un individuo quería ascender socialmente y pertenecer a la corte debía recurrir a una serie de estrategias que lo llevaran a tener visibilidad ante los ojos del vicesoberano (Bridikhina 2007a 19-20). En esta investigación proponemos que una de esas estrategias fue la dirección de cofradías prestigiosas, pues esto permitía dos cosas: primero, articular una red de poder efectiva que sería la base para la consecución de cargos políticos que llevarían al individuo al espacio de mediación y negociación con el virrey, y segundo, elevar el capital simbólico durante procesiones y fiestas, en las que también participaba el virrey. Nos importa, sobre todo, lo inicial. Como menciona Ovalle, el ser electo mayordomo era resultado de la pertenencia a un grupo social (una red política) y una proyección simbólica de aquellos preferidos que tenían una oportunidad de figurar en las ceremonias públicas (2018: 123). Por supuesto, hubo muchas otras estrategias, algunas centradas en la habilidad personal del individuo, pero eso no interesa en esta investigación. Además, debe tenerse en cuenta que dirigir una red política preparaba mejores condiciones para acceder a un entorno de poder -la corte-, que ya tenía la presencia de familiares, amigos, criados y favoritos del virrey, aún más en una época como el siglo XVIII, en la que se debió competir inicialmente con los cortesanos franceses (Vásquez Gestal 2013: 136).

⁴¹⁰ Bridikhina afirma que la corte puede ser entendida como la ciudad centro del poder, el espacio donde se desenvuelven los criados y funcionarios del gobierno o el espacio donde se manifiestan todas las instituciones corporativas (2007a 141-142)

Generalmente se ha trabajado la composición de la corte desde el punto de vista del *entourage*, es decir, el espacio de los favoritos, criados y allegados del señor⁴¹¹; por el contrario, en esta investigación entendemos que en la corte también actuaba un equipo de gobierno conformado por secretarios, ministros, consejeros, asesores o válidos, quienes influían decisivamente en la toma de decisiones (Krebs 1979: 38; Fernández de Córdova 2004: 52; Elliot y Brockliss 1999; Thompson 1999: 25-41; Boyden 1999: 43-58; Levy Peck 1999: 81-104; Maczack 1999: 205-225). En los informes de virreyes ya se dejaba en evidencia el papel predominante de estos personajes, que contactaban al virrey con las élites locales y atendían los asuntos del gobierno (Atanasio Fuentes 1859: 287). Durante los siglos XVII y XVIII, el entorno cortesano podía dividirse en dos grupos; de un lado, los criados, familiares y amigos del virrey que eran parte de su séquito y por otro, la élite local, no solo los que lograban algún tipo de empatía con la autoridad, sino también los representantes de las corporaciones políticas como la Audiencia, Cabildo, Tribunal de Cuentas, Consulado, etcétera (Valenzuela 2001: 82; Torres Arancivia 2006: 33 y 37; 2007a 78; Álvarez-Osorio 1997: 75).

Así, en esta investigación entendemos la corte en un sentido amplio, donde no actuaban solo los familiares y criados directos del virrey, sino también los funcionarios, burócratas y miembros de la élite local. De esta forma, concebimos el espacio cortesano como un perenne lugar de negociación en el que los notables locales participaron consiguiendo el favor directo del virrey o negociando con aquel algunas prebendas y favores. Asimismo, esta situación se debía a que los virreyes, al llegar a su dominio, veían que era necesario negociar con las élites para ejercer su tarea gubernativa; por ello, la corte fue un espacio amplio en que muchas personas veían posible participar como parte de la esfera cortesana de administradores (Torres Arancivia 2007a: 81). Este planteamiento no es inusitado, los trabajos de Elton (1976), Smuts (2004) y Büschges (2001) ya consideraban importante tomar en cuenta en los estudios sobre la corte la presencia de funcionarios y burócratas, así como a todas las personas que por su oficio, rango o simple favor estaban en contacto con el soberano; por ello, en nuestro trabajo hemos tomando atención al papel de aquellos que se desempeñaron como representantes de los cuerpos políticos y cómo esto los acercó a los entornos del virrey.

De hecho, actualmente las líneas de investigación sobre la corte incluyen como perspectiva de análisis las relaciones de poder entre el virrey y las instituciones administrativas coloniales; por ello, nosotros entendemos a esta institución como un foro de contactos y nexo político entre el virrey y las élites locales (Gil Puyol 1997: 234-238). Es por ello que en esta investigación no tomaremos en cuenta al séquito personal del virrey que se trasladaba desde España, sino a la élite local que recurrió a diversas estrategias para acercarse a este espacio de negociación y obtener las mercedes que el virrey estaba dispuesto a ofrecer, pues según las

⁴¹¹ Al respecto véase Torres Arancivia 2006: 76; Bertrand del Balzo 1965: 131-132.

concepciones políticas de la época, debía asegurar lealtades personales y apoyo a su gobierno mediante la concesión de premios (Cañeque 2001: 39; 2004: 58; 2005: 8 y 11; 2014: 90-91)⁴¹². Si bien dentro de la corte variaba la cantidad y el tipo de mercedes que una autoridad podía entregar, usualmente el virrey podía ofrecer corregimientos, rentas, cátedras universitarias, puestos cortesanos, contratos o recomendaciones.

¿Nuestros personajes fueron cortesanos? Si nos limitamos a la definición clásica de “cortesano”, es decir, un allegado, pariente, criado o favorito del virrey entonces veremos que es difícil establecer esta relación, por lo menos documentalente; sin embargo, esta investigación entiende que un cortesano también podía ser un burócrata del gobierno, aunque como advierte Torres, hay que tener cuidado en considerar a este grupo de administradores como cortesanos debido a la enorme cantidad de personas que frecuentaban, trabajaban y negociaban con el vicesoberano (2006: 81). De todas maneras, hay que cuestionar aquella visión en la que el virrey vivía solo en su palacio junto a sus criados y allegados, casi alejado de la sociedad; por el contrario, los virreyes peruanos convivían con sus favoritos, asesores, administradores y magistrados del gobierno, pues estos tenían sus oficinas en el palacio virreinal. Asimismo, el virrey se codeaba con la élite local y compartía el espacio áulico en ceremonias, fiestas cívicas y religiosas de la ciudad, ya que –como señala Torres– compartir el espacio de poder con el virrey demostraba el prestigio de las personas, dado que el rango social del noble estaba determinado por la proximidad al gobernante (2006: 46).

No obstante, pese a la sugerente y justificada propuesta de considerar a las autoridades virreinales como cortesanos *sensu stricto*, es bien cierto que hace falta una profunda discusión sobre la naturaleza y composición de la corte virreinal peruana en el siglo XVIII, asunto que no compete a este trabajo; por ello, para evitar proposiciones arriesgadas, hemos preferido considerar a nuestros personajes como burócratas, quienes gracias a esta posición privilegiada lograron acercaron al entorno cortesano del virrey. Según Garavaglia, los burócratas de la época estaban caracterizados por estar enlazados con las familias destacadas de la localidad, su poder y elección estaban basados en las redes familiares y sociales (¿políticas?), solían tener la potestad de heredar el cargo a sus hijos/amigos, seguían una serie de ascensos sucesivos en puestos ordenados jerárquicamente y solían recurrir a los antecedentes familiares para obtener un cargo (2012: 7-13). Nuestros personajes cumplieron todas estas características, ya que como veremos, obtuvieron los cargos gracias a las redes políticas en la que estaban implicados,

⁴¹² La naturaleza del soberano como una fuente de premiación estaba justificado doctrinariamente según los parámetros del paternalismo y patrimonialismo, ya que el monarca era considerado dueño de todo el reino, por ello podía disponer de riquezas, cargos y títulos de forma privada; esto le permitía entregar parte de su dominio a la élite local, y con ello garantizar la fidelidad, pues como afirma Weber, un estado patrimonial es una forma política en la cual se guardaba sumisión hacia una autoridad concreta (1978: 753). Claro está, la obediencia y fidelidad no era desinteresada, sino estaba condicionada por el agradecimiento, ya que como propone Mauss, la capacidad de entregar dones generaba una reacción inmediata de agradecimiento (2009: 70-75).

muchos apelaron a los servicios de sus familiares ascendentes, otros designaron a los favoritos de su entorno y clientela para que les heredasen el cargo, y por supuesto, todos llegaron a relacionarse con la corte virreinal.

Efectivamente, nuestros personajes consolidaron su rango social dentro del grupo de comerciantes; se posicionaron como hombres de negocios influyentes dentro de la élite local, pero fue el consumo de cargos lo que les permitió alcanzar un estatus privilegiado dentro de la sociedad virreinal a nivel general, siendo reconocidos como hombres de gran poder por todos los sectores sociales; y al obtener cargos políticos de incuestionable poder, participaron en los espacios de negociación con el virrey, a quien trataron, compartieron su poder de decisión y lo acompañaron en las importantes ceremonias y rituales, es decir, estaban visualmente cerca de la encarnación del rey. Así, hay una relación implícita entre el consumo de cargos y el ascenso social, ya que a medida que se ocupaban cargos, se incrementaba el poder e influencia. De tal forma que la posesión del cargo mayordomo y las redes políticas que sostenían a sus principales miembros lograban el ascenso social, ya que estas últimas proveían de contactos eficaces que permitía la adquisición de un oficio en la administración virreinal.

Nuestros personajes fueron comerciantes exitosos, tenían autoridad dentro de su grupo social, poseían un capital simbólico indudable y, además, estaban emparentados con familias de prestigio, aun así, demandaron la ocupación de cargos políticos ¿por qué? Según Balandier (1969) la posibilidad de obtener un cargo permitía que un individuo se posicionara por encima de otros de su mismo grupo social, acentuando la distinción y jerarquía de las personas. Además, como afirma Ovalle, no bastaba con pertenecer al comercio en general, sino para ser considerado por el colectivo social era preciso posicionarse en instituciones de influencia (2018: 123). En efecto, nuestros personajes ocuparon puestos de importancia en la administración, pues fueron alcaldes del Cabildo, priores del Consulado, regentes el Tribunal de Cuentas, oidores de la Real Audiencia y corregidores; la capacidad de tener estos oficios dice mucho de su poder y su exitoso ascenso social, pero además indica que llegaron a vincularse con la corte virreinal.

Así, en esta investigación, la corte fue un espacio amplio de negociación y participación política en el que intervinieron burócratas, autoridades virreinales, representantes de los cuerpos políticos y la élite local. Visto de esta forma, nuestros personajes, al obtener el estatus de burócrata, llegaron a circundar el espacio cortesano, y gracias a ello recibieron recomendaciones, mercedes y favores; por ello, ahora corresponde seguir el consumo de cargos burocráticos por parte de nuestros comerciantes; así como el apoyo efectivo, “las acciones colectivas”, de los miembros de sus redes políticas, su participación en la corte y los premios obtenidos; todo esto sucedido mientras eran mayordomos de sus cofradías respectivas.

4.2. Juan Bautista de Palacios, de capitán de milicia a asentista real

4.2.1. Los inicios, militar y caballero

Juan Bautista de Palacios llegó a Lima y se vinculó con la élite local; aprendió el oficio del comercio; y gracias a la interacción con muchos paisanos pudo inscribirse en la cofradía de Aránzazu en 1692; esto le permitió ascender socialmente, pues ya en 1695 obtuvo el grado de capitán de milicia. Una de las formas más rápidas para ascender socialmente era seguir una carrera militar. Muchos de los personajes mencionados en esta investigación siguieron este camino, pues fueron tenientes generales, maestros de campo, mariscales de campo o coroneles de regimiento. Los grados militares no eran superficiales, pues la élite los relucía como marcas de prestigio y calidad, además era una referencia de jerarquía individual aun dentro del mismo grupo aristocrático, pues entre los grados existieron relaciones de jerarquía, así los rangos más prestigiosos fueron los de maestre de campo y general (Valenzuela 2001: 58-59). Juan Bautista siguió una exitosa carrera militar, pues pasó de maestre de campo a teniente general y finalmente general. Esta carrera castrense tenía como objetivo lograr un hábito de caballería, ya que para acceder a esta merced importaba el oficio militar. Según Wright, las órdenes de caballería estaban revestidas de prestigio y fueron espacios atractivos para todo aquel que deseaba demostrar hidalguía (1969: 34-39). Si bien las órdenes militares entraron en decadencia en el siglo XVII, Felipe V les otorgó una nueva vitalidad al impulsar que los nobles de menos poder, aquellos que no estaban emparentados con la realeza, participaran en estas organizaciones (Gijón Granados 2009: 197-198), por ello, las élites regionales (como las de Perú o Nueva España) tuvieron mayores oportunidades para vincularse con estas corporaciones.

En efecto, Lima, más que cualquier otro reino en América, tenía muchos integrantes de estas corporaciones; por ejemplo, en aquella ciudad hubo 230 caballeros de Santiago, mientras México solo poseía 105 (Lohmann 1993: LXXIV). Además, el periodo en el cual nuestros personajes actuaron coincide con los intervalos en los cuales se brindaron varios hábitos de caballería, solo entre 1691 y 1710 se entregaron 70. Así, no fue extraño que nuestros personajes accedieran a tal distinción gracias a la predisposición del Consejo de Órdenes de entregárselas a pretendientes limeños. Los requisitos para ingresar a una orden eran muchos, no solo se exigía una carrera militar, también se tomaba en cuenta el prestigio social, caudal y recomendaciones del pretendiente. Juan Bautista cumplió con todas las demandas, por ello en 1702 obtuvo el hábito de caballero de Santiago, la principal orden militar que existía en la península, y hasta antes de la fundación de la orden de Carlos III era donde confluyeron todos los personajes de prestigio; la encabezaba el papa, y en España el monarca la administraba como “maestre”, aunque el gobierno efectivo lo realizaba el Consejo de Órdenes (Gijón Granados 2009: 108).

Gracias a esta merced Juan Bautista pudo impulsar su carrera con mayor ahínco, pocos años después se hizo mayordomo de Aránzazu (1704) y luego cónsul del gremio mercantil (1705).

La red política vasca tuvo influencia al momento de conseguir estos hábitos, pues no hay que entender estas peticiones solo como los deseos personales de un individuo, sino como la estrategia colectiva de un grupo de comerciantes migrantes que buscaban empoderarse socialmente. Entre 1698 y 1702 muchos de los integrantes del grupo de Aránzazu realizaron las respectivas solicitudes ante el Consejo de Órdenes; en 1698 lo hicieron Marcos y Pedro de Ulaortua; en 1700 lo hizo Bartolomé de la Torre; al año siguiente Francisco de Herboso realizó la solicitud, y en 1702 hicieron lo propio Ignacio de Jauregui, y por supuesto, nuestro Juan Bautista de Palacios. En todas estas solicitudes fue determinante la colaboración de testigos que confirmaran las pretensiones de hidalguía de los susodichos; en la mayoría de estos expedientes actuaron Vicente de Aramburú, Manuel de Montoya, Agustín de Torres y Portugal, Pedro Vázquez de Velasco y Juan de Vergara y Pardo. En ese momento, todos residían en Madrid y conocían a la generación de jóvenes migrantes vascos, por ello no dudaron en respaldarlos; por ejemplo, Vergara y Pardo aducía que frecuentó a la familia Herboso y Luza durante varios años; mientras Torres y Portugal y Aramburu mencionaban las excelentes calidades de Palacios y Jauregui⁴¹³. A su vez, Juan Vergara y Pardo era familiar de Lucas Vergara y Pardo, actor fundamental en la dirección del Consulado y cuyo hijo del mismo nombre desempeñaría una notable carrera en el Cabildo, incluso, ayudando a Palacios en la obtención de la alcaldía. Asimismo, Pedro Vázquez de Velasco era sobrino de los hermanos Pablo y Andrés Vázquez de Velasco, el primero oidor de la Audiencia y el segundo prior del Consulado, durante los años en los que Palacios ejerció el cargo de cónsul.

Así, estos hábitos fueron gestionados en el primer cuarto del siglo XVIII cuando la red vasca estaba comenzando su ascenso social, por ello proporcionó una serie de contactos útiles que serían importantes para que varios de sus agentes consiguieran un hábito de caballero, por supuesto, estos contactos no eran necesariamente solo los integrantes de la red, sino también cualquier personaje que por alguna razón tuviese algún contacto con los anteriores, ya que la cofradía fue un espacio proclive para interactuar y conocer a la élite limeña.

4.2.2. El cónsul y la red vasca en el Consulado

Como afirma Brading, el Consulado fue el pilar fundamental para el orden mercantil en tanto era la institución que se encargaba de recaudar los impuestos, defendía los intereses de los comerciantes -el oficio principal de nuestros personajes-, y en general era la voz política de los grandes intereses mercantiles de la época (2004: 153). Como la mayoría de los integrantes de la

⁴¹³ AHNM, Consejo de Órdenes, Exp. 3387, 1701.

red vasca de Aránzazu fueron comerciantes, era necesario demostrar el poder grupal al acaparar y monopolizar los principales cargos del gremio. Tuvieron éxito. Como vimos en el anterior capítulo, entre 1700 y 1727, la mayoría de priores y cónsules del Comercio pertenecían a la red articulada en Aránzazu. A partir de 1700 figuraban en estos oficios Francisco de Velaochaga, Pedro de Ulaortua, Bernardo de Solís Vango y Martín de Echevarría. En 1705, Juan Bautista de Palacios fue cónsul del Tribunal del Consulado, solo un año después de haber conseguido el cargo de mayordomo, definitivamente esta situación le otorgó una posición privilegiada entre los comerciantes vascos. Al igual que la mayoría de cargos corporativos, se necesitaba apoyo y votos para acceder a uno de estos oficios. Como demuestran los documentos generados por esta institución, se convocaba a elecciones en diciembre, en esa misma fecha, además se abría el libro de matrícula para los nuevos comerciantes que quisiesen pagar el derecho correspondiente y tener el privilegio de voto. Las elecciones se formalizaban los primeros de enero del año siguiente. No existía un sufragio directo, sino se conformaba una junta de electores quienes proponían nombres de personas para los oficios; finalmente votaban por los más idóneos. En cualquier caso, se necesitaba el apoyo efectivo de una red amplia de comerciantes, quienes elegirían y luego sostendrían las gestiones de sus líderes, socios y cohermanos.

Palacios fue cónsul del Tribunal del Consulado en 1705 y 1706; y contemporaneizó con Andrés Vázquez de Velasco, Cristóbal Vázquez de Echave y Cristóbal de la Huerta⁴¹⁴. El cargo era uno de los más prestigiosos dentro de la estructura burocrática del comercio, pues era considerado apoyo del prior; también percibía un sueldo que se asemejaba a lo que ganaban algunos corregidores. En efecto, mientras el prior recibía un sueldo de 1, 625 pesos, el cónsul cobraba 1, 300 en el siglo XVIII (Luque 2011: 94-95). Asimismo, nuestro comerciante afrontó un contexto político y económico bastante difícil, pues la muerte del conde de Monclova, la guerra de sucesión y el gobierno de la Audiencia gobernadora (1705-1707) volvieron difuso el núcleo cortesano, por ello muchos de nuestros personajes no vieron sus expectativas de ascenso social cumplidas de forma inmediata, pues la influencia de los oidores locales en el gobierno fue bastante polémica (Tovar 1957/1958).

El sector criollo de la Audiencia tenía bastantes contactos con los comerciantes de la época, por ejemplo, el oidor Pablo Vázquez era hermano del prior Andrés Vázquez; y Miguel Núñez de Sanabria había sido asesor del Consulado, incluso se casó con Rosa Santiago Concha, hija del marqués de Casa Concha (Tovar 1957/1958: 354). Pese a esto, la relación no siempre fue cordial; sucede que el grupo criollo colocó en puestos estratégicos a familiares y allegados, en cambio, los comerciantes que estaban ascendiendo socialmente quedaron postrados. Asimismo, cuando la Audiencia debía garantizar las armadas encontró una férrea oposición de la élite mercantil, que alegaba no podían seguir con aquel sistema, pues el comercio ilegal francés

⁴¹⁴ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 6, Exp. 152, 1706.

afectaba sus negocios. Esta situación la afrontó Palacios, quien comúnmente aparece en los intercambios epistolares entre ambos cuerpos políticos. La Audiencia nombró a Juan Bautista Mendive, quien estaba a cargo de los navíos *Capitana* y *Almiranta*, como el organizador de la armada, un actor que pertenecía a las redes Palacios-Querejazu, por ello los dirigentes del comercio lo respaldaron, ya que el primero solo promovió una convocatoria formal; en cambio, apoyó a muchos de los comerciantes que se negaban a viajar a Panamá (Tovar 1957/1958: 419).

El sentir general de los comerciantes era que participar en las armadas los arruinaba económicamente, ya que compraban bienes a precios altísimos en Portobelo, y una vez en Lima no tenían comprador, pues el mercado limeño ya estaba saturado de mercaderías francesas baratas debido al contrabando. En efecto, el sistema de armadas ya estaba erosionado desde los tiempos del conde de Monclova, por ello, en 1706, los comerciantes a través de Cristóbal de Echave, Juan Bautista de Palacios y Cristóbal de Huerta enviaron un memorial donde consideraban que la última feria de Portobelo de 1697 había originado pérdidas debido a que llegaban varios navíos a Buenos Aires introduciendo “ropas en exceso” y abasteciendo a Chile y demás provincias, por lo que los comerciantes limeños se vieron obligados a rebajar sus precios, fiar y soportar cuantiosas pérdidas. Como afirmaban, luego de nueve años no habían vendido todas las mercancías adquiridas en la feria y pensaban que no recuperarían ese dinero (Moreyra 1956 T. I: 13-14).

En este difícil contexto, Palacios no podía afrontar el gobierno del Comercio con su sola voluntad, debía tener un apoyo efectivo de un conjunto de comerciantes, quienes a su vez eran sus cohermanos e integrantes de su red política. Por ello, muchos de sus socios y agentes de confianza respaldaron sistemáticamente las propuestas de la dirección del Consulado a la que Palacios pertenecía. En las juntas generales de 1705 y 1706 participaron Martín de Echevarría, Ignacio de Jauregui, Juan Esteban Munarris, Gabriel de Borda, Joseph de Garazatua, Pedro de Ulaortua, Francisco de Velaochaga, Pedro Sosaya, Andrés de Aqueregui, Bernardo de Solís Vango, Juan de Murga, Antonio de Querejazu, Lucas de Vergara y Francisco de Oyague (Moreyra 1956 T. I: 5-11). Sin embargo, la situación era más difícil de lo expresado. Como menciona Vásquez Gestal, a inicios del siglo XVIII, Felipe V, en un contexto de cambio dinástico y guerra internacional, tuvo que apelar a la fidelidad de sus súbditos para mantener a la monarquía, por ello, tuvo que recurrir a mecanismos de conciliación social y jugar con los intereses locales, sobre todo, de los grupos sociales altos que veían en la llegada de un nuevo monarca una oportunidad para ascender socialmente (2013: 69-71). Pero estas consideraciones debían coincidir con la consecución de recursos económicos necesarios para sostener a esa monarquía; con ese objetivo, el nuevo monarca encomendó a la Audiencia gobernadora y sus primeros virreyes la celebración de ferias comerciales y el envío de flotas con los quintos reales.

Así, el empeño de la Audiencia por garantizar la feria debe entenderse en estas claves, pues aducían que era preciso para los intereses de la monarquía, que se hallaba “tan necesitada

de caudales”, y solicitaban que el Consulado garantizara a los comerciantes, medios y caudales necesarios para ello. Si las solicitudes de la Audiencia se realizaban en nombre del monarca, los comerciantes no podían mostrar una actitud renuente solo porque sí; entonces, lo que hicieron fue mostrar fidelidad declarativa al nuevo rey, pero al mismo tiempo obstruían las medidas que se supone beneficiaría a la monarquía. Echave, Palacios y Huerta, como voces del Consulado, incidían que el gremio siempre “se había esmerado en anteponer el servicio de S.M los intereses y beneficios propios, consagrando su vida y haciendas a la menor utilidad de la Real Hacienda por ser leales y obedientes vasallos”, por ello, indicaban que los comerciantes que voluntariamente querían ir a la feria lo harían (Moreyra 1956 T. I: 7). La feria no se realizó hasta 1708, es decir, hubo dos años en los cuales la Audiencia, luego el virrey, y el Consulado intercambiaban pareceres y acusaciones sobre el estado económico del virreinato.

Por otro lado, la Audiencia pedía que el Consulado indicara con precisión qué comerciantes y cuántos caudales se embarcarían, y el gremio mercantil incidía en que esto era un asunto voluntario; por supuesto, pocos comerciantes querían ir a la feria, por ello, presentaron formalmente los motivos que les impedía hacerlo. El gremio mercantil consideraba que los graves perjuicios se ocasionaban con el ingreso de mercaderías por Buenos Aires, el comercio ilegal desde Nueva España y la llegada de navíos franceses con mercaderías al Callao, Pisco, Arica y Concepción. Todo ello hacía imposible viajar a las ferias, pues muchos estaban en ruinas o habían consumido sus caudales (Moreyra 1956 T. I: 14-18). Por supuesto, esta dramática presentación de la riqueza de los comerciantes fue más un discurso que una realidad, ya que, muchas fortunas se generaron en esta época; durante las armadas, la mayoría de nuestros personajes enviaron grandes caudales; y otros tenían el suficiente dinero para vivir lujosamente, comprar títulos y demostrar su poder económico a través de donaciones importantes. Sucede que los negocios que enriquecieron a nuestros personajes también estaban basados en el contrabando; por ejemplo, es conocido que Joseph Tagle Bracho recibió una multa por participar en el comercio ilegal, sucedió lo mismo con Ignacio de Jauregui e incluso Antonio de Querejazu poseía productos provenientes del tráfico ilegal de mercaderías chinas desde Nueva España. En ese sentido, muchos comerciantes vieron que las ferias de Portobelo generaban más inconvenientes que beneficios, además, los impuestos que pagaban hacían que el comercio formal fuera menos apetecible que el establecido con los franceses (Turiso 2002: 109).

En estas circunstancias, los comerciantes dirigentes del Consulado debían sopesar su declarada fidelidad a la causa borbónica y al mismo tiempo mantener los intereses comerciales, que en ese momento estaban alejados de las ferias y muy comprometidos con el comercio ilegal, aunque oficialmente exponían sus quejas sobre el “desorden”, acusaban las medidas insuficientes del gobierno, y exigían sanciones con tal de preservar los espacios de poder y las prerrogativas oficiales que gozaban (Turiso 2002: 109). Los dirigentes del Comercio como Palacios aducían que “el comercio es leal al rey y sabe abandonar sus intereses propios”, pero

en realidad se mostraron poco colaborativos con el envío de caudales a la feria; entonces, corporativamente defendieron los intereses de los comerciantes y de los propios miembros de sus redes, de ahí la importancia de controlar un espacio como el Consulado, pues, aunque era conocida la participación de muchos en el contrabando, se aducía que no se sabía específicamente quienes eran, de ahí que no los castigasen (Moreyra 1956 T. I: 30-34). En 1707, la Audiencia gobernadora temió que en el comercio se asentara una posición adversa al régimen e impusieron en la dirigencia a Pedro de Ulaortua y Joseph de Garazatua como prior y cónsul (Tovar1957/1958: 408). Sin embargo, estos hombres estaban vinculados a la red Palacios-Querejazu, por ello tampoco garantizaron la armada, incluso, se le opusieron tenazmente. En consecuencia, a pesar de la intromisión de la Audiencia, no hubo ninguna oposición real al gobierno de los mencionados, por el contrario, muchos vieron con agrado su designación.

Si bien Palacios dejó de ser cónsul, la red vasca a la cual pertenecía y apoyaba siguió al frente del Comercio. En 1707 asumió el gobierno el marqués de Castelflos; el contexto que encontró fue el mismo al expresado líneas atrás: el comercio formal en declive, el contrabando francés, la merma de los impuestos mineros, el poco caudal en las cajas reales, deudas pendientes en las cajas de Chile y Buenos Aires, defensas militares en penosa situación, fraude en la producción de azogue; en general, una situación fiscal precaria (Sala I Vila y Moreno 2004: 36). En ese momento, la corona consideraba indispensable los recursos americanos para consolidar la dinastía, por ello Felipe V le pidió al mencionado marqués que frenara el contrabando con Buenos Aires, limitara el comercio de extranjeros y garantizara el envío de los quintos reales. Así, cuando el virrey se empeñó en garantizar las armadas, encontró una férrea oposición de los comerciantes. En efecto, en el intercambio epistolar que mantuvo con el Consulado, el virrey insistía en la necesidad de socorrer al rey y las drásticas medidas que tomaba con respecto al contrabando. Por su lado, los comerciantes realizaron juntas, discutieron la situación y mostraban su posición, que era la misma a la planteada a la Audiencia gobernadora, es decir, fidelidad al rey y deseo de socorrerlo, y al mismo tiempo, imposibilidad de enviar caudales debido al pernicioso contrabando.

La red vasca a través de su dominio del Consulado siguió defendiendo su posición respecto a las armadas, y al mismo tiempo negociaba privilegios o coordinaba medidas contra el contrabando. Así, uno de los puntos que trató el virrey con los comerciantes fue la renovación de los asientos de los cobros de los derechos reales, un privilegio que en el siglo XVII la corona entregó al cuerpo mercantil. Sobre este punto, los comerciantes tenían una deuda que excedía el millón de pesos; por supuesto, una vez más alegaron los difíciles tiempos, la crisis comercial y el contrabando como contingencias que les impedía solventar sus deudas y seguir con el cobro. Sin embargo, este discurso fue una estrategia para generar una situación de negociación en la cual obtener más beneficios, pues apelando a su crítica situación, pedían plazos, rebajas e indultos para sus deudas, y al mismo tiempo, exigían nuevas prerrogativas y derechos para

seguir administrando los impuestos de alcabala, almojarifazgo, avería y otros. Por ejemplo, pedían el derecho de cobrar alcabala a los eclesiásticos que realizaban diferentes actividades económicas, y si estos no cumplían, tener la potestad de confiscar sus bienes, asimismo, solicitaban que el privilegio real de no pagar alcabala concedido a algunas familias descendientes de conquistadores solo se aplicase a los productos de sus propias haciendas, y no sobre las que arrendaban, entre otros pedidos (Moreyra 1956 T.I 69-110).

El virrey con tal de garantizar la renovación de los asientos aceptó la mayoría de los pedidos de los comerciantes, evidenciando el poder de persuasión y mediación que estos tenían. Sucedió lo mismo con la negociación de los montos que los comerciantes tenían que pagar por cada impuesto que administraban, en su mayoría cantidades bajísimas justificadas por el decaimiento comercial; también, aducían que, para controlar el contrabando, necesitaban jurisdicción privativa, por lo cual todas las requisas e inspecciones de las mercaderías procederían solo por denuncia expresa de fraude y solo podrían ser realizadas por agentes del Consulado y no por funcionarios de la administración real; a su vez, exigían que los priores y cónsules del gremio tuvieran el respeto y consideración como ministros reales, y si se les ofendía el Superior Gobierno debía tomar providencias (Moreyra 1956 T.I 118-149). Claro está, no solo hubo exigencias, también hubo demostraciones de fidelidad por parte de la corporación mercantil, por ejemplo, aceptaron la presencia de los barcos franceses durante momentos críticos de defensa contra los piratas, donaron dinero para al rey y garantizaron mal que bien la armada y feria de 1708. Estas acciones permitieron que los comerciantes pidieran moratorias o pagos a plazos no solo de sus antiguas deudas contraídas, sino de las nuevas que tendrían con el cobro de los derechos. Muchas de estas “exigencias” o “solicitudes” fueron aceptadas, cuestionadas, negociadas e incluso denegadas, pero aun así indican la capacidad de cohesión de un grupo para realizar acciones colectivas, demostrar discursiva y oficialmente fidelidad, y al mismo tiempo proteger y mantener los intereses grupales.

Por supuesto, la mayoría de los comerciantes que habían logrado todo estos compromisos y privilegios estaban articulados en la red de Aránzazu, entonces facción que dominaba el Consulado. A lo largo del gobierno del marqués de Castelflos, los dirigentes tuvieron el respaldo, apoyo y participación de un amplio número de cohermanos que participaban en los debates de las juntas generales y elaboraban los pedidos y concesiones, estos fueron Pedro de Lascurain, quien luego sería prior en 1710; Juan Bautista Mendive, Juan de Beytia, Juan Ignacio de Larrea, Lorenzo y Juan de la Puente, Antonio de la Cuadra, Baltasar de Ayesta, Joseph Suasolo, Francisco de Velaochaga, Juan de Marticorena, Nicolás Arburua, Marcos y Pedro de Ulaortua, Blas de Ayessa, Francisco de Herboso, Bernardo Gurmendi, Joseph de Azaldegui, Bernardo de Gorostizu, Sebastián de Cantos, Pedro de Yrrazabal, Diego Capetillo, Juan López Molero, Blas de Riaño, Manuel de Belsunce; los ya citados Echevarría, luego prior en 1711, Murga, Vergara, Munarris, Jauregui, Borda, Sosaya, Aqueregui, Solís

Vango, y por supuesto Querejazu como también Palacios (Moreyra 1956 T.I: 37-70). Es bien cierto que entre 1708 y 1709 el Consulado tuvo como prior a Cristóbal Calderón Santibáñez, quien no era la de la red vasca, por lo menos orgánicamente, aunque sí tenía vínculos con Aránzazu, pero al parecer, fue bastante proclive al virrey, incluso, dio una lista secreta con los nombres de ciertos comerciantes que participaban en el contrabando, aun así; el cónsul de la época era Joseph de Garazatua, quien sí era agente efectivo de la facción vasca, y además, en muchos casos actuó como verdadero prior durante los debates importantes, pues el mencionado Calderón usualmente estaba muy enfermo debido a su avanzada edad (Moreyra 1956 T.I: 177).

4.2.3. Acercamientos y conflictos con el virrey

El marqués de Casteldosrius inició la política borbónica en el Perú; llegó con un amplio séquito de cortesanos franceses, pero esta composición no marcó la estructura de la corte peruana, que en el siglo XVIII siguió con el viejo modelo austriaco, precisamente por ello se generaron tensiones entre las diferentes facciones de la corte. El virrey sabía que no podía gobernar de forma autónoma, sino debía tener el concurso de la nobleza local; por ello, inicialmente su llegada fue vista como una oportunidad de ascenso social para muchos, sobre todo, para los comerciantes que estaban en búsqueda de premiaciones en un contexto de cambio dinástico y guerra, una época en la cual las autoridades estaban dispuestas a hacer muchas concesiones y premiar a quienes contribuyeran en el mantenimiento de la monarquía borbónica. Un ejemplo de lo anterior fueron los sucesivos indultos de deudas que el rey otorgaba a los comerciantes, pues deseaba ganárselos para su causa, y estos correspondían con donativos que eran muestras de su amor y lealtad, generando así las condiciones para su ascenso social.

En sus “noticias reservadas”, el marqués de Casteldosrius declaraba que cuando llegó a Lima algunos hombres poderosos intentaron relacionarse con él aprovechando la nueva coyuntura política, y este no hizo sino brindarles su amistad (Sáenz Rico 1978. 129). En efecto, al parecer, muchos personajes de la incipiente élite mercantil lograron vincularse con el virrey y estuvieron cerca su núcleo de poder, uno de ellos fue Juan Bautista de Palacios. Estos vínculos fueron posibles gracias a la red de Aránzazu, ya que uno de sus efectivos agentes, Bernardo de Solís Vango, prior del Consulado en 1701, era uno de los comerciantes que logró mayor favor del primer virrey borbón. Como menciona Sala I Vila, el marqués tenía intereses económicos en el Perú, y para solventarlos no dudó en recurrir al contrabando francés y al comercio ilegal de cacao y piñas de plata; por supuesto, requirió agentes efectivos que hicieran posible estas negociaciones, y entre estos actuaron sus favoritos José de Rozas, Antonio de Lemos, Antonio Mari, Ramón de Tamarit y el citado Solís Vango, incluso, se menciona que con todos ellos formó una “Compañía” la cual cobraba impuestos a las mercaderías francesas y permitía su

desembarco en Pisco, donde el virrey colocaba a sus amigos como corregidores (2004: 53 y 223; 2013: 70).

Así, Solís Vango, al estar muy implicado en los negocios del virrey, ineludiblemente lo conocía y se encontraba en su entorno. Como también pertenecía a las redes familiares y comerciales de Aránzazu no le fue difícil acercarse a la corte a los líderes principales como Palacios, y esto se logró mediante una serie de estrategias, gestos y muestras de fidelidad. Por ejemplo, desde 1706 el rey le pedía al marqués de Castelflosrui el envío urgente de los quintos reales, y si esto no se podía o no alcanzaba, que consiguiera un empréstito, solicitando el apoyo del Consulado o comerciantes privados (Moreyra 1956: 54-55). El gremio mercantil estaba muy renuente a participar alegando la crisis comercial, además, sabían que una donación corporativa no generaba tantos réditos inmediatos como las hechas a título personal. Entonces, el virrey se comunicó con algunos comerciantes ricos de la época como Juan de Murga, Pedro Pérez Yrcio, Francisco de Velaochaga y Bernardo Gurmendi, estos dos últimos, y las maniobras y gestiones de Solís Vango hicieron posible que en 1708 el marqués recibiera un caudal de 250, 000 pesos de parte de varios miembros del grupo de Aránzazu como Juan Bautista de Palacios, Antonio de Querejazu, Cristóbal Ureta, Francisco de Oyague, el citado Gurmendi y otros, quienes se convirtieron en los fiadores de dicho monto (Sala i Vila y Moreno 2004: 48).

Esta acción demuestra que al inicio del gobierno de Castelflosrui las élites estuvieron abiertas a participar ya fuese en los negocios, a través de demostraciones de fidelidad o acercándose directamente a la corte. Además, debemos considerar, como lo hemos venido haciendo, que el préstamo de dinero en la época no solo era una operación crediticia, sino también una señal de amistad y confianza. Por ello, una vez el virrey se relacionó inicialmente con los principales líderes de la red vasca no dudó en recurrir a ellos en otras ocasiones para solicitar préstamos privados; por ejemplo, sabemos que Juan Bautista Palacios le prestó 8, 000 pesos y el mismo Solís Vango hizo lo propio con 11, 600 pesos; asimismo, el marqués mantenía negocios privados con Cristóbal de Ureta, Diego de Orrantia y Joseph de Urrunaga, este último también miembro de la red de Aránzazu, y como allegado suyo actuó en el juicio de residencia respectivo (Sala i Vila y Moreno 2004: 115, 116, 160-164).

Ineludiblemente, muchos comerciantes de la red vasca se acercaron a los entornos del virrey, y aprovecharon su posición para obtener algunos beneficios, pues como dice Vásquez Gestal, los favoritos utilizaban su cercanía a la autoridad para orientar la política y obtener nombramientos, gracias y mercedes, en tanto el soberano era la fuente del favor y premiación (2013: 67). Solís Vango consiguió en 1707 el puesto de oidor de la Audiencia de Chile para su hijo Juan Próspero, previa donación de 22, 000 pesos (Sala i Vila y Moreno 2004: 88); y el mismo Palacios consiguió varios favores de su cercanía a la corte. Efectivamente, en 1709 el virrey y el Consulado recibieron el aviso de la expedición del corsario inglés Woodes Rogers, quien estaba al frente de los navíos *The Duke* y *The Duchess*, que estaban cerca de las costas de

Guayaquil. La situación fiscal del virreinato era crítica, pues recientemente se habían enviado caudales a Portobelo; por ello, se decidió aprovechar los barcos franceses y sus tripulantes como buques de guerra, el grueso de comerciantes aprobó la medida, no obstante, sus declaraciones de impedir el comercio francés; asimismo, el Consulado como corporación donó 20, 000 pesos para combatir a los ingleses (Moreyra 1956 T.I: 123 y 174). No bastaba. El virrey convocó a una junta de guerra a la que acudieron los representantes de la Audiencia, los generales militares y muchos de sus favoritos. Las ordenes que dispuso el virrey para prepararse ante una posible invasión al Callao estuvieron orientadas a armar la ciudad, reclutar personas para los batallones y comprar una serie de productos necesarios para abastecer a los buques de guerra.

Nuestro Palacios se vio beneficiado de esta coyuntura crítica. No solo fue convocado a la junta de guerra en tanto era militar, sino que fue beneficiado con una aprovechable concesión, pues el virrey consideraba que para enfrentar la invasión era necesaria pólvora, por ello encomendó a Palacios la producción y suministro exclusivo de este insumo durante toda la situación de alerta que entonces experimentaba Lima. El virrey también favoreció que nuestro personaje recibiera -para la producción del mencionado insumo- el salitre necesario extraído de los yacimientos reales, aparentemente sin ningún tipo de pago; y para garantizar la constante producción le otorgó 20, 000 pesos (Anónimo 1709). Sabemos que Palacios solo un año antes había adquirido un molino de pólvora en Malambo; ineludiblemente el virrey también conocía esta situación y aprovechó la coyuntura para beneficiar con esta concesión y especie de “contrato” a nuestro personaje. La producción de pólvora fue rentable, pues se armaron cinco buques de guerra, tres españoles y dos franceses, a estos últimos se les proveyó de 3, 680 libras de pólvora; en la Plaza del Callao se colocaron 54, 440 libras del mismo producto; 32, 331 libras fueron destinados a los situados de Chile, Trujillo y otros parajes; y en los barcos peruanos se embarcaron 8, 192 libras en el *Jesús María*, 6, 843 en el *Nuestra Señora de Loreto* y 4, 195 en el *San Francisco de Asís*. Por supuesto, como hemos advertido, las gracias eran correspondidas, y nuestro Palacios dispuso para la expedición militar su propio navío *Jesús María*, y también tuvo una destacada actuación en las levas de hombres debido a sus rangos militares. En suma, existió una evidente confianza y favoritismo entre el virrey y Palacios.

Sin embargo, si el Consulado ofrecía su respeto al virrey, al mismo tiempo criticaba su gobierno. La principal oposición provino de la red vasca, no obstante, muchos de sus miembros estaban congraciados con la autoridad. No hubo contradicción. Hasta aquí el discurso de los comerciantes era ambivalente entre la crítica al comercio francés y su evidente participación, así como su discursiva lealtad al monarca y al mismo tiempo sus renuentes acciones en torno a las ferias; las acciones de hombres como Palacios también estaban en esa ambivalencia, por un lado, se acercaban y beneficiaban del favor del virrey y, por otro lado, participaban en una red que ocasionaría su caída. Debemos interpretar la situación en función de la época, pues el contexto de guerra ofrecía grandes oportunidades para demostrar fidelidad, enaltecerse

socialmente y ascender, pero el contrabando proveía negocios rentables al margen de los canales oficiales. Entonces, se trataba de conciliar la lealtad con el interés. Palacios consiguió favores de su cercanía al virrey, pero una vez este perdió el favor de la élite local, no dudó en apoyar a sus socios, amigos y cohermanos.

En efecto, el virrey perdió el inicial apoyo de los comerciantes cuando insistió en garantizar la feria de 1708. Como hemos visto, el Consulado esgrimía que sus agremiados no podían ir a la feria debido a que estaban en situaciones calamitosas, y que una vez volvían con productos, el mercado ya estaba saturado por el contrabando. El mismo virrey recurrió a estas formas censurables de enriquecimiento y permitía la introducción de los barcos franceses, situación condicionada por la tibia posición de Felipe V respecto a los súbditos de Luis XIV, que en parte podía explicarse porque las flotas españolas estaban en ruina o enfocadas en la guerra, de tal forma que solo podía garantizarse los quintos reales americanos, la protección de las costas de los virreinos y la provisión de mercaderías con los navíos galos. Por ello, el virrey como la mayoría de comerciantes oficialmente decían atacar el contrabando, pero al mismo tiempo convivían, participaban y se beneficiaban del mismo. Por otra parte, el virrey también debía y quería demostrar al monarca que cumplía sus designios a través de la realización de las ferias de Portobelo, aun a costa de los intereses locales.

Así, el marqués de Castelflos colocó a los comerciantes en una difícil situación, pues los obligaba a viajar a Tierra Firme, y al mismo tiempo no hacía mucho por combatir el contrabando. Incluso, el virrey se deshizo de responsabilidades y empezó a culpar a los comerciantes de permitir y participar en el contrabando, así decía: “[...] será culpa del mismo Comercio por salir del cuerpo de él los que incurran en la contravención” (Moreyra 1956 T. I: 79). Por supuesto, el virrey conocía bien la situación y la había permitido, pero no toleraba que los comerciantes alegaran decaimiento o falta de caudales, a pesar de haberse enriquecido y duplicado sus ganancias con el contrabando, por ejemplo, dos de los comerciantes que con mayor énfasis se opusieron a la feria fueron los hermanos Marcos y Pedro Ulaortua, pero cuando la armada salió a Panamá, enviaron 486, 074 y 513, 427 pesos respectivamente; estos enormes caudales distaban de la supuesta crisis o decadencia en el que estaba envuelto el comercio; por ello, el virrey sentenciaba “No falta el dinero, sino la resolución”; más adelante su fiscal también aduciría que, no obstante las prohibiciones, el contrabando se seguía practicando debido a la complicidad de los comerciantes, quienes pese a tener jurisdicción privativa sobre estos asuntos no hacían nada. Evidentemente, tenían intereses comprometidos (Sala i Vila y Moreno 2004: 42; Moreyra 1956 T.I: 80, 244 y 249).

Entonces, en realidad los comerciantes no se oponían a la feria porque estuviesen en ruinas o con caudales susceptibles a la quiebra; como hemos visto, la mayoría se enriqueció en esta época gracias a la circulación de productos favorecida por el contrabando. El principal motivo de oposición era que el comercio directo con franceses, no obstante, de condenarlo y

perseguirlo públicamente, les daba mayores ventajas económicas, compraban a precios bajísimos en comparación a los montos dispuestos por los galeonistas españoles, evitaban los pagos de los impuestos comerciales, y evadían los extenuantes viajes hacia Tierra Firme. Por supuesto, no todos los comerciantes tenían los mismos compromisos e intereses; fue la facción vasca liderada por un visible Pedro de Ulaortua quien, ante la tozudez del virrey por garantizar la feria, trató de convencer a sus cohermanos y socios de no enviar caudales, y una vez los barcos partieron, organizó una recolección de firmas para adjuntarla a un memorial de quejas que se enviaría al rey; avalaron colectivamente estas acciones los integrantes de la red como Marcos de Ulaortua, Joseph de Garazatua, Francisco de Velaochaga, Pedro de Lascurain, Bartolomé de la Torre, Gabriel de Borda, Cristóbal de Huerta, Antonio de Querejazu y muchos comerciantes más; ineludiblemente Palacios, en tanto líder visible y mayordomo de Aránzazu, se encontraba con ellos. Miguel Estacio Meléndez, como escribano, también actuó en estas diligencias. El memorial enviado a Felipe V acusó al marqués de varias faltas como el fomento de una política cortesana y tertulias en palacio, descuidando por ello el gobierno, también se le atribuyó permisividad y participación en el comercio legal, entre otras faltas morales (Sala i Vila y Moreno 2004: 74; Saénz Rico 1978: 129; Lohmann 1964: 223-224).

El contexto era más complicado de lo expresado, pues si bien el contrabando permitido por el virrey fue practicado por muchos comerciantes, incluyendo a los articulados en la red vasca, la situación, sobre todo, beneficiaba a los pequeños mercaderes, mientras los grandes comerciantes, debido a su estatus, debían guardar las apariencias y practicar el contrabando de forma disimulada y oculta; en muchos otros casos, algunos como Querejazu inmovilizaron sus capitales, y otros como Palacios se vieron obligados a denunciar a otros comerciantes que ejercían estas prácticas ilícitas con el fin no comprometer su posición⁴¹⁵. Este clima de incertidumbre afectó al cuerpo mercantil, y muchos comerciantes redujeron sus expectativas, ya que no podrían ascender socialmente con un virrey que permitía el contrabando, pero al mismo tiempo acusaba a quienes lo practicaban. Asimismo, se rompió el pacto tácito que mandaba se debía premiar a los buenos vasallos, pues el clientelismo personal del virrey motivó a que este colocase a sus favoritos en cargos estratégicos, mientras los señores de la élite limeña quedaban postergados y con poca capacidad de maniobra en los espacios de poder, de hecho, es sintomático que muchos corregimientos fuesen entregados a los dependientes del virrey para garantizar sus negocios, en cambio, ninguno de la red vasca consiguió algunos de estos oficios; en general, fueron relegados de los cargos administrativos (Sala i Vila y Moreno 2004: 18).

La situación se recrudeció con la respuesta del virrey, quien desterró a Pedro de Ulaortua de Lima y encarceló a Estacio Meléndez; esto scandalizó aún más a la élite local. Sin embargo, la suerte de Castellidosrius estaba echada, muchos de sus favoritos entraron en

⁴¹⁵ AGN, Superior Gobierno, Fondos varios, Leg. 6, Exp. 104, 1717, f. 46.

conflicto, y terminó perdiendo apoyó, ello desencadenó que en Madrid lo destituyeran, y terminó falleciendo en abril de 1710. Los hombres que testificaron su deceso fueron sus antiguos socios y amigos, muchos de los cuales luego buscaron su caída, entre los que se encontraba Juan Bautista de Palacios (Lohmann 1974: 63). Según Sala i Vila, el conflicto entre el virrey y los comerciantes tuvo su origen en los deseos de la élite mercantil por mejorar su posición en el monopolio comercial, ya que hasta ese momento no estaban muy conformes con el sistema de flotas, pues tenía algunas imperfecciones; el cambio dinástico y la consecuente irrupción del contrabando francés modificó la situación comercial (Sala i Vila y Moreno 2004: 40, 42 y 54-70). Como hemos visto, los comerciantes limeños, sobre todo, los articulados en Aránzazu fueron los más propensos a actuar colectivamente bajo un contexto que demandaba declarar fidelidad para ascender socialmente, y al mismo tiempo proteger los intereses comunes a través del control del Consulado. Cuando el marqués los postergó del gobierno, afectó sus intereses económicos e incluso los atacó directamente, selló su destino.

4.2.4. Periodos de paz y búsqueda de ascensos

En una situación como la expuesta, lo que demandaban los comerciantes eran periodos de relativa armonía política, que en el caso peruano se vio favorecida con una paz real debido al fin de la guerra de sucesión en 1713 sellada con el Tratado de Utrecht, aunque es bien cierto que esto significó la pérdida de posesiones territoriales y varias concesiones comerciales hacia los ingleses, quienes se convirtieron en los principales proveedores de mercancías al margen de los canales oficiales. En cualquier caso, los comerciantes no estaban en desacuerdo con el contexto; seguían condenando el contrabando, pero al mismo tiempo beneficiándose de él, y durante los gobiernos de Diego Ladrón de Guevara, el Príncipe de Santo Buono y Diego Morcillo Rubio no se les exigió viajar a la feria de Portobelo, no obstante era un proyecto permanente, por supuesto, siempre retrasado y frustrado por los comerciantes, que no sufrieron medidas hostiles por parte de los mencionados virreyes, quienes tenían un perfil más clientelar y dispuesto a congraciarse con la élite local.

En efecto, después de la muerte del marqués de Castelflos, asumió el gobierno interino nuevamente la Audiencia comandada por Miguel Núñez de Sanabria como oidor decano; posteriormente, Ladrón de Guevara, arzobispo de Quito, fue designado virrey. Este gobierno también fue considerado clientelar, sin embargo, la élite local nunca hizo graves denuncias, pues esta vez sí lograron participar del núcleo de poder. En efecto, en el juicio de residencia que se le hizo se menciona que favoreció a sus criados y allegados con corregimientos, compañías militares, incluso, encomiendas (Salazar 1718). Por otro lado, la red vasca seguía controlando el Consulado y lo haría irremediablemente hasta 1727, y desde esa posición trataron de extender sus privilegios comerciales, al mismo tiempo que ampliaban y

fortalecían su base clientelar. Nos extenderemos más sobre este punto cuando analicemos la carrera de Antonio de Querejazu. Ahora nos interesa volver a Juan Bautista de Palacios quien, en un periodo de relativa estabilidad política, y aun como mayordomo de Aránzazu, recurrió a su prestigio, capital simbólico y redes para ascender socialmente.

Palacios conocía que la mejor forma de escalar en la estructura social era ocupando cargos, y las redes proporcionaban los suficientes contactos para ello. En 1713 intentó ocupar el oficio de Escribano Mayor de Minas y Real Hacienda, que estaba vacante por la renuncia de Juan de la Puente y Figueroa, quien a su vez lo recomendó. No tenemos evidencia si este personaje estaba emparentado con los hermanos Juan y Lorenzo de la Puente, que sí eran de la red de nuestro Palacios, aunque parece probable; además, el conjunto de amigos que también postulaba al cargo brinda una idea sobre la cercanía que se tenían todos estos personajes, pues Puente y Figueroa no solo recomendó a Palacios, sino también a Blas de Ayessa y Juan de Murga, es decir, agentes de la red vasca. Para acceder al empleo, Juan Bautista solo debía presentarse ante el virrey llevando una solicitud para ser evaluado según sus calidades⁴¹⁶. El cargo no era un puesto menor, de hecho, fue uno de los más importantes de la burocracia virreinal. El oficio fue creado en 1534 por Carlos I; y tenía como función entregar una relación de todas las haciendas, rentas, casas, ganado y todo aquello que se consideraba propiedad de la corona en las Indias, por ello estaba en constante coordinación con los oficiales reales. Las funciones y obligaciones del puesto estuvieron establecidas en las Leyes de Indias y se mandaba que los titulares fuesen personas con calidades, pues debían tener una cuenta de todos los movimientos económicos del virreinato, sobre todo, las mercedes y licencias que se brindaban a ciertos hombres para recoger oro y plata, así como velar la efectiva disposición del quinto real.

Así, el oficio, al estar en constante interacción con la administración real, era importante para escalar socialmente, pues vinculaba al titular con las altas autoridades del virreinato y lo enaltecía ante el monarca. El hecho que Juan Bautista haya decidido tentar a este puesto indica que tenía ambiciones políticas y ansias de elevarse en la estructura social, además, estaba confiado en poseer todos los requerimientos y calidades exigidas. Lamentablemente no sabemos si consiguió el empleo, aunque su sola pretensión ya indica mucho. Nuestro personaje sí llegó a incrementar su influencia y poder durante la gestión del príncipe de Santo Buono; una administración clientelar que permitió la participación de la élite local en el gobierno. En efecto, en la época aparecieron redondillas literarias y satíricas que mencionaban que el virrey italiano se rodeó de importantes personajes de la época como Miguel Núñez de Sanabria, Lucas de Vergara, Francisco de Velaochaga, Joseph Santiago Concha, Cristóbal Calderón Santibáñez, entre otros. Estas fuentes son importantes porque evidencian los sentires y críticas de ciertos grupos sociales que comentaban la política del momento (Rosales 1944). El gobierno del

⁴¹⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, escribano Juan de Avellán, N° 108, 1715, f. 114.

príncipe de Santo Buono no solo permitió la participación en la corte de poderosos personajes locales, sino también intentó frenar el comercio ilegal como lo mencionaban algunos versos literarios que circularon en la época como también lo recalcó años después Pedro Peralta en su *Lima fundada* (AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 101, Documentos literarios, s/f; Anónimo 1716; Peralta 1732; Sánchez-Concha 2012: 214). Así, muchos miembros de la élite limeña defendieron aquel virrey, aun cuando su gestión ya había terminado. A nosotros nos interesa saber si en este contexto Juan Bautista interactuó con aquel virrey y participó en su círculo de poder. Al parecer, sí existieron espacios políticos que unieron a ambos personajes como veremos a continuación.

4.2.5. El empoderamiento en el Cabildo

Juan Bautista de Palacios y Francisco de Oyague fueron elegidos alcaldes en 1719 y 1720; tenían caudal, eran comerciantes y caballeros de Santiago (Bromley 1960: 305). Es decir, ambos personajes compartieron el mismo universo social, de hecho, el padre del segundo, Francisco de Oyague y García, fue socio de Juan Bautista a inicios de siglo. La elección fue el 01 de enero de 1719 y asistieron al evento Pedro Lezcano, alférez real; Joseph Merino, alguacil mayor; y los regidores Pedro Romero de Caamaño y Sotomayor, Gerónimo de Agüero Barreto, Juan de Sandoval, Andrés de Závala y Vilela, Martín Muñoz Mudarra y de la Serna, Enrique Jiménez Lobatón, Carlos Gonzáles-Terrones, Lucas de Vergara Pardo y Ramírez, Diego Carrillo de la Presa, Francisco de Oyague y José de Velaochaga⁴¹⁷. Como hemos dicho, la mejor forma de escalar socialmente era ocupar puestos, y la red articulada en Aránzazu permitía aquello, pues dotaba de contactos y agentes efectivos a sus principales líderes. Como la red empoderaba a un personaje fuera de la cofradía se demandaban subredes familiares, clientes ocasionales y socios potenciales; esto fue importante en instituciones en las cuales la red vasca no tenía presencia predominante como el cabildo, un espacio de poder, sobre todo, criollo. Así, muchos de los integrantes del grupo vasco no estaban articulados en el Cabildo, pero sí se vincularon con familias criollas asentadas en ese cuerpo, favoreciendo los lazos familiares y sociales, que terminaron beneficiando a nuestro personaje.

El estudio de Lohmann (1983) sobre la biografía colectiva de los regidores demuestra que en 1719 muchos de los encargados en elegir alcaldes conocían a Juan Bautista de Palacios y votaron por él en atención a los vínculos construidos por su red política; por ejemplo, Francisco de Oyague fue hijo de uno de sus primeros socios comerciales y estaba muy vinculado a la red vasca porque además se casó con María Bernardina Garazatua y Uribarri, parienta cercana de nuestro Joseph Garazatua; José de Velaochaga era hijo de Francisco de Velaochaga, agente de

⁴¹⁷ AHML, Libros de Cabildo, N° 34, 1719, f. 196.

la red Palacios-Querejazu, el primero además había sido designado asesor del Consulado cuando el gremio estaba dominado por los vascos; Andrés de Závala era vasco y tenía una tenue amistad con varios integrantes de la red gracias a sus vínculos regionales; Lucas de Vergara Pardo era hijo de Lucas de Vergara, quien fue un comerciante importante a fines del XVII e inicios del XVIII, y como vimos, un agente activo del comercio durante la difícil etapa del marqués de Casteldosrius; Martín Muñoz Mudarra era hermano de la primera esposa de Joseph Santiago Concha, más tarde suegro de Antonio de Querejazu; Enrique Jiménez Lobatón era primo de Juana Agustina de Mollinedo, esposa de Querejazu, socio, amigo y tío de Juan Bautista, indudablemente lo conocía; y Diego Carrillo de la Presa era hermano de Isabel Carrillo de la Presa, esposa de Palacios, por lo tanto su cuñado. Así, con todo este universo de relaciones y vínculos no es difícil imaginar que nuestro personaje fuese favorecido, ya que la riqueza, el prestigio y el favoritismo de ciertos regidores eran criterios importantes para enfrentar una elección (Preston Moore 1966: 31). Una vez en el cargo, Juan Bautista también demandó la ayuda de muchos regidores para sostener su gobierno; por ello no fue extraño que se haya beneficiado de las redes que su hijo político Blas de Riaño construyó en el cabildo y, asimismo, Miguel de Azaña y Palacios, otro pariente político, también obtuvo una regiduría en 1719.

Estos regidores criollos no tenían reparos en elegir a un extranjero como alcalde, pues a pesar que la elección tenía un fuerte componente local, hubo varios foráneos que no solo obtuvieron cargos concejiles, sino también la alcaldía; esto se debía a que los contactos y vínculos sociales eran más eficaces que cualquier sentimiento criollista, pues se elegía, sobre todo, a los hombres más poderosos de la ciudad como Juan Bautista de Palacios. Además, las categorías étnicas o “comunales” no eran estáticas, sino se presentaban de acuerdo al contexto y cuando era conveniente hacer la respectiva distinción (Lohmann 1982: 251; Valenzuela 2001: 89; Herzorg 2003: 51; 2011: 26-27)⁴¹⁸. No fue el caso de nuestro personaje, pues nadie expuso su condición de “migrante”, “forastero” o “extranjero”; además, estaba muy vinculado con familias locales como los Carrillo de la Presa, quienes estaban beneficiados por gracia real, pues sus integrantes eran posesionarios de la Escribanía del Mar del Sur. Así, Palacios demostró su capacidad de maniobra política y el uso efectivo de las redes construidas sobre vínculos sociales concretos. Igualmente, es interesante la naturaleza legal de su elección, pues nuestro comerciante no pertenecía al consejo, es decir, fue elegido alcalde sin haber sido regidor como era usual en la época. Preston Moore señala que estaba normado que en las elecciones un alcalde fuese elegido de entre los regidores, y el otro proviniese de la población local (1966: 55); sin embargo, esto sucedió de forma muy irregular, de hecho, Juan Bautista fue uno de los pocos alcaldes que llegó al puesto sin haber pertenecido previamente al cuerpo concejil.

⁴¹⁸ Algunos autores señalan que el cabildo era considerado la única organización importante para representar intereses exclusivamente criollos, pero aun así no había ninguna disposición que prohibiera la participación de peninsulares (Fisher 1969: 431).

Asimismo, Palacios recibió este puesto con el debido reconocimiento del virrey. En efecto, si bien los cabildos nacieron en España como corporaciones autónomas, paulatinamente perdieron hegemonía y dependían de las autoridades reales, quienes nombraban directamente a los alcaldes; lo mismo sucedió en el cabildo limeño, ya que el resultado de las elecciones debía ser revalidada por el virrey, quien podía anular un nombramiento si el sufragio se hubiese realizado en circunstancias escandalosas o consideraba que el elegido era un incapaz; incluso, más adelante, el virrey logró ejercer un total control sobre la institución edil, ya que la elección se convirtió en una ceremonia formal que legitimaba la previa decisión del vicesoberano (Douglas 1967: 33-37; Whatley 1922: 584; Preston Moore 1954: 78; Fisher 1969: 342). El carácter intervencionista del virrey puede rastrearse en innumerables fuentes, lo que demuestra que era una práctica habitual; por ejemplo, los diarios de la época mencionaban que la confirmación de la elección por parte del virrey era muy frecuente; también un bando de 1702 decretaba que la elección del alcalde debía ser confirmada necesariamente por el virrey como sucedió cuando Juan de Murga y Pedro Fernández de Avaito fueron avalados por el conde de Monclova⁴¹⁹; asimismo, en el juicio de residencia al virrey Ladrón de Guevara se dejó constancia que los virreyes tenían la práctica habitual de intervenir durante los sufragios del cabildo, pues se acusó al susodicho de haber concurrido a las elecciones de 1714, 1715 y 1716, incluso, favoreció las reelecciones del conde de Portillo y Sebastián Palomino; sin embargo, la defensa alegó que la práctica era común, y además, fueron los mismos concejales quienes pidieron su interferencia directa (Salazar 1717). Indudablemente estas dinámicas políticas siguieron presentes cuando nuestro personaje accedió a la alcaldía, por lo que su elección fue confirmada y consentida por el príncipe de Santo Buono.

La gestión de Juan Bautista no fue distinta a otras; dictaminó ordenanzas referidas al ornato y orden de la ciudad; trató de reformar costumbres urbanas con el fin de proteger la salud urbana como era usual entre las autoridades ediles; y para comprobar la aplicación de estas normas no dudó en desplazarse por la ciudad con una parafernalia similar a la del virrey (Flusche 1972: 173)⁴²⁰. Por otro lado, también resolvió las controversias que algunos particulares elevaban a la sala de cabildo como primera instancia de resolución de conflictos; y utilizó este espacio para favorecer con sus sentencias a muchos de sus socios como al mismo Antonio de Querejazu, ya que como señala Casselli, en la época la aplicación de la justicia estaba comprometida por las alianzas políticas y redes clientelares (2016: 190)⁴²¹. Asimismo, una de las funciones de los alcaldes era garantizar el recibimiento de los virreyes. Efectivamente, gracias a los libros de cabildo, sabemos que desde el 01 de diciembre de 1719 Juan Bautista de Palacios y Francisco de Oyague trataron en las reuniones los gastos que debían

⁴¹⁹ AHML, Libros de Cabildo, N° 33, 1702, 165f.

⁴²⁰ AGN, Real Audiencia, Causas criminales, Leg. 2, Cuad. 10, 1719, f. 2.

⁴²¹ AGN, Cabildo, Justicia Ordinaria, Leg. 58, Exps. 466 y 470, 1720.

realizarse para celebrar la entrada del virrey Diego Morcillo y Rubio, ya que la corporación debía demostrar su poder ante la nueva autoridad, pues como afirma Pike, la función más visible del cabildo consistía en la organización y participación en este tipo de fiestas; ocasiones aprovechadas por sus miembros para mostrar su prestigio (1960: 411-414).

Ilustración 18



Melchor Pérez Holguín, Entrada del virrey Morcillo en Potosí (1718)

Fuente: Colección digital del Museo de América

Usualmente, “las entradas” demandaban considerables gastos, pues se deseaba halagar y demostrar fidelidad al nuevo vicesoberano, puesto que ello permitía a los alcaldes colocarse en el centro de atención del virrey en tanto fungían como los organizadores de la fiesta. Así, el recibimiento de Morcillo y Rubio fue una oportunidad para que Palacios se publicitara y pudiera acercarse a los entornos cortesanos. Jorge Juan y Antonio de Ulloa describían en su crónica que cuando los virreyes ingresaban a Lima, los vecinos de la ciudad procuraban distinguirse para ganarse su gracia (1990: 469); para ello, era necesario demostrar lujo y ostentación, pues como afirma Preston Moore, en los recibimientos de los virreyes de la época borbónica era común el gasto excesivo y reuniones concejiles que organizaban cada detalle del evento (1966: 103). Las celebraciones no debieron ser humildes, pues tradicionalmente estos festejos incluían ceremonias fastuosas, juegos y paseos públicos como lo demuestra la obra de Melchor Pérez de Holguín, quien representó visualmente la entrada de Morcillo y Rubio a Potosí en 1716 (Wuffarden 1999; Angeli 2011). Si en aquella ciudad se celebró una fiesta ostentosa, ¿cómo fue el recibimiento en Lima, la principal ciudad del virreinato? Efectivamente, Juan Bautista se apresuró en conseguir los fondos necesarios para el recibimiento del virrey, quien venía desde Chuquisaca; como los gastos planificados eran excesivos dispuso la extracción del dinero necesario de algunos impuestos como el del mojonazgo⁴²². Asimismo, la importancia del evento y lo avanzado de la preparación motivaron la reelección de nuestro personaje vulnerando la ley

⁴²² AHML, Libros de Cabildo, N° 34, 1719, 200v-201.

que lo prohibía, aunque esta era una práctica bastante habitual (Lohmann 1994: 94). Morcillo y Rubio ingresó a Lima el 26 de enero de 1720; el ritual preparado fue ostentoso; participaron autoridades locales, la nobleza y las figuras más prominentes del momento. El gasto en este evento fue tan excesivo que muchos sectores sociales empezaron a criticar al cabildo, pues empezó a ser visto como una corporación en la cual diversos personajes satisfacían sus ambiciones personales como lo afirmaba una serie de redondillas literarias de la época. Estas fuentes no hacen sino confirmar el hecho que el cabildo efectivamente era un espacio en la cual la élite local participaba, negociaba y se repartía las prebendas de la ciudad. Juan Bautista participó y dirigió este cuerpo, evidenciando su empoderamiento y prestigio social.

Más allá de versos satíricos, nuestro personaje no tuvo mayor oposición y terminó su gestión en 1721; aun así, no se alejó del cabildo, ya que sus redes de influencia le permitieron obtener pequeños cargos en el gobierno administrativo de la ciudad, pues fue nombrado Comisario de Solares, Comisario de Rentas y Comisario de la Caja de Agua⁴²³. Estos puestos también debían ser confirmados por el virrey, y a su vez, podían proporcionar honores y compensaciones; ya que en general, el cabildo proveía de posibilidades económicas a sus miembros cuando no disfrutaban del goce directo de bienes (Preston Moore 1966: 56-57; Alarcón 2017: 57-58). Efectivamente, Juan Bautista consiguió un beneficio de su vinculación con la comisión de agua del cabildo, pues el marqués de Castelfuerte le concedió la merced de media paja de agua para sostener su residencia⁴²⁴. Sin embargo, el agua no fue el único favor que nuestro personaje recibió, pues gracias a su amistad con el príncipe de Santo Buono y Diego Morcillo Rubio consiguió un contrato de asiento de pólvora

4.2.6. El premio: el asiento de pólvora

Juan Bautista de Palacios era un comerciante exitoso, mayordomo de una cofradía poderosa; además, alcalde de la ciudad, es decir, era uno de los hombres más prestigiosos de la época; todo ello permitió que se vinculara con la corte virreinal. En efecto, como dice Vásquez Gestal, el estudio de la actividad política de la corte no puede limitarse a las acciones del gobierno, sino debe tomarse en cuenta el entorno social y el ejercicio práctico del poder (2013: 25). Como advertimos al inicio de este capítulo, nuestros personajes más que cortesanos en sentido estricto fueron comerciantes de la élite local, quienes llegaron a tener el estatus de burócrata al ocupar un puesto de importancia en las instituciones del gobierno colonial y esta posición fue la que permitió se vincularan a los entornos cortesanos.

Palacios fue elegido alcalde gracias a las redes políticas de la cofradía y los vínculos sociales que mantenía con diversos agentes, eso le permitió acercarse al virrey, a quien incluso

⁴²³ AHML, Libros de Cabildo, N° 34, 1721, 202f.

⁴²⁴ AGN, Juzgado de Aguas, Cuad. 3.3.4.41, 1735.

recibió en 1720 compartiendo el espacio ritual y festivo. Así, no fue extraño que las autoridades reales le hayan tenido consideración y estima social; por ello, el príncipe de Santo Buono lo premió y lo designó como asentista real del estanco de pólvora, decisión luego ratificada por Diego Morcillo y Rubio, el virrey recibido y agasajado por nuestro personaje. Esta concesión demostraba cuan implicado estaba Palacios en la corte, pues como segura Vásquez Gestal, este espacio era un lugar donde los elegidos apelaban al favor y amistad para alcanzar el mayor grado de influencia política (2013: 134). Palacios recibió este premio en atención a sus servicios e influencia; además, recordemos que en tiempos de Casteldosrius, recibió una merced de similares características, pero temporal, por ello conocía los beneficios del monopolio de la pólvora y los réditos económicos aprovechables que suponía. ¿Qué era un asiento? Thompson mencionaba que eran contratos en los cuales se confiaba funciones públicas a individuos privados y ajenos a la administración real, es decir, era una subrogación de la autoridad (1981: 314). Así, como parte de la relación contractual, el asentista recibía un cargo y gozaba de un conjunto de privilegios e inmunidades, por ejemplo, podía recurrir a sus propios agentes y comisarios, recibía licencias tributarias y gozaba de igual prioridad que los oficiales reales, pues tenía el mismo poder y prestigio que un representante del monarca.

Juan Bautista consiguió este contrato aun contraviniendo las normas, pues según Thompson, estaba prohibido que un miembro de la administración fuera asentista, y en la época nuestro personaje era alcalde, por lo que su posición y poder emanaba desde el cabildo, un depósito natural del poder real. Así, en el siglo XVIII esta disposición cambió o no se cumplía. En cualquier caso, el asiento de pólvora fue entregado a Palacios, y este cargo le brindó mayor prestigio, pues recibió privilegios y logró consolidar su posición por encima de algunos oficiales reales. En efecto, como señala Thompson, el asiento fue más que una subrogación de funciones, pues a veces cuestionaba la naturaleza de la soberanía, pues al depositarse responsabilidades reales en un privado se debilitaba la relación rey/súbdito, pues ambos se convertían en partes contractuales con obligaciones mutuas (1981: 315). Sin embargo, los asentistas mostraron obediencia a la corona y apelaron a la autoridad del rey para hacer efectivo su poder.

Palacios, gracias a este asiento, consiguió ubicarse en un espacio de negociación directa con el virrey y usó este beneficio para fortalecer su posición política, pues el contrato evidenciaba que las relaciones políticas entre el virrey y Juan Bautista ya existían, solo así fue posible que obtuviera dicho beneficio en 1719. La merced entregada no fue aleatoria, por el contrario, demuestra intereses subyacentes, ya que en el contrato de asiento se establecía que nuestro comerciante se encargaría de la entrega y suministro de pólvora en todo el virreinato. Aquel explosivo era uno de los insumos más apreciados de la época, pues era usado en el trabajo de la minería, el corazón de las arcas reales de la monarquía. Asimismo, la producción de pólvora era uno de los negocios de nuestro personaje, pues tenía fábricas en Malambo y San Lázaro, esta última fue mencionada en el informe del virrey napolitano, por lo que conocía muy

bien sus inversiones. Es decir, las autoridades no desconocían los intereses económicos de Palacios, más bien en atención a ello lo favorecieron; y esto no fue un “conflicto de intereses”, era parte de la cultura política de entonces beneficiar a los mejores súbditos.

Sin embargo, en la época, hubo quienes criticaron a los comerciantes que firmaban estos asientos, pues consideraban que no aportaban al bien común, y solo favorecían sus intereses; por ejemplo, Bartolomé de Arzáiz de Orsúa y Vela en el siglo XVIII indicó que el asiento de pólvora de Juan Bautista de Palacios era producto de su codicia; en concreto dijo: “[...] así era nombrado juez [Palacios Balsategui] como su tío, vecino de los Reyes y de su mismo nombre, como quien poseía mucha riqueza en aquella ciudad, quiso lleno de codicia acrecentarla más sin atender que todas las operaciones malas salen de la abundancia de las riquezas (1965 T. III: 105). Esta crónica revela la influencia de Palacios en la corte, pues se afirmaba que aquel era el principal instigador del contrato del asiento, pues convenció al virrey de la necesidad que el reino tuviese reservas de pólvora como prevención ante los ataques de los enemigos. Palacios recomendó labrar la pólvora y tenerla a disposición en todas las ciudades; por ello pidió el estanco, y para asegurarse una opinión favorable realizó un cuantioso donativo (Arzáiz 1965 T. III: 105). El asiento debía proveer la pólvora usada en festividades y las minas, por ello Juan Bautista viajó varias veces a Potosí, la región más importante para suministrar el insumo. El asiento tendría una duración de nueve años y el príncipe de Santo Buono encomendó al marqués de Casa Concha la preparación de la documentación necesaria, este como amigo de Antonio de Querejazu, indudablemente también conocía a Juan Bautista.

En 1720 nuestro comerciante, desde la Audiencia de Charcas, elaboró varios informes dirigidos al virrey explicándole las dificultades de la aplicación del asiento, debido a que hubo resistencia de parte de los azogueros y mineros de Potosí; a su vez solicitaba una relación de lo que la corona pagaba hasta entonces por el insumo, pues eso le permitiría establecer mejor los precios⁴²⁵. Juan Bautista de Palacios cumplió sus diligencias rápidamente, demostrando su calidad de buen administrador; pero la oposición de los mineros trajo nuevos problemas, pues estos aducían que el precio del explosivo se había incrementado exponencialmente, pues de dos reales y medio ahora debían pagar ocho reales por la libra de pólvora (Arzáiz 1965 T. III: 105). La oposición enérgica de los diversos gremios de mineros de Potosí revela la naturaleza impositiva del estanco. Juan Bautista manejó la situación, pues consintió una reducción del precio a seis reales, pero en años posteriores la polémica perduró; pero esta fue afrontada por sus comisarios, uno de ellos fue su sobrino Juan Bautista Palacios Balsategui, quien se convirtió en su podatario universal, ya que el primero no tuvo descendencia⁴²⁶.

⁴²⁵ AGN, Superior Gobierno, Contencioso, Leg. 190, Exp. 1372, 1720.

⁴²⁶ Nació en Oñate en Vizcaya; era hijo de Antonio de Palacios y Ángela Balsategui; no sabemos cuándo arribó a Lima; pero no se casó y tampoco tuvo descendencia, de ahí que su único referente protector fuera su tío, quien además lo introdujo en la cofradía de Aránzazu, razón por la cual reclamaba ser enterrado en su capilla (AGN, Escribanía Siglo XVIII, Francisco Estacio Meléndez, N° 317, 1717, f. 518).

En 1719, Palacios Balsategui escribió una carta al virrey recordándole las potestades de su tío; una de ellas era la de nombrar jueces comisarios a lo largo del todo el virreinato como extensión de los privilegios de su contrato; por ello pedía se le asignara el título de juez comisario de Potosí; su función sería administrar la renta y venta de la pólvora. Nuestro comerciante vasco ya le había nombrado en el mencionado cargo, razón por la cual su sobrino presentaba al virrey esos instrumentos jurídicos para validar su palabra. La respuesta del virrey fue favorable, y le otorgaron las inmunidades y privilegios que su título demandaba⁴²⁷. Posteriormente, viajó a la Plata y vivió ahí muchos años, erigió su casa principal, adquirió haciendas y convivió con su primo Antonio Hermenegildo de Querejazu cuando este fue nombrado presidente de la audiencia local, razón por la cual le dejó todos sus bienes al morir.

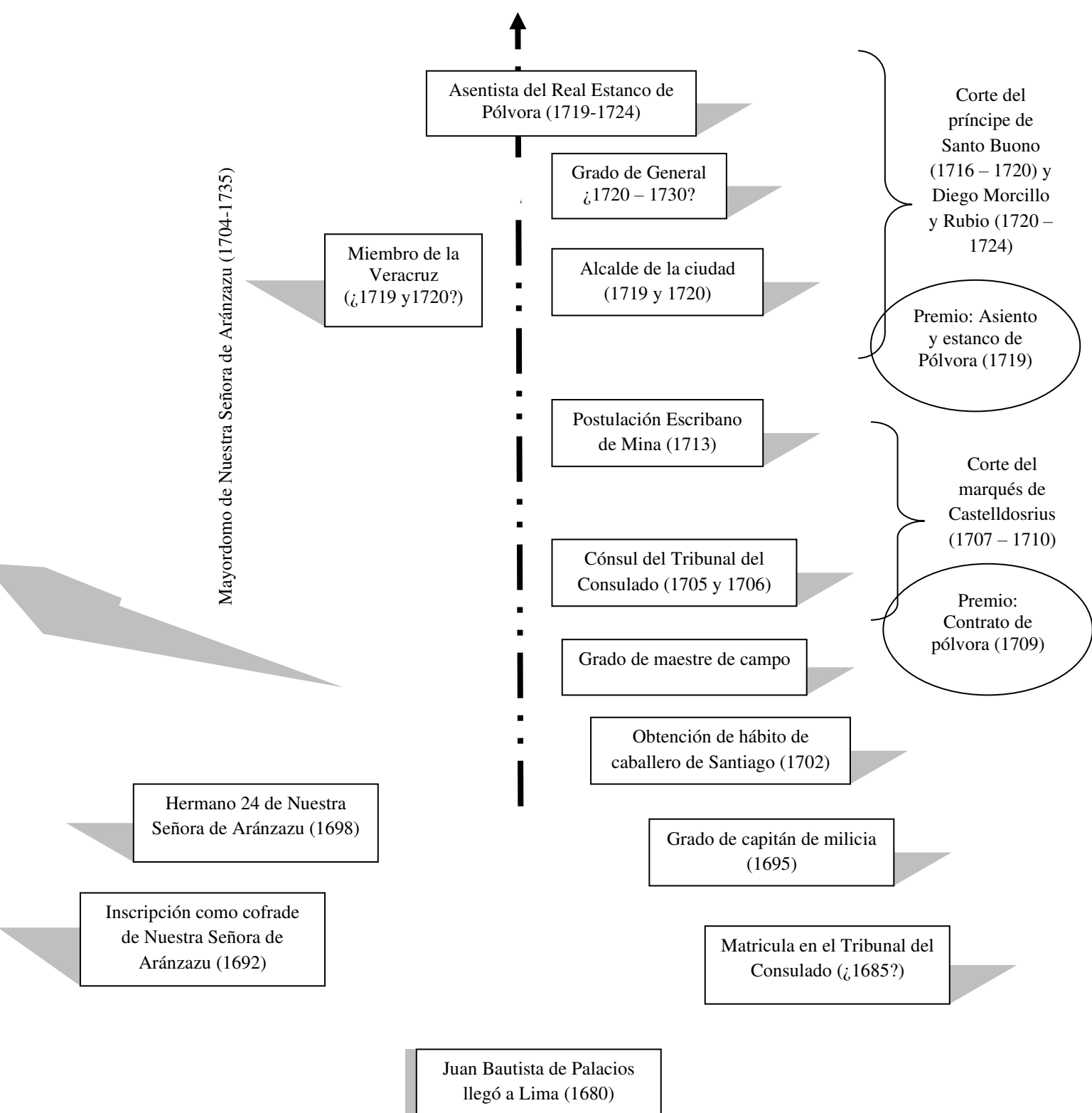
Palacios Balsategui, con el título y poder de comisario, pensó doblegar la férrea oposición de los mineros y obligarles a comprar la pólvora; sin embargo, sus intentos fueron infructuosos, razón por la cual se “resintió” cuando vio que la oposición de los locales vulneraba sus preeminencias. Además, este Juan Bautista llevó a Potosí una gran cantidad de pólvora labrada, pero varias conspiraciones le obligaron a trasladarla, vulnerando el asiento y desprestigiándolo; por ello solicitó a los oficiales reales un bando para exigir que los mineros no usen otra pólvora que no sea la del estanco, y trató de apoyarse en el corregidor local, Manuel de Villavicencio, para hacer efectivo el decreto con pena de 4, 000 pesos si se incumplía, aduciendo que cualquier otra acción afectaba a los contratistas y a las mismas arcas reales. Estas situaciones conflictivas no fueron manejadas adecuadamente y desestabilizaron el asiento; en atención a ello, el marqués de Castelfuerte, quien llegó con una clara intención de reformar la política local, revisó los contratos firmados por su antecesor y decidió cesar el contrato; en parte gracias a las quejas de los mineros e indios labradores de pólvora (Arzáiz 1965 T. III: 106).

Nuestro comerciante protestó y alegó que solo algunos mineros de Potosí no querían el estanco; este argumento era parcialmente cierto, pues en el juicio de residencia que se hizo al príncipe de Santo Buono en 1720 se evidencia que la Caja Real de Potosí recibió varios pagos por la compra de la pólvora que Juan Bautista proveía⁴²⁸. El contrato se perdió, pero esto no hizo mella en el prestigio y la reputación social alcanzada por nuestro personaje; ya que al haber sido favorecido por los virreyes era un indudable hombre de élite que logró escalar socialmente hasta los entornos de la corte. Esta trayectoria no hubiese sido posible sin una red política (como la originada en Aránzazu) compuesta por contactos poderosos, ya que en la época tener amigos era tan importante como la riqueza.

⁴²⁷ AGN, Cabildo de Provincias, Leg. 2, Exp. 65, 1719.

⁴²⁸ AGN, Real Audiencia, Juicio de Residencia, Leg. 38, Exp. 112, 1720, 85v.

Gráfico 4
Consumo de cargos y ascenso social de Juan Bautista de Palacios



4.3. Antonio de Querejazu, de comerciante a Prior del Tribunal del Consulado

4.3.1. Los inicios en el comercio y el control vasco del Consulado

Antonio de Querejazu y Uribe, una vez en Lima, se vinculó con la élite local; gracias a su origen vasco fue acogido por otros paisanos, lo que le permitió congregarse en la cofradía de Aránzazu y posteriormente dirigirla. Al mismo tiempo, desarrolló una exitosa carrera comercial y participó activamente en el cuerpo de los comerciantes. En efecto, el Tribunal del Consulado fue el gremio que permitía el empoderamiento de las redes políticas, y tenía una influencia geopolítica sobre las actividades mercantiles en Perú, Chile, Tierra Firme y Potosí (Anónimo 1754). Como hemos visto, en la primera mitad del siglo XVIII, Querejazu ya pertenecía a la red vasca articulada en Aránzazu, de hecho, era uno de los líderes principales y participó en el Consulado activamente durante el difícil gobierno del marqués de Casteldosrius. Una vez destituida aquella autoridad la red vasca se siguió articulando en el gremio mercantil pues, al igual que la cofradía, también era un espacio de sociabilidad, donde diversos comerciantes podían forjar amistades y alianzas políticas, permitiendo la ampliación de redes clientelares a través del nombramiento de cargos.

La red vasca controló el Consulado entre 1700 y 1727, pero fue luego del deceso de Casteldosrius, y durante los gobiernos de virreyes clientelares que no afectaron los intereses mercantiles, cuando el grupo se empoderó corporativamente. Fisher ya mencionaba que fue entre los años de 1710 y 1724 en los cuales creció la popularidad del contrabando -o comercio europeo directo- en América, volviendo innecesario el intercambio tradicional a través del sistema de ferias, que era a lo que se oponía la facción vasca como vimos en el anterior apartado. Esta situación fue posible gracia a la permisibilidad y ambigüedad de los gobiernos de Ladrón de Guevara, Príncipe de Santo Buono y Diego Morcillo Rubio, quienes conocían la importancia de una reforma fundamental del gobierno y administración en las indias, pero no quisieron comprarse un pleito con la élite local, a quienes no dudaron en favorecer (2000: 53). De hecho, muchos comerciantes de la red vasca consiguieron ascender socialmente en este periodo, obteniendo varios puestos, por ejemplo, al caso trabajado de Juan Bautista de Palacios debe sumarse el de Juan Bautista Mendive, quien en 1711 y 1712 consiguió dos corregimientos sucesivos.

Como hemos propuesto, el ascenso social de los líderes como del grupo vasco en general estaba en correspondencia con las acciones colectivas de la red tanto dentro como fuera de la cofradía. Así, si internamente copaban los principales cargos de la congregación y usaban discrecionalmente los bienes corporativos, a nivel externo sus principales acciones tomaron lugar en el Consulado, institución fundamental para controlar el comercio colonial, ya que colocaron a los líderes en los espacios de negociación con el virrey, empoderaron a las élites y

ampliaron y fortalecieron la clientela a través del reparto de puestos y oficios menores. Por supuesto, primero era necesario pertenecer al gremio. Para participar en el Consulado era indispensable matricularse; Querejazu lo hizo en 1685 con veinte años. Cuando el prior y cónsules convocaban a elecciones, también instaban a los comerciantes a inscribirse en el libro de matrícula que se abría una vez al año; solo era necesario la voluntad y cierta cantidad de dinero; sabemos que en 1696 los postulantes debían pagar 400 pesos por este derecho, y una vez realizado aquello podían acudir a las salas del tribunal a emitir su voto como un miembro corporativo del comercio⁴²⁹. La matrícula conllevaba una serie de obligaciones y derechos; en 1744 cuando Antonio solicitó su retiro describió algunos deberes, por ejemplo, la disposición de ocupar cargos, asistir a las juntas generales y ceremonias; también mencionó algunos beneficios como la capacidad de elegir y ser elegido, y la posibilidad de conocer a otros comerciantes de prestigio. Todo ello atrajo a muchos que pretendían diferenciarse de los simples mercaderes, a quienes usualmente se les tenía vedado el voto.

Entre 1710 y 1723, los integrantes de la red vasca que ocuparon puestos de importancia en el Consulado fueron Pedro de Lascurain, Bartolomé de la Torre, Ignacio de Jauregui, Pedro de Ulaortua, Joseph de Garazatua, Juan Bautista Mendive y Juan de Beytia y Aguirre, a ellos habría que agregar una serie de agentes que participaron asistiendo a las juntas generales y apoyando a los mencionados priores; por ello, muchos de esos clientes recibieron nombramientos y oficios. Además, era usual que los priores y cónsules nombraran como asesores, contadores y comisarios a muchos de sus favoritos; nuestros vascos, sobre todo, fueron proclives a estas prácticas. Como veremos con mayor contundencia a lo largo de las páginas de este apartado, la predisposición por distribuir oficios se debía a los asientos sobre el cobro de impuestos, ya que estos contratos exigían que el gremio tuviera un aparato burocrático suficientemente amplio para cumplir con esas obligaciones.

Por ejemplo, Francisco de Velaochaga y Pedro de Ulaortua, socios y cohermanos fueron prior y cónsul en 1700, ambos designaron como asesor del Consulado a Diego de Zarate; en 1707, el mismo Ulaortua junto a Joseph de Garazatua nombraron como contador del gremio a José de León Yrigoyen, y al año siguiente, Garazatua favoreció que Joseph de Velaochaga, hijo de Francisco de Velaochaga, miembro activo de la red, fuese elegido asesor⁴³⁰. Como era de esperar, la mayoría de comerciantes que monopolizaban los principales cargos de dirección se conocían y pertenecían a la misma red, no era raro que se favoreciesen mutuamente en el nombramiento de empleos. Incluso, durante el gobierno del marqués de Castelflos, este había aceptado muchas de las propuestas exigidas por los comerciantes en torno al cobro de los impuestos, por ello, el Consulado con dirección vasca no tardó en adecuar su estructura

⁴²⁹ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 6, Exp. 142, 1696.

⁴³⁰ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 7, Exp. 185, 186 y 187 1700-1707.

burocrática en función de estas nuevas demandas, solo en 1708 fueron designados como diputados Francisco de Oyague, Bernardo de Solís Vango, Pedro Yrcio entre otros, todos fueron investidos con la autoridad de “hacer y pedir” todo aquello que condujese al bien del comercio.

Por supuesto, este control y acaparamiento de cargos no estuvo libre de polémica. A inicios del siglo XVIII se debatió si los comerciantes con cargos en la administración colonial podían votar, situación suscitada debido a las elecciones del administrador del Callao. En efecto, era común que los comerciantes que ascendían socialmente obtuvieran empleos políticos, de hecho, ese era su inicial objetivo. Esta discusión es importante, pues al ser la obtención de cargos el tema de esta investigación conviene entender cómo en la época el gremio que concentraba a la mayoría de integrantes de la élite local discutía si era posible votar en el Consulado a pesar de tener puestos en la administración colonial. Inicialmente, se afirmó que no había contradicción, pues el oficio de comerciante proporcionaba riqueza y visibilidad social, lo que permitía acercarse a la corte y conseguir empleos; sin embargo, se criticaba que cuando un individuo poseía un puesto burocrático descuidaba su participación en el Consulado. Así, mientras unos exigían su derecho a votar, otros aducían que era extraño querer gozar de aquel privilegio y al mismo tiempo eximirse de otras obligaciones como los donativos que la corona requería a inicios del XVIII. El asunto duró décadas, y se generaron facciones, unos promovían la censura de algunos comerciantes en los sufragios, y otros discrepaban con aquella medida, pues aducían que vulneraba sus derechos, y que además siempre hubo alcaldes, regidores, y militares en el Consulado y nunca hubo reparos⁴³¹.

El anterior caso no solo revela la naturaleza del Consulado como un espacio que permitía el empoderamiento de sus principales miembros, sino indica que en la época un conjunto de comerciantes deseaba extender sus redes políticas a partir del nombramiento de cargos, y para ello era necesario debilitar las redes de los comerciantes con empleos públicos. En todo caso, se acusaba la actitud conveniente de aquellos que solo querían votar para aumentar sus redes clientelares, pagar favores políticos o beneficiar a algún favorito. Las dos posiciones estuvieron respaldadas y el debate se extendió, pues cuestionaba la naturaleza del gremio como un espacio de promoción social. Finalmente, se decidió preparar unas ordenanzas que regularan el asunto. La confección de estas normas tomó su tiempo, pues catorce años después recién tuvieron su formal final durante el priorato de Antonio de Querejazu.

Sin embargo, en el transcurso de la confección de estas nuevas ordenanzas se discutieron y consensuaron muchas otras medidas respecto a la provisión de oficios por parte del Consulado. Por ejemplo, en 1709 establecieron que el comisario de Panamá tendría el cargo por tres años y podía recaer en cualquier persona, aunque no estuviese matriculada en el Consulado, con un sueldo de 3, 000 pesos; a su vez, la junta general del Comercio tendría a su

⁴³¹ AGN, Superior Gobierno, Real Acuerdo, Leg. 4, Exp. 25, 1709; Moreyra 1956 T.I: 184-187.

disposición la elección de los contadores de libros de Panamá y Portobelo, los administradores de Lima y los contadores de alcabalas y almojarifazgos, estos últimos disfrutarían el cargo por dos años con un sueldo de 1, 500 pesos. Aunque estos oficios con aprovechables sueldos y privilegios eran elegidos por votación general, es bien cierto que el control vasco y la masiva participación de sus redes en las elecciones podían orientar los nombramientos. Por otro lado, los priores y cónsules se subrogaron el poder clientelar de nombrar los guardias del sitio de Boquerón y Cruces, quienes a su vez recibirán el título de comisario y un sueldo de 3, 000 pesos; también podrían elegir a los guardias de Chancay, Camino de Guía y Cocharcas, así como a los receptores o cobradores de las alcabalas por un periodo de dos años, aunque podrían prorrogarles más tiempo en el oficio o sustituirlos por personas de su favor; asimismo, se estableció que tendrían a disposición el nombramiento de dos abogados y dos asesores con el fin de la buena administración de los cobros de los derechos reales (Moreyra 1956 T.I: 184-213).

Con este armazón de acuerdos, la red vasca empoderó y proveyó a sus agentes en puestos clave; por ejemplo, en 1711 Martín de Echevarría y Bartolomé de la Torre, agentes de la facción de Aránzazu, nombraron como administrador de los reales derechos tanto de alcabala como de almojarifazgo a su socio Joseph de Garazatua, quien ejerció este cargo por lo menos hasta 1718, de hecho, en 1717 fue elegido cónsul del Consulado mientras aún tenía el otro oficio. Al parecer, no existía contradicción, pues no hubo queja alguna (Moreyra 1956 T. I: 271 y 306). Mientras la red vasca se asentaba en el control del gremio mercantil, los virreyes apenas intentaron vulnerar los intereses comerciales. Como menciona Fisher, no obstante, la inexistencia de ferias comerciales, el virreinato peruano había permanecido bien surtido de bienes europeos gracias al contrabando (2000: 54). Por supuesto, los comerciantes insistían en su doble discurso, pues desde su posición oficial aun pedían castigar estos “excesos”; incluso, en 1717, durante el gobierno del Príncipe de Santo Buono, donaron 22, 000 pesos para “expulsar a los franceses”, pero en general convivían y participaban del comercio ilegal (Moreyra 1956 T.I: 297-300).

Como no podía ser de otra manera, la red vasca durante todos esos años sostuvo la gestión de los líderes que actuaban desde la dirección del Consulado; entre los integrantes que tuvieron una participación destacada podemos encontrar a Bernardo Solís Vango, Juan de Beytia, Cristóbal de Huerta, Ignacio de Jauregui, Sebastián de Cantos, Joseph de Garazatua, Juan Esteban de Munarris, Joseph Azaldegui, Blas de Riaño, Juan López Molero, Manuel Belsunce, Joseph Suasola, Lorenzo de la Puente, Bartolomé de la Torre, Andrés Aquerreui, Marcos y Pedro de Ulaortua, Francisco Velaochaga, Francisco Herboso, Martín Echevarría, Juan de Marticorena, Pedro de Lascurain, Juan Bautista Mendive, Juan Murga, Juan Ignacio de Larrea, Gabriel Borda, Joseph Urrunaga, Pedro Perurena, Antonio de la Cuadra, Juan Bautista de Palacios y Antonio de Querejazu. Así, la dirección y control del Consulado fue uno de los principales objetivos de las redes políticas, pues era el espacio que permitía el empoderamiento

grupal y personal de los líderes, pues lograba que los representantes corporativos se relacionaran con la administración colonial, dónde era posible recibir mercedes y cargos.

4.3.2. La orden militar y la gobernación

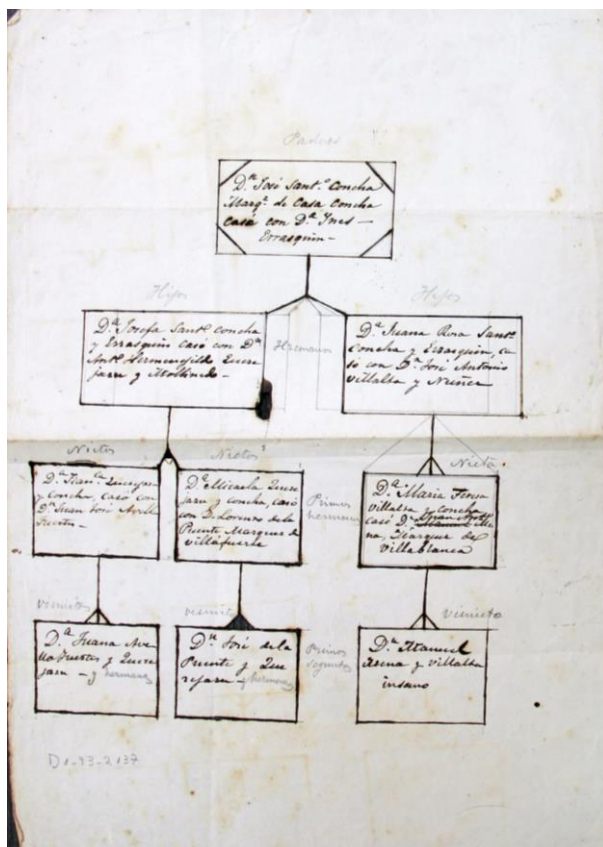
Mientras el Consulado estaba en manos de la red vasca, por su cuenta personal Antonio de Querejazu buscó prestigio en otros espacios como las órdenes militares. Según Turiso, uno de los mecanismos al que recurrió la élite comercial para alcanzar la tan deseada distinción fue la carrera militar, por ello era usual encontrar a comerciantes en el ejército o formando batallones o compañías (2002: 85). En efecto, nuestro comerciante tenía el oficio militar; muchas veces declaró que era capitán del regimiento de infantería de Guadalajara; más adelante, fue capitán de los tercios de Lima, luego maestro de campo y finalmente general; gracias a esta carrera militar consiguió el hábito de caballero de Santiago por merced de Felipe V. Previamente, en 1705 Antonio había enviado su solicitud al Consejo de Órdenes, y la acompañó con documentos que comprobaban su genealogía noble e hidalga; iguales instrumentos fueron realizados por su hermano Matheo y su suegro Tomas de Mollinedo, quienes también deseaban el hábito militar (Marqués de Seoane 1907)⁴³².

La elaboración de genealogías eran instrumentos de suma importancia para la nobleza y élite local, pues confirmaban el timbre de prestigio del linaje. Las órdenes militares fueron una de las principales corporaciones que preservaban la pureza de sangre; por ello, tuvieron una intensa demanda por parte de los migrantes peninsulares (como vascos y montañeses), quienes más que nadie deseaban probar su estatus; así, la posesión de un hábito de caballero confirmaba la posición social y la nobleza del beneficiado; esto último entendido como el vehículo de superioridad que se transmitía entre generaciones (Wright 1969: 50-51, 39; Matos 2013: 58; Maravall 1989: 44-45). De esta manera, las pretensiones tenían mayor éxito si uno o más miembros de la familia ya habían pertenecido a una orden militar; así lo consideraba el duque de San Carlos, quien dijo que los Querejazu era uno de los linajes cuyos ascendentes habían obtenido más hábitos militares. En ese sentido, la genealogía no solo tenía un uso autorreferencial, también fue usado para solicitudes, pedidos de mercedes o empleos, pues a los migrantes peninsulares no les bastaba con presumir su hidalguía, debían acreditarla con papeles donde se reconociesen sus privilegios y distinciones (Turiso 2002: 89). El Perú tuvo una gran cantidad de caballeros cruzados y nobles titulados, eso evidencia que muchos tuvieron que elaborar genealogías y solicitar un certificado de limpieza de sangre. Al invertir su riqueza en estos documentos se comprueba que tenían un “mentalidad” que les exigía un posicionamiento social, pues todos los trámites costaban dinero (Otazu y Díaz 2008: 100-101; Rizo-Patrón 1999:

⁴³² AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 18-502 y 504, 1784; D.1. 17-461, 1754.

19; Turiso 2002: 90). Por ello, Wright menciona que pertenecer a una orden militar era un mérito exclusivo de la aristocracia de sangre (1969: 39).

Ilustración 19



Genealogía de la familia Santiago-Concha, más adelante emparentados con los Querejazu

Fuente: AGN, Colección Francisco Moreyra, Leg. 93, Exp. 2137.

Antonio obtuvo el hábito de Santiago en 1712 como certificaba Felipe V⁴³³. Esta merced le permitió impulsar su carrera política, ya que logró pertenecer a un círculo selecto de hombres prestigiosos que se congregaban bajo la misma orden militar. Asimismo, estas corporaciones no eran secretas, sino publicitadas, por ejemplo, cuando Antonio recibió el hábito militar, la noticia fue difundida por el *Diario* de Joseph Contreras; además, los caballeros cruzados usualmente marchaban en los rituales políticos junto al virrey o demostraban los símbolos corporativos en los retratos. Antonio Hermenegildo de Querejazu, hijo del anterior, también consiguió el hábito de caballero de Santiago en 1747 como lo indica una cédula de Fernando VI; esto fue posible gracias a los méritos de su padre y ancestros. La confirmación del hábito llegó en 1751 y se realizó una pomposa ceremonia en la capilla de Nuestra Señora de la O que fue dirigida por Manuel de Caycuegui. En 1748, Thomas de Querejazu, hermano del

⁴³³ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I., 18-502, 1784.

anterior también recibió el mismo hábito⁴³⁴. Igual de prestigiosa y concurrida fue la ceremonia de ordenación de Antonio de Querejazu en 1713, el mismo año en que fue elegido mayordomo de Aránzazu. El ritual en concreto ya lo describimos en el capítulo anterior; solo recalcaremos, que al evento asistieron miembros de su círculo social y red política como Juan de Murga y Juan Bautista de Palacios.

En este apartado, nos importa, sobre todo, enfatizar que gracias a esta merced Antonio de Querejazu logró consolidar su posición entre la élite local, ello le permitió seguir escalando socialmente; y mientras seguía participando en el Consulado con los otros agentes de la red, tentó a un cargo en la administración colonial; por ello, solicitó la concesión de la gobernación de Quijos y Macas en la provincia de Quito, para lo cual desembolsó 8, 000 pesos. ¿Qué tan relacionado estaba nuestro personaje con la corte de su época? Como hemos mencionado antes, el virrey Ladrón de Guevara fue bastante proclive a beneficiar a las élites, y de hecho no tuvo mayores desavenencias con el gremio mercantil, por lo que no hubiese sido raro la cercanía entre el vicesoberano y uno de los personajes principales de la red que entonces controlaba el comercio. Además, como menciona Turiso, la obtención de un puesto ayudaba a consolidar un elevado estatus social, pero esto no era posible sin la disponibilidad económica y los contactos necesarios para influir en el nombramiento (2002: 78). Así, Querejazu no “compró” un cargo como cualquier bien en el mercado, sino su contribución económica estaba mediada por recomendaciones sociales. La petición tuvo éxito, y en 1712 el virrey Ladrón de Guevara le concedió la merced, luego ratificada por Felipe V.

El tiempo de la gobernación duraría cinco años y el sueldo que recibiría sería de 1, 000 ducados de plata. Tampoco debemos interpretar esta concesión solo desde una perspectiva individual, ya que Querejazu pertenecía a una red en la que existían vínculos y compromisos comunes, cuando nuestro personaje tuvo un nuevo estatus no dudó en recurrir a algunos cohermanos de Aránzazu para beneficiarlos, por ello nombró como sucesor de la gobernación a su amigo y socio Lorenzo de la Puente, pues la provisión le permitía designar a una persona en el cargo en caso él no pudiese ocuparlo. No sabemos qué sucedió, pero Querejazu no llegó a ocupar la plaza y permaneció en Lima; sus motivaciones pudieron ser varias: los negocios, los asuntos políticos o quizás se quedó sabiendo que al año siguiente asumiría la mayordomía en Aránzazu.

Durante los siguientes años, la red vasca terminó por consolidar su posición en el Consulado y Palacios se empoderó en el Cabildo, pero la situación se volvería a crispar. Desde 1718, la Corona exigía a sus virreyes, primero al Príncipe de Santo Buono y luego a Morcillo Rubio, que garantizaran la feria de Portobelo. En setiembre de aquel año, desde su dominio y dirección del Consulado, Garazatua, Ulaortua, Echevarría, Oyague, Jauregui, Beytia, la Cuadra,

⁴³⁴ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 18-56, 1784 y 19-520, 1748-1751; AHNM, Caballeros de Santiago-Expedientillos, N° 7445 y 7446, 1747-1748.

y nuestros Palacios y Querejazu se opusieron y volvieron aducir que debido al contrabando no estarían listos sino hasta dentro de dos años (Moreyra 1956 T.I: 304). Como en la época del marqués de Castelflos, los comerciantes declaraban públicamente, y a través de los medios oficiales, que deseaban apoyar a la corona, pero al mismo tiempo esgrimían todo tipo de excusas y argucias; por ejemplo, inicialmente declararon que estarían listos para partir hacia Panamá a fines de 1720, pero luego indicaron que, debido a las contingencias e incertidumbres, no aseguraban la armada hasta octubre de 1721 (Moreyra 1956 T.II: 3-12).

Debido a los preparativos para la partida de la armada, fue necesario la revisión de los asientos para el cobro de los derechos reales; la situación era mucho más favorable que en la época del primer virrey borbón debido a la predisposición de Morcillo Rubio por congraciarse con la élite. La facción vasca se encargó de las negociaciones. En efecto Juan de Beytia y Aguirre era prior y la misma junta general del gremio decidió formar una comisión; así se declaró: “[...] para que todo pueda gestionarse mejor, se dio en nombre del comercio todo el poder amplio y cuan bastante derecho se requiere”. Esta comisión estaba conformada por el prior, los cónsules, los consejeros del Consulado quienes eran Joseph de Garazatua y Juan Bautista Mendive; a ellos se sumaron los diputados Pedro de Ulaortua, Francisco Oyague, Francisco de Lartiga, Juan Fernández Valdivieso, y también actuaron con el mismo poder los ex priores y cónsules como Bernardo de Solís Vango, Ignacio de Jauregui, Martín de Echevarría y Juan Bautista de Palacios. Así, la comisión estaba integrada completamente por la red vasca, y fue este grupo el que negociaría con el virrey las condiciones del asiento.

De hecho, esta misma comisión tuvo una injerencia importante en los asuntos que el Consulado discutía, presentando su posición como la de un bloque de exdirigentes mercantiles. Así, la complicidad que existía entre los miembros de la red para favorecerse mutuamente y controlar el gremio mercantil era evidente, de hecho, cuando en 1723 Beytia y López Molero no pudieron asistir a las juntas, encargaron la dirección del Consulado a sus socios y cohermanos Ulaortua y Garazatua, de hecho, este último “por mayor número de votos” fue elegido nuevamente administrador de Lima junto a Gaspar Fernández Montejó, quien había sido cónsul durante las gestiones de Mendive y Beytia. También sabemos que fueron elegidos para ese cargo otros socios de la facción vasca como Echevarría y el mismo Mendive. Por supuesto, la misma dinámica clientelar existió durante la elección de administrador del Callo, pues los más votados fueron agentes de la facción de Aránzazu como Beytia, Palacios, Ulaortua, Garazatua, Mendive y Montejó. Y el puesto también había sido ejercido por Urrunaga y La Cuadra. Todos eran agentes de la facción de Aránzazu. El poder de aquella red era indudable; la misma junta general del Comercio lo confirmaba al mencionar sobre la susodicha comisión lo siguiente: “[...] para que entiendan en todas las conferencias que se ofrezcan cerca del dicho despacho y que todo lo incidente y dependiente que pueda conducir a este fin, haciendo las representaciones y pedimentos convenientes, y todo lo que hicieran lo aprueban y ratifican, y les dan y otorgan

dicho poder sin alguna limitación con la cláusula de libre y general administración” (Moreyra 1956 T.II: 13, 108, 111 y 112)⁴³⁵.

El grupo vasco, en representación del comercio, obtuvo beneficios de sus negociaciones con el virrey; por ejemplo, consiguieron que los comerciantes tengan la posibilidad de cancelar su deuda, que entonces ascendía a 719, 084 pesos, en cuatro armadas, y este pago recién iniciaría en la feria posterior a la que entonces estaban organizando, que hasta ese momento no tenía fecha debido a la irregularidad de las mismas; y a su vez, los cobros de los impuestos correrían por cuenta de las personas nombradas por el Consulado. A cambio de todo esto, los comerciantes se encargaron de la mantención del navío *Almiranta* que embarcaría hacia Panamá, pero, sobre todo, garantizarían la armada, que finalmente se desarrolló en 1722, aunque esto no debió ser de la satisfacción de muchos miembros del cuerpo mercantil, pues cuando el virrey Morcillo y Rubio trató de negociar un empréstito para el rey de 200, 000 pesos para la mantención de los galeones, los comerciantes aducían que no tenían dinero debido a que no obtuvieron rentabilidad de la feria debido al contrabando (Moreyra 1956 T.II: 19, 127-136). Pese a todo esto, las negociaciones fueron mutuamente beneficiosas. Según Moreno Cebrián, esta actitud conciliadora del virrey Morcillo residía en su necesidad por congraciarse con la élite local con el objetivo de facilitar el envío de dinero a la corona y así mantener su puesto y seguir con sus ambiciones particulares (2000: 93).

Como hemos visto, este virrey favoreció decisivamente a los comerciantes y a la red vasca en general; ratificó el asiento de pólvora para Palacios; negoció condiciones provechosas para los comerciantes, incluso, cuando dejó el cargo no dudó en destinar 12, 757 pesos de la Real Hacienda a Francisco de Herboso, agente de la red, en atención a su salario como contador del Tribunal de Cuentas, no obstante, conocía que las arcas reales estaban en pésima situación y con muchas deudas. La red vasca, en correspondencia con todos estos favores, protegió el patrimonio del vicesoberano, pues cuando de Lima partieron los navíos para la feria de Portobelo de 1726, también se embarcaron 128, 000 pesos en doblones y alhajas de oro y plata que el entonces ex virrey Morcillo enviaba a España. El Consulado propuso y decidió que de ese caudal “no se rebaje ni deduzca alguna de estas contribuciones”, es decir, que no pagase ningún impuesto con la única condición que fuese un privilegio exclusivo del susodicho y no se replicase (Moreno Cebrián 2000: 160; Moreyra 1956 T.II: 213). Toda esta situación cambió cuando en 1724 llegó el nuevo virrey a Lima, el marqués de Castelfuerte, quien era un hombre que trató de domesticar la élite local, impuso reformas y se enfrentó al Comercio, quienes no tuvieron más salida que negociar directamente con él en entornos menos óptimos, de ahí que fuera esencial una figura respetada, prestigiosa y con amplia maniobra política como Antonio de Querejazu, quien asumió el priorato en la época más difícil de la red vasca.

⁴³⁵ AGN, GO-RE1, Leg. 5, Exp. 43, 1725.

4.3.3. El priorato del Consulado, reformas y negociaciones con el virrey

José de Armendáriz, marqués de Castelfuerte, ocupó el cargo de virrey del Perú entre 1724 y 1736; fue uno de los primeros que trató de aplicar una serie de reformas de acuerdo a lo planteado por José Patiño, secretario de Estado de la monarquía. Al igual que Felipe V y sus ministros, el mencionado virrey veía en los reinos americanos una importante fuente de recursos económicos, por ello no tardó en aplicar una serie de medidas que estaban orientadas a garantizar la recuperación económica del virreinato peruano con el fin de destinar a la corona el dinero necesario para su manutención. La situación no fue fácil, puesto que la Real Hacienda no tenía caudales, la minería estaba afectada por la peste y la falta de mano de obra, y el comercio estaba teóricamente arruinado por el contrabando y la irregularidad de las ferias (Moreno Cebrián 2000: 157 y 181). Como es evidente, nos interesa, sobre todo, este último punto.

El advenimiento de tiempos en los cuales la negociación iba ser crucial determinó que el mismo Consulado fuese dirigido por los principales líderes de la facción vasca. En ese momento, Palacios se encontraba aun disfrutando los beneficios de su asiento de pólvora, es decir, pertenecía a la “burocracia virreinal”, por lo que su participación en el gremio fue cada vez más intermitente. En esa situación, Antonio de Querejazu, exitoso comerciante y entonces mayordomo de Aránzazu, se convirtió en prior por tres periodos consecutivos entre 1724 y 1726. Es decir, trató con los últimos meses de la gestión de Morcillo y Rubio y tuvo la tarea de negociar privilegios y concesiones con el marqués de Castelfuerte. El priorato fue el punto máximo de la carrera personal de nuestro personaje vasco, pues ya era caballero de una orden militar, tesorero de la Congregación de Nuestra Señora de la O y además beneficiado con una merced de gobernación. Los cónsules que lo acompañaron fueron Juan López Molero y Jacobo Manuel Osorio, el primero indudablemente pertenecía a su red política.

El cargo de prior era el más importante del espectro corporativo, pues era el líder del gremio económico más importante de la región, y por ello disfrutaba de un amplio campo de negociación con los virreyes, quienes firmaron varios contratos con el Consulado; esto permitió que Querejazu interactuara directamente con el entorno de poder virreinal, la corte; también, como representante del cuerpo mercantil, participó en el calendario litúrgico junto al virrey, quien a su vez tenía que cumplir una serie de protocolos cuando recibía su visita. Asimismo, los comerciantes y los virreyes tuvieron más espacios de interrelación, ya que los primeros siempre estaban dispuestos a ayudar al gobierno mediante donaciones o préstamos. En efecto, la corona dependía muchas veces de las contribuciones de los comerciantes para construir fortificaciones, armas navíos o financiar guerras; por ejemplo, en 1690 el conde de Monclova escribió una carta al Consulado agradeciéndole su decisión de donar 200, 000 pesos para construir tres buques de guerra para la armada del sur; y en otra situación, el mismo virrey dejó en evidencia que el

Consulado donó 40, 000 pesos para financiar el matrimonio de Carlos II (Moreyra y Céspedes 1995: 90-91, 265).

Además, no debe olvidarse que en la época instituciones como el Consulado no eran aparatos impersonales, sino estaban dirigidos por personas concretas que con apoyo de sus redes podían orientar la política gremial, ya que detrás de estas muestras de fidelidad existían priores y cónsules que consideraban que con esos gestos se enaltecían ante los ojos de las máximas autoridades y podrían conseguir recompensas en el futuro en atención a sus buenos servicios. No estaban equivocados. El mismo Felipe V alentó esta percepción cuando en 1736 pidió a sus vasallos comerciantes una donación para la reconstrucción de su palacio real e indicó al virrey que le nombrase los individuos más desprendidos para ofrecerle la gratitud real (Felipe V 1737). Ante estas promesas, muchos no dudaron en apoyar a la corona; obviamente, los más beneficiados fueron los dirigentes del Consulado, quienes siempre se mostraban como buenos súbditos, fue el caso de Agustín de Caycuegui, Manuel Fernández Dávila y Cristóbal Calderón Santibáñez, quienes al garantizar una donación a Carlos II recibieron como merced hábitos de órdenes militares. Así, los comerciantes sabían que dirigir su corporación implicaba la posibilidad de enaltecerse socialmente ante las autoridades, negociar con ellas o ayudarles, y esto conllevaba recompensas.

Antonio de Querejazu tuvo que afrontar muchas problemáticas como la regularización de las elecciones. Como vimos, esta polémica fue motivada cuando se acusó que ciertos comerciantes con oficios públicos solo votaban para incrementar sus redes políticas a través del posicionamiento de agentes en los cargos de comisarios y cobradores. Las nuevas ordenanzas se aprobaron en 1725 durante la gestión de nuestro personaje, quien decidió cerrar el asunto. La reglamentación normaba las elecciones de cobradores y administradores del Callao y se estableció que solo podían sufragar los que tuvieran derecho a voto en las elecciones de prior y cónsules; asimismo, se acordó que los comerciantes con empleos políticos y con salario del rey no tendrían voto mientras ejercieran dichos oficios, excepto los que tuvieran actividades mercantiles comprobadas (*Ordenanzas dictadas*, 1959). Estas normativas mermaban la influencia de algunos individuos que con cargos públicos deseaban ampliar su clientela a partir de la elección de comisarios y cobradores; y esto benefició a redes políticas más recientes como la de los vascos o montañeses, sin embargo, hubo una penalidad, ya que cuando los líderes de estos grupos asumieron puestos en la administración terminaron alejándose del gremio.

Aun así, gracias a la regularización de elecciones y nombramientos de comisario tanto la red vasca como el propio Querejazu lograron mantener su dominio en el Consulado, ya que como mencionamos anteriormente, la posibilidad de nombrar a agentes y clientes de la red en algunos oficios corporativos permitía el ensanchamiento y cohesión de las redes políticas, de ahí los arduos debates generados cuando se intentó vulnerar estos privilegios. Nuestro personaje conocía estos mecanismos, por ello insistió ante el virrey que el nombramiento de cobradores

debía ser exclusividad del gremio mercantil; también las ordenanzas de 1725 empoderaron a la dirigencia del Consulado, pues los guardias mayores del Callao podían ser nombrados y removidos directamente por el prior sin tener que dar mayor explicación; entre otras prerrogativas (*Ordenanzas dictadas*, 1959).

Así, la burocracia formada por el Consulado permitía el empoderamiento de las redes políticas, de ahí que los comerciantes vieran en esta institución una plataforma para ascender socialmente; pues el líder de una facción, una vez en la máxima instancia de decisión, podía premiar a los miembros de su grupo a partir del nombramiento de cargos que gozaban de preeminencias, prerrogativas, salarios e inmunidades; por ello, estos empleos fueron muy deseados; y aunque se demandaba que los candidatos demostraran calidades, prestigio y estatus financiero, pues se trataba de empleos relacionados con la administración de dinero, la mayoría de veces estos oficios eran entregados de acuerdo al favoritismo de la dirigencia mercantil. Esta naturaleza clientelar era importante para corporaciones que demandaban elecciones, pues para ser elegido prior o cónsul se necesitaban votos y un efectivo apoyo de muchos clientes, quienes luego serían recompensados con estos oficios; por ejemplo, en 1719 Juan Bautista Mendive y Joseph de Garazatua nombraron a sus favoritos como asesores; y en 1725 Antonio de Querejazu apeló a sus prerrogativas como prior para posicionar a sus allegados en la administración de alcabalas; incluso, ese mismo año favoreció la elección de Juan López Molero como comisario de Tierra Firma (Vila Vilar 1982: 279-280)⁴³⁶.

Sin embargo, en este apartado nos interesa, sobre todo, las acciones que Querejazu tomó respecto a la política comercial del marqués de Castelfuerte, quien tenía la intención de regularizar las ferias de Portobelo y revisar los contratos de asiento sobre los cobros de los derechos reales. En efecto, el virrey trató de implementar una serie de medidas con el fin de garantizar el monopolio comercial y castigar a aquellos que practicaban el llamado “comercio directo”. Desde el tratado de Utrecht, no solo los contrabandistas franceses asolaban las costas americanas, sino también los ingleses gracias al navío de permiso; ante esto, los comerciantes locales y las autoridades coloniales, incluyendo algunos virreyes, poco hicieron para impedir la situación, y en cambio se beneficiaron de aquellos negocios; por ello, el marqués trató de aplicar duras penas contra los comerciantes que traficaban ilícitamente, sobre todo, con aquellos que ejercieran tan perniciosa práctica durante su gestión; y con ese fin, realizó rigurosas inspecciones y decomisos de mercaderías (Moreno Cebrián 2000: 213-214). El objetivo de estas acciones era garantizar el comercio formal y así proteger el pago de los reales derechos, ya que aquellos que practicaban el contrabando tanto los extranjeros que ofrecían las mercaderías como los americanos que las compraban no pagaban ningún tipo de impuesto, y esto no hacía sino dejar vacías las arcas reales.

⁴³⁶AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 6 y 7, Exp. 142 y 188, 1719; Escribanía Siglo XVIII, Francisco Escudero del1 Sicilia, N° 235, 1710, f. 1 y 17.

En esta situación, los comerciantes volvieron a su doble discurso; por un lado, saludaban los esfuerzos del virrey por regularizar las armadas, pero al mismo tiempo insistían en que no tenían caudales, más bien vivían en una “crisis comercial” ocasionada por el contrabando y su última experiencia en la feria de 1722 ya que, al no vender sus mercancías, solo tenían pérdidas (Moreyra 1956 T.II: 140). Como en anteriores casos, Antonio de Querejazu, para sostener su gestión, recibió el apoyo de muchos de los comerciantes de su red como Palacios, Beytia, Molero, Ulaortua, Garazatua, La Puente, Jauregui, Urrunaga y el recién llegado Bernardino Olave (Moreyra 1956 T.II: 127-139). Todos defendieron los intereses de la facción y de la mayoría de los comerciantes, es decir, evitar o retrasar la feria, pero al mismo tiempo mostrar fidelidad hacia el rey, virrey y las políticas emanadas desde Madrid. A diferencia de sus predecesores, el marqués de Castelfuerte sí creía en la eficacia del sistema de galeones y ferias, pero reconocía que existían problemas congénitos como la irregularidad de los convoyes y la inexistencia de navíos guardacostas que combatieran a los contrabandistas porque los que existían estaban en mal estado; aun así, estaba dispuesto a garantizar la feria y doblegar a la élite mercantil. La situación generó un clima tenso en el cual las negociaciones y compromisos comunes coexistieron con las denuncias e imputaciones manifiestas, sobre todo, aquellas que provenían del virrey, quien acusó a los comerciantes del Consulado de negligentes y los instó a dejar sus intereses y apoyar a la monarquía. De hecho, el virrey desbarató los argumentos del Comercio sobre la supuesta crisis económica, pues dijo que en la feria de 1722 fueron pocos los comerciantes que llevaron caudales, y estos tampoco fueron descomunales, por ello, no podía generalizarse la ruina de todo el sector (Moreno Cebrián 2000: 231; Moreyra 1956 T.II: 142-143). Además, aducía que el contrabando ya no sería un inconveniente porque endurecería las penas y castigaría a todos los que lo practicaran.

Antonio de Querejazu fue clave en este contexto, pues como cabeza del Comercio dirigió las negociaciones y tuvo que lidiar con las actitudes un tanto hostiles del marqués, sobre todo, en una época en la cual, el virrey, a diferencia de Casteldosrius, tenía mayor apoyo de la corona; a su vez, hubo ciertos sectores del comercio que apoyaban y se relacionaron con dicha autoridad como los montañeses que comenzaron a incrementar su influencia como veremos en el siguiente apartado; tampoco debe omitirse que la red política vasca estaba entrando en un proceso natural de desgaste después de casi tres décadas de dominar el consulado, y cuando sus principales miembros ya habían ascendido socialmente. Así, y con menor margen de maniobra que en otros periodos, Querejazu tuvo que defender los derechos e intereses de la red y del Consulado. Según Moreno Cebrián, ante la actitud impositiva del virrey, los comerciantes tuvieron que recular y colaborar con las ferias, pues temieron que en el futuro una posición obstruccionista mermara sus privilegios. Por su lado, el virrey tampoco pudo sostener su posición hostil, debía actuar con pragmatismo, ya que “encontronazos” mayores con los comerciantes podía complicar las armadas y ferias, y con ello su posición como autoridad

proveedora de recursos a la corona (2000: 242 y 246). Es decir, hubo concesiones mutuas y por ello fueron importantes las negociaciones realizadas entre el virrey y nuestro Querejazu, quien desde esta posición intentó obtener privilegios para el gremio mercantil. Finalmente, aunque no del todo convencidos, los comerciantes garantizaron la feria de 1726 y luego la de 1731.

Los temas que estuvieron en negociación mientras se ejecutaban las armadas y ferias fueron los privilegios y concesiones relativos a los contratos de asientos. En efecto, el Consulado de Lima desde el siglo XVII se había convertido en uno de los gremios más poderosos e influyentes de América, ya que había subrogado algunas funciones del estado colonial como el cobro de los reales derechos, es decir, los impuestos de avería o alcabala; esto se dio a partir de contratos de asientos que se convirtieron en espacios de negociación directa entre el monarca y los comerciantes. Como dice Suárez, ante problemas como la evasión fiscal o el contrabando, el estado colonial se vio obligado a ser tolerante con el Consulado y hacer efectivo los cobros de los impuestos comerciales mediante estos contratos, pues la burocracia virreinal se veía imposibilitada de controlar las actividades mercantiles con sus propios medios (2001: 301). Así, se establecieron los asientos de avería, almojarifazgo y alcabala desde las primeras décadas del siglo XVII. Esto permitió que los comerciantes asumieran una serie de privilegios, pues podían evitar trámites burocráticos, decomisar mercaderías, inspeccionar navíos, incluso, portar armas. La corona aceptó estas condiciones a cambio de una suma fija de ingresos, y delegó estas funciones en los comerciantes, quienes debían presentar cuentas y nombrar comisarios y cobradores para garantizar el buen funcionamiento de los cobros arancelarios. En el siglo XVIII la renovación de estos contratos se desarrolló durante los gobiernos de Casteldosris y Morcillo Rubio, en especial este último había sido muy permisible con la élite comercial, que aprovechó la situación para imponer una serie de condiciones.

Así, cuando en 1724 Antonio de Querejazu asumió el priorato se puso a la cabeza de un gremio que no solo deseaba ampliar y reforzar sus prerrogativas comerciales, sino se había convertido en un organismo paraestatal debido a las muchas funciones que subrogó del estado colonial, así como también por haberse transformado en un espacio perenne de negociación de privilegios y obligaciones con el virrey (Suárez 2001: 310-312). Debido a esta situación, era importante que el Consulado fuese dirigido por personalidades influyentes y con prestigio, ya que el destino y éxito de las negociaciones dependía de ellos; por ello, hombres como Querejazu, o incluso Joseph Tagle Bracho e Isidro Gutiérrez de Cosío estaban conscientes que al asumir el cargo de prior tendrían acceso a una posición privilegiada que los acercaba directamente al núcleo del poder virreinal porque tendrían la capacidad para tratar, compartir y negociar directamente con el virrey.

Cuando el marqués de Castelfuerte llegó a Lima, estos contratos estaban pendientes de confirmar en Madrid, así que cuando los comerciantes exigían la confirmación del virrey para tener seguridad de no exponerse a “extorsiones y graves molestias” de los oficiales reales y así

poder zarpar con tranquilidad hacia Tierra Firme, la mencionada autoridad declaraba que no tenía autorización del rey para resolver nada, y que ello no era excusa para que el Consulado detenga la salida de la flota (Moreyra 1956 T.II: 143, 155, 156). En realidad, el virrey no estaba de acuerdo con los contratos firmados por su antecesor porque entendía que la mayor parte de su contenido afectaba los intereses de la corona; de hecho, el mismo Antonio de Querejazu adujo que durante el gobierno del virrey arzobispo se había llegado a un acuerdo sobre el cobro de avería, pues se exoneraba de aquel tributo a algunos productos como la lana de vicuña, cascarilla o cacao, beneficiándose así los comerciantes⁴³⁷. A su vez, esos contratos daban al Consulado soberanía y potestad sobre el modo de comerciar e introducir mercaderías, por ejemplo, ninguna autoridad de la Real Hacienda tendría facultad para revisar mercaderías con origen ilícito, y el Consulado se reservaba la jurisdicción para los decomisos. Según el virrey, estas concesiones no hacían sino favorecer el contrabando; por el contrario, lo que debía hacerse era fortalecer la jurisdicción real; tal posición fue respaldada desde Madrid cuando se decidió no confirmar los mencionados asientos (Moreno Cebrián 2000: 201-203).

Ilustración 20



Retrato de José de Armendáriz, marqués de Castelfuerte

Fuente: ARCHI (Archivo digital del Museo de Arte de Lima)

⁴³⁷ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 9, Exp. 443, 1725.

Sin embargo, pese a lo dicho, no debe pensarse que los comerciantes tenían una ilimitada jurisdicción en temas comerciales; de hecho, tenían que cumplir con ciertas obligaciones contractuales como la entrega de cuentas. Por ello, los documentos internos del Consulado evidencian el deber de preparar esta documentación a exigencia de muchos virreyes como Ladrón de Guevara, Morcillo y Rubio y el mismo marqués de Castelfuerte; de ellos, el segundo además pidió una relación de los administradores que hacían los respectivos cobros y documentos en los cuales los comerciantes sustentasen la forma en que combatían el comercio ilícito; mientras, el tercero exigió la “celeridad” en la entrega de estos informes. Por supuesto, las obligaciones eran compartidas, pues Mendive y Garazatua incidían que las obligaciones del gobierno era mantener la seguridad en los mares⁴³⁸. En realidad, los motivos que tuvo el marqués para solicitar estos documentos radicaban en su deseo de conocer el estado de los asientos, para luego reformarlos, derogarlos o negociarlos.

Así, el marqués de Castelfuerte intentó cambiar el sistema de recaudación de impuestos; propuso la interferencia directa de los oficiales reales en el cobro de los aranceles; y determinó la eliminación de las exoneraciones tributarias. Además, solicitó la revisión de las cuentas que el Consulado enviaba a los oficiales reales. Todas estas medidas cuestionaron los privilegios de los comerciantes, el mismo Antonio de Querejazu alegó que la participación de aquellos burócratas no estaba prevista en ningún asiento. Muchos de estos asuntos fueron discutidos en juntas que el virrey convocaba, donde participaban además los oidores, los miembros del Tribunal de Cuentas, los oficiales reales, y los priores y cónsules. Así, Querejazu participó en este privilegiado espacio de poder y negociación; pero debía llevar propuestas respaldadas, por ello, convocó a varias juntas generales del comercio; sus redes políticas lo sostuvieron, pues sus integrantes participaron ávidamente tales como La Puente, Urrunaga, Perurena, La Cuadra, Molero, Garazatua, Olave, Recavarren, Jauregui, entre otros⁴³⁹. Así, todas las propuestas y medidas que Antonio tomó durante su priorato fueron amparadas por su red de comerciantes, quienes a su vez lograron que se mantuviese en el cargo durante tres gestiones seguidas.

El virrey, con el aval de la corona, propuso que todo cuanto se embarcase y trajese debía llevar una partida de registro, sino quedaría decomisado; planteó que el cobro de los impuestos de alcabala fuese realizado por los oficiales reales; desechó la propuesta tributaria por la cual los comerciantes pagarían un 4 por ciento de impuesto a algunos productos (papel, cera, especies), pero no sobre sus valores reales, sino sobre el precio al momento de la compra/venta; también propuso un servicio de guardacostas costado con los impuestos de los comerciantes con el objetivo de impedir el contrabando; a todo ello habría que sumarle la propuesta real por la cual se esperaba que las armadas y ferias tendrían lugar cada dos años, y las flotas del Callao

⁴³⁸ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Consular, Leg. 1, Exp. 93 y 94, 1720-1725.

⁴³⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, N° 330, 1724, 515v; Superior Gobierno, Real Acuerdo, Leg. 5, Exp. 43, 1725, f. 1239.

navegarían inmediatamente se tuviese noticias de la salida de los galeonistas desde Cádiz (Moreno Cebrián 2000: 204-205, 224 y 233). Por su lado, Querejazu, pudo maniobrar políticamente y obtuvo del virrey algunas concesiones; aunque claro, la mayoría se ejercieron antes de la feria de 1726, cuando aún el marqués no tenía del todo claro la posición respecto a las condiciones de los asientos si bien ya les parecía reprobables; en muchos casos, tuvo que permitir las prerrogativas de los comerciantes para facilitar el despacho de los galeones como sucedió en 1725 cuando el Consulado exigió parte del decomiso de un navío (Moreno Cebrián 2000: 222).

En esas circunstancias, y ante la prudencia interesada del virrey, Querejazu logró la prohibición del embargo de navíos privados, a su vez, consiguió que los responsables de la recolección de impuestos en Tierra Firme fuesen nombrados por el Consulado por encima de los oficiales reales, como vimos, con este fin Juan López Molero fue designado Comisario de Panamá, y también se nombraron guardias para Boquerón y Portobelo y contador de libros y plata, cada uno de ellos con sus respectivos salarios; asimismo se negoció los ajustes de los gravámenes de algunas mercaderías e impuestos porcentuales sobre los caudales en oro y plata enviados por los comerciantes, aunque se enfatizó que estas reducciones no podrían ser realizadas ni por los oficiales reales de Lima o Panamá, sino solo por la persona que el Comercio hubiese designado para tal fin de forma “inviolable por contrato”; incluso, Querejazu logró “como cabeza de este comercio se le haga la gracia [...]” a los ex virreyes Castellldosrius y Morcillo Rubio de mantener inviolables sus patrimonios y no sujetarlos a los impuestos negociados (Moreyra 1956 T.II: 218-270). A cambio de todas estas propuestas, el Comercio una vez más estuvo dispuesto a embarcarse a la feria, incluso, se encargaron del mantenimiento de los navíos *Capitana* y *Almiranta*, que serían los que partiesen a Panamá; esta situación de compromisos mutuos llevó a que el virrey, en algunos momentos, exigiese y ordenase enérgicamente la partida de la armada y en otros, otorgase prorrogas sucesivas a pesar suyo (Moreyra 1956 T.II: 244-271).

Otro asunto de tensión y negociación fue la cancelación de la deuda de 719, 084 pesos que el Consulado mantenía por los asientos pasados, y que estaban pendientes de pago desde la época de Castellldosrius. Como vimos, Morcillo y Rubio había dispuesto que se pagaran en las cuatro armadas siguientes a 1722. Este dispendioso acuerdo no gustó a la Corona, que encomendó al virrey el pago inmediato de la deuda a través del cobro directo a los responsables. Evidentemente se generó un espacio de negociación. Querejazu al frente del Consulado garantizó el pago de la deuda a través de adelantos sucesivos y con los gravámenes a algunas mercaderías y caudales; por ejemplo, se adjudó que se entregaría 179, 000 pesos y se aplicaría un impuesto de 2 por ciento sobre la plata y productos y 0.5 por ciento sobre el oro; esta proposición había sido discutida y aprobada por la junta general del Consulado en la cual -como era de esperar- fue clave la presencia de la red vasca sosteniendo y apoyando a nuestro

personaje. El virrey aceptó la propuesta (Moreyra 1956 T.II: 213-214; Moreno Cebrián 2000: 243)⁴⁴⁰.

Luego de este primer pago, aún quedaba una deuda final de 593, 752 pesos, de la cual gran parte se había originado en la recolección de impuestos durante la feria organizada en 1707 y 1708; por ello, el virrey exigió que los responsables del Consulado de aquellos años, así como sus herederos cancelaran directamente las deudas cobrándose, incluso, un 7 por ciento sobre los caudales que transportaban hacia Panamá (Moreno Cebrián 2000: 244). Querejazu, al frente del Comercio, tuvo que actuar en parte porque los integrantes de su facción eran afectados directamente como Joseph de Garazatua y Pedro de Ulaortua, por ello adujo que la deuda era corporativa y no individual, esta proposición benefició a la mayoría de su grupo, quienes eran los principales deudores del Comercio; por ejemplo, Garazatua debía 23, 482 pesos, Ulaortua 16, 298, el mismo Querejazu 7, 328, Solís Vango 6, 262, Mendive 3, 617, Molero 5, 330, Salazar 1, 116, Gurmendi 553, entre otros (Moreyra 1956 T.II: 214). Evidentemente, esta situación se generó debido al absoluto control del Consulado por parte de la red vasca que permitió que muchos de sus integrantes no pagasen los reales derechos. Querejazu, como líder de la facción, protegió los intereses de sus socios, y ante estas exigencias fiscales del virrey y la corona, propuso la donación inmediata de un caudal con la condición que se declarase a los integrantes actuales y futuros del Consulado libres de toda deuda.

El monto de la donación se negoció, el Consulado propuso 100, 000 pesos, la Corona, quien consideraba que las deudas eran incobrables, quería el doble, pero finalmente se estableció un monto de 150, 000 pesos gracias al acuerdo entre el virrey y el Consulado (Moreno Cebrián 2000: 245). Una vez más Antonio de Querejazu logró una salida forzada pero beneficiosa en tan difíciles circunstancias, incluso, para conseguir aquella suma de dinero tuvo que recurrir a su aval crediticio, aun cuando ya no era prior, pero sí lo era su socio y amigo Lorenzo de la Puente en 1727. En efecto, Querejazu logró préstamos de la Caja General de Censos de Indios de Lima, del ramo de las capellanías del juzgado eclesiástico, y él mismo entregó a su gremio 40, 000 pesos de su propio caudal⁴⁴¹. El Consulado llegó a endeudarse por un monto total de 154, 514 pesos; la situación fue insostenible, y algunos ricos comerciantes propusieron una prorrata para cancelar la deuda; Antonio llevó la medida a voto consultivo y se aprobó la aplicación de un nuevo gravamen sobre algunas mercancías. Esta situación demuestra que los contratos de asiento no solo empoderaban al gremio mercantil, en algunas coyunturas los obligaban a cumplir con la entrega de caudales; por ello, negociar, obtener plazos, concesiones, créditos o facilidades por parte del virrey era indispensable, y quien lo conseguía elevaba su prestigio social.

⁴⁴⁰ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 9, Exp. 44, 1725; Superior Gobierno, Real Acuerdo, Leg. 5, Exp. 43, 1725, f. 138

⁴⁴¹ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 5, Exp. 94, 1727; AAL, Capellanías, Leg. LXXXVI, Exp. 12, 1724.

Estas últimas situaciones evidencian que el desarrollo de una red y el ascenso social de sus líderes tampoco es una historia de éxito ininterrumpido, pues hubo reveses, malestares por las concesiones arrebatadas, condiciones de los asientos alteradas, y exigencias en el pago de deudas. Más adelante, el marqués de Castelfuerte logró aplicar una serie de reformas radicales, de hecho, consiguió que los derechos reales dejaran de ser recaudados por el Tribunal del Consulado y pasaron a manos de los oficiales reales después de varias décadas (Moreno Cebrián 2000: 242). Por su lado, Antonio de Querejazu estuvo muy activo en el Consulado hasta que, en 1744, a la edad de 80 años, decidió abandonar su actividad gremial, aunque aún viviría siete años más. Nuestro personaje indicaba que su avanzada edad, falta de vista e impedimento para movilizarse a las juntas generales eran sus motivos para alejarse del gremio. Gabriel Bocangel, Pedro Gutiérrez de Cosío y Thomas de Costa, prior y cónsules en aquel año, aprobaron sin miramientos su solicitud la cual decía lo siguiente:

[...] digo que desde el año de 1685 en que me matricule en este Tribunal del Consulado he estado asistiendo a todos los actos y funciones a que como tal he debido concurrir habiendo asimismo servido en el empleo de prior en que procure desempeñar el cumplimiento de mi obligación así como todas las urgencias de dinero que entonces ocurrieron con motivo de los empeños que haya reducido este Tribunal a su comercio y por cuyo cumplimiento estrechado el Excmo Marques de Castelfuerte, viéndome por esta razón preciso afianzar con mi propio caudal todas las crecidas cantidades que se mutaron para este empeño, y por consiguiente gasto más de 50, 000 pesos [...] cuyo monto se me satisfizo después con muchos años sacrificando los graves perjuicios que experimente en mis propios intereses [...]⁴⁴².

Según las palabras de Querejazu, fue un agremiado que cumplió todas sus obligaciones corporativas y cuando sirvió de prior durante el gobierno del marqués de Castelfuerte, asistió y auxilió económicamente a su gremio a través de un significativo préstamo; esto revelaba no solo su solvencia económica, sino también su rango, pues el acto no tenía ningún interés crediticio, era una manifestación graciosa de un líder que deseaba ayudar a su corporación; en cualquier caso, no fue una inversión económica, sino social, pues elevaba a nuestro comerciante por sobre otros. Asimismo, gracias a las innumerables negociaciones, pudo acercarse al virrey y obtener concesiones corporativas. También debemos considerar que la actitud del marqués no fue del todo impositiva con la élite local, de hecho, es conocido que tenía una propia red de poder y relaciones clientelares en las cuales participaban diversos miembros de su corte y algunos sectores mercantiles, y por ello pudo enriquecerse a través de negocios que incluían la venta de corregimientos, el negocio del cacao y el juego (Ruiz 2018; Moreno y Sala I Vila 2005: 83-84).

⁴⁴² AGN, Tribunal del Consulado, Gremios, Leg. 114, Exp. 11, 1744.

Nuestro personaje debía conocer esos espacios de poder, y utilizó su campo de negociación para relacionarse con el vicesoberano.

¿Antonio de Querejazu estuvo en la corte del marqués de Castelfuerte? Es muy difícil establecer esa premisa, lo que sí es cierto es que mantuvo conversaciones y negociaciones directas con aquella autoridad. Además, consideremos que el espacio cortesano no solo estaba reservado a favoritos y allegados, en el también podían participar los burócratas del gobierno, quienes indudablemente mantenían una cercanía privilegiada con el virrey (Vásquez Gestal 2013: 33). Si bien, el cargo de prior, a diferencia de corregidores, contadores u oidores, no pertenecía *sensu stricto* a la burocracia virreinal, es bien cierto que las normas de etiqueta, los privilegios adquiridos y la misma consideración social colocaban al prior en un similar estatus, de hecho, era una corporación política de importancia en la época, y su “cabeza” tenían tantas inmunidades, prerrogativas y presencia en ceremonias oficiales como los mismos burócratas, a quienes -en algunos casos- superaban en prestigio.

Por otro lado, Querejazu también tenía vínculos con algunos miembros de la corte virreinal, no con los comerciantes, pues al parecer la mayoría de ellos eran de la facción montañesa, pero sí con los amigos y agentes de confianza más personales del marqués, uno de los cuales luego sería su consuegro, nos referimos a Joseph Santiago Concha. Como afirma Moreno Cebrián, el marqués de Casa Concha estaba muy vinculado al virrey en tanto oidor, consejero y amigo; lo ayudó en su pelea contra el arzobispo Morcillo Rubio y el inquisidor, de hecho, este último ya evidenciaba en sus cartas el papel y poder del susodicho, pues afirmaba que influía decisivamente en las decisiones del vicesoberano y “blasona de semejantes temeridades y poder cuando quiere, sin detenerse en lo que es lícito o ilícito [...]” (2000: 108 y 130). El matrimonio entre los hijos de Querejazu y Santiago Concha se realizó durante el gobierno del marqués de Castelfuerte, y fue el primero sobre quien el linaje y prestigio de su padre continuó.

4.3.4. La descendencia empoderada en la Real Audiencia

En efecto, a diferencia de la mayoría de los personajes aquí investigados, la carrera de Antonio de Querejazu no terminó con él, sino se extendió sobre su descendencia, más en concreto, sobre su hijo Antonio Hermenegildo, quien se casó con Josepha Santiago Concha, hija del poderoso e influyente marqués de Casa Concha. Antonio Hermenegildo heredó las redes políticas que construyó su padre, y supo sacarles provecho, por ello decía de aquel que “consiguió para mí y toda mi casa los honores y favores del Soberano” (Rizo-Patrón 1989: 271). En efecto, el hijo de nuestro vascongando estaba muy vinculado con las élites, pues en su matrimonio figuraban como testigos Simón de la Rivera, oidor de la Audiencia de Charcas, y

Pedro Concha, fiscal protector de los naturales⁴⁴³, es decir, burócratas y funcionarios del gobierno, quienes trabajaban directamente con el virrey; estos personajes y la misma influencia de su padre lo promovieron socialmente y le garantizaron un puesto en la administración virreinal y la corte.

La obtención del puesto de oidor pudo facilitarse también por su profesión, pues a diferencia de su padre no era comerciante; estudió en el Colegio Real de San Felipe y se graduó de abogado en la Universidad de San Marcos; sus hermanos recibieron la misma educación. Francisco Xavier, gracias a los vínculos de su padre, recibió una merced de Felipe V que lo convirtió en superintendente de oro en Sisa, gozando de las mismas preeminencias e inmunidades que los contadores del Tribunal de Cuentas con un sueldo considerable⁴⁴⁴. Ignacio obtuvo la presidencia de la Audiencia de Charcas pero falleció tempranamente; y Thomas Mariano, quien abrazó la vida religiosa, fue prebendado de la catedral, consiguió el hábito de la orden de Santiago; luego se hizo medio racionero y racionero de la cera de Lima; en 1755 ya era canónigo; al año siguiente se convirtió en juez adjunto del arzobispo; por la misma época era catedrático de la universidad; e incluso fue rector de la misma institución entre 1756 y 1759 (Varela 1924: 128; Vargas Ugarte 1935: 164).

Antonio Hermenegildo fue el hijo más exitoso de Antonio de Querejazu; pues extendió y empoderó el linaje hasta los escalones más altos de la sociedad virreinal; y además fue considerado el hombre más poderoso de su tiempo. Gracias a los vínculos con la élite local y las redes construidas por su padre obtuvo el puesto de presidente de la Audiencia de la Plata, ya que como propone Dedieu, la relación y fidelidad familiar era un factor a tener en cuenta al momento de obtener un cargo en la administración (2005: 28-30). El poder e influencia que llegó a tener se construyó a partir del gobierno de marqués de Villagarcía, quien conocía que en la Plata también actuaba como fiscal Joseph Antonio de Villalta y Núñez, pariente político de Querejazu, pero pese a estos inconvenientes jurisdiccionales le permitió viajar para tomar su puesto en la Audiencia, en parte porque el susodicho le había convencido que no habría problemas, incluso, sobre él se des hizo en elogios y afirmó: “[...] que el mencionado don Antonio Hermenegildo aunque es mozo tiene acreditada su buena crianza, ajustadas costumbres y la instrucción que adquirió con su estudio en la facultad de jurisprudencia en que se graduó de doctor y muestra ser moderado y juicioso”⁴⁴⁵. Antonio Hermenegildo, una vez proveído, viajó a Potosí en 1737 junto a su esposa Josepha; en aquel lugar residió por buen tiempo; muchos de sus hijos nacieron en la villa imperial; y su ingreso a la ciudad fue acompañado con un gran ceremonial y la misma crónica de Arzáiz lo describió como un “presidente mozo y gallardo”

⁴⁴³ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1, 17-478, 1777.

⁴⁴⁴ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 18-495, 1745.

⁴⁴⁵ AGI, Lima, 651, 1737.

evidenciando su prestigio e indudable influencia con apenas veintiséis años (1965 T.III: 142). Cuando en 1751 murió su padre, asumió el mando familiar en Lima⁴⁴⁶.

Antonio Hermenegildo fue oidor de la Audiencia de Lima entre 1744 y 1792, es decir, ocupó el máximo puesto de justicia durante 48 años. Nuestro personaje estaba muy vinculado con la institución a partir de relaciones familiares; pues su suegro, el marqués de Casa Concha, su cuñado Melchor de Santiago Concha, y su concuño Joseph Antonio de Villalta y Núñez eran oidores de la misma corporación; incluso, su nuero Lorenzo de la Puente Castro, esposo de su hija Micaela, era fiscal (Flores Arroyo 2004: 248); asimismo, el cuñado del último, Juan José de la Puente Ibáñez, quien fungía como alcalde del crimen, era hijo de Lorenzo de la Puente y Mariana Ibáñez, el primero un antiguo amigo de nuestro comerciante. Esta serie de relaciones y vínculos familiares fueron importantes para consolidar su posición en la Audiencia, ya que a diferencia de su padre, quien recurrió a los vínculos de paisanaje, oficio y amistad para formar redes políticas en cofradías para ascender socialmente, Antonio Hermenegildo nació con un prestigio y vínculos familiares ya existentes, su inclusión en los escalones altos de la sociedad fue menos dramática; de hecho, la red vasca entonces ya estaba bastante desarticulada en el Comercio, y al parecer, el hijo de nuestro comerciante tampoco consideró decisiva su participación en cofradías, si bien estaba inscrito en Aránzazu y la Veracruz. Entonces, su poder se construyó gracias a las relaciones familiares presentes en una institución como la Audiencia y debido a su cercanía a la corte virreinal. De hecho, su empoderamiento en la magistratura se consolidó, sobre todo, en la época del conde de Superunda, de quien se hizo un eficaz servidor.

En la época, el cargo de oidor de la Real Audiencia era la máxima instancia burocrática del virreinato solo por debajo del virrey. Los oidores eran consideradores servidores que el rey enviaba para administrar justicia; y además, la institución estaba revestida de un prestigio inigualable; estaba apoyada por la corona y sus integrantes disfrutaban de una serie de protocolos, liturgias, vestimentas, insignias y preeminencias; incluso, desde el siglo XVII, se estableció la etiqueta necesaria que el virrey debía considerar para saber cómo tratar con estos magistrados (Campbell 1972; Matos 2013; Valenzuela 2001; Schwartz 2011; marqués de Guadalcazar 2006: 238). Asimismo, los salarios que recibían los oidores eran de los más altos en el escalafón de la burocracia colonial; así, oidores como Miguel Núñez de Sanabria, Pablo Velásquez Velasco o el mismo Antonio Hermenegildo recibían 3, 000 pesos, pero podían cobrar más como Álvaro de Navia Bolaños, quien percibía casi 5, 000 pesos (Luque 2011: 94).

Por otro lado, el cargo de oidor “ennoblecía” a sus propietarios, ya que indicaba que el posesionario era una persona de influencia social, quien mantenía un sinnúmero de relaciones sociales con los vecinos de su jurisdicción, muchas veces, sus propios familiares. Así, no fue raro que se usara esta posición para fortalecer las redes clientelares (De la Puente Brunke 2001:

⁴⁴⁶ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 31-834, 1777.

429-431; 1990: 34). Lo anterior se debía a que en la época la corporación estuvo sometida por la élite local. En efecto, la necesidad de la corona de conseguir fondos para sostener diversas guerras ocasionó que se recurriera a la venta sistemática de cargos, y esto permitió que la Real Audiencia estuviera dominada por magistrados criollos, principalmente entre 1740 y 1777 (Burkholder y Chandler 1984: 22-39; Brading 1973: 401; Gutiérrez Rivas 2005: 57, 65-66). Así, aparecieron en escena poderosos oidores como José de Tagle Bracho (hijo), José Domingo Orrantía, Melchor de Santiago Concha y nuestro Antonio Hermenegildo de Querejazu, todos nacidos en Lima. Además, la Real Audiencia en América, a diferencia de los modelos primitivos de la península, no tenía solo funciones judiciales, sino también atribuciones de carácter político y administrativo; y en algunos casos ejercía el gobierno (Merluzzi 2012: 207). Si bien esta naturaleza podía cuestionar la autoridad de los virreyes, en algunos casos la reforzaba, pues algunos vicesoberanos se rodeaban de los oidores y conformaban con ellos un grupo de poder dominante como sucedió en el gobierno de Manso de Velasco (Carrillo Ureta 2018: 29 y 106).

Ilustración 21



Cristóbal de Aguilar. Retrato de Antonio Hermenegildo Querejazu Mollinedo (s. XVIII)

Fuente: ARCHI (Archivo digital del Museo de Arte de Lima)

Antonio Hermenegildo de Querejazu y Pedro Bravo de Rivero fueron los oidores más influyentes de la Real Audiencia de su tiempo; fueron estimados por los virreyes y se convirtieron en importantes agentes políticos. Manso de Velasco indicaba en su *relación* que prefería a estos ministros por encima de otros para solucionar diversos aspectos de su gobierno como los problemas con el arzobispo Barroeta y el inquisidor Mateo de Amúsqibar; los inconvenientes sucedidos en las minas de Potosí; o las denuncias de los indios mitayos contra los curas parroquiales (Manso de Velasco 1983: 35). Efectivamente, el virrey y sus oidores formaron un grupo de poder dominante acusado de prácticas venales y clientelares, y el mismo Antonio Hermenegildo fue acusado de “comerciante” y de mantener intactos sus intereses en el Consulado (Pérez-Mallaína 2001: 233; Walker 012: 59-60). En la época, para que un virrey pudiese cumplir sus funciones eficientemente tenía que contar con el apoyo y complicidad de los oidores, y estos estaban encantados de pertenecer al núcleo privado de poder del virrey, ya que como señala Phelan, la influencia y privilegio de estos burócratas dependía de su habilidad política (1995: 197). Incluso, algunos vicesoberanos hostiles con las élites locales como Manuel de Amat se daban cuenta de la importancia de contar con el respaldo de la Audiencia no solo para gobernar, sino también para afrontar los periodos de crisis (Campbell 1972: 6). De hecho, si bien el virrey Amat se enfrentó a muchos oidores, al parecer sí tuvo buenas relaciones políticas con nuestro Antonio Hermenegildo.

En efecto, existió un conflicto político y jurisdiccional entre el virrey Amat y algunos oidores criollos congregados en torno a la figura del poderoso Pedro Bravo de Rivera; ello ocasionó denuncias, suspensiones y persecuciones; sin embargo, otros magistrados no fueron afectados por estos conflictos, ya que como dice Flores Arroyo, el virrey para gobernar y oponerse al oidor Bravo debió buscar apoyo en ciertos personajes de la misma institución (2004: 249). Por ejemplo, Antonio Hermenegildo no solo no recibió ningún tipo de acusación, sino fue beneficiado con muchos cargos; esto en parte se debía a su actitud conveniente, pues estaba presto a aliarse con la autoridad de turno; lo mismo sucedió cuando se convirtió en informante del visitador Areche, a quien incluso le abrió las puertas de su hogar; así, el enviado español conocía la intimidad de nuestro Querejazu, lo llamaba “su pariente” y conocía a las jóvenes hijas de este, por quienes sentía profunda devoción, las consideraba “sus adoradas” y las llamaba afectuosamente “Marianita”, “Miquita” y “Panchita” o también “las condesitas de San Pascual”⁴⁴⁷.

De esta manera, durante el reinado de Carlos III, Antonio Hermenegildo consiguió extender sus influencias y gracias a la simpatía del virrey Amat obtuvo los cargos de juez de la Caja General de Censos de Indios de Lima (1760), miembro honorario del Consejo de Indias (1763), ministro para el gobierno de las rentas del Estanco del Tabaco (1766), director de la

⁴⁴⁷ AGN, Colección Francisco Moreyra, Leg. 19, Ex. 539, 1777.

Junta de Montepío de Viudas y Pupilos (1768), juez del Juzgado de Intestados (1778), encargado del Real Estanco (1779), y juez del Juzgado de Alzadas (1784); y en todos estos nombramientos, el virrey siempre aducía las “calidades” de nuestro personaje. (Mendiburu T. XI: 1934: 262)⁴⁴⁸. Este consumo de cargos y empleos públicos le permitieron tener un prestigio y visibilidad social; por ello fue socio benemérito de la Sociedad Vascongada “Amigos del país”. Sin duda, Antonio Hermenegildo se convirtió en un cortesano de primer orden, no solo estaba cercano al entorno de poder, sino en el centro mismo. La historiografía no ha dudado en afirmar que fue el hombre más poderoso de su tiempo; incluso, Varela manifestaba que nuestro personaje ocupó la más alta posición social; y su familia era la más prestigiosa de la época (1924: 129). Asimismo, tenía una red clientelar amplísima que incluía funcionarios y burócratas de influencia incuestionable como corregidores, jueces, contadores e incluso oidores; muchos fungieron como sus emisarios e informantes durante situaciones convulsionadas como la creación del virreinato del Río de la Plata (1776) o la rebelión de Tupac Amaru (1780); por ejemplo, el célebre Benito Mata Linares, oidor de la Audiencia de Lima y el hombre que dirigió el juicio al inca rebelde, fue un emisario personal de nuestro personaje, pues se encargó de informarle todos los acontecimientos de la época e incluso gestionó algunos de sus encargos en Buenos Aires⁴⁴⁹.

Antonio Hermenegildo también disfrutaba de una vida cortesana; respaldó obras de espacios públicos que tenían como objetivo embellecer la ciudad, y también impulsó políticas de saneamiento y salubridad (Querejazu Mollinedo 1770 y 1771). En 1785 se jubiló de su servicio en la Real Audiencia con una cédula que ratificaba sus honores y preeminencias; incluso, recibió un último reconocimiento, pues en 1791 se convirtió en miembro del Consejo de Indias, una distinción que hasta ese momento ningún español americano había conseguido (Ruza 1958: 48). Así, el linaje Querejazu se posicionó en lo más alto de la estructura social. Los herederos, envueltos de este prestigio familiar, no tuvieron dificultades para posicionarse en los altos puestos de la administración virreinal. Finalmente, Antonio Hermenegildo falleció el 17 de enero de 1792.

Conocemos gran parte de las trayectorias de los hijos de Antonio Hermenegildo, pues el testamento de su esposa en 1777 informaba sobre sus actividades; algunos murieron siendo aún niños como Manuel, el mayor, quien falleció a los doce años; los demás hijos consiguieron ascender de forma rápida gracias a las redes familiares. Juana Agustina se casó con el III conde de San Juan de Lurigancho, pero falleció poco después; Micaela se casó con Lorenzo de la Puente y Castro, marqués de Villafuerte⁴⁵⁰; José fue alcalde de Lima en 1772⁴⁵¹; Matías siguió

⁴⁴⁸ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 19-525, 1766; 19-526, 1768.

⁴⁴⁹ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 20-566, 1781; D.1. 20-586, 1782-1784; D.1. 20-566, 1789; D.1. 20-578, 1781.

⁴⁵⁰ Lorenzo de la Puente Castro, hijo de los ya mencionados Lorenzo de la Puente y Larrea y Ana de Castro, nació en 1742, era Coronel de la Caballería de Arnedo y Coronel de los Reales Ejércitos, fue

una exitosa carrera eclesiástica, pues fue presbítero, cura y vicario en Cañete, prebendado de la Iglesia, Inquisidor honorario del Tribunal de Santo Oficio y finalmente se hizo obispo electo de Buenos Aires⁴⁵²; Agustín obtuvo el puesto de sargento fundidor mayor de la Real Casa de la Moneda, fue capitán del regimiento de nobles y fundó la Casa de Ejercicios de San Francisco Solano al interior del Convento de los Descalzos⁴⁵³. El monarca, en honor a los servicios de los dos últimos, les concedió el hábito de la real orden militar de Carlos III, a la que pocos españoles americanos llegaron a pertenecer⁴⁵⁴. En efecto, la merced de esos hábitos militares se hizo en honor a los ascendentes familiares, pues la documentación indicaba que la reputación de personas nobles como Antonio de Querejazu o su hijo Antonio Hermenegildo era motivo suficiente para honrar a sus descendientes; asimismo, la familia tenía poderosos contactos con la corte real, pues personajes como el duque de San Carlos, el conde de Vistaflorida o coroneles del ejército declararon en favor de los hermanos Querejazu. Estos contactos fueron forjados gracias a Antonio, hermano de los susodichos Matías y Agustín, ya que llegó a ser caballero de Santiago y fue teniente coronel del regimiento de Guadalajara; combatió en La Habana contra los ingleses, y residió en Cádiz, donde frecuentó a los altos mandos militares; él se convirtió en el efectivo agente que vinculó a la familia con la corte madrileña.

Las trayectorias de los otros hijos de Antonio Hermenegildo fueron las siguientes: Ángel Thomas siguió la vida religiosa; se convirtió en clérigo y luego fue cura en Canta; al ser uno de los menores no tuvo mucho acceso a la herencia y su tipo de vida lo alejó de los lujos, por ello estaba en dependencia de sus familiares, quienes lo socorrían con dinero; Francisca se casó con Juan José de Abellafuerte; y Mariana, la menor de todos, en 1774 aún seguía siendo doncella y terminó heredando el espíritu de su abuelo y padre, pues era la viva imagen de ellos; fue considerada la principal dama de su tiempo y en la época existía un dicho popular que decía “En Lima hay tres poderes: el virrey, el arzobispado y Mariana de Querejazu” (Varela 1924: 130; Ruzo 1958: 50)⁴⁵⁵.

Mariana fue una dama de gran talento, energía, inteligencia y carácter; influyó en las artes de su época, y en su juventud se casó con Jacinto de Seguro, abogado de la Real Audiencia⁴⁵⁶; también frecuentaba personajes de gran influencia como canónigos, provisos y jueces; y el mismo arzobispo Juan Domingo Gonzáles de la Reguera le concedió el privilegio de

alcalde de Lima en 1773, solo al año siguiente del gobierno de su cuñado José de Querejazu (Bromley 1960: 340-341).

⁴⁵¹ José de Querejazu se casó con Josefa de la Puente y Castro, sobrina de su cuñado Lorenzo de la Puente Castro, ya que era hija de su hermana Constanza, quien se había casado con Juan José de la Puente Ibáñez.

⁴⁵² Era cura de Lima en 1768, Prebendado de la Catedral en 1785, Racionero en 1792, Canónigo en 1802, Dignidad del Tesoro en 1812, y al año siguiente Maestre de Escuela

⁴⁵³ Quizás debido en atención a esta última actividad piadosa se le concedió licencia para casarse en 1755 con su sobrina Constanza de la Puente y Querejazu, hija de su hermana menor Micaela

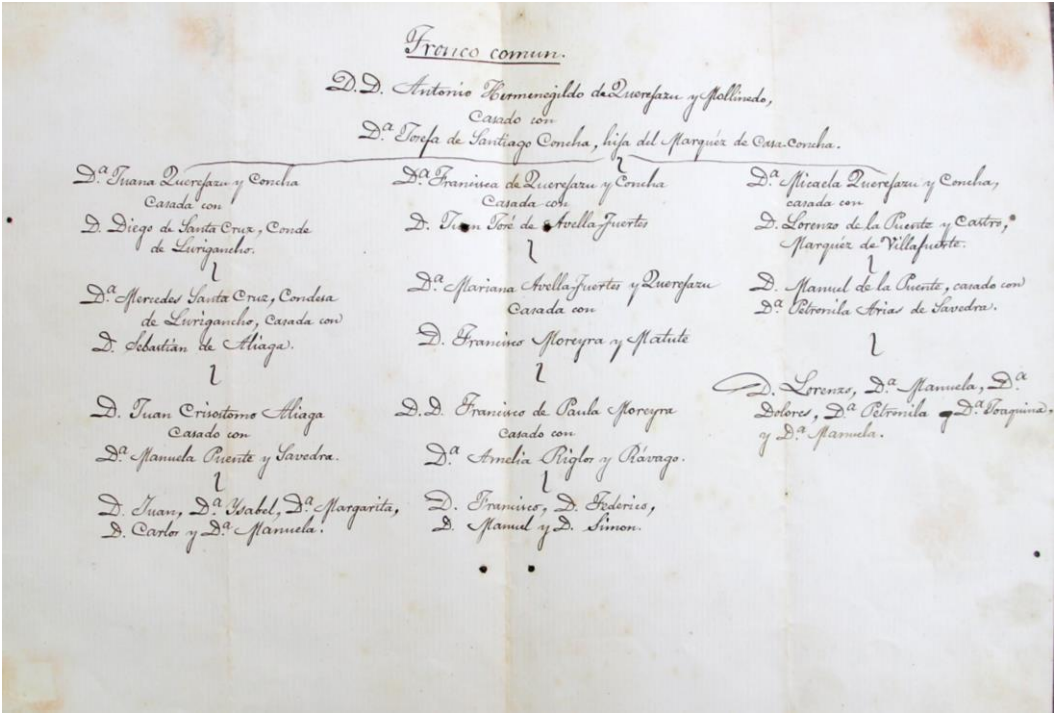
⁴⁵⁴ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 31-833, 1777; D.I. 22-661, 1792-1806.

⁴⁵⁵ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 20-589, 1781.

⁴⁵⁶ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Alejandro Cueto, N° 195, 1758, 936v.

tener un oratorio en su casa donde se darían misas y sermones para su beneficio y el de sus criados, alegando que estaba enferma e imposibilitada para movilizarse a las iglesias; esta era una práctica muy común en la época, pero solo estaba al alcance de la élite colonial (AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 33.891, 1810; D.1. 32-887, 1796; Zamorano 2014: 372-393). En suma, Mariana fue una de las mujeres más sobresalientes de su época y cuando murió en 1810 su entierro fue uno de los más fastuosos y el que mayor gasto demandó; su cuerpo fue conducido con pompa por toda la ciudad y fue enterrada en el sepulcro familiar que se construyó en el Cementerio General (AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 33-895, 1810).

Ilustración 22

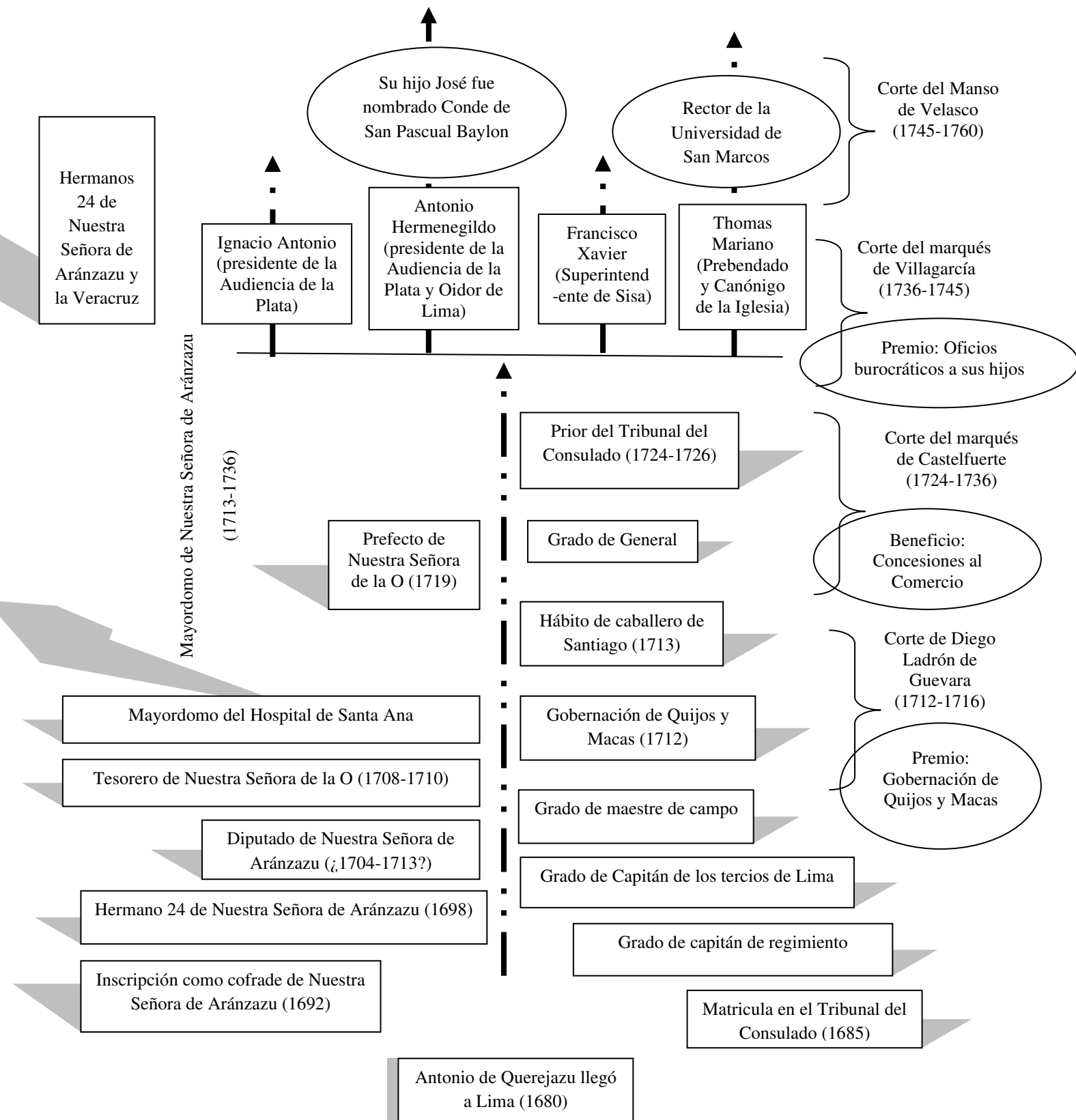


Descendencia de Antonio Hermenegildo de Querejazu (siglo XVIII)

Fuente: AGN (Colección Francisco Moreyra, Leg. 93, Exp. 2137).

Gráfico 5

Consumo de cargos y ascenso social de Antonio de Querejazu



A la familia Querejazu solo le faltaba poseer un Título de Castilla y lo consiguieron de muchas formas; la más común fue apropiarse de un título ya existente debido a los matrimonios. En efecto, como dice Rizo-Patrón, el matrimonio entre pares posibilitaba que dos o tres títulos de Castilla recayera en una sola persona (2000: 125). La prolífica descendencia de Antonio Hermenegildo permitía que esto sucediera, pues su familia se vinculó con varios linajes nobles; por ejemplo, Juana Agustina de Querejazu se casó con Diego Santa Cruz, III conde de San Juan de Lurigancho; María Mercedes de Santa Cruz y Querejazu, la hija de los anteriores, llegó a convertirse en la IV condesa de San Juan de Lurigancho y al casarse con Sebastián de Aliaga y Colmenares, IV marqués de Celada de la Fuente, adjuntó este nuevo título nobiliario al prestigio familiar (Rosas Siles 1995: 461)⁴⁵⁷. Por otro lado, Micaela de Querejazu se emparentó con los de La Puente, pues se desposó con Lorenzo de la Puente Castro, marqués de Villafuerte⁴⁵⁸; este título dio más prestigio a la familia, ya que luego lo heredaría Micaela de la Puente y Querejazu, hija de los anteriores, quien se casó con Isidro Cortázar y Abarca, el V conde de San Isidro.

Sin embargo, los Querejazu también recibirían un propio Título de Castilla en honor a su familia. En efecto, Carlos III otorgó el vizcondado previo de Querejazu a José de Querejazu, quien poco después ya se hacía llamar conde en abril de 1774 (Rosa Siles 1995: 471). José tenía veinticinco años y su título pasó a conocerse como el condado de San Pascual Bailón, pues la familia tenía una particular devoción por dicho santo; cuando José murió el condado lo heredó su hermana Francisca, ya que el primero no tuvo descendencia. Pero la coyuntura política generada por la independencia condicionó que muchos de los títulos que estaban en posesión de los Querejazu se extinguieran, esto debido a la política de canjear los antiguos títulos de Castilla por otros nuevos hechos por el Estado republicano; así el marquesado de Villafuerte, el condado de San Juan de Lurigancho, y el marquesado de Celada de la Fuente estaban en peligro de extinción por la Alta Cámara de Justicia aduciendo que sus posesionarios no habían hecho el canje⁴⁵⁹. Daba igual, pues la política abolicionista de Bolívar acabó con todo rezago de nobleza.

⁴⁵⁷ El condado de San Juan de Lurigancho fue otorgado por Carlos II en 1693 al maestre de campo Luis de Santa Cruz y Padilla, I Conde de San Juan de Lurigancho; este se casó con Juana Fernández Gallardo con quien tuvo por hijo a José de Santa Cruz y Gallardo, quien heredó el título y desposó a Mariana Centeno y Chávez, quien engendró a Diego de Santa Cruz y Centeno.

⁴⁵⁸ El primer marqués de Villafuerte fue Juan de Urdanegui y López de Haro, este título fue concedido el 11 de noviembre de 1682, él fue bisabuelo de Ana de Castro Urdanegui, quien se casó con Lorenzo Antonio de la Puente Larrea; tuvieron por hijo a Lorenzo de la Puente Castro, quien desposó a María Antonio Sancho-Dávila y Salazar, y posteriormente a Micaela de Querejazu y Santiago Concha.

⁴⁵⁹ El posesionario del título era Manuel de la Puente y Querejazu, hijo de Lorenzo de la Puente Castro y Micaela de Querejazu, uno de los últimos alcaldes virreinales de Lima, ocupando tal magistratura en 1817 y 1818; de su matrimonio con Petronila Arias de Saavedra y Bravo de Castilla (ver anexo 7) nacieron Lorenzo, Manuela (quien se casó con Juan Aliaga y Calatayud), Dolores, Petronila y Joaquina.

4.4. Ángel Calderón Santibáñez y Ángel Ventura Calderón, del comercio al marquesado de Casa-Calderón

4.4.1. El Comercio, la red montañesa y los hábitos militares

El primero de los Calderón que formó una prestigiosa carrera en Lima fue Cristóbal Calderón Santibáñez, quien se convirtió en un comerciante acaudalado con prestigio social y estimado por las altas autoridades. En la última década del siglo XVII ejerció muchas veces el cargo de cónsul y prior en el Consulado compartiendo espacios con prestigiosos hombres como Juan de Murga, Agustín de Caycuegui y Alonso Ximenes de Vela⁴⁶⁰. A inicios del siglo XVIII, y durante los conflictos con el marqués de Castelflos, volvió a ocupar la dirigencia del comercio, ya que posiblemente muchos vieron en él una figura con experiencia para afrontar el duro contexto; por ello, asistió a comerciantes como Juan Esteban de Munarriz, Florián de Frías Dávila y Juan Bravo de Rivero. Una vez llegó el virrey Ladrón de Guevara, nuestro personaje se convirtió en parte de su red clientelar como lo demuestran sus declaraciones ante el juicio de residencia, donde avaló las diversas medidas del virrey, entre las cuales se encontraba la defensa de los comerciantes al ordenar la devolución de sus mercaderías decomisadas, ante las protestas del fiscal del asunto y contraviniendo las reglas (Salazar 1718).

Asimismo, como vimos, no cualquiera podía escalar hasta la cúpula del Consulado y mantenerse en la dirigencia tanto tiempo, pues se necesitaba de respaldo político y redes eficaces. Por otro lado, Cristóbal Calderón sabía que en esa posición podía participar directamente en los espacios de negociación con la administración virreinal y el virrey; de hecho, tuvo una relación cordial con el conde de Monclova, quien le hizo algunas mercedes. Nuestro personaje fue un hombre cuya edad no fue un límite para seguir escalando socialmente, cuando dejó el priorato a los noventa años fue nombrado administrador de los reales derechos en el Callao, y su extraordinaria longevidad llegó a su fin en 1721 cuando su sobrino Ángel Calderón declaró que falleció a los ciento y dos años.

En cualquier caso, el prestigio, riqueza, influencia y contactos de Cristóbal permitieron que sus familiares Ángel Calderón y Ángel Ventura siguieran una exitosa carrera. Como vimos, esto fue posible, sobre todo, por la red política originada en la cofradía del Rosario, que permitió empoderar a sus principales líderes en espacios políticos como el Consulado. Sin embargo, en las primeras décadas del siglo XVIII, el Comercio estaba dominada por la facción vasca, y la red montañesa recién estaba en proceso de formación interna. Por ello, en los documentos consulares vemos aparecer a estos hombres de forma individual e intermitente, nunca como un grupo; por ejemplo, mientras se discutía el tema de las armadas, donaciones y

⁴⁶⁰ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 6, Exp. 151, 1702.

contratos de asiento, asuntos negociados por los vascos, aparecían en las actas Francisco Sánchez de Tagle (1706), Ángel Calderón Santibáñez, Isidro Gutiérrez de Cosío, Francisco Guemez Calderón, Joseph del Solar, Francisco de Sierralta (todos ellos en 1709), Joseph Tagle Bracho (1710), Alonso Serrano de Estrada (1711), Francisco García Álvarez (1717), Pedro de Velarde, Roque de Ribero (estos dos en 1723) y Fernando Gonzáles Salmón (1724).

A medida que la red montañesa se fortalecía internamente en la cofradía, también conseguían mayor presencia en las decisiones del Consulado, y de hecho ya comenzaban a destacar, por ejemplo, cuando en 1717 el príncipe de Santo Buono solicitó una donación de 22, 000 pesos al Comercio, la mayoría de los que contribuyeron con un caudal fueron los montañeses como García Álvarez, quien donó 1, 000 pesos; Tagle Bracho que contribuyó con 500 pesos; y Salmón, Molero, Vega y Camacho donaron 100 pesos cada uno; aunque bien es cierto que fueron los vascos quienes individualmente hicieron donaciones por más de 500 pesos, este acontecimiento ya mostraba el deseo de protagonismo que entonces tenía el grupo montañés (Moreyra 1956 T.I: 299-300). La situación cambió una vez llegó a Lima el marqués de Castelfuerte, pues como vimos en el anterior apartado, tuvo una hostil y beligerante actitud con los comerciantes, y en general con la facción vasca que dirigía el Consulado, no obstante, las maniobras de su líder Querejazu. Aun así, el marqués revisó los contratos de asiento, deshizo los beneficios que los vascos habían ganado, terminó por entregar a los oficiales reales la potestad de cobrar derechos reales, a su vez, anuló el contrato de asiento de pólvora de Palacios, y tuvo difíciles relaciones con los oidores Manuel Antonio de Borda y Juan Bautista Echevarría Suloaga, hijos de Gabriel de Borda y Martín de Echevarría Suloaga, sobre quienes el susodicho virrey trató de suspenderles la plaza y alejarlos del núcleo político (Moreno Cebrián 2000: 256-261).

Así, el marqués de Castelfuerte condicionó las dinámicas políticas del Comercio, pues con su actitud y beligerancia debilitó a la red vasca, cuyos principales miembros ya habían ascendido socialmente, y muchos de sus descendientes estaba disgregados; y en cambio, favoreció el ascenso de otro grupo de comerciantes mucho más predispuestos a apoyarlo. Estos fueron los integrantes de la facción montañesa que -como vimos en el anterior capítulo- dominó el Consulado entre 1728 y 1751 aproximadamente. En efecto, muchos de los personajes de esta investigación como Ángel Calderón, Ángel Ventura Calderón, Joseph y Juan Tagle Bracho e Isidro Gutiérrez de Cosío indudablemente participaron en las redes políticas del virrey y favorecieron sus negocios (Ruiz 2018). Los beneficios fueron mutuos, pues por un lado los comerciantes recibieron una suerte de premios, concesiones y privilegios; mientras el virrey fue apoyado en varios de sus proyectos y reformas por este grupo líder de la facción montañesa, que gracias a este patrocinio y prestigio político consiguieron hacerse con la dirección gremial. La consolidación política de la red montañesa también coincidió con su empoderamiento económico, ya que los principales líderes del grupo fueron los comerciantes que mayor caudal

habían llevado a las ferias de 1722 y 1726, esta última gestionada hasta el cansancio por el mismo marqués de Castelfuerte; por ejemplo, Ángel Ventura Calderón e Isidro Gutiérrez de Cosío llevaron sumas que iban entre los 300 y 500 mil pesos; y en la feria de 1731, también gestionada por el mismo virrey, los Tagle Bracho llevaron caudales similares⁴⁶¹.

Entre 1725 y 1728, los últimos años de la dirección vasca y el inicio de la gestión montañesa al mando de Joseph Tagle Bracho, vemos como en la asistencia a las juntas generales del Consulado se formó un sólido y cohesionado grupo de montañeses que pertenecían a la red del Rosario; estos fueron Calderón, los Tagle Bracho, Gutiérrez de Cosío, Velarde, García Álvarez, Ribero, Bocangel, Vega, de Tagle, López Molero, Salmón; y en los treinta y cuarenta se unieron Antonio Ruíz de la Vega, Bartolomé y Francisco de Celis, Antonio Félix de Celis, Juan Lucas Camacho, Antonio de Villar, Thomas Costa, entre otros. De hecho, en 1727, durante el priorato del vasco Lorenzo de la Puente, fueron elegidos diputados los montañeses Tagle Bracho, Vega y García Álvarez, señal y evidencia de que la configuración del poder en el comercio ya había cambiado⁴⁶². Al igual que en el caso de los vascos, los integrantes de la red montañesa apoyaron con votos, propuestas y respaldo a sus principales líderes cuando asumieron la dirección del Comercio. Por ejemplo, en 1728 Joseph Tagle Bracho, quien había sido elegido prior, trató de negociar con el virrey el pago pendiente de la deuda corporativa de casi 150, 000 pesos a plazos, propuesta que fue respaldado por el grueso de comerciantes, entre quienes estaban los integrantes de su red y las amplias clientelas particulares que a su vez estos tenían⁴⁶³.

Los montañeses no se empoderaron políticamente debido a un arbitrario favor del virrey, hubo intereses económicos y militares de por medio. En efecto, el virrey como militar reconocía que las estructuras defensivas del virreinato peruano eran precarias, a su vez no podía combatir el contrabando y la presencia de navíos extranjeros, pues tenía guardacostas inapropiados, y los recursos para suplir una u otra cosa eran inexistentes; por ello, para llevar a cabo con éxito su política comercial y militar debió apelar a los recursos privados de los comerciantes que más se destacaban ante sus ojos en estos temas. Así, para muchos hombres que deseaban ascender socialmente fue importante la carrera militar. Por supuesto, esto no fue un fenómeno exclusivo de la época de Castelfuerte. Desde fines del XVII, y debido a la crisis económica de la monarquía, cada colonia tenía que hacer frente a las potenciales amenazas usando sus propios recursos; por ello el virrey siempre demandaba la iniciativa privada; por ejemplo, a fines del siglo XVII, los comerciantes donaron un caudal para la construcción de buques; incluso, el mismo Francisco de Lartiga, prior del Consulado, tuvo que hacer frente al pirata que asolaba las islas de Chíncha en 1693 como relató el conde de Monclova (Moreyra y

⁴⁶¹ AGN, TC-GR1, Leg. 122, Exp. 698, 1730.

⁴⁶² AGN, TC-GO2, Leg. 5, Exp. 94, 1727.

⁴⁶³ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo Leg. 4, Exp. 2, 1728.

Céspedes 1955: 293). En el siglo XVIII la situación no fue distinta, pues la defensa seguía siendo sostenida por particulares; sin embargo, a nivel político esta situación tenía nuevas connotaciones, pues los reyes comenzaron a nombrar en los altos puestos de la administración a miembros de la nobleza menor pero con amplia experiencia militar, ya que se consideraba necesario mejorar las defensas de los reinos americanos, por ello los virreyes y capitanes generales borbónicos de la época tenían ese perfil (Eisa-Barroso 2013: 42). Así, virreyes como el marqués de Castelfuerte estaba preocupado por la protección de las costas, la conformación de tropas de caballería y la construcción de murallas alrededor del Callao (Campbell 1975: 123).

En dicho contexto, era importante para la élite local participar en la vida militar, pues los oficiales estaban muy relacionados con el rey y sus representaciones, ya que las reformas de Felipe V establecieron que las promociones de los rangos militares serían su potestad, por lo mismo el destino y la posición social de un oficial dependía de la autoridad regia (Eisa-Barroso 2013: 47). Además, como señala Andújar, en la época de los borbones era importante la presencia de personal militar en la corte, tanto así que la mayoría de encomiendas concedidas por el rey recaían en militares; esto era muy conocido por las élites locales que no dudaron en participar en acciones defensivas y tentar a un grado castrense en una época favorable a este oficio (2001: 227). Así, la presencia de virreyes militares hizo que las acciones y medidas de defensa del reino tuviesen mayor compromiso por parte de las élites mercantiles interesadas en demostrar su fidelidad ante la corona; fue el caso de los Calderón y Tagle Bracho, quienes eran los líderes principales de la red montañesa.

Los tres integrantes de la familia Calderón, decidieron escalar socialmente a partir de la carrera militar. Cristóbal fue sargento mayor y su sobrino Ángel Calderón llegó a ser general. Estos grados no eran decorativos, pues en algunas circunstancias de peligro, nuestros personajes debían demostrar su calidad militar, nobleza y fidelidad, ya que el oficio militar demandaba la defensa del reino. A fines del siglo XVII e inicios del XVIII era común el ataque de las costas del virreinato por parte de piratas o naciones extranjeras; la situación era crítica y la correspondencia de algunos virreyes demuestran la preocupación que se sentía por las actividades de estos indeseables agentes que afectaban el comercio y el envío de los quintos reales a la corona (Moreyra y Céspedes 1955: 205-215). Los comerciantes con grados militares, para proteger sus intereses económicos, garantizar un mar sin peligros y, sobre todo, mostrar fidelidad y servicios al rey, no dudaron en participar en las campañas contra piratas y cosarios, ya que, las colonias se vieron obligadas a asumir la defensa local ante la inactividad de la corona en estos asuntos (Clayton 1974: 284-285).

Además, nuestros personajes conocían que el ejercicio de la carrera militar era importante para la obtención de hábitos de caballería. Tuvieron éxito. Así, Cristóbal Calderón, en recompensa a sus demostraciones de fidelidad, recibió en 1694 el título de caballero de Alcántara por designación del conde de Monclova, quien tenía la facultad de entregar el dicho

hábito a tres o cuatro comerciantes destacados; por otro lado, en 1699 Ángel Calderón también recibió el hábito de Calatrava en atención a las acciones de su tío. Como vimos, estos títulos tenían un gran prestigio e influencia en la sociedad limeña de la época, incluso, los diarios que circulaban consideraban que la ordenación de los caballeros eran actos sobre los cuales informar (Firbas y Rodríguez 2017: 80 y 208). Lamentablemente no tenemos descripciones de la ceremonia de ordenación de los caballeros de Calatrava, aunque probablemente no difería mucho a la de Santiago, orden militar a la que sí perteneció Ángel Ventura Calderón.

Los Tagle Bracho también siguieron carreras militares para probar y demostrar su honor y fidelidad. Por ejemplo, Joseph fue capitán de lanzas ligeras españolas; se convirtió en Gobernador de las Expediciones de Guerra del Mar del Sur y Comisario de Censura de la Real Marina del Callao (Escudero 1994: 79). Como en la época se acusaba que los caballeros militares eran más de nombre que de práctica, nuestro personaje no dudo en probar sus honores combatiendo directamente los ataques de corsarios. Esto era muy del agrado del marqués de Castelfuerte, quien como militar no vaciló en defender los dominios del monarca; además, al parecer su corte tenía un fuerte halo soldadesco, por lo que una eficaz estrategia para acercarse a su entorno de poder era no solo tener el grado y carrera militar, sino también apoyar directamente en la defensa del virreinato. Por su lado, Juan Antonio era Sargento Mayor de los Reales Ejércitos de Caballería, de hecho, una vez regresó de su viaje de Potosí a Lima, el mismo virrey lo benefició con un puesto en su milicia como declaró años más tarde: “[...] y luego que llegué me hizo merced el Señor Virrey, Marqués de Castelfuerte, de hacerme Capitán de una de las seis Compañías de este Comercio” (Guerín 1962: 28).

4.4.2. En los entornos de las cortes virreinales y la regencia del Tribunal de Cuentas

Como en los casos anteriores, es pertinente preguntarnos hasta qué punto los líderes y miembros de la red montañesa participaron en las cortes de los virreyes de su época. Por supuesto, seguimos los mismos lineamientos y consideramos a la corte como un espacio de poder político entre la autoridad y los burócratas y representantes de los cuerpos políticos de la época. En efecto, durante los gobiernos de los marqueses de Castelfuerte y Villagarcía, personajes como Calderón, Tagle Bracho o Gutiérrez de Cosío tenían una indudable influencia política, también fueron considerados aliados, amigos y buenos servidores por sus respectivos virreyes; asimismo, recibieron algunos beneficios. Sin embargo, esta situación se dio cuando la red montañesa ya tenía un peso corporativo en el Consulado. En cambio, durante los inicios y años de formación de la red, sus miembros estaban disgregados, se encontraban en plena carrera de ascenso económico, algunos eran muy jóvenes o no tuvieron mucho margen de maniobra política. Por ello, si bien Ángel Calderón inició y construyó la red en base a la articulación de

sus paisanos, amigos y familiares, en la época no obtuvo ningún puesto importante ni en la burocracia colonial ni en el Consulado, que entonces estaba dominado por los vascos.

Aun así, al parecer Ángel Calderón sí logró vincularse con el poder cortesano de forma temprana durante el gobierno del Príncipe de Santo Buono. En el juicio de residencia que se le hizo a aquella autoridad en 1720 se evidencia que Joseph de Potau y Alzino era uno de los agentes políticos y hombres de confianza más importante del dicho virrey, a quien se le acusó de haber ejercido un gobierno clientelar y de nombrar a sus favoritos en altos puestos con quienes tramó algunos negocios. Para llevar con éxito estas transacciones, Potau recurrió al capital de privados con el fin de sostener las actividades de su señor; uno de ellos fue el mencionado Calderón, quien entregó a Potau un monto de 16, 000 pesos. No sabemos si nuestro personaje desembolsó este dinero de su propio caudal, pero parece poco probable. Al parecer, Calderón se convirtió en un testaferro y nexo entre los cortesanos del virrey y otros personajes de la élite local como Andrés de Munive, quien podía contribuir con estos requerimientos económicos. Gracias a esta estrategia, se ocultó convenientemente la real participación de Potau, quien siempre adujo que no recibió dinero alguno; así, el fiador y agente eficaz en estos movimientos de capitales fue nuestro montañés⁴⁶⁴.

De esta forma, Ángel Calderón se convirtió en un efectivo participante de estas operaciones, e incluso, pagó personalmente los diversos préstamos; el objetivo era garantizar capital a diversos personajes de la corte y quizás, al mismo virrey. Lamentablemente, desconocemos si más allá de esta colaboración eficaz logró sacar partido a su posición, quizás solo aprovechó su cercanía a la corte y favoreció a sus socios Tagle Bracho, quienes sí se beneficiaron de los negocios ocultos de la época, motivo por el cual fueron acusados en el juicio del virrey. Es bien conocido que los virreyes anteriores al marqués de Castelfuerte no tuvieron problemas para congraciarse con la élite local, participar de los negocios, que incluía el contrabando, y al mismo tiempo declarar que se le combatía. Fue muy posible que el virrey napolitano tuviera intereses en este tipo de operaciones y para ocultar su real participación recurriese a agentes y nexos como nuestro Calderón. Además, muchos jóvenes comerciantes que el susodicho articuló en el Rosario también practicaban el contrabando inducidos por las ventajas que obtenían al eludir los fuertes impuestos; uno de ellos fue Joseph Tagle Bracho, quien mantuvo negocios con franceses, les compraba mercaderías al por mayor, era amigo personal de ellos e incluso adquirió un navío galo, *La Concorde*, por 13, 000 pesos. Todo esto era muy conocido, fue acusado, pero recibió un indulto y pago 8, 841 pesos durante el gobierno del príncipe de Santo Buono (Turiso 2002: 157). No hubo repercusiones más graves para el infractor, pues el mismo virrey tenía una actitud ambigua y conveniente en cuanto al tema.

⁴⁶⁴ AGN, Real Audiencia, Juicios de Residencia, Leg. 38, Exp. 112, 1720.

Posteriormente, Tagle Bracho siguió escalando socialmente y adquirió una connotada participación en las cortes políticas posteriores.

La red política del virrey marqués de Castelfuerte incluía a sus familiares, favoritos y cortesanos como Juan Francisco y Juan Esteban de Armendáriz, Manuel de Izurriaga, Luis de Guendica, Joseph de Maldonado, José de Mujica, entre otros (Ruíz 2018). Sin embargo, también actuaron en sus redes clientelares y económicas algunos comerciantes, la mayoría vinculados a la red montañesa, quienes gracias a su articulación como una propia facción política dentro del Rosario y el Consulado pudieron actuar colectivamente y generar los espacios necesarios para tratar, negociar, frecuentar y asistir al virrey, quien finalmente premió a los líderes destacados del grupo. El virrey se rodeó de estos comerciantes montañeses porque si quería tener éxito en su gestión y llevar adelante sus reformas no podía pelearse con todo el gremio mercantil, además, necesitaba a parte de la élite local para poder gobernar y tramitar sus negocios particulares. Así, cuando el marqués se opuso a la red vasca, y una vez esta se debilitó, se generó el espacio preciso para que los montañeses tomaran el Consulado, en parte amparados y favorecidos por el propio virrey.

En efecto, hay muchas evidencias que demuestran los vínculos entre el marqués de Castelfuerte y los integrantes de la red montañesa; uno de estas fue la aparición de Isidro Gutiérrez de Cosío, Juan Antonio Tagle Bracho, Mateo de la Vega y Juan Lucas Camacho como testigos del juicio de residencia del susodicho virrey, quien terminó absuelto de los cargos (Moreno Cebrián 2000: 37; Griselda Tarrago 2002:12). Sin embargo, el hecho más resaltante que evidencia la “devoción” que la facción montañesa sentía por el marqués se dio en 1725. En aquel año llegaron noticias sobre la presencia de barcos extranjeros en las costas del virreinato peruano, todos portaban mercancías y querían desembarcarlas en puertos prohibidos para celebrar sus acostumbradas ferias. Estos barcos eran de origen francés como el *Dos Coronas*, *Sancti Spiritus*, *La Providencia* y los holandeses *San Francisco* y *San Luis*. Era un momento crítico, pues la armada española estaba en Tierra Firme esperando la realización de la feria, mientras en Lima, los navíos *Capitana* y *Almiranta* seguían en proceso de mantenimiento, de hecho, el virrey quería que esos barcos principalmente se destinaran a Panamá (Moreno Cebrián 2002: 225-226). En esas circunstancias, el marqués de Castelfuerte decidió armar navíos en el Callao, pero como los recursos públicos escaseaban, tal empresa debía llevarse a cabo con caudales privados, y a cambio los patrocinadores recibirían el cargamento del navío como presa. Entonces, el virrey en marzo de 1725 presentó la iniciativa al Consulado dirigido por Antonio de Querejazu y los vascos, y alegó que el gremio era el principal interesado en mantener los mares libres de contrabando, sin embargo, la propuesta no fue aceptada ¿Por qué? ¿Acaso Querejazu y los vascos tenían comprometidos sus negocios en esos barcos contrabandistas? No lo sabemos. Lo cierto fue que el gremio volvió a expresar su falta de caudales y dijeron: “[...]”

hallarse notoriamente imposibilitados de poder concurrir a este servicio por falta de dinero y que les asistía muy grande sentimiento de no poder hacerlo” (Moreyra 1956 T.II: 172-174).

Ante la negativa del Consulado, el virrey tuvo que recurrir a comerciantes particulares; y “después de diferentes conferencias” recibió el apoyo de Ángel Calderón y Joseph Tagle Bracho, quienes tenían grados militares, y no dudaron en formar una compañía de corso y armar un navío llamado *Nuestra Señora del Carmen*. Parece poco probable que el virrey recién conociera a los montañeses con esta acción, pero fue este gesto el que fortaleció la relación entre las partes. También participaron en calidad de socios menores otros integrantes de la red y cohermanos tales como Francisco García Álvarez, Juan Antonio Tagle Bracho, Mateo de la Vega y Roque de Ribero. Todos ellos presentaron un memorial al virrey en el que se ofrecieron a desempeñar “[...] su celoso esfuerzo concurriendo unidamente con sus caudales a acreditar su fidelidad en el Real Servicio y el celo a la utilidad pública en solicitud de exterminar el prohibido comercio con extranjeros” (Moreno Cebrián 2000: 225; Sánchez-Concha 2019: 390; Turiso 2002: 256; Milla Batres 1993: 71). El virrey les concedió la licencia, y a cambio de sus servicios ofrecía entregar a los comerciantes señalados la carga y el dinero del navío, luego de descontar el respectivo quinto real. Durante su *relación* de gobierno, el marqués recordaría este episodio, y en él se evidencia la valoración social y estima que tenía por los líderes de la facción montañesa, así dijo:

Sucedió a estas invasiones de trato ilícito la que hicieron por el año de 1725 tres navíos holandeses, contra los cuales, notablemente excitados los ánimos de algunos particulares, entre quienes fueron los primeros y los principales don Ángel Calderón, de la orden de calatrava, ya difunto, y don José Tagle y Bracho, marqués de Torre Tagle, formaron una compañía de corso, que alenté, desde luego, con la mayor protección y favor que pude ofrecerles, admitiéndoles, con parecer del real acuerdo, las condiciones que propusieron, y fueron las de habérseles de dar armado el navío en que habían de salir de adquirir para sí y el armamento las presas que hiciesen (Moreno Cebrián 2000: 526).

Así, *Nuestra Señora del Carmen* se provisionó de artillería, armas, municiones y una tripulación de 180 personas al mando del capitán Santiago Salavarría, pero a bordo también viajaban Fernando Gonzáles Salmón como sargento, Roque de Ribero como contador y Antonio Calderón como tesorero, estos tres últimos también eran de la red montañesa y su presencia en el navío tenía como objetivo proteger los intereses de sus líderes (Anónimo 1725). El navío partió a los pocos meses, y tuvo la misión de detener a *La Providence* que había desembarcado en el valle de Santa; luego de algunas batallas con otros barcos, finalmente capturó al holandés *San Luis*, que fue transportado al Callao y recibió una multitudinaria algarabía. De hecho, como la crónica sugiere, el suceso empoderó socialmente a los comerciantes promotores del navío y el

triunfo, despertando “[...] la emulación de otros que, al principio, no quisieron interesarse” (Moreno Cebrián 2000: 226). Estas acciones colectivas de la red montañesa deben interpretarse como los intentos por parte de sus miembros por mostrar fidelidad, congraciarse con el virrey y demostrar su apoyo efectivo; esto les permitió empoderarse como grupo, dirigir el Consulado, acercarse a los entornos de la corte, y obtener de ello premios y beneficios.

No tardaron en ser recompensados. En una carta posterior, Juan Antonio Tagle Bracho reconocía las consecuencias positivas de las acciones de su grupo: “[...] este ha sido un servicio grande y como tal Su Majestad envió una cédula dándoles las gracias a los armadores de este armamento” (Guerín 1962: 28). A su vez, según muchos autores, los títulos nobiliarios que recibieron Joseph Tagle Bracho y Ángel Ventura Calderón, en nombre de su tío, quien falleció poco después que el *Nuestra Señora del Carmen* zarpó del Callao, se debía a estas acciones. Nos detendremos sobre esto más adelante. Lo cierto fue que en 1728 el mayor de los Tagle Bracho recibió el hábito de la orden militar de Santiago y además fue elegido prior del Consulado; pocos años después, Ángel Ventura recibiría la misma dignidad, y en el expediente que se le hizo en el Consejo de Órdenes se explicaba que tal merced se hacía en honor a los buenos servicios de sus parientes. Posteriormente, el susodicho Joseph recibió en 1730, cuando aún era prior, el título de marqués de Torre Tagle. El virrey previamente lo había recomendado demostrando la intimidad entre ambos personajes y la cercanía cortesana. En efecto, en una carta enviada a Felipe V, Castelfuerte mencionaba los méritos del Tagle Bracho “[...] cuyos buenos servicios, junto a la calidad de su nacimiento y demás buenas prendas que le adornan, le hacen capaz y digno de que su Majestad le dispense los honores y mercedes que solicita de su Real Benignidad”. Luego de un pago de 22, 000 pesos, nuestro montañés recibió el título de Castilla. Sin embargo, su carrera no terminó ahí, siguió acumulando premios, honores y concesiones; dos años después de recibir el marquesado, compró la plaza de pagador general del puerto y presidio del Callao de forma hereditaria, para lo cual pagó 50, 000 pesos y en adelante recibiría un sueldo de 3, 220 pesos anuales (Turiso 2002: 265-266).

Por supuesto, entre los líderes de la red montañesa y el virrey hubo compromisos comunes; el marqués de Castelfuerte recomendaba y premiaba y esperaba recibir apoyo efectivo por parte del grupo que entonces controlaba el Consulado, sobre todo, lo concerniente a los preparativos de la feria de 1731 y las donaciones. Como dice Turiso, Tagle Bracho desarrolló como prior una actividad en favor de los intereses del Estado. Por ello, cuando Felipe V solicitó en 1728 que se le enviase un millón de pesos, el virrey, quien sabía no había dicha cantidad en la Real Hacienda, recurrió a sus aliados en el Comercio, quienes dirigidos por nuestro montañés entregaron 600, 000, y luego 400, 000 pesos, recaudados entre los propios comerciantes (2002: 265). Sin duda, esta actuación catapultó a la red montañesa y a sus principales líderes.

Ángel Calderón no disfrutó del máximo empoderamiento que le hubiese significado el acceso a empleos y mercedes debido a que le sobrevino la muerte de forma repentina; su

sobrino Ángel Ventura Calderón le heredó y sucedió en la red montañesa y asimismo se benefició del prestigio social y amistades de su tío. Como vimos en el anterior capítulo, no tardó en reclamar su posición en Lima, se convirtió en mayordomo y dirigente del Rosario, practicaba el comercio con bastante éxito, además estaba muy bien relacionado debido a su matrimonio con la hija de una alta autoridad de Panamá. También estuvo muy activo en el Consulado y apoyó las medidas y gobierno de su socio y cohermano Joseph Tagle Bracho, y actuó colectivamente con los otros agentes montañeses de la compañía de *Nuestra Señora del Carmen* para reclamar su parte correspondiente del capturado navío *San Luis*.

Ángel Ventura aprovechó su entorno social, su red política, prestigio y contactos para seguir escalando socialmente; por ello, intentó obtener uno de los oficios más importantes de la burocracia virreinal, el de regente del Tribunal de Cuentas. Según Andrien, los oficios vinculados a la burocracia fiscal eran trascendentales, pues sus encargados actuaban como mediadores entre las demandas financieras de la corona y la resistencia de los contribuyentes del virreinato (1982: 49); por ello, que nuestro personaje haya accedido a este empleo dice mucho de su poder. En efecto, Ángel Ventura en 1734 “compró” el mencionado cargo por el cual pagó 26, 000 pesos, el costo más elevado entre los oficios fiscales, cuyos precios solían estar por debajo de los 20, 000 pesos (Andrien 1982: 57).

Escobedo menciona que el propósito del Tribunal de Cuentas era la fiscalización absoluta del movimiento fiscal del virreinato, su jurisdicción abarcaba las cajas reales de las audiencias de Charcas, Quito, Panamá y Chile. La corporación estaba compuesta por verdaderos burócratas reales por cuyas manos circulaba la riqueza de la corona, lo que indica el prestigio del que estaba revestida la institución. Los contadores debían tener una buena reputación en la sociedad, ya que fueron revestidos con amplios poderes y jurisdicción, pues liquidaban las cuentas, estaban autorizados para premiar a los administradores, podían condonar deudas, entre otras funciones debidamente reglamentadas (1986: 33-34). Para acceder a la plaza de contadores, como en la mayoría de empleos de la burocracia virreinal, se debía contar con la recomendación; por ejemplo, en 1690 el conde de Monclova solicitó una plaza de contador para José de Urquiano, expresando los años de servicios que este individuo realizó como empleado en la Real Caja de Lima y La Paz y como cortesano del virrey conde de Santisteban (Moreyra y Céspedes 1995: 93). Es decir, para conseguir un cargo en el Tribunal de Cuentas se debía tener el favor del virrey y la imagen de buen administrador.

El interés de Ángel Ventura por el puesto de regente no fue gratuito, probablemente lo obtuvo gracias a su cercanía con Pedro Peralta, quien como vimos fue su amigo y maestro. Peralta no solo fue un hombre de letras, también sirvió como asesor y consejero de varios virreyes, es decir, pertenecía al núcleo del poder político, incluso, redactó la *relación* del marqués de Castelfuerte, en cuyo gobierno Ángel Ventura obtuvo la regencia del Tribunal de Cuentas. Indudablemente, estos tres personajes se relacionaron entre sí; Ángel Ventura y el

virrey financiaron las obras de Peralta; este les devolvió el favor con sendos poemas laudatorios. Peralta, como cortesano del virrey, fue un agente de mediación que permitió que Ángel Ventura se acercara a la corte del virrey, garantizándole la obtención del puesto de regente; una corporación que el propio Peralta conocía bien, pues era contador real por herencia de su padre Francisco (Brading 1991: 425-422; Quiroz Chueca 2012: 94-100). Además, como menciona Moreno Cebrián, debido a la difícil situación económica del virreinato, el vicesoberano puso especial cuidado en el nombramiento y control de los oficiales reales y contadores del Tribunal de Cuentas, de hecho, estableció buenas relaciones con algunos como Agustín Carrillo de Córdova, de quien tenía buena opinión, incluso, recomendó a su hijo Antonio para cualquier prebenda en la catedral (2000: 162). En ese sentido, en un contexto económico crítico, y ante un virrey intervencionista, hubiese sido imposible que el joven Calderón consiguiese ese puesto sin mediación de agentes y amigos y sin una recomendación previa del virrey, quien -como vimos- estaba vinculado a la red montañesa. De hecho, en su *relación de gobierno*, el marqués de Castelfuerte evidenciaba su favorable opinión por el joven Calderón y, asimismo, revelaba la importancia que el Tribunal de Cuentas tenía para su gobierno:

Sucede este regio Tribunal al de la Real Audiencia (en que como se ha supuesto, se contiene la real sala del Crimen), con quien forma un cuerpo místico, y siendo su objeto el Real Erario de un Perú, desde luego se reconoce que es como el asiento del alma de su imperio y como la inteligencia que mueve toda la esfera de su utilidad. La puntualidad, pericia y rectitud que en él se manifiestan del impulso, mayormente hoy, que al método de su antiguo gobierno, se ha añadido el de un regente actual y de otro futuro (Agustín Carrillo de Córdova y el marqués de Casa Calderón), **genios nobles y fértiles, cuya comprensión parece que, por especial providencia, fue destinada a un ministerio de que verdaderamente depende la mayor importancia del reino**” (Moreno Cebrián 2000: 538).

Asimismo, el interés de Ángel Ventura por este cargo se debía a que conocía que el puesto dotaba de indudable prestigio a su portador, pues recibiría envidiables preeminencias ya que, en la época, muchos autores indicaban que solo la Real Audiencia antecedió en prestigio al Tribunal de Cuentas, y esto se debía a las disposiciones legales, el prestigio de los oficiales y a las ceremonias y protocolos en las que participaban el cuerpo de contadores (Escobedo 2006: 239). Incluso, todo representante de la administración virreinal debía guardar respeto a los contadores y regente, excepto los oidores, quienes tenían el mismo poder jurisdiccional y, de hecho, competían directamente por el prestigio social.

Usualmente, los contadores esperaban recibir el mismo respeto que el de un oidor, pues las normas de etiqueta también mandaban que el virrey tomara la misma cortesía hacia ambos burócratas; y los primeros incluso no dudaron en iniciar pleitos protocolares si veían sus

derechos vulnerados cuando los miembros de la Real Audiencia no les daban el tratamiento de “señor” o “señoría” (Escobedo 1986: 159). Más adelante, durante la regencia de nuestro personaje, los miembros del Tribunal de Cuentas ya exigían una absoluta igualdad con la Audiencia en las ceremonias, paseos, procesiones y acompañamientos, por ello deseaban desfilas al mismo tiempo que lo hacían los oidores; estos pleitos fueron comunes hasta bien entrado el siglo XVIII e indicaban la demanda de prestigio de los contadores. Así, el estatus en el que estaba envuelto el Tribunal de Cuentas fue atractivo para muchos personajes de la época; por ello, algunos comerciantes decidieron usar sus redes y capitales para pertenecer a esta corporación como los vascos Francisco de Oyague, Francisco de Herboso o Manuel de Echevarría Zuloaga.

Por otro lado, la regencia no fue un cargo original de la estructura burocrática del Tribunal de Cuentas, ya que cuando esta institución fue fundada a inicios del siglo XVII solo tenía una pequeña plantilla conformada por tres contadores de cuenta, dos contadores u oficiales ordenados y un portero; sin embargo, en el siglo XVIII, hubo modificaciones en la corporación y aumentaron los cargos internos, pues se aducía que el personal era insuficiente, aunque en realidad fue la sistemática venta de cargos lo que obligó a incrementar la burocracia interna, apareciendo nuevos cargos como el de regente que se convirtió en el máximo puesto del Tribunal de Cuentas (*Carta y un...* 1949: 311; Escobedo 1986: 164; Baeza 2011: 2-3). El cargo de regente apareció en Perú en 1711, y su primer titular fue Agustín Carrillo Córdova, quien compró la plaza por 5, 000 doblones; el personaje estaba vinculado con la élite local; y en su cédula de nombramiento se mencionaban algunas características y atribuciones del empleo; así, tendría preferencia sobre los demás empleados; voz y voto en todos los asuntos del tribunal; cuidaría la aplicación de las leyes para mejorar la recaudación de la real hacienda; observaría las cuentas de los oficiales reales y demás administradores del erario; firmaría las providencias y despachos de la corporación; e informaría al rey cuanto considere necesario para el mejor servicio (Escobedo 1986: 164). El regente gozaría de prerrogativas hasta entonces inusitadas, pues reemplazaría al contador decano del tribunal, es decir, estaría por encima de los demás oficiales; por ello, representaría al cuerpo entero y estaría en contacto directo con las altas magistraturas, incluyendo el rey; asimismo, era el único calificado para validar las actuaciones del tribunal. Al parecer, estas atribuciones fueron respetadas, pues el virrey Amat decía del regente de Tribunal de Cuentas que dirigía internamente la corporación, mantenía la armonía y orden con los oficiales reales y corregidores, cumplía con los deberes de sus subalternos y estaba enterado de la cobranza de las deudas en todo el virreinato (Escobedo 1986: 165).

El regente fue una de las autoridades más importantes en la administración virreinal, pues descargaba de obligaciones al virrey; a su vez, el empleo estaba revestido de preeminencia y visibilidad social, ya que permitía que el titular ingresara a un espacio de relaciones y negociaciones con diversas instituciones y autoridades, por lo que el cargo también actuó como

un medio de promoción social que permitía el ingreso al núcleo cortesano. Por si fuera poco, el sueldo que recibía era el mismo que cobraba un oidor, un poco más de los 2, 250 pesos que percibían los contadores (Luque 2011). Cuando Ángel Ventura compró el cargo no lo ocupó inmediatamente, más bien se hizo regente futuro, pues el empleo aún seguía en manos de Carrillo, por ello asumió temporalmente el papel de contador decano con preeminencias sobre los demás contadores. Fue en 1744 cuando nuestro personaje tomó posesión de la regencia e inmediatamente impuso su autoridad sobre los contadores, quienes se quejaban de los privilegios de este nuevo cargo. En efecto, hubo una discusión entre regente y contadores, sin embargo, Ángel Ventura tenía el favor de la corte y los virreyes, ya que rápidamente los regentes fueron vistos no solo como un burócrata más, sino como un servidor personal y leal del virrey, quizás por ello sus prerrogativas eran efectivas, pues el vicesoberano las respaldaba.

Efectivamente, nuestro personaje se convirtió en servidor eficaz de los virreyes; por ejemplo, el marqués de Villagarcía mencionaba que Ángel Ventura Calderón lo asistió en la administración como agente político y lo ayudó a resolver algunos problemas de desobediencia con los oficiales reales de la Real Caja de Lima en una época en la que la red montañesa todavía tenía influencia social, pues aún dominaba el Consulado. Asimismo, durante el gobierno de Manso de Velasco, la posición de nuestro personaje en el Tribunal de Cuentas se fortaleció, pues en 1748 el virrey decretó una serie de disposiciones que confirmaban el poder y preeminencia del regente sobre el cuerpo de contadores; ratificando así que el joven Calderón era una de las personalidades con mayor influencia en la época (Mendoza Caamaño 1859: 374; Martín Rubio 2010: 118; Escobedo 1986: 166). No hay que tomar a la ligera el apoyo del vicesoberano, pues ya en la época los contadores creían que se le otorgaba un poder sin límite al regente; por ello, Ángel Ventura no dudó en escribir una carta al rey Fernando VI en la que solicitaba la confirmación de sus atribuciones y preeminencias; la corona encomendó la situación al virrey quien refirmó su decisión de empoderar a nuestro personaje.

Las relaciones entre el virrey Manso de Velasco y Ángel Ventura Calderón se consolidaron luego del terremoto de 1746, pues la destrucción de la ciudad demandó personalidades que ayudaran a afrontar la situación; por ello, cuando el vicesoberano convocó a una junta de tribunales, nuestro Ángel Ventura participó y ayudó a solucionar la confusión en el cobro de impuestos que afectaban los ingresos de la Caja de Lima; este espacio de negociación le sirvió para ratificar lealtades y fortalecer relaciones políticas, pues el virrey indicaba que esta junta estaba conformada por “ministros de su satisfacción” (Manso de Velasco 1983: 346). Con el respaldo del virrey, Ángel Ventura impuso orden en el Tribunal de Cuentas; trató de igualar sus preeminencias con la de los oidores; e incluso enfrentó a los poderosos Tribunal de la Santa Cruzada y Tribunal del Santo Oficio cuando revisaba y liquidaba las cuentas de estas instituciones con las que siempre hubo conflicto jurisdiccional. Sin embargo, Ángel Ventura no solo recibió apoyo del virrey, sino también algunos oidores como Pedro José Bravo de Lagunas

y Pedro Bravo de Rivero lo avalaron y lo incluyeron en su grupo de poder como denunciaba el arzobispo Barroeta (Pérez-Mallaína 2001: 247-248).

En suma, Ángel Ventura había escalado socialmente de forma indudable; dirigió el Rosario, fue un activo miembro del Consulado; consiguió la regencia del Tribunal de Cuentas; obtuvo el marquesado de Casa-Calderón y ganó el respaldo político de la corte del virrey Manso de Velasco. Simón de Ontañón y Lastra lo reemplazó en la regencia, pues nuestro personaje decidió viajar a España en 1754, quizás con el objetivo de tentar otros puestos, por ello, al año siguiente mandó a imprimir en Madrid su relación de méritos y servicios (Medina 1961: 492). Además, en la península se relacionó con diversos personajes de influencia social, y con algunos llegó a entablar amistad como lo revelan algunas operaciones económicas en las cuales se vio beneficiado⁴⁶⁵.

4.4.3. El marquesado de Casa-Calderón

Quizás el escalón más alto al que uno podía aspirar en la estructura social del virreinato era el de pertenecer a la nobleza titulada, pues sus miembros se rodeaban de hidalguía y privilegios. Nuestros personajes, una vez vinculados a la élite local gracias a matrimonios con familias criollas, se acercaron y participaron en redes políticas; incrementaron su capital simbólico, y ocuparon puestos en la administración virreinal, el siguiente paso en esta carrera política era obtener un título nobiliario. Según Turiso, estos títulos eran el último escalón que debieron superar los comerciantes más importantes para fortalecer su posición en el seno de las familias de la aristocracia virreinal (2002: 90). Ángel Ventura Calderón, a los treinta y tres años, obtuvo un Título de Castilla; esta merced la consiguió por intermediación del virrey marqués de Castelfuerte, y pocos años después de haber oficiado como mayordomo del Rosario, cargo piadoso y político que le valió para incrementar su prestigio social y ocupar el puesto de regente en el Tribunal de Cuentas. Además, era usual que en torno a los virreyes se configuraran una serie de cortesanos que disfrutaban el privilegio de ser nombrados con un título de Castilla, situación también promovida por las urgencias económicas de la corona, que ofrecía estas distinciones y premiaciones a cambio de donaciones. Asimismo, la entrega de un título nobiliario también podía responder no al empoderamiento personal, sino al del linaje, ya que, la sociedad española de la época no era cerrada o estática, sino dejaba abierta la posibilidad de elevación social a través de los servicios a la corona que una familia podría realizar a través del tiempo, ahí radicaba la importancia del linaje -un cumulo de antepasados comunes-, pues los honores pasados se proyectaban sobre el presente (Jiménez Moreno 2017: 85; Rizo-Patrón 2000:101).

⁴⁶⁵ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 1-30, 1760.

En efecto, Felipe V le concedió por real cédula el marquesado de Casa Calderón al joven montañés; el título beneficiada a nuestro personaje y a sus descendientes, pero también a sus ascendentes, pues la merced honraba los servicios de Cristóbal y Ángel Calderón (Rosas Siles 1995: 25; Turiso 2002: 297; Vargas Ugarte 1958: 24; 1938: 341; Unanue 1985: 168). Por supuesto, la obtención del título no se debía solo a las acciones de los fallecidos Calderón, también fue importante la propia carrera política de Ángel Ventura, quien consiguió una imagen piadosa y contactos eficaces en Madrid, con quienes mantuvo una correspondencia fluida sobre diversos asuntos secretos, evidenciando las mutuas relaciones de confianza y amistad⁴⁶⁶.

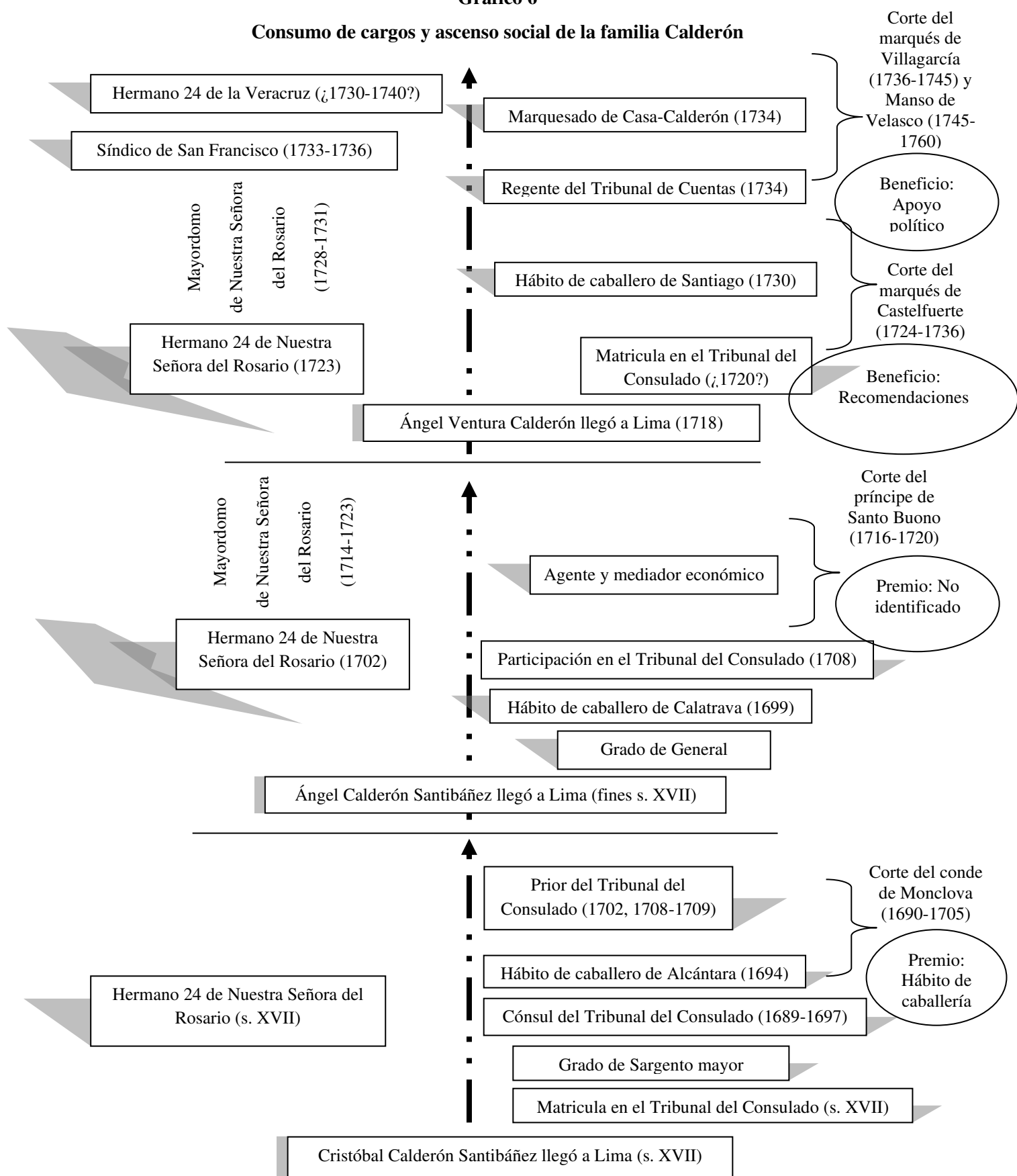
Asimismo, Ángel Ventura, para obtener la merced nobiliaria, realizó varias donaciones, y aunque muchos autores mencionaban que esto era señal que los títulos “se compraban” y había poco de merecimiento o premiación en estas concesiones, hay que tener en cuenta que no debe confundirse estas situaciones como simples trámites económicos en el que se podía adquirir un título como cualquier mercancía que tuviera un precio en el mercado, pues también debía cumplirse ciertos requisitos como el linaje, el prestigio social, las recomendaciones o las redes de contactos, pues la sola fortuna no bastaba para ser calificado como apto para recibir tal merced (Rizo-Patrón 1999: 20). Además, la misma monarquía instaba que los súbditos con mayores posibilidades económicas y suficientes vínculos sociales donaran algunos fondos para recibir estas mercedes; fue este el caso de Ángel Ventura, quien poseía fortuna, prestigio, redes políticas y contactos efectivos; por ello no dudó en donar dinero a la monarquía y en gratitud a sus servicios se le otorgó un título nobiliar. Por otro lado, el título que recibió era diferente a las demás mercedes nobiliarias, pues el marquesado de Casa Calderón gozaba de exoneración tributaria, pues estaba libre del pago de las reales lanzas y medias anatas, y disfrutó de esta prerrogativa hasta por lo menos 1780 como lo demuestran los libros tributarios; en cambio, otros títulos como el del marqués de Casa Concha o el de Torre Tagle sí mantenían deudas por este concepto (*Libros real* 1956: 65; Vargas Ugarte 1940: 125).

El marquesado de Casa Calderón terminó por empoderar y ennoblecer a la descendencia del linaje Calderón. Juana Manuela Calderón y Vadillo, hija de nuestro Ángel Ventura, heredó el título y se casó con Gaspar de Zevallos y Zevallos, hijo de Manuel de Zevallos y Francisca Gutiérrez de Zevallos, hermana del arzobispo limeño (ver anexo 9); este personaje pertenecía a la élite local y había conseguido los ricos corregimientos de Huamanga y Abancay. La anterior pareja procreó a Gaspar de Zevallos y Calderón, quien nació en 1768 y estudió teología y leyes en la Universidad de San Marcos, donde llegó a ser catedrático y también fungió como alcalde de crimen de la Real Audiencia; cuando su madre Juana Manuela renunció al marquesado él lo heredó en 1796; posteriormente se casó con Juana Rosa Encalada y Zevallos, hija de Juan Félix Encalada Tello de Guzmán y Torres, conde de Velayos, y Juana de Zevallos Arias de Saavedra.

⁴⁶⁶ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 6-177, 1735-1736, 101v; AGN, Escribanía Siglo XVIII, José Gonzáles de Contreras, N° 500, 1746, f. 499.

Gráfico 6

Consumo de cargos y ascenso social de la familia Calderón



Gaspar de Zevallos y Juana Rosa tuvieron cinco hijos: Juan Félix, Manuela, Juan, Antonio y Juana Rosa; el primero obtuvo una regiduría en el Cabildo en honor a su familia y también heredó el marquesado, sin embargo, el proceso político de 1821 demandó que los “Títulos de Castilla” debían ser canjeados por los nuevos “Títulos de Perú” en el recién creado Ministerio de Estado; algunos títulos fueron reclamados, pero otros por falta de sucesor fueron remitidos a la Alta Cámara de Justicia como el marquesado de Casa Concha; sabemos que Juan Félix sí hizo el respectivo cambio (Valcárcel 1975: 197; Rosas Siles 1995: 25).

4.5. Isidro Gutiérrez de Cosio, corregidor y conde de San Isidro

4.5.1. El corregidor de Chilques y Mascar

Isidro Gutiérrez de Cosio llegó a Lima a fines del siglo XVII y se convirtió en un comerciante itinerante con relativo éxito; tenemos constancia de sus actividades mercantiles por lo menos desde 1707. Al mismo tiempo, desempeñó una carrera militar, por ello, en algunos documentos notariales se hacía llamar “general”. Al igual que en los casos anteriores, su objetivo con este grado militar era pertenecer a una orden de caballería, y lo conseguiría más adelante, pues recibió el hábito de la orden de Calatrava; sin embargo, antes intentó obtener algún puesto en la administración virreinal; por ello, en 1716 consiguió el corregimiento de Chilques y Mascar en Cusco. Si bien entonces ya debía de pertenecer a la cofradía del Rosario y conocía a sus principales integrantes, no estaba del todo empoderado políticamente, su misma red política estaba en pleno proceso de formación, y como vimos, en el Consulado apenas tenían influencia. Así, las mercedes o premios que los montañeses consiguieron de forma temprana tenían su origen en las habilidades personales del beneficiado y no tanto en el empuje político de la red. Lo mismo puede decirse de Francisco de la Maza Bustamante y Fernando Gonzales Salmón, agentes de la red montañesa, quienes obtuvieron el corregimiento de Saña en 1706 y 1719 respectivamente (Moreno Cebrián 1997: 86-89). Así, la sociedad colonial no era una maquinaria que funcionaba perfectamente y según patrones únicos; en algunos casos las redes políticas eran fundamentales para el ascenso social, pero en otras circunstancias muchos individuos podían escalar en la estructura social al margen de estas articulaciones políticas.

En cualquier caso, la búsqueda de un corregimiento también pudo responder a un proyecto colectivo, pues como hemos mencionado anteriormente, estas autoridades estaban en clara dependencia de los comerciantes, quienes necesitaban a los corregidores para llevar mercaderías y garantizar los negocios. A su vez, la naturaleza política y el prestigio inherente del corregidor proyectaban un estatus social en el posesionario, por ello, el cargo fue muy requerido por personajes que estaban ascendiendo socialmente como nuestro Gutiérrez de Cosio. Si bien la ubicación de los corregidores en la administración virreinal es un tema

bastante trabajado, no así su naturaleza política, por ejemplo, recientemente se ha propuesto que el cargo de corregidor no fue un puesto meramente administrativo, sino fue la representación de la figura regia en aquellos lugares donde las celebraciones rituales los colocaba como la máxima instancia de justicia y poder (Robles 2015: 100). Además, los corregidores gozaban de un amplio poder y autoridad y gobernaban las comunidades indígenas como representantes de la corona; por ello, aplicaban la justicia con una amplia discrecionalidad (Stein 1981: 3). Para obtener el cargo de corregidor era necesario cumplir una serie de formalidades como el linaje, la prudencia, buenas, costumbres, pero sobre todo se debía acreditar ser un buen vasallo de la corona (Lohmann 2001: 136); por otro lado, si el corregimiento era entregado por una posible “compra”, se demandaba además capital necesario, contactos en la corte madrileña, incluso, la recomendación del virrey (Moreno Cebrián 1997: 23). Nuestro personaje era un comerciante exitoso y producto de sus viajes comerciales a Europa se relacionó con algunos madrileños de influencia, no sería extraño suponer que uno de estos contactos lo recomendó para una plaza de corregidor.

Asimismo, ocupar un corregimiento evidenciaba que el posesionario era considerado una persona de indudable prestigio social; también era importante que se tuviera un hábito o carrera militar, pues era conocido que las autoridades preferían entregar estos puestos a los caballeros de capa y escapada, incluso, por encima de letrados o magistrados, y esto demostraba que el oficio se consideraba era de índole político, pues al pretendiente tampoco se le exigía ningún conocimiento especial en materias jurídicas o legislativas (Moreno Cebrián 1997: 138-140; Lohmann 2001: 139). Por supuesto, hubo excepciones, pero estas no anulaban la tendencia de elegir como corregidores a personajes de élite bien relacionados y con visibilidad social como nuestro montañés. La real cédula de su nombramiento fue expeditada por Felipe V el 11 de octubre de 1715; el monarca declaró que Isidro Gutiérrez de Cosío donó para tal fin 5, 000 pesos que ingresaron a la caja de la Tesorería Mayor de Guerra; el documento también reconocía los méritos y servicios del pretendiente, quien tenía el grado de capitán; entonces, vale decir, que nuestro personaje no solo recibió esta merced debido a su contribución económica, sino que su primigenio prestigio y servicios también fueron importantes. La duración de su corregimiento era de cinco años, y se le dio potestad para traspasar el empleo a un heredero si fallecía antes de tomar el cargo⁴⁶⁷. Usualmente, uno no tomaba posesión del corregimiento de forma inmediata, pues se tenía que esperar que acabara la merced de su antecesor; fue el caso de Isidro quien tuvo que esperar que pasaran los cinco años correspondientes a la corregiduría de Fernando Gonzáles Monterreso.

En 1716 Felipe V informaba a la Casa de Contratación de Sevilla que nuestro personaje partía de España hacia las Indias llevando una copia de la real cédula, donde se confirmaban las

⁴⁶⁷ AGI, Casa de Contratación, Contratación 5469, N.2, R.11, 1716.

preeminencias y prerrogativas de las que gozaba. Asimismo, el monarca pidió a los jueces oficiales que dejaran embarcar a su nuevo corregidor en alguno de los navíos disponibles que embarcaban hacia América; finalmente, nuestro personaje viajó en el mismo barco en el que se encontraba el marqués de Valero, recién nombrado virrey de Nueva España. Si bien la plaza de corregidor duraba cinco años, a nuestro personaje no le importaba la duración del puesto, sino los beneficios congénitos; por ejemplo, al momento de embarcar desde la península se le dotó de algunas prerrogativas como llevar a dos criados y viajar sin inconvenientes, pues no tenía obligación de rendir cuentas a nadie; una vez en Lima, Isidro Gutiérrez gozó de algunos rituales privados, donde prestaba juramento de fidelidad ante el virrey y los oidores, acto que le permitió elevar su prestigio personal.

Aún más importante a lo anterior fue la autoría del nombramiento, pues la provisión de oficios como los corregimientos estuvo inmersa en un largo debate político que cuestionaba la naturaleza del poder de los virreyes, pues se pensaba que si estos tenían toda la potestad para nombrar corregidores según su liberal criterio se podía afectar la fidelidad al monarca, pero si el rey mermaba este privilegio afectaba el poder de los vicesoberanos, cuya autoridad se vería disminuida. Inicialmente, la provisión de plazas de corregidor correspondía enteramente al virrey, pero a partir de 1588 el rey empezó a nombrar siete corregimientos por cuyas ganancias económicas o sueldos eran de los más ricos e importantes; no fue el caso de Chilques y Mascas, que en 1610 dependía de la potestad del virrey (Moreno Cebrián 1997: 30-32). En el siglo XVIII, algunos virreyes indicaron que el monarca aún seguía nombrando corregidores ocasionando pleitos, pues las designaciones del primero eran consideradas de menor peso; el conflicto jurisdiccional acabó cuando Carlos III en 1768 decidió nombrar a todos los corregidores; mientras el virrey, quien ya no debía designar, solo podía recomendar sujetos con calidades sociales y fama de buenos súbditos. En cualquier caso, Isidro Gutiérrez fue proveído por Felipe V; sabemos esto no solo por la real cédula, sino también por la duración del empleo, pues era el rey quien podía proveer por cinco años, mientras los virreyes solo podían nombrar por un año con uno más de prórroga (Lohmann 2001: 155).

Los sueldos de los corregidores variaban según la jurisdicción. Los titulares del corregimiento de Chilques y Mascas ganaban 1, 000 pesos en el primer cuarto del siglo XVII; si bien no tenemos datos para la primera mitad del siglo XVIII, para 1769 el sueldo se había elevado ligeramente hasta los 1, 562 pesos y 4 reales (Moreno Cebrián 1997: 67-69). Como vemos, el corregimiento no era de los más ricos; además, nuestro Isidro Gutiérrez de Cosío era un exitoso comerciante y ese sueldo podía parecerle insignificante en comparación a lo que percibía por su oficio; sin embargo, como señala Moreno Cebrián, entre los alicientes para ocupar un corregimiento, el salario era lo más intrascendente, pues en el siglo XVIII, los pretendiente esperaban enriquecerse, sobre todo, a partir del reparto forzoso de mercancías; ya que los tratadistas de la época mencionaban que los puestos de corregidores generaban

desproporcionadas ganancias atrayendo por ello a muchos ambiciosos pretendientes a la corte (Moreno Cebrián 1997: 75). En efecto, los corregidores podían obtener de su empleo grandes utilidades gracias a la venta de artículos cuyos precios se duplicaban o triplicaban y que los indios debían comprar forzosamente; a su vez, como se exigía que la compra fuese en dinero, muchos indios se vieron obligados a vender sus productos y alquilarse como fuerza de trabajo para garantizar las monedas que satisficieran a los corregidores (Cosamalón 2013: 57).

Por otro lado, también era importante la naturaleza económica del corregimiento, es decir, lo que se producía y en qué se tributaba, pues ello también indicaba la riqueza intrínseca del lugar. Una relación de tasas y retasas de los tributos del corregimiento de Chilques y Mascas de 1729 indica que en la jurisdicción había por lo menos 90 indios tributarios y 14 indios forasteros, los primeros entregaban cada año 232 pesos; estos pagos se hacían con los productos cultivados en el lugar como trigo y maíz y también se tributaba en tejidos de lana que los indios del lugar fabricaban; todo esto importaba para los corregidores, pues un porcentaje anual de lo recaudado iba para su sueldo, de ahí que le interesara el registro de la población y la producción, pues una alteración podía afectar sus ingresos (Stein 1981: 3; Ulloa 1990: 157)⁴⁶⁸. Como vemos, Isidro Gutiérrez tuvo muchos motivos para ocupar un corregimiento tales como los negocios o la producción, sin embargo, su principal aliciente fue insertarse en la administración virreinal y a partir de ahí escalar socialmente⁴⁶⁹.

4.5.2. Prior del Tribunal del Consulado y el condado de San Isidro

Nuestro personaje recibió un hábito de orden militar mientras aún se desempeñaba como corregidor en Cusco, pues esta provisión debía tener efecto por lo menos hasta 1721, y según Riva Agüero, recibió el título de caballero cruzado de la orden de Alcántara en 1719 (1983: 68); aunque, en la documentación revisada se anota que más bien pertenecía a la orden de Calatrava. En cualquier caso, la fecha en que recibió el hábito militar estaba en concordancia con la lógica de ascenso social, ya que la adquisición de un premio (como el corregimiento) daba respaldo suficiente para conseguir otro en una búsqueda constante de prestigio social. Una vez acabada su corregiduría, se dedicó a los negocios en el Comercio y a fortalecer su posición en las redes políticas del Rosario, incluso, llegó a ser mayordomo de la misma. En los documentos consulares empezó a aparecer con frecuencia en los últimos años de dominación de los vascos y en el inicio del empoderamiento montañés. Como hemos visto, el marqués de

⁴⁶⁸ AGN, Contaduría General de Tributos, Informes, Leg. 1, Exp. 6, 1719-1729.

⁴⁶⁹ Isidro no fue el único comerciante que vio en el corregimiento una forma de escalar socialmente y generar riqueza, por ejemplo, Francisco de Herboso obtuvo el corregimiento de Pacages en 1712; Manuel de Iturriaga fue proveído con el corregimiento de Andahuaylas en 1718; Lucas de Traslaviña obtuvo el corregimiento de Yca, Piscos y Nazca en 1728; Blas de Ayessa en 1734 obtuvo el de Quispicanchis; y Lucas de Vergara obtuvo en 1744 el de Cotabamba.

Castelfuerte fue clave en el ascenso de la red del Rosario, de hecho, este mismo virrey recurrió a Isidro Gutiérrez de Cosio para efectuar su orden de decomiso del navío *Nuestra Señora de los Reyes* procedente de Nueva España y que traía mercadería ilícita por valor de 60, 915 pesos; nuestro montañés condujo el navío al Callao y ejecutó la venta de los productos en subasta pública en 1725. Es particular que haya sido un montañés quien colaboró en esta acción, mientras los vascos -quienes dirigían el Consulado- se quejaban debido a que aducían que ese tipo de decomisos podían afectar los privilegios del comercio y los contratos de asiento (Moreyra 1956 T.II: 157). Varios de los beneficiados en la compra de los productos de este navío también fueron montañeses y socios de la red rosarina como los Gonzales Salmón.

Isidro Gutiérrez también estaba en los entornos de la corte virreinal gracias a que se convirtió en un socio comercial bastante efectivo. De hecho, nuestro personaje tenía contacto con Manuel de Izurriaga, mayordomo principal del virrey, y de origen navarro por lo tanto su paisano y el miembro más importante de su corte. Como hemos visto varias veces a lo largo de esta investigación, la forma más común por la cual la élite local se relacionaba con los miembros de la corte fue a través del crédito, pues prestar dinero era mucho más que una simple transacción económica, ya que implicaba obligaciones clientelares y morales. En ese sentido, cuando Izurriaga se prestó 25, 000 pesos de nuestro Gutiérrez de Cosio evidenciaba lo cerca que estaba nuestro montañés del poder político. Además, como propone Ruiz, la asociación comercial entre Gutiérrez de Cosio y los Tagle Bracho permitió ampliar la influencia económica y los negocios de los agentes del virrey, pues los conectaron con diversos prestamistas, todos pertenecientes a la élite local como Antonio Panizo, Alonso Calderón de la Barca, Álvaro Navia Bolaño y Tomas Brun, este último además asesor del virrey (2018: 70 y 77)

Gracias a este entorno favorable, Isidro Gutiérrez de Cosio sucedió a su socio y cohermano Joseph Tagle Bracho en el priorato del Consulado en 1733. El cargo demostraba que su posesionario infundía respeto, honor y prestigio entre sus congéneres, ya que las personas que solían ocupar dicho empleo eran comerciantes de reputado prestigio, tenían una economía desahogada y poseían importante experiencia en el ámbito burocrático (Turiso 2002: 265). Al asumir el mando del gremio mercantil, nuestro montañés fortaleció su posición en el entorno del poder virreinal sino como burócrata sí como representante de un cuerpo político. Además, son relevantes las condiciones que se exigían para asumir dicho oficio, pues evidencian la situación social de nuestro personaje; por ejemplo, se demandaba que el comerciante que ocupase el cargo no debía ser una persona demasiado joven, se prefería que estuviese casado, viudo o fuese un soltero de más de treinta años; se exigía que el candidato no fuese extranjero, poseyese honradez, fama, buena opinión y un capital no menor a 30, 000 ducados; este último requisito fue importante, pues privaba de la jefatura del Consulado a los comerciantes con poco caudal (Rodríguez Vicente 1960: 75-76). Nuestro personaje cumplía con todas estas formalidades demostrando que era un miembro destacado del grupo mercantil. Por otro lado, el cargo de prior

también demandaba obligaciones como la de no poseer tienda activa mientras durase su gestión, pero también hubo privilegios, pues se le dotó de un salario; además, debido a su posición de juez se mandaba que se le guardase respeto; y si se daba una injuria contra él, se podía castigar a los infractores con la cárcel; asimismo, se determinó que durante el tiempo que desempeñase su oficio no podía ser procesado por la justicia ordinaria sin orden expresa del virrey.

La gestión de Isidro Gutiérrez fue igual a la de sus predecesores, es decir, mantuvo la política de garantizar las armadas, las ferias de Portobelo y la revisión de los contratos de asientos y los ajustes de impuestos a algunas mercaderías; no sucedieron cosas excepcionales durante su administración, y gracias a su cercanía al marqués de Castelfuerte estuvo más predispuesto a colaborar con su gobierno y las exigencias fiscales. Los integrantes de la red política que sostenían el priorato de Gutiérrez también estuvieron muy colaborativos, de hecho, cuando se acercaba el final del gobierno del virrey navarro, muchos de sus socios montañeses y líderes de la facción del Rosario actuaron como testigos en su juicio de residencia; su holgada posición en el entramado político e influencia en la vida social de la época motivó que el virrey recibiera pocas acusaciones de gravedad, y las existentes fueron rebatidas; finalmente se consideró que la administración de Castelfuerte fue la de un “buen virrey” (Moreno Cebrián 2000: 36-38).

Durante el priorato de Isidro Gutiérrez, el Consulado estaba dominado por los montañeses del Rosario y fueron estos los que sostuvieron las gestiones de sus principales líderes, así participaron en las juntas generales de forma activa los Tagle Bracho, los Celis, García Álvarez, Vega, Molero, Camacho, Bocangel, Ribero, entre otros. Gracias a esta presencia efectiva nuestro personaje se mantuvo al frente de este cuerpo durante tres periodos consecutivos hasta 1735; de hecho, al acabar su mandato no se alejó de los puestos importantes del Comercio, pues sus sucesores como Juan López Molero o Juan Antonio Tagle Bracho lo nombraron varias veces asesor del Consulado, evidenciando su influencia, privilegiada posición en la red y poder. La necesidad de contar con un comerciante con amplia experiencia y manejo político cerca de los puestos directivos del Consulado también se debía al nuevo contexto propiciado por el gobierno del marqués de Villagarcía, quien llegó a Lima en 1736.

La memoria reservada que el marqués de Castelfuerte dejó a su sucesor le prevenía algunos puntos importantes respecto al comercio ilícito y real hacienda; le encomendaba que apoyase su gestión en la cuidadosa vigilancia de los oficiales reales y los burócratas de quienes dependía los movimientos económicos del virreinato; sin duda, se refería al Tribunal de Cuentas, donde se encontraba su allegado Ángel Ventura Calderón, por ello decía: “[...] es conveniente y necesario velar sobre sus procederes y tomar con el mayor secreto informes sobre ello de las personas que se tuvieren por satisfacción”. En cuanto a los nobles, el virrey saliente reconocía el poder y las inmunidades de las que gozaban, y aconsejaba un carácter fuerte para

ajustarlos a las causas de la monarquía, porque eran “flexibles y se doblan con facilidad al respeto” (Moreno Cebrián 2000: 621 y 625).

El marqués de Villagarcía llegó en un momento crítico, pues el contrabando inglés seguía muy activo, las ferias habían fracasado, aparecieron rebeliones indígenas y se originó una nueva guerra contra Inglaterra. En efecto, en 1737 Felipe V encomendó la realización de una nueva feria, la cual recién se efectuaría dos años después, pero el inicio de las hostilidades con Inglaterra hizo que el proyecto fracasase originando la ruina de algunos comerciantes (Martin Rubio 2010: 90, 104 y 123). Además, parece que sin la presencia del marqués de Castelfuerte, muchos comerciantes volvieron a practicar el comercio ilícito con mayor libertad. Por ello, el virrey Villagarcía aducía que el contrabando y los navíos de permiso inglés estaban arruinando la economía virreinal con gran asistencia de las autoridades, que se habían corrompido y los mismos comerciantes participaban de estas negociaciones con el fin de eludir los impuestos (Martin Rubio 2010: 105 y 108). En la época, los descendientes de la red vasca se alejaron significativamente del comercio y estaban ejerciendo puestos en la administración burocrática; mientras los líderes de la red montañesa estaban llegando a un punto en el cual ya habían conseguido una serie de beneficios y premios, muchos ya había falleció o se habían alejado del comercio; por ejemplo, Ángel Calderón y Joseph Tagle Bracho fallecieron en 1725 y 1741 respectivamente, es decir, este último solo vivió los primeros años de la gestión del nuevo virrey, y entonces estaba más preocupado por la construcción de su palacio familiar, el matrimonio y la carrera de sus hijos, al mismo tiempo creaba un mayorazgo familiar al cual vinculó el presidio del Callao. Por su lado, Ángel Ventura Calderón -como hemos anotado- abandono el comercio y se dedicó al trabajo burocrático, y desde el Tribunal de Cuentas asistió al virrey, quien le encomendó averiguase el estado real de la economía del virreinato peruano. Este vínculo también pudo originarse, porque al igual que en el caso de Castelfuerte, Peralta volvió a relacionarse con el nuevo virrey, incluso, lo asesoró en temas de defensa militar.

Como vemos, los principales líderes de la red montañesa habían abandonado en gran parte sus intereses en el comercio y contrabando, estaban enfocados en otros asuntos; aun así, la red montañesa que se mantenía con Juan Antonio Tagle Bracho, Juan López Molero, Mateo de la Vega y Pedro Gutiérrez Cosío aún estaban muy activa, de ahí, que todos estos agentes demandasen el apoyo del veterano Isidro Gutiérrez para negociar con el virrey diversos asuntos como la creación de un nuevo impuesto sobre algunos productos como pan, carne y velas con el objetivo de alcanzar los dos millones de pesos que la monarquía demandaba para financiar la guerra contra los ingleses (Martin Rubio 2010: 145). Asimismo, nuestro montañés, quien ya había alcanzado una envidiable posición en la estructura social, y mientras dirigía la red montañesa desde el Rosario, decidió buscar una provisión que lo llevase a lo más alto de su carrera política, es decir, un título nobiliario. Efectivamente consiguió uno, pues Felipe V mediante real cédula del 5 de abril de 1744 concedió la potestad a Manso de Velasco para que

entregase seis Títulos de Castilla libres de lanzas y medias anata de por vida; uno de los elegidos fue Isidro Gutiérrez de Cosio, quien el 25 de agosto de 1745 recibió el condado de San Isidro, título que fue confirmado por Fernando VI en 1750 (Vargas Ugarte 1958: 61; Mendiburu 1934: 34). Nuestro comerciante sabía que la posesión de un título nobiliar manifestaba que cumplía una serie de atributos propios de esa condición como la prestigiosa ascendencia, el desempeño en cargos burocráticos, honor y riqueza (Turiso 2002: 83). Nuestro montañés recibió esta merced gracias a su donación de 20, 000 pesos, dinero que ingresó directamente a la Real Caja de Lima, pero también influyó su prestigio en la sociedad, pues como se decía, el aspirante poseía “notoria calidad, nobleza y servicios” (*Libros* 1959: 115). En efecto, Isidro Gutiérrez fue un comerciante exitoso, había fungido cargos en la administración virreinal como el de corregidor y prior del Consulado; asimismo, poseía una indudable visibilidad social gracias a sus constantes mayordomías en el Rosario; por ello, cuando a los sesenta y nueve años recibió un título nobiliar alcanzó el punto más alto de su trayectoria política, además, su título gozaba del beneficio de estar libre de impuestos como el del marqués de Casa Calderón.

Por supuesto, Gutiérrez de Cosio no fue el único que recibió una merced nobiliar del conde de Superunda, pues también lo obtuvieron Pedro Ortiz de Foronda, Diego Quint Riaño, Gaspar de Velarde y Juan Antonio Tagle Bracho; los dos últimos estaban vinculados a la red montañesa y se convirtieron en los condes de Torre Velarde y Casa Tagle de Trasierra (Manso de Velasco 1983: 73; Martínez Marin 2006: 274; Escudero 1994: 79). La obtención de los títulos de Isidro y Juan Antonio tenían muchas semejanzas. Como vimos, ambos personajes pertenecían a la red montañesa, y como provenían de Cantabria tenían costumbres muy similares, sobre todo, en el tema de la herencia. A diferencia de Joseph Tagle, cuyo título de marqués de Torre Tagle persistió a través de su descendencia durante todo el siglo XVIII, Juan Antonio no se casó ni tuvo descendencia, por lo que el condado de Casa Tagle pasó a su sobrino Nicolás de Tagle Bracho, aunque en realidad el primero confesaba que “compró” este título directamente para el segundo, quien luego se casó con Mariana Gutiérrez Cosio, sobrina nieta de Isidro Gutiérrez, y ambos fueron los últimos condes de Casa Tagle, pues tampoco tuvieron descendencia conocida (Rosas Siles 1995: 359). Gutiérrez de Cosio vivió la misma situación que Juan Antonio, pues no se casó, y no tenía hijos varones legítimos, solo una hija natural, por ello sus bienes y el condado de San Isidro pasaron a su sobrino Pedro Gutiérrez como era costumbre en su región natal

En efecto, Pedro Gutiérrez de Cosio se convirtió en el II conde de San Isidro; heredó las redes y el prestigio de su tío; su riqueza fue envidiable, y estuvo muy vinculado a la corte de Manso de Velasco, incluso, este le nombró comisionado para el reparto de nuevos solares en el pueblo de Bellavista, pues luego del terremoto de 1746 se demandaron las gestiones necesarias para fundar una nueva población y reconstruir las bodegas, almacenes y puertos que habían sido destruidos por el seísmo; esto con el objetivo de no detener el comercio ni la vida económica del

virreinato⁴⁷⁰. Por otro lado, el heredero de Isidro Gutiérrez se casó con la santiaguina María Fernández de Celis y tuvo tres hijos: Juan Antonio, Rosa y Mariana; el primero debió morir siendo un infante por lo que el título nobiliario fue heredado por Rosa Gutiérrez de Cosío, quien se casó con Gerónimo de Ángulo; este personaje llegó a ser el hombre de confianza de su suegro, y perteneció a sus redes políticas, por ello llegó a dirigir el Tribunal del Consulado entre 1754 y 1755, sin embargo murió, y Rosa volvió a casarse, esta vez con Isidro Abarca y Gutiérrez Cosío (Flores 1999: 89-131). La IV condesa de San Isidro fue María del Carmen Ángulo y Gutiérrez de Cosío, hija de Rosa y Gerónimo; ella se casó dos veces, primero con Joaquín de Abarca, y luego con Luis Manuel de Alba y Calada; al parecer no tuvo descendencia, pues fue su sobrino, Isidro Cortázar y Abarca, quien heredó el condado (Rosas Siles 1995: 451).

Isidro Cortázar y Abarca logró enlazar a los descendientes de los Gutiérrez Cosío con los Querejazu, pues se casó con Micaela de la Puente y Querejazu, hija de Lorenzo de la Puente y Castro y Micaela de Querejazu y Santiago Concha; esta última hija de Antonio Hermenegildo de Querejazu. Isidro Cortázar, como V conde de San Isidro, dirigió al linaje de los Gutiérrez de Cosío; era hijo de Pedro Lucas Cortázar y Teresa de Abarca, había nacido en España, y no era montañés, sino vasco; venía de Oñate de la provincia de Guipúzcoa, quizás por ello pudo acercarse a la familia Querejazu en Lima. Existen más evidencias sobre el acercamiento entre ambas familias, por ejemplo, Matías de Querejazu, hijo de Antonio Hermenegildo, tuvo como albacea a Isidro Cortázar y Abarca, ya que este cobró a Hermenegildo de la Puente y Querejazu, sobrino del primero, unos mil pesos que le había prestado con intereses⁴⁷¹; por su lado, el susodicho Hermenegildo era además hermano de la esposa de Isidro (ver anexo 6 y 7). Isidro y Micaela fueron los últimos condes de San Isidro, heredaron el prestigio familiar de ambos linajes y a inicios del siglo XIX estaban relacionados con personajes de influencia política como Antonio Álvarez de Villar o el presbítero Matías Maestro, pues estos dos fueron testigos de una carta de poder que recibió Micaela de su esposo⁴⁷². Sin embargo, la pareja también vivió la decadencia familiar y la pérdida de muchas propiedades, pues la coyuntura republicana afectó los títulos nobiliarios y el prestigio simbólico de las dos estirpes.

En el siglo XIX, la familia era una de las más poderosas; en 1823 Micaela declaró gran parte de su poder, riqueza y su enorme posesión de 96 esclavos valorizados en 18, 350 pesos⁴⁷³. En 1836, una relación de fincas y bienes del mayorazgo del conde de San Isidro evidencian que tenía impuesto un capital de 100, 000 pesos y poseía las haciendas *San Gerónimo* y *Guatica* en Arequipa, la estancia *Cochas* en Yauyos, y la casa de Valladolid, además de tener invertido muchos capitales en el Consulado⁴⁷⁴. La mayoría de estos bienes se originaron gracias a los

⁴⁷⁰ AGN, Títulos de Propiedad, Leg. 44, Exp. 775, 1747.

⁴⁷¹ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 33-916, 1829-1830.

⁴⁷² AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 33-919, 1822.

⁴⁷³ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 34-959, 1823.

⁴⁷⁴ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.I. 35-981, 1836.

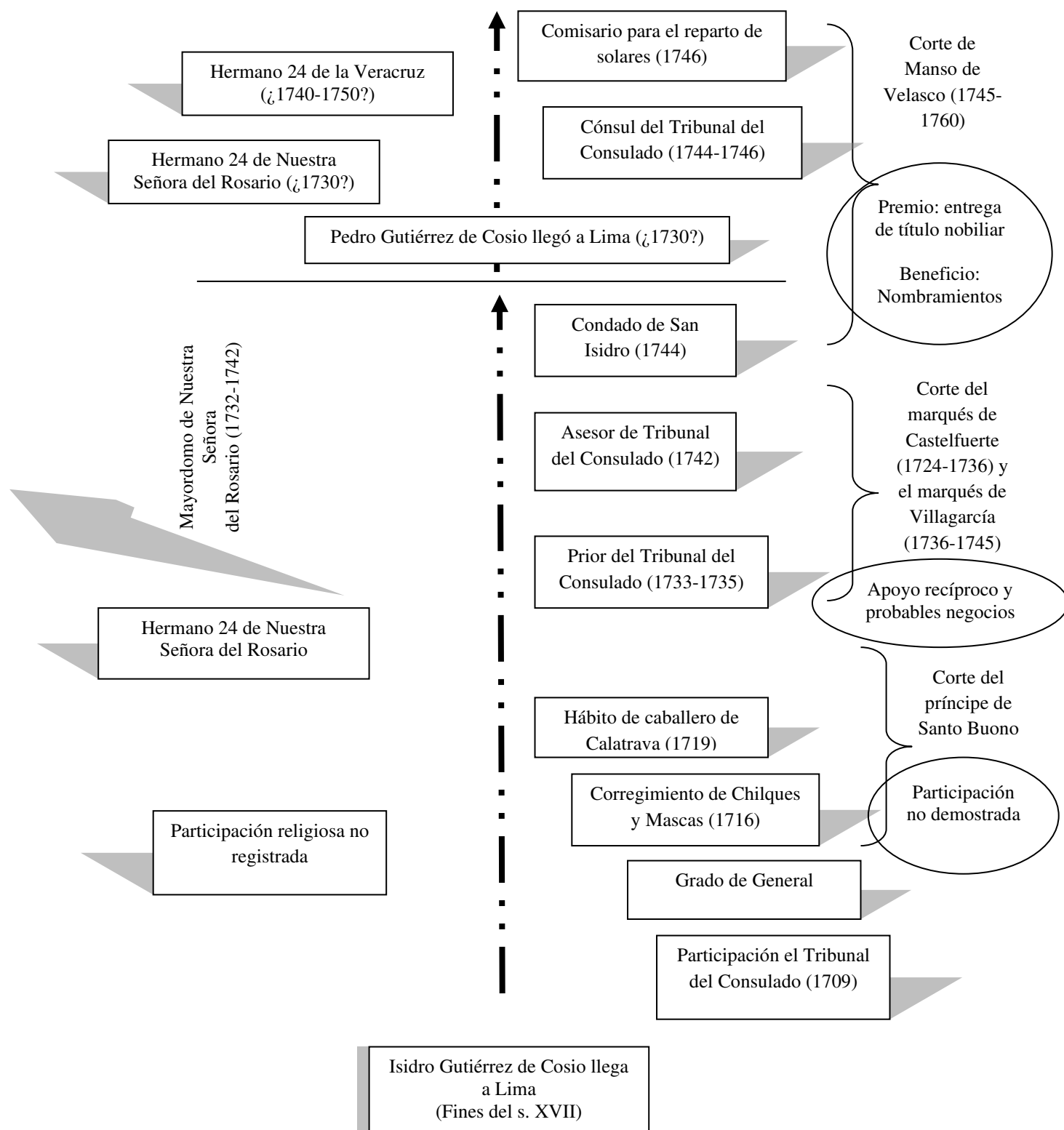
negocios de nuestro Isidro Gutiérrez de Cosío y su sobrino Pedro, pero luego fueron confiscados por el nuevo estado republicano; ya que Isidro Cortázar y Micaela de la Puente no tuvieron descendencia, pues sus dos hijos murieron siendo menores de edad como lo declararon en 1828⁴⁷⁵. En cualquier caso, cuando Isidro falleció en 1832, su esposa Micaela solo recibió la mitad de sus bienes, pues la otra parte ya había sido tomada por el Congreso Constituyente; a pesar de sus protestas iniciales tuvo que aceptar la nueva situación y ella misma ordenó la tasación del patrimonio para recibir la parte que le correspondía, pero la muerte le sorprendió en 1834.

La familia Gutiérrez Cosío se vio afectada no solo patrimonialmente, la coyuntura independentista también trastocó los títulos nobiliarios que pasaron a llamarse “títulos de Perú” y que debían ser canjeados en las oficinas del Estado. Al parecer, hubo problemas con el condado de San Isidro, pues pese a estar con vida Isidro Cortázar y Micaela de la Puente, el título fue a la Alta Cámara de Justicia, quien decidió su extinción debido a falta de sucesores como sucedió también con el condado de Casa Tagle (Tovar Albertis 1975: 113). Finalmente, la política de Simón Bolívar de abolir todos los rezagos de nobleza local extinguió definitivamente el condado, pues los documentos notariales en 1829 ya se referían a Isidro Cortázar como el “antiguo conde de San Isidro”.

⁴⁷⁵ AGN, Colección Francisco Moreyra, D.1. 33-921, 1828.

Gráfico 7

Consumo de cargos y ascenso social de Isidro y Pedro Gutiérrez de Cosío



4.6. Miguel de Echevarría, de contador a corregidor

4.6.1. Redes políticas y conflictos en el Comercio

Miguel de Echevarría no fue un hijodalgo; tampoco se emparentó con familias prestigiosas; y los cargos a los que podía acceder eran más bien limitados, pero sí poseyó riqueza, contactos y pertenecía a cofradías prestigiosas como la del Rosario; asimismo, fue un comerciante activo en el Consulado y viajó muchas veces en las armadas; es decir, al inicio de su carrera era un comerciante itinerante, situación que le permitió socializar con muchos hombres de su oficio, condición clave en su ascenso social, ya que gracias a estos vínculos pudo fortalecer su posición política y obtener cargos, pero sus primeros intentos fueron algo infructuosos; por ejemplo, en 1743 Miguel decidió postularse al cargo de contador del Consulado, pero no recibió el respaldo esperando; pues, a pesar que poseía carisma y amistades le faltaba otros créditos sociales como la experiencia en la administración; por la época solo había oficiado de mayordomo de la Purísima Concepción, en ese entonces, una cofradía segundona comparada con la del Rosario. En la elección, obtuvo 69 votos, mientras su contrincante Juan de Capetillo consiguió 101⁴⁷⁶.

La derrota de Miguel de Echevarría muestra las fricciones dentro del gremio y la real existencia de redes políticas conformadas por comerciantes que se alineaban en función de favoritismos, clientelismos y simpatías. A pesar que nuestro personaje perdió, la cantidad de votos indica que no era un individuo desconocido en el gremio, de hecho, contaba con el apoyo de personajes importantes como Juan Domingo de Orrantia y Vicente Lee Flores, ambos miembros de su red y comerciantes exitosos que ya habían ocupado cargos en el gremio y además luego se vincularían con la corte del virrey Manso de Velasco; ambos hombres infundían autoridad entre sus pares y se convirtieron en los garantes y defensores de Echevarría cuando este decidió iniciar un conflicto contra Capetillo, quien fue auxiliado por Pedro Gutiérrez de Cosío. El pleito se originó cuando Echevarría solicitó revisar las actas de votación y denunció una serie de irregularidades como la de permitir que personas ajenas al comercio votaran; en ese momento el Consulado estaba dirigido por Juan Antonio Tagle Bracho, Juan Lucas Camacho y Thomas de Costa, los tres vinculados a la red montañesa, grupo protector de Capetillo.

Los vínculos políticos condicionaron el pleito; Miguel exigía se le declarase ganador, mientras Capetillo alegaba que ya había jurado en el cargo y que las acusaciones de su contrincante se debían “al calor de una elección desfavorable”. Finalmente, Juan Antonio Tagle Bracho como prior desestimó la denuncia, pues los dirigentes del Consulado estaban alineados

⁴⁷⁶ AGN, Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 28, Exp. 146, 1743, 5f.

con Capetillo, pues pese a que Tagle Bracho, Gutiérrez y Echevarría eran hermanos 24 del Rosario pertenecían a redes políticas distintas como vimos en el capítulo anterior. Miguel no pudo hacerse con el cargo no solo por su derrota electoral, sino porque los poderosos comerciantes alineados respaldaron y argumentaron la legitimidad de la elección de Capetillo. Este hecho demuestra el grado de cohesión y fortaleza de la red política de Miguel de Echevarría que, si bien pudo alcanzar cierto empoderamiento en el Rosario debido al breve declive montañés, no pudo cosechar similares éxitos en el Consulado en parte porque los integrantes de la red no estaban involucrados directamente en el comercio o eran en general muy pocos como para conformar una facción que a través de votos y presión colocara a sus líderes en los principales puestos directivos del gremio mercantil. Isidro Gutiérrez de Cosío, quien en ese momento actuaba como consejero del Consulado, estuvo involucrado en el conflicto y, no obstante, era cohermano de Miguel de Echevarría, apoyó la posición del prior Tagle Bracho, era evidente que entre ellos no existía vínculo alguno, de hecho, el intento del susodicho por obtener un puesto gremial pudo afectar los intereses de la red montañesa que debía mantener a su clientela con este tipo de cargos menores. Sin embargo, pese a todas estas limitaciones, Miguel sí consiguió ascender socialmente a través del consumo de algunos cargos.

4.6.2. Contador receptor del Tribunal del Consulado

El empoderamiento de la red política de Miguel de Echevarría dentro del Rosario permitió que mantuviese una posición privilegiada, acceda a los recursos corporativos y fortaleciera algunos vínculos, pero si deseaba tener empleos fuera de la cofradía no lo conseguiría con su menuda facción, debía recurrir a agentes externos de máximo poder que pudiesen promoverlo. Con estas relaciones políticas, y gracias al proceso de renovación que experimentaron los montañeses, Miguel intentó nuevamente ocupar un cargo en el Consulado y tuvo éxito, pues en 1748 (y hasta 1751) fue elegido contador receptor; es decir, ocupó el puesto por el que solo cinco años antes estaba luchando ¿Por qué tanta insistencia en este puesto, aparentemente invisible en la estructura del Comercio?⁴⁷⁷ La Contaduría y en concreto el cargo de receptor se encargaba de la contabilidad y el manejo económico de la institución; el empleo lo situaba en una categoría similar a la del tesorero; el oficio generaba prestigio como revelan las quejas de algunos contadores que temieron que sus funciones fuesen recortadas, por ello recurrieron a su abolengo social para que su posición no se vea afectada (Morales 2007: 111)

⁴⁷⁷ Morales menciona que la estructura institucional del Consulado estaba compuesto por el Despacho consular (el prior y los dos cónsules), órgano que coordinaba con el Juzgado de Alzadas (elegido entre el Comercio y el virrey) y la Diputación en Madrid; en coordinación directa con el Despacho Consular estaban la Contaduría, Tesorería y las diputaciones del Comercio presentes en las principales ciudades del virreinato; finalmente se encontraban el escribano, secretario, el encargado del archivo y el portero (2007: 107).

Miguel de Echevarría fue un activo contador como lo evidencian una serie de pleitos que siguió contra algunos comerciantes, por ejemplo, en 1751 mantuvo un litigio contra la viuda de Martín de Zamudio, pues este adeudada 451 pesos por la contribución de derrama por lo menos entre los años de 1736 y 1745⁴⁷⁸. Así, nuestro personaje pudo no ser uno de los principales dirigentes del Consulado, pero no por ello tuvo menos poder; de hecho, gozaba de potestad coactiva, ya que no solo cobraba las deudas que diversos privados mantenían con el gremio, sino también solicitaba embargos cuando lo consideraba necesario; quizás su poder no se ejerció sobre los comerciantes más poderosos, pero sí fue efectivo sobre aquellos minoristas o los que recién iniciaban sus negocios. Echevarría fue un agente clave en la gestión económica del Consulado; tenía una precisa relación de cuentas donde se anotaba todo el dinero que ingresaba a la institución y los respectivos gastos; a su vez, usualmente los dirigentes acudían a él para encomendarle liquidar algunas deudas corporativas; en otros casos realizaba cobranzas coactivas, pero también se encargaba del buen manejo del dinero, por ejemplo, en 1746 utilizó algunos fondos para la reconstrucción del local gremial afectado por el terremoto de ese año⁴⁷⁹. Nuestro personaje falleció en 1751, es decir, se encargó de la economía interna del Consulado hasta el final de sus días.

Miguel de Echevarría también obtuvo empleos fuera del Consulado; como dijimos, esto fue posible gracias a la ayuda de algunos amigos y socios que actuaban como agentes externos de su red, y quienes finalmente lo ayudaron a posicionarse en la administración virreinal y acercarse a la corte. Así, Juan Domingo de Orrantía, Vicente Lee Flores y Joseph Nieto de Lara, quienes eran amigos de nuestro personaje, comerciantes exitosos y cercanos al entorno del virrey, fueron los que lo acercaron a las esferas administrativas, ya que ellos mismos estaban ubicados en el centro del poder. Por ejemplo, el primogénito de Juan Domingo era Juan José de Orrantía, quien en la época era oidor, y ayudó a Echevarría a vincularse con las altas esferas del poder una vez su padre murió; él mismo pertenecía al núcleo cortesano del virrey, ya que este aducía en su *relación* que era su hombre de confianza y lo apoyó en sus enfrentamientos con los otros tribunales (Manso de Velasco 1983: 200, 416-420). Lee Flores, también relacionado con la corte, fue elegido muchas veces representante del Consulado para negociar los nuevos aranceles de la época por lo que compartió espacios políticos con el virrey, escenarios que servían, sobre todo, para solicitar mercedes, profesar lealtades y recomendar a parientes y amigos.

Por su parte, Nieto de Lara también estaba muy vinculado a la élite local; se había casado tempranamente con la viuda marquesa de Santa Rosa y se ganó el favoritismo de algunos funcionarios de la Real Audiencia; más adelante, representó al Consulado como

⁴⁷⁸ AGN, Tribunal del Consulado, Judicial, Pleitos, Leg. 158, Exp. 115, 1751, 3f.

⁴⁷⁹ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Tenorio Palacios, N° 1000, 1749, f. 65v-66v; Tribunal del Consulado, Gobierno Político y Administrativo, Leg. 11, Exp. 468, 1762.

administrador de los nuevos derechos ante el virrey Manso de Velasco, quien valoró el desempeño del personaje, y por ello en 1752 lo nombró ministro de la oficina del Real Estanco de Tabaco, empleo por el cual ganaría 4, 000 pesos. Incluso, en 1761 el virrey mencionó en su *Instrucción particular* que Nieto de Lara era su hombre de confianza, por ello le encomendó algunas tareas que debían guardarse bajo estricto secreto, de lo contrario ocasionarían escándalos; por ejemplo, una de ellas estaba relacionada con el cuidado de un hijo ilegítimo de un miembro de la aristocracia local; si Nieto de Lara no hubiese tenido la confianza y amistad del virrey, nunca habría recibido la orden de encargarse de esto delicados temas (Manso de Velasco 1983: 364 y 455)⁴⁸⁰. En suma, estos tres personajes muy vinculados a la corte del virrey promocionaron a nuestro personaje quien, como vimos en el anterior capítulo, mantenía diversos vínculos sociales y afectivos con ellos; así, en un mundo donde la amistad era efectiva, resulta imposible no pensar que estos hombres acercasen a nuestro personaje a la corte, recomendándole para puestos de importancia como sucedió luego del terremoto de 1746.

4.6 3. El desastre de 1746 y el sobrestante

El terremoto y tsunami de octubre de 1746 destruyeron gran parte de los edificios de Lima y el Callao, así como también muchas de las propiedades administradas por las cofradías, las mismas iglesias y capillas de la urbe se arruinaron. Sin embargo, en este clima desolador, también hubo oportunidad para que una serie de personajes ascendieran socialmente, pues la reconstrucción de la ciudad demandó profesionales, contratos de asientos y especialistas en el asunto. Miguel de Echevarría fue uno de los beneficiados. En efecto, el desastre de 1746 obligó al virrey a relacionarse con diversas instituciones y personajes para afrontar la reconstrucción; por ello, convocó a varias juntas de autoridades para tratar temas como el abastecimiento de la ciudad, la detención de los criminales, el saneamiento y limpieza, la reedificación del callao y la protección de los erarios reales (Walker 2012: 26-27; Vargas Ugarte 1965: 128). En estas condiciones, Manso de Velasco nombró a Echevarría como sobrestante de la ciudad; una designación que pudo estar mediada por sendas recomendaciones de las personas que rodeaban al virrey. El *Diccionario de autoridades* de 1729 definía al sobrestante como la persona dispuesta para el cuidado y la vigilancia de los operarios de una construcción (RAE 1979: 131). Por otro lado, Walker y Ramírez mencionan que el sobrestante se encargaba de controlar la asistencia de los capataces y peones; ordenar las tareas y llevar una cuenta de todos los gastos, razón por la cual nuestro personaje tenía un libro de carga y data (2002: 658).

⁴⁸⁰ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Marcos de Uceda, N° 1128, 1724, f. 725. El establecimiento del estanco de tabaco fue obra del contador Thomas de Chavaque; la junta del Real Estanco del Tabaco estaba compuesta por los oidores Pedro Bravo de Rivero y Pedro Bravo de Castilla, el fiscal Francisco de Herbozo, y Joseph Nieto de Lara, su primer director, quien fue elegido por su experiencia en la administración, por ello su gestión duró quince años (Morales Cerón 2015: 116-117).

Ilustración 23



Retrato de José Antonio Manso de Velasco, conde de Superunda

Fuente: ARCHI (Archivo digital del Museo de Arte de Lima)

El sobrestante debía encargarse de las gestiones económicas, intervenir en el pago de los operarios y participar en las decisiones más importantes respecto a la construcción de edificios, sobre todo, los mayestáticos; por ello, cuando se iniciaba una refacción o construcción de palacios reales o virreinales, por lo general se nombraba a un sobrestante, y se le rodeaba de prestigio y autoridad en tanto era responsable de la residencia de la máxima autoridad. Asimismo, el nombramiento no era una decisión de menor importancia, pues estaban implicadas la confianza y las redes políticas, por ejemplo, en Nueva España, los virreyes conferían el puesto de sobrestante a algunos personajes que por cuyos servicios y linaje merecían tal honor, además, el cargo implicaba disfrutar de una serie de prerrogativas y exoneraciones (Rubio Mañé 2005: 305-306; Calderón Quijano 1984).

A pesar que no era de los oficios más ostentosos, tenía un prestigioso origen en la península, de hecho, generaba en su portador estatus, ingresos regulares y contactos privilegiados, ya que el nombramiento solía estar asociado al reconocimiento de ilustres trayectorias o gracias a influencias familiares (Arciniega 2009: 109-132). Miguel de Echevarría, sin abolengo familiar ni títulos destacados, debió obtener el empleo gracias a las recomendaciones de algunos personajes que frecuentaban la corte del virrey. En el caso

peruano, el cargo no fue un puesto menor dentro de la administración virreinal, de hecho, usualmente era entregado a los hombres de confianza de los virreyes, por ejemplo, Luis Ambrosio de Alarcón, sobrestante de la mina de Huancavelica, recibió el oficio por ser un allegado del príncipe de Santo Buono, es decir, los sobrestantes -en su mayoría de veces- eran personajes cercanos al vicesoberano y que Echevarría haya recibido esta merced dice mucho de su exitoso ascenso social.

Nuestro personaje obtuvo el empleo de sobrestante en 1748; en su libro de carga y data declaró haber sido nombrado por el virrey para la construcción y fabricación de algunas obras en el real palacio de Lima para lo cual se le asignó un sueldo de dos mil pesos al año; según un decreto del Superior Gobierno, Miguel de Echevarría debía recibir constantemente dinero para invertirlo en la fabricación de la obra, siendo su potestad decidir las porciones que irían para cubrir los rubros necesarios; por ello, estaba en directa coordinación con la Real Hacienda, pues eran sus funcionarios quienes examinaban las solicitudes de caudales que nuestro personaje realizaba, y una vez aprobados sus pedidos se ordenaba a la Caja Real de Lima la entrega del monto requerido. El virrey debió confiar en las aptitudes e integridad de nuestro personaje, pues usualmente recibía sumas de dinero entre dos mil y cuatro mil pesos, pero conforme avanzaban las obras de reconstrucción, el dinero se reducía o era insuficiente, pues todo se gastaba en el pago al maestro de obras y los carpinteros⁴⁸¹. En atención a lo anterior, nuestro personaje tuvo que invertir su propio capital para garantizar la obra; en efecto, en su informe final declaró que de los 85, 187 pesos gastados, 5, 797 fueron invertidos por él mismo, pues al parecer hubo retrasos en la entrega de dinero y para no afectar la obra decidió usar su propio caudal; la Real Hacienda, consiente de este esfuerzo, se comprometió a devolverle el dinero, pero en 1751 Miguel aun declaraba que se le debía seis mil pesos de su sueldo⁴⁸².

Miguel de Echevarría ostentó el cargo entre 1748 y 1751, al final del cual decidió retirarse por su propia cuenta, pues consideraba que el oficio era desgastante; su gestión fue auditada por Simón de Ontañón, contador del Tribunal de Cuentas, quien revisó el libro de carga y data y no encontró nada cuestionable, más bien consideró su administración como eficiente; esto se debía a la experiencia que tenía en el manejo contable pues mientras era sobrestante, también se desempeñaba como contador del Consulado (Walker y Ramírez 2002: 658). El hecho de invertir su propio dinero para no detener las obras de palacio evidenciaba su compromiso con el virrey; en atención a ello, y considerando que los buenos súbditos eran premiados, obtuvo en 1750 un corregimiento, quizás el más alto oficio al que pudo aspirar.

⁴⁸¹ AGN, Libros de Cuentas, Leg. 412, Exp. 1831, 1748-1751.

⁴⁸² AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista Thenorio y Palacios, N° 1001, 1750, f. 1018.

4.6.4. El corregimiento de Cajamarquilla

En efecto, gracias a sus contactos, prestigio, visibilidad social y servicios, Miguel de Echevarría recibió el corregimiento de Cajamarquilla (también conocido como Patás) como lo declaró en su testamento de 1750; aún no había hecho efectiva la posesión, pues seguían con vida sus antiguos poseionarios; en realidad nunca llegó a ejercer el empleo, pues falleció al año siguiente de su nombramiento en 1751. Pese a este infortunio, no debe descartarse que la obtención de esta merced fue un paso en su carrera de ascenso social, pues ya había sido designado, incluso, disfrutó de los rituales de juramentación, evidenciando el prestigio que poseía nuestro personaje. La provisión fue de naturaleza real, pues fue hecha por Fernando VI en 1750 para un periodo de cinco años⁴⁸³. Los requisitos políticos y calidades personales que debía cumplir para acceder a esta merced eran la de ser noble, haber ocupado puestos en la administración y poseer piedad pública y sentido de justicia; salvo el primer requerimiento, Echevarría cumplía todas las demás disposiciones gracias a los empleos que ocupó y a las mayordomías de cofradías prestigiosas.

Los corregidores también debían tener calidades morales, méritos y buenas obras, pues debían actuar como jueces; algunos autores de la época como Góngora, Acosta, Bobadilla o Jorge Juan y Antonio Ulloa mencionaban que también era imprescindible que los corregidores se ajustasen a los mandamientos de la fe, cumpliesen la voluntad de los reyes y virreyes, cultivasen la buena fama y reputación cristiana, promovieran la religión, y en general que fuesen personas justas, pacíficas, desinteresadas y de buena conciencia (Moreno Cebrián 1997: 23-26). Lo anterior importa porque en la época se argumentaba que debía tenerse cuidado en la elección de estos hombres, pues una mala decisión podía arruinar el gobierno en tanto sus prácticas debían ser justas con los indios y evitar levantamientos que dañasen al reino. Los pretendientes a corregidores debían cumplir todos estos considerandos, y Miguel de Echevarría lo hizo, evidenciando que se le reconocía virtud y aceptación social.

Nuestro personaje consiguió elevar su posición social gracias a esta merced, pues en la jerarquía política administrativa del virreinato los corregidores solo estaban por debajo de la Audiencia y los virreyes (Lohmann 2011: 359). Asimismo, la naturaleza de su provisión era importante, pues si bien inicialmente el corregidor de Cajamarquilla era nombrado por el virrey, esto cambió cuando en el siglo XVIII el monarca se subrogó todas las designaciones. Esta situación no alteró totalmente el poder del virrey, que si bien ya no nombrada, sí podía recomendar. En efecto, algunos comerciantes con mayor poder, riqueza y contactos podían viajar directamente a la corte madrileña y tentar por un corregimiento como se denunciaba en la época, pero los pretendientes con menor maniobra vieron en la recomendación una estrategia

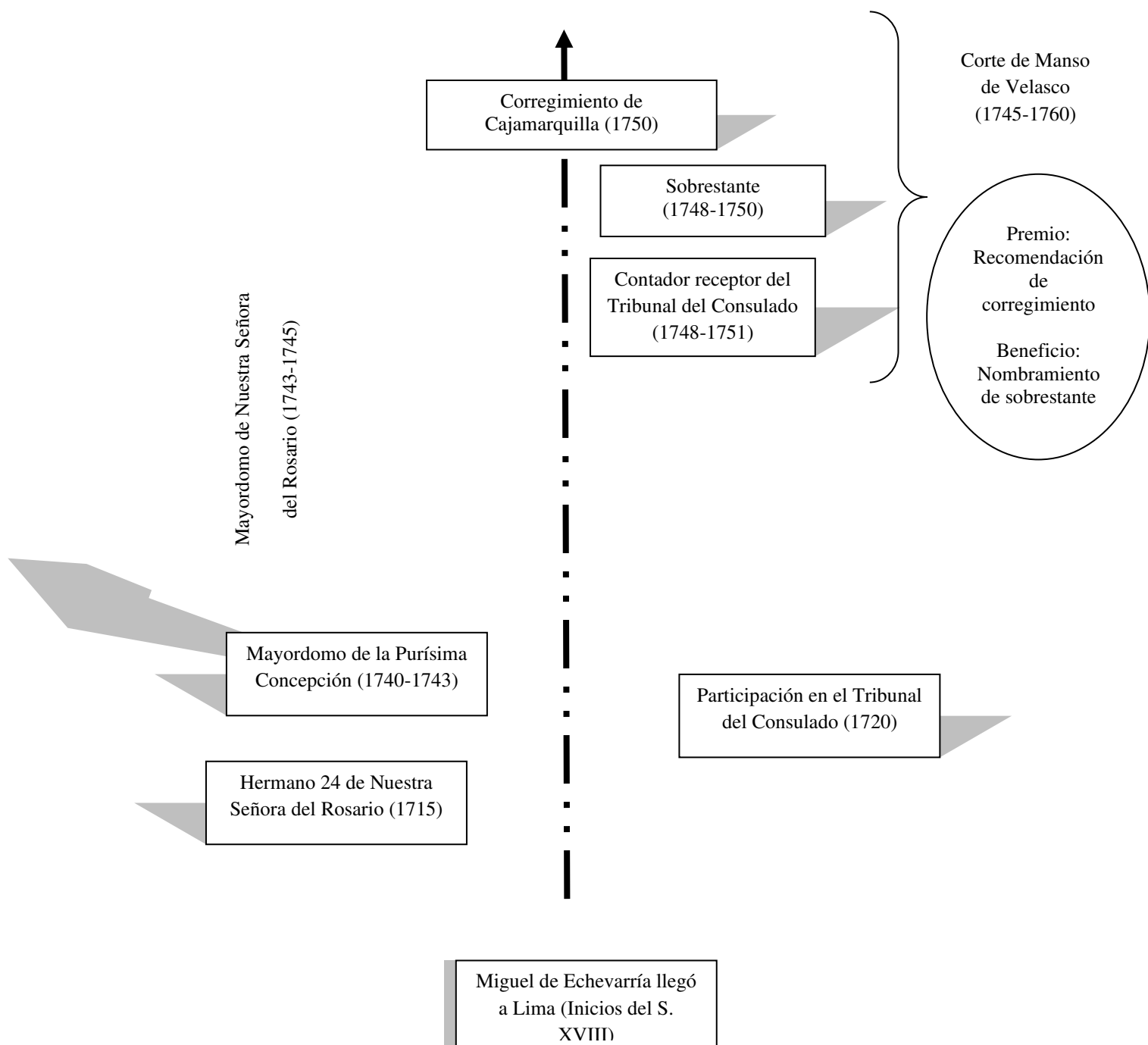
⁴⁸³ AGN, Escribanía Siglo XVIII, Juan Bautista y Thenorio Palacios, N° 1001, 1750, 1008f.

eficaz. Así, si bien Fernando VI realizó la provisión, esta debió estar influenciada por la opinión de Manso de Velasco, quien conocía a nuestro personaje. De hecho, en la época las recomendaciones eran tomadas en alta estima, pues los virreyes enviaban cartas a los monarcas informando sobre las calidades de los pretendientes y justificando la merced como lo hizo el conde de Monclova al solicitar un corregimiento para Juan Bautista de la Rigada.

El corregimiento de Cajamarquilla ya había sido administrado por hombres de prestigio como Diego Carrillo y Esquivel o Juan Esteban de Munarris, y al parecer esta jurisdicción fue usualmente entregada como premio por los virreyes. En el primer cuarto del siglo XVII, los corregidores de este lugar recibían un salario de 650 pesos, y para 1769 la retribución económica era de 937 pesos; aunque como vimos, estos sueldos bajos no eran el principal aliciente para estos empleos, sino los beneficios que se podían obtener a partir del reparto forzoso. Además, la riqueza intrínseca del lugar permitía el enriquecimiento de las autoridades a partir del contacto con los hacendados y los negocios locales. Cajamarquilla, ubicado al este de Cajamarca y Conchucos y rodeado por el río Marañón, fue en el siglo XVII uno de los corregimientos más poblados; sus tierras cosechaban trigo y maíz, pero sobre todo se extraían metales como la plata (Cook 1981: 183; Ulloa 1990: 142-143). Asimismo, un informe de 1763 menciona que en el lugar había una actividad agrícola importante, pues existían ingenios, trapiche, molinos y ganados; sin embargo, la orientación principal del lugar era la minería como lo indica la gran cantidad de vecinos del lugar dedicados a aquella actividad⁴⁸⁴. (). Esto es importante, pues la administración virreinal tuvo cuidado con aquellos corregimientos que tuviesen metales; incluso, una ordenanza del marqués de Castelfuerte ya mandaba que los corregidores de estos lugares debían cumplir una serie de medidas y disposiciones que protegían a los mineros e impedían que los corregidores mantuviesen negocios con ellos; no obstante, debían vigilar el trabajo en las minas y evitar los posibles fraudes (Armendáriz 1726). Así, hubo un especial cuidado de las autoridades por estos corregimientos, y que Echevarría haya sido beneficiado con una de estas jurisdicciones dice mucho de la estima y alta consideración que le tenían las autoridades.

⁴⁸⁴ AGN, Contaduría General de Tributos, Informes, Leg. 1, Exp. 11, 1763-1765.

Gráfico 8
Consumo de cargos y ascenso social de Miguel de Echevarría



4. 7. Las ceremonias, rituales políticos y gacetas.

Pertenecer a los entornos de poder de los virreyes no se evidenciaba solo con la obtención de cargos burocráticos que permitían compartir los espacios de negociación política. También era necesario demostrar la cercanía al virrey a través de las ceremonias, rituales y fiestas de la ciudad, pues en ellas se exhibían calidades, prerrogativas y posición social, ya que, los rituales políticos eran espacios de propaganda y ninguna autoridad, aun las más hostiles por este tipo de vida, dudaban del papel relevante de las fiestas en la vida cortesana. Es por ello que, en este apartado trabajaremos brevemente algunos rituales en los que nuestros personajes participaron debido a su posición en la dirección de las corporaciones políticas.

Efectivamente, si las procesiones religiosas servían para exaltar a las cofradías, hermanos 24 y a los mayordomos, las fiestas políticas exaltaban el poder real, sus representantes y los cuerpos políticos que conformaban el reino. Así, estos rituales eran espacios de propaganda gracias a su poder de visibilización, ya que lograban proyectar poder y prestigio sobre aquellos que detentaban las más altas magistraturas del estado colonial y los hacían identificables al espectador gracias a las preeminencias y jerarquías que poseían, pues junto al virrey desfilaban una serie de criados, administradores y representantes corporativos, ya que en estos rituales de poder confluyeron los intereses monárquicos e individuales de los participantes que asistían a las ceremonias (Nieto Soria 2009: 57; López 1994; Ortemberg 2014: 25; Chartier 1991: 140; Valenzuela 2001: 24). Cuando decimos participantes no nos referimos a los espectadores, sino a los individuos que eran parte de la estructura de los desfiles, demostrando su relevancia en la configuración política gracias a su cercanía con el virrey. Nuestros comerciantes participaron en estas fiestas políticas como representantes de alguna corporación, fortaleciendo su capital simbólico e imagen política, y mientras más cerca estaban del vicesoberano más enaltecían su posición y consolidaban su relación ante las autoridades (Bordieu 1990: 119; Fernández Terricabras 2012; Valenzuela 2001). Incluso, como dice Elías, estos rituales no eran puros actos rituales, sino instrumentos de gobiernos en tanto la exposición pública de las autoridades generaba un clima de admiración y obediencia (1982: 60).

En la Lima virreinal no faltaron oportunidades para participar en estos rituales, pues el calendario litúrgico era prolífico; esto demandó la constante presencia de nuestros personajes en las fiestas cortesanas, ya que el empleo no dotaba de poder automáticamente, sino debía ser demostrado y reproducido en ritos e imágenes (Geertz 1994: 149; Kahli Blunt 2011: 11). Asimismo, en estos escenarios se demandó la etiqueta y el reconocimiento de preeminencias, pues el orden jerárquico indicaba la distribución del poder virreinal, y cuando se le alteraba se generaban quejas jurisdiccionales (Polo y la Borda 2011; Cañeque 2012: 135).

Las “entradas” de virreyes fueron de los rituales más importantes; el acto fue considerado una ocasión propicia para que la nobleza local y las autoridades hicieran

ostentación de su poder, riqueza y lujos con el fin de causar buena impresión en el virrey para luego obtener sus favores (Angelli 2011: 79; Osorio 2006: 774; Pérez Samper 2012: 418; Martín Rubio 2009: 156; Basadre 1945: 86; Lohmann Villena 1994: 52; Riva Agüero 1965: 270). Juan Bautista de Palacios, como alcalde de la ciudad entre 1719 y 1720, fue el encargado de realizar los preparativos para la entrada del virrey Morcillo y Rubio, ya que la organización dependía del cabildo, por lo que aquella corporación tenía un especial protagonismo. Estos actos incluían fabricación de arcos, juramentos, paseos a caballos, banquetes y festines; fue tanta la ostentación que Jorge Juan y Antonio Ulloa mencionaban que esta veneración excesiva hacía pensar que el virrey era tan grande como el propio rey (1990: 463). Los alcaldes como Juan Bautista tenían un papel destacado y mostraban todo su estatus al posicionarse junto al alter ego del rey; por ejemplo, las cabalgatas que se daban luego del juramento del virrey mostraban la siguiente estructura; primero iba la compañía de infantería de indios y españoles, luego la compañía de arcabuceros, la compañía de caballos, la compañía de comercio, los colegios reales, la universidad de San Marcos, el Tribunal del Consulado, el Cabildo, el Tribunal de Cuentas, la Real Audiencia, el virrey junto a los dos alcaldes, y detrás de ellos, la guardia de alabarderos, la nobleza titulada y con hábitos militares, los gentileshombres, y finalmente la familia y criados del virrey (Bromley 1953: 12-13; Ulloa 1990: 63).

La anterior estructura es ejemplificadora, aunque hubo variaciones en cada celebración, estas fueron mínimas y no alteraron la jerarquía presentada. La *Gazeta de Lima* publicó la relación de la entrada de Manso de Velasco, la que estuvo precedida por visitas protocolares, honras de los administradores virreinales, reuniones con la élite y banquetes en los cuales el nuevo virrey conoció a los principales agentes políticos de la ciudad (*Gazeta de Lima*, 09 hasta 16 de julio de 1745). Según la crónica, en el día central hubo una procesión solemne que fue acompañada por “un innumerable concurso de nobleza” así como de la plebe que lanzaba aclamaciones. El orden fue similar al presentado inicialmente; en este desfile participaron Ángel Ventura Calderón, en el cuerpo de contadores; Antonio Hermenegildo de Querejazu en la Real Audiencia; y Domingo de Unamuzanga como capitán de la compañía de comercio; aunque no fueron mencionados, Isidro Gutiérrez de Cosío, Juan Antonio Tagle Bracho y Gaspar Quijano Velarde debieron estar presentes sino en el cuerpo de comercio, sí en las celebraciones de palacio, pues se señaló que los beneficiados con títulos de Castilla se acercaron al virrey para dar muestras de agradecimiento. Asimismo, por la coincidencia de fechas, es seguro que Antonio de Querejazu como prior del Consulado estuviese presente en la entrada del marqués de Castelfuerte e Isidro Gutiérrez de Cosío participara en el recibimiento del marqués de Villagarcía. Las fiestas incluían corridas de toros, homenajes en los claustros universitarios y piezas teatrales donde el virrey asistía con los principales miembros de los cuerpos políticos; por ejemplo, en 1720 el virrey Morcillo y Rubio asistió a la universidad de San Marcos acompañado de algunos representantes de la Audiencia y Consulado como Joseph de Santiago

Concha y Pedro Peralta; y durante las varias escenificaciones de piezas dramáticas que se hacían en palacio durante la primera mitad del siglo XVIII (entre 1720 y 1744) es fácil suponer que Juan Bautista de Palacios como alcalde, Antonio de Querejazu como prior, y Antonio Hermenegildo como oidor participaron gracias a su posición privilegiada (Anónimo 1720; Rodríguez Garrido 2008: 116).

Evidentemente, los miembros del Cabildo también tenían protagonismo en las fiestas por la elección de alcaldes los 1 de enero y el paseo del estandarte los 5 y 6 del mismo mes. Ambas fiestas engrandecían a la ciudad. La primera iniciaba luego de la elección y confirmación del virrey; salían en orden las compañías de caballería, los alabarderos, todos los tribunales en coche, el virrey acompañado por los alcaldes electos, su corte personal y la nobleza de la ciudad (Ulloa 1990: 66-67). Los diarios de inicios del siglo XVIII mencionaban que esta fiesta se llamaba “Paseo de alameda y peines” y mostraba el poder de los alcaldes debido a su unión con el alter ego del rey (Firbas y Rodríguez Garrido 2017: 288; *Gazeta de Lima*, 1 de diciembre de 1743 a 18 de enero de 1744; 01 de enero hasta 08 de febrero de 1745). Así, Juan Bautista de Palacios debió acompañar al príncipe de Santo Buono en los dos años que fue elegido. La segunda celebración era una tradición desde los tiempos de Pizarro y ratificaba la importancia de la ciudad para la monarquía; los alcaldes, como nuestro personaje, organizaban la fiesta que incluía el paseo del estandarte, desfiles, misas en la catedral y un acompañamiento final en el que participaban los oidores, el cabildo, el virrey y representantes corporativos tal y como se describió en las fiestas en las que asistieron el duque de la Palata, el conde de Monclova y el marqués de Villagarcía. Estas fiestas terminaban con festejos realizados en la casa de los alcaldes en los que también participaba el virrey con la élite local, pues en este tipo de banquetes se forjaba la íntima relación entre las autoridades del gobierno y el patriciado local (Aliaga 2005: 630-631 Cúneo-Vidal 1977-1981: 378-382; Mugaburu, 1917: 238; *Gazeta de Lima*, 1 de diciembre de 1743 a 18 de enero de 1744; Firbas y Rodríguez Garrido 2017: 76, 121 y 288; Ulloa 1990: 67; Valenzuela 2014: 116).

Sin embargo, las ceremonias más importantes fueron las que tenían al monarca como figura central como las exequias y las proclamas, pues así el poder colonial se vinculaba al ciclo de vida de la monarquía (Osorio 2004: 19-20). Las fiestas luctuosas lamentaban la muerte del rey, el príncipe o un miembro de la familia real en cualquier grado; eran liturgias complejas que implicaba la construcción de túmulos como parte del espectáculo mortuario (Mariazza 2013: 42; Mínguez 1991). En el periodo estudiado hubo varias exequias como las realizadas en honor a Carlos II, Luis I y Felipe V. En estos rituales se incluían demostraciones corporativas de dolor, misas, desfiles y pésames; nos interesa, sobre todo, los dos últimos. En el primer caso, una estructura ejemplificadora es la siguiente; salían en orden las compañías militares, el Tribunal del Consulado, los colegios reales, la universidad, los nobles y caballeros, el Cabildo, la Real Audiencia, el Tribunal de Cuentas, y el virrey acompañado de su familia, capellán mayor,

gentilhombres, secretarios, caballerizo y la compañía de lanzas. La participación de todos los representantes de los cuerpos políticos y nobleza era esencial, pues estos actos también fueron vistos como una oportunidad para aumentar el prestigio social (Acosta 1997: 100). Por otro lado, los pésames eran visitas protocolares que se daban una vez conocida en la ciudad la muerte del monarca; en estos actos se evidenciaba el estatus de ciertos personajes; el virrey recibía a cada corporación según su jerarquía; así, los primeros en mostrar sus condolencias eran los miembros de la Audiencia, luego seguían en orden el Tribunal de Cuentas, el Tribunal de la Santa Cruzada, el Cabildo eclesiástico, el Cabildo de la ciudad, la universidad, los colegios reales, los prelados de las órdenes religiosas, los nobles de la ciudad, el arzobispo, el Tribunal del Santo Oficio y por último el Tribunal del Consulado (Buendía 1701). Este fue el orden realizado por la muerte de Carlos II en 1701, pero la estructura cambió poco en el tiempo. Asimismo, es de notar que, si bien estas corporaciones asistían con todos sus integrantes, quien presentaba los respetos al virrey era el representante.

Los desfiles luctuosos eran vistos por una gran concurrencia que se reunía en la plaza; ellos identificaban a los protagonistas del ritual y ante sus ojos eran hombres vinculados al poder gracias a su cercanía con el virrey; por ello, nuestros personajes participaron con gran solemnidad para demostrar su jerarquía y estatus. Gracias a las descripciones de la época, sabemos que por la muerte de Carlos II en 1702 desfilaron Joseph Santiago Concha como alcalde de crimen de la Real Audiencia, Bernardo de Solís Vango como prior del Consulado y Juan Bautista de Palacios como capitán de la compañía de Comercio, quien estaba “elegantemente vestido de luto con bayetas y corbatas negras [...] marchaba con seriedad, silencio y compostura” y se encargaba de formar la valla que protegería a la marcha (Buendía 1701); por las fechas también debieron asistir Cristóbal y Ángel Calderón como miembros de la nobleza con hábitos militares y Antonio de Querejazu como parte del Consulado. Durante las exequias de Felipe V en 1747 participaron Gaspar de Quijano Velarde como sargento mayor del Comercio, Domingo de Unamuzanga como capitán de infantería el Comercio; Matheo de la Vega, Francisco Martín de Layseca y Pedro Gutiérrez de Cosío como representantes del Consulado, y muy cerca del virrey, Ángel Ventura como regente del Tribunal de Cuentas y Antonio Hermenegildo como oidor (Valdivieso Torrejón 1748). Probablemente, los envejecidos Isidro Gutiérrez de Cosío y Antonio de Querejazu debieron participar entre el grupo de nobles; este último sí tuvo una posición envidiable en las exequias de Luis I gracias a su condición de prior del Consulado en 1725.

También se realizaban pompas fúnebres por la muerte de un miembro de la familia real; por ejemplo, en 1727 durante las exequias del duque de Parma, suegro de Felipe V, participaron Joseph Santiago Concha como oidor, Joseph Tagle Bracho como prior del Consulado y Juan Antonio Tagle Bracho como capitán de comercio (Armendáriz 1728); el mismo Antonio de Querejazu como ex prior también debió tener una destacada participación. En las exequias por

la muerte del rey Juan V de Portugal, padre de la reina y suegro de Fernando VI, en 1752 participaron Gaspar de Quijano Velarde como sargento de la compañía de comercio y Antonio Hermenegildo como oidor (*Gazeta de Lima*, desde 20 de enero hasta 08 de febrero de 1752). Sucedió lo mismo con los funerales locales; así en las ceremonias luctuosas del virrey y arzobispo Diego Morcillo Rubio en 1743 participaron todas las personalidades políticas como el virrey marqués de Villagarcía, quien asistió junto con la Audiencia, el Tribunal de Cuentas y el Cabildo, indudablemente Ángel Ventura participó como regente (Río Salazar 1744); y durante las exequias por el virrey Conde de Monclova en 1705 Juan Bautista de Palacios como cónsul del Comercio debió participar (Fibras y Rodríguez Garrido 2017: 346-349). Asimismo, hubo otros escenarios para que la élite local se interrelacionara con el virrey, por ejemplo, en honor a los matrimonios reales se realizaban fiestas, desfiles y divertimentos públicos en los cuales asistía el virrey junto a las corporaciones políticas; por ejemplo, en 1702 se celebró el matrimonio de Felipe V con María Luisa Gabriela de Saboya; y en 1722 se festejaron las bodas del príncipe heredero Luis Fernando con la princesa de Orleans y Luis XV con la infanta de España María Ana Victoria; en estos actos hubo desfiles y misas con las estructuras señaladas, banquetes de dulces y bebidas en palacios y en la plaza se realizaron fiestas de toros, fuegos artificiales y mascaradas organizadas por los regidores; el virrey debía presenciar estas celebraciones en unas galerías acompañado por sus criados y representantes de los cuerpos políticos como la Audiencia, el Tribunal de Cuentas, el Cabildo, el Consulado, la universidad o los colegios reales (Peralta 1723; Mera 2007-2008; Bromley 1964; Fibras y Rodríguez 2017: 185-186).

También hubo celebraciones por los nacimientos de príncipes como las que el marqués de Castelflos realizó en honor al joven Luis I. Como en los casos anteriores, hubo divertimentos y desfiles en plaza protagonizadas por el virrey y las corporaciones políticas. Sin embargo, las fiestas más comunes fueron las que se realizaron por los cumpleaños de los miembros de la familia real, incluso, por los de los virreyes y virreinas. Lamentablemente tenemos pocas descripciones de estas liturgias, pero los diarios de inicios del siglo XVIII evidencian que incluían misas, fuegos artificiales, fiesta de toros, comedias y banquetes en los que asistía la nobleza y corporaciones políticas como la Audiencia, el Cabildo y el resto de tribunales (Cuentas, Santa Cruzada y Consulado); por ejemplo, en 1700 el conde de Monclova celebró el nombre de la reina María Ana de Palatinado-Neoburgo, segunda esposa de Carlos II; a lo largo de la primera mitad del siglo también se celebró el nombre de Felipe V, fiesta que demandaba la congregación de toda la nobleza y cuerpos políticos, la mayoría de ellos iban vestidos con diamantes que exhibían en los salones de palacios por donde paseaban. En los diarios se mencionaba que las fiestas en honor al primer borbón fueron las más celebradas, razón por la cual los asistentes se desvivían por mostrar su riqueza y poder; uno de los más asiduos a esta celebración fue el marqués de Villagarcía, quien festejaba con regularidad los

cumpleaños de Felipe V y su esposa (*Gazeta de Lima*, 10 de noviembre hasta fin de año de 1744; 20 de mayo hasta 09 de julio de 1745; mediados de setiembre hasta fines de octubre de 1754.). Asimismo, los cumpleaños de la familia virreinal también fueron celebrados con lujo y pomposidad, y no faltaron la nobleza local y las corporaciones quienes mostraban sus respetos y saludos (Firbas y Rodríguez Garrido 2017: 55, 71, 114, 117, 166, 187, 242, 247, 282 y 317). Como todas estas fiestas eran anuales, es obvio que en algún momento nuestros personajes participaron en estos rituales.

Una de las fiestas más importantes fueron las proclamaciones del nuevo rey, pues establecía el compromiso simbólico que unía al nuevo monarca con el reino; este acto estaba acompañado de juras, besamanos, aclamaciones y alzamiento de pendones (Nieto Soria 2009: 60 y 2013: 247). En el periodo estudiado, Lima fue testigo de las proclamaciones de Felipe V, Luis I, Fernando VI, incluso podemos mencionar la de Carlos III. El virrey, como alter ego del rey, era el protagonista y se comprometía a respetar los fueros de la ciudad. Según los diarios de la época, el acto generaba gran concurrencia en las calles, plazas, balcones, galerías y tejados; el número de espectadores podía llegar hasta las diez mil almas como sucedió con la proclama de Felipe V (Firbas y Rodríguez Garrido 2017: 115). Los rituales también incluían los saludos y parabienes de la nobleza y cuerpos políticos, el paseo del pendón real, la construcción de arcos triunfales, la lectura de las cartas que informaban del ascenso al trono del nuevo rey y el juramento del virrey. Nos interesa, sobre todo, las cabalgatas reales que se realizaban por toda la ciudad para realizar las respectivas proclamas en las plazas principales de la ciudad (plaza mayor y las plazuelas de la Merced, Santa Ana y la Inquisición). El orden del desfile era el siguiente: primero iba la compañía de infantería con todos sus jefes militares, la guardia del virrey, la nobleza, el Tribunal del Consulado, el Cabildo, el Tribunal de Cuentas, la Real Audiencia, y el virrey junto a sus criados, la compañía de alabarderos, los gentileshombres y la compañía de lanzas.

Por ejemplo, en la proclamación de Luis I en 1725 participaron Joseph Tagle Bracho como capitán y Francisco de Lartiga como sargento; ambos dirigiendo sus respectivas compañías militares e iban vestidos de gala, por ello adquirieron “la atención del gran teatro que los miraba”; también estaban Pedro de Murga Suazo, José de Urrunaga, Francisco de Oyague y Juan Bautista de Palacios como capitanes reformados; entre la nobleza se encontraba Blas de Ayessa, Lorenzo de la Puente, Pedro de Ulaortua y Antonio de Querejazu, este último además participó como caballero de Santiago y prior del Consulado (Fernández de Castro y Bocangel 1725). A pesar que la ciudad estaba destruida, la proclamación de Fernando VI en 1747 también demandó celebraciones y rituales en los que participaron todos los cuerpos políticos; lastimosamente la breve descripción del evento realizada por el capitán Victorino Montero no indica quién participó en los desfiles y cabalgatas reales (Odrizola 1865: 186); aunque por las fechas, indudablemente estaban Ángel Ventura como regente y Antonio Hermenegildo de

Querejazu como oidor. En la proclamación de Carlos III en 1760 participaron en la cabalgata real Gaspar de Quijano Velarde como sargento, quien fue “aplaudido y aclamado por la población”, Nicolás Tagle Bracho y Pedro Gutiérrez de Cosio como miembros de la nobleza, y aunque no fue mencionado, Antonio Hermenegildo debió tener un lugar preferente en este evento (Anónimo 1760).

Uno de los rituales que ayudó a posicionar la imagen de las autoridades virreinales fue el auto de fe. Si bien los protagonistas fueron las autoridades religiosas, es cierto que usualmente se invitaba al virrey y otras corporaciones políticas al acto litúrgico; estos eran ubicados en los lugares preeminentes del escenario, y también podían participar en las procesiones que los autos demandaban ya que, en estos rituales, las sentencias y castigos debían ser publicitados (Bethencourt 1992: 58-60; Ayllón 1997: 237). En el siglo XVIII hubo menos autos de fe que en las centurias precedentes, incluso, algunos ya no se realizaban en la plaza mayor, sino dentro de alguna iglesia como Santo Domingo, pero aun así su poder de publicidad demandaba pregones y desfiles. En esta investigación contamos con las relaciones de autos de fe de 1694, 1737, 1749 y 1761; lamentablemente brindan pocos datos sobre la participación de autoridades o ubicación; aun así, sabemos que el conde de Monclova y el marqués de Villagarcía asistieron junto a su familia y oidores a los respectivos rituales de 1694 y 1737 (Odriozola 1784: 287 y 23). La relación del auto de fe de 1733 brinda más pistas, pues en este ritual participó el marqués de Castelfuerte, quien fue acompañado por la Audiencia, el Tribunal de Cuentas y el Cabildo; además, el inquisidor señaló que era costumbre que el virrey desfilara junto al inquisidor y la nobleza de la ciudad desde la casa de la Inquisición hasta el lugar del ritual (Peralta 1733). Asimismo, en el auto de fe de 1749, debieron participar los ya citados Ángel Ventura y Antonio Hermenegildo debido a sus altos rangos.

Por último, es necesario mencionar que nuestros personajes también aparecieron en la publicidad de los “diarios de corte” de la época. Chartier afirmaba que las *gacetas* informaban lo que sucedía en aquel espacio de poder (1991: 198). En el Perú, estos diarios eran de carácter oficial y detallaban los avatares de la ciudad y las acciones de sus grandes personalidades en un sentido laudatorio; su fin era publicitarlos y engrandecerlos. Lamentablemente, tenemos pocas fuentes de este tipo, solo contamos con los diarios de noticias impresos por Joseph Contreras a inicio del siglo XVIII y la *Gazeta de Lima* de la época del marqués de Villagarcía y Manso de Velasco; esta última tenía como objetivo fortalecer y publicitar el discurso cortesano limeño, así como las acciones ejemplares de los principales miembros de la aristocracia (Peralta 2007: 63). Nuestros personajes se encontraban en estos medios, evidenciando que los consideraban personalidades sobre quienes informar; por ejemplo, en 1701 se anunció que Ángel Calderón recibió el hábito de Calatrava; en 1703 se informó que Juan Bautista de Palacios recibió la de Santiago; también se mencionaron los nombramientos y elecciones como la de Cristóbal Calderón y Juan Bautista como prior y cónsul del Comercio en 1702 y 1705 (Firbas y

Rodríguez Garrido 2017: 52, 80, 94, 121 y 332). Por su lado, *La Gazeta de Lima* informó cuando Ángel Ventura Calderón tomó posición el cargo de regente y lo mismo sucedió cuando Antonio Hermenegildo de Querejazu fue nombrado juez de alzadas (*Gazeta de Lima*, 1 de diciembre de 1743 a 18 de enero de 1744; 04 de enero hasta fines de febrero de 1754; 01 de abril hasta 14 de mayo de 1752). En este diario se aprecia como muchos de nuestros personajes fueron tratados como “notables” de la ciudad, de tal forma que sus acciones eran dignas de ser publicitadas. Por ejemplo, se informó la donación de diamantes que realizó Isidro Gutiérrez de Cosio para fabricar un nuevo custodio de oro, pues el anterior había sido robado. (*Gazeta de Lima*, 1 de diciembre de 1743 a 18 de enero de 1744)⁴⁸⁵.

También hubo publicación de ceremonias y funerales; así, se notició la muerte de Inés de Errasquín Ilsarbe y Torres, esposa de Joseph Santiago Concha y suegra de Antonio Hermenegildo de Querejazu; sucedió lo mismo con el deceso del arzobispo Joseph Antonio de Cevallos, y además se agregó que su sobrino, nuestro Ángel Ventura, organizó una fiesta luctuosa e invitó a las principales personalidades políticas; en ambos casos asistieron la nobleza y las corporaciones políticas en honor a la calidad de los fallecidos (*Gazeta de Lima*, 1 de diciembre de 1743 a 18 de enero de 1744; 01 de enero hasta 08 de febrero de 1745; 20 de enero hasta 15 de marzo de 1750). Sin embargo, la muerte más evocada en la *Gazeta* fue la de nuestro Isidro Gutiérrez de Cosio, que según el diario, fue recibida con gran pesar por la alta sociedad debido al rango y prestigio superior del personaje; incluso, se dijo que las principales órdenes religiosas de la ciudad pelearon por celebrar sus respectivas exequias; las mismas que fueron organizadas por su sobrino Pedro Gutiérrez; además, asistieron a las misas, las principales autoridades y la alta sociedad limeña, incluyendo, el virrey Manso de Velasco (*Gazeta de Lima*, 08 de febrero hasta marzo de 1752).

No contamos con más descripciones de este tipo debido a la falta de fuentes. En efecto, entre la aparición del diario de Contreras y la *Gazeta de Lima*, es decir entre 1711 y 1744, no tenemos constancia de más diarios cortesanos, lo cual limita nuestra investigación desde el enfoque ritual, porque entre esas fechas se desarrolla el grueso de nuestro trabajo; sin embargo, debido a lo expuesto, creemos que de haber existido diarios de esta naturaleza es seguro que los nombramientos, acciones, mercedes y participación en la corte de nuestros personajes hubiesen sido informados.

⁴⁸⁵ La difusión de esta noticia es importante, porque como señala Sánchez-Concha, los robos sacrilegios revelaban el grado de piedad de una ciudad y el comportamiento de sus pobladores ante tal hecho (2015: 61).

CONCLUSIONES

A fines del siglo XVII e inicios del XVIII se experimentó una recomposición de la élite colonial debido a la migración de un conjunto de vascos y montañeses de origen hidalgo, quienes una vez en Lima se dedicaron al comercio y se vincularon con la élite local. La situación no era la más idónea, pues el cambio dinástico condicionó la aparición de virreyes que trataban de confirmar la fidelidad de los súbditos americanos a través de donaciones y respeto a las normas comerciales, rubro económico afectado por el contrabando. En ese contexto fue importante para los migrantes peninsulares articularse y organizarse en espacios -como las cofradías- en los que podían planear políticamente y así adaptarse a los primeros intentos reformistas, pero sin arriesgar sus intereses y en el transcurso ascender socialmente. Así, fue común que comerciantes que estaban en plena carrera de ascenso social se congregaran en cofradías junto a amigos, paisanos y socios; fue el caso de Juan Bautista de Palacios, Antonio de Querejazu, Ángel Calderón Santibáñez, Ángel Ventura Calderón, Joseph Tagle Bracho, Isidro Gutiérrez de Cosío y Miguel de Echevarría, quienes en determinados momentos de sus vidas fueron mayordomos de Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario

Los mencionados comerciantes habían migrado de la península con el objetivo de buscar fortuna; fueron integrados rápidamente por la élite mercantil y no tardaron en formar sus propios negocios; gracias al prestigio que acumularon pudieron relacionarse con familias de la aristocracia tradicional. Nuestros personajes fueron exitosos comerciantes dedicados al intercambio interoceánico de mercaderías; poseían flotas, bodegas, capitales invertidos en toda América y compañías comerciales. El éxito en el comercio se debía a que la actividad fue muy rentable debido a la ubicación estratégica de Lima y el Callao, el reparto forzoso y el comercio directo o contrabando que permitía eludir los impuestos reales y comprar mercaderías baratas, por ello, rentabilizaron sus ganancias. En efecto, a pesar que en la época se hablaba de una “crisis comercial”, en realidad surgieron grandes patrimonios económicos asociados a las familias más importantes del momento. De hecho, el comercio fue lo suficientemente provechoso para permitir el ascenso social de quienes lo practicaban. Nuestros personajes consiguieron una gran fortuna gracias al comercio, pero sus caudales también provenían de diversas fuentes como la herencia, dotes, albaceazgos y el crédito sujeto a interés; con lo acumulado podían invertir en otros rubros que les generaban aún mayores rentas, por ejemplo, inmuebles, haciendas, capellanías, navíos o esclavos. El dinero que poseían lo gastaban en una vida dispendiosa que evidenciaba el estilo de vida aristocrático que deseaba exhibir.

Nuestros personajes se congregaron en las cofradías de Nuestra Señora de Aránzazu y Nuestra Señora del Rosario, que no solo fueron espacios para fomentar el culto, sino también vehículos que podían reproducir y proyectar prestigio. Ambas hermandades se instalaron tempranamente en la ciudad; se ubicaban en las iglesias franciscana y dominica

respectivamente, y compartían orígenes místicos, así como prerrogativas sociales. Cada una de estas congregaciones tuvo elementos sociales distintivos; mientras Aránzazu era una corporación regional y excluyente que solo admitía a los migrantes y descendientes vascos, el Rosario mantuvo una posición más abierta en cuanto al ingreso de hermanos, si bien exigía que estos tuvieran calidades sociales. En cualquier caso, en el siglo XVIII ambas cofradías acogieron a la élite mercantil vasca y montañesa que estaba ávida por organizarse y articularse políticamente. Por otro lado, estas hermandades eran de las más poderosas en el espectro social limeño; tenían recursos económicos bastante holgados y prerrogativas espirituales que permitían que sus mayordomos fueran visibilizados en las procesiones litúrgicas de la ciudad

Nuestros personajes sabían que si deseaban ascender socialmente debían congregarse en cofradías prestigiosas, y dirigirlas, pues así podrían tener acceso a una amplia red de apoyo. Esto se debía a que la cofradía era un espacio que favorecía la sociabilidad al garantizar el encuentro y la interacción de sus miembros a través de una serie de actividades comunes que realizaban los hermanos. Esta situación permitió que los cohermanos pudieran tratarse, conocerse y aliarse políticamente, dando forma a las redes políticas. Sin embargo, en cofradías cuya naturaleza favorecía la integración regional fue mucho más proclive la formación de facciones. En efecto, en las redes políticas originadas en Aránzazu y el Rosario la mayoría de sus integrantes compartían el oficio del comercio, la identidad cultural regional, la devoción, los negocios, la amistad, el parentesco y las motivaciones políticas. Así, la cofradía se convirtió en el lugar en el cual se formaban las alianzas políticas.

Las redes políticas originadas en las cofradías no solo poseían vínculos que hacían posible la unión de sus integrantes, también poseían una estructura que variaba de acuerdo a cada red; pero en esencia existían líderes, intermediarios, clientes y agentes externos. Los primeros poseían los bienes y recursos, y eran ellos quienes usualmente ascendían a través del consumo de cargos; los intermediarios tenían recursos propios, pero no tenían el margen de acción política que los líderes, en muchos casos eran sus amigos o familiares; los clientes eran la base de la red, tenían relaciones más interesadas y concretas con los líderes de quienes dependían; su objetivo principal era apoyarlos y sostener su gestión y/o elección; por último, los agentes externos no eran dependientes del líder, tenían sus propios recursos y solo apoyaban a los susodichos en situaciones concretas. Las redes aquí estudiadas presentaron más o menos esta estructura, pero con significativas diferencias; así la red vasca era más cohesionada y horizontal, no había diferencia sustancial a nivel social y económico entre el grupo de líderes e intermediarios; en cambio, la red montañesa fue más vertical, pues los líderes eran un núcleo de varias familias que ejercieron el dominio sobre una serie de intermediarios y clientes; por último, la red de Echevarría era numéricamente menos densa y más dispersa, si bien no existían diferencias sociales sustanciales entre sus miembros, sí tenían líderes visibles, los mismos que eran sostenidos principalmente a través de agentes externos.

Las redes políticas se formaban y empoderaban internamente en la cofradía; en aquel espacio controlaban los cargos corporativos como la mayordomía y diputación, también decidían sobre los acuerdos de las juntas, las reelecciones, el ingreso de nuevos hermanos, las cuentas finales de las autoridades salientes y todo aquello relacionado con el gobierno interno. Gracias a estas situaciones, los principales líderes de la red controlaron por un tiempo prolongado a la cofradía, así la red vasca dirigió Aránzazu entre 1704 y 1736, mientras la red montañesa hizo lo propio en el Rosario entre 1714 y 1742; y el grupo de Echevarría dominó el Rosario brevemente entre 1743 y 1745. Asimismo, los mayordomos desde su posición, y gracias a su acceso a las rentas y bienes de la cofradía, podían disponer de los mismos con cierta liberalidad y beneficiar a los miembros de su red política. Sin embargo, el cargo de mayordomo y el control de la cofradía no era un fin en sí mismo, sino un medio para empoderar socialmente a un agente de la red. Por supuesto, el objetivo político de la facción era el ascenso social de sus principales señores, por ello, realizaron acciones colectivas fuera de la cofradía en otros espacios donde la red tenía presencia, principalmente el Consulado, con el objetivo de empoderar a sus líderes en los máximos cargos de la institución y apoyar su gestión y gobierno, es por ello que la red vasca dominó el gremio mercantil entre 1700 y 1727, y el grupo montañés hizo lo mismo entre 1728 y 1750.

Las redes políticas fueron bastante efectivas, pues consiguieron que sus principales líderes consiguieran empleos fuera de la cofradía; Palacios se convirtió en alcalde, Calderón fue regente del Tribunal de Cuentas, Querejazu, Tagle Bracho y Gutiérrez de Cosío fueron priores del Consulado, y Echevarría fue sobrestante; esto fue posible gracias a los agentes de las redes políticas que los vinculaban con estas corporaciones, y muchas veces los sostuvieron en los mencionados cargos. El consumo de estos empleos generaba que nuestros personajes escalaran en la jerarquía social al aumentar su valorización personal y su capital simbólico; además, debido a sus posiciones administrativas podían participar en los núcleos de poder virreinal, la corte. En efecto, si pensamos la corte como un espacio político en el cual no solo participaban familiares y allegado, sino también funcionarios, burócratas y administradores, entonces entenderemos que nuestros personajes participaron de este espacio de negociación y mediación política, y por ello lograron interrelacionarse con los virreyes y obtener diversos beneficios; así, Palacios recibió un contrato de asiento, Querejazu una gobernación, concesiones corporativas y mercedes para sus hijos; Calderón recibió el marquesado de Casa Calderón; Tagle Bracho obtuvo un hábito de caballería, un título nobiliario y el presidio del Callao; Gutiérrez de Cosío también recibió un título nobiliario, y Echevarría fue premiado con un corregimiento. Además, nuestros personajes, al dirigir corporaciones políticas, pudieron compartir visualmente el poder con los vicesoberanos a partir de los diferentes rituales y ceremonias en las que participaban, ya que su cercanía en estas manifestaciones de poder también evidenciaba su jerarquía y estatus.

ANEXO 1

Mayordomos de la Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario, 1695-1748		
Año de elección	Mayordomos	Diputados
1695	Julián Montero de Espinoza Lucas de Alagueros	Melchor de Soria
1696	Lucas de Alagueros Antonio de Soto	Melchor de Soria
1697	Antonio de Soto	
1698	Marcos de la Estrada	
1699	Antonio de Soto José de Meneses	Antonio de Barrionuevo
1700	José de Meneses	Melchor de Soria
1701	Pascual José de Cueva	Julián Angulo
1702	Pascual José de Cueva Diego de Vela Patiño	Melchor de Soria Julián Angulo
1703	Diego de Vela Patiño José de Meneses	Melchor de Soria Bartolomé de Cereceda
1704	José de Meneses Justo Pérez de Miranda	José del Solar Bartolomé de Cereceda
1705	Justo Pérez de Miranda José de Meneses	Melchor de Soria Bartolomé de Cereceda
1706	José de Meneses Juan Esteban de Munarris	
1708	Antonio de Soto	
1710	Antonio de Barrionuevo José de Aguilar	Melchor de Soria
1711	José de Aguilar	
1712	Juan José de la Cruz Compañón José de Aguilar	
1713	José de Aguilar Gerónimo de Castro	Melchor de Soria Francisco Álvarez
1714	Gerónimo de Castro Ángel Calderón Santibáñez	Francisco Álvarez
1715	Ángel Calderón Santibáñez Juan José Compañón	Carlos de Estrada Joseph Fermín de Escobar
1716	Ángel Calderón Santibáñez Juan José Compañón	Alonso Serrano de Estrada
1717	Ángel Calderón Santibáñez Juan Fernández Compañón	Alonso Serrano de Estrada
1718	Ángel Calderón Santibáñez Francisco García Álvarez*	Alonso Serrano de Estrada
1719	Francisco García Álvarez Juan de la Cruz Compañón	Gerónimo Gallegos
1720	Juan de la Cruz Compañón Ángel Calderón Santibáñez	Gerónimo Gallegos
1721	Ángel Calderón Santibáñez Juan Fernández Compañón	Francisco de la Maza Bustamante
1722	Juan Fernández Compañón Ángel Calderón Santibáñez	Fernando Gonzales Salmón
1723	Ángel Calderón Santibáñez Juan Fernández Compañón	Fernando Gonzales Salmón Francisco de la Maza Bustamante
1724	Fernando Gonzales Salmón	Francisco de la Maza Bustamante José del Solar
1725	Juan de la Cruz Compañón	Martín Dulce y Armas Joseph del Solar
1726	Alonso Serrano de Estrada	Pedro Velarde y Liaño

		Martín Dulce y Armas
1727	Alonso Serrano de Estrada José de Tagle Bracho	Francisco Guemez Calderón Pedro Velarde y Liaño
1728	José de Tagle Bracho	Pedro de Murga
1729	Ángel Ventura Calderón	Francisco Guemez Calderón
1730	Ángel Ventura Calderón Juan Compañón	Francisco Guemez Calderón Martín Dulce y Armas
1731	Alonso Serrano de Estrada Ángel Ventura Calderón	Juan José de Aliaga Francisco Guemez Calderón
1732	Alonso Serrano de Estrada Isidro Gutiérrez de Cosío	Francisco Guemez Calderón Martín Dulce y Armas
1733	Alonso Serrano de Estrada	Francisco Martín de Layseca Juan José de Aliaga
1734	Isidro Gutiérrez de Cosío Alonso Serrano de Estrada	Francisco Guemez Calderón Francisco Martín de Layseca
1735	Isidro Gutiérrez de Cosío Alonso Serrano de Estrada	Martín Dulce y Armas
1736	Alonso Serrano de Estrada Pedro de Velarde y Liaño	Juan Gonzales de Cosío
1737	Alonso Serrano de Estrada	Juan Gonzales de Cosío Gaspar de Herrera
1738	Alonso Serrano de Estrada	
1741	Isidro Gutiérrez de Cosío	Antonio Félix de Celis
1742	Francisco Antonio de la Fuente	Domingo de Unamuzanga
1743	Francisco Antonio de la Fuente Miguel de Echevarría	Antonio Félix de Celis
1744	Miguel de Echevarría Pedro Benítez del Pino	Domingo de Unamuzanga
1745	Pedro Benítez del Pino Miguel de Echevarría	Domingo de Unamuzanga Gaspar de Herrera
1746	Gaspar de Quijano y Velarde (Conde de Torre Velarde) Francisco Martín de Layseca	Domingo de Unamuzanga
1747	Francisco Martín de Layseca Gaspar de Quijano y Velarde (Conde de Torre Velarde)	Juan Bautista Berdejo Domingo de Unamuzanga
1748	Gaspar de Quijano y Velarde (Conde de Torre Velarde) Juan Hernández Llano**	Manuel de la Torre

* Originalmente el mayordomo bolsero fue Juan Fernández Compañón, posteriormente renunció al cargo por lo que Ángel Calderón, quien era segundo mayordomo, pasó a ser el más antiguo; se eligió un nuevo comayordomo y ganó Francisco García Álvarez.

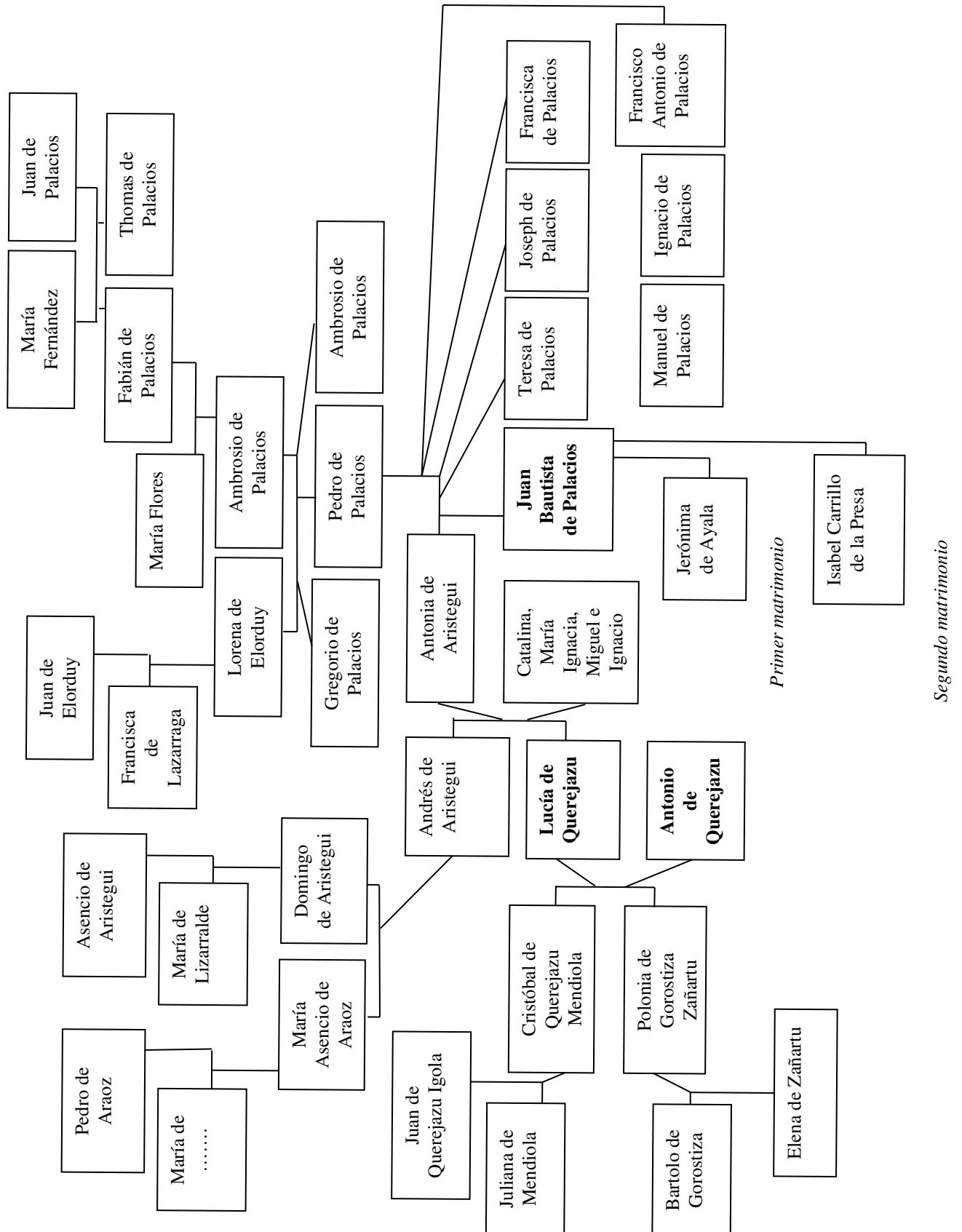
** Originalmente había sido electo Francisco Antonio de la Fuente, pero renunció al cargo.

ANEXO 2

Mayordomos de la cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu, 1695-1736	
Año de elección	Mayordomos
1695	Domingo López y Marcos de Ulaortua
1696 - 1701	Marcos de Ulaortua
1702 1703	Martín de Echevarría Suloaga
1704 – 1712	Juan Bautista de Palacios y Pedro de Ulaortua
1713	Juan Bautista de Palacios y Antonio de Querejazu y Uribe
1714 – 1718	Juan Bautista de Palacios y Antonio de Querejazu y Uribe (Presumiblemente)
1719 1720	Juan Bautista de Palacios
1721-1723	Juan Bautista de Palacios (Presumiblemente)
1724 – 1730	Juan Bautista de Palacios
1731 - 1735	Juan Bautista de Palacios (Presumiblemente)
1736	Antonio de Querejazu y Uribe

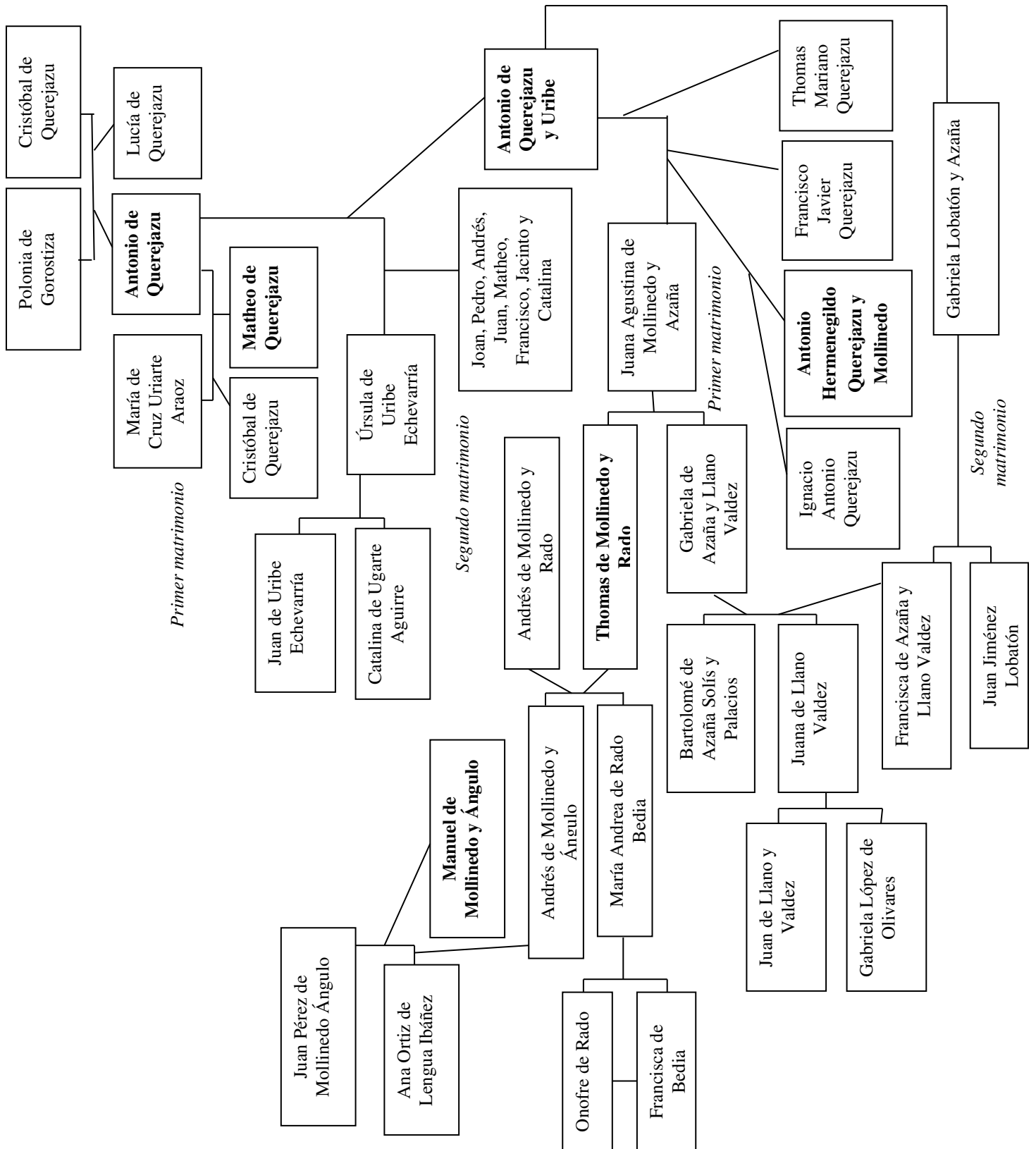
ANEXO 3

Enlace PALACIOS - QUEREJAZU



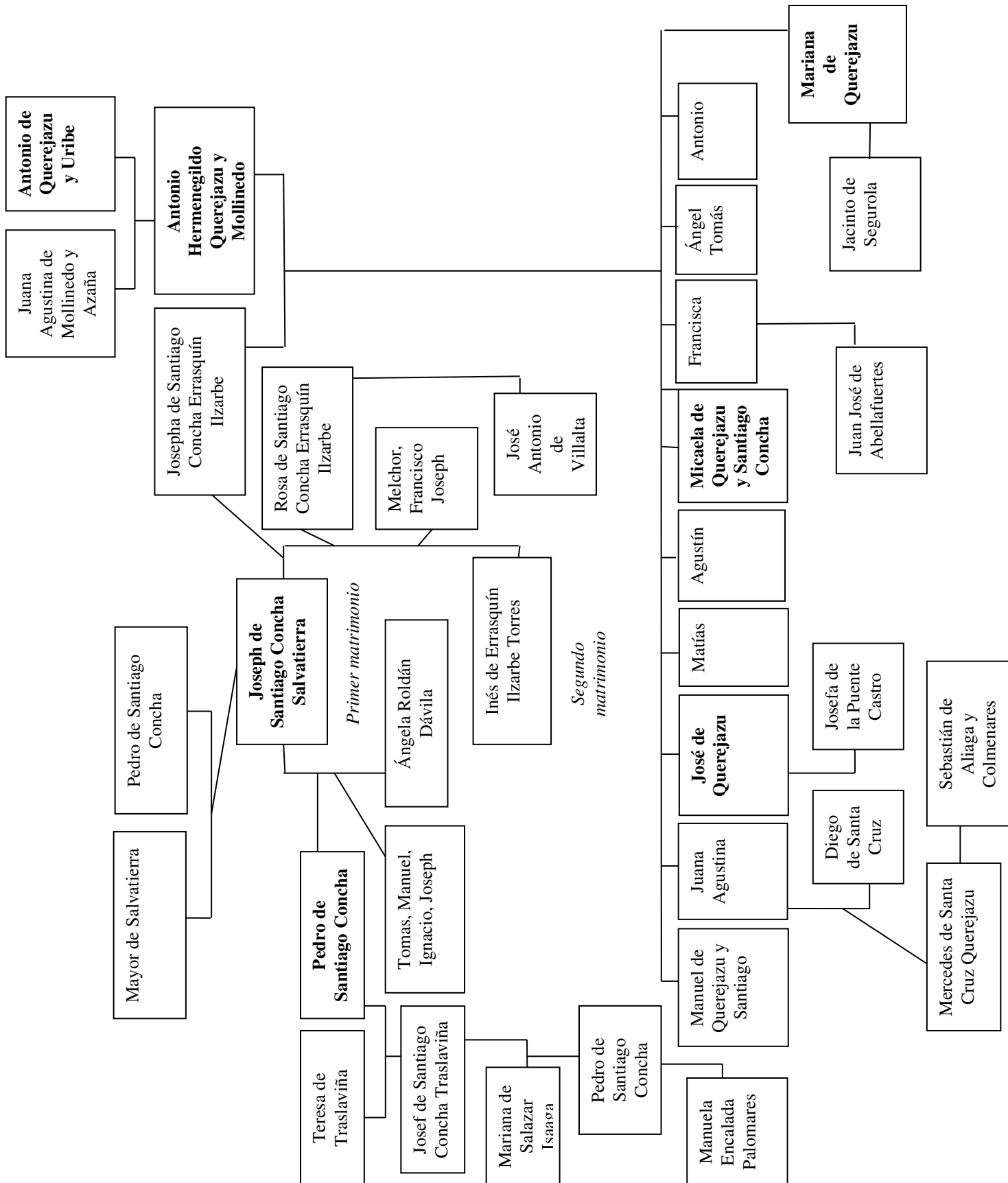
ANEXO 4

Enlace QUEREJAZU-MOLLINEDO



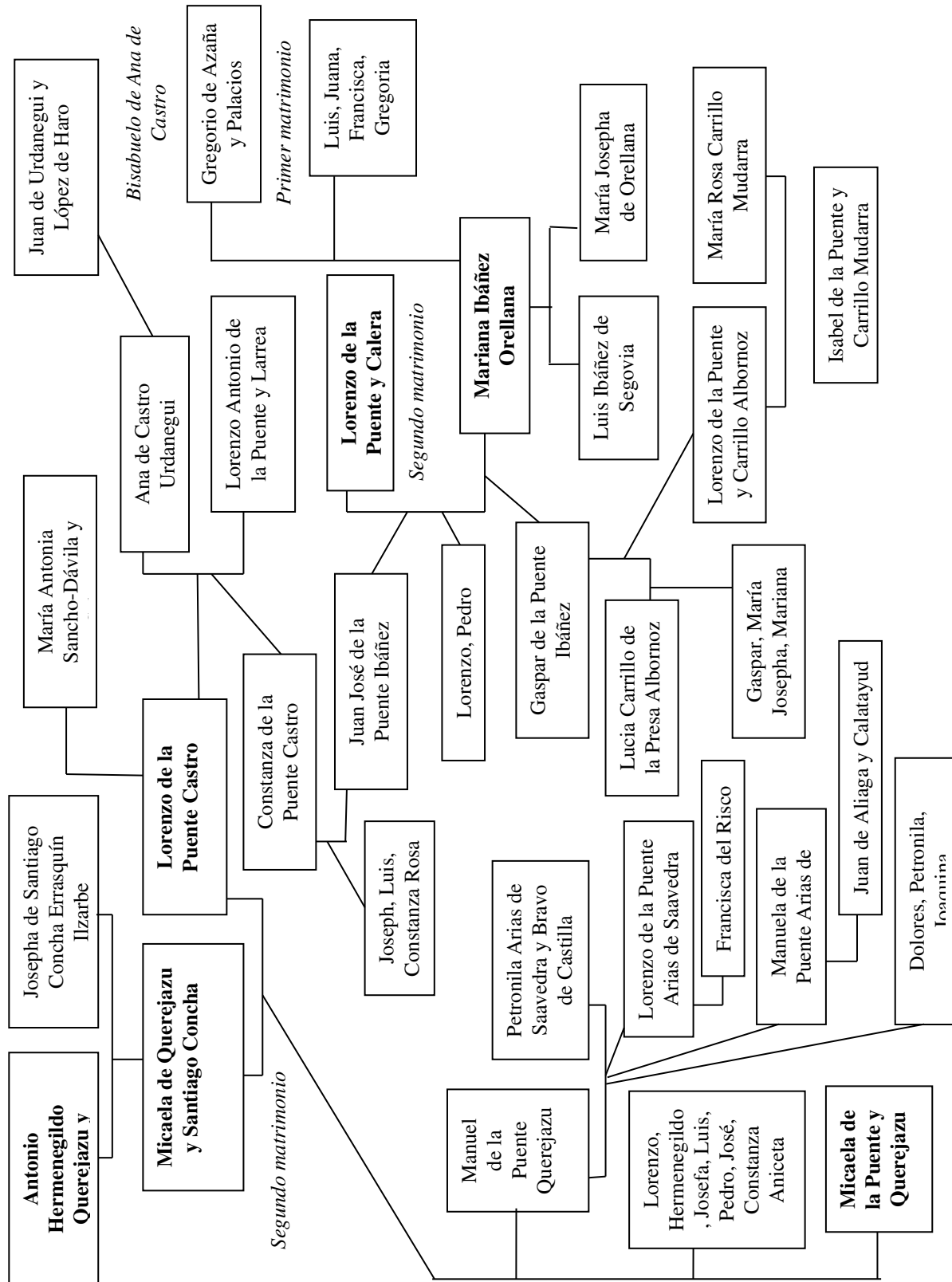
ANEXO 5

Enlace QUEREJAZU – SANTIAGO CONCHA



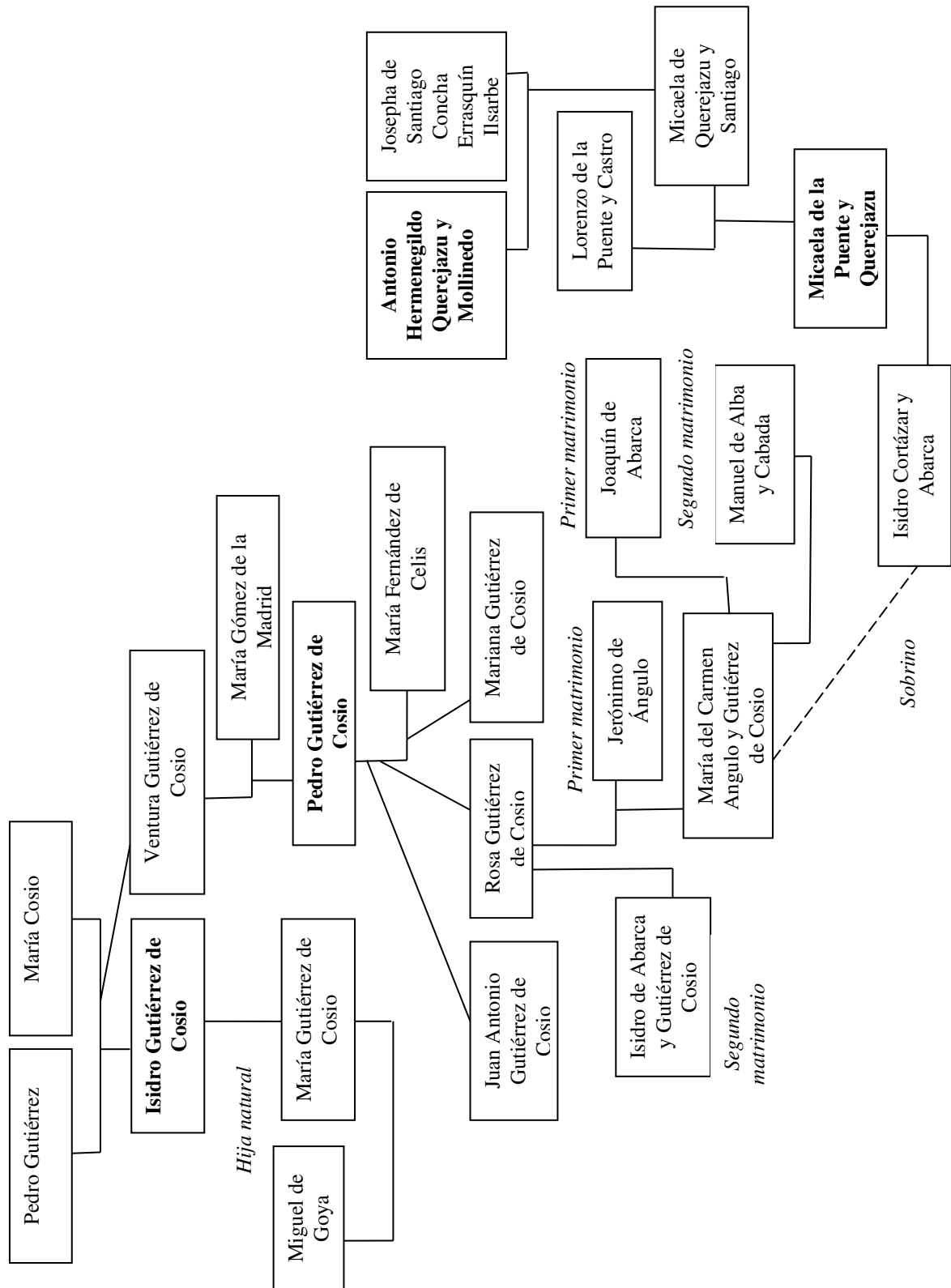
ANEXO 6

Enlace QUEREJAZU – DE LA PUENTE

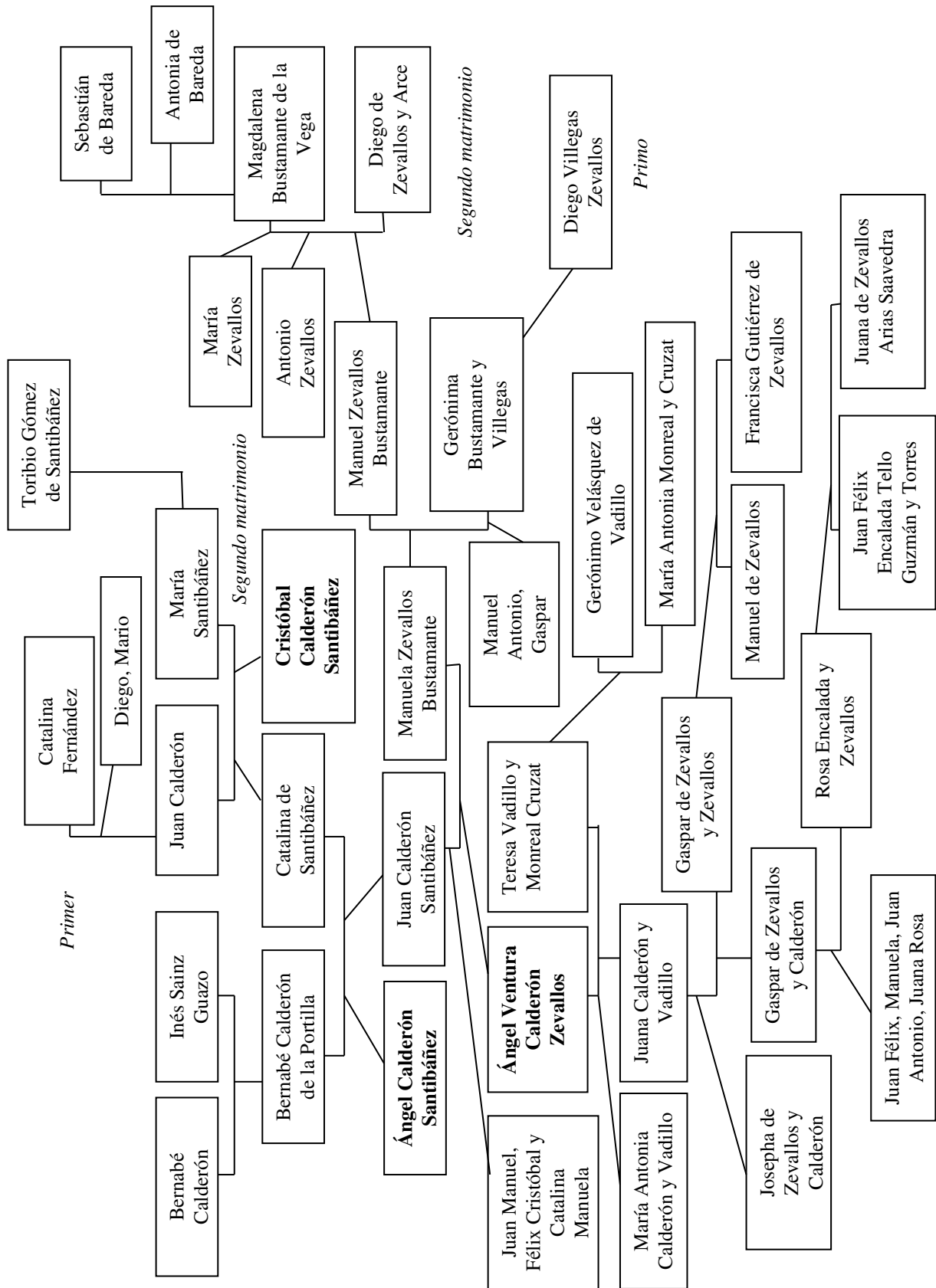


ANEXO 7

Enlace GUTIÉRREZ DE COSIO – DE LA PUENTE Y QUEREJAZU



ANEXO 8
Familia CALDERÓN



Familia TAGLE BRACHO



FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. Fuentes manuscritas⁴⁸⁶

Archivo Arzobispal de Lima (AAL)

- Fondo: Causa de dotes
Legajos: VII (exp. 14, 1703)
- Fondo: Capellanías
Legajos: LXXXVI (exp. 12, 1724)
- Fondo: Censos
Legajos: XVIII (exp. 13, 1713); XIX (exp. 25, 1723-1733), XX (exp. 44, 1735)
- Fondo: Cofradías
Legajos: VII (exp. 30 y 39, 1736-1750); IX-A (exp. 25 y 27, 1742-1743); XVII (exp. 5, 1650); XIX y XIX.2 (exps.1 y 2, 1621-1740); XXI (exp. 16, 1680); XXVII (exps. 31, 35 y 50, 1650-1699); XXX (exp. 2, 1621); XXXI (exps. 5, 8, 10 y 26, 1614-1668); XXXIX (exps. 1, 10, 13 y 42, 1622-1760); XLII (exps. 5, 8, 14 y 18, 1701-1754); XLVII (exps. 2 y 3, 1622-1654); XLIX (exps. 6 y 25, 1647-1699); LI (exps. 3, 7, 20 y 21, 1620-1697); LVI-a (exp. 9, 1675); LVII (exp. 25, 1742); LIX-a (exp. 11, 1675); LXIV (exp. 2, 1585); LXX (exps. 16 y 30, 1679-1697).
- Fondo: Dominicos
Legajos: XI (exps. 3 y 12, 1723-1728)
- Fondo: Expedientes matrimoniales
Expedientes: 5 (05-1699) y 14 (10-1706)

Archivo General de Indias (AGI)

- Fondo: Casa de Contratación
Expediente: 5444 (1685) y 5469 (1716)
- Fondo: Indiferente
Expediente: 145, N° 11 (1731)
- Fondo: Lima
Expediente: 651 (1737)

⁴⁸⁶ Las referencias a documentos de archivos españoles fueron extraídas del portal PARES.

Archivo General de la Nación (AGN)

- Fondo: Asuntos religiosos
Sección: Sermones
Legajos: 120 (exps. 22 y 63) y 121 (exp. 38)
- Fondo: Cabildo
Sección: Justicia ordinaria
Legajos: 57 (exp. 418, 1711); 58 (exps. 466 y 470, 1720) y 64 (Exp. 637, 1741)
- Fondo: Cabildo de provincias
Legajos: 2 (exp. 65, 1719)
- Fondo: Compañía de Jesús
Legajos: 8 (exp. 25, 1706)
- Fondo: Contaduría General de Tributos
Sección: Informes
Legajos: 1 (exps. 6 y 11, 1719-1765)
- Fondo: Colección Francisco Moreyra
Legajos: 1 (exp. 30, 1760); 3 (exp. 67, 1727); 6 (exp. 177, 1735-1756); 17 (exps. 461, 469, 470, 473, 476, 478, 479, 480, 490, 491, 492, 493, 495, 496, 502, 504, 516 y 518, 1754-1792); 19 (exps. 520, 523, 525, 526, 1748-1768); 20 (exps. 566, 578, 586 y 589, 1781-1789); 21 (exps. 590, 593, 616, 617, 618 1761-1793); 22 (exps. 651 y 661, 1786-1806); 29 (exp. 805, 1793-1794); 31 (exps. 833 y 834, 1777); 32 (887, 1796); 33 (exps. 891, 895, 916, 917, 919, 921, 1796-1828); 34 (exp. 959, 1823); 35 (exp. 980 y 981, 1834-1836); 99 (varios papeles sueltos de Antonio y Agustín de Querejazu, s/f), 101 (exp. 40, documentos literarios, s/f).
- Fondo: Escribanía Siglo XVIII
Escribanos: Joseph de Aizcorbe (N° 8) [1758]; Cayetano de Arredondo (N° 63) [1729]; Juan de Avellán (N° 108) [1715]; Bernardo Baquero (N° 119) [1715]; Juan del Corro (N° 193) [1708]; Alejandro Cueto (N° 195) [1758]; Manuel de Echeverz (N° 220) [1749]; Gabriel de Eguizabal (N° 227) [1747]; Francisco Escudero de Sicilia (N° 235) [1710]; Pedro de Espino Alvarado (N° 248, 254, 259, 262, 263, 267, 269, 270, 273, 286, 288, 300 301, 302) [1713-1742]; Francisco Estacio Meléndez (N° 312, 313, 314, 317, 319, 327, 328, 330, 331, 332, 335, 337, 340, 344, 349, 350, 352, 357, 371, 372, 375, 380, 383, 385, 388, 398) [1712-1755]; Miguel Estacio Meléndez (N° 406) [1718]; Antonio Fernández Montaña (N° 427 y 429) [1708-1713]; Francisco Fernández Pagán (N° 432, 433, 434, 439 y 441) [1711-1719]; Gervasio de Figueroa (N° 455) [1782]; Felipe Gómez de Arévalo (N° 494) [1721]; José González de Contreras (N° 500) [1746]; Gregorio González de Mendoza (N° 504 y 507) [1741-1756]; Francisco Luque

(N° 631) [1775]; Manuel Luza (N° 652) [1722]; Diego Marqués de Guzmán (N° 644) [1717]; Alejo Meléndez de Arce (N° 702 y 703) [1734]; Jacinto de Narvasta (N° 781) [1723]; Juan Núñez de Porras (N° 804 y 807) [1724]; Pedro de Ojeda (N° 810 y 814) [1727-1734]; Pedro Pérez de Cabañas (N° 835) [1704]; Agustín Gerónimo de Portalanza (N° 868) [1746]; Salvador Gerónimo de Portalanza (N° 880 y 895) [1730-1765]; Antonio Ramírez del Castillo (N° 913) [1722]; Francisco Sánchez Becerra (N° 946, 952, 953, 956, 957) [1702-1706]; Baltasar de Soria (N° 984) [1725]; Juan Bautista Thenorio y Palacios (N° 1000, 1001, 1005, 1006, 1009, 1014, 1005, 1023) [1749-1778]; Valentín de Torres Preziado (N° 1061) [1767]; Marcos de Uceda (N° 1128 y 1153) [1724-1750]; Gregorio de Urtazo (N° 1099) [1707]; Diego M. de Zambrano (N° 758) [1796]

- Fondo: Juzgado de Aguas
Expedientes: 3.3.4.41 (1735)
- Fondo: Libros de cuentas
Legajos: 412 (exp. 1831, 1748-1751)
- Fondo: Real Audiencia
 - ✓ Sección: Causas Civiles
Legajos: 32 (exp. 194, 1761); 33 (exp. 199, 1717); 63 (exp. 454, 1729); 65 (exp. 492, 1730); 69 (exp. 531, 1731); 76 (exp. 612, 1734); 86 (exp. 737, 1739); 99 (exp. 831, 1744); 112 (exp. 949, 1750)
 - ✓ Sección: Causas Criminales
Legajos: 2 (exp. 10, 1719)
 - ✓ Sección: Grados de abogados
Legajos: 1 (exp. 59, 1773)
 - ✓ Sección: Juicio de Residencia
Legajos: 38 (exp. 112, 1720)
 - ✓ Sección: Juzgado General de la Caja de Censos de Indios de Lima
Legajos: 82 (exp. 60, 1733)
- Fondo: Superior Gobierno
 - ✓ Sección: Contencioso
Legajos: 190 (exp. 1372, 1720)
 - ✓ Sección: Fondos varios
Legajo: 6 (exp. 104, 1717)
 - ✓ Sección: Real Acuerdo
Legajos: 4 (exp. 25, 1709) y 5 (exp. 43, 1725)
- Fondo: Títulos de propiedad
Legajos: 44 (exp. 775, 1747)

- Fondo: Tribunal del Consulado
 - ✓ Sección: Contables
Legajo: 28 (exp. 66, 1721)
 - ✓ Sección: Gremios
Legajos: 114 (exp. 11, 1744) y 122 (exp. 698, 1730)
 - ✓ Sección: Gobierno consular
Legajos: 1 (exps. 92, 93, 94, 154, 155, 156, 157 y 158, 1700-1749) y 11 (exp. 460, 1731)
 - ✓ Sección: Gobierno político y administrativo
Legajos: 1 (exps. 190 y 191, 1726-1735); 4 (exp. 2, 1728); 5 (exps. 94 y 95, 1727-1736); 6 (exps. 142, 150, 151, 152, 157 y 158, 1695-1749); 7 (exps. 185, 186, 187, 188, 189, 192 y 193, 1700-1750); 9 (exp. 443 y 445, 1725-1730); 11 (exps. 454 y 468, 1712-1762); 28 (exp. 146, 1723)
 - ✓ Sección: Judicial/Pleitos
Legajos: 158 (exp. 115, 1751)

Archivo Histórico de la Beneficencia Pública de Lima (AHBPL)

- Fondo: Cofradías
 - ✓ Sección: Nuestra Señora de Aránzazu
Libro 001: Protocolo de la Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu, 1704-1711.
Libro 002: Protocolo de la Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu, 1610-1759.
Libro 003: Libro de hermanos de la Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu, 1695-1705.
 - ✓ Sección: Nuestra Señora del Rosario.
Libro 002: Libro de la administración de las casas que legó Benito Pacheco a la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, 1632-1695.
Libro 003: Protocolo de la Cofradía de españoles de Nuestra Señora del Rosario, 1575-1798.
Libro 005: Libro de inventarios de escritura relativos a las propiedades de la cofradía confeccionadas por Miguel de Echevarría, 1743.
Libro 006: Libro de cuentas de la hacienda Macas, propiedad de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, 1727-1836.
Libro 007: Libro de cuentas relativas a las casas donadas por Florencia de Chávez a la cofradía de Nuestra Señora del Rosario en 1641, 1748.

Libro 012: Libro de hermanos de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, 1769.

Libro 038: Libro de cuentas de la cofradía de españoles de Nuestra Señora del Rosario, 1730-1792.

Libro 055: Libro de resumen de los cabildos celebrados por los hermanos veinticuatro de la cofradía de españoles de Nuestra Señora del Rosario, 1605-1790.

Libro 111: Libro de cuentas del ramo de dotes de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, 1646-1761.

Archivo Histórico de la Municipalidad Metropolitana de Lima (AHML)

- Fondo: Cabildo colonial
Sección: Juzgado de cofradías (Santísimo Sacramento, 1780-1796)
- Fondo: Libros de Cabildo N° 33 y 34 (1702 y 1719)

Archivo Histórico Nacional de Madrid (AHNM)

- Fondo: Consejo de Órdenes
Sección: Caballeros de Santiago
Expedientes: 3837 (1701), 4192 (1702), 6183 (1702) y 1043 (1730)
- Fondo: Expedientillos
Expedientes: 7445 (1747) y 7446 (1748),

Archivo del Obispado de Huacho (AOH)

- Fondo: Cofradías
Legajos: 6 (exp. 10, 1737)

Archivo de la Real Cancillería de Valladolid

- Fondo: Sala de Vizcaya
Caja 4475, Leg. 1 (1695)

Biblioteca Nacional del Perú (BNP)

- Fondo: Manuscritos
Sección: Cofradías
Expedientes: 1355 (1718) y 4562 (1726)

2. Fuentes impresas y editas⁴⁸⁷

ACOSTA, R.P. Blas de.

- 1643 *Sermón en la gran solemnidad, que instituyo en el insigne Convento de Nuestra Señora del Rosario de Lima, de Orden de Predicadores: El Excmo. S.D. Pedro de Toledo y Leyba, marques de Mancera (...) virrey, lugar teniente, governador y capitán general en los reynos, y provincias del Perú al dulcissimo nombre de María, a cuya proteccion consagró las armas deste reyno, y juro su fiesta, domingo 18 de octubre deste año de 1643. Lima (J.C.B.L).*

ANÓNIMO (s)

- 1709 *Relación de las prevenciones que el excellentissimo señor marques de Castel-Dos-Rius, mi señor virrey (...) hizo para la defensa del; y apresto de armada, que despacho del puerto del Callao el día 16 de julio de este año de 1709. Contra los enemigos yngleses, que entraron en este mar por el estrecho. Lima. (J.C.B.L.)*
- 1716 *El Presidente y oidores de la Audiencia y Chancilleria Real (...) Por quanto en el Real Acuerdo de Gobierno, se proveyó un auto en nueve del corriente, en virtud de reales cédulas, prohibiendo in totum, el comercio con todos, y qualesquiera navios franceses, y estrangeros. Lima. (J.C.B.L.)*
- 1720 *Cartel del certamen El Theatro Heroico: certamen poético que ofrece, dedica y consagra la Real Universidad de San Marcos de esta ciudad de Lima al Excmo Señor Diego Morcillo Rubio de Auñon, virrey del Perú en festiva celebración de su fausto recibimiento en sus escuelas. Lima: Dyego de Lira. (J.C.B.L.)*
- 1725 *Relación y diario de las operaciones del navío Nuestra Señora del Carmen, que de orden del Excmo Señor Marqués de Castelfuerte, virrey, y de Armamento de particulares de este comercio. Lima: Imprenta de Lima.*
- 1754 *Ordenanza para la erección de diputado de el comercio de la villa imperial de Potosí: añadidas a las antiguas del Tribunal del Consulado, de orden de su Majestad, por el Excmo. Señor Marqués de Villa-Garcia, virrey gobernador y capitán general de estos Reynos del Perú, Tierra Firme, Chile. Lima. (J.C.B.L.)*
- 1760 *Lima gozosa: descripción de las festibas demostraciones, con que esta ciudad, capital de la América meridional celebró la real proclamación de el nombre augusto del católico monarca el señor Don Carlos III, a influxo del activo zelo del excmo Sr. D. Joseph Manso de Velasco (...) virrey (...) de estos reynos del Peru & Chile. Lima: Plazuela de San Cristóbal. (J.C.B.L.)*

⁴⁸⁷ Las referencias que tienen al final las siglas J.C.B.L. fueron obtenidos del repositorio digital de la John Carter Brown Library.

ARANTZAZU

- 1912 *Homenaje filial a Nuestra Señora de Aránzazu, celestial patrona de Guipúzcoa*. Bilbao: Folleto impreso en la casa de Jesús Álvarez.

ARCHIVO NACIONAL DEL PERÚ

- 1959 “Ordenanzas dictadas por el Tribunal del Consulado para el nombramiento de los funcionarios y mejor administración de las rentas reales, año 1723” en *Revista del Archivo Nacional del Perú*, T. XXIII, Entrega 1.
- 1959 “Libro donde se forman los asientos de los títulos de lo reynos así para los que deben de lanzas como de media anata como el real servicio de lanzas y corre desde el 1 de enero de 1737” en *Revista del Archivo Nacional del Perú*, T. XXIII, Entrega 1.

ARMENDARIZ, Joseph de

- 1724 *Don Joseph de Armendariz, marques de Castel-fuerte (...) Por quanto su Magestad (que Dios guarde) se sirvió de librar su real cedula de treinta y uno de diciembre de mil setecientos veinte, imponiendo las penas de muerte*. Lima. (J.C.B.L.)
- 1726 *Don Joseph de Armendariz (...) por cuanto en los cajones de pliegos de aviso de España*. Lima. [Sobre las fiestas por el tratado de paz con Alemania] (J.C.B.L.)
- 1726 *Instrucción de lo que generalmente han de observar, cumplir y guardar los oficiales reales de todas las caxas de este reyno en las partes y provincias donde hubiesen minerales de plata, y oro*. Lima. (J.C.B.L.)
- 1727 *Don Joseph de Armendariz (...) por cuanto por antecedente vando con fecha de 30 de diziembre del año próximo pasado*. Lima. [Sobre las fiestas por el tratado de paz con Alemania] (J.C.B.L.)
- 1728 *Por quanto en el aviso, que de España a llegado a esta ciudad el dia 31 del pasado se ha recibido la terrible noticia de la muerte del serenissimo señor, el duque de Parma*. Lima.
- 1859 *Relación de los Estados del Reyno del Perú que hace el Excmo. Señor Don José Armendaris, marqués de Castel-Fuerte, á su sucesor el marqués de Villagarcía, en el año de 1736* en Manuel Atanasio Fuentes (ed.) *Memoria de los virreyes que han gobernado el Perú durante el tiempo del coloniaje español*. T. 3, Lima: Felipe Bailly.

ARZÁNZ DE ORSÚA Y VELA, Bartolomé

- 1965 *Historia de la villa imperial de Potosí* (ed. Lewis Hanke y Gunnar Mendoza), 3t. Providence, Rhode Island: Brown University Press.

ATANASIO FUENTES (ed.)

- 1859 *Memoria de los virreyes que han gobernado el Perú: durante el tiempo del coloniaje español*: Conde de Castellar y Melchor de Liñán. T. I. Lima: Felipe Bailly.

BERMUDEZ DE LA TORRE Y SOLIER, Joseph

1717 *El Sol en el Zodiaco. Certamen poético en el solemne triunfal recibimiento del Excelentísimo Señor Don Nicolas Caracholo, Principe de Santo Buono*. Lima: Francisco Sobrino.

BOUVIER, Jean Baptiste de

1852 *Tratado dogmático y Práctico de las indulgencias, cofradías y jubileos*. Lerida: s.e.

BROMLEY, Juan

1952 “Los libros de cédulas y provisiones del Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima. Índice de sus documentos” en *Revista Histórica*, T. XIX.

BUENDÍA, Joseph

1701 *Parentación real al soberano nombre e inmortal memoria del Catolico Rey de las Españas y emperador de las Indias el serenissimo Señor don Carlos II: Funebre solemnidad y sumptuoso mausoleo que en sus reales exequias en la Iglesia metropolitana de Lima consagro a sus piadosos manes, el Excmo Don Melchor Portocarrero Lasso de la Vega, conde de la Monclova (...) virrey del Perú*. Lima: Joseph de Contreras, impresor real del Santo Oficio. (J.C.B.L.)

COBO, Bernabé

1956 *Obras. T. II. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días (continuación)*. Madrid: Atlas.

CONDE DE CASTAÑEDA Y LOS LAMOS

1759 *Recapitulación o extracto general de todas las ordenanzas y constituciones hechas para la observancia de los señores hermanos 24s, y señoras hermanas de la nobilísima Archicofradía de la Santísima Vera Cruz; nominada de los caballeros; fundada en su capilla, o basílica, separada, e independiente del convento grande de N.P. Santo Domingo de esta ciudad de Lima*. Lima: Impreso en la calle de los Huérfanos.

COOK, David Noble (ed.)

1985 *Numeración general de todas las personas de ambos sexos, edades y calidades que se ha hecho en esta ciudad de Lima, año de 1700* (edición facsímil). Lima: COFIDE.

CÓRDOVA SALINAS, Fray Diego de

1957 *Crónica franciscana de las provincias del Perú*. V.1. México: Academy of American Franciscan History.

DURAND, José

1982 *Gaceta de Lima*. (1756 a 1762 y 1762 a 1765). 2t. Lima: COFIDE.

GAZETA DE LIMA

1744-1756 *Gazeta de Lima* (varios números). (J.C.B.L.)

GANDARA, Fray Felipe de la

1753 *Descripción, armas, origen y desendencia de la muy noble y antigua de Calderón de la Barca, y sus successiones continuadas*. Madrid: Impresor Juan de Zuñiga.

GUNTHER DOERING, Juan

1983 *Planos de Lima, 1613-1983*. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana.

FACULTAD PONTIFICIA Y CIVIL DE TEOLOGÍA DE LIMA

1982 *Tercer Concilio Limense (1582-1583)*. Lima: Facultad Pontificia y Civil de Teología de Lima.

FELIPE V

1737 *Al rey marqués de Villagarcia, pariente, mi virrey y gobernador, sobre contribución para construcción del palacio real*. Madrid. (J.C.B.L.)

FERNÁNDEZ DE CASTRO Y BOCANGEL, Jerónimo

1725 *Elisio peruano: Solemnidades heroicas, y festivas demostraciones de jubilos, que se han logrado en la muy noble, y muy leal ciudad de los reyes, Lima, cabeza de la América Austral, y corte del Perú, en la aclamación del excelso nombre del muy alto, muy poderoso, siempre augusto, Católico Monarcha de las Españas, y emperador de la America don Luis Primero N.S que Dios guarde*. Lima: Francisco Sobrino.

FIRBAS, Paul y José A. Rodríguez Garrido (eds.)

2017 *Diario de noticias sobresalientes en Lima y noticias de Europa (1700-1711)*. Vol. 1 (1700-1705). New York: Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA).

INSTITUTO HISTÓRICO DEL PERÚ (Academia Nacional de Historia)

1949 “Cartas y un informe sobre el Tribunal Mayor de Cuentas del virrey Marqués de Montesclaros” en *Revista Histórica*, T. XVIII, Entrega II.

INSTITUTO PERUANO DE INVESTIGACIONES GENEALÓGICAS

1956 “Libro Real de Lanzas y Medias Anatas de S.S. Títulos de Castilla” en *Revista Peruana de Investigaciones Genealógicas*, N° 9.

LEÓN PORTOCARRERO, Pedro de

1958 *Descripción del virreinato del Perú. Crónica inédita de comienzos del siglo XVII* [edición y prólogo de Boleslao Lewin]. Rosario: Universidad del Litoral.

LOHMANN VILLENA, Guillermo

1974 “Testamentos de los Virreyes del Perú en el Archivo General de la Nación” en *Revista del Archivo General de la Nación*, N° 2.

LÓPEZ DE AGUILAR, Gregorio

1644 *Discurso del mejor arbitrio de Philipppo III, el grande rey de Españas, y emperador de las Indias: elección de María Santissima S.N por patrona de su española monarchia, y protectora de sus catholicas armas. Predicado en el solemnissimo novenario, que por orden de Su Majestad se celebró en la cathedral metropolitana desta corte de Lima: y*

por acuerdo de sus dos príncipes a la devotissima imagen de Nuestra Señora del Rosario. Lima: Impreso por Luis de Lyra (J.C.B.L.)

LUZURIAGA, Juan de

- 1686 *Paranymphe celeste, Historia de la Mystica Zarza, Milagrosa Imagen y Prodigioso Santuario de Aranzazu de Religiosos Observantes de N. Seraphico padre San Francisco en la Provincia de Guipuzcoa de la Region de Cantabria.* México.

MANSO DE VELASCO

- 1745 *Don Joseph Manso de Velasco (...) Por quanto el Rey (que Dios guarde) en consideración de los que debilitan los ilícitos comercios.* Lima. (J.C.B.L.)
- 1983 *Relación y documentos de gobierno del virrey del Perú, José A. Manso de Velasco, Conde de Superunda (1745-1761)* editado por Alfredo Moreno Cebrián. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones.
- 1983 “Instrucción particular reservada que el Conde de Superunda entregó a su sucesor en el Virreinato del Perú, con todos los papeles que en ella se refieren” en *Relación y documentos de gobierno del virrey del Perú, José A. Manso de Velasco, Conde de Superunda (1745-1761)* editado por Alfredo Moreno Cebrián. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones

MARQUÉS DE GUADALCÁZAR

- 2006 *Relación de los estilos y tratamientos que los virreyes del Perú usan con los tribunales, ministros, prelados, cabildos eclesiásticos y seculares y otras personas, la cual remitió el Excelentísimo Señor Marqués de Guadalcazar al Excelentísimo Señor Conde de Chinchón, su sucesor en Eduardo Torres Arancivia, Corte de virreyes. El entorno del poder en el Perú del siglo XVII.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú

MEDINA, José Toribio

- 1961 *Biblioteca Hispanoamericana (1493-1810).* T. IV. (1701-1767). Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- 1966 *La imprenta en Lima (1584-1824).* T. II, Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

MENDIBURU, Manuel de

- 1932-34 *Diccionario histórico-biográfico del Perú.* 2da ed. T. III, IV, IX, X y XI. Lima: Imprenta Enrique Palacios.

MENDOZA CAAMAÑO Y SOTOMAYOR, Antonio José

- 1859 *Relación de los Estados del Reyno del Perú que hace el Excmo. Señor marqués de Villagarcía, á su sucesor el Conde de Superunda en el año de 1745* en Manuel Atanasio Fuentes (ed.) *Memoria de los virreyes que han gobernado el Perú durante el tiempo del coloniaje español.* T. 3, Lima: Felipe Bailly.

MORCILLO Y RUBIO, Fray Diego

- 1720 *Don Fray Diego Morzillo Rubio Auñon: de el Consejo de Su Magestad, arzobispo de la Santa Iglesia Cathedral de la ciudad de la Plata, virrey, gobernador (...) Por quanto Joseph de Morales, corregidor de la ciudad de Arica, me ha participado por carta, que se halla en los puertos de su jurisdicción de aquel corregimiento, un navio frances nombrado El Sabio Rey Salomon.* Lima. (J.C.B.L.)

MOREYRA PÁZ SOLDÁN, Manuel

- 1956 *El Tribunal del Consulado de Lima. Cuaderno de juntas.* 2t (1705-1727). Lima: Instituto Histórico del Perú.

MOREYRA PAZ SOLDÁN, Manuel y Guillermo Céspedes

- 1955 *Virreinato peruano. Documentos para su historia. Colección de cartas de virreyes. Conde de Monclova, 1689-1694.* 3t. Lima: Instituto Histórico del Perú.

MUGABURU, José de

- 1917 *Diario de Lima (1640-1694).* 2t. Lima: Sanmartín y Cía.

ODRIOZOLA, Manuel de

- 1863 *Colección de documentos literarios del Perú.* T. I. Lima: Aurelio Alfaro.
- 1865 *Terremotos. Colección de las relaciones de las más notables que ha sufrido esta capital y que la han arruinado.* Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.
- 1874 *Documentos literarios del Perú. Colectados y arreglados. Relaciones de algunos autos de fe celebrados por la Inquisición de Lima.* T. VI. Lima: Imprenta del Estado.

PERALTA BARNUEVO, Pedro

- 1714 *Imagen política del gobierno del Excmo señor D. Diego Ladron de Guevara (...).* Lima: Impresor real Gerónimo de Contreras. (J.C.B.L.)
- 1723 *Jubileos de Lima y fiestas reales que hizo esta muy noble y leal ciudad, capital y emporio de la América austral, en celebración de los augustos casamientos del serenissimo señor don Luis Fernando, príncipe de Asturias, N. Señor, con la serenissima señora princessa de Orleans, y del señor rey christianissimo Luis Decimo Quinto con la serenissima doña Maria Ana Victoria, infanta de España, ordenadas y dirigidas por el Excmo Señor D. Fr. Diego Morcillo Rubio de Auñon.* Lima: Imprenta del Callao, 1723. (J.C.B.L.)
- 1728 *Fúnebre pompa, demostración doliente, magnificencia triste; que en las altas exequias y túmulo erigido en la santa iglesia metropolitana de la ciudad de Lima del Perú al serenissimo señor Francisco Farnese, duque de Parma, y de Placencia, mando hazer el Excmo señor don Joseph de Armendariz, marques de Castelfuerte.* Lima: Calle del Palacio.
- 1730 *Historia de España vindicada, en que se hace su más exacta descripción la de sus excelencias, y antiguas Riquezas.* Lima, Impresor Francisco Sobrino. (J.C.B.L.)

1732 *Lima Fundada o Conquista del Perú. Poema heroico en que se decanta toda la Historia del Descubrimiento, y sugesion de sus Provincias por Don Francisco Pizarro.* Lima: Francisco Sobrino. (J.C.B.L.)

1733 *Relacion del auto de fe: celebrado por el sagrado Tribunal del Santo Officio de la Inquisicion de estos reynos en la muy noble y leal ciudad de Lima (...) en el día 12 de julio del año de 1733. A que assitio en público con la precedencia de su real representación, el excelentísimo señor don Joseph de Armendariz, marqués de Castelfuerte (...).* Lima: Impresor Francisco Sobrino en la calle del Palacio. (J.C.B.L.)

QUEREJAZU Y CONCHA, José y Juan Esteban de la Puente y Castro

176? *Al señor (...) sus mayores servidores don Joseph de Querejazu y Concha, y Juan Esteban de la Puente Castro, mayordomos de la Archicofradía de la Santísima Vera Cruz.* Lima (J.C.B.L.)

QUEREJAZU Y MOLLINEDO, Antonio Hermenegildo

1770 *Discretas y hermosas señoras, nobles y advertidos caballeros, a la obra de la singular Plaza de Agua.* Lima. (J.C.B.L.)

1771 *El zelo del Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) al bien comun.* Lima. (J.C.B.L.)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

1799 *Diccionario de autoridades* (edición facsímil). T.I y II Madrid: Gredos.

RÍO SALAZAR Y FIGUEROA, Alonso del

1744 *Magnífica parentación y fúnebre pompa; en la ocasión de trasladarse de la sepultura de los señores arzobispos y venerables prebendados, al sepulcro y monumento, que se erigió en la capilla de la Purissima Concepcion de esta Sta. Iglesia metropolitana de Lima, el cuerpo del excelentissimo e ilustrissimo Sr. Fr Diego Morcillo Rubio de Auñon (...) dos vezes virrey gobernador y capitán general de este reyno del Perú.* Lima: Antonio Gutiérrez Zevallos (J.C.B.L.)

ROSPIGLIOSI, Fernando

1945 *Recopilación de hechos históricos de la Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario de Españoles "Hermanos 24".* Lima: s.e.

RECOPIACIÓN DE LEYES DE INDIAS

1943 *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias.* Madrid: Consejo de Hispanidad-Grafica Ultra.

SALAZAR, Thomas de

1718 *Respuesta al Excmo. e Ilusmo. señor D.D. Diego Ladron de Guevara, del consejo de Su Majestad, obispo de Quito, virrey gobernador y capitán general, que fue de los Reynos del Peru (...) a los cargos de residencia de los referidos empleos.* Lima: Imprenta de la Calle de Palacio. (J.C.B.L.)

- SALINAS Y CÓRDOVA, Fray Buenaventura de
 1957 *Memorial de las Historias del Nuevo Mundo Pirv*. [Colección clásicos peruanos. Vol. I].
 Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- SANTAYANA BUSTILLO, Lorenzo de
 1769 *Gobierno político de los pueblos de España, y el corregidor, alcalde y juez en ellos*.
 Madrid: Viuda de Eliseo Sánchez.
- SOLÓRZANO Y PEREYRA, Juan de
 1930 *Política Indiana*. 5 t. Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones.
- TOBAR Y BUENDÍA, Pedro de
 1735 *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagrosa de la imagen de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá que está en el Reino de Granada*, Madrid: Antonio Marín.
- ULLOA, Antonio
 1990 *Viaje a la América meridional*. Madrid: Historia 16.
- ULLOA, Antonio y Jorge Juan
 1990 *Noticias secretas de América*. Madrid: Historia 16.
- UNÁNUE, Hipólito
 1985 *Guía política, eclesiástica y militar del virreynato del Perú para el año de 1793*. Lima: Cofide.
- VALDIVIESO TORREJON, Miguel Sainz de
 1748 *Parentación real. Luctuosa pompa. Sumptuoso cenotaphio: que al augusto nombre, y real memoria del serenissimo señor don Phelipe V. católico rey de las Españas, y emperador de las Indias mando erigir el Excmo señor D. Joseph Manso de Velasco, (...) virrey gobernador*. Lima: Antonio Gutiérrez de Zevallos. (J.C.B.L)
- VARGAS UGARTE, Rubén
 1935 *Manuscritos peruanos en las bibliotecas del extranjero*. T. I. Lima: s.e.
 1938 *Manuscritos peruanos del Archivo de Indias*. T. II. Lima, s.e.
 1940 *Manuscritos peruanos de la Biblioteca Nacional de Lima*. T. III. Lima, s.e.
 1945 *Manuscritos peruanos en las bibliotecas de América*. T. IV. Buenos Aires: Imprenta A. Baiocco y Cía.
 1947 *Manuscritos peruanos en las bibliotecas y archivos de Europa y América*. T. V. Buenos Aires: Imprenta San Pablo.
 1949 *Impresos peruanos publicados en el extranjero*. T. VI. Lima: Compañía de Impresiones y Publicidad.
 1951 *Concilios limenses (1551-1772)*. T. I. Lima, s.e.
 1956 *Impresos peruanos (1700-1762)*. T. IX. Lima, s.e.

3. Bibliografía

ACOSTA ARIAS-SCHREIBER, Rosa María

1997 *Fiestas coloniales urbanas (Lima-Cuzco-Potosí)*. Lima: Otorongo.

ADANAQUÉ, Raúl

1993 “Cofradías de esclavos en el Perú colonial” en *La mañana*, 06 de octubre.

AGULHON, Maurice

1992 “La sociabilidad como categoría histórica” en *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*. Santiago: VIVARIA.

AGUILAR SÁNCHEZ, Iñigo

2010 “Hijos de Ruiloba en el reino de Yndias. Los Tagle Bracho” en *Ascagen*, N° 4

AGUIRREZABALA, Marcela

2007 “Las mujeres y los barcos: una inversión de fines del siglo XVIII y principios del XIX” en Margarita Guerra, Cristina Mazzeo y Denisse Rouillon (eds.) *Historias compartidas. Economía, sociedad y poder, siglos XVI-XX. Actas del Primer Encuentro de Historia Perú-Argentina*. Lima: Instituto Riva Agüero/ Pontificia Universidad Católica del Perú.

ALARCÓN OLIVOS, Marcos

2017 *El papel de los Cabildos en el primer orden colonial peruano, 1529-1548*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (Tesis de licenciatura).

ALIAGA ALIAGA, Jessica

2005 “Símbolos de poder en Lima: El escudo de Armas, el pendón real y los arcos triunfales” en Laura Gutiérrez Arbulú (dir.), *Lima en el siglo XVI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva Agüero.

ÁLVAREZ BRUN, Félix

1963 “José Eusebio de Llano Zapata” en *Nueva Coronica*, N° 1.

ÁLVAREZ-OSORIO ALVARIÑO, Antonio

1997 “El cortesano indiscreto: itinerario de una ciencia áulica (ss. XVI-XVIII)” en *Historia Social*, N° 28.

ANDAUR, Gabriel

2009 *Relaciones interétnicas en Santiago Colonial. La cofradía de Nuestra Señora de la Candelaria del Convento de San Agustín (1610-1700)*. Santiago: Universidad de Chile.

ANDRIEN, Kenneth

1982 “The Sale of Fiscal Offices and the Decline of Royal Authority in the Viceroyalty of Peru, 1663-1700” en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 62, N° 1.

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco

2001 *La corte y los militares en el siglo XVIII*. Valencia: Real Sociedad Económica de Amigos del País.

ANGELLI, Sergio

2011 "Retratando el microcosmos colonial. Melchor de Pérez Holguín y la "Entrada del arzobispo virrey Morcillo a Potosí" en *Atrio*, 17.

ARAGÓN RUANO, Álvaro y Xabier Alberti Londibe

2000 "El proceso de institucionalización de las cofradías guipuzcoanas durante la Edad Moderna. Cofradías de mareantes y de podavines" en *Vasconia*, N° 30.

ARCINIEGA GARCÍA, Luis

2009 "Carrera profesional del maestro de obras del rey en el reino de Valencia en época de Austrias: la sucesión al cargo que ocupó Francisco Arboreda en 1622" en *Ars Longa*, N° 18.

ARDASH BONIALIAN, Mariano

2011 "La feria de Pekín en el Perú colonial. Una mirada imperial sobre el comercio y consumo de bienes asiáticos (1680-1740)" en *Eadem Utraque Europa*, N° 13.

ARIAS DE SAAVEDRA, Inmaculada y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz

1998 "Cofradía y ciudad en la España del siglo XVIII" en *Studia Historica. Historia Moderna*, N° 19.

ARMAS ASÍN, Fernando

2010 *Patrimonio divino y capitalismo criollo. El proceso desamortizador de censos eclesiásticos en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva Agüero.

ARRELUCEA BARRANTES, Maribel

2009 *Replanteando la esclavitud. Estudios de etnicidad y género en Lima borbónica*. Lima: Centro de Desarrollo Étnico.

2012 "Work, Family, and Honour: Understanding Colonial Slavery in Peru" en *Review*, Vol. 35, N° 3/ 4.

AYLLÓN, Fernando

1997 *Tribunal de la Inquisición. De la leyenda a la historia*. Lima: Congreso del Perú.

BACACORZO, Gustavo

1999 "La titulación nobiliaria de Castilla en la geografía peruana" en *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, N° 22.

BAEZA MARTÍN, Ascensión

2011 "Creación y reformas de un oficio inestable: El regente del Tribunal de Cuentas de México (1708-1781)" en *Temas americanistas*, N° 27.

BALANDIER, George

1969 *Antropología política*. Barcelona: Península.

1994 *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paídos.

BALMORI, Diana, Stuart F. Voss y Miles Wortman

1990 *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.

BAÑALES LEOZ, Miguel

1990 "La Cofradía de la Vera Cruz en Artajona. Notas para su estudio" en *Zainak*, N° 18.

BAR CENDÓN, Antonio

1995 "La Comunidad Autónoma de Cantabria: la crisis institucionalizada" en Alfonso Moure Romanillo y Manuel Suárez Cortina (eds), *De la Montaña a Cantabria. La construcción de una Comunidad Autónoma*. Santander: Universidad de Cantabria.

BARRIGA, Irma

2010 "De naves y pilotos: la cofradía del gremio de calafates del Callao" en Diego Lévano y Kelly Montoya (comps.) en *Corporaciones religiosas y evangelización en Iberoamérica. Siglos XVI-XVIII*. Lima: Museo de Arqueología y Antropología de San Marcos/ Centro Cultural de San Marcos.

BARRIGA TELLO, Martha

2003 "La capilla de la Santa Vera Cruz (costumbres menestrales en Lima virreinal)" en *Letras*, N° 105-106

BASADRE, Jorge

1945 *El conde de Lemos y su tiempo. Bosquejo de una evocación y una interpretación del Perú a fines del siglo XVII*. Lima: s.e.

BENASSAR, Bartolomé

2001 *La España de los Austrias (1516-1700)*. Barcelona: Crítica

BENÍTEZ BOLORINOS, Manuel

1998 *Las cofradías medievales en el Reino de Valencia (1329-1458)*. Alicante: U. Publicaciones

BERTRAND, Michel

2011 *Grandeza y miseria del oficio. Los oficiales de la Real Hacienda de la Nueva España, siglos XVII y XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica.

BERTRANDS, Regis

2013 "Sociabilité méridionale et vie religieuse, pour une poursuite de l'étude des confréries du Sud-Est français" en *Réflexions Historiques*, Vol. 39, N° 1

BETHENCOURT, Francisco

1992 "The Auto da Fe: Ritual and Imagery" en *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, Vol. 55.

BICALHO, María Fernanda

- 2012 “Gobernadores y virreyes en el Estado de Brasil: ¿dibujo de una corte virreinal? en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.

BLANK, Stephanie

- 1974 “Patrons, Clients, and Kin in Seventeenth-Century Caracas: A Methodological Essay in Colonial Spanish American Social History” en *The Hispanic American Historical Review*. Vol. 54, N° 2.

BOISSEVAIN, Jeremy

- 1986 “*When the saints go marching out (Cuando los santos salen de procesión)*. Reflexiones sobre la decadencia del patronazgo en Malta” en Ernest Geller *et al*, *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*. Madrid: JUCAR Universidad.

BORDIEU, Pierre

- 1990 "Symbolic Capital" en *The Logic of Practice*, Stanford/California: Stanford University Press.

BOYDEN, James

- 1999 “De tu resplandor, te ha privado la fortuna: Los válidos y sus destinos en la España de los siglos XV y XVI” en John Elliot y Laurence Brockliss (eds), *El mundo de los válidos*. Madrid: Taurus.

BOWSER, Frederick

- 1977 *El esclavo africano en el Perú colonial (1524-1650)*. Lima: Siglo XXI.

BRADING, David

- 1973 “Government and Elite in Late Colonial Mexico” en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 53, N° 3.
- 1991 *Orbe indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 2004 *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*. México: Fondo de Cultura Económica.

BRAUDEL, Fernand

- 1984 *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. Los juegos de intercambio*. T. II. Madrid: Alianza.

BRIDIKHINA, Eugenia

- 2007a *Teatrum Mundi. Entramados del poder en Charcas colonial*. La Paz: Instituto Francés de Estudios Andinos/ Plural editores.
- 2007b "La ciudad y la corte como espacios de poder en Hispanoamérica. La Plata colonial" en *Revista de Indias*, Vol. LXVII, N° 240.

BROMLEY, Juan

- 1944 *Virreyes, cabildantes y oidores*. Lima: Barrantes Castro.
- 1953 "Recibimiento de los virreyes en Lima" en *Revista Histórica*, T. XX.
- 1957 "Alcaldes de la ciudad de Lima en el siglo XVII" en *Revista Histórica*, T. XXIII.
- 1960 "Alcaldes de la ciudad de Lima en el siglo XVIII" en *Revista Histórica*. T. XXIV.
- 1963 "Hermanos 24 de la Archicofradía de la Santísima Veracruz de Lima entre los años 1775 y 1787" en *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, N° 13.
- 1964 "Fiestas caballerescas, populares y religiosas en Lima virreinal" en *Revista Histórica*, T. 27.

BROSSEDER, Claudia

- 2018 *El poder de las huacas. Cambios y resistencia en los Andes del Perú Colonial*. Arequipa: Ediciones El lector.

BROWN, Kendall W.

- 2015 *Minería e imperio en Hispanoamérica colonial. Producción, mercado y trabajo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/ Banco Central de Reserva del Perú.

BURGA, Manuel

- 1976 *De la encomienda a la hacienda capitalista. El valle del Jequetepeque del siglo XVI al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

BURKE, Peter

- 1991 "The Language of gesture in early modern Italy" en J. Bremmer and H. Roodenburg (eds.), *A Cultural History of Gesture from Antiquity to the Present Days*, Cambridge: Polity.
- 1996 *Venecia y Ámsterdam*. Barcelona: Gedisa
- 1998 *Los avatares de El Cortesano. Lecturas y lectores de un texto clave del espíritu renacentista*. Barcelona: Gedisa.

BURKHOLDER, Mark A. y D.S. Chandler

- 1984 *De la impotencia a la autoridad. La Corona española y la Audiencia en América, 1687-1808*. México: Fondo de Cultura Económica.

BURNS, Kathryn

- 2010 *Into the Archive. Writing and Power in Colonial Peru*. Durham and London: Duke University Press.

BÜSCHGES, Christian

- 1997 "Las leyes del honor. Honor y estratificación social en el distrito de la Audiencia de Quito (siglo XVIII)" en *Revista de Indias*, Vol. LVII, N° 209.
- 2001 "La corte virreinal en la América hispánica durante la época colonial habsburgo" en *Actas Do XII Congresso Internacional de la Associacao de historiadores latinoamericanistas europeus*. Porto: BD, 2001.

- 2012 "La corte virreinal como espacio político. El gobierno de los virreyes de la América hispánica entre la monarquía, élites locales y casa nobiliaria" en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.
- BUSTAMANTE TUPAYACHI, Gabriel
- 2013 "Bernardo de Noboa y la fundación de cofradías en la doctrina de Ticllos (Cajatambo), 1653-1656" en *Historia y Región*, N° 1.
- CÁDENAS LÓPEZ, Ampelio Alonso de y Vicente de Cadenas y Vicent
- 1995 *Blasonario de la consanguinidad ibérica*. Madrid: Hidalguía.
- CALDERÓN QUIJANO, Antonio
- 1984 *Historia de las fortificaciones en Nueva España*. Madrid: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- CALLAHAN, William J.
- 1998 "Las cofradías y hermandades de España y su papel social y religioso dentro de una sociedad de estamentos" en María del Pilar Martínez López Cano, Gisela Von Wobeser, Juan Guillermo Muñoz Correa (coords.) *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Históricas.
- CAMARENA PERALTA, Raúl
- 1999 "Hermanos veinticuatro de la Archicofradía de la Veracruz" en *Revista Peruana de Investigaciones Genealógicas*, N° 22.
- CAMPBELL, León G.
- 1972 "A Colonial Establishment: Creole Domination of the Audience of Lima during the Late Eighteenth Century" en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 52, N° 1.
- 1975 "The Changing Racial and Administrative Structure of the Peruvian Military under the Later Bourbons" en *The Americas*, Vol. 32, N° 1.
- CANCIAN, Frank
- 1976 *Economía y prestigio en una comunidad maya. El sistema religioso de cargos en Zinacantan*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- CAÑEQUE, Alejandro
- 2001 "Cultura vicerregia y Estado colonial. Una aproximación crítica al estudio de la historia política de Nueva España" en *Historia Mexicana*, Vol. LI, N° 1, 2001.
- 2004 *The King's Living Image. The Culture and Politics of Viceregal Power in Colonial Mexico*. New York: Routledge.
- 2005 "De parientes, criados y gracias. Cultura del don y poder en el México colonial (siglos XVI-XVII)" en *Histórica*, XXIX.1.

- 2007 "Espejo de virreyes: El arco triunfal del siglo XVII como manual efímero del buen gobernante" en José Pascual Buxó (ed), *Reflexión y espectáculo en la América virreinal*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 2012 "El poder transfigurado. El virrey como la viva imagen del rey en la Nueva España de los siglos XVI y XVII" en Óscar Mazín (ed), *Las representaciones del poder en las sociedades hispánicas*. México: El Colegio de México.
- 2014 "The Emotions of Power. Love, Anger, and Fear, or How to Rule the Spanish Empire" en Javier Villa-Flores y Sonya Lipsett-Rivera (eds). *Emotions and Daily Life in Colonial Mexico*, Albuquerque: University of New Mexico Press.

CAPDEQUI, Ots

- 1946 *El estado español en las indias*. México: Fondo de Cultura Económica.

CARLOS MORALES, Carlos Javier de

- 1992 "Grupos de poder en el Consejo de Hacienda de Castilla: 1551-1566" en José Martínez Millán (coord.) *Instituciones y élites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*. Madrid: Universidad Nacional Autónoma de Madrid.

CARCELÉN RELÚZ, Carlos

- 1993 "Religión y política: Del Concilio de Trento al gobierno de Toledo" en *Sequialao* Año II, N° 4/5.
- 2009 "Espionaje, guerra y competencia mercantil en el siglo XVII. El judío portugués Pedro de León Portocarrero, autor de la *Descripción del Virreinato del Perú*" en *Investigaciones Sociales*, Vol. 13, N° 22.

CARDIM, Pedro y Joan-Lluís Palos

- 2012 "El gobierno de los imperios de España y Portugal en la Edad Moderna: problemas y soluciones compartidas" en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.

CARDOSO, Ciro

- 2000 *Introducción al trabajo de Investigación histórica. Conocimiento, método y teoría*. Barcelona, Crítica.

CARO BAROJA, Julio

- 1985 *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Sarpe.

CARRASCO, Pedro

- 1961 "The Civil-Religious Hierarchy in Mesoamerican Communities. Pre-Spanish Background and Colonial Development" en *American Anthropologist*, Vol. 63, N° 3.

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo

- 1999 "Los grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II" en *Studia histórica. Historia Moderna*, N° 20.

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo (ed.)

2017 *La nobleza y los reinos. Anatomía del poder en la monarquía de España (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Iberoamericana.

CARRILLO URETA, Gonzalo

2018 *Las redes de sociabilidad de los oidores de Lima. Cultura política, redes clientelares y gestión del poder en Lima virreinal (1745-1761)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (Tesis de maestría).

CASALINO SEN, Carlota

1999a *La muerte en Lima en el siglo XIX. Una aproximación demográfica, política, social y cultural*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (Tesis de maestría).

1999b “Higiene pública y piedad ilustrada: la cultura de la muerte bajo los borbones” en Scarlett O’Phelan (ed), *El Perú en el siglo XVIII*. Lima: Instituto Riva Agüero

CASSELLI, Elisa

2016 “Vivir de la justicia. Los réditos del oficio de juzgar y su incidencia en las disputas jurisdiccionales (Castilla en la temprana edad moderna)” en *Justicias, agentes y jurisdicciones. De la monarquía hispánica a los Estados nacionales (España y América, siglos XVI-XIX)*. México: Fondo de Cultura Económica.

CASTEX, Jean

1994 *Renacimiento, barroco y clasicismo. Historia de la Arquitectura, 1420-1720*. Madrid: AKAL.

CASTRO PÉREZ, Candelaria, Mercedes Calvo Cruz y Sonia Granado Suárez

2007 “Las capellanías en los siglos XVII-XVIII a través del estudio de su escritura de fundación” en *Anuario de Historia de la Iglesia*, N° 16.

CELESTINO, Olinda

1982 “Cofradía, continuidad y transformación de la sociedad andina” en *Allpanchis*, Vol. XVII, N° 20.

CELESTINO, Olinda y Albert Meyers

1981 *Las cofradías en el Perú: región central*. Frankfurt: Main.

1981a “La dinámica socio-económica del patrimonio cofradial en el Perú Colonial: Jauja en el siglo XVII” en *Revista española de antropología americana*, N° 11.

1981b “La posible articulación del ayllu a través de las cofradías” en *Etnohistoria y antropología andina*. Lima: Museo Nacional de Historia.

CERÓN RAMOS, Yolanda

1997 *Espacios de socialización en la ciudad de Huamanga: las cofradías en la primera mitad del siglo XVII*. Ayacucho: Informe de Prácticas Pre-Profesionales/ Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

CLAYTON, Lawrence A.

- 1974 "Local Initiative and Finance in Defense of the Viceroyalty of Peru: The Development of Self-Reliance" en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 54, N° 2.

CONDE BERTRANDO DEL BALZO

- 1965 "Familias nobles y destacadas del Perú en los informes secretos de un virrey napolitano" en *Revista del Instituto de Investigaciones Genealógicas*, N° 14.

CONSTANTINIDOU, Natasha

- 2010 "On patronage, fama and court: early modern political culture" en *Renaissance Studies*, Vol. 24, N° 4.

COOK, Noble David

- 1981 *Demographic Collapse. Indian Peru, 1520-1683*. Cambridge: Cambridge University Press.

CORILLA, Ciro

- 2002 "Cofradías en la ciudad de Lima, siglos XVI y XVII: Racismo y conflictos étnicos" en Ana Cecilia Carrillo, Ciro Corilla, Diego Lévano, et al, *Etnicidad y discriminación racial en la historia del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Banco Mundial.

CROFT, Pauline

- 1999 "¿Puede ser favorito un burócrata? Robert Cecil y las estrategias del poder" en John Elliot y Laurence Brockliss (eds.), *El mundo de los válidos*. Madrid: Taurus.

CRUZ Y SAAVEDRA, Antonio J.

- 2008 "La figura del Síndico en la orden franciscana y su papel mediático en el convento de San Antonio de Padua de la villa de Gáldar (1520-1835)" en *Revista Historia Canaria*, N° 190.

COSAMALÓN AGUILAR, Jesús

- 2013 "Precios y sociedad colonial (1700-1810): Transformaciones en los mercados y ciclos económicos en Lima" en *Historia Mexicana*, Vol. 63, N° 1.

COSAMALÓN AGUILAR, Jesús y Maribel Arrelucea Barrantes

- 2015 *La presencia afrodescendiente en el Perú*. Lima: Ministerio de Cultura.

COSTELOE, Michael

- 1967 *Church Wealth in Mexico. A Study of the Juzgado de Capellanías in the Archbishopric of Mexico, 1800-1856*, Cambridge University Press.

CÚNEO-VIDAL, Rómulo

- 1977-81 "El pendón y el escudo de armas de la muy noble y nombrada ciudad de los reyes de las provincias del Perú" en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, N° 11.

CUSSEN, Celia

- 2016 *San Martín de Porres, Santo de América*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

CHANCE, John K. y William B. Taylor

- 1985 "Cofradías and Cargos: An Historial Perspective on the Mesoamerican Civil-Religious Hierarchy" en *American Ethnologist*, Vol. 12, N° 1.

CHARNEY, Paul

- 1998 "A Sense of Belonging Colonial Indian Cofradías and Ethnicity in the Valley of Lima, Peru" en *The Americas*, Vol. 54, N° 3.

CHARTIER, Roger

- 1991 *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*. Barcelona: Gedisa.

CHAUPIS TORRES, José

- 2000 "Poder y gestión económica en las cofradías rurales indígenas durante la era borbónica: una aproximación tentativa" en *Diálogos en Historia*, N° 2.

CHEVALIER Francois

- 1976 *La formación de los latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*. México: Fondo de Cutltura Económica.

CHRISTIAN, Willam A.

- 1981 *Local Religion in Sixteenth-Century Spain*. New Jersey: University of Princeton.

DAGER ALVA, Joseph

- 1999 "Noble y comerciante. José González Gutiérrez, Conde de Fuente González" en Cristina Ana Mazzeo (comp.), *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII. Capacidad y cohesión de una élite, 1750-1825*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

DAVIS, Natalie Zemon

- 1993 "Huelgas y salvación en Lyon" en *Sociedad y cultura en la Francia moderna*. Barcelona: Crítica.

DEDIEU, Jean Pierre

- 2002 "Dinastía y élites de poder en el reinado de Felipe V" en Pablo Fernández Albaladejo (ed.) *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Madrid: Casa de Velásquez.
- 2005 "Amistad, familia, patria... y rey. Las bases de la vida política en la monarquía española de los siglos XVII y XVIII" en *Mélanges de la Casa de Velásquez*, N° 35-1.

DEL RÍO BARREDO, María José

- 2000 "La ciudad como corte: La construcción de una capital ceremonial (Madrid, 1590-1630)" en Florencio Sevilla Arroyo y Carlos Alvar Ezquerro (eds.). *Actas XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Vol. 4. Madrid: Castalia.

DE SILVA VERÁSTEGUI, María Soledad

- 1988 "Estatutos de Cofradías medievales con miniaturas en el Archivo General de Navarra" en *Príncipe de Viana*, Año 49, N° 184.

DE TAXONERA, Luciano

- 1994 *Felipe V. Fundador de una dinastía y dos veces rey de España*. Buenos Aires: Juventud Argentina.

DEUSEN, Nancy Van

- 1999 "The Alienated Body: Slaves and Castas in the Hospital de San Bartolomé in Lima, 1680 to 1700" en *The Americas*, Vol. 56, N° 1.
- 2007 *Entre lo sagrado y lo mundano. La práctica institucional y cultural del recogimiento en la Lima virreinal*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Francés de Estudios Andinos.

DÍAZ-PLAJA, Fernando

- 1988 *La vida cotidiana de los borbones*. Madrid: Espasa Calipe.

DIEZ-HURTADO, Alejandro

- 1994 *Fiestas y cofradías. Asociaciones religiosas e integración en la comunidad de Sechura (siglos XVII al XX)*. Piura: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado.
- 1997 "Caciques, cofradías, memoria y parcialidades. Un ensayo sobre el origen de la identidad cataquense" en *Anthropológica*, N° 15.

DONAHUE-WALLACE, Kelly

- 2008 *Art and Architecture of Viceregal Latin America, 1521-1821*. Albuquerque: University of New México.

DOUGLAS HOWELL, Ellen

- 1967 "Continuity or Change: A Comparative Study of the Composition of the Cabildos in Sevilla, Tenerife, and Lima" en *The Americas*, Vol. 24, N° 1.

DUBY, George

- 2009 *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea 500-1200*. Madrid: Siglo XXI.

EGOAVIL, Teresa

- 1986 *Las cofradías en Lima, siglos XVII-XVIII*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina.

EISSA-BARROSO, Francisco A.

- 2013 "The Honor of the Spanish Nation: Military Officers, Mediterranean Campaigns and American Government Under Felipe V" en Francisco A. Eissa-Barroso y Ainara Vázquez Varela (eds.) *Early Bourbon Spanish America. Politics and Society in a forgotten Era (1700-1759)*. Leiden- Boston: Brill.

ELÍAS, Norbert

- 1982 *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1987 *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.

ELLIOT, Jhon

1992 "A Europe of Composite Monarchies" en *Past & Present*, N° 137.

1998 *La España imperial. 1419-1716*. Barcelona: Vicens-Vives.

2010 *España, Europa y el mundo de ultramar (1500-1800)*. Madrid: Taurus.

ELLIOT, John y Laurence Brockliss (eds.)

1999 *El mundo de los válidos*. Madrid: Taurus.

ELTON, G.R.

1976 "Tudor Government: The Points of Contact, III. The Court" en *Transaction of the Royal Historical Society*, Vol. 26.

ESCOBEDO MANSILLA, Raúl

1986 *Control fiscal en el virreinato peruano. El Tribunal de Cuentas*. Madrid: Alhambra.

ESCUADERO ORTÍZ DE ZEVALLOS, Carlos

1994 "La familia Tagle Bracho en el Perú: apuntes genealógicos" en *Revista Peruana de Investigaciones Genealógicas*, N° 20.

ESTABRIDIS, Ricardo

2003 "El retrato del siglo XVIII en Lima como símbolo de poder" en *El barroco peruano*. V. 2. Lima: Banco de Crédito del Perú.

ESTERAS, Cristina y Ramón Gutiérrez

2005 "La cofradía de San Eloy de los Plateros de Lima" en *Atrio*, N° 10/11.

ESTENSSORO, Juan Carlos

2003 *Del paganismo a la santidad. La incorporación de los indios del Perú al catolicismo, 1532-1750*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Francés de Estudios Andinos.

ETHEYO YOUNG, Kydalla

2010 *Colonial Music, Confraternities, and power in the archdiocese of Lima*. Dissertation for the degree of Doctor of Philosoy in Musicology/ University of Illinois.

FALCÓN PÉREZ, María Isabel

2001 "La manufactura del cuero en las principales ciudades de la Corona de Aragón (siglos XIII-XV)" en *En la España medieval*, N° 24.

FEBVRE, Lucien

1968 *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. Barcelona: Akal.

1971 *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.

FERNÁNDEZ ALONSO, Serena

1988 "Medidas reformistas en torno a la minería peruana: La creación del estanco de la pólvora" en *Revista de Indias*, Vol. XLVIII.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro

2004 "Sociedad cortesana y entorno regio" en *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, N° 13-14.

FERNÁNDEZ TERRICABRAS, Ignasi

2012 "El virrey en la procesión. Poder del rey y poder de la tierra en el ceremonial de Cataluña (1601-1608)" en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.

FERNÁNDEZ VILLANOVA, David

2017 "Identidad corporativa y religiosidad popular. Las cofradías del gremio de sastres españoles de Lima (siglos XVI-XVIII)" en David Fernández, Diego Lévano y Kelly Montoya (eds.) *Cofradías en el Perú y otros ámbitos del mundo hispánico (siglos XVI-XIX)*. Lima: Conferencia Episcopal Peruana.

FISHER, John

1969 "The Intendant System and the Cabildos of Peru, 1784-1810" en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 49, N° 3.

2000 *El Perú borbónico, 1750-1824*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

FLASCHLAND, Cecilia

2003 *Pierre Bordieu y el capital simbólico*. Madrid: Campo de ideas.

FLÓRES, Ramiro

1999 "El destino manifiesto de un mercader limeño a fines del siglo XVIII. De comerciante a consignatario, la vida y negocios de don Isidro Abarca, Conde de San Isidro" en Cristina Ana Mazzeo (comp.), *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII. Capacidad y cohesión de una élite, 1750-1825*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

FLORES ARROYO, José Nicolás

2004 "El virrey y la oposición. Una historia política de la administración de justicia" en Carlos Pardo-Figueroa Thays y Joseph Dager Alva (dirs.) *El virrey Amat y su tiempo*. Lima: Instituto Riva Agüero/ Pontificia Universidad Católica del Perú.

FLORES-GALINDO, Alberto

1987 "Demonios y degolladores: el discurso de los colonizados" en *Márgenes*, N° 5/6.

2010 *La ciudad sumergida. Aristocracia y Plebe, Lima 1760-1830*. Lima: SUR.

FLOREZ-ZUÑIGA, Fernando

2015 *Haciendas y pueblos de Lima. Historia del valle del Rímac (Desde sus orígenes al siglo XX)*. T. IV. Lima: Congreso del Perú/ Municipalidad de Lima.

FLUSCHE, Della M.

1972 "The Cabildo and Public Health in Seventeenth Century Santiago Chile" en *The Americas*, Vol. 29, N° 2.

FOGELMAN, Patricia

2000 "Una cofradía mariana urbana y otra rural en Buenos Aires a fines del periodo colonial" en *Revista Andes*, N° 11.

FORSÉ, Michel

1979/1980 "La Sociabilité" en *L' Anne sociologique*, Vol. 30

FOSTER, George

1959 "Cofradía y compadrazgo en España e Hispanoamérica" en *Revista del Museo Nacional*, T. XXVIII.

FOUCAULT, Michel

1991 *Las redes de poder*. Buenos Aires: Almagesto.

2001 *Defender la sociedad. Curso en el College de France (1975-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica.

2002 *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

2006 *Genealogía del racismo*. La Plata: Altamira.

FRANCASTEL, Pierre y Galiene

1995 *El retrato*. Madrid: Cátedra.

FRANCOIS, Étienne y Rolf Reichardt

1987 "Les formes de sociabilité en France du milieu du XVIIIe siècle" en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, T. 34, N° 3

GARAVAGLIA, Juan Carlos

1996 "El teatro del poder. Ceremonias, tensiones y conflictos en el Estado colonial" en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, N° 14.

2012 "Servir al Estado, servir al poder: la burocracia en el proceso de construcción estatal en América Latina" en *Almanack* N° 3

GARCÍA-PELAYO, Manuel

1959 *El reino de Dios, arquetipo político (Estudio sobre las formas políticas de la Alta Edad Media)*. Madrid: Revista de Occidente.

GARCÍA VERA, María José

2000 "Los estudios sobre la corte y la sociedad cortesana a fines de la Edad Media. Un balance historiográfico" en *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, N° 10.

GARLAND, Beatriz

1995 "Las Cofradías en Lima durante la Colonia. Una primera aproximación" en Gabriela Ramos (comp.). *La venida del Reino. Religión, evangelización y cultura en América, siglos XVI-XX*. Cusco: Centro de Estudios Bartolomé de las Casas.

1995 "Vivir compartiendo intereses y excluyendo al otro. Cofradías en Lima y Reformas Borbónicas" en *Cibertextos*, Año 1, N° 2.

GARMENDIA ARRUEBRRENA, José

1989 *Diccionario biográfico vasco: méritos, servicios y bienes de los vascos en el Archivo General de las Indias*. San Sebastián, Eusko Ikaskuntza.

GAUDIN, Guillaume

2010 *L'Empire de Papiers de Juan Diez de la Calle, Commis Du Conseil des Indes. Espace, administration et représentations du Nouveau Monde au XVIIe siècle*. Thèse de doctorat Histoire des mondes modernes. Soutenance: Université Paris Ouest Nanterre La défense.

GEERTZ, Clifford

1994 "Centro, reyes y carisma: una reflexión sobre el simbolismo del poder" en *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. México: Paídos.

GELLNER, Ernest

1986 *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*. Madrid: JUCAR Universidad.

GIBERTI, Horacio

1970 *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires: Solar.

GIJÓN GRANADOS, Juan de A.

2009 *La Casa de Borbón y las órdenes militares durante el siglo XIII (1700-1809)* Tesis para optar el grado de doctor. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

GIL PUYOL, Xavier

1997 "Una cultura cortesana provincial. Patria, comunicación y lenguaje en la Monarquía Hispánica de los Austrias" en Pablo Fernández Albaladejo (coord.) *Monarquía, Imperio y pueblos en la España moderna. Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*. Alicante: Caja de Ahorros del Mediterráneo/ Universidad de Alicante.

GOFFMAN, Erving

2001 *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

GONZALBO AIZPURU, Pilar

2009 *Vivir en Nueva España. Orden y desorden en la vida cotidiana*. México: El Colegio de México, 2009.

GONZÁLES ARCE, José Damián

2007 "De la corporación al gremio, la cofradía de sastres, jubeteros y tundidores burgaleses en 1485" en *Estudios Históricos de Historia Medieval*, N° 25.

GONZÁLES BERNARDO DE QUIROS, Pilar

2008 "La «sociabilidad» y la historia política" en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [En ligne], 17 de febrero de 2008.

GONZÁLES ROJAS, Edwin

- 2017 "Aproximación a las cofradías de indios en la ciudad de Huamanga (fines del siglo XVII)" en David Fernández, Diego Lévano y Kelly Montoya (eds.) *Cofradías en el Perú y otros ámbitos del mundo hispánico (siglos XVI-XIX)*. Lima: Conferencia Episcopal Peruana.

GOODY, Jack y S.J. Tambiah

- 1973 *Bridewealth and Dowry*. Cambridge: Cambridge University Press.

GRAUBART, Karen

- 2000 "Con nuestro trabajo y sudor". *Indigenous Women and the Construction of Colonial Society in 16th and 17th Century Peru*. Massachusetts: University of Massachusetts (for the degree of Doctor of Philosophy).
- 2011 "So Color de una cofradía": Catholic Confraternities and the Development of Afro-Peruvian Ethnicities in Early Colonial Peru" en *Slavery & Abolition*; obtenido de <http://dx.doi.org/10.1080/0144039X.2011.606620>.

GRUZINSKI, Serge

- 1990 "Indian Confraternities, Brotherhoods and *Mayordomías* in Central New Spain. A list for Questions for the Historian and the Anthropologist" en Arij Ouweneel y Simon Miller, *The Indian Community of Colonial Mexico*. Ámsterdam: CEDLA.
- 1991 *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español, siglos XVI-XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica.

GUERRERO ELECALDE, Rafael y Griselda Tarrago

- 2002 "La certera espacialidad de los vínculos. Los Tagle Bracho entre la Montaña, Lima y el Río de la Plata (primera mitad del siglo XVIII)" en *Prohistoria*, N° 18
- 2012 "Family and Business: the Case of Tagle y Bracho (Viceroyalty of Peru, 1700-1750)" en Giuseppe de Luca y Gaetano Sabatini (eds), *Growing in the Shadow of an Empire. How Spanish Colonialist Affected Economic Development in Europe and in the World (XVI-XVIII cc.)* Milan: Franco Angeli

GUERÍN, Patricio (fr).

- 1962 "La Iglesia de Ciguënza y los Tagle Bracho" en *Altamira, revista del Centro de Estudios Montañeses*, N° 1-3.

GUIBOVICH, Pedro

- 2008 "Gobierno y administración episcopales: las visitas del obispo Mollinedo (1674-1694)" en Pedro Guibovich y Luis Eduardo Wuffarden. *Sociedad y gobierno episcopal. Las visitas del obispo Manuel de Mollinedo y Angulo, 1674-1687*. Lima: Instituto Riva Agüero/ Instituto Francés de Estudios Andinos.
- 2013 *Lecturas prohibidas. La censura inquisitorial en el Perú tardío colonial*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

GUTIÉRREZ FERMANDOIS, Acuarela

- 2000 *La Cofradía de Encomenderos del Rosario (1590-1747). Religiosidad y sociabilidad en la élite de Santiago Colonial*. Tesis para optar el grado de Licenciatura en Historia. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.

GUTIÉRREZ RIVAS, Patricia

- 2005 "Poder y corrupción en la Audiencia de Lima en el siglo XVIII. Aproximación al estudio de un grupo dirigente colonial" en *Revista de la Seeci*, N° 12.

HERZOG, Tamar

- 2003 *Defining Nations. Immigrants and citizens in Early Modern Spain and Spanish America*. London/ New Haven: Yale University Press.
- 2011 "Naturales y extranjeros: sobre la construcción de categorías en el mundo hispánico" en *Cuadernos de Historia Moderna*, año X.

HILL, Ruth

- 2005 *Hierarchy, Commerce, and Fraud in Bourbon Spanish America. A postal inspector's exposé*. Nashville: Vanderbilt University Press.

HUNT, Alice

- 2008 *The Drama of Coronation: Medieval Ceremony in Early Modern England*. Cambridge: Cambridge University Press.

IMÍZCOS, José María y Rafael Guerrero

- 2004 "Familias en la Monarquía. La política familiar de las élites vascas y navarras en el Imperio de los Borbones" en José María Imízcoz (ed.) *Casa, familia y sociedad (País Vasco, España y América, siglos XV - XIX)*. Bilbao: Universidad del País Vasco.

IMÍZCOS, José María y Oihane Oliveri Korta (eds)

- 2010 "Economía doméstica y redes sociales: una propuesta metodológica" en *Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo Régimen*, Madrid: Silex.

JAMES, Mervyn

- 1983 "Ritual, Drama and Social Body in the Late Medieval English Town" en *Past & Present*, N° 98.

JIMÉNEZ MORENO, Agustín

- 2017 "La familia Guardiola. Un ejemplo de ascenso y promoción social en la España moderna" en Adolfo Carrasco Martínez (ed.) *La nobleza y los reinos. Anatomía del poder en la monarquía de España (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert.

KAHLI BLUNT, Nile

- 2011 *The Chapel and the Chamber: Ceremonial Dining and religious ritual at the Court of King Charles I*. Dissertation for the degree of Doctor of Philosophy in History. Illinois: University of Illinois Urbana-Champaign.

KAMEN, Henry

2000 *Felipe V. El rey que reinó dos veces*. Madrid: Temas de hoy.

2012 *El rey loco y los otros misterios de la España imperial*. Madrid: La esfera de los libros.

KANTOROWICZ, Ernst

1985 *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza.

KETTERING, Sharon

1986 *Patrons, Brokers, and Clients in Seventeenth-Century France*. New York/ Oxford: Oxford University Press.

KISBY, Fiona

1999 "Officers and Office-Holding at the English Court: A Study of the Chapel Royal, 1485-1547" en *Royal Musical Association Research Chronicle*, N° 32.

KREBS, Ricardo

1979 *La monarquía absoluta en Europa. El desarrollo del Estado moderno en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Universitaria.

LABARGA, Fermín

2004 "El posicionamiento immaculista de las cofradías españolas" en *Anuario de Historia de la Iglesia*, Vol. XIII.

2010 "Las cofradías en España e Iberoamérica" en Kelly Montoya y Diego Lévano (eds.) *Corporaciones Religiosas y Evangelización en Iberoamérica. Siglos XVI-XVII*. Lima: Centro Cultural de San Marcos.

LAMIKIZ, Xavier

2007 "Patrones de comercio y flujo de información comercial entre España y América durante el siglo XVIII" en *Journal of Iberian and Latin American Economic History*, Año XXV, N° 2.

LASARTE FERREYROS, Luis

1938 *Familias establecidas en el Perú durante la conquista y el virreinato*. T. I. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

LATASA, Pilar

2001 "La corte virreinal novohispana: el virrey y su casa, imágenes distantes del rey y su corte (s. XVII)" en VV.AA. *América Latina: Outro Occidente? Debates do final do milenio*. Actas del XII Congreso Internacional de Ahila, Porto: Universidad de Porto.

2004 "La corte virreinal peruana: perspectivas de análisis (siglos XVI y XVII)" en Feliciano Barrios (coord.) *El gobierno de un mundo. Virreinos y Audiencias en la América Hispánica*. Madrid: Universidad de Castilla-La Mancha, 2004.

LAVALLE, José Antonio de

1891 *Galería retratos de los gobernadores y virreyes del Perú (1532-1824)*. Lima: Librería Clásica y Científica.

LAVRIN, Asunción

- 1998 "Cofradías novohispanas: economías material y espiritual" en María del Pilar Martínez López Cano, Gisela Von Wobeser, Juan Guillermo Muñoz Correa (coords.) *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Históricas.

LAZO GARCÍA, Carlos, Víctor Medina Flores y César Puerta Villagaray

- 2000 "Fases de la reforma borbónica, Perú: 1729-1800" en *Investigaciones Sociales*, N° 5, 2000.

LE BRAS, Gabriel

- 1940 "Les confréries chrétiennes. Problèmes et propositions" en *Revue d'Histoire du droit française et étranger*, 4e série, Dix Neuvième et Vingtième Années.

LE GOFF, Jacques

- 2003 *¿Nació Europa en la Edad Media?* Barcelona: Crítica.

LÉVANO, Diego

- 2006 *El mundo imaginado: el papel social y espiritual de las cofradías en Lima barroca*. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal (Tesis de licenciatura).
- 2010 "La administración de los bienes temporales en las cofradías limeñas del siglo XVII" en Kelly Montoya y Diego Lévano (eds.) *Corporaciones Religiosas y Evangelización en Iberoamérica. Siglos XVI-XVII*". Lima: Centro Cultural de San Marcos.
- 2018 *Procesión y fiesta. La Semana Santa de Lima*. Munilibro 3. Lima: Municipalidad de Lima.

LEVI, Giovanni

- 1990 *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*. Madrid: Nerea.

LEVY PECK, Linda

- 1999 "El monopolio del favor: estructuras de poder en la corte inglesa de comienzos del siglo XVII" en John Elliot y Laurence Brockliss (eds), *El mundo de los válidos*. Madrid: Taurus.

LOCKHART, James

- 1982 *El mundo hispanoamericano, 1532-1560*. México: Fondo de Cultura Económica.

LOHMANN VILLENA, Guillermo

- 1964 "El cuadernillo de noticias del virrey del Perú, marqués de Casteldosrius (agosto de 1708)" en Herausgeber Von Richard Konetzke, Herman Kollonbenz, *Jahrbuch Für Geschichte Von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Band 1, Sonderdruck, Bohlau/ Verlag Köl Graz.

- 1974 *Los ministros de la Audiencia de Lima en el reinado de los borbones (1700-1821). Esquema de un estudio sobre un núcleo dirigente*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- 1982 "La oriundez de los regidores perpetuos del cabildo de Lima" en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, N° 12.
- 1983 *Los regidores perpetuos del Cabildo de Lima (1535-1821)*. 2t. Sevilla: Diputación provincial de Sevilla.
- 1990 "La Ilustre Hermanad de Nuestra Señora de Aránzazu de Lima" en *Los vascos y América. Ideas, hechos, hombres*. Madrid: Fundación Banco de Bilbao y Vizcaya.
- 1993 *Los americanos en las órdenes nobiliarias*. 2 t. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 1994 "El gobierno y la administración" en VV.AA., *Historia general del Perú*. T. V. Lima: Brasa.
- 2001 *El corregidor de indios en el Perú bajo los austrias*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- LÓPEZ, Rober J.
- 1994 "La imagen del rey y de la monarquía en las relaciones y sermones de las ceremonias públicas gallegas del Antiguo Régimen" en *Sémata. Ciencias Sociales y humanidades* N° 6.
- LÓPEZ MUÑOZ, Miguel Luis
- 1992 *Las cofradías de la parroquia de Santa María de Granada en los siglos XVII y XVIII*, Granada.
- 1994 "Cofradías en Granada y América. Aproximaciones a su papel y relaciones" en *El reino de Granda y el Nuevo Mundo*. Vol. 1. Granada: Diputación Provincial de Granada.
- LUQUE, Juvenal
- 2011 *Funcionarios y remuneraciones. Salarios de la Caja Real de Lima en los siglos XVII y XVIII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/ Banco Central de Reserva del Perú.
- LUQUE ALCAIDE, Elisa
- 1996 "Recursos de la cofradía de Aránzazu de México ante la corona (1729-1763)" en *Revista de Indias*, Vol. LVI, N° 206.
- 1998 "Coyuntura social y cofradías. Cofradías de Aránzazu de Lima y México" en María del Pilar Martínez López-Cano, Gisela Von Wobeser y Juan Guillermo Muñoz Correa, *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 2004 "La Cofradía de Aránzazu de México asentada en San Francisco, el grande" en Óscar Álvarez Gila e Idoia Arrieta Elizalde (eds.): *Las huellas de Aránzazu en América*. I

Congreso Internacional Aránzazu y los Franciscanos Vascos en América. Donostia-San Sebastián, Eusko Ikaskuntza

LLUCH, Ernest

1999 *Las Españas vencidas del siglo XVIII*. Barcelona: Crítica.

MACERA, Pablo

1976 *La imagen francesa del Perú*. Lima: Instituto Nacional de Cultura

1992 *Los precios del Perú, siglos XVI-XIX. Fuentes*. T. I. Lima: Banco Central de Reserva.

MCKINLEY, Michelle

2010 "Fractional Freedoms: Slavery, Legal Activism, and Ecclesiastical Courts in Colonial Lima, 1593-1689" en *Law and History Review*, Vol. 28, N° 3.

MACZAK, Antoni

1999 "Favorito, ministro, magnate: estrategias de poder en la república polaco-lituana" en John Elliot y Laurence Brockliss (eds.), *El mundo de los válidos*. Madrid: Taurus.

MANN, Michael

1991 *Las fuentes del poder social. Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.c.* T. I. Madrid: Alianza.

MANNARELLI, María Emma

2004 *Pecados públicos. La ilegitimidad en Lima siglo XVII*. Lima: Flora Tristán.

MANSILLA, Judith

2008 *Cofradías, poder y prestigio social en la Lima colonial. Los casos de la Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu y la del Santo Cristo de Burgos, 1690 a 1713*. Lima: Tesis para optar el grado de licenciado en Historia/ Pontificia Universidad Católica del Perú.

2010 "Poder y prestigio social en las cofradías españolas, siglo XVII y XVIII" en Kelly Montoya y Diego Lévano (eds.) *Corporaciones Religiosas y Evangelización en Iberoamérica. Siglos XVI-XVII*". Lima: Centro Cultural de San Marcos.

MARAVALL, José Antonio

1986 *Estado moderno y mentalidad social (Siglos XV a XVII)*. 2t. Madrid: Alianza,

1989 *Poder, honor y élites en el siglo XVII*. Madrid: Siglo XXI.

2008 *La cultura del barroco. Análisis de una estructura histórica*. Barcelona: Ariel.

MARIAZZA, Jaime

2013 *Fiesta funeraria y espacio efímero. El discurso de la muerte y su simbolismo en las exequias de tres reinas de España en Lima en el siglo XVII*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

MARKS, Patricia H.

2004 "Confronting a Mercantile Elite: Bourbon Reformers and the Merchants of Lima, 1765-1796" en *The Americas*, Vol. 60, N° 4.

MÁRQUES DE SEOANE

- 1907 "Misceláneas históricas referentes a Guipúzcoa" en *Revista Bascongada*, Año 28, T. LVII.

MÁRQUES DE TOLA DE GAYTÁN

- 1953 "Índice alfabético de familias hidalgas de la villa de Elorrio en Vizcaya" en *Revista de Investigaciones Genealógicas*, N° 6, 1952-1953.

MARTÍN RUBIO, María del Carmen

- 2009 "Un virrey en el ocaso del virreinato peruano: el marqués de Villagarcía" en *Anales del Museo de América*, N° XIX.

- 2010 *El marqués de Villagarcía, virrey del Perú (1736-1745)*. Madrid: Ediciones Polifemo.

MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, Héctor

- 1977 "Las cofradías en Nueva España" en *Primer anuario*. Jalapa: Universidad veracruzana.

MARTÍNEZ LÓPEZ-CANO, María del Pilar

- 1998 "Las capellanías en la ciudad de México en el siglo XVI y la inversión de sus bienes dotales" en María del Pilar Martínez López-Cano, Gisela Von Wobeser y Juan Guillermo Muñoz Correa, *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

MARTÍNEZ MILLÁN, José

- 1992 "Introducción: La investigación sobre las élites de poder" en Martínez Millán (coord.). *Instituciones y élites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*. Madrid: Universidad Nacional Autónoma de Madrid.

- 1992 "Grupos de poder en la corte durante el reinado de Felipe II. La facción ebolista, 1554-1573" en José Martínez Millán (coord.). *Instituciones y élites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*. Madrid: Universidad Nacional Autónoma de Madrid.

- 1996 "Las investigaciones sobre patronazgo y clientelismo en la administración de la monarquía hispana durante la edad moderna" en *Cuadernos de Historia Moderna*, N° 15.

MARTÍNEZ MARÍN, Carmen

- 2006 "Linaje y nobleza del virrey don José Manso de Velasco, conde de Superunda" en *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 32.

MARTÍNEZ VIRGIL, Ramón

- 1901 *La rosa mística desplegada o el Santo Rosario explicado en su origen, naturaleza, misterios e indulgencias para uso de los guardias de honor de María y miembros de la cofradía*. Madrid: Librería católica de Gregorio del Amo.

MATICORENA, Miguel

- 1974 *Sobre el concepto de cuerpo de nación en el siglo XVIII*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Tesis de bachillerato).

MATOS PEREIRA DE MELLO, Isabelle de

2013 *Magistrados a serviço do rei: a Administração da justiça e os ouvidores-gerais na comarca do Rio De Janeiro (1710-1790)* en Tesis para obtener el grado de doctor en Historia. Niteroi: Universidad Federal Fluminense.

MAUSS, Marcel

2009 *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz.

MAZET, Claude

1985 "Mourir a Lima au XVIIIe siècle: Les Tendances de la Mort" en *Ibero-amerikanisches Archiv*, Neue Folge, Vol. 11, N° 1.

MAZZEO, Cristina Ana

1994 *El comercio libre en el Perú. Las estrategias de un comerciante criollo. José Antonio de Lavalle y Cortés, 1777-1815*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1997 "Incidencia del espacio en la exportación global del cacao y la cascarilla a fines del siglo XVIII" en Hildegardo Córdova (ed.), *Espacio: teoría y praxis*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1999 *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII. Capacidad y cohesión de una élite, 1750-1825*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

MELZER, John

1991 *Bastión de comercio en la ciudad de los reyes. El Consulado de Comercio de Lima, 1593-1887*. Lima: Concytec.

MENDOZA, Zoila

1982 "Las cofradías en el Perú" en *Allpanchis*, Vol. XVII, N° 20.

MERA ÁVALOS, Arnaldo

2007-08 "Efemérides dinásticas de los borbones en la corte de Lima: 1708-1820" en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, N° 34.

MERLUZZI, Manfredi

2012 "Los virreyes y el gobierno de las indias. Las instrucciones al primer virrey de Nueva España (siglo XVI)" en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.

MILLA BATRES, Carlos

1993 *Compendio Histórico del Perú. Historia del siglo XVIII*. T. IV. Lima: Milla Batres.

MÍNGUEZ, Víctor

1991 "El Fénix y la perpetuación de la realeza: El catafalco de Carlos II en la catedral de Lima en 1701" en *Millars*, N° 14.

MOGROVEJO VIDAL, David

- 2019 *Élite, comercio y movilidad social: el ascenso social de la familia Malo de Molina, 1598-1640*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (Tesis de licenciatura).

MONTOYA, Kelly

- 2010 "El Real Juzgado de Cofradías en Lima a fines del periodo colonial" en Miguel Maticorena, Carlos del Águila, Richard Chuhue y Antonio Coello (eds.). *Historia de Lima. XVII Coloquio de Historia de Lima*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- 2010 "Una procesión de Viernes Santo en Lima del siglo XVII" en Kelly Montoya y Diego Lévano (eds.) *Corporaciones religiosas y Evangelización en Iberoamérica, siglos XVI-XVII*. Lima: Centro Cultural de San Marcos.

MONTOYA, Kelly y Diego Lévano (comp.)

- 2010 *Corporaciones religiosas y Evangelización en Iberoamérica, siglos XVI- XVII*. Lima: Centro Cultural de San Marcos.

MONTOYA, Kelly, Diego Lévano y David Fernández (comp.)

- 2017 *Cofradías en el Perú y otros ámbitos del mundo hispánico (siglo XVI-XIX)*. Lima: Conferencia Episcopal Peruana.

MORAL RONCAL, Manuel

- 1996 "Honor, vileza y honra de los oficios mecánicos en el siglo XVIII" en *Boetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, N° 18.

MORALES CERÓN, Carlos

- 2007 "Fuentes para el estudio del Tribunal del Consulado de Lima, época colonial (S. XVI-XIX)" en *Praxis en la Historia*, N° 6.
- 2015 *Mercantilismo y crecimiento económico en el virreinato del Perú. La organización del estanco del tabaco. Lima, 1750-1800*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Tesis de maestría)

MORENO CEBRIÁN, Alfredo

- 1997 *El corregidor de indios y la economía peruana del siglo XVIII. Los repartos forzosos de mercancías*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 2000 *El virreinato del marqués de Castelfuerte, 1724-1736. El primer intento borbónico por reformar el Perú*. Madrid: Ediciones Catriel.
- 2003 "El regalismo borbónico frente al poder vaticano: acerca del estado de la iglesia en el Perú durante el primer tercio del siglo XVIII" en *Revista de Indias*, Vol. LXIII, N° 227.

MORENO CEBRIÁN, Alfredo y Nuria Sala I Vila

- 2004 *El "premio" de ser virrey. Los intereses públicos y privados del gobierno virreinal en el Perú de Felipe V*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- 2005 "Una aproximación a la corrupción política virreinal. La confusión entre lo público y lo privado en el Perú de Felipe V" en *Histórica*, N° 29.
- MORNER, Magnus
- 1983 "Economic Factors and Stratification in Colonial Spanish America with Special Regard to Elites" en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 63, N° 2.
- MOUSNIER, Roland
- 1969 *Las jerarquías sociales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- MUÑOZ CORREA, Juan Guillermo
- 1998 "Las estrategias de una élite frente a la tierra y al cielo: capellanías en Colchagua en el siglo XVII" en María del Pilar Martínez López-Cano, Gisela Von Wobeser y Juan Guillermo Muñoz Correa, *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México
- NAZZARI, Muriel
- 1991 *Disappearance of the Dowry. Women, Families, and Social Change in Sao Paulo, Brazil 1600-1900*. California: Stanford University Press.
- NEIRA, Hugo
- 2005 *Hacia la tercera mitad, Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima: Herética.
- NICKEL, Herbet
- 1996 *Morfología social de la hacienda mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- NIETO SORIA, José Manuel
- 2009 "Ceremonia y pompa para una monarquía: Los Trastámara de Castilla" en *Cuadernos del CEMyR*, N° 17.
- 2013 "Los espacios de las ceremonias devocionales y litúrgicas de la monarquía trastámara" en *Anales de Historia del Arte*, Vol. 23.
- NORMANDO CRUZ, Enrique
- 2005 "Mujeres en la Colonia. Dominación colonial, diferencias étnicas y de género en cofradías y fiestas religiosas en Jujuy, Río de la Plata" en *Anthropologica*, Año XXIII, N° 23.
- OLIVAL, Fernando
- 2012 "Los virreyes y gobernadores de Lisboa (1583-1640): características generales" en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.
- ORTEMBERG, Pablo
- 2014 *Rituales del poder en Lima (1735-1828). De la monarquía a la república*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

OSORIO, Alejandra

2004 *El rey en Lima. El simulacro real y el ejercicio del poder en la Lima del diecisiete.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2006 "La entrada del virrey y el ejercicio del poder en la Lima del siglo XVII" en *Historia Mexicana*, año LV, N° 3.

OTAZU, Alfonso de y José Ramón Díaz de Durana

2008 *El espíritu emprendedor de los vascos.* Madrid: Silex.

OVALLE LETELIER, Alex

2012 "Juntos y a son de campana congregados: Prestigio y sociabilidad de la élite en las cofradías santiaguinas (1700-1770)" en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, V. 16, N° 1

2018 *Devoción, prestigio y sociabilidad. Cofradías en Santiago de Chile (1700-1770).* Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.

PALOS, Joan-Lluís y Joana Fraga

2012 "Tres capitales virreinales: Nápoles, Lisboa y Barcelona" en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal.* Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.

PANIAGUA PÉREZ, Jesús

1995 "Cofradías limeñas: San Eloy y la Misericordia (1597-1733)" en *Anuario de Estudios Americanos*, T. LII, N° 1.

PARDO-FIGUEROA THAYS, Carlos

2007 "Riqueza, poder y prestigio social. Estudio de dos familias de la élite de Lima (1750-1850)" en Margarita Guerra, Cristina Mazzeo y Denisse Rouillon (eds.) *Historias compartidas. Economía, sociedad y poder, siglos XVI-XX. Actas del Primer Encuentro de Historia Perú-Argentina.* Lima: Instituto Riva Agüero/ Pontificia Universidad Católica del Perú.

PAZ, Octavio

2014 *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe.* México: Fondo de Cultura Económica.

PEARCE, Adrian

1998 *Early Bourbon Government in the Viceroyalty of Peru, 1700-1759.* Thesis for the degree of Doctor in Philosophy. Liverpool: University of Liverpool.

1999 "Huancavelica 1700-1859: Administrative Reform of the Mercury Industry in Early Bourbon Peru" en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 79, N° 4.

2014 *The Origins of Bourbon Reform in Spanish South America, 1700-1763.* London: Palgrave MacMillan.

PEÑA RODRÍGUEZ, Antonio Ramón

2005 *La crisis sucesoria de la monarquía española. El cardenal Portocarrero y el primer gobierno de Felipe V (1698-1705)*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

PERALTA, Víctor

1999 “Las razones de la fe, la Iglesia y la Ilustración en el Perú, 1750-1800” en Scarlett O’Phelan (comp.). *El Perú en el siglo XVIII. La era borbónica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva Agüero.

2007 “Prensa y opinión palaciega. *La Gaceta de Lima* de Villagarcía a Superunda (1744-1751)” en *Histórica*, T. 31 (1).

PÉREZ-MALLAÍNA BUENO, Pablo Emilio

2001 *Retrato de una ciudad en crisis. La sociedad limeña ante el movimiento sísmico de 1746*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/ Escuela de Estudios Hispanoamericanos/ Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva Agüero.

PÉREZ SAMPER, María de los Ángeles

2012 “Virreyes de Cataluña: rituales y ceremonias” en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.

PHELAN, John Leddy

1995 *El reino de Quito en el siglo XVII. La política burocrática en el Imperio español*. Quito: Banco Central del Ecuador.

PIKE, Fredrick

1960 “The Cabildo and Colonial Loyalty to Hapsburg Rulers” en *Journal of Interamerican Studies*, Vol. 2, N° 4.

PLATÓN

1976 “Timeo o de la naturaleza” en *Diálogos*, México: Porrúa

POLO Y LA BORDA, Adolfo

2011 *Ceremonias públicas y élites locales. Los conflictos por las preeminencias y la política en el siglo XVII*. Tesis para optar el grado de licenciado en Historia. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

PONCE LEIVA, Pilar

1997 “El poder informal. Mujeres de Quito en el siglo XVII” en *Revista Complutense de Historia de América*, N° 23.

PORRO GIRARDI, Nelly

1995 “Los criados en Indias. Presencia y significado (Siglo XVI)” en *Memorias del X Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

PRESTON MOORE, John

- 1954 *The Cabildo in Peru under the Habsburgs. A Study in the Origins and Power of the Town Council in the Viceroyalty of Peru, 1530-1700.* Durham N.C.: Duke University Press.
- 1966 *The Cabildo in Peru under the Bourbon: A Study in the decline and resurgence of local government in the Audiencia of Lima, 1700-1824.* Durham, N.C.: Duke University Press.

PUENTE BRUNKE, José de la

- 1990 "Los olores en la sociedad limeña: notas para su estudio (siglo XVII)" en *Temas Americanistas*, N° 7.
- 2001 "Los ministros de la Audiencia y la administración de la justicia en Lima (1607-1615)" en *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, N° XXIII.
- 2004 "La cofradía de Aránzazu de los vascos de Lima" en Óscar Álvarez Gila e Idoia Arrieta Elizalde (eds.): *Las huellas de Aránzazu en América. I Congreso Internacional Aránzazu y los Franciscanos Vascos en América.* Donostia-San Sebastián, Eusko Ikaskuntza.
- 2006 "Codicia y bien público: Los ministros de la Audiencia en la Lima seiscentista" en *Revista de Indias*, Vol. LXVI, N° 236.

QUILES, Fernando

- 2008 "Comercio de Indias y Arte de Sevilla en los tiempos del barroco. La nota de Tierra Firme y el encuentro con el virreinato del Perú" en *Atas Do IV Congresso Internacional Do Barroco Íbero-Americano*, Minas Gerais: Universidad Federal de Minas Gerais.

QUIROZ, Alfonso

- 1993 *Deudas olvidadas. Instrumentos de crédito en la económica colonial peruana, 1750-1820.* Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú
- 1998 "Capellanías y censos de jesuitas en el Perú del siglo XVIII" en María del Pilar Martínez López-Cano, Gisela Von Wobeser y Juan Guillermo Muñoz Correa, *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- 2006 "Redes de alta corrupción en el Perú: poder y venalidad desde Amat a Montesinos" en *Revista de Indias*. Vol. LXVI, N° 236.
- 2013 *Historia de la corrupción en el Perú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Instituto de Defensa Legal.

QUIROZ CHUECA, Francisco

- 1995 *Gremios, razas y libertad de industria. Lima colonial.* Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- 2012 *De la patria a la nación. Historiografía peruana desde Garcilaso hasta la era del guano*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.
- RAPP, Francis
- 1976 “La religión popular” en Bernard Plongeron (dir.) *La religion populaire. Approches historiques*. Paris: Beauchense.
- RAMÓN JOFFRÉ, Gabriel
- 2004 “La política borbónica del espacio urbano y el cementerio general (Lima, 1760-1820)” en *Histórica*, Vol. 28, N° 1
- RAMÓN, Armando de
- 1978 “Mercaderes en Lima, Santiago de Chile y Buenos Aires, 1681-1696” en Francisco Miro Quesada, Franklin Pease y David Sobrevilla (eds.), *Historia, problema y promesa*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- REVERTER PEZET, Guillermo
- 1985 *Gremios y cofradías en el virreinato del Perú*. Lima: s.e
- REYES, Alejandro
- 1983 *Contradicciones en el Perú colonial (región central, 1650-1810)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- RINCÓN, Carlos
- 2014 “Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá y la danzarina. ¿Por qué la conquistadora no pudo ser nuestra virgen nacional y la Inmaculada legardiana posee la autenticidad de la obra de arte?” en *Íconos y mitos culturales en la invención de la nación en Colombia*. Pontificia Universidad Javeriana.
- RÍOS MAZCARELLE, Manuel
- 1993 *Vida privada de los borbones. De Felipe V a Carlos IV*. T. 1. Madrid: Merino.
- RIVA-AGÜERO, José de la
- 1965 *Obras completas. Estudios de historia peruana. La historia en el Perú*. T. IV. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 1983 *Obras completas. Estudios de la genealogía peruana*. T. VIII. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel
- 1993 “Corte y «poderes provinciales»: el virrey Colonna y el conflicto con los inquisidores de Sicilia” en *Cuadernos de Historia Moderna*, N° 14.
- 2011 *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía hispánica durante los siglos XVI y XVII*. Madrid: Akal.
- RIZO-PATRÓN, Paul
- 1989 “La familia noble en la Lima borbónica: patrones matrimoniales y dotales” en *Boletín del Instituto Riva Agüero*; N° 16.

- 1999 "Vinculación parental y social de los comerciantes de Lima a fines del periodo virreinal" en Cristina Ana Mazzeo (comp.), *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII. Capacidad y cohesión de una élite, 1750-1825*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 2000 *Linaje, dote y poder. La nobleza de Lima de 1700 a 1850*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 2002 "Felipe V y la concesión de títulos nobiliarios en el Virreinato del Perú" en VV.AA., *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*. T. II. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú
- ROBLES BOCANEGRA, Javier
- 2015 *La efigie del rey en el corregidor de indios: cultura política y poder real de un magistrado en el proceso de consolidación del Estado virreinal durante el régimen del gobernador Lope García de Castro, Perú 1564-1569*. Lima: UNMSM (Tesis de licenciatura).
- ROCHE, Daniel
- 1989 "Sociabilités et politique de l' Ancien Régime á la Révolution" en *French Politics and Society*, Vol. 7, N° 3
- RODRÍGUEZ, Jesús Jordán (fr)
- 1950 *Pueblos y parroquias del Perú*. Lima: Imprenta Paisaje Piura.
- RODRÍGUEZ, Joaquín
- 1995 "Las cofradías del Perú en la modernidad y el espíritu de la Contrarreforma" en *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. 52, N° 2.
- RODRÍGUEZ CRESPO, Pedro
- 1965 "Sobre parentescos de los oidores con los grupos superiores de la sociedad limeña (a comienzos del siglo XVII)" en *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, N° 14.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Agustín
- 1986 *Alcaldes y regidores. Administración territorial y gobierno municipal en Cantabria durante la edad moderna*. Santander: Institución Cultural de Cantabria/ Ediciones de Librería Estvdio.
- RODRÍGUEZ GARRIDO, José
- 2008 "El teatro cortesano en la Lima colonial: recepción y prácticas escénicas" en *Histórica*, XXXII.1.
- RODRÍGUEZ MOYA, Inmaculada
- 2001 "El retrato de la élite en Iberoamérica: siglos XVI a XVIII" en *Tiempos de América*, N° 8.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Ángel

1995 “La percepción social de la monarquía” en *Manuscripts*. N° 13.

RODRÍGUEZ TOLEDO, Luis

2012 “Cuatro momentos de desarrollo de las cofradías en el Virreinato del Perú” en *Uku Pacha*, N° 16.

2014 “Entorno sagrado y redes de poder. La reforma de la cofradía de la Purísima Concepción, Lima 1681” en *Historia 2.0*, Vol. 4, N° 7.

2014 “La denuncia política como estrategia de poder: los mayordomos de cofradías de españoles, Lima 1670-1720” en *Tiempos*, N° 9.

2015 “Doncellas y arrendamientos, las dotes de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario: Lima, 1632-1690” en *Síntesis Social*, N° 6-7.

RODRÍGUEZ VICENTE, María Encarnación

1960 *El Tribunal del Consulado de Lima en la primera mitad del siglo XVII*. Madrid: Cultura Hispánica.

ROSALES, Luis

1944 “Algunas reflexiones sobre la poesía satírico-política bajo el reinado de los últimos Austrias” en *Revista de Estudios Políticos*, N° 15.

ROSAS SILES, Alberto

1995 “La nobleza titulada del virreinato del Perú” en *Revista Peruana de Investigaciones Genealógicas*, N° 21.

RUBIO MAÑE, José Ignacio

2005 *El virreinato III. Expansión y defensa, segunda parte*. México: Fondo de Cultura Económica.

RUÍZ DE ARZUA, Estibalíz

1992 *Vascongadas y América*. Madrid: Mapfre.

RUÍZ PHILLIPS, Alejandro

2018 *La red de poder del virrey marqués de Castelfuerte, 1724-1736*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (Tesis de licenciatura).

RYSKAMP, George R.

2002 “La transmisión de apellidos en España y las colonias americanas (1500-1900)” en Eduardo Pardo de Guevara y Valdés (ed). *Acta de la XI Reunión Americana de Genealogía. España y América. Un escenario común*. Santiago de Compostela: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/ Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento.

RUZO, Isabel Z.

1958 “El obispo don Manuel de Mollinedo y Angulo, mecenas cuzqueño” en *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, N° 11

SAÉNZ-RICO URBINA, Alfredo

- 1978 “Las acusaciones contra el virrey del Perú, marqués de Castlledosrius y sus “Noticias reservadas (febrero, 1709)” en *Boletín americanista*, año XX, N° 28.

SALA I VILA, Nuria

- 2004 “La escenificación del poder: el marqués de Castlledosrius, primer virrey Borbón del Perú (1707-1710)” en *Anuario de Estudios Americanos*, N° 61.
- 2013 "From Peru to the Jacobite Court: The Multiples Spaces of Social Mobility during The Transition from Habsburg to Bourbon Rule" en Francisco A. Eissa-Barroso y Ainara Vázquez Varela (eds.) *Early Bourbon Spanish America. Politics and Society in a forgotten Era (1700-1759)*. Leiden- Boston: Brill.

SAN CRISTÓBAL, Antonio

- 2006 *Nueva visión de San Francisco de Lima*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos/ Banco Central de Reserva del Perú.

SÁNCHEZ, Susy

- 1999 “Familia, comercio y poder. Los Tagle y su vinculación con los Torre Velarde (1730-1825)” en Cristina Anna Mazzeo (Comp.), *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII. Capacidad y cohesión de una élite, 1750-1825*. Lima: PUCP.

SÁNCHEZ BALMAEDA, Isabel

- 1995 *Análisis de redes sociales e historia: Una metodología para el estudio de redes clientelares*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS, Rafael

- 1994 “Historia y genealogía de la familia Sánchez Concha” en *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, N° 22.
- 1996 "Los montañeses en el Perú del siglo XVIII" en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, N° 23.
- 1999 “La tradición política y el concepto de «Cuerpo de la República» en el Virreinato” en Teodoro Hampe (Comp.). *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- 2012 “Más de cuatro siglos de historia: la Archicofradía de la Vera Cruz” en *Miradas al Perú histórico. Notas sobre el pasado peruano*. Lima: San Marcos.
- 2012 “El virrey italiano del Perú: Carmine Nicolás Caracciolo, príncipe de Santo Buono” en *Miradas al Perú histórico. Notas sobre el pasado peruano*. Lima: San Marcos.
- 2013 “La Archicofradía de la Vera Cruz de Lima (siglos XVI y XVIII)” en *Del Régimen hispánico. Estudios sobre la conquista y el orden virreinal peruano*. Arequipa: Universidad Católica San Pablo.
- 2015 “Donde Nuestra Señor Sacramentado quiso padecer: El robo de la eucaristía en la Lima de 1711” en José de la Puente Brunke y Alicia Mayer (eds.), *Iglesia y sociedad en la*

- Nueva España y el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva Agüero
- 2019 *La presencia montañesa en el Perú virreinal: mentalidad y comportamiento de los cántabros en Lima entre 1700 y 1821*. Huelva: Universidad de Huelva (Tesis de doctorado).
- SANTOS YAGUAS, Narciso
- 1981 "La concepción de la historia de Roma como sucesión de edades en los historiadores latinos" en *Cuadernos de Filología Clásica*, Vol. XVII.
- SCHLÜPMANN, Jakob
- 2006 *Cartas edificantes sobre el comercio y la navegación entre Perú y Chile a comienzos del siglo XVIII. Correspondencia y contabilidad de una compañía comercial, 1713-1730*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- SCHWART, Stuart
- 2011 *Burocracia e sociedade no Brasil colonial. O Tribunal Superior da Bahia e seus desembargadores, 1609-1751*. Sao Paulo: Companhia Das Letras.
- SEBASTIÁN, Santiago
- 1989 *Contrarreforma y barroco. Lecturas iconográficas e iconológicas*. Madrid: Alianza.
- SEMINARIO, Bruno
- 2016 *El desarrollo de la economía peruana en la era moderna. Precios, población, demanda y producción desde 1700*. Lima: Universidad del Pacífico.
- SENNETT, Richard
- 1982 *La autoridad*. Madrid: Alianza.
- SILVA PRADA, Natalia
- 2001 "La dote en la familia devocional. Estrategias familiares en la cofradía novohispana, 1538-1690" en *Anuario de Historia Regional y de las fronteras*, Vol. 6, N° 1.
- SMUTS, Malcom
- 2004 "The Structure of the Court and the roles of the artist and poet under Charles I" en *Court Historian*, Año 9, N° 2.
- SOLANO CAMÓN, Enrique
- 2012 "La institución virreinal en Aragón durante la Edad Moderna" en Pedro Cardim y Joan-Lluís Palos (eds.). *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*. Madrid: Iberoamericana/ Vervuert.
- SOLDEVILLA, Consuelo
- 1992 *Cantabria y América*. Madrid: Mapfre.
- SOMBART, Werner
- 1979 *El burgués. Contribuciones a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Madrid: Alianza.

SOTOMAYOR, María Luisa

2004 *Cofradías, caciques y mayordomos. Reconstrucción social y reorganización política en los pueblos de indios, siglo XVIII*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

STASTNY, Francisco

2002-04 "Metamorfosis barrocas de la imagen real. Retratos de Felipe V en el virreinato del Perú" en *Revista Histórica*, T. XLI.

STEIN, Stanley

1981 "Bureaucracy and Business in the Spanish Empire, 1759-1804. Failure of a Bourbon Reform in Mexico and Peru" en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 61, N° 1.

STONE, Lawrence

1971 "Prosopography" en *Daedalus*, Vol. 100, N° 1.

STORRS, Christian

2013 "Felipe V: Caesura or Continuity" en Francisco A. Eissa-Barroso y Ainara Vázquez Varela (eds.) *Early Bourbon Spanish America. Politics and Society in a forgotten Era (1700-1759)*. Leiden- Boston: Brill.

SUÁREZ, Margarita

1995 *Comercio y fraude en el Perú colonial. Las estrategias mercantiles de un banquero*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/ Banco Central de Reserva.

2001 *Desafíos trasatlánticos. Mercaderes, banqueros y el estado en el Perú virreinal, 1600-1700*. Lima: Fondo de Cultura Económica/ Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Francés de Estudios Andinos.

2015 "Imperio, virreyes y arzobispos en el Perú del siglo XVII: historia de un conflicto" en José de la Puente Brunke y Alicia Mayer (eds.), *Iglesia y sociedad en la Nueva España y el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva Agüero.

2017 *Parientes, criados y allegados. Los vínculos personales en el mundo virreinal peruano*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva Agüero.

SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.)

1995 *Historia de Cantabria, Un siglo de historiografía y bibliografía 1900-1994*. Santander: Fundación Marcelo Botín.

TARDIEU, Jean Pierre

1997 *Los negros y la iglesia en el Perú, siglos XVI-XVII*. T. I. Quito: Centro Cultural Afroecuatoriano.

TAX, Sol

1937 "The Municipios of the Midwestern Highlands of Guatemala" en *American Anthropologist*, Vol. 39, N° 3.

TEMOCHE BENITES, Ricardo

1987 *Cofradías, gremios mutuales y sindicatos en el Perú*. Lima: Escuela Nueva.

THOMPSON, I.A.A

1981 *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona: Crítica.

1999 “El contexto institucional de la aparición del ministro-favorito” en John Elliot y Laurence Brockliss (eds), *El mundo de los válidos*. Madrid: Taurus.

TORRES ARANCIVIA, Eduardo

2006 *Corte de virreyes. El entorno del poder en el Perú en el siglo XVII*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

2007a *Buscando un rey. El autoritarismo en la historia del Perú, siglos XVI-XXI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

2007b “Poder, clientelismo y corrupción: la corte del príncipe de Esquilache (1615-1621)” en Margarita Guerra, Cristina Mazzeo y Denisse Rouillon (eds.) *Historias compartidas. Economía, sociedad y poder, siglos XVI-XX. Actas del Primer Encuentro de Historia Perú-Argentina*. Lima: Instituto Riva Agüero/ Pontificia Universidad Católica del Perú.

TOVAR ALBERTIS, Agustín de

1975 “Los títulos del Perú” en *Revista Peruana de Investigaciones Genealógicas*, N° 16.

TOVAR VELARDE, Jorge

1957 “La Audiencia de Lima 1705-1707. Dos años de Gobierno criollo en el Perú” en *Revista Histórica*, T. XXIII.

TURISO, Jesús

2002 *Comerciantes españoles en la Lima borbónica. Anatomía de una élite de poder (1701-1761)*. Valladolid: Universidad de Valladolid/ Instituto Riva Agüero.

UNZUETA ECHEVARRÍA, Antonio

2004 “Los vascos de Arequipa y la Cofradía y Capilla de Nuestra Señora de Aránzazu” en Óscar Álvarez Gila e Idoia Arrieta Elizalde (eds.): *Las huellas de Aránzazu en América*. I Congreso Internacional Aránzazu y los Franciscanos Vascos en América. Donostia-San Sebastián, Eusko Ikaskuntza

VALCÁRCEL, Carlos Daniel

1975 “Relación de méritos y servicios” en *Revista Peruana de Investigaciones Genealógicas*, N° 16.

VALENZUELA, Jaime

2001 *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

- 2010 “Devociones de inmigrantes indígenas andinos y pluriethnicidad urbana en la conformación de cofradías coloniales (Santiago de Chile), siglo XVIII” en *Historia*, N° 43.
- 2014 *Fiesta, rito y política. Del chile borbónico al republicano*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barrios Arana/Derrama.
- VARELA ORBEGOSO, Luis
- 1924 *Apuntes para la historia de la sociedad colonial*. 2da ed, T. II, Lima: Librería e Imprenta E. Moreno.
- VARGAS UGARTE, Rubén
- 1953 *Historia de la iglesia en el Perú*. Lima: Imprenta St. María.
- 1958 *Títulos nobiliarios en el Perú*. Lima: Tipografía peruana.
- 1965 *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*. T. IV (1703-1767). Burgos: s.e.
- 1993 *Historia de la Ilustre Congregación de Seglares de Nuestra Señora de la O*. Lima: Milla Batres.
- VARÓN, Rafael
- 1982 “Cofradías de indios y poder local en el Perú colonial: Huaraz, siglo XVII” en *Allpanchis*, N° 20.
- VÁSQUEZ GESTAL, Pablo
- 2003 “La corte en la historiografía modernista española. Estado de la cuestión y bibliografía” en *Cuadernos de Historia Moderna*, Año II.
- 2013 *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*. Sevilla: Fundación de Municipios Pablo de Olavide/ Marcial Pons.
- VÁSQUEZ VARELA, Ainara
- 2011 “Redes de patronazgo del virrey Sebastián de Eslava en el Nuevo Reino de Granada” en *Príncipe de Viana*, Año LXXII, N° 54.
- VEGA, Walter
- 1999 “Cofradías en el Perú colonial: una aproximación bibliográfica” en *Diálogos en Historia*, N° 1.
- 2001 “Manifestaciones religiosas tempranas: cofradías de negros en Lima, siglo XVI” en *Historia y Cultura*, N° 24
- 2005 “Cofradías limeñas” en Laura Gutiérrez Arbulú, *Lima en el siglo XVI*. Lima: Instituto Riva Agüero.
- 2019 *Las cofradías indígenas como medio de inserción social en Lima (siglo XVII): El caso de la cofradía de Nuestra Señora de Copacabana*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (Tesis de maestría).

VEGA DE CACÉRES, Ileana

- 1996 *Economía rural y estructura social en las haciendas de Lima durante el siglo XVIII*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

VERDI WEBSTER, Susan

- 1998 "Research on Confraternities in the Colonial Americas" en *Confraternitas: Society for Confraternity Studies*, Vol. 9, N° 1.

VERGARA, Teresa

- 1990 "La consolidación del dominio colonial sobre la población indígena: las reducciones" en *Boletín del Instituto Riva Agüero*. N° 17.
- 2015 "Piedad e interés económica: La cofradía de Crispín y Crispiniano de los zapateros indígenas de Lima (1634-1637)" en José de la Puente Brunke y Alicia Mayer (eds.), *Iglesia y sociedad en la Nueva España y el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva Agüero.

VILA VILAR, Enrique

- 1982 "Las ferias de Portobelo: apariencia y realidad del comercio con Indias" en *Anuario de Estudios Americanos*, N° 39.

VOVELLE, Michelle

- 1973 *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XIIIe siècle*. Paris, Plon.
- 1985 *Ideología y mentalidades*. Barcelona: Ariel.

WALKER, Charles

- 2002 "Cuentas y cultura material: La reconstrucción del Real Palacio de Lima después del terremoto de 1746" en *Anuario de Estudios Americanos*, T. LIX, 2
- 2012 *Colonialismo en ruinas. Lima frente al terremoto y tsunami de 1746*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/ Instituto Francés de Estudios Andinos.

WALKER, Tamara

- 2015 "The Queen of los Congos: Slavery, Gender and Confraternity Life in Late-Colonial Lima, Peru" en *Journal of Family History*, Vol. 40.

WASSERMAN, Martín

- 2016 "Protocolos notariales e investigación histórica. Apuntes metodológicos para un margen hispanoamericano (s. XVII)" en *Americania, Revista de Estudios Latinoamericanos*, N° 4.

WHATLEY PIERSON, William

- 1922 "Some Reflections on the Cabildo as an Institution" en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 5, N° 4.

WEBER, Max

- 1998 *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

WEINGROD, Alex

1986 “Patronazgo y poder” en Ernest Geller *et al*, *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*. Madrid: JUCAR Universidad.

WOBESER, Gisela Von

1996 “La función social y económica de las capellanías de misas en la Nueva España del siglo XVIII” en *Estudios de historia novohispánica*, N° 16.

1998 “Las capellanías de misas: su función religiosa, social y económica en la Nueva España” en María del Pilar Martínez López-Cano, Gisela Von Wobeser y Juan Guillermo Muñoz Correa, *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

2010 *El crédito eclesiástico en la Nueva España, siglo XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica/ Universidad Nacional Autónoma de México.

WRIGHT, L.P.

1969 "The Military Orders in Sixteenth and Seventeenth Century Spanish Society. The Institutional Embodiment of a Historical Tradition" en *Past & Present*, N° 43.

WUFFARDEN, Luis Eduardo

1999 “Entrada del virrey arzobispo Morcillo en Potosí” en *Los siglos de Oro en los Virreinos de América, 1500-1700*. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

ZAMORANO, Paulina

2014 “Profanidad y decencia en el combate discursivo de la iglesia en torno a las prácticas de devoción doméstica en el reino de Chile, siglo XVIII” en Verónica Undurraga y Rafael Gaune (eds.) *Formas de control y disciplinamiento. Chile, América y Europa, siglos XVI-XIX*. Santiago: Uqbar.

ZUCKERMAN, Alan

1986 “La política de clientelas en Italia” en Ernest Geller *et al*, *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*. Madrid: JUCAR Universidad.